

JORGE  
FERNÁNDEZ DÍAZ



EL  
~  
PUÑAL

Lectulandia

«En esa foto personal e imaginaria, la dama blanca viste de negro y tiene las facciones duras y a la vez sensuales. Parece una asesina a sueldo, pero en realidad es una emperatriz provista de un puñal. Y resulta que ese puñal vengo a ser yo», dice Remil, el protagonista de esta novela que trata sobre la turbulenta pasión entre un hombre y una mujer. Y también sobre la verdadera trastienda del poder, la narcopolítica y el crimen, que los medios no se atreven a contar.

**Lectulandia**

Jorge Fernández Díaz

# **El puñal**

ePub r1.0  
Titivillus 07.08.15

Título original: *El puñal*  
Jorge Fernández Díaz, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Verónica  
que es todo*

## Mesalina

Primero puso unas hojas de diario sobre la tabla de picar y después inició la operación: levantó a la víctima por la cola y comenzó a rasparle las escamas con el cuchillo más pequeño. Terminó la tarea en la bacha, bajo el chorro de la canilla. Cuando estuvo limpia y aproximadamente tersa, arrojó las hojas al cesto de basura, repasó con un trapo la tabla y acostó a la criatura para su disección. Abrió un tajo en el vientre desde las agallas hasta la cola con el cuchillo del chef, y sacó las tripas. Sometió el cadáver al agua fría, frotándolo con suavidad para limpiarle la piel negra, y a continuación procedió a extraerle los ojos, y a cortarle las aletas del costado y las agallas. Estaba dispuesta a cocinarlo con piel, porque le parecía un incordio despellejarlo y porque estaba segura de que tomaría mejor sabor. Aunque más tarde tendría inexorablemente que trocearlo, es decir: decapitarlo y efectuar una incisión profunda por el dorso. A partir de ese momento debía ser muy cuidadosa. Separar lentamente la carne de la espina, abrirlo y cortar los filetes. Y esconder, sin que nadie se diera cuenta, el cuchillo corto. Luego bajo la ducha tendría que apuñalarse el pecho o cortarse las venas.

# I

## El héroe infame

Aquel sábado fue un día realmente duro: después de haber acribillado a cinco o seis en la retirada, un francotirador inglés con una mira infrarroja me paró en seco y me abrió un buraco en la barriga. Fue en el combate de Monte Longdon. Y cuando desperté estaba todo remendado en una tienda de campaña: nos habíamos rendido. Al volver me dieron tres medallas y me encerraron en una sala psiquiátrica del Hospital Militar. Más tarde me obligaron a firmar unos papeles confidenciales y con otros desamparados y loquitos me subieron en secreto a un camión y me tuvieron dos años en Campo de Mayo haciendo cursos de comandos a órdenes de Leandro Cálgaris.

Cálgaris trabaja desde entonces en una agencia del servicio de inteligencia del Estado. Le decimos «coronel» aunque técnicamente es un retirado del Ejército y reviste como nuestro jefe de Operaciones en las sombras desde 1984: todos los presidentes y ministros lo han tratado en algún momento, y ahora es conocido en el mundo de la política como «el tipo que arregla los problemas». El viejo me enseñó a leer y a estudiar, y a ejercer todos los verbos prohibidos. Me salvó de levantarme la tapa de los sesos, como hicieron tantos camaradas de trinchera. Le debo mucho. Y a pesar de todo, lo confieso, a veces me gustaría mandarlo de un tiro al otro barrio.

La chica que estoy siguiendo no es un problema de Estado. Pero es esa clase de asuntos con los que pagamos las cuentas. Le vengo pisando los talones desde el viernes y sé que llegó la hora. Estamos en una disco de la Costanera. La chica tiene un chico que piensa que es grande, y que el Chapo Guzmán le debe un favor. Anda en un Porsche y calza Parabellum de 9 milímetros, pero nunca le disparó a un cristiano y no sabe cómo se siente uno después de ese trámite.

Un rubio musculoso bloquea la entrada y me recuerda con su mirada que sigo siendo un negro de mierda, pero hay algo en la mía que lo convence de que también soy muy capaz de romperle la jeta. Así que me da el paso, y entro en el humo, en las luces y en el ruido. Me abro camino a los codazos y pido una cerveza en la barra. La chica tiene el pelo rojo y el vestido amarillo, y se mueve en la pista con los ojos en blanco, cerca y lejos del chico malo, que baila solo con los gestos y especula con los ojos, como si lo rodearan potenciales clientes o enemigos.

Al rato lo rodean siete anoréxicos, y todos juntos derivan a los abrazos y a los gritos y a los besos hacia un rincón alejado. Acampan dos horas a pura bebida blanca hasta que uno se queda duro, y otros dos se confunden de cuerpos en un amasijo. Estuve en muchas trasnoches, pero pocas veces vi a una chica tan muerta. El amarillo se le subió a la cara, y no sabe si vomitar o comprarse un gato. Su novio, que es un gran pelotudo, se levanta con un porro en los labios y la lleva hasta el baño de caballeros. Quiere inyectarle algo en el brazo para revivirla. Es una canchereada de falso traficante, de falso influyente y de falso maldito. Le aplasto la nariz de un

codazo y le tiro la pistola al inodoro.

La chica no sabe dónde está: tararea una canción de Sumo, le pide explicaciones al espejo y noto que ha perdido un zapato. La tomo de la cintura, pasamos por encima del impostor caído y la arrastro hasta la calle. Pesa y piensa menos que un maniquí. La acuesto en el asiento trasero de la camioneta y salgo a Libertador y subo a la Panamericana.

Estoy tarareando la misma canción cuando llego a La Horqueta. El vigilante sale de la garita, me reconoce y llama por radio a su patrón. Prendo un cigarrillo, se encienden algunas luces en las ventanas. La chica no sabe si aprobó Química de tercero. Viene a buscarla su madre en bata y con lágrimas, y con mucamas vestidas de rosa. Se la llevan a la cama, llaman al médico. El padre, con las manos en los bolsillos, mira la procesión y se apoya en la 4x4.

—Son cinco días, diputado —digo.

—Hace diez que no duermo. Los hijos se nos parecen tanto, pero tanto, que son distintos.

Cobro, arranco, me pierdo en la noche.

Lali tiene treinta y ocho años aunque parece de cincuenta. Es adicta a la cocaína desde hace seis, pero no perdió la figura. Se llama María Laura: ojos marrones, rubia de pelo largo y trenzado, pinta de rockera. Ganó mucha guita en los noventa cuando trabajaba de *paparazzo* para revistas internacionales del corazón. Ahora está de capa caída, y tuvo que vender su alma al diablo para no malvender su colección de Nikon, Canon, teleobjetivos, cámaras digitales *high definition*, y sobre todo su Yamaha FZ16. La sacamos por los pelos de una causa por tráfico ilegal de estupefacientes, y en la actualidad nos hace seguimientos a pedido. Es una motoquera muy eficaz, y Cálgaris le paga con provisiones incautadas que guarda en su caja fuerte. Esta vez le llevo una bocha bien pura: si no se envicia y la corta bien, puede hacer buena plata en Palermo Hollywood. La cana ya sabe y no se mete con ella. Lali provee a gente del espectáculo. Gente sensible que necesita analgésicos contra la angustia de los dioses.

Pateo la puerta de latón porque con el timbre no hay caso. Son las cinco de la tarde, pero luego de andar despierta cuatro días me imagino que está en estado de coma. Me abre después de un rato. Una rendija donde un vampiro lagañoso pregunta con voz afónica: «¿Qué carajo querés, Remil?». Tengo muchos nombres, pero en el ambiente me conocen como Remil. Es un chiste de la colimba que se hizo popular en Puerto Argentino. Yo era un dragoneante cruel de la infantería. «Hijo de remil putas», me decía mi sargento mayor todas las mañanas, durante los entrenamientos. Era un elogio. Quedó Remil. «Tengo hambre», le digo a Lali empujando la puerta. La rubia trastabilla, está completamente desnuda y el pelo largo y suelto le llega hasta las nalgas. Vive en una planta baja de la calle Honduras. La puerta da a un garaje convertido en *loft*. El living es un taller mecánico con una Yamaha estacionada en el



medio. Hay herramientas y fotos robadas a estrellas menores del cine y la televisión. A unos pasos está la sala larga, con una cama redonda a la izquierda y un laboratorio con isla de edición a la derecha: ahí descansan todos los instrumentos. De solo mirarlos me doy cuenta de que los estantes están un tanto raleados. Lali sacó a remate algunas cosas para seguir parando la olla y mantener el vicio. De un baño emerge un zombi en bolas: tiene tatuados a Evita y a Mick Jagger en el pecho. Suelto los botones de mi gabán y le muestro el cinturón. El flaco no sabe qué es una Glock, pero intuye que si no se raja lo cago a cohetazos. Recoge como puede la ropa y sale como rata por tirante. Abro la heladera, saco fiambre y pan lactal; me preparo un sándwich. Lali no se preocupa porque la siga viendo en cueros; se sienta a procesar su resaca en una banqueta alta y se queda quietita. Tuvimos alguna vez algo. Encamadas y no mucho más, y la verdad es que le guardo afecto. No me gusta que sea falopera, pero ella me gritó muchas veces que ese *business* no era cosa mía. Así que saco del bolsillo la bocha envuelta en papel metalizado, se la muestro un segundo y la pongo en el *freezer*.

—A ver si recuperás esos equipos —le digo metiéndole un mordisco al sándwich: parece telgopor. Destapo una cerveza para pasar el mal trago—. Dice el coronel que si te enfiestás con esto me manda a romperte la casa.

Se encoge de hombros. Nos quedamos en silencio. Miro una vez más la secuencia de fotos que le hizo a la duquesa. Son dos cuadros sin marcos. Dos momentos maravillosos del periodismo y de la aristocracia ibérica. En el primero se ve a la duquesa paseando por Buenos Aires, haciendo topless en una terraza de José Ignacio, coqueteando con un jugador de polo en una estancia de San Antonio de Areco. Ese trabajo local puso a Lali en boca de todos los cuervos de Europa. Dos años después le ofrecieron buena guita para que la persiguiera día y noche por Brasil. No le dieron un solo dato; Lali tuvo que arreglárselas sola para seguirle la pista, sobornar a un conserje y conseguir una moto para no perderla en el tránsito pesado de Río de Janeiro. La escrachó finalmente en Río das Pedras: la duquesa sentada sobre un plebeyo de color, la duquesa con sus tetas puntiagudas rodando por la arena, la duquesa haciendo fellatio. Salvo esa última toma, las revistas y los tabloides publicaron todo y se hicieron su agosto. En el ángulo inferior del segundo cuadro hay una tarjeta de la duquesa, y una frase manuscrita por ella misma. Va dirigida a Lali: «Has destrozado mi vida». Hay otros cuadros y muchas otras presas en esa pared, pero esas dos secuencias son los trofeos más preciados de la cazadora.

—Una abogada española —le informo. Lali no levanta la vista—. Tiene diez años más que vos, pero aparenta menos. Está buena, aunque parece más alta de lo que es. Se llama Nuria Menéndez Lugo. Tomá.

Pongo un sobre de papel madera en la mesada. Lali le echa un vistazo, después se pasa una mano por la trucha. Le sirvo un vaso de agua bien fría. Se lo toma de un trago. Le tiembla un poco el pulso. Puede que esté un tanto destemplada. Le busco una camiseta en una cómoda. Cuando se la alcanzo ya está revisando la ficha y las

fotos que bajamos de Google. La Menéndez es una morocha que ahora usa tintura rojiza. Pómulos altos, ojos negros, boca carnosa. Menuda pero bien proporcionada. Mucho rímel y rouge. Sacos entallados con solapas amplias; camisas y faldas al tono. A veces, cinturón ancho de cuero para destacarle la cintura. Propensión al negro y a los collares de perlas.

—Abogada —murmura: Lali sigue afónica.

—Alquiló un departamento en Barrio Norte.

—¿Cuánto va a durar esto?

—Te va a llevar tres semanas —calculo.

Lali se pone la remera al revés y mira más de cerca una de las fotos. Luego la aleja para tener una mejor perspectiva.

—Es jodida —decreta. Levanta al fin la vista y me clava los ojos marrones. Ya no parecen velados, de golpe están despiertos—. Una mina muy jodida, Remil. Y de minas jodidas no hay nadie que sepa más que yo.

Lali no se impresiona con casi nada, pero de repente está asustada como nunca. Tiene un mal palpito. Termino la cerveza, la acompaño en el sentimiento.

No digo que soy un atleta, pero el oficio me obliga a mantenerme en forma. Hago fierros y corro una hora todos los días, practico boxeo martes y jueves en Saavedra, y le doy al gatillo con armas cortas y largas en un polígono subterráneo del servicio naval.

Nado varios kilómetros algunos domingos en el Rio de la Plata y juego todos los sábados que puedo en el torneo chivo de la Villa Costal. Soy zurdo, pero me destaco por armar bien la defensa. Son torneos por plata, con apuestas y todo, y los encuentros empiezan a las ocho de la mañana y terminan a las ocho de la noche. Todos contra todos, en partidos de 45 minutos, y hay un equipo de narcos, otro de canas, uno de pibes chorros y otro de albañiles, uno de camioneros y otro de rejuntados. Las reglas son laxas, y siempre hay piñas. Con el cansancio y la ambición, las semifinales se vuelven sangrientas. El dueño del almacén hace las veces de huesero y veterinario, y es raro que no deba intervenir para arreglar una quebradura antes de que al desgraciado lo vengán a buscar con una ambulancia del SAME y se lo lleven a la sala de urgencias del Piñero. La final es hacha y tiza. Cae la noche y la patada más baja te la dan en los dientes.

Cuando todo termina, nos tomamos unos vinos baratos en el almacén y nos comemos unas milanesas. Ahí se escuchan rumores, hazañas delictivas, novedades del bajo mundo. Este sábado mi equipo quedó por el camino, así que espero entre el público filmándome un pucho y rascándome los sobacos. Después le digo al patrón que llame al Cerrajero y a la Vieja. Los espero apartado, en una mesa de fórmica con dos sillas carcomidas. Llega primero la Vieja con tres pibes que traen el morro quemado. «Cuidado con la pasta, Vieja, que estos en cualquier momento te dan faca

para sacarte dos mangos», le advierto. Los pibes se ríen, la latita caliente les deforma los labios. «Afuera», les ordena la Vieja con un grito seco. Se van, pero uno se agarra los huevos y me los sacude. Le sirvo a la Vieja un vaso. Es una mujer hosca y regordeta, tiene cara de rata y pasa del frío al calor en un segundo. Es inexpresiva y nunca mira de frente. Hasta que te mira, te manda una tira de puteadas y te amenaza con un bufoso. Es una cartonera trucha. Sale los lunes con sus pibes, que arrebatan a su paso lo que pueden, y a la hora de la siesta va tocando timbres y pidiendo ropa por barrios bacanes. Donan poco, pero ella no se preocupa mucho: tiene en la cabeza el mapa de esos edificios, memoriza las costumbres de los encargados, los movimientos y las ausencias, y después les vende la información a los escuchantes o a la policía.

Llega enseguida el Cerrajero, que es un veterano del escruche. Tipo bajito y flaco, pero de brazos musculosos. Se ríe de cualquier cosa, aunque toma el yeite muy en serio. No es drogón y nunca en su puta vida cargó un arma; así y todo estuvo varias veces en cafúa por delaciones. Nunca lo agarraron con las manos en la masa. Es un artista con una única debilidad: los burros. Cálgaris se valió de ella para reclutarlo y para tenerlo enganchado. Les llevo dos fajos y dos planos con la dirección: 14 B, calle Juncal, torre alta y antigua, sin cámaras ni seguridad, pero con un portero que fue policía bonaerense y que no duerme la siesta.

—¿Cómo se llama la mina? —pregunta la Vieja.

—Nuria Menéndez Lugo —le digo rápido, y después se lo dividido en sílabas—. Nuria, Vieja. Es gallega. No sé si tiene mucama.

—Nuria —se ríe la rata sin muelas.

—Alquila, así que las facturas no vienen a su nombre. Pero a lo mejor encontrás algo.

—Nosotros te lo guardamos —dice el Cerrajero, que tiene más luces—. Vos no te hagás problema.

La Vieja se esconde el fajo en la bombacha; el Cerrajero besa el suyo y se lo mete en el bolsillo mirando para los costados. Después toma un traguito, chasquea la lengua y pregunta:

—¿Cuándo querés que le reventemos el bulo?

—Dejá pasar una semanas. La Vieja te tiene que averiguar cómo se mueve la vecina de Nuria. Es una matasanos. La Menéndez pasa el día afuera, pero la torda atiende salteado, por lo que sabemos es kinesióloga. Necesitamos estar seguros de que ninguna de las dos está en el piso cuando los encaremos. Porque los vamos a encarar juntos. El A y el B, frente y contrafrente.

—¿Lo hacemos bien o lo hacemos mal? —quiere saber.

—Mal —respondo—. Nada de llaves ni ganzúas. Con barreta. Entramos en los dos departamentos para que la Menéndez no sospeche. Es muy viva y si le reviso las cosas por ahí se da cuenta. En cambio, si nos afanamos el piso entero va a terminar en la comisaría, y ahí le van a batir que hay bandas de colombianos dedicados al escruche.

—Conozco a varios, son unos pichis —se sonríe—. Todavía barretean. Y la cana les cobra.

—La cana cobra todo —agrega la Vieja.

Saco otro papel, es un plano de Flores. Les informo que el coronel arregló a un comisario. Pueden robar en seis calles a la redonda.

—No se crucen fuera del perímetro porque no hay protección y les hacen la boleta —les digo inútilmente y me estiro hacia atrás: me duele la cintura—. Es buen pago, viven muchos guitudos en esa zona.

—¿Para quién es el botín de Juncal? —pregunta la rata.

—*Fifty-fifty* —dice el zorro sin mirarla—. A riesgo de que no haya un sope.

—No hay que ser tan ambicioso, Cerrajero —lo calmo, y miro por la ventana.

Se hizo noche cerrada. Salir caminando a esa hora es siempre un riesgo. Los merqueros pueden querer liquidarte para sacarte tres billetes roñosos. Y aunque en la villa saben que soy un muchacho de caño, en la oscuridad todos los gatos somos pardos. Lo normal es salir en grupo, pero estas instrucciones me retuvieron más de lo aconsejable. Me despido de la rata y del zorro, le pago la cuenta al almacenero en el mostrador y salgo a la calle de tierra. Por las dudas, saco la Glock del bolsito y la amartillo. Paseo con ella un rato escuchando cumbias, me apoyo en un muro donde hay una pintura del Gauchito Gil para dar vuelta una esquina contraindicada, y después sigo derecho hasta el asfalto, siempre por el lado de la sombra. Cruzo una avenida y miro por encima del hombro, y al comprobar que nadie me sigue, devuelvo el percutor a su lugar y guardo la herramienta. Sigo hasta un estacionamiento abierto las 24 horas, pago y me acomodo en la 4x4. Pongo a D'Arienzo. En cincuenta minutos llego al barrio. Vivo en un departamento de cinco habitaciones de Belgrano R.

La puerta es blindada, y tengo dos alarmas especiales. Después de esos rituales dejo la pistola a mano, me desvisto y chequeo el contestador automático mientras abro la ducha. Van surgiendo voces conocidas. La más importante es Rosita: me emplaza a comer un asado dominguero en La Plata y a llevar dos botellas de vino. La última revisión médica no dejó tranquilo a nadie: el sargento no evoluciona y se agregaron algunos «problemitas». Rechisto. La segunda voz interesante pertenece a la gorda Maca: «Acordare de que programamos una sesión para el lunes. Me dijo el coronel que además tenés material para mí. Traelo. Te espero a las once». Maca es psiquiatra. Por prescripción judicial tengo sesiones de control una vez por mes con ella. Maca también es empleada de Cálgaris, y trabajará en el perfil psicológico de Nuria Menéndez. La tercera voz suena metálica: Palma me avisa que se quedará en la Cueva hasta tarde y me pide que lo llame. «Este pibe no tiene vida», pienso mientras me ducho. Yo tampoco. Uso el botiquín de comando para curarme los raspones de la tarde. Después me miro en el espejo de cuerpo entero. Músculos todavía firmes,

antiguas cicatrices, tatuajes carcelarios. Un viejo que la pelea, pero un viejo al fin. Sirvo un vodka, me tiro en el sofá y prendo el plasma pero le bajo el volumen. Marco el número de la Cueva mientras hago *zapping*. Palma responde de inmediato:

—Qué hay.

—Laburo —le digo viendo escenas bélicas en la CNN.

—¿Paga la Casa o la Casita?

—La Casita, bolas —le digo con irritación.

La Casa es el Servicio de Inteligencia. La Casita es la base Chacabuco, que dirige Cálgaris y que no aparece en ningún mapa. Estructura paralela, la nave de los locos. La Casa tiene sus propios técnicos y equipos oficiales para el espionaje electrónico. Nosotros tercerizamos. La Cueva es una oficina de *hackers* que opera por encargo. Les pagamos con fondos reservados, pero tampoco figuran en ninguna planilla. Los pibes son dueños de una tiendita muy próspera con clientes privados de bolsillo generoso. Empresas de seguridad que piden un seguimiento electrónico para la esposa infiel de un cliente. Directores de recursos humanos que contratan una persecución silenciosa de cierto empleado deshonesto. Accionistas que encargan seguimientos informáticos de sus gerentes más leales. Políticos, sindicalistas, periodistas. Todos contra todos, en busca de sus secretos. La parte más entretenida, sin embargo, es penetrar la intimidad de las estrellas de la farándula. Esos romances y pecados estallan luego en los programas de chismes de la tarde, y los muchachos de la Cueva se matan de risa. Palma es el más hábil y obsesivo de todos: vulnera cualquier servidor, interviene casillas encriptadas, intercepta mensajes a través del mecanismo *man-in-the-middle*. Y maneja el equipo *Premium*: micrófonos láser y direccionales, valijas y escucha de telefonía celular analógica-digital. No quiero aburrirlos. La intimidad ya no existe.

—¿Quién es, qué hace? —pregunta Palma.

—No es una actriz de culebrón —lo decepciono—. Es una mujer de leyes. Antes de acostarme te paso la data por correo, tiene dos celulares, un teléfono de línea en el estudio y otro en el departamento. Carga siempre con una *tablet* y a veces con una *netbook*.

—¿Qué estamos buscando?

—Ni idea.

—Eso encarece mucho.

—No creo que quieras regatear con el coronel.

—No hace falta que me mandes el *dossier* de Nuria Menéndez Lugo. Ya lo tomé de tu escritorio. Tu password es muy fácil: R7I. Remil. Cualquiera sabe que estabas en el Regimiento 7 de Infantería cuando cayó Puerto Argentino.

—Fue la unidad con más bajas —le digo distraído: CNN transmite ahora desde las convulsionadas calles de Siria—. Tuvimos 37 muertos y 137 heridos.

—Me aburre tu melancolía, Remil. Hasta mañana.

Me lo imagino sentado ante su consola, rodeado de pantallas, revisando mis

archivos. Un adolescente sin edad, con remera de George Romero, gorrita de béisbol y un chupetín en la boca babosa. Jamás dejo las cosas verdaderamente importantes en mi PC; las guardo en un puñado de *pendrives* que escondo en un zócalo falso. Unos discos de copia descansan también en una caja de seguridad del Banco Francés junto con un Magnum 357 de valor sentimental. Para las carpetas confidenciales de mi máquina casera tengo un virus arrasador y para los papeles, una trituradora que reduce todo a virutas blancas. Me causa gracia que Palma nade en mi pecera buscando inútilmente su alimento.

Por más cansado que me encuentre no consigo pegar ojo si no leo un rato. Es una costumbre que me inculcó Cálgaris, un fanático de la historia y específicamente del Imperio Romano. De joven me obligaba a despachar un libro por semana y me interrogaba después sobre su contenido. Puto cabrón con delirios de grandeza. «Somos la Guardia Pretoriana —decía el viejo whiskero—. Y cada uno de nosotros debe alcanzar la templanza de los centuriones». Veinticinco años después Leandro Cálgaris sigue tomando whisky pero ya no me toma lecciones: solo recomienda un autor o habla tranquilamente de alguna biografía novelada. Rara vez trae a colación una escena o un personaje de la historia y lo hace para ejemplificar alguna situación del presente. Sabe que ya no necesita incentivarme, que la droga histórica no me dejará nunca.

En la mesita de luz me reconcilio con una crónica sobre los prolegómenos de Al Qaeda. Tardo cuarenta páginas en dormirme. Sueño con la villa: estoy en un partido interminable, me encuentro exhausto, pero sé que si paro a tomar aliento un jugador me pegará un puntazo, y después otros caerán sobre mí para matarme. Entonces saco fuerzas de la desesperación y sigo corriendo y corriendo mientras me siento morir. Me despierto cansadísimo, y preparo un desayuno rápido: café expreso, jugo de naranja y galletitas con queso blanco. Leo los diarios lentamente, con un resaltador amarillo, y algunas veces pinto una frase o un párrafo. Recorto artículos políticos o policiales, y hago anotaciones al margen con una birome. Es un acto reflejo. «Casi todo está en los diarios —me decía Cálgaris en los comienzos—. Solo hay que aprender a leerlos».

Hago cuarenta y cinco minutos de pesas y abdominales en el cuarto de los aparatos. Me vuelvo a duchar. Me visto de negro, me pongo el gabán y me calzo la Glock para no salir desnudo. Saco de la alacena dos malbec y salgo con la 4x4 por Virrey del Pino hasta Libertador. Voy camino a La Plata, con el sol en la sien. Es un día frío. Pienso en Maca, que me espera mañana para revolverme las tripas. Sonrío al recordar cómo Palma hackeó su casilla e interceptó sus correos. De esto debe hacer un año, pero cada tanto la pincha por diversión. Maca es lesbiana y tiene un amorío a distancia con la señorita Flores, una agente encubierta que Cálgaris destacó en el Palacio de las Cortes de España. Luciana Flores, expolicía federal, rubia oxigenada, nariguda y culona, rápida para los mandados pero propensa a la astrología. Maca cometía el terrible error de comentar con ella, entre promesas eróticas y frases

amorosas, la pesquisa psiquiátrica que estaba haciendo sobre mí a pedido de un juez. No voy a entrar ahora en tema porque es largo y escabroso. Baste decir que Cálgaris me infiltró en una banda de ladrones de camiones de caudales, y que después arregló todo para que me detuvieran y procesaran, y me metieran en una cárcel de máxima seguridad con el objetivo de desbaratar una banda que actuaba dentro del servicio penitenciario. La joda duró cinco meses y nunca tuve que pelear tanto para mantenerme con vida. Ni siquiera en Monte Longdon. Hubo temporadas en que luchaba a mano limpia o con faca dos o tres veces por día. Ya lo contaré en alguna otra ocasión, porque ahora estoy saliendo a la autopista y el tránsito viene complicado. El asunto es que me sacaron a tiempo y me limpiaron el expediente. Declaré como testigo protegido, pero un abogado del prefecto mayor presionó para que el juzgado me hiciera una revisión psiquiátrica. No salí muy bien parado de esa prueba, así que el juez ordenó que se me sometiera a un control periódico. Cálgaris logró que el trámite permaneciera en los límites de la Casita. Hay que decir la verdad: al juez lo teníamos filmado con una menor en un puticlub de la calle Tucumán. No opuso mucha resistencia.

Todo este rodeo es solo para explicar que los *mails* de Buenos Aires a Madrid y viceversa eran realmente deliciosos. Después de quince sesiones, Maca le revelaba a su amante que yo había tenido «vivencias de *shock*» y «neurosis de guerra» y, en consecuencia, fuertes alteraciones postraumáticas. Era un huérfano total antes de entrar en el Ejército y un dragoneante condecorado al salir. Haberme mantenido, sin embargo, dentro de la estructura de inteligencia, haber sido entrenado como un agente y un soldado había resultado «un factor protector». Pero tanto las secuelas como las nuevas actividades de esta profesión me habían transformado, escribía Maca: «Tiene una rápida adaptación para sobrevivir a cualquier cosa y es capaz de deshumanizarse. A veces pienso que es incapaz de sentir».

Con cierta lógica, la Flores le señalaba que yo me consideraba «fuera de las reglas». Y preguntaba cuál era mi signo. Acuario. «Encaja perfectamente con una de sus variantes —se excitaba la rubia oxigenada—. Nunca revela sus sentimientos, pero le encanta bucear en los sentimientos de los demás. Es un sabueso nato, tiene motivaciones complejas, le gustan las experiencias extrañas. Utiliza instintivamente un código moral propio». Maca le respondía: «Puede ser impersonal pero a la vez mantiene una emocionalidad agazapada». Era fantástico ver cómo la psiquiatría y el zodiaco trataban de entenderme. Al final, Luciana le preguntaba a su novia si ella estaba caliente conmigo. Discutían. Se maltrataban. Se despedían para siempre. Se volvían a escribir. Recomenzaban fogosamente esa pajería inútil. Me dejaban en paz.

Estoy llegando a Tolosa. Es un barrio de casas bajas. El chalet descascarado del sargento queda en una esquina. Subo la camioneta a la vereda y toco timbre. Viene un olor a carne asada que excitaría hasta a un vegetariano ortodoxo. Rosita es una gran parrillera, me abre con una sonrisa triste y autoritaria. Alguna vez fue bailarina de caño y puta de copas. Está más ajada, pero es todavía un pedazo de hembra. Nos

abrazamos brevemente, me ordena que pase, y me advierte que la comida se enfría.

El interior del chalet siempre me parece sombrío, pero los fondos son luminosos: tienen quincho, parra y jardín. El sargento y su silla de ruedas están acomodados al solcito. Rosa lo emponchó y le puso un funyi para que no se congelara con la fresca ni se quemara por la resolana. Desde que tuvo el accidente cerebrovascular no se levanta de ese trono; apenas puede girar la cabeza y mover un poco el brazo izquierdo. No ha sido muy obediente de los médicos: se niega a la rehabilitación y a las dietas, y Rosita se hace mucha mala sangre.

—Dame un faso —me ordena.

—¿Ya no nos saludamos más, mi sargento?

—Sargento mayor para usted, recluta.

Miro a Rosita que está removiendo las brasas. Le muestro el paquete de Parisiennes. Niega con la cabeza pero lo hace con resignación, se encoge de hombros y sigue con su tarea. Prendo dos cigarrillos y le pongo al sargento uno en los labios. Pudiendo mover su mano no la mueve, solo aspira una bocanada y larga el humo por la nariz. Fumamos los dos mirando el naranjo y los jazmines. Arrastro una silla y me siento a su lado. Rosita nos está anoticiando de que abrieron una carnicería en el barrio y que consiguió una entraña muy sabrosa.

—Murió Santiago, ¿te enteraste? —pregunta el sargento.

Viéndolo de cerca noto que en treinta días ha envejecido un año. Lleva a ninguna parte la piel reseca y el cuerpo hundido. Pero además tiene los ojos muertos. Y eso no pasó ni siquiera cuando nos traían prisioneros y derrotados en el Canberra. Su amargura lleva décadas y hace tres años el ACV le remachó los clavos del ataúd, pero de todas maneras su mirada hasta ahora se había mantenido ilesa y luminosa. Esta mirada vacía es completamente nueva.

—¿Qué Santiago?

—Santiaguito, pelotudo. El pibe al que se le atascó la Mag cuando cayó aquella nevada fuerte.

—¿Un bobazo?

—No, qué bobazo. Se cayó del tren.

Nos quedamos mudos. Rosita trata de meter música en la angustia. La música de su conversación. Habla del jardín, de los vecinos, del clima, de la política municipal. El sargento y yo oímos la música pero no escuchamos la letra. Escupe la colilla del cigarrillo y yo arrojo la mía a las brasas. Descorcho el primer malbec. Rosita le espanta la ceniza del pecho, le acerca el vaso a la boca, le enjuga las comisuras. Empujo la silla para que él pueda abocarse a la primera entraña. Comemos. La carne está deliciosa. Rosita le corta finito los manjares de su plato y se los da como si fuera papilla. El sargento pide que le llene el segundo vaso. No le doy charla porque sé que me saca carpiendo. Espero lo inevitable. Hace treinta años que pasa exactamente lo mismo. El sargento encontrará el modo de hacer un comentario sobre el 11 de junio. Empezará por los cañonazos de los buques, o por el inglés que pisó una mina en los



«campos de la muerte», al noroeste del monte. El ataque sorpresa del regimiento de paracaidistas, el cielo cruzado por bengalas, los morteros, el tableteo de las ametralladoras, la lenta noche de heroísmos y cobardías. El modo en que yo me volví loco. «¡Hijo de remil putas, replegate! ¡Te ordeno que te repliegues!». Los recuerdos derivarán en los camaradas de la Compañía de Ingenieros y en el Escuadrón de Exploración de Caballería Blindado. Los fusilamientos que el enemigo ejecutó en el campo de batalla. Aquel gurka que le arrancó de una ráfaga corta el ojo izquierdo y la masa encefálica a un compañero. Que después sobrevivió porque Dios es grande. Cosas vistas, entrevistas, oídas, ciertas y falsas, agrandadas y empequeñecidas por el tiempo. El sargento llevándome al hombro kilómetros y kilómetros para salvarme de la muerte. El hospital de mutilados, la capitulación, el regreso. Decenas de nombres. Qué fue de este soldado, qué hizo aquel oficial. ¿Te enteraste de que mengano se mató, sabés que fulano tuvo un hijo? «Entre toda esa muchachada el único que salió torcido fuiste vos —dice siempre en los epílogos, y esta vez no es una excepción—. La manzana podrida». Nos reímos un poco. Cuatro horas después, Rosita ya duerme la siesta en una hamaca paraguaya y el sargento hace una pausa, tiene un cansancio animal. En todo este tiempo, vaciamos las dos botellas y el paquete de cigarrillos. Los ojos muertos han revivido un poco y se han vuelto a morir. Estamos muy juntos, hablamos entre susurros. La tarde cae asombrosamente rápido. Las brasas mantienen un cierto calorcito, pero pronto el sargento sentirá frío y sueño, y me pedirá que lo lleve hasta el dormitorio y lo acueste en la cama. Rosita, al oír el ruido de la silla de ruedas, vendrá detrás, le dará sus cuatro pastillas con un vaso de agua, le besará los labios, le apagará la luz y le cerrará amorosamente la puerta. Antes de que todo eso ocurra, esta vez el sargento me dirá en un soplido: «No quiero que a Rosita le falte nada, Remil». Me gustaría contradecir su pesimismo o aunque sea abrazarlo, pero sé que sería muy capaz de escupirme. Le acomodo mejor el funyi. «Los matasanos le avisaron que empeoro día a día —agrega, pero sonrío sin gracia—. No dejes que me metan bajo tierra, siempre tuve claustrofobia». Rosita ya le prometió cien veces una cremación, pero el jefe solo confía en su recluta. Asiento y asiento, muevo la cabeza como esos perros de juguete que antes ponían en las lunetas de los autos. Empujo la silla, Rosita acude a su cita y cumple el rito. Limpio la parrilla mientras ella lava los platos. No cruzamos una palabra. No podemos.

Después nos echamos unos polvos silenciosos en el quincho.

Maca es una gordita de facciones agradables y tetas portentosas. Usa unos bifocales de montura colorada que le hacen juego con el rouge, el cinturón, la lapicera y los zapatos. Está leyendo la carpeta confidencial de seis páginas que le traje: ahí está casi todo lo que por ahora sabemos de Nuria Menéndez Lugo. Recién, al evaluar unos segundos la foto de la morocha, dibujó con la boca un mohín extraño, como si estuviera haciendo fuerza para no reírse. Me doy cuenta de que está pensando en su

novia. La rubia oxigenada corre por Madrid para llegar a tiempo con una investigación a fondo sobre nuestra misteriosa abogada. Maca y Luciana Flores deben estar intercambiando por las noches opiniones malévolas sobre la gallega. Ya sabrán con certeza lo que yo apenas adivino. Que Nuria no es lesbiana. Pero quién sabe qué deducciones astrológicas habrá pergeñado la Flores acerca de esa mujer elegante.

Miro alrededor y prendo un cigarrillo. Estamos en los fondos de la planta baja de la Casita. La oficina de Maca da a un patio interno con malvones. Es un panorama deprimente. Todo el edificio lo es. El coronel ocupa, en lo más alto, un despacho con vista a la calle Chacabuco, un paisaje que tampoco da muchas ganas de vivir. En recepción, antes de entregar el arma y de pasar por el detector de metales, me acaban de comunicar que el coronel me espera a las doce. Hay una hora por delante. Maca dejará de un momento a otro el *dossier* Menéndez, se tirará hacia atrás, me mirará a los ojos y tratará de sorprenderme con una pregunta íntima o un golpe bajo. Es su *modus operandi*. Podría inventar por completo los informes para el juzgado, y de hecho redacta una minuta llena de lugares comunes donde aparezco como un paciente con grandes progresos. Pero el coronel le ha pedido que escriba, en paralelo, un informe veraz «solo para sus ojos». Cálgaris monitorea mi cabeza, cree que puedo tener algún desvío y causarle un dolor de huevos. «Al contrario —me dijo una vez cuando se lo eché en cara— lo hacemos por tu bien». Qué considerado, el muy hijo de puta.

Ya pasamos por mi infancia y los traumas de la guerra, también por los efectos colaterales que trae este oficio. Ya tuvimos algunos tramos incómodos, como cuando me preguntó sobre la muerte. Por esa época yo había recibido una orden que no se podía cumplir. La corté con la misma brusquedad con que lo corté al coronel: «No soy un sicario». Cálgaris pasó por alto la insubordinación y olvidó el tema, pero Maca casi salta del asiento. Esa semana escribió un *mail* a España con una frase memorable: «Es curioso, ante sí mismo se siente un soldado, tal vez un mercenario, a veces un guardaespaldas, un espía o un detective, aunque nunca entra en esas fantasías literarias baratas. Pero estos días he descubierto que muy atrás y muy adentro este boludo se considera una especie de héroe». En el correo de respuesta, Luciana Flores agregaba un concepto irónico: «Sí, un héroe infame». Así que eso somos, amigos. Ni héroes de corazón puro ni héroes cansados. Solo somos héroes infames. Aventureros sin moral en los desagües de este país lleno de gente honesta y desinteresada.

—Hace siglos que no hablamos de tu vida sentimental —dice Maca soltando el *dossier*, tirándose hacia atrás y mirándome a los labios—. ¿Cómo va la cosa? ¿Hay alguna mina?

—Muchos acuarianos somos un poco cerebrales con los sentimientos —le contesto, y largo una bocanada de humo. Se nota en su cara que ahora el golpe bajo se lo di yo: está de repente tiesa, como si sospechara que la estuve espionando.

—No sabía que leías el horóscopo —dice a media voz, un tanto desencajada—. Qué sorpresa.

—Hay algunas refriegas —me encojo de hombros. Estoy a punto de decir algo, pero me contengo.

—No te contengas —me apura, pero con muchísima prudencia. Después empuja otro poco—. ¿Qué?

—No soy profundo en el amor, ni fiel por mucho tiempo.

—¿Nunca te enamoraste? —Recupera cierta serenidad profesional. Me hace gracia.

—Soy un poco disperso y no me gustan las complicaciones.

—Insisto: ¿nunca?

—Alguna vez, en la prehistoria —sonríó—. Ahora me siguen algunas viejitas, pero no las dejo entrar.

—¿Qué más?

—Nada más, ¿cuánto es?

—¿Qué más, Remil?

—El amor no es imprescindible.

Aplasto el pucho en el cenicero y miro la pared. Maca muerde su lapicera y anota una palabra en el bloc.

—¿Y qué sentís cuando te metés en la intimidad de las personas? —pregunta, y da precisiones—. Cuando abrís sus secretos y ves que esas personas sufren, se engañan, tienen esperanzas.

—Cuando tienen esperanzas me dan un poco de lástima.

—A ver.

—Nunca tengas esperanzas. Así nunca tendrás desilusiones.

—¿Qué es eso?

—Una frase para la posteridad.

—Hablemos de nuestro jefe máximo.

—¿Qué quiere saber Cálgaris?

—No es lo que quiera saber él, sino lo que quiero saber yo, Remil.

—En este caso es más o menos lo mismo.

—El año pasado confesaste acá que a veces fantaseabas con meterle un tiro.

—No era una fantasía.

—¿Y qué era, entonces?

—Un deseo —digo como paladeando la palabra—. Matar al padre.

—¿Y qué pasa si un día retiran al coronel?

—No hay nadie en este país que tenga el suficiente poder para hacer eso.

—Bueno, ponele que el coronel se muere de un cáncer fulminante.

—¿Qué pasa?

—Eso decímelo vos. ¿Qué pasa?

Me quedo un minuto entero buscando una respuesta precisa. Maca ya está

completamente relajada. Me tiene en un arco. Su boca forma de nuevo ese extraño mohín, como si hiciera fuerza para no reírse. Conchuda.

—Me jubilo —digo al fin—. Y le doy una mano a Missing Children.

—¿Missing Children? —se asombra.

—Busco chicos perdidos. Pero no porque tenga un gran corazón. Sino porque es entretenido.

—¿Qué cosa?

—Seguir.

—¿Seguir con la cacería?

Parpadeo un poco. La gorda es buena. Hay que admitirlo. Muy buena. Sí, se trata de cazar. Toda la historia humana trata sobre cazadores y presas. Lo llevamos en la sangre, ¿no? Maca anota otra palabra.

—¿Llorarías, Remil? —pregunta de sopetón—. Quiero decir: ¿llorarías al enterarte de que el coronel se murió? ¿Llevarías la manija de su cajón, hablarías en su entierro? ¿Lo extrañarías? ¿Te levantarías la tapa de los sesos?

Respiro con cierta agitación, como si viniera de un trote. Maca percibe en la mirada que me estoy poniendo un poquito peligroso. Parpadea mucho, sé que se le secó la boca. No es para menos.

—Me hacés acordar a un preso —le digo lentamente—. Pasó de la cortesía del rancho a darme un puntazo en la barriga, y otro en el brazo y, cuando me di vuelta, dos más rápidos en los riñones y en la nalga. Acá, ¿ves? Y acá. Uno detrás de otro como puñalada de loco. Estuve seis semanas en el Hospital Churruca.

El silencio es tan largo que Maca mira la hora. Después se pasa la lengua por los labios pintados y escribe una oración compuesta.

—Entraría en su dúplex de Recoleta y le robaría los cuatro cajones de etiqueta azul que esconde en los armarios secretos que tiene debajo de la escalera —digo parándome; no reconozco mi voz—. Y me tomaría una botella por día en honor a su infinita bondad. Anotá bien ese detalle: debajo de la escalera. Y mandale saludos.

Retrocedo hasta la salida y me cuido muy bien de no dar un portazo. Conchuda. Gorda conchuda. Después tomo el ascensor y desemboco en la salita de las dos secretarias. Son increíblemente feas y lacónicas. Me hacen esperar quince minutos; en la mesita ratona se acumulan revistas de turismo. Hay una dedicada a Escocia. Aparecen la isla de Skye, las montañas de Cuillin y un resaltador reciente que marca la frase «exuberante aroma y peculiar sabor a turba, ahumado y salobre, con notas de algas marinas». Veo adonde va el patrón: derecho a una botella de Talisker. Tal vez, después de todo, en su impenetrable y enigmático departamento de dos pisos, el coronel ya no guarde bajo su escalera una provisión de Johnnie Walker, sino este dorado rojizo que debe hacerle agua la boca. ¿Cuántos años tiene Cálgaris? ¿Cómo puede ser que siga chupando como si nada, fumándose cincuenta pipas al día, practicando ese sedentarismo mortal? ¿Qué pasa realmente si me despiertan una mañana con la noticia de que estiró la pata? Gorda hija de puta.

Una de las dos secretarias me nombra por uno de mis tres apellidos falsos y me informa que ya puedo pasar. Talisker. Tengo que memorizar este dato.

El coronel está hablando por Skype con un tipo; no le preocupa que oiga los detalles. Me hace señas para que me acerque y me siente en un sillón. Está detrás de su imponente escritorio de roble; se escucha bajísimo un concierto de Thelonious Monk. Flota en el aire el olor de su tabaco, que es una rara mezcla de cherry.

«Una combinación de Virginia suave con un toque de Burley», le explicó una vez a un ministro de la Corte Suprema, mientras tomábamos café en su despacho. Su señoría tenía un problema que no lo dejaba dormir: un legislador estaba escarbando en una quiebra fraudulenta del pasado con la intención de sacarla a la luz, contar cómo se había tapado todo y pedirle juicio político.

«No nos gustan las campañas sucias», le dijo Cálgaris. Y al salir de ese templo de la justicia, me pidió que le buscara al legislador toda la mugre que pudiera. Tenía mugre, como cualquiera: se cogía a la esposa de su jefe político. Cálgaris le mandó una foto íntima por *e-mail* y después le transmitió por terceros que no hinchara las pelotas. Santo remedio, no las hinchó más.

El pez gordo de la Casita tiene ojos claros y un rubio nevado, bigotes amarillentos y voz aguardentosa. Es un anciano indefinible de mediano porte. No deja la corbata ni que lo fusilen. Usa camisas blancas y gemelos verdes. Jamás le descubrí los zapatos descuidados, siempre lucen como nuevos. Y la mayoría de las veces lo son. Tuvo una esposa, pero enviudó en 1993. Sé que tiene dos hijos radicados en Europa y que lleva una vida solitaria en Buenos Aires, rodeado de libros de historia, de mapas y brújulas y armas antiguas que colecciona. Sé también que tiene un velero, con el que se escapa algunos fines de semana a las costas uruguayas. Y una hembra con la que se alivia en el casco histórico de Colonia.

Por el curso de la conversación adivino que habla con un agente que es tratante de blancas. Un cafishio que maneja la prostitución de alta gama y que tiene un impresionante caudal de información sobre políticos, empresarios, actores y futbolistas. Gana tanta guita que a veces el coronel tiene que recordarle su misión original y tirarle un poco de los huevos. «Cambio y fuera», le dice y desactiva la comunicación. Se lleva las dos manos a la nuca y mira el techo unos segundos. No lo interrumpo. De pronto dice «bué», se pone derecho, palmea el escritorio y elige una de sus diez pipas.

—Estamos rodeados —dice como para sí mismo. Abre el tabaco y comienza a llenar el hornito—. ¿Cómo va la operación?

—Pusimos las cañas —le respondo.

—Acordare de que necesito todo en veinte días —me amenaza apuntándome con la pipa. Después se la lleva a la boca y la prende con un encendedor especial.

—Podemos meterle micrófonos ambientales —le digo irónicamente—. O usar un equipo remoto de trescientos metros.

—No es para tanto —lo descarta rascándose el bigote amarillo. Lanza la primera

bocanada y llena el aire de aromas. Se queda chupando un momento la boquilla, pensativo. Después levanta la vista—. Igual te voy a meter en otros dos quilombos. ¡Porque este mes estamos rodeados! Pero ojo: *touch and go*. No te vayas a distraer, que la Menéndez es lo más importante. *Touch and go*.

Prendo mi cigarrillo. Hay un concurso de humo. El coronel tiene el rubor de un hipertenso y la mirada húmeda de un alcohólico. ¿Y si el viejo revienta?, me pregunto. Conchuda. Consiguió meterme una bala. Lo veo abrir un cajón y sacar un recorte de diario y un disco. Despliega el recorte sobre el escritorio siempre immaculado y lo picotea con el dedo índice.

—No te habrás olvidado de Holguín —se ríe.

Un veterano barón del conurbano. Fue reelegido seis veces, nunca perdió un comicio, está prendido en todas y, a pesar de ser un corrupto famoso, los vecinos lo idolatran. Tal vez por eso mismo; la gente es muy rara. Hace seis meses le hicimos un favor. Sospechaba que su segunda esposa, veinte años más joven, le estaba metiendo los cuernos. Como todos estos pescados, no quería involucrarse con la policía ni con las agencias de seguridad. Hicimos un seguimiento de dos días y saltó que la mina culeaba con su *personal trainer*. Palma le grabó al tipo varias charlas telefónicas: ella estaba enamoradísima, pero él tenía dos amantes en el mismo gimnasio, hacía *kick boxing* y a veces cargaba carne por popa. Nada fuera de lo común: un metrosexual con algo de gigoló y de *taxi boy*. Le encantaba experimentar los límites de su cuerpo.

—¿Qué hizo Holguín con el material que le pasamos?

—A ella no le dijo nada, yo la hubiera echado a la calle a patadas en el orto —declara lord Cálgaris—. Pero el boludazo la quiere reconquistar. ¡Dios mío!

—Hay que sacar al profesor del medio.

—Ya ves, nada original.

—Está bien, que pase el que sigue.

—El que sigue es un poco más espinoso. —Ahora coloca el disco sobre el recorte. Sé que ahí voy a encontrar toda la información—. Hay una senadora cordobesa. Elena Parisi. Es amiga. O algo así. Nos enteramos de que Fierrito la extorsiona con un libro de denuncia.

—¿Otra vez?

—Desde que lo desconectaron de la «cadena de la felicidad» anda en estos rebusques.

—Canta retruco con un cuatro de bastos, coronel —me quejo.

—Se lo dije, se lo dije —asiente—. Pero ella sigue inquieta. Y tampoco tenemos la seguridad total de que sea un bluff. Quién sabe, a lo mejor ahora tiene algo más que papel pintado.

—Si me disculpa —lo interrumpo, algo molesto—. Eso se arregla con un llamado suyo. Fierrito trabajó para la Casa una punta de años.

—No responde a nadie, está desbocado —contesta volviendo a encender la pipa.

Se ve que lo está pensando bien—. Era un buen periodista, pero se envició con la fácil. Nosotros tenemos algo de culpa.

—Hace tres años le sacó un anticipo a una editorial —le recuerdo. Una biografía no autorizada sobre un ilustre miembro de la patria contratista—. Se lo gastó en un viaje por Egipto, simuló que hacía una investigación, dejó saber que tenía una bomba y después cobró del otario una moneda grande para abortar el proyecto. La editorial le hizo un juicio que nunca va a ganar. Fierrito es un incobrable y un insolvente. El más grande chanta que tuvimos cerca.

—Esta vez quemale el rancho —dice con algo de pesadumbre—. Pero quemáselo en serio. Un día de estos vende que quiere contar todo sobre nosotros y vamos en cana.

—No tiene nada, coronel. Siempre fue un pelotudo periférico.

—Tiene lo suficiente como para una tapa de *Noticias* —dice, y miro la pared: hay tres pinturas náuticas, y el cuadro con una portada periodística donde se promete en tipografía misteriosa la historia del «hombre que arregla los problemas» de los políticos argentinos.

A Cálgaris se le formó, al principio, una flor de úlcera. Ser expuesto a la luz por una revista lo avergonzaba. Desde dos comisiones de Diputados les pidieron explicaciones a sus superiores, pero al final el escándalo se fue apagando y entró en vía muerta, gracias a tres factores: tuvimos un poco de suerte, operamos en otros niveles y se comprobó que a la hora de los bifés nuestros clientes de toda la vida tenían mucho que perder si el expediente no se olvidaba. Se olvidó, y ahora es un cuadro, casi una condecoración, una joda interna.

—«Habla Fierrito, el primer arrepentido de los servicios de inteligencia» —recita el coronel, riéndose y tosiendo. Tiene también un catarro crónico y acuoso.

—¿Quién es Nuria Menéndez? —le pregunto a quemarropa.

Se pone serio. Estoy acostumbrado a saber que hay muchas rosas fuera de mi alcance y que en esta agencia escaneamos a las personas a cuenta de terceros sin preguntar demasiado, casi siempre a ciegas, con indiferencia y mala leche. Ejecutivos con grandes responsabilidades, funcionarios con áreas sensibles, candidatos a cargos legislativos, roqueros y actrices, delincuentes con carnet, facinerosos de la política y mosquitas muertas del espectáculo. Pero siento en los huesos que la Menéndez es un asunto especial, y que me han dado la orden de abrir sin anestesia y con bisturí sin decirme qué me voy a encontrar adentro. Pienso además en aquel mal palpito de Lali: «Esa mina es muy jodida, Remil». Y recién ahora admito una inquietud, una rara curiosidad, que no me deja dormir tranquilo. A mí, que puedo torrar como un bebé en el pabellón de asesinos múltiples de Sierra Chica.

Como la pipa se le apagó hace un rato largo, Cálgaris se estira y recoge un atacador. Aparta con la cucharita las cenizas, mete el punzón para darle más oxígeno, agrega y compacta el tabaco dentro de la cámara y vuelve a encenderlo. Lo hace con lentitud y con la mente en cualquier parte. Estoy a punto de sacar otro cigarrillo pero

cambio de parecer. Me voy a fumar esas largas bocanadas que me tirará en la cara. Monk terminó su concierto y volvió a empezar. Puede sonar todo el día, durante toda una semana. O puede también que una de sus dos secretarias lo cambie por una sesión improvisada de Stan Getz. El coronel me ha inculcado la Historia pero no ha logrado nada con el jazz. Un negro de mierda como yo siempre va a preferir el tango.

—Ya sé que no leíste a Ovidio —dice finalmente con la frente arrugada—. Pero no te habrás olvidado de cómo cayó en desgracia con César Augusto.

—Lo mandó al exilio —confirmo. Lo tengo presente más como personaje de una conjura que como poeta. Se imaginan: lo mío no es la poesía.

—¿Sabés qué decía Ovidio? —pregunta el coronel con una suavidad escalofriante, y es lo último que va a decir—. «Una mujer siempre está comprando algo».



## II

# El guardián de la Gioconda

Estaciono la camioneta a cincuenta metros del gimnasio y trato de avistar con prismáticos los blancos detrás de los ventanales y después la chapa de los pocos autos estacionados en la cuadra. No veo ni el Mini Cooper de la señora ni la coupé Megane del señor, dejo los binoculares y bajo a dar una vuelta. Es una mañana gris en San Isidro. En una calle lateral, a la sombra, encuentro la coupé amarilla. Dentro de un estacionamiento, al fondo y a la derecha, detecto el Mini Cooper. Hace seis meses los seguimos tres semanas; la mayoría de las veces usaban el auto de ella. Pero una mañana de lluvia el caballero sacó la Megane y no nos dio tiempo de reaccionar. Los perdimos. Igual la rutina era siempre la misma: Panamericana, ramal Tigre, peaje y un albergue transitorio sobre la avenida Uruguay. Estoy seguro de que no cambiaron de mañas. Vuelvo a la camioneta y a los binoculares, y me mantengo al acecho.

Por esta clase de huevadas en 25 de Mayo se ríen de nosotros, la base Chacabuco se abrió por presiones políticas. La Casa se fue convirtiendo en el servicio secreto y exclusivo del Presidente, y los otros se quejaban. Los otros, vale aclararlo, tienen poder e influencia territorial y económica, rompen los quinotos, votan presupuestos. Se sienten también parte del Estado. Es por eso que en la Secretaría decidieron habilitar fuera del organigrama una agencia que se mantuviera ligada a la Casa, como un sidecar con una moto, para que no la contaminara con esas chismografías y chapuzas menores. El coronel es un personaje exótico y no representa ningún peligro político para los funcionarios de carrera: cada vez que desde la dirigencia le ofrecieron ascensos los rechazó, siempre se mantuvo fiel al director general de Operaciones y al director de Contrainteligencia, y reporta toda, o casi toda la información a la Casa. Quiero decir: cada actividad que hacemos, cada caso en el que nos metemos, forma una carpeta, y su duplicado va a parar a la Oficina de Antecedentes, que está en la planta baja de la Central. El coronel se guarda, vaya a saber dónde, algunos legajos especiales. Por las dudas. Para tener algo contra sus amigos y aliados en caso de que un día, Dios no lo permita, se vuelvan todos locos. Ellos hacen exactamente lo mismo. Yo te tengo agarrado de la pija, y yo a vos del escroto, y entonces todos estamos tranquilos y nos queremos como hermanos.

La Casita se solventa en parte con fondos reservados, pero desde hace diez años tiene orden de autogestionarse. Las reglas son abiertas. A veces intervenimos sin cobrar en metálico, aunque los clientes al final siempre terminan pagando con algún favor. En otras ocasiones, que Cálgaris llama «changas», actuamos directamente como una empresa de seguridad privada. Una pyme para la caja chica. Pero los favores de nuestros clientes más poderosos no son moco de pavo: la Casita tiene inversiones legales e ilegales, y la plata aceita la maquinaria y la mantiene en movimiento. Solo el coronel sabe a quién le cobramos y cómo.

Mi relación con la Central no es mala. Me han pedido prestado muchas veces. Sobre todo para infiltrarme en bandas de secuestradores, para hacer reemplazos en la seguridad presidencial y para realizar tareas de callejero, espiando a piqueteros o a sindicalistas, armando roscas en manifestaciones. A cambio me mandaron dos veces en veinte años al exterior a hacer cursos de inteligencia y de criminología. «¿No te querés mudar a 25 de Mayo y dejar de una vez por todas ese gallinero, Remil?», me preguntó un día un jefe de la Sala Patria. «Soy el escudero del coronel, señor —le contesté con cara de mayordomo—. Y estoy atado a ese destino». En la Casa valoran que un negro de mierda haya leído a Massimo Valerio Manfredi.

Estoy viendo a Julieta y a Romeo. Ella es un producto del gimnasio y de las siliconas; él parece Jean Claude Van Damme después de una gripe. Los sigo con los binoculares, van por la vereda como dos inocentes amigos, sin tocarse ni mirarse con demasiada devoción. Los infieles caminan siempre así, juntos pero separados, haciéndose los estúpidos. Prendo el motor y meto el cambio. Por la dirección que tomaron, me juego que hoy viajamos en Mini Cooper. Los alcanzo sin esforzarme cuando están subiendo a la Panamericana. El autito rojo entra haciendo zigzag en el tránsito y se afirma por el carril izquierdo: la señora se para en el pedal y me obliga a correr. Sé que es una carrera inútil porque terminaremos donde siempre, pero no quiero equivocaciones. A lo mejor en estos meses descubrieron otro hotel y me paso dos horas esperando al pedo en la calle Uruguay. Mientras avanzamos me suena el celular, lo conecto al «manos libres» y atiendo. Palma me saluda:

—Nuria es un plomo.

—¿Nada? —me extraño.

—Te estoy mandando por *e-mail* algunas grabaciones. No sé. A lo mejor a vos te calientan.

—¿Y el correo?

—Trabajo puro y duro. Ni una frase cariñosa. Y tampoco parece una terrorista islámica.

—¿Está en *Facebook*, tiene cuenta de *Twitter*?

—Ni en sueños. Es calladísima. Invisible.

—¿Usaste el *Spyware*?

—Todavía no.

—¿Y qué estás esperando?

Le corto la comunicación para tenerlo un poco a raya. El *Spyware* es un programa que permite seguir en tiempo real todos los movimientos de Internet. Necesito saber a qué sitios entra, qué palabras pone en *Google*. Me encanta pensar que ese baboso de gorrita y chupetín se está removiéndose en su silla, porque cree que se las sabe todas y yo le di la cana con un error.

Ahora estamos haciendo fila en el peaje. No habrá sorpresas. Frente al telo hay lugar donde estacionarse. Compruebo que el Mini Cooper se mete nomás, y yo freno un poco antes, sobre el pasto. Saco de la mochila la *notebook*, la prendo, entro en mi

correo y me bajo al escritorio cuatro archivos sonoros. Enchufo el *Ipod* y los paso. Después de un rato conecto el *Ipod* al *stereo* MP3 de la camioneta y pongo a medio volumen el primero. La voz de Nuria Menéndez Lugo llena de pronto el ambiente. Es una voz ejecutiva, grave y un poco áspera. Pero de una aspereza sensual. Con acento madrileño y vocablos españolísimos, aunque mezclados con palabras en inglés y en francés. Tiene una convicción absoluta. Está hablando de expedientes y de trámites de exportación. Pide algo para almorzar en el restaurante de la esquina: ensalada y agua mineral, y de postre yogur descremado de vainilla. Reclama a una asistente un café corto y negro, sin azúcar ni edulcorante. Descubro que fuma Camel. Bajo un centímetro el vidrio y enciendo un *Parisienne*. Nuria recibe una llamada de España. Es un socio, conversan de un negocio que se jodió en Bélgica. El tipo le pregunta por Buenos Aires. Nuria está harta de comer carne, y dice que acá el pescado es desabrido. Ha paseado bastante. Fue al rastro de San Telmo y compró un facón de plata. Explica que se trata del cuchillo de los gauchos, pero fabricado especialmente para turistas ignorantes. No usa la palabra «turistas» sino la palabra «guiris». Se ríe un poco. Tiene una risa cínica y erótica. Le regalaron una entrada para el Colón: ponen «La viuda alegre». Le explica a su socio que es una opereta muy divertida. Su socio no se atreve a meterse en su intimidad; ella cambia de dirección y vuelve a los negocios. No entiendo un carajo, pero la voz es tan subyugante que el cigarrillo me quema los dedos. Tiro la colilla y prendo otro negro. Tal vez Palma, al fin y al cabo, tenga razón. Esa voz puede excitarme aunque sea incapaz de transmitir un puto dato de interés. Quién es esta mina, a qué vino, por qué le estamos revisando el placard. «Una mujer siempre está comprando algo». ¿Qué vino a comprar?

Me entretengo la siguiente hora escuchando los otros archivos sonoros mientras adentro Jean Claude le revuelve el estofado a la señora de Holguín. Nuria está en su casa, le explica a su asistente que ha contratado de lunes a viernes una mucama paraguaya. Le parece muy eficiente y confiable. Se la recomendó la esposa de un abogado argentino con quien cenó la otra noche. Pongo la pausa y llamo al celular del Cerrajero. Tarda en responder. Al final lo hace, está en un lugar muy ruidoso.

—Tiene mucama, pero los viernes se va al mediodía —le informo—. ¿Cómo va la basura?

El Cerrajero dice que no me oye, tengo que gritarle para que comprenda.

—Buenísimo, chango, entonces el otro viernes a la hora de la siesta —me confirma—. Porque la kinesióloga del B tampoco está. Tiene cerrado el consultorio.

—¿Y la basura? —le insisto.

—Va bien, tardamos un poco en identificarla, pero ya te la tenemos separadita —se ríe.

—Estás seguro de que no voy a encontrarme con la basura de la vecina, ¿no?

—Había sobres y papeles arrugados a nombre de Nuria no sé qué.

—¿Fuma Camel?

—Importados. Y toma anís del Mono. No cualquiera toma anís del Mono, fuma

Camel y se llama Nuria.

—¿Cómo fue la cosa?

—La Vieja carga en el carro toda la basura del edificio, y después en la plaza revisamos bolsa por bolsa. Los giles siempre lastran, chupan y hacen lo mismo, Remil. Son tan...

—Previsibles.

—Sí —se vuelve a reír.

—Vos también —le digo—. Estás en el hipódromo perdiendo el tiempo y tirando la guita.

—Mientras no te falle...

—No me falles, Cerrajero, porque te hago moco. Y teneme todo preparado en la villa el viernes bien temprano.

—Lo vas a tener. —El Cerrajero ya no se ríe—. Y de ahí salimos juntos y le reventamos el bulo, ¿dale?

No le respondo para que sienta la presión y el enojo. Me dice que se le termina el crédito y que tiene que cortar. De fondo, por un altoparlante se oye el anuncio de la próxima carrera. Apago el celular y vuelvo al *stereo*. Nuria le pregunta a un funcionario por un trámite comercial. Anís y Camel, pienso. ¿Cómo pasará las noches esta morocha? ¿Verá pornografía, se masturbará en la bañadera? ¿En quién pensará? Figura como divorciada en su pasaporte y es una hembra bien puesta: raro que no tenga un novio o amante, o ganas de tenerlo. ¿O tendrá, y Palma no consiguió todavía engancharlo? Quién sabe.

Me sorprende un poco ver que el Mini Cooper reaparece y que encara de nuevo la salida de Panamericana. Doy un giro completo e imprudente, los sigo y los alcanzo bajo el puente de acceso. El autito aminora para doblar y subir, yo lo cruzo de derecha a izquierda y me adelanto. Y en un segundo, giro en sentido contrario y los encierro a estribor, les tiro la camioneta encima y la mina pega un volantazo para esquivarme. Corre recto todavía unos metros por la calle lateral y se para en la banquina: del susto se le apagó el motor. Fue una maniobra rápida y extraña, y los dos están en estado de *shock*. Freno detrás, me pongo la gorra y bajo con la Glock en alto. La campera y la gorra son azules y llevan las iniciales PFA. Les apunto y les grito. Ella baja la ventanilla, tiene los ojos verdes inflados de pánico. «¡Policía Federal, ponga las dos manos en el volante, señora!», le estoy ordenando. A veces tengo un vozarrón que paraliza. La señora de Holguín lleva el pelo mojado y la boca seca. Le veo las pecas que le suben por las tetas siliconadas del escote y las lagrimitas: falta que me haga puchero. También veo que el profesor se inclina sobre ella para hablarme. Tiene la frente arrugada de preocupación, pero nada más: es un hombre de mundo, alguna vez laburó de patovica y el año pasado ganó un torneo barrial de *kick-boxing*. Lo llamo por su nombre y lo intimo a que baje del coche. La señora hace un gesto de apearse para acompañarlo en la desgracia, y le grito que ella no lo haga, que se quede sentadita y que me dé las llaves. Me obedece como una

autómata. Guardo el llavero y le explico de manera ruda que se trata de un procedimiento ordenado por un juez, y que tengo orden de interrogar en sede judicial a su novio. La señora dice, como un pajarito, que no es su novio. Y el galán se hace el estúpido. Tiro de la corredera de la Glock y le doy el ultimátum. Noto que Jean Claude está impresionado. Rodeo el Mini Cooper por la proa y lo espero al otro lado, afirmado y sosteniendo el arma con las dos manos cerradas. Es casi tan alto como yo, lleva una remera ajustada y exhibe unos bíceps voluminosos, aunque sin orgullo. El cagazo le amarga el morro, y la verdad es que no le hace juego con ese equipo de músculos, con esa montaña de carne y autoestima. «Tiene que haber un error», se está quejando. En estas circunstancias, la gente dice lugares comunes. «Date vuelta —le ordeno empujándolo contra el auto—. Dame las manos». Me hace caso, mientras me jura que me confundí de persona. Le pongo las esposas. Recién entonces meto la pistola en el cinturón y lo agarro del cogote y le tiro de un brazo. Estamos rodeando el Mini Cooper en sentido contrario. La mujer, atribulada, culposa por su falta de solidaridad, se asoma y me increpa. Quién soy, a ver mi credencial, qué cargos hay contra este pobre muchacho. Dice incluso una frase original: «Mi marido es muy amigo del jefe de la policía». Me río un poco, no puedo evitarlo. Me apoyo levemente en la ventanilla abierta y le muestro el llavero.

—Dígale a su marido que estaba en un albergue transitorio de San Fernando con su *personal trainer* —la animo—. Y que la policía se lo llevó para indagarlo en una causa por delitos contra la integridad sexual.

—¿Delitos sexuales? —se escandaliza el karateca y realiza un movimiento instintivo. Por las dudas le aplasto la cabeza contra el techo del Mini Cooper y se la mantengo ahí a la fuerza mientras sigo hablando con su amable benefactora.

—Es una locura —niega ella. Ya no tiene lagrimitas, y se pasa una lengua por los labios de colágeno. También se pasa una mano pecosa por la frente. Lleva en la muñeca un relojito diminuto de diamantes—. Es una locura completa.

—Le voy a dar un consejo —digo—. Agarre la llave y váyase a casa.

—No, no. Yo los acompaño hasta el juzgado. No puedo dejarlo acá.

—Agarre la llave y váyase a casa, señora. Va a haber periodistas.

—¡Pero esto es absurdo! —se desespera.

—Le prometo algo. Usted agarra las llaves, se va a casa y el nabo este la llama en dos horas para contarle dónde está y cómo va la cosa. Y tenga en cuenta que será un gran favor. Porque lo van incomunicar en cuanto pise Tribunales. Eso se lo garantizo.

Ella mueve la cabeza tratando de decidir si puede seguir mi sugerencia. Está pensando en todas las implicancias de esta catástrofe.

—No creo que el señor Holguín tenga muchas ganas de mover un dedo por su amigo, señora —la ayudo.

La dama me mira y se muerde un labio. Es una mujer recauchutada pero atractiva. El escándalo entero le está pasando por delante de sus ojos en este preciso momento.

—Decile que vas a estar bien —le recomiendo al vagabundo acercándome a su

oreja arrepollada.

—Voy a estar bien, mi amor —obedece el tarado—. Yo no hice nada.

—Decile que la vas a llamar en dos horas —le digo.

—Te voy a llamar en dos horas, mi amor. No te preocupes. Se va a aclarar todo.

No espero ni un gesto, le tiro a la dama las llaves, atenazo de nuevo al galán por el cogote y el brazo, y lo conduzco hasta la camioneta. La mujer de Holguín no me sigue ni se baja: está mirándome por el espejo retrovisor, mordiéndose todavía el labio grueso y con las llaves en un puño. Abro la puerta de la 4x4 y acomodo al profesor en la parte trasera. Llevo dos grilletes de ocasión para inmovilizar las piernas de los detenidos. Alguna vez tuve una desagradable sorpresa con uno, y este particularmente sabe usar los pies, así que se los encadeno, y me siento al volante. La dama no atina a poner en marcha el motor. La espero en silencio, sosteniéndole la mirada a través del espejo, como si fuera un duelo.

Al final se oye el encendido, y veo que pone la luz de giro y que dobla nomás. Pasa a nuestro lado y sube a la autopista. Mientras tanto, Jean Claude no ha dejado de hablarme de su inocencia. Le ordeno que se calle, como si me doliera la cabeza. Se calla. Vamos cerca, a un cementerio de trenes que hace esquina con un cementerio de almas. Meto la camioneta entre vagones oxidados y yuyos crecidos. No hay nada más que perros sarnosos y flacos.

—¿Qué pasa, por qué paramos? —pregunta, más inquieto. El tamaño de su vocecita tampoco hace juego con su caja torácica.

—Vamos a ver una película —le explico dejando el gorro y la pistola, y sacándome dificultosamente la campera—. Y después vamos a hacer un entrenamiento. ¿Qué te parece una sesión de *full-contact*?

Ahora no se escuchan ni los perros. Abro la *notebook* y busco unos iconos.

—¿Quién sos? —pregunta. Es el tono de alguien que está esperando el resultado de una biopsia, y que tiene un mal presentimiento.

—Mirá qué bien saliste en esta escena —le digo y le acerco la pantalla al hocico. Después de seguirlo tres semanas, hace seis meses le pusimos dos mini cámaras en su departamento de Martínez. Especialmente en su dormitorio, donde el profesor da y recibe con un pendejo que también la va de musculoso: cumplió 16 años y es cinturón negro de taekwondo. Mucho futuro. El profesor se aleja de la pantalla como si pudiera quemarle la jeta. Escucho su respiración agitada. Parece un pobre campesino que ha sido empalado.

—Hijo de puta —boquea.

—¿Querés que suba el volumen? —le pregunto.

—Hijo de puta.

Cierro la grabación y bajo la tapa de la *notebook*. La dejo en un costado y le muestro unas hojas de papel que llevo abrochadas.

Veo que está llorando, con la cara vuelta hacia la izquierda, mirando sin ver una vieja locomotora. Su pecho sube y baja. Le agarro la mandíbula y lo obligo a leer esta

lista.

—¿Reconocés los nombres? —le pregunto.

Los lee por arriba, con la vista nublada. Son los nombres, teléfonos y direcciones de *mails* de todos sus parientes y amigos, de todos los clientes del gimnasio y de toda la comunidad de *kick-boxing*. Sería tan fácil enviarles por correo electrónico esa porno berreta.

—Te voy a decir la verdad —le confieso, despacito—. Yo estoy a favor del matrimonio igualitario. Por mí, cualquiera puede hacer de su culo un cenicero. Pero la gente es muy guacha, hermano. Muy guacha. Y además, un menor, che. Eso es imperdonable. Aunque así como te digo una cosa, te digo la otra. Esto no sirve como prueba porque fue obtenido de forma ilegal. Pero te aseguro que si lo reciben en Tribunales o se lo mando a algún canal de televisión te ponen en la guillotina. La vas a pasar muy mal, ¿me entendés?

Nos quedamos un largo rato sin decir ni mú. Hasta que de golpe el profesor gruñe de rabia. Gruñe como chanco que se lo están cogiendo. Se retuerce, tira de las cadenas, se pone colorado de la fuerza, se le marca una vena en el cuello. Espero sinceramente que no espiche, sería una cagada. Suspiro y le propongo: «Vamos a hacer un poco de ejercicio».

Me bajo, me saco la camisa y la cuelgo prolijamente de una ramita. Abro la puerta trasera y lo libero de los grilletes. Lo hago con mucho cuidado, para evitar una sorpresita. Después lo arrastro afuera, le rodeo el cogote por atrás y le digo al oído: «Te voy a soltar, pibe. Y vamos a darnos unas pifias, ¿qué te parece?». No comprende, se queda quieto. Alerta e incrédulo. Piensa todavía que puedo meterle una bala en la nuca, y no le falta razón. «¿Qué es todo esto?», pregunta por fin. Lo libero de las esposas y lo empujo. Camina torpemente unos metros, tropieza y me mira, primero como carnero degollado y después como energúmeno.

Comprueba que estamos solos, que soy un veterano y que lo estoy invitando a pelear. Casi se sonríe, pero realmente no le sale, y entonces se queda serio y frío, y de repente se saca la remera. Me admira la velocidad con que lo hace. Boxeo dos veces por semana, pero una cosa es cruzar guantes y a lo sumo romper una nariz, y otra muy distinta es luchar por tu vida. Nunca dejo pasar esta clase de oportunidades. En mi oficio, uno nunca debe perder el toque mágico.

Cuando sube los brazos sé con las tripas que me lanzará de un momento a otro una patada y que cuando se atreva voy a tener que hacer trampa y castigarle los huevos. Es un movimiento prohibido, y los luchadores de salón no están preparados para salirse de las reglas. Bailamos juntos como boxeadores profesionales al sol, mirándonos a los ojos y bamboleando los puños. Noto de inmediato que no quiere tomar la iniciativa, prefiere esperarme para un contragolpe eficaz. Le amago y le tiro un puñetazo, le amago y se lo vuelvo a tirar. Ni siquiera puedo rozarlo, y el profesor me lanza finalmente su pierna pesada pero hacia abajo, de manera oblicua, y yo la rechazo con el antebrazo y le alcanzo el mentón con un codo antirreglamentario que

lo sorprende. Mientras retrocede le trabajo la cara. Uno, dos, tres. Y él me los devuelve uno por uno. Ni los suyos ni los míos lastiman demasiado. Somos de nuevo boxeadores convencionales, probando *jabs* y ganchos, danzando y tratando de intimidar al otro con lances y gestos feroces. De repente me tira un *cross* a la mandíbula y se lo esquivo por un centímetro, y le pego bajo la línea del cinturón, y lo trabo y nos agarramos unos instantes, sin aliento, mientras me tira patadas tailandesas sin destino. Hasta que me empuja y me barre con una patada eléctrica. Caigo al piso y giro porque ya se me viene encima. Me alcanza igual con tres o cuatro martillazos en el hombro y en el lomo, y yo me levanto hasta donde puedo y le tiro el cuerpo con la cabeza gacha y lo obligo a trastabillar mientras trato de hacer pie.

Sé que tengo que pegarle donde no espera: le pego en la cadera un zurdazo con todas mis fuerzas y le saco un grito de adentro. Ahora estamos de nuevo frente a frente, intercambiando piñas francas. Me duelen los huesos de la mano izquierda pero la sigo usando. Es un combate sin *rounds* ni treguas ni modales. El profesor está tan caliente que ya olvidó sus propias enseñanzas. Pero sé que usará tarde o temprano la patada a la cabeza, y que si permito que me sorprenda me dejará servido para el nocaut. Estamos sangrando porque lo nuestro no son las caricias, pero creo que los dos pensamos lo mismo. Ganó muchas peleas de gimnasio con esa patada clásica, y lo que intenta es llevarme a una lógica de lucha callejera o de box común y silvestre para sacudirme cuando menos lo espero una patada penetrante de karateca. Hago de cuenta que entro en su juego, que es durísimo, y aguanto el cruce. Pin, pon, pan. Entonces por fin entreveo, como en cámara lenta, que alza la pierna derecha y la gira de afuera hacia adentro, altísima y peligrosa, buscándome la sien. A medio camino, casi me acuclillo y pego con la diestra de abajo hacia arriba, un puñetazo que voltearía a un caballo. Tengo suerte, porque le doy en los testículos como le daría a la bolsa del gimnasio. Les juro que le entierro el puño hasta el brazo donde no debo. Y el galán larga un quejido y parece como si se derrumbara sobre mi cuerpo doblado, y yo le agarro la otra pierna y lo levanto en peso como un animal herido, lo tengo unos segundos en el aire y lo aplasto contra el pasto chamuscado. Se revuelve en cuanto siente la puesta de espalda, con las últimas energías, así que yo le doy con toda mi alma, haciendo todas las trampas del mundo, pegándole con la rodilla y rematándolo con castañazos. Cuando dejo de pegarle tiene la caripela desfigurada. Me paro con dificultad y escupo sangre, y me aprieto la mano izquierda, es como si me la hubiera quebrado. No quiero mentirles: ni me la quebré ni el mago del *kick-boxing* es tan bueno. Unos torneos los gana cualquiera.

Ahora está ovillado en el suelo, boqueando en decúbito dorsal, como si fuera un bebé gigante. Camino hasta la camioneta y saco la Glock y un toallón que cargo en la mochila. Me reviso en el espejo, me seco el sudor y me limpio la sangre. No llevé la peor parte. Y parece que estoy vivo. Me acerco al caído y lo pateo amistosamente, como si quisiera despertarlo. Me mira a través del llanto, la transpiración, la sangre y la baba. Le tiro la toalla. «No sea flojo, profesor», le digo. Me armo de paciencia, lo



espero fumando un Parisienne. Le ofrezco uno cuando consigue sentarse. Ya me puse la camisa y estoy acodado en el estribo de la locomotora. Fumamos en silencio. Los perros están lejos, pero vuelven a ladrar. Viéndolo de perfil, Jean Claude no está tan mal: le van a tener que devolver el tabique a su lugar, y va a andar varios días con moretones en el rostro, pero lo peor quedará para el dentista, porque le rompí algunos dientes.

—Espero que te hayan anotado en una buena obra social —le digo.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta con la vista perdida.

—Lo primero de todo, llamar a la señora desde tu teléfono y contarle que estás fenómeno, que declaraste y te creyeron, y que esta noche dormís en casa.

—¿Y después?

—Después desaparecés una semana del gimnasio y no le devolvés ni los mensajes.

—¿Y qué va a hacer usted?

—Le voy a mandar tu película porno por correo electrónico. Mañana o pasado. El amor no resiste esos disgustos.

Estamos tan quietitos que hasta los perros se atreven a olisquearnos. Pasa un pájaro rasante pegando chillidos.

—Tenemos pinchado tu correo —le miento—. También los *mails* de tus otras novias. Te vamos a monitorear unos meses.

—No la voy a ver nunca más —dice con voz opaca.

—Si la ves una vez más salís en Crónica TV —le advierto—. Te van a pixelar los ojos para que no alegues invasión a la privacidad. Pero la verdad es que te va a reconocer hasta tu tía Alberta. Que te pasa una mensualidad y va mucho a la iglesia, ¿no?

Asiente y se vuelve a pasar el toallón por las mejillas. Caminamos hasta la camioneta. Tiro la toalla a los rieles y vuelvo a usar las esposas. Sé que no le quedan ganas de jorobar, así que le evito los grilletes. Lo llevo hasta el Hospital de Tigre y lo abandono en la guardia. Sigo derecho hasta el Hospital Fernández para que me saquen una radiografía de la mano izquierda, me venden y me curen un poco. Al llegar a casa me sirvo un vodka y pongo History Channel. Están dando un documental sobre el ascenso y caída del Imperio Otomano. Siempre es bueno recordar que uno es simplemente un instrumento de la Historia.

Los domingos, bien tempranito, cuando el sol apenas está despuntando, regreso al norte. Cruzo la ciudad vacía y busco una escollera en una playa municipal de libre acceso, justo en la desembocadura de un canal. A esa hora todavía no hay más que algún pescador soñoliento, pero hacia el mediodía el verde estará lleno de sombrillas, heladeritas y sillas playeras. Todavía no hay indicios de la Prefectura, que pronto estará por ahí con un gomón y varios guardavidas en motos acuáticas tratando de

evitar que los buenos ciudadanos se metan en el agua contaminada de zinc, plomo y bosta. Dejo siempre la camioneta bajo una arboleda, me desnudo por completo y me pongo el traje de neoprene. Luego saco las aletas, los guantes, el gorro, el visor, el *snorkel* y el cuchillo, y pego el llavero imantado bajo la carrocería, cerca de un compartimento invisible que se abre a presión y que contiene una pequeña Walther P99. Por puta pudiera. Un tipo como yo nunca sabe cuándo necesitará una segunda opción. Solo sabe que para cuando eso pase debe estar listo.

Hoy el río está un poco crecido y bravo, y sé que habrá muchas olas cortas, una detrás de otra, y una conjunción de corrientes de abajo y de arriba. Tal vez remolinos. No será tan difícil como los peores días, pero dará trabajo. Cálgaris nos obligó en 1987 a tomar un curso rápido de buceo táctico en la base naval de Mar del Plata. Fueron ocho meses divertidos e intensos. Desde entonces trato de no perder el hábito de nadar en aguas abiertas, que es un desafío más que nada emocional. Mientras nado, reflexiono sobre muchas cosas. Me vienen a la cabeza y se vuelven claras, y después se apagan y desaparecen. Son como fogonazos. Pero cuando ya estoy en casa a salvo, algunas horas más tarde, las endorfinas prenden la luz y se pegan las piezas, y algo en limpio siempre sale.

Me meto despacio y comienzo a nadar pecho, y enseguida paso a un crawl acompasado. Esta mañana tengo mucho en qué pensar, pero me siento confiado y con la moral alta. Cuando me encuentro en ese estado, fantaseo con una proeza: partir un día con mis tres viejos camaradas desde el Club Náutico de San Isidro y nadar sesenta kilómetros en veinte horas ininterrumpidas, hasta el balneario Brisas del Plata en Colonia del Sacramento. El problema mayor es que mis viejos compañeros han quedado por el camino. Uno murió en un enfrentamiento policial, el otro se ahorcó en su casa de Temperley. El tercero tuvo una «crisis de conciencia», renunció a todo y se fue a vivir a Suecia. De los loquitos de Campo de Mayo que el coronel reclutó, solo queda el malparido de Remil. El resto son fantasmas de Tumbledown, Monte Kent y Dos Hermanas.

Nado río adentro, esquivo troncos y floto un rato mirando de cerca el paso de lanchas y veleros. Sigo un buen trecho, y después giro y comienzo a bracear en dirección sur, pero en paralelo a la costa. Nado y nado, y pienso en Nuria Menéndez. Vengo escuchando hace tres días su voz: está en el *Ipod* cuando corro, en la camioneta cuando viajo, en casa cuando cocino. Habla, como todos, de minucias. Pero en la oficina parece muy concentrada en trámites aduaneros. Visita a un despachante de aduana y al volver le comenta a su socio español que le quedan algunas dudas, aunque no le explica por qué ni cuáles son. Su socio se llama Claudio García Roldán y no repregunta: hay sobreentendidos entre ellos y muchísimo cuidado. Como si supieran que los estamos grabando. Nuestra chica en Madrid le revisa los calzones a Roldán, a su bufete de abogados y a su empresa importadora, pero todavía el coronel no me ha habilitado sus informes parciales. Es una vieja táctica de Cálgaris: compartimentar la investigación y al final reunir las partes, que

solo él conoce. Está claro, como sea, que Nuria es socia de una firma de ocasión: pescan oportunidades en las aguas revueltas de las importaciones y exportaciones. Y parece interesada, *prima facie*, en un negocio clásico: el vino argentino. Palma me envió algunos resultados del *Spyware* y resulta que ella visita todos los días los sitios de las grandes y medianas bodegas. Le pide incluso a su asistente que le organice un viaje a Mendoza. Quiere ver el proceso del malbec, y hacer de paso enoturismo. Prepara una lista de contactos en ese mundo: gerentes, propietarios, especialistas. Se pregunta cuáles son las principales distribuidoras del país. Habla de Luján de Cuyo, de marcas y de cepas. Cena en Palermo Hollywood, a pocas calles de la casa de Lali. Que ya me mandó algunas fotos por correo electrónico. Nuria hace *shopping* dos veces por semana, primero en Paseo Alcorta y luego en Patio Bullrich. Gasta mucho con su tarjeta black. Palma revisa en tiempo real su resumen y entra en sus cuentas bancarias: tiene 20 mil dólares en una caja de ahorro y 170 mil pesos en otra. Las compras no varían: ropa, joyas, perfumes. Jura Palma que en dos meses se llevó veinte pares de zapatos. «¿Es una compradora compulsiva?», me pregunto mientras sigo nadando. Las fotos de Lali la muestran muy sonriente, evaluativa y más verborrágica que de costumbre: le brillan los ojos negros en las tiendas. Dos días más tarde Lali hace algo muy peligroso: le saca unas fotos en una milonga de la calle Cabrera. Nuria está con su asistente tomando una copa y mirando cómo los veteranos bailarines de tango eligen cuidadosamente a sus compañeras de la noche. Luego la retrata en Puerto Madero: come con vista al dique acompañada por un hombre alto y elegante, que tiene el pelo prematuramente blanco peinado hacia atrás y pegoteado con gel. Lali se esmera en tomarlo desde distintos ángulos. Según Palma tanto puede ser un bodeguero en ruina de la provincia de San Juan como un simple burócrata de la Secretaría de Comercio. Descubro que ella le menciona al pasar a García Roldán un apellido: Pico. Busco en los listados de la función pública: hay muchos Pico, pero hay uno en especial que es subdirector de la Aduana. No es la Secretaría de Comercio pero está cerca. Buscamos fotos oficiales pensando que no tiene página de *Facebook*. Pero tiene nomás. Queda confirmado: es Javier Pico, un funcionario de carrera, pero con buena llegada política. Subió a Internet fotos suyas en reuniones partidarias y en fiestas lujosas, abrazado con actores y haciendo chanzas con dos ministros del gabinete nacional. Solicito formalmente a la Casa su legajo. Pico es influyente y hace favores. No debe resultar nada fácil ser una gallega recién llegada y acceder así nomás a Pico, pienso mientras hago la plancha y recupero un poco el aliento. No sé, acá hay algo.

Pasa en este momento una lancha rápida y las olas me hamacan. Ruedo sobre mí mismo y emprendo el regreso. Me doy cuenta de que ahora me espera la parte más dura. Me alejé demasiado. Tengo que concentrarme y usar toda mi fortaleza mental. No puedo desanimarme, pero la verdad es que braceo sin concentración, pensando de nuevo en Nuria. ¿Y si la estamos siguiendo a ella pero en realidad lo queremos a él?, me pregunto. No sería la primera vez que Cálgaris nos hace ese juego. Javier Pico.

Hay poco en su legajo como no sea la confirmación de que es un capo y que tiene el culo sucio. Nada raro en este país, amigos. Nada raro. Aunque, no sé, a lo mejor Pico se le puso entre ceja y ceja al coronel por alguna mejicaneada, y entonces el verso de Ovidio debe ser leído de otra manera. Palma me mandó también la lista completa de búsquedas en *Google*. ¿Por qué Nuria no gogleó a Pico? La única explicación es que venía de España con toda la data. «La doctora se pasea un poco por la pornografía», me confirma Palma e imagino sus labios rojos y húmedos, el chupetín que cambia de un lado a otro de la boca. Me quiere hacer creer que es importante saber un detalle morboso pero inofensivo: solo visita tres categorías en *PornHub.com*: «Madura», «Anal» y «Juguetes». Me parece mucho más relevante que juega al poker por plata en la web, y que apuesta fuerte. El sol cae a pleno y yo sigo cruzando las olas, eludiendo ramas y gomas podridas que flotan, pataleando contra la corriente y a veces beneficiado por ella, tomando un atajo en diagonal, luchando en mi interior contra el cansancio y el dolor de mi mano izquierda. En tierra, la consecuencia de aquel zurdazo en la cadera de Jean Claude es una leve molestia; en el agua es un flor de pinchazo. Pero así y todo no se puede comparar esa huevada con un calambre. Y en muchas ocasiones nadé kilómetros con calambres en las piernas o en el estómago. Igualmente, llegar a la orilla parece por momentos imposible. Trato de apartar de mi cerebro ese mal presagio, que hunde en la desesperación y en los mares a cualquier bañista, y saco brazadas regulares, a buen ritmo. Me conozco: en quince minutos estaré agotado. Y todavía me faltarán otros quince minutos más para alcanzar la costa.

Esos últimos son los peores. Termino con una especie de penoso estilo *over*, arrastrándome en el barro, hasta que hago pie y salgo y me quito el *snorkel* y el visor. Hay más gente en la playa, corretean los chicos de acá para allá, y todos me miran como si yo fuera un astronauta. Me saco las patas de rana y la gorra, camino hasta la camioneta, y hago un rato de estiramientos y elongaciones. Luego recupero las llaves y adentro termino de desvestirme y comienzo a secarme. Tengo mucha sed: me tomo un agua desgasificada de litro y medio mientras recupero el aliento y la cordura. Prendo el *stereo* MP3 y escucho un breve monólogo de Nuria. Estoy desnudo y despeinado, con el asiento reclinado, y respiro panza arriba como perro exhausto mientras la escucho sesear en su inglés magnífico. Es una llamada de larga distancia. Habla con alguien del barrio de Queens, en Nueva York. Está todo arreglado para un viaje, solo falta ponerle la fecha. Me avivo de que el tipo tiene acento latino y entonces me incorporo y presto más atención. Un chabón que sabe hablar en castellano pero que no quiere usarlo por teléfono, y la morocha que no le lleva la contraria: no es un acto de diplomacia, es pura seguridad; hablan en otro idioma para protegerse un poco de las escuchas. En ningún momento mencionan adónde viajará ella ni con quién se verá. Tampoco cuál es la naturaleza de ese encuentro. La Menéndez se despide con un tono amable pero falso. Me da mala espina. Miro la hora y me doy cuenta de que debo apurarme si quiero llegar a tiempo. Me visto con

rapidez, coloco en el baúl el traje de buzo, me siento detrás del volante y salgo de la arboleda. El tráfico del mediodía es lento de ida y de vuelta. Me cuesta bastante llegar al centro. Estaciono a dos cuadras de la calle Arroyo. Fierrito está desayunando en el bar del Sofitel.

Es un petiso pelado y pretencioso, que viste de blanco y usa anillo en los dos meñiques; lee diarios extranjeros y come medialunas alargadas en uno de los lugares más caros de Buenos Aires. No existe un solo día de su vida adulta en que Fierrito no haya vivido por encima de sus posibilidades. Le debe una vela a cada santo, dejó tendales, estafó sin remordimientos y no fue preso solo porque Dios, a pesar de todo, sigue siendo argentino. En los ochenta Fierro les cobraba a los políticos línea por línea las menciones dentro de sus largos panoramas dominicales. En los noventa facturaba por pasarle información y buchoneadas de poca monta a Contrainteligencia. En los últimos diez años operó en radio y cable a favor de cualquier dirigente que pusiera la guita. Se volvió incontrolable y le dieron de baja de la «cadena de la felicidad». Como cuentapropista fue un desastre y se metió en muchos más líos. Si aparece muerto, seguro que la fila de sospechosos es tan larga que da la vuelta tres veces a la Plaza de Mayo. A mí, en lo particular, sus rebusques no me mueven un pelo, pero confieso que me asquea ese aspecto de cucaracha perfumada.

—Así que ahora laburás para la Tana —dice sin bajar el ejemplar del *Washington Post*—. ¿Paga bien?

Viene el mozo y le pido un café negro. A esa hora me comería un ternero, pero no vine a comer. Me estiro en ese sillón elegante, me restregó los ojos y bostezo. Fierrito mira con más detenimiento.

—La senadora está un poco preocupada —le suelto por fin.

—¿Le dijiste que yo también, Remil? ¿Que me preocupa todo lo que encontré? Por el país me preocupa, Remil. Que lo entienda.

Dobla el diario y come otra medialuna. Los dos parecemos profundamente aburridos. Pero solo el mío es auténtico aburrimiento.

—Era una biografía política —agrega simulando que habla para sí mismo—. Pero me quedó un libro de denuncia.

—Decí que acá no dan el Pulitzer.

—Efectivamente. Una lástima.

Me traen el café, está delicioso. Pido otro más.

—¿Qué tenés pensado? —pregunto.

—Y... por lo menos 250 mil. Son ocho meses de pelarse el culo. La vida del periodista de investigación es muy dura.

—Sí, me imagino.

—¿Entonces estamos de acuerdo?

—Antes quiere ver.

—¿Qué? —se arruga.

—Que Parisi quiere ver antes de garpar.

—¿Está loca?

—Sabe que la última vez fue un engaño.

—Yo no engañé a nadie.

—No tenías ningún libro, Fierrito. Apenas una carpeta con archivos de revistas.

—¿Y quién le contó esa hijaputez?

—Yo.

Fierro se queda un instante mirándome, luego se saca los anteojos y se los mete en el bolsillo del corazón, pone un billete sobre la mesa y hace el ademán de levantarse. Finge estar ofendido.

—Sentate —le ordeno suavemente, mirándolo por primera vez de frente.

—No tenemos nada más que hablar.

—Sentate, Fierrito —digo en tono paternal— porque te arranco las amígdalas con un tenedor.

La cucaracha estuvo en muchos curros y aprietos, y sabe cuándo no se jode. Y resulta que hoy no se jode. Es por eso que de repente se pone blanco y obediente. Me traen el segundo café. Fierrito se sienta despacio, como si se estuviera hundiendo en una montaña de diarrea. El segundo café me lo tomo con lentitud, sorbo a sorbo.

—Te puedo dar uno o dos capítulos —dice al fin con muchísima cautela.

Niego con la cabeza. Veo que tiene en la mano una cigarrera de metal y un Zippo de oro.

—Con un par de capítulos no va a alcanzar —le advierto.

—Te aseguro que sí —se apura. Me pone una mano en el hombro—. Esta vez no estoy chateando, loco. Ya vas a ver, ya me vas a dar la razón.

Observo también que Fierrito ni pestañea. Saco mi paquete de cigarrillos. «Vamos a fumar afuera», le propongo. La cucaracha perfumada larga un suspiro y se vuelve a levantar. Hay turistas y parroquianos en las mesas. Descubro, entre todos, a un juez mediático transando con un abogado penalista en el fondo, junto a la chimenea apagada. Salimos a la vereda. Fuma Benson. Me enciende mi Parisienne con su joyita. Fumamos al sol. Se queja de que el ambiente está lleno de espías, periodistas y políticos que lo odian y lo injurian. «La mitad de lo que dicen son bolazos», refuerza. La mitad de lo que dicen es el diez por ciento de los cagadones que Fierrito se mandó. «Vamos a tu casa», le propongo. Me mira como si yo le hubiera hecho una propuesta sexual o lo estuviera invitando a pasar el día en el Parque de la Costa.

—¿Estás en pedo? —me pregunta, empezando a transpirar.

—Te llevo en mi camioneta —agrego—. Leo el manuscrito mientras me convidás una copa de vino, y esta noche tenes la respuesta.

—A mi casa, no —dice un poco tenso—. A mi casa no entra nadie. ¿Qué pasa? ¿Por qué tanto apuro?

—Porque soy un taxi —le digo golpeándome el reloj con un dedo—. Cobro por minuto.

—No lo tengo en casa —dice, y fuma crispadamente el Benson.

—No me toques los cojones, Fierrito —digo ahora con voz ronca y amenazante. Pega un respingo, se da cuenta de todo—. Vamos a ese chalet de morondanga que tenés en Floresta y me convencés de que no sos el mismo reventado de siempre.

—Te juro por lo que más quieras que esta vez tengo algo gordo. —Es muy histriónico cuando quiere. O cuando presiente que está pisando terreno minado.

—Veremos —le digo tomándolo enérgicamente del brazo y empujándolo por Arroyo hacia la 9 de Julio. Me llega hasta la clavícula, y siento que podría sentármelo en el hombro. Como tengo zancadas largas y Fierro tiene pasos cortitos, va casi en el aire, como si él fuera el muñeco y yo el ventrílocuo. No le dirijo la palabra hasta que estamos sentados. En doscientos metros, Fierro intentó dos veces explicarme que era sincero y que lo estaba atrepellando. «Ponete el cinturón —le ordeno—. No quiero que tengas un accidente». Acata las órdenes, aunque con la trágica resignación del preso que avanza a punta de bayoneta hacia el paredón. Tomo rápidamente Rivadavia y voy hacia el oeste.

—Puedo explicarte de una lo que conseguí —dice la cucaracha jugándose la última carta.

No le respondo. Fierro se remueve en el asiento como si le picara el culo. De pronto hace un esfuerzo y toma aire:

—Seguís conchabado con Cálgaris, ¿no? ¿Te contó que la Tana quiere ser presidenta? ¿Leíste las encuestas? Es peronista, tiene chances.

—¿Me estás ofreciendo un negocio? —me sonrío.

—No puede tener un escándalo ahora. Se le descarrila el tren antes de salir de la estación. —Ajá.

—A lo que voy es que esto vale más de 250. —Su tono recupera una cierta seguridad cuando habla de guita—. Vale un millón.

—¿Por qué no pediste un millón entonces?

—Hay que hacerlo por partes. No hay que ser impulsivo.

—No voy contradecirte, vos sos el experto.

—Sí, sé cómo sacarles los riñones, Remil. No hay nadie mejor que yo en toda esta ciudad para eso.

—Y podemos ser socios.

—Claro, hombre. Treinta por ciento.

—Le aviso que la mierda le llega a las tetas y me quedo con el treinta por ciento.

—De un millón. Y ni tendrías que mentirle.

Me meto en una estación de servicio. Abro la gaveta, saco la funda con la Glock y me la encajo en el cinturón, más bien atrás, tapada por el gabán. La cucaracha está anonadada. «Treinta por ciento», le digo asintiendo, y bajo con las llaves en la mano. Le pido al chico que cargue el tanque y que me llene dos bidones que traigo en el baúl. Suena en una radio una cumbia villera y yo sigo el ritmo tocando el techo de la 4x4 como si fuera un tambor. Sé que Fierrito escucha la percusión y piensa si tiene que abrir la puerta y echar a correr. Evalúa sus posibilidades. Percibe que son muy

pocas. Después piensa que tal vez pueda convencerme de participar en la extorsión. Sabe que tengo un estómago de acero y que podría hacerlo sin parpadear. «Se está volviendo viejo, a lo mejor lo tienta armarse una jubilación decorosa». Estoy completamente seguro de que Fierrito cavila todo eso mientras juega con la idea de escapar. ¿Pero escapar adónde? «Este energúmeno me encontraría rápido y me daría una paliza», razona la cucaracha perfumada. «Bailen cumbia, cumbiancheros, que llegó el fumanchero —atruena la música—. Fumanchando de la cabeza, empinando una cerveza. Nos pinta el indio cumbianchero: estamos hechos unos pistoleros». Pago en efectivo y sigo por calles laterales, buscando el chalet venido a menos que queda cerca de las vías del ferrocarril.

—Vas a poder leer todo —anuncia Fierrito como si fuera una primicia mundial—. Va a estar todo a tu disposición, Remil.

—Qué bien.

Es una cuadra bucólica. Al chalet le faltan tejas, pintura y revoque. Fierro no tiene auto porque no maneja. Meto la camioneta y veo el jardín descuidado. La cucaracha se ha vuelto un anfitrión adulador y servicial. Entramos a un comedor desordenado y tapizado de libros. Tiene sobre un mueble la fragata de Bouchard dentro de una botella. Hay reproducciones de grandes cuadros en aquellas láminas perfectas que hace unos años se vendían como opcionales de una revista. Es de pésimo gusto colgar Las Meninas en el living y un Goya o un Van Gogh en el pasillo. Pero Fierrito no es un tipo refinado, es apenas un gastador. Y nunca gasta en tesoros hogareños. Solo en viajes, restaurantes y oropeles. En la cáscara. Como esos sacapresos de lujo que se visten de Armani para darles a entender a sus potenciales clientes que son importantes y que han ganado grandes casos. El dinero atrae al dinero, el lujo tranquiliza, y un pobre diablo puede hacer buena plata si se maneja en esos círculos de ricachones como si fuera uno más. Fierrito no ahorra para el futuro: es de esa clase de personas que viven en hoteles de lujo hasta que los echan con la policía, y que luego se refugian en su aguantadero de malamuerte a pensar la próxima trapisonda.

Me pide que me ponga cómodo, que ya me trae la merca, y me grita que me sirva un trago. Lo espero de pie sin vasos ni ceremonias. Trae de una habitación del fondo una carpeta y un *pendrive*. También una expresión falsamente cordial. Pongo sobre la mesa el material sin mirarlo y le doy un empujón sorpresivo. Fierro parece de algodón. Pega contra la pared y se cae de traste. Me agacho sin darle tiempo a balbucear y le cierro una esposa en la muñeca y otra en la pata de un armatoste para guardar la vajilla que debe pesar por lo menos dos toneladas y media. Le quito el encendedor de oro y el celular de los bolsillos, y voy hasta el fondo: la habitación es una oficina pulgüenta, con un escritorio y una computadora portátil pero algo anticuada. Oigo que el petiso está rogándome que no lo mate, asegurándome que todo es verdad y que si quiero puedo avisarle a la senadora Parisi que no tiene de qué preocuparse. Que se olvidará de todo, que lo jura por sus ancestros, también por su hija que vive en Estados Unidos y que no le habla desde 1995. Cierro la computadora



y la meto en un maletín. Tiro adentro el celular pero me quedo con el Zippo dorado. Luego atravieso el comedor sin responder a las demandas del prisionero, salgo un momento y abro el baúl de la camioneta donde descansan el traje de neoprene todavía húmedo y los bidones. Retiro los bidones con nafta Premium y acomodo el maletín. Al verme entrar de nuevo Fierrito prueba con un llanto. Destapo un bidón y comienzo a repartir nafta por el comedor, el pasillo y los cuartos. Después abro otro, y mojo la cocina y el baño. Con los últimos restos lo empapo a Fierrito de arriba abajo. Ahora Fierro lanza un grito. Yo recojo de la mesa la carpeta y el *pendrive* y me siento lentamente en un sillón. Hojeo el mamotreto y juego con la tapa del encendedor: lo abro y lo cierro, y el ruidito metálico suena como detonaciones en ese océano de combustible. La cucaracha me mira horrorizada. Estamos en silencio. En el silencio del final.

—Me pidieron que te quemara el rancho —le digo tratando de ser sincero y didáctico—. Tenés muy cansados a los muchachos. Muy cansados. Pero muy. Aparte, no puedo confiar en que no hayas hecho copias de seguridad, o que algún amigo tuyo no se haya quedado con otra carpeta. Tampoco podemos estar seguros de que no vuelvas a buscar la información y, sobre todo, de que no caigas en la tentación de volver a las andadas cuando se te pase el susto. ¿Me entendés? Estamos jodidos.

Fierro boquea como si estuviera recién llegado a la costa después de nadar durante horas en las aguas pesadas del río. No puede articular una oración entera. Escupe palabras sueltas, parece que tuviera hipo. Después se calla. Traga un litro de saliva y pregunta con un hilito, mirándose los zapatos mojados:

—¿Tengo alguna alternativa?

Juego un rato más con el Zippo. Y con su desesperación. Luego me levanto y me apoyo en el espaldar del sillón: estoy pensativo. Levanto un dedo. «¿Vas a hacer lo que te digo?», pregunto. Él asiente, una lágrima le recorre la cara y le resbala por el mentón. Me agacho y le saco las esposas. Me levanto y le pego una patada en las costillas: me cuido muy bien de que no sea demasiado fuerte. Pero para Fierrito es como si le hubiera metido un torno sin anestesia. Se retuerce y llora en voz alta agarrándose el costado. Vuelvo a levantar el dedo.

—Vas a olvidarte de Parisi —empiezo—. No solo vas a abandonar el libro. Te vas a ocupar de que nadie publique nada. Vas a velar por esa información. Si alguien la usa para una campaña sucia vengo y te quemo el rancho. Si seguís adelante con una operación periodística vengo y te quemo el rancho. Si se te ocurre meterte conmigo o con ella de alguna forma creativa, vengo y te quemo el rancho. Si la Tana se resfría, yo te culpo a vos. Si se publica una línea contra mí, te culpo a vos y te prendo fuego, pelotudo. A vos y a tu puta casa, y me siento enfrente a disfrutar del *show*. Me encantan las llamas. Y el olor de la carne asadita.

La cucaracha está hecha un ovillo. Le pregunto si me entendió bien. Mueve la cabeza. No me basta, le suelto otra patada. Le vuelvo a preguntar si realmente me entendió. Ahora levanta la cabeza y me jura por Jesús y María que entendió todo y

que va a ser más bueno que Marcelino Pan y Vino. Todavía me quedo un rato sopesando la situación, como si me preguntara si no estoy siendo demasiado benigno y crédulo. Después dejo el Zippo junto a la fragata de Bouchard, salgo al jardín, me limpio la suela de los zapatos contra el pasto amarillento, devuelvo los bidones vacíos al baúl, meto el mamotreto en el maletín, y retrocedo con la camioneta hasta la calle y avanzo a toda velocidad por la paralela a la vía. Me dedico a las calles secundarias, que están vacías y todavía soleadas. Paso por el edificio de Chacabuco y dejo en la guardia, contra remito, el maletín con la orden expresa de entregárselo al día siguiente al coronel Leandro Cálgaris. Le mando un mensaje de texto para imbuirlo de las novedades y sigo viaje hasta la Costanera Sur. Hay una parrilla infecta que hace unos choripanes extraordinarios. Se los recomiendo. La cocina del Sofitel es incapaz de un manjar semejante. Como tres choripanes mirando el río y tomando tinto popular. El río está hecho una pileta después de haber estado tan injusto conmigo. Veo cuatro veleros que regresan a puerto al final de un domingo apacible. Palpo mi bolsillo para comprobar que el *pendrive* de Fierrito no se ha extraviado. Echo una meada larga y espumosa contra un árbol y vuelvo feliz, escuchando unos tangos de Pugliese. *Recuerdo, La Besa, Negracha, Malandraca, La Yumba*. A veces solo tengo ganas de dormir.

Es temprano y entro caminando por la calle de la muerte. Frente a la parroquia hay un grupo de personas hablando animadamente con el cura. Preparan una procesión en agradecimiento a la Virgen de Caacupé. La mayoría de los habitantes de la villa es gente honrada, albañiles y domésticas, mucho obrero en negro y vendedor ambulante. Solo el cinco por ciento está dedicado a los negocios del delito. Pero cinco por ciento de 45 000 significa un ejército. Y la rata y el zorro que voy a ver son miembros destacados de esa inmensa minoría. Saludo al Huesero y me siento en una mesa de su almacén. Me sirve sin que se lo pida una cerveza con maní. Para hacer tiempo, me comenta los partidos del sábado. Hay un pibe muy bueno que lo van a probar en San Lorenzo, pero que el otro día llegó «quemado». Hay un zaguero que juega en la quinta de Boca y que a la tarde todos le buscaban las piernas. Lo quebró finalmente uno que es pirata del asfalto, y al pibe tuvieron que llevárselo al Hospital Piñero. Pero tardaron una barbaridad porque la ambulancia del SAME no quería entrar sin el apoyo de un patrullero, y el zaguero pegaba alaridos. El Huesero tuvo que anestesiarlo con un poco de merca rebajada porque se moría de un infarto.

Uno de los hijos de la Vieja espanta las tiras de la cortina de plástico y se acerca con los ojos endemoniados a la mesa de fórmica. Me roba los maníes del platito, dice algo en un idioma gutural que ni el patrón ni yo entendemos, y se queda parado tic costado como si fuera a darme una puñalada. Cuando me levanto, el enano agarra de un manotazo el vaso de cerveza; se lo toma de un trago y eructa. En cualquier otro caso el Huesero le hubiera sacudido un cachetazo pero esta vez ni se mueve: no

quiere problemas con la Vieja. Cree que la Vieja es bruja y que hace macumbas. Le pago con ocho monedas y salgo a la calle con el chico. El juego es así: tengo que seguirlo por un laberinto de pasillos donde cualquiera te puede tajar para sacarte el reloj. Y donde todos me miran, en el mejor de los casos, como ladrón viejo o como cana corrupto. Digo esto porque lo peor que puede pasarte en ese corral es que te confundan simplemente con un gil. Un gil no dura media hora en los pasillos de Villa Costal. Es por eso que me abro el gabán y enseño la pistola. Para que no haya confusiones.

Después de varias vueltas a paso vivo vamos a parar a una mansión de chapa y madera. En la puerta montan guardia otros hermanos y compañeros del turríto. Parecen todos zombies a punto de dormirse y a punto de despertar. Pirañas. Pirañas hambrientas. La Vieja sale a recibirme con su cara de rata inexpresiva. Paso al interior, hay un olor a podrido que tira para atrás y una lamparita miserable que deja ver muy poco. A un costado, el Cerrajero matea sobre calentador y juega cartas con un compadre al que le falta un ojo y media oreja. El Cerrajero, que no tiene el mínimo glamour, parece Fred Astaire en esa casilla. Se me arrima tratando de ganar mi confianza. «Dale linterna, Vieja, que acá no se ve un porongo», le ordena. Traje unos guantes de látex, me los pongo y me agacho sobre la lona que desplegaron en el suelo de tierra. Parecen chucherías de un mantero de Florida. Pero no pasa de una colección irregular de papeles, envases y cartones. La Vieja me da una pesada linterna de metal. Examinó el manual de una bicicleta fija magnética y otro de una plataforma vibratoria. Así es cómo la doctora Menéndez Lugo mantiene las caderas en su lugar y las piernas bien torneadas: se armó un pequeño gimnasio en su departamento de la calle Juncal. Es esa clase de mujeres a las que las calorías se le estacionan en las zonas bajas. Veo también que toma vitaminas y antioxidantes. Y Neuryl 0.5, clonazepam. La morocha es ansiosa y tiene insomnio. Hay varios papeles manuscritos en un anotador de hojas cuadriculadas. Nada parece importante. Me quedo con uno porque tal vez la gorda Maca quiera hacerle un estudio grafológico. Es una lista de supermercado: vino, manzanas, frutillas, merluza, langostinos, farmacia. Después me enfrento con las facturas. Son muchísimas. Es increíble la cantidad de sacos entallados, camisas, faldas, cinturones, carteras, camperas de cuero y zapatos. El Cerrajero me indica que lo mejor está en un ángulo de la lona: boletas arrugadas de relojes, anillos, pulseras, gargantillas, aros, un broche de amatista, y sobre todo perlas. Varios collares de perlas. El tesoro de Nuria.

La Vieja me llama desde otro ángulo. Me señala un montículo de papel picado. Agarro un puñado y lo deshago entre los dedos. «Casi todos los días pica y pica», informa la Vieja en su media lengua, golpeándose el brazo con el canto de una mano. La Menéndez tiene, como yo, una máquina destructora, tal vez una Dasa, una guillotina mediana para poner al lado del escritorio, junto al CPU. Ese objeto siempre delata: su dueño tiene inexorablemente algo que ocultar. Si no usara la trituradora podríamos reconstruir por completo su rompecabezas. Estoy seguro. Ya otras

personas más cautelosas cayeron en descuidos y la basura las traicionó. Somos lo que guardamos y lo que tiramos al tacho. Es así.

Encuentro evidencias de que compró libros de comercio exterior, de derecho aduanero, un Código Civil y otro Penal, y que cayó en algunos caprichos turísticos: letras de tango, cuentos de Borges, una biografía de Evita. Me quedo boquiabierto al ver los cosméticos: frascos, potes, pomos, tubos, estuches. Máscara para pestañas, corrector de ojeras, tonalizador para el rostro, un delineador para ojos y otro para labios tono rosa pasión, rouge hidratante de larga duración 1,9 rosa y I 27 marrón, crema para párpados, crema *antiage*, crema fluida reparadora, crema reductora y contra la flaccidez de los brazos, ampollas contra la celulitis, suero para atenuar las arrugas, suero antimanchas, exfoliante para el cuerpo, y decenas de sustancias indescifrables. Un kit gigantesco que incluye toda clase de perfumes, pero esencialmente dos: 3 Aguas Perfumadas y Chance de Chanel.

Recorro con la linterna el lienzo pero no encuentro mucho más. Apago y rechazo un mate. En la mirada del escrucante descubro un signo de interrogación. Quiere saber qué me parece. «Poco», le digo. Apunta a la lona. «Esa mina no deja rastros, chango», se defiende. La Vieja va en su ayuda con su brazo y con el canto de su mano: «Pica y pica todo». Le devuelvo la linterna y miro el reloj. «No tenemos mucho tiempo, los espero en la esquina de Juncal». Camino dándoles la espalda y me quito los guantes. Oigo la voz del zorro: «No te vamos a fallar, chango». Y la voz de la rata: «Mina viva, pica y pica todo». En el umbral, el turro le está dando a la latita. Uno de sus hermanos me lleva por los pasillos. Salgo a la calle de la muerte y paso de nuevo por delante de la parroquia. El cura es joven y barbudo. Parece el Che. Le está hablando un feligrés, pero él me sigue con la mirada. Como si me estuviera echando. Me abrocho el gabán y lo miro fijo. Trato de no ser muy duro. Y entonces de pronto el curita me sonríe. Como si me perdonara. En esta parroquia Dios perdona a los asesinos. ¿Qué otra le queda?

Atravieso la avenida, entro en un bodegón y me como un plato de lentejas. Me pregunto cuántas horas al día le dedica madame Menéndez a su aspecto físico. ¿Tres, cuatro? ¿Y es una compradora compulsiva como parece? ¿Qué quiere decir eso, Maca? ¿Que en el fondo tiene una baja consideración de sí misma? Parece todo lo contrario, gorda. Parece como si se llevara el mundo por delante. ¿Por qué no figuran sitios relevantes o específicos en su búsqueda de *Google*? ¿Por qué no pone en el buscador una palabra que nos sirva? ¿Lo hace alguien por ella? Tal vez si le instaláramos un micrófono ambiental o Palma metiera el *Spyware* en la PC de su asistente sabríamos la verdad. Sabríamos qué vino a comprar y qué carajo está haciendo en Buenos Aires. Me la imagino pidiéndole a su asistente impresiones en papel de muchos temas. Y luego llevándoselas a casa para estudiarlas mientras fuma un Camel y toma una copita de anís del Mono. Me la imagino durante la madrugada metiendo uno por uno esos impresos en la máquina trituradora. Sabe que la estamos vigilando y no da un paso en falso. Nunca vi a alguien tan sigiloso. Salvo algunos

agentes de inteligencia que conocí a lo largo de estos treinta años, pero dudo mucho de que Nuria pertenezca a esa comunidad.

Saco la camioneta del estacionamiento y salgo al Bajo. Sé que el Cerrajero lleva a la Vieja y a dos de sus hijos en su pick up abollada a la misma hora y por el mismo camino. Dejarán el vehículo a cuatro cuadras del blanco, y caminarán por veredas opuestas hasta la calle Juncal. La Vieja colocará a un pibe en cada esquina, y ella simulará en las inmediaciones que pide ropa. Tiene un celular básico que le dio el escrucante y la orden de tocar la campana si se nos viene la noche. El portero no duerme la siesta, pero la Vieja lo tiene junado: después de almorzar da vuelta a la manzana y se entretiene una hora o más haciéndole el filo a una quiosquera de Arenales.

Llego a la torre a la una y media en punto. El Cerrajero viene con un bolso. No tiene mala pinta. Parece exactamente lo que es: un *turfman* de medio pelo que pierde todo lo que gana. Hace una semana, como es de rigor, puso varias gotas de parafina en la cerradura y esperó a que alguien metiera la llave y entrara. De inmediato metió su prototipo y tomó el molde. Con ese molde fabricó en su casa su propia llave. Y con esa llave nueva y reluciente entramos en un santiamén. Hay un silencio de siesta en el hall. Vuelvo a ponerme los guantes de látex. El cerrajero no toma ni siquiera esa precaución. Sabe que la policía científica de este país no puede levantar ni la huella de un elefante en un charco de harina. Subimos en ascensor hasta el piso 14. Siento palpitations, como si tuviera miedo. Pero hice tantas veces esto que no tengo más que curiosidad y apuro. El corazón me late por otras cuestiones.

El Cerrajero deja un momento su bolso en el piso, mira con ojo clínico la puerta enchapada y las cerraduras del B, y extrae la barreta. Usa un trapo para atemperar el ruido. Es un veterano bajito y flaco, pero tiene músculos de marinero. Mete la punta de la barreta y hace palanca. Conoce todas las debilidades de las puertas, las trabaja con paciencia y con mucha maña. Atrás y adelante, atrás y adelante, ganando centímetro a centímetro, doblegando la madera y torciendo el grueso acero de los dientes de las cerraduras. Lo ayudo en la arremetida final. La puerta cede y se abre de golpe. Siempre parece que al hacerlo se escucha como si explotara una bomba en todo el edificio. Pero no es cierto. Ha sido un ruido razonable que los vecinos más próximos no percibirán, y que si perciben, pensarán que es producto de un accidente doméstico o de alguna mudanza indebida. El Cerrajero se seca el sudor de la frente y entra en el departamento vacío. Hace su rutina con rapidez. No lo interrumpo. Revisa las alacenas, mete mano en el café y en el azúcar. Pasa a los baños y aprieta los envases. Tira abajo los libros del comedor y de los cuartos. Saca la ropa del placard principal y la arroja sobre la cama. Es decir, finge que busca a ciegas joyas y dólares. El veterano tiene, en realidad, la certeza de que las alhajas de la señora descansan en una caja fuerte, y efectivamente no le falla el cálculo. La caja está empotrada en la pared del fondo del segundo placard. El Cerrajero usa tres ganzúas y la abre como si fuera una lata de garbanzos. Empieza a soltar sus risitas locas. Todas las compras y

muchas más están escondidas en esa caja. Conozco el paño: el Cerrajero se quedará con la mitad, y dividirá el resto con la Vieja, que no puede saber cuánto es el botín. Antes de que lo haga le ordeno que me entregue uno de los collares de perlas, el más imponente. Está adentro de un estuche de terciopelo bordó y el zorro resiste unos segundos. Sus ojos me están diciendo: «Ese no era el arreglo». Pero mis ojos le dicen: «Dámelo no llegás vivo a la nohecita, Cerrajero». Al final desiste y me lo alcanza. Se ríe como si tosiera. Sigue con sus cosas y pasa al 14 A, el departamento de la kinesióloga. Me deja solo en este semipiso silencioso donde flota el fantasma de Nuria Menéndez.

Lo primero que veo son sus discos. Norah Jones, Diana Krall, Amy Winehouse, Whitney Houston, James Blunt. Luego echo un vistazo a su pequeña biblioteca derrumbada: hay libros de ciencia política y de economía. Krugman, Rifkin, Lipovetsky. También relatos periodísticos sobre sucesos políticos modernos de la Argentina. Cuento al menos cinco obras referidas a la historia del peronismo. Lástima que no acostumbra marcar las páginas ni hacer anotaciones a lápiz en los márgenes. Hay cuatro placares y tres armarios. Es un vestuario descomunal. Los zapatos y las carteras podrían equipar a veinte mujeres ricas. Meto mano en los bolsillos pero no encuentro nada. Salvo en una chaqueta de piel colgada en el perchero. En un bolsillo interior, doblado en cuatro partes, se olvidó un folleto de la estancia «Siete alazanes». Supongo que en su periplo por las rutas turísticas no podía perderse un día de campo en una auténtica estancia criolla. Paso por el tercer cuarto y toco los aparatos: la bicicleta, la plataforma y, dentro de un cajón, un consolador. Me detengo en su escritorio. Sonríe al descubrir la guillotina. Me equivoqué: no es una Dasa, es una Securio B22. En una mesa guarda varios informes de la Cepal. A veces, Nuria no parece nada más que una tecnócrata. Los cajones y las repisas tienen papeles que no comprendo, o que me resultan intrascendentes. Sobre un aparador descubro un tríptico con fotos suyas. La primera está tomada hace unos veinte años: tiene el pelo largo y enrulado; parece mujer libre. La segunda tendrá no más de diez: lleva un lacio rígido, mucho más corto y sostenido por horquillas; parece una mujer disciplinada. La tercera es contemporánea: Nuria Menéndez Lugo no es una hippie ni una reprimida; es una dama altiva, desenvuelta y segura, fría y ambiciosa, que llegó hasta donde quería llegar. En el baño toco sus toallas, destapo sus perfumes y los huelo para tratar de entenderla. El Cerrajero me saca de la ensoñación.

—La puta médica es una seca, no tiene un sope, solo baratijas —dice asomándose—. ¿Nos vamos?

—No hay que ser tan ambicioso, Cerrajero.

Bajamos sin cruzarnos con nadie y salimos a la calle sin que nadie nos intercepte. No hay despedidas. La Vieja chifla con los dos dedos para que sus hijos abandonen los puestos de observación, y se van los cuatro casi juntos, andando rápido por Juncal. Cuando me siento detrás del volante tengo que respirar profundo y esperar un poco a que me bajen las palpitaciones. ¿Qué me está pasando? Vuelvo a Belgrano R

con un revoltijo en la cabeza. Está empezando a llover y cuando entro y desconecto las alarmas ya se largó con todo. Me desnudo y me meto en la ducha. Me rasco con la esponja como si tuviera costras y sarna. Después me tiro en la cama y me quedo instantáneamente dormido. Me despierto a la medianoche, a oscuras, y por un momento no sé dónde estoy. Miro por la ventana del comedor; la tormenta no ha amainado. Siento algo de frío: me pongo una remera vieja y unos calzoncillos, me sirvo un vodka y compruebo que no tengo mensajes en el contestador ni *mails* en mi casilla. Prendo un Parisienne y me pregunto por dónde empezar. Abro un archivo de Word y escribo todo lo que sé sobre la personalidad y los gustos íntimos de Nuria. Para mi sorpresa, el informe me lleva casi una hora. Es impresionante cuánto creo conocerla. Aunque soy consciente, a la vez, de que no son más que indicios, y que debajo de esta vida plana hay otra vida oculta a la que no tengo acceso. Por más que la vigile, le saque fotos, la escuche durante días, le pinche la computadora, le revise la basura. Cuando se me acaban las palabras y las ideas, le mando el texto por correo a Maca, y me sirvo otro vaso y me traigo al escritorio un bol con frutas secas. Ahora la pantalla es como la hoja en blanco de un escritor. Permanezco unos minutos masticando y masticando sin saber qué palabra tengo que poner en *Google*. Junto al llavero, la billetera y la Glock, hay dos papeles: el folleto cuarteado de la estancia y la lista del supermercado. Escribo «Siete alazanes» y aprieto *enter*. Alcanzo mientras tanto el control remoto del centro musical y lo enciendo. Corren bajito Troilo y sus muchachos cuando me asaltan los primeros resultados. Casi me caigo del asiento. «Siete alazanes» es una estancia de dos mil hectáreas ubicada en el sur de Córdoba. Su dueña da una entrevista exclusiva desde «su lugar en el mundo». Elena Parisi habla de todo en *La Voz del Interior* y posa junto a un busto romano. Se insinúan detrás un castillo a la española y una laguna. Después encuentro una nota de la revista *Hola*, donde se explica que los abuelos de la senadora construyeron la estancia en tres etapas, que trajeron materiales y muebles de Italia y de Inglaterra, y que le hicieron ampliaciones al casco con toques criollos y coloniales. Hay varias generaciones de argentinos involucrados en esa estancia, y cuando Parisi habla de su familia parece que está hablando del país. No la avergüenza mostrarse con sus caballos rubios o rojizo-pardos. Se ríe de sus críticos, que la llaman la «aristócrata peronista» o «la reina del peronismo caviar». Es una dama alta y madura, de pelo corto y ojos claros, y el cronista dice que se parece a Vanessa Redgrave.

Me arrodillo ante el zócalo falso y rescato el *pendrive* de Fierrito. Lo conecto a mi PC y bajo los borradores de su libro inconcluso, mientras me hago todo tipo de preguntas. ¿Qué descubrió sobre Parisi? ¿Qué relación tiene la senadora con Nuria? ¿Qué clase de trampa me está tendiendo Cálgaris? «Hay una senadora cordobesa. Elena Parisi. Es amiga. O algo así». Leo en diagonal buscando los capítulos que iban a convencer a la Tana de poner toda la guita y comprar el silencio. Leo media hora de manera errática, tratando de localizar algún nudo. Hasta que lo encuentro. La reina del peronismo caviar era socia minoritaria en una empresa *off shore* que alguna vez

fue vigilada por la DEA. Se sospechaba que esa firma lavaba dinero sucio de la política latinoamericana y ciertas ganancias inexplicables de un hacendado del suroeste colombiano, oriundo del norte del Valle del Cauca. El tipo se llamaba Belisario Ruiz Moreno, acusado dos veces por contrabando agravado en Estados Unidos y presuntamente un excapitanejo del disuelto cártel de Cali. Según Fierrito, el interés de los yanquis nunca llegó a Parisi, la empresa quedó disuelta en 2002 y las causas contra Belisario prescribieron o fueron anuladas. Nadie conocía su paradero.

Pongo el nombre completo del colombiano en *Google* y no encuentro ni una referencia. Escribo la razón social de la empresa *off shore* y tampoco salta nada. Voy hasta la biblioteca y busco el libro de un periodista de *Los Angeles Times*: William Rempel. Cálgaris lo compró en Miami y se lo devoró en una noche. Rempel logró convencer al jefe de seguridad del cártel para que le contara la intimidad de los padrinos. Es, efectivamente, una historia atrapante. El jefe de seguridad se entregó a la justicia norteamericana, reveló toda la trama de la organización, contó con pelos y señales dónde y quiénes manejaban sus bienes, y consiguió que les borrarán a él y a su familia la identidad, les dieran asilo en Estados Unidos y los metieran a todos en el programa de protección de testigos. En el epílogo, Rempel muestra el modo en que el cártel se derrumba y los generales dejan paso a coroneles de la droga que se matan entre ellos. Como el tema me interesó, pedí más información a la base Coronel Díaz, que se dedica a la inteligencia exterior: las carpetas se concentran en el cártel del Norte del Valle, que lideran Los Comba, y en los todavía desdibujados vínculos con la Argentina. País de paso. Ruta abierta para llegar a Europa y quintuplicar las ganancias en su avance sobre Oriente. Un embarque de 444 kilos de cocaína a bordo de un velero encallado en el río, un avión que lleva 994 kilos a Barcelona. Todo en paquetes coloridos e inconfundibles.

Fierrito, a fin de cuentas, tocó un filón en la oscuridad. Algo que puede lucir muy mal en los medios, pero que no puede hacer daño judicial concreto: mucho ruido y pocas nueces. El suficiente ruido, sin embargo, para arruinar una carrera política. Ni Belisario ni la empresa *off shore* son conocidos ni importantes, el asunto no pasó de ser una fugaz sospecha, la DEA siguió de largo y olvidó el posible lavado de dinero, y este libro está firmado por un periodista de mala reputación a quien no se le puede creer demasiado. Cálgaris, de todas maneras, no quiso que quedara ni ese cabo suelto. ¿Por qué? ¿Fue un encargo o un regalo? ¿Y qué rol juega la abogada española en toda esta historieta?

Me levanto para preparar café y vuelvo a asomarme a la tempestad. Recién ahora percibo que relampaguea y escucho los truenos. La ciudad se está inundando y temo, un poco paranoico, que se corte la luz. Y que eso me desconecte de la cacería. Estoy caliente, casi eufórico, por fin me siento cerca. Un orgullo interior me impulsa a descubrir todo y refregárselo al coronel por la cara. Si es que el coronel no está al tanto. Vamos en otra dirección: Nuria vino a comprar algo. ¿Qué? ¿Es una lavadora? ¿Quiere lavar la guita negra de la corporación política? ¿Elena Parisi la contrató? Me



acerco con la taza humeante al escritorio y de golpe me detengo en la palabra «langostino». Y luego en la palabra «merluza». Recuerdo en este mismo instante su conversación con Roldán. Su voz dura y castiza: «Estoy harta de comer carne y aquí el pescado es desabrido». Qué pelotudo, me digo, tirándome sobre el teclado. Una gota de café mancha la lista de papel cuadriculado, pero yo no tengo más ojos que para el buscador. Operación Langostino: 12 de julio de 1988, Buenos Aires y Avellaneda, casi seis toneladas de cocaína pura en cajas de crustáceos congelados para exportación, con el sello secreto del cártel de Medellín. Operación Merluza Blanca: 589 kilos en dos operativos, el primero en un depósito de containers de Retiro, y el segundo algunos meses después en Barcelona, cuando a órdenes de un juez de Mar del Plata se revisó la bodega de un buque de bandera liberiana que había salido del puerto de Buenos Aires. El polvo de los dioses disimulado entre filetes y merluza entera. Febrero y marzo de 2006. Veintinueve millones de dólares.

Miro de reojo la lista manuscrita. El juego de las adivinanzas se volvió tan fácil. Cómo no comprender ahora tanto interés por la ruta del vino y por la producción del malbec. No manda el paladar, manda el bolsillo. Viñas Blancas: mayo de 2004, depósito en Munro, dos toneladas en ladrillos de un kilo y diez mil botellas de vino tinto embaladas en cajas de seis destinadas al mercado europeo. Cocaína diluida. Iba a ser recuperada en España con un proceso de «cocina» que no necesita un mecanismo sofisticado: se calienta el tinto para que se evapore y más tarde se filtra para obtener el polvo con la misma pureza. La fachada era una operación de exportación, pero había yugoslavos a cargo de joyerías, restaurantes y compra de propiedades para lavar las ganancias, y gente de mucho poder en República Dominicana para facilitar los trámites iniciales.

Vamos a las frutillas. Mucho antes. El 1° de mayo de 1997. De la Operación Strawberry participé aunque como personal de apoyo. Quince allanamientos, 2200 kilos escondidos en tambores cargados con pulpa congelada de frutilla. Un galpón de General Pacheco, destino Alemania. Hubo dieciséis detenidos y ningún culpable.

La palabra «farmacia» me frena un poco. ¿Qué significa? Hago combinaciones en Google con «narcotráfico». Surge rápidamente el concepto «precursores químicos». Y la efedrina, que utilizan los cárteles del Golfo y de Sinaloa para la producción de drogas sintéticas. La Comisión Federal para la Protección de los Riesgos Sanitarios de México volvió ilegal su comercialización, la Argentina se convirtió en un país ideal para triangularla: acá la efedrina se fabrica libremente en laboratorios y se vende en farmacias. Hay bandas que la exportan con los mismos métodos que la cocaína. El 8 de abril de 2008 abrieron en México un container que venía del Río de la Plata; transportaba 294 kilos de efedrina escondida en doce mil kilos de azúcar. Me acuerdo de todo lo que sigue, no hace falta volver a leerlo: otro caso de ese mismo año, el fusilamiento de tres hombres, el escándalo en la prensa, la ruta de la efedrina y mucho después el juicio oral. Fue un año fatídico: en julio cuatro sicarios habían acribillado también a tiros a dos colombianos cuando salían de Unicenter.

Fumo y fumo, y navego por artículos, informes, curiosidades. Refresco la memoria. Ya no estoy tratando de vincular a Nuria Menéndez Lugo con nada. Sé que ella forma parte de todo esto. Falta que Luciana Flores confirme desde Madrid que Claudio García Roldán es abogado penalista y que ha defendido a narcos dentro y fuera de España. A lo mejor en la Florida y en Nueva York, o en Cali y Bogotá. Tal vez en el propio DF. Una empresa de importaciones y exportaciones con dos oficinas, una en Buenos Aires y otra Madrid. Un contacto en la Aduana y una senadora nacional. Estoy totalmente despierto y lúcido, avanzo por la madrugada con una nueva fe. En esa estancia llena de caballitos pueden aterrizar aviones de noche. ¿Quién va a tener el coraje de importunar a la senadora con una orden de allanamiento o una investigación? Tengo otro pensamiento revelador. Coloco en el buscador «Consejo de la Magistratura». Por supuesto. Elena Parisi es miembro del cuerpo que decide los juicios y las carreras de los jueces. Por supuesto. Ya dejó de llover. Me tomo dos vodkas más. Me haría falta un clonazepam de Nuria para conciliar el sueño. No estoy alegre ni triste, tampoco me espanta. Pero sé que daré vueltas y vueltas en la cama, y que solo lograré una siesta de dos horas antes de que todo vuelva a empezar. Cuando eso efectivamente ocurre encuentro un *mail* urgente y encriptado del coronel. Menciona el programa de cooperación entre agencias. Me requieren en la Agrupación de Seguridad e Inteligencia de la Casa Militar. Es una misión de 24 horas. Tengo que proteger a la Presidenta.

Un grupo de productores rurales irrumpe en la pista de una unidad de la Fuerza Aérea donde acaba de aterrizar el Tango 01 y quiere entregarle de prepo un petitorio a la señora. Cincuenta ambientalistas pretenden escracharla durante una visita a una escuela del interior. Los informes de inteligencia avisan que veinte o treinta piqueteros trotskistas preparan una emboscada a la salida de otra ceremonia. El clima viene caldeado estos días y la Casa Militar solicita personal asignado para reforzar la comitiva que viajará a la provincia de Santa Fe. Varios camaradas de la Casa, de Granaderos y de la Federal debemos volar la noche anterior para revisar el epicentro, infiltrarnos en las manifestaciones y preparar las rutas de entrada y de salida. No es la primera vez que colaboro en los operativos de protección. De hecho Cálgaris quiso que pasara una temporada a préstamo en la División Custodias Especiales, que tiene a cargo la seguridad de expresidentes, jueces y embajadores. Yo estaba aquella tarde de febrero de 1991 en San Nicolás, cuando un exgendarme trastornado salió de la multitud durante un acto político y trató de matar con su revólver calibre 32 a Raúl Alfonsín. También soy el tipo que trató de convencer a los radicales de que suspendieran a continuación una cena partidaria en un club local, porque teníamos datos de que iban a ejecutar a ese gallego cabeza dura si insistía en desafiar a la muerte. Alfonsín no nos hizo caso: «Mentira, mentira, nos quieren joder —le decía a nuestro jefe operativo—. Vamos a comer igual». Entré antes con la brigada de

explosivos y luego sellamos todos los accesos. No hubo segundo atentado en el club, pero yo andaba de acá para allá con las muelas apretadas y la mano en la culata del 357 que ahora guardo en una caja del Banco Francés.

Siete u ocho años más tarde, el coronel me conchabó en el cuerpo de seguridad presidencial que acompañaba una misión diplomática a Francia, y confraternicé una noche en el bar de aquel hotel cinco estrellas con un español trasplantado que trabajaba en el Louvre. Todavía recuerdo las copas que nos tomamos en la barra a cuenta de mis viáticos, mientras un franchute tocaba melodías deprimentes en un piano de cola.

—Soy el guardián de la Gioconda —me dijo con cierto orgullo—. Y de chaval conocí en casa de mis tíos al legendario León Mekusa.

—No tengo el gusto —le respondí, para su decepción.

—Verás, Mekusa era en los años setenta un famoso custodio de la Mona Lisa —se entusiasmó, paladeando un castellano que pocas veces podía utilizar—. Su esposa se aficionó al pincel y a los colores, y pintaba al caballero junto a la dama de la sonrisa misteriosa, una y otra vez. Había hecho arte con el arte.

—Y vos le seguiste los pasos.

—Hice carrera en la policía francesa, cuando mi padre murió y mi madre nos trajo definitivamente a París. Pero se ve que ese negocio no estaba hecho para mi sensibilidad. Fui segurata en bancos y supermercados, y terminé donde había empezado Mekusa. Custodiando a la Gioconda y a la Venus de Milo. Fíjate que ironía. Y qué bonito cuento.

—¿Y cómo te resulta la experiencia?

—No es tarea fácil —dice y se le velan los ojos—. Pasan ocho millones de personas por año a verla. Y han tratado de destruirla muchas veces. Muchas. Hace unos meses, sin ir más lejos, una turista rusa quiso arruinarla lanzándole una taza de porcelana que traía en el bolso. Afortunadamente, tenemos el cuadro a cubierto con un cristal blindado. Pero ella produce una extraña obsesión en algunas personas. Una obsesión destructiva. Además, ¿has leído sobre la enfermedad de la belleza?

—Confieso que no —recuerdo haber dicho, un poco mosqueado.

—Es muy popular en el Louvre. Se llama el «síndrome de Stendhal».

De casualidad tenía de dónde agarrarme: el coronel me había obligado hacía siglos a leer *La cartuja de Parma*, que le parecía esencial para entender el período napoleónico y para después poder meternos de lleno en los verdaderos libros de historia. Así que la referencia me cambió el humor.

—Conozco a Stendhal —dije.

—Luego de visitar un museo de Florencia dice Stendhal en algún sitio —empezó mi compañero alzando la vista y tratando de citar de memoria. Carraspeó un poco y recitó con voz de caballero de las Cruzadas—. «Había llegado a ese punto de emoción en el que se encuentran las sensaciones celestes dadas por las bellas artes y los sentimientos apasionados. Me latía el corazón, la vida estaba agotada en mí,

andaba con miedo a caerme».

—¿Estaba drogado?

—El amor es una droga psicosomática —me replicó, sonriendo. Hablaba rápido —. Taquicardia, vértigo, confusión, alucinaciones. ¿Te imaginas tener en un domingo gratuito a 65 000 personas expuestas a esa radiación? ¿Y tú ser el responsable de que nadie se vuelva loco y destruya ese tesoro? Un estrés, tío. Un gran estrés.

El piano abordaba, aquella tranoche en París, una canción célebre que yo no podía reconocer.

—La Piaf *for export* —me desasnó levantando su copa.

—¿Y entonces por qué es un laburo tan bueno? —lo atacó.

—¿Has visto a la Gioconda?

—Una gorda fea.

—Por Dios, no digas eso. Es una mujer bellísima. La más bella de la historia del arte. Y yo soy su guardián. Tú también lo eres, a tu manera. Todos los que nos dedicamos a proteger a personas importantes y piedras preciosas somos guardianes de la Gioconda. ¡Salud! ¡Salud, colega, por este riesgoso oficio que hemos elegido y porque todos se vayan a tomar por culo!

Siempre me vienen a la memoria esos diálogos de soldados cansados, de guardaespaldas ebrios y anónimos que buscan una coartada para su destino de sombra y de mierda. Aquí estoy en Santa Fe, custodiando a la Gioconda, hablando con dos comisarios de la policía provincial, con un funcionario de Ceremonial de Presidencia y con un asesor del Ministerio de Gobierno. Chequeamos el itinerario, desde el aterrizaje hasta la ruta que lleva al gimnasio cubierto donde se realizará el acto. Chequeamos el recorrido de ida y de vuelta: regresaremos con la Gioconda a Buenos Aires en el Tango 01, cuando termine la fiesta. Nos dividiremos las tareas. Los dos agentes de la Casa y uno de los oficiales de la Federal se vestirán con camisas, vaqueros y zapatillas, y se mezclarán con las columnas de los militantes. No les tengo mucha fe: en pueblos tan chicos las caras desconocidas destacan como espantapájaros embadurnados con tinta fluorescente. No podrán recabar mucha información: la gente se les abre, apestan a servicios. Los informantes civiles de la policía provincial son otra cosa: juran que una célula de Quebracho evaluó hacerse pasar por una facción de los muchachos peronistas con la intención de entrar y armar quilombo. Pero no están seguros de que se atrevan o lo consigan. Y de todas maneras, ningún buchón oyó nada que se le parezca ni remotamente a la amena/a de un magnicidio. Así que es un asunto de rutina, y entonces yo me aburriré requisando el gimnasio junto con un especialista en bombas y, a la hora señalada, montando guardia, de riguroso traje y corbata, a un costado del palco desde el que hablará al país la presidenta de los cuarenta millones de argentinos. Lo único divertido será revisarles a los camarógrafos los bolsos y los aparatos, y palpar de arriba abajo a los irritados movileros que transmitirán en vivo y que no podrán hacer ninguna pregunta directa. Yo estoy ahí cerca para impedirles una primicia. Y para frenar a algún alienado que quiera

arrojarle una taza de porcelana a la Mona Lisa. Pero no mucho más. Si veo que alguien entre el público saca un arma para disparar tengo orden de abrirle el cráneo de un balazo. Pero eso no va pasar, amigos, así que esta será seguramente una jornada más o menos tediosa, con el único atractivo de volver a ver de cerca a esa celebridad de la política, escuchar los cánticos folclóricos y leer los carteles de Nestornauta.

Nos traen unos pebetes de jamón y queso y unas cocas, y aprovecho el recreo para meterme en Internet desde la *notebook* de un técnico. No hay muchas novedades. O al menos no hay novedades que pueda abrir desde esa máquina ajena sin cometer una imprudencia. A primera hora de ayer el coronel me envió las fotocopias escaneadas de las denuncias que les tomaron a Nuria y a la kinesióloga dos oficiales hastiados y analfabetos en la comisaría de la zona. Las leí mientras desayunaba y me reí un buen rato. La vecina parecía indignada, hizo un inventario falso con los cuantiosos valores en efectivo y con los objetos caros que supuestamente le habían birlado los escrucchantes. Tiene asegurado el semipiso y supone, aunque obviamente no lo declara, que los delincuentes nunca van a ser atrapados y que por lo tanto puede mentir sin miedo. A la abogada, en cambio, no le afanaron ni una jarra. En la caja fuerte solo tenía documentos, que encontró tirados por el piso, de manera que no se siente particularmente perjudicada, salvo por el mal trago, la invasión a la privacidad y los destrozos de la puerta, señor oficial. Llamé en ese momento a Palma y le pregunté si la Menéndez había conversado con su asistente y con su socio español sobre el robo de la calle Juncal. Le comentó algo a su asistente por teléfono y le escribió un correo a Roldan a primera hora. Pero tanto en su forma oral como en su forma escrita, la dama se mostraba asombrosamente serena, como si fuera una apostadora acostumbrada a perder millones sin pestañear. «Hasta en eso es un plomo», agregó el baboso de la Cueva. «Te vas a llevar una sorpresa», le dije y corté. Recién en ese instante me di cuenta de que Lali me acababa de enviar seis fotografías más. Las bajé en la computadora de mesa para verlas bien. Las dos primeras fotos fueron tomadas en movimiento, desde la Yamaha FZ16: Nuria pasea en un ómnibus amarillo sin techo, escuchando atentamente las palabras de una guía y mirando los edificios y los monumentos históricos. Las otras dos fotos la descubren en las gradas del campo de polo de Palermo, siguiendo las alternativas de un partido. Las últimas dos me ponen la piel de gallina: la morocha habla en un balcón terraza con un gordo achinado a quien yo conozco bastante bien. Bragoni. Ignacio Bragoni, Nacho, excomisario, exmiembro de la división antinarcóticos de la Bonaerense, procesado por tráfico de sustancias prohibidas, preso cuatro años en la Unidad Penitenciaria 63, excarcelado por buena conducta y reducción de penas. Trabajo actual: desconocido. Puse su nombre en *Google*: nada posterior a esos sucesos. Pedí a la Casa su carpeta y me informaron que iban a demorar dos días. Un empleado del archivo, con quien tengo una especie de amistad, me hizo la gauchada de pegarle una leída rápida. Bragoni labura en una empresa de seguridad privada con sede en La Matanza. Marqué de inmediato el celular de Lali y miré el reloj. En ese momento

todavía me quedaban algunas horas antes de embarcarme en este viaje nocturno a Santa Fe. Como la motoquera no me respondía, me puse el traje, hice el bolso, junté la ferretería y salí para la Casa Rosada, pero con la idea de hacer una escala en Palermo Hollywood. Las últimas noticias y la noche en vela habían convertido mi mente en una licuadora de pesimismo, satisfacción, temor, esperanza, resignación, inquietud y, sobre todo, intriga. No podía dejar de pensar en Nuria ni de imaginarla desnuda caminando por su departamento. Todavía podía oler el Chance de Chanel. ¿Cómo sería de verdad su cuerpo? ¿Estaría todavía «paradita» sin sus trajes entallados y sus cinturones? Esa morocha que no se rinde a la madurez ni a la mediocridad, está fuerte, es bella y tiránica, y evidentemente va por todo. No me avergüenza admitir que fantaseaba sexualmente con ella de madrugada. Domar a la fiera, domarla con la pija. Ese tipo de boludeces fantasea un hombre que se ha tomado tres vodkas.

Toqué el timbre en la casa de la calle Honduras, pero Lali no abrió. Tuve que abollarle de nuevo la puerta a patadas para que saliera. Salió, como la última vez, hecha un desastre, completamente dormida y en pelotas. Se había cortado el pelo rubio y se había puesto dos *piercings* nuevos. Parecía un muchachito andrógino y ojeroso. «¿Qué pasó?», le pregunté. No me contestó. Atravesamos el living y salimos a la sala larga. Noté que la cama estaba ocupada. Había dos galancitos de Pol-ka durmiendo a pata suelta: estaban abrazados como marido y mujer. «Me interesa el gordo de la terraza», le dije a Lali señalándole la isla de edición. Lali pareció despertar un poco. «¿Por qué? —preguntó—. ¿Quién es?». Prendí un cigarrillo: «Un narcopolicía —dije—. También lo filmaste, ¿no?». La rubia abrió la heladera, sacó un jarro de café con leche, lo puso en el microondas y se lo calentó. ¿Se puede llamar realmente a eso café, amigos? Bebió un poco, quemándose los labios cuarteados, y se sentó en una banqueta, frente a su isla de edición. Había filmado a Bragoni con una camarita digital *high definition*. Puso la película y siguió tomando su brebaje, sosteniendo el vaso con las dos manos e inclinando la cabeza hacia la izquierda. El balcón terraza resulta ser, en realidad, la planta alta de la Fundación Proa. Específicamente el restaurante que da al Riachuelo. Nuria fuma Camel y pega vistazos a Caminito. Habla sin mirar a su interlocutor. Él la contempla con las manos metidas en los bolsillos de la campera beige: la barriga llega casi un metro antes que Bragoni a todos lados. El excomisario tiene un anillo con sello. La dama parece una actriz francesa de los años sesenta; el cana parece un carnicero del Abasto en tiempos de Tita Merello. Se corta y están paseando por Caminito. Bragoni parlotea, ella finge escucharlo y mira las chucherías de los puestos y las tiendas. En la Casa hay un agente que descifra el lenguaje de los sordomudos y que puede traducir esta conversación desapasionada. Se despiden en el umbral de una escuela pública. El comisario quiere besarle la mejilla, pero Nuria rechaza el gesto, le estira la mano y se la aprieta. Después se mete en el edificio. «Es el museo de Quinquela», dijo Lali y me sacó el cigarrillo de entre los dedos; le dio una larga pitada y agregó: «Estuvo una

hora viendo cuadros». La cámara, sin embargo, sigue a Bragoni, lo delata subiendo a un Renault Fluence 2.0 negro y brillante como su alma. Sube por el lado del acompañante, porque lo espera un rottweiler haciendo de chofer privado. Hay un zoom muy oportuno: el rottweiler tiene una cicatriz en la frente y el pelo cortado al rape. «¿Vende falopa?», me preguntó Lali. Pulsé el botón *eject*, saqué el disco, lo puse dentro de un sobre y me lo guardé en un bolsillo. Recuperé mi Parisienne y encaré la salida. Los dos actores cambiaron de posición, pero siguieron durmiendo: ahora hacían cucharita. «¿Es un grosso, vende falopa?», insistió Lali desde lejos. Me volví y le dije, mirándola a los ojos: «Eso a vos no te importa». Después cerré despacio y seguí mi camino. Y ahora estoy acá, en este gimnasio abarrotado de Santa Fe, esperando que llegue la Gioconda y que atruene el público y lluevan papelitos plateados. Estoy acá, parado como muñeco de torta, oyendo los cánticos fervientes y vigilando las caras, las muecas, los movimientos. Y sin embargo no estoy acá, estoy pensando en Bragoni. En ese tipo siniestro que conocí en la tumba.

De pronto nos dan el código de preaviso. En diez minutos entrarán los jefes del operativo y ubicarán discretamente a la escolta principal. Ministros, intendentes y dirigentes de la «cápsula» van subiendo al palco y ocupando las sillas según el dibujo cuidadosamente programado por la Secretaría General. Ya vibran las paredes. Las organizaciones sociales y juveniles corean «No la toquen a Cristina; los vamos a reventar». Es el preludio de la marcha peronista. Cantan a viva voz los chicos de La Cándida y del Movimiento Evita, y los fieles compañeros del Frente Transversal. Hay ambiente de cancha y de recital, pero hoy no habrá otros jugadores ni teloneros: hablará solamente ella. Y lo hará durante cuarenta y cinco minutos exactos. Ya se encienden todas las luces y hay movimientos nerviosos. La Gioconda surge de los *flashes* y los abrazos y saluda a la multitud. Ruge el público. Yo puedo solamente verla de reojo. Usa, como Nuria, trajes entallados oscuros y grandes cinturones, pero de cerca se le nota un agotamiento y una especie de amargura velada que Menéndez Lugo todavía no conoce. Se calman un poco las cosas, y entonces la Presidenta avanza hacia los micrófonos del atril mientras recibe gritos de amor. Pide silencio y se lo otorgan al tercer intento, y entonces comienza con una sonrisa: «Gracias a todos y a todas».

Una de las obligaciones de un custodio consiste en abstraerse de los discursos y concentrarse en los ojos y las manos de la masa, individualizar a golpes de vista a los sospechosos y detectar cualquier anomalía en ese océano regular. Yo puedo hacer mecánicamente eso, y a la vez desdoblarme. Irme por las nubes mientras me afirmo en la tierra. Viene a mi cabeza la última imagen de Bragoni. Está sentado en un sofá del casino de oficiales de la UP 63. Toma champán, fuma un habano, tiene en las rodillas una puta de cuartel. Hay fiesta en la prisión, el director cumple años y los presos vip comparten su alegría de sábado a la noche. Yo estoy ahí porque hubo un problema en los baños: herí a un interno de una puñalada.

El asunto exige una explicación previa, amigos. Esto pasó hace como diez años y,

aunque fui premiado y ascendido por esa operación secreta y a veces alimenta mi amor propio saber que sobreviví al infierno, no me gusta nada tenerla tan presente: se filtra en mis sueños y me salta a la cara en cuanto bajo un poco las defensas. Su recuerdo es casi tan amargo como la guerra del sur. A mí, que todo me resbala, aquellos dos combates me siguen en la noche como perros rabiosos.

El tema es así. Se tenía la certeza de que funcionaba dentro del servicio penitenciario una banda que vendía drogas en casi todos los penales y que además sacaba de noche a los presos más peligrosos para robar automóviles. Las sospechas caían sobre la UP 63, y entonces necesitaban infiltrar a alguien directamente en los pabellones porque los guachitos tenían cómplices en la Dirección General de Recursos Humanos y no se los podía engañar con un oficial honesto ni con un agente de otro servicio. Tampoco se podía infiltrar a un policía entre los presos, porque Bragoni conocía a todos los canas corruptos de este puto país, y la verdad es que los porongas que mandan en las ranchadas huelen un cobani a cien metros. El Ministerio necesitaba a un desconocido con las pelotas bien grandes.

El coronel me llevó a cenar y me contó todo el plan. Volví a Belgrano R totalmente borracho. Tenía que afeitarme la cabeza y hacerme dos tatuajes tumberos en un brazo y en el pecho. Me darían documentos nuevos a nombre de Miguel Bruguera, un asaltante de bancos que había pasado por prisiones federales de Mendoza y San Juan, y que se había fugado a Chile. Cálgaris me juraba que habían revisado legajo por legajo y que nadie lo conocía personalmente en la UP 63. Aunque era famoso de mentas, un buen ladrón que se había boleteado a dos bigotes de patrullero, «Brugo» o «El Pájaro», como lo llamaban, no tenía ningún gomía en esa población de mandras, era prácticamente un extranjero en aquella cárcel bonaerense. Yo debía memorizar todo su historial. Y después, guardar mi pistola y llevar una Browning 9 milímetros con numeración limada, armar un bolso con ropa modesta y pagar una pieza en una pensión de Once. Un buchón de la policía me recomendaría a unos pesados que paraban en unos billares de Constitución: tenía que contarles entre cervezas mi curriculum y ganarme su confianza. El buchón me ponía como condición para un golpe que iban a dar en el microcentro; traía el dato de que un determinado jueves de julio, a las 5.30 de la mañana, un camión blindado se estacionaría frente al edificio de un sindicato. En la planta baja acababan de instalar un cajero automático para los afiliados, y los tiras transportarían 450 mil pesos en sacas. Nos trajo el plano de las calles y nos mostró cómo era el movimiento. Ese mismo día se rompería la cinta y se haría la inauguración.

Robamos dos autos y los estacionamos cerca: uno enfrente y otro en la esquina. Revisé la Browning cuando todavía no había amanecido, y me pregunté seriamente si los empleados estarían al tanto. Me di cuenta, mientras esperaba en ese coche sin calefacción, que esas buenas intenciones solo funcionan en las películas. El mundo real es mucho más cruel. Ni el Ministerio, ni el coronel ni el buche habían dicho una palabra: aquellos empleados de seguridad iban armados y con chalecos antibalas,



pero no tenían la menor idea de que estaban a punto de ser asaltados por cuatro energúmenos y que si no soltaban la guita les llenarían el cuero de buracos. Son esos momentos escalofriantes de la vida verdadera donde se toman todos los riesgos y se juega con el azar.

El camión llegó con tres minutos de retraso. Abrieron la puerta y bajó primero un custodio de respaldo que se situó en la vereda.

A continuación, como lo exige el reglamento, bajaron dos muñecos con las sacas y las escopetas. Al primero, el energúmeno que se escondía en el vestíbulo del edificio lo sorprendió por atrás y le puso un cañón en la espalda. A los otros dos los encaramos nosotros con pistola y ametralladora. Fueron ademanes rápidos y a los gritos. Al que me tocaba le pegué tres culatazos inesperados y preventivos que lo dejaron fuera de combate, y le arranqué las sacas. No quería darle la mínima chance de reacción, ni verme obligado a dispararle. Al otro le fue mejor: soltó las sacas y levantó las manos sin que tuvieran que darle una caricia. No quería más lola. Hay algunos así. Apunté contra la puerta blindada y disparé. Las balas pegaban, marcaban, rebotaban, aturdían. Esa movida no estaba planificada. Ya teníamos la plata, y mis compinches apostaban a rajarse sin tener que disparar un tiro, pero a la vez estaban dispuestos a matar al chofer si se le ocurría bajar y hacerse el valiente. Como yo no quería correr tampoco ese riesgo le vacié el cargador sin tocarle un pelo. Entusiasmado, histérico, el pesado que me seguía disparó una larga ráfaga de ametralladora contra los neumáticos del camión. «¡Nos vamos, boludos, nos vamos!», gritaba el que había reducido al custodio de respaldo: se lo llevaba de rehén. No asomaba un vecino a esa hora, pero comenzaban a escucharse a lo lejos unas sirenas. Metimos las sacas en nuestro auto, maniobramos con la sangre alterada y salimos por Carlos Pellegrini hacia Libertador. Abandonamos el coche en la avenida Montes de Oca y subimos a una Trafic que habíamos levantado en Morón. Los otros soltaron al rehén en una villa del oeste y cambiaron también de carrocería. Nos reencontramos todos en una parrilla de Isidro Casanova. Nos estaba esperando la policía. Fue un tiroteo breve e intenso. Dos de los nuestros cayeron en seguida. Escondido detrás de una columna, en medio de la balacera, me disparé un tiro superficial en un muslo, arrojé la Browning y me dejé agarrar con vida. Al compañero de la metralleta se le acabaron los proyectiles. Cuando vio de lejos que yo ya no respondía, también soltó la herramienta y se entregó. A mí me mandaron esposado e incomunicado a un hospital interzonal; a él directamente a la alcaldía. Nos reunieron, ex profeso, en una celda hasta que nos trasladaran a la UP 63. Nos habían indagado y nos habían bajado la prisión preventiva. «Quedate tranquilo, Pájaro, en ese rancho tengo muchos amigos», me decía para levantarme la moral. Fue importante que el tipo diera la cara por mí en esa ratonera. Lo hizo con gusto, mientras saludaba a viejos conocidos y les contaba, con un toque de exageración, cómo habíamos cagado a cohetazos a media policía. Ese hecho, que había salido en los diarios, y mi reciente herida de bala, eran medallas en el inframundo de los

condenados. Un poronga desconfiado me dijo aquel primer día: «El Pájaro del que me hablaba mi compadre mendocino tenía un águila en el corazón y una espada con calavera». Tuve que quitarme la camisa para que todos vieran los dos tatuajes. Y después callarle la boca a un interno de una patada en los dientes. Rituales de la bienvenida.

El penal era más chico que Olmos pero se le parecía bastante. Tenía un corredor húmedo y oscuro que conducía al panóptico. Desde allí los guardiacárceles vigilaban a los presos y alcanzaban a controlar los pasillos que daban a las celdas de los cinco pisos: cuatro por pabellón, capacidad para seis personas en cada una. En el primer nivel estaban los evangelistas. En el segundo, los narcos. En el tercero y en el cuarto, los muchachos de caño. En el último, los homosexuales activos y pasivos. No había vidrios ni calefacción, así que se usaban nylon, sábanas y frazadas para tapar los agujeros y frenar el frío de agosto. Tampoco había estufas ni agua caliente. Solo olor a meo y a frituras.

Nos dieron dos camas cuchetas y un par de colchones reventados que eran un verdadero lujo. Y mientras ranchábamos y hacíamos ejercicio nos fueron contando cómo funcionaba el sector vip, que estaba apartado y cerca de las oficinas del prefecto. Ese lugar lo regenteaba Nacho Bragoni, que tenía una «habitación» con televisor, computadora, celulares y armas. La cocaína, la marihuana, la pasta base y el rivotril dependían de su buena voluntad. Había que pagarle. Bragoni atendía teléfonos y pedidos todo el día: gente de otros penales le hacía encargos, y el excomisario conseguía afuera lo que se necesitara. El prefecto mayor se quedaba con un porcentaje; eran íntimos amigos. Pero en ese negocio los reclusos no mojaban. Para los reclusos, para algunos especialmente seleccionados, había otros kioscos.

En todo aquel tiempo nadie de afuera se había comunicado conmigo. No recibía visitas y no hacía llamadas telefónicas. No se podía pisar ningún palito. La parte más difícil era, como cuando nadaba horas y horas en el río, controlar las emociones y no perder la fe. Mantener el orto contra la pared, volverme invisible, no entrar en riñas ni hacer preguntas, y no levantar por nada del mundo la perdiz. Hacer la plancha entre tiburones.

Como no quería despertar la mínima sospecha, rechazaba la posibilidad de leer los libros de la apolillada biblioteca del penal, y pasaba por iletrado. Cuando se apagaban las luces trataba de pensar en la Historia, y me reconfortaba imaginar que yo era parte de la retirada de los diez mil, aquel ejército perdido de mercenarios griegos que al mando de Jenofonte regresaba a su patria a través de un país peligroso y sangriento.

Tuve la buena estrella de anotarme en el equipo de fútbol del pabellón, y de participar con cierto éxito en el salvaje campeonato que se jugaba martes y jueves en los patios traseros. Se hacían apuestas, y entonces cobraba relevancia en las ranchadas que un preso supiera mover más o menos bien la bola. Eso no me impedía tener encontronazos en las duchas, en las celdas, en el gimnasio y en los talleres,

porque el encierro, el aburrimiento y la falopa empujaban a los descerebrados a duelos permanentes. Se peleaba por una almohada, por un paquete de fasos, por una «mujer», por un roce, por una palabra desgraciada. Tampoco me iba mal en el cuerpo a cuerpo, yo tenía adiestramiento de comando militar. Pero igual tuve que aprender las trampas del combate tumbero, y fabricarme una faca y entrar en el club de los cuchillos largos. Casi sin darme cuenta, participaba de las internas, tejía alianzas y me metía en refriegas diarias. La única manera de salvar el upite era convertirse en un gladiador. Y la Unidad Penitenciaria, muros adentro, era un Coliseo romano, donde dábamos espectáculo y estábamos siempre a un paso de la enfermería o de la morgue.

Un suboficial principal, que me había estado observando, me ofreció cigarrillos una tarde y tanteó a ver si yo quería ganarme mil pesos. No estaba bien confraternizar con cobanis así que me encogí de hombros y lo dejé con la palabra en la boca. Un condenado a perpetua que hacía trabajos en la panadería me confirmó que había «salidas especiales». Era *vox populi* que en el sector Talleres de la Unidad funcionaba un desarmadero. Discretamente trabé relación con un evangelista que era mecánico y que tenía contradicciones. El sistema resultaba simple y eficiente: los directores elegían a presos con huevos y les ofrecían escapadas nocturnas. Les daban uniformes del servicio penitenciario, una pistola y un celular con el número de un chofer de remise, y las marcas y los modelos cuyas piezas se cotizaban mejor en Warnes y en distintos «talleres» del conurbano. La mayoría de las veces les proporcionaban también objetivos marcados, para que no perdieran el tiempo. La remisería actuaba en combinación y cobraba una comisión por los traslados. El ladrón salía, robaba de noche en la calle, avisaba por el celular, metía el auto por atrás, devolvía el uniforme, el arma y el teléfono, y en la madrugada ya estaba durmiendo de nuevo en su celda con diez billetes de cien en los bolsillos.

El hermano del evangelista, que también pernoctaba en el primer nivel, conocía el caso de un vecino de la villa que se había negado a trabajar para el servicio: un preso del tercer nivel lo achuró en las duchas. Un viejo que laboraba en la cocina me contó que tres reclusos se resistieron o llegaron tarde o fallaron: les violaron a las mujeres y a los hijos, y les quemaron las casillas. Un travesti dado vuelta me contó que el «marido» de una «amiga» había aprovechado la ocasión para fugarse: sacaron a dos sicarios de mi pabellón y les entregaron armas de fuego. Los sicarios boletearon al padre y amenazaron, delante de varios parientes, con volver cada noche a ejecutar uno por uno a todos los miembros de la familia si el fugado no se entregaba. El fugado se entregó. Le hicieron el submarino y le gatillaron varias veces el arma vacía en las oficinas del subdirector mientras lo interrogaban, y luego en las celdas lo rodearon cuatro presos y lo boxearon, y con una varilla finita comenzaron a castigarle los testículos y a gritarle «denunciario y ortiba». Lo terminó acuchillando, dos semanas después, su propia «mujer»: el travesti decía que su «compañera» lo amaba pero que no le podía perdonar el abandono y que además el jefe de turno le habían advertido que si no daba una «prueba de confianza» lo iban a castrar.

Mi perfil no encajaba. No tenía familia que pudiera servir de garantía y era nuevito. ¿Por qué entonces ese suboficial principal me había hecho una oferta? Comencé a pensar que tenían sospechas y me habían puesto bajo vigilancia. Imaginé que a lo mejor Bragoni y el prefecto mayor recelaban de mi expediente, y que tal vez habían llamado a algún amigo de la policía sanjuanina. Si seguían interesados no tardarían en descubrir que el verdadero Pájaro había volado, y que yo era un impostor. Pero después me calmaba: tenían demasiados presos de qué ocuparse y estaban llenos de negocios y actividades. «No soy importante —me decía—. Si lo fuera estaría muerto».

La paranoia, sin embargo, aumentó. Ya casi no podía dormir una hora seguida, y lo hacía siempre aferrado a la faca. Soñaba que Cálgaris me había olvidado y que había un malentendido. Y que me quedaba para siempre en esas mazmorras inmundas. Finalmente un día decidí hacer una llamada desde un teléfono público. Marqué un número seguro y dejé un mensaje en la contestadora: «Ya estoy listo». Tres días más tarde, un sargento me empujó contra un gigante. En la cárcel no se puede pedir disculpas. Le pegué al gigante una trompada que hubiera derribado a un burro. Pero no tuvo mucho efecto: nos trezamos a las piñas, en una pelea para el campeonato mundial de los semipesados. Como nos separaron a tiempo, el gigante me gritó que yo era un cagón y un puto, y que los soldados prepararan las facas porque esto se arreglaba bajando a cancha. Le seguí la corriente. Varias veces había hecho esgrima criolla con otros reclusos, pero siempre por calores de momento, que terminaban a lo sumo con tajos o heridas superficiales. Un duelo con la bestia negra era harina de otro costal.

La gente del servicio no se metió, y a medida que avanzaban las horas para el choque me iba convenciendo de que en todo esto no podía haber casualidad. Llegamos al encuentro con aliados, que iban de padrinos y nada más. Peleamos con facas largas, y con el brazo izquierdo envuelto en frazada. Alguien lo filmó con un celular. Al ver luego los movimientos me pareció que eran más gritos y fintas, que pelea concreta. El gigante era mejor con los puños. Lo saqué de la cancha punzándole una pierna, muy cerca de la femoral. Fue esa noche de sábado que me llevaron al casino de oficiales. Y cuando vi cómo Bragoni y sus socios festejaban con putas y champán el cumpleaños del prefecto mayor. Bragoni se me acercó con el habano entre los dientes y me miró desde sus ranuras negras. «Pájaro que comió voló», dijo de manera enigmática. El subdirector me convidó unas líneas de cocaína que había en un platito. En la cárcel tampoco se puede rechazar un manjar. Nunca me hizo bien la merca, y siempre me mantuve lejos. Pero esa noche no la rechacé. Me palmearon la espalda, me dieron un vaso y me avisaron que iban a confinarme una semana en un calabozo de castigo, pero que luego tenían grandes planes para mí. Bragoni negaba con la cabeza, como si no estuviera de acuerdo, y seguía acariciando a una tetona vulgar que sin embargo me calentaba la sangre. Estuve una semana sin luz en un sucucho de dos por dos, y al regresar al tercer nivel, mientras comía con alegría un

guiso repugnante, un tapado me dio sin avisar un puntazo en la barriga. Usó una púa pequeña y yo, aún debilitado por la reclusión, tuve un último reflejo: le metí un codo en la cara mientras el preso me pinchaba el brazo. En el dolor y la sorpresa, no alcancé más que a darme vuelta: la púa me entró rápido en los riñones y en la nalga. Caí en un charco y escuché puteadas y forcejeos, y me desmayé. Después supe que trataron de remendarme en la enfermería, pero que el prefecto mayor resolvió trasladarme a un hospital público. Alguien del Ministerio del Interior intervino de inmediato y ordenó una internación de urgencia en el Churruca. Estuve en terapia intensiva ciento veinte horas y luego en una nube de anestésicos, sueros y curaciones, orinando sangre y trabando bilis, hasta que una noche desperté de un sueño y vi que Cálgaris dormía en una silla junto a mi cama. Les juro que se me caían las lágrimas. Pero fui incapaz de despertarlo y mostrarme como un maricón. Cuando finalmente abrió un ojo, yo ya estaba recompuesto. «La concha de su honrosa madre, coronel», le dije. Cálgaris se rio: «Hijo de remil putas, ¿no te vas a morir nunca?». Declaré como testigo protegido y señalé a los internos que habían salido a robar: se podía hacer un buen trato con ellos. También di los nombres y apellidos del evangelista y de su hermano, del viejo de la cocina y del travestí. Se les podía rebajar la pena y mejorar los legajos a cambio de cooperación, toda la cúpula de la UP 63 fue relevada y procesada, y al cabo de un año el penal se cerró. La mayoría de su población fue distribuida, pero Bragoni se defendió con astucia y a la hora de la verdad nadie pudo presentar pruebas en su contra. Salió en libertad sin un rasguño y hasta donde yo sé nunca más lo registró el radar.

Su cuerpo de luchador de catch, su cara achinada, las ranuras negras desde la que me sigue mirando, ese gesto final de escepticismo, su voz diciendo: «Pájaro que comió voló». Esas imágenes se me vienen encima en este gimnasio colmado donde la Presidenta levanta clamores y delirio. «Cristina, Cristina corazón, acá tenés lo pibes para la liberación». Nos avisan por radio que en un minuto y medio hará su broche de oro, se acercará al centro del escenario, abrirá los brazos y alzará las manos con la señal de la victoria peronista, y que luego saldrá por la derecha. Tenemos órdenes de permanecer todavía al frente del palco, protegiendo al resto de la comitiva de la marea humana. Cuando se desaloje la mitad del gimnasio, ocuparemos nuevas posiciones en la trastienda. Y a una directiva subiremos a los autos y nos uniremos a la caravana. Informan que el camino está despejado. Quebracho no se atrevió a asomar la napia.

No falta mucho para que el operativo termine. Detecto entre los invitados del Tango O1 a Holguín, el barón del conurbano a quien le salvamos el matrimonio. Holguín se deshace en requiebros pero la Presidenta no le da mucho calce. Hay un ambiente relajado, el peligro ya pasó. La Gioconda parece cansada, como si la adrenalina se hubiera retirado de golpe y ahora necesitara urgentemente recostarse. Nos adelantamos. Subimos antes que nadie y revisamos por dentro el Boeing 727 que ya fue revisado. Me toca el área presidencial: el comedor con revestimiento de caoba,

el despacho con escritorio y sillones, las dos suites. La cama doble con espaldar de cuero y el escudo nacional donde la Presidenta se recostará a retomar aliento. El baño con la grifería dorada. Todo parece en orden. Miro el reloj. Dentro de dos horas estaré en Belgrano, me serviré un vodka y trataré de olvidarme de Nacho Bragoni. La Presidenta nos pasa de largo, va ceñuda y reconcentrada; un secretario privado camina a su lado susurrándole informes preocupantes. El resto de los invitados ocupa las treinta butacas de privilegio. No puedo evitar dejarle un saludo a Holguín. El intendente trata de pararse, pero el cinturón se lo impide y yo me voy para el fondo sin darle tiempo a la gratitud. Un granadero me dice que atravesaremos un frente de tormenta.

### III

## La lealtad de los samuráis

Llego tarde a la reunión. Las secretarías del coronel parecen dos preceptoras severas y escandalizadas por mi falta de disciplina. Me hacen pasar sin pérdida de tiempo al despacho que da sobre la calle Chacabuco. Huelo el tabaco mezclado con cherry y escucho en seguida la voz metálica de Luciana Flores. La rubia narigona, por videoconferencia, habla entusiasmada y utiliza las manos para expresarse. Parece un corresponsal de Al Yasira. Su novia, la gorda Maca, la escucha arrobada, sentada en una silla incómoda de respaldo alto: tiene las piernas juntas y en el regazo un cuaderno de notas. El coronel no ha abandonado su escritorio pero está recostado sobre su codo, envuelto en humo y haciendo dibujos incomprensibles con un lápiz negro en un bloc. Muy por debajo del palabrerío suena Chet Baker. Cálgaris ni siquiera levanta la cabeza, solo dice: «Nos acompaña el excelentísimo duque de Remil». Saludo con una mueca y me siento en un sillón rojo que entra dentro del campo visual.

—Rebobinemos un poco —ordena el coronel sin levantar la vista—. García Roldán.

La señorita Flores se ve obligada a parar el disco, devolverme el saludo y retomar. Sé que iré al grano. No quiere lucirse conmigo sino con su jefe.

—Proviene de una familia de abogados prestigiosos —dice y se le nota que el acento español va desplazando lentamente al porteño—. Hizo plata fuerte defendiendo corporaciones multinacionales. Dentro y fuera de España. Su estudio atiende asuntos civiles y comerciales, pero su verdadera especialidad es el derecho penal.

—¿Defendió narcos? —pregunto, y Cálgaris me echa una mirada de hielo.

—Algunas de esas corporaciones estaban siendo investigadas por lavado de dinero —dice con cautela la rubia oxigenada—. No sé si específicamente del narcotráfico. Trabajó bastante en Estados Unidos, pero no tenemos datos concretos.

—¿Figura en su pasaporte algún viaje a Colombia o a México?

—No.

—¿Conseguiste su cartera de clientes?

—La tengo conmigo —dice mostrando unos papeles, con aire desafiante—. ¿Preguntás por alguien en especial?

—Belisario Ruiz Moreno —pruebo.

—Francamente, no tengo la menor idea, coronel —corta la Flores, y lo mira claramente al fumador de pipa, que le devuelve una bocanada de indiferencia.

—No quise interrumpirte —digo.

—No es cierto —dice el coronel—. Seguí, Flores.

Maca me mira con rencor; su novia se acaricia la frente.

—Hace cuatro años se asoció con un broker y ha venido desarrollando negocios de importación y exportación. Toda clase de rubros. Nada ilegal. Le envié por vía confidencial toda la papelería, que es compleja y extensa. Tal vez debería verla un perito, coronel.

—¿Qué sabemos del broker? —pregunto.

—Un halcón de Wall Street. Se llama Osvaldo Balduin. Español afincado en América desde hace treinta años, pero con raíces familiares en Valencia.

—¿Vive en Queens? —quiero saber.

—En una zona residencial. Es fanático de los Mets. Pero tiene un departamento en Manhattan. Insisto, coronel, en que para tener más información sobre Balduin y sobre las actividades profesionales de García Roldán en los Estados Unidos deberíamos pedir ayuda a la Casa.

—¿Con qué países comercia Roldán? —le pregunta el coronel como si no la hubiera oído.

—Preferentemente con Europa del Este. Ha estado diciendo que tiene interés por ampliar el negocio a América latina. Le fascinan Buenos Aires y Río de Janeiro.

—¿Su vida privada? —apura el coronel, que tiene hoy un bajo umbral de tolerancia.

—Casado, tres hijos, una amante —en este rubro la Flores parece más a gusto—. Juega tenis tres veces por semana y va a misa los domingos. Un clásico buey de metal. Decidido, enérgico y testarudo. Roldán es muy tenaz y prudente, gran planificador. Aunque lento, metódico, tal vez un poco rígido.

—Volvamos a Occidente —dice Cálgaris y no puedo evitar una pequeña carcajada—. ¿Cómo es el vínculo con Menéndez Lugo?

Luciana Flores está de nuevo incómoda, Maca enfurecida. Puedo imaginar las frases que nos dedicarán más tarde en conversación privada.

—Fueron compañeros en la universidad —informa con evidente fastidio, moviendo los papeles que lleva encima—. Novieron cuando tenían veinte años, después fueron amigos. Nuria es madrina de su hija mayor trabajaron juntos en varias causas a lo largo de los últimos veinticinco años. Roldan y Balduin la asociaron para la incursión latinoamericana.

—Concentremos ahora la información en la doctora Menéndez —ordena el coronel.

—Su madre murió en el parto, exactamente igual que su abuela —informa sin mucho entusiasmo—. Su padre era un pequeño comerciante de tienda, muy ausente; la dejó huérfana a los quince años. Gente de clase media baja de Madrid.

—Si me permite —interrumpe Maca— ese árbol genealógico, esas privaciones materiales y espirituales, se relacionan un poco con su personalidad. Concretamente, con su pulsión por las compras.

—¿Es una compradora compulsiva? —se extraña Cálgaris y limpia su pipa con el atacador.



—No en términos absolutos, aunque tiene una tendencia —arranca la psicóloga poniéndose los bifocales y mordiendo su lapicera—. Nuria es dura y exitosa, pero en lo íntimo se menoscaba. Tiene lo contrario de lo que aparenta: baja autoestima, inseguridad, sensación de vacío. Combate la ansiedad y la depresión comprando joyas, que simbolizan el ascenso social, y prendas de piel, que reemplazan la piel con la que sus padres y abuelos no pudieron acariciarla. No crean que se trata de algo extravagante. Es una conducta de manual para los especialistas en el tema. Menéndez es increíblemente controlada. Y a la vez se descontrola en un *shopping*. Después siente arrepentimiento.

El coronel deja por un instante las maniobras de la pipa y anota una palabra en su bloc. Gorda conchuda. Dio por fin en el clavo. Nuria y yo tenemos dos cosas en común: nuestra fortaleza y nuestra orfandad. Cada uno se las arregla a su manera para combatir ese maldito defecto de origen. La gallega no le comunicó a la policía las pérdidas reales del robo de su departamento de la calle Juncal. Tampoco se lo hizo en detalle a su socio en aquel *e-mail* del día siguiente. No fue por cuestiones de seguridad o de discreción, sino por pura vergüenza.

—Al revés de su amigo Roldán, que nació en cuna de oro, para ella fue una carrera llena de sacrificios y privaciones —interviene Flores—. Igualmente, hace quince años despegó y a partir de entonces su situación económica mejoró notablemente. Tiene un piso sobre el Paseo de la Castellana. Estuvo casada tres años con un médico de Avilés, y tuvo amoríos como cualquiera. Nada especial. Es una mujer divorciada y solitaria, sin hijos, como tantas mujeres de las grandes ciudades. ¿Puedo explicar cómo piensa una piscis con ascendente en tauro?

—Ay, Zeus —alcanza a decir Cálgaris.

—Le aseguro que todo eso coincide con mis evaluaciones psicológicas, coronel —lo ataja la gorda tratando de salvar a su novia del ridículo.

El viejo cabrón me mira de nuevo, pero esta vez lo hace divertido y con un teatral gesto de interrogación. Yo me encojo de hombros. Maca ataca de nuevo y nos recuerda la importancia que la astrología tuvo en la Grecia antigua, en el Imperio Romano, en el Medioevo, en el Renacimiento, en toda la historia contemporánea. También la vinculación de los grandes estadistas de los siglos XIX y XX con los astrólogos. El viejo la contempla con sus ojos acuosos y se rastrilla el bigote amarillento. Piensa en varios de nuestros clientes, piensa en los jefes de Estado a quien ha tenido que servir. Suspira largamente. «Y bue», dice. Que significa en lenguaje calgarisiano «a ver qué tiene para decir la astróloga». Luciana Flores entiende que desde estudios centrales le han hecho el pase. Cambia de nuevo el orden de sus hojas y hace una síntesis. Mientras lo hace, Maca asiente con la cabeza. De vez en cuando introduce un bocadillo psicoanalítico, una frase de la jerga, una cita de Freud. Nuria Menéndez Lugo es piscis con ascendente en tauro y serpiente de agua en el horóscopo chino. Terca, sensible, mimada, celosa. Debe aprender todos los días a controlar sus pasiones para no caer en excesos. Acostumbra a someter a los demás a

sus caprichos, utilizando si hace falta hasta el chantaje sentimental. Más fortuna en el dinero que en el amor. Inclinación al materialismo. Le gusta apostar. Y adornarse y rodearse de elegancia y de belleza. Instinto escurridizo, enorme astucia, gran capacidad de análisis. Es calculadora y si tiene un objetivo, actúa con sangre fría y de manera metódica e implacable. Quiere manejar todos los hilos. Cuando se enoja es capaz de ser rencorosa y mortífera.

—Está bien, está bien —dice el coronel apretando entre los dientes la pipa y sacándose los dos gemelos verdes y dorados. Me doy cuenta de que hará lo que nunca: arremangarse la camisa blanca e impecable, como si le hubiera entrado calor—. A ver, Remil, mostrá tus cartas.

Abro mi carpeta y saco la primera foto. La sostengo con las dos manos delante de la pantalla y de los ojos escrutadores de Cálgaris.

—Elena Parisi, la Tana, senadora nacional —digo—. Fierrito descubrió que la DEA la tuvo alguna vez en la mira por una empresa *off shore* dedicada al lavado. Con esa misma metodología lavaba su ropa sucia un hacendado colombiano que había participado en los finales del cártel de Cali y que en 2002 andaba todavía con los pibes del Norte del Valle.

—Belisario Ruiz Moreno —completa el coronel y acomete un catarro.

—La Casa no tiene información actualizada.

—Para Interpol salió de circulación hace ya diez años. Está técnicamente dado de baja.

—Habría que ver si el broker no le arma la ingeniería financiera, y si García Roldán no le está legalizando los negocios.

—No hagamos especulaciones, vamos a los datos puros.

—Nuria pasó unos días en la estancia de la senadora. Palma me informó esta mañana que en la página de *Facebook* de Parisi están colgados todos los invitados a su fiesta de sesenta años. Fue en «Siete alazanes» y algunas imágenes se publicaron incluso en los diarios de Córdoba. Palma encontró, en medio de jueces y políticos, a este señor.

Cambio la imagen de la senadora por otras dos fotos. Las exhibo ante el amable auditorio.

—Javier Pico, uno de los subdirectores de la Aduana. Acá lo ven con Nuria en Puerto Madero. Acá de jetra en la estancia de Parisi. ¿Puedo especular un poquito más, coronel?

—Sí, pero no te excedas.

—Nuria le pidió un contacto, Elena le pegó un telefonazo a Javier. Y Javier recomendó a Nacho.

El coronel sonrío. Hace dos días le envié la película muda de la boca y estoy seguro de que la mandó a traducir. Maca y la Flores siguen el diálogo moviendo las cabezas como en un partido de tenis. Cálgaris dibuja en su bloc unas líneas verticales.

—¿Y con eso qué? —pregunta.

—Menéndez Lugo viene con la premisa de detectar negocios de exportación. Estudia muy de cerca todos los sistemas que se utilizaron para traficar cocaína a España y efedrina a México. Merluza y langostinos, frutillas y azúcar. Y sobre todo malbec. Tiene fijación por el vino, siendo que es el proceso más complicado porque hay que diluir la merca en Buenos Aires y volver a recuperarla en Vigo y Barcelona. Estudia los negocios que salieron mal para ver los errores y para pensar cómo mejorar el método.

—¿Sus socios tienen capacidad para hacer una inversión de envergadura, Flores?  
—pregunta el coronel sin dejar el dibujo. Ahora está haciendo líneas horizontales. Flores y Maca parecen muertas. La rubia se pasa una lengua por los labios, pega un vistazo a sus papeles y resopla.

—Tengo sus balances, coronel.

—Solo me interesa el EBITDA y el índice de crédito bancario.

—Me sentiría más segura si consultáramos a un perito y si hiciéramos un seguimiento de las operaciones bursátiles que maneja Balduin.

Sobreviene un tremendo silencio. Creo que el coronel quiere matarla. Tira el lápiz sobre el escritorio y se cruza de brazos. Tiene la vista suspendida, dejó la pipa humeando y advino que necesita un whisky para pasar el disgusto. Maca cierra su lapicera y suelta los bifocales, que caen sobre sus pechos enormes. Luciana Flores la mira con incertidumbre. Yo guardo las fotos en la carpeta y prendo un cigarrillo. El coronel vuelve a mirarme un momento. Al final se incorpora y dice sin dirigirse a nadie en particular:

—Por ahora no vamos a hacer nada más. Desactiven las vigilancias y las pinchaduras. No hagamos más preguntas. Silencio completo de radio. ¿Comprendido?

Los tres vasallos comprendimos perfectamente la orden. El monarca despide a Flores y la apaga. Le recuerda a Maca que tienen una reunión el lunes por la tarde en el Comando en Jefe del Ejército y la despide. Maca me atraviesa con una mirada apreciativa y a la vez venenosa. Amago levantarme, pero el coronel me pide que me quede en el molde. Cuando Maca cierra la puerta y nos deja solos, Cálgaris cruza el despacho y se mete en su baño privado.

—¿Trajiste ropa para el fin de semana? —escucho que me pregunta.

—Tengo un bolso en la camioneta.

—Quiero creer que elegiste ropa decente.

—Me dijo que no iba a ser de etiqueta.

—Nos vamos dos días a Colonia. Pero tenemos una cena el sábado con alguien importante en el Club de Yachting y Pesca. No quiero que parezcas un matón.

—Soy un negro de mierda y eso no tiene arreglo, coronel.

—No hiciste un mal laburo. Pero te pasaste con las conjeturas.

—¿Por qué me parece que a usted no lo sorprende nada de todo esto?

—Tengo un poco gastada la capacidad de sorpresa.

—¿De verdad Parisi es su amiga?

—No hay amigos en este negocio, Remil, ya deberías saberlo. Solo intercambio de favores.

—¿Tengo que llevar armamento especial a Colonia?

Cálgaris sale del baño transformado en un marino de agua dulce: pantalón negro, camisa sport blanca, un pañuelo al cuello, un saco de lino, unas zapatillas náuticas. No lleva bolso sino maletín y neceser, aunque recoge del escritorio su equipo de fumador y un anticuado pero práctico revólver 38 Special que le regaló en el 83 un colega de Langley.

—Lo único que necesitás es la Glock y el cepillo de dientes —dice atravesando la oficina a grandes zancadas. Habla todavía un minuto entero con sus dos feas y lacónicas secretarias en la salita de espera, y bajamos juntos en ascensor. Trato de volver sobre los descubrimientos de Fierrito y sobre Nuria Menéndez cuando nos acomodamos en la 4x4 y salimos del subsuelo a esa mañana de viernes primaveral. Pero el coronel elude el asunto y comienza a contarme unos hallazgos históricos que se hicieron sobre los Borgia. Tienen que ver con la admiración que Maquiavelo profesaba por César. A través de esos entusiasmos siempre llegamos al diario novelado de Joan Francesc Mira. Evocamos aquellas maldades y traiciones, y conversamos sobre aquellos personajes familiares como otros charlan sobre la guerra de vedettes de la calle Corrientes.

Ya le tienen preparado el yate al coronel cuando llegamos al puerto de Olivos. Es un velero de 14 metros de eslora y 4.4 de manga, hecho de acero naval, con un motor Perkins que funciona a base de diesel. Un generador eólico, un radar Raytheon y un bote de goma para desembarco. Suite en popa y camarote con dos camas por banda, baños con ducha de agua fría y caliente. Partiremos en seguida. Cálgaris será su propio timonel. Me da instrucciones para que lo ayude o le alcance objetos: se mueve a bordo con una confianza y una alegría que siempre me dejan asombrado. Se pone encima una campera de duvet, consulta unos mapas, hace una comunicación por VHF, revisa el instrumental, se coloca unos guantes y prende el motor. Maniobra un rato sin fumar, mientras salimos lentamente a río abierto. Entonces desata y despliega la gran vela, manipula las sogas y los nudos, y deja que el viento haga su trabajo. El sol está alto y el agua parece rubia. Siento un poco de frío pero aguanto firme a su lado contemplando el paisaje. Se pone una gorra marinera y me alcanza un gorro de lana negro que me tapa hasta las orejas. Él parece un millonario de Long Island y yo un asaltante del Bronx. Saca de nuevo su pipa y se las arregla para encenderla a pesar de la intensa brisa. Me habla de una acuarela de Turner. Se llama El castillo de Bamborough. La vio en un catálogo de subastas. «Es en el mar del norte, Remil — dice sin quitar los ojos alternativamente de los instrumentos y del horizonte: nos cruzan yates y lanchas; vemos en la lontananza los catamaranes—. Domina todo el paisaje un castillo fantasmal, sobre una roca, y abajo en un ángulo de la derecha hay una mujer con su hijo luchando contra el oleaje. Y un barco que encalló y más allá un

grupo de náufragos en un bote tratando de salvarse de las rocas y del mar embravecido. Te deja sin aliento».

La navegación, el jazz y la pintura son las tres únicas aficiones que no se me han contagiado. Pero el viejo no se rinde. Me explica sus deleites como si tuvieran que importarme. Pone tanta pasión y tanto arte en transmitirlos, que aunque a veces no los comprenda termino involuntariamente interesado en ellos.

—Cuentan que cierta vez Turner estaba dibujando unos barcos al atardecer y a contraluz —sigue—. Y que le mostró lo que hacía a un navegante experimentado, un oficial de la marina inglesa que le puso una objeción: los barcos no tenían portillas, y eso era un grave problema técnico. Turner le respondió que desde donde estaba y con esa luz no se podía distinguir ninguna portilla. Está bien, le retrucó el navegante, pero usted sabe que los barcos tienen portillas, caballero. Turner le contestó: claro, pero mi trabajo consiste en pintar lo que veo, no lo que sé.

Las gaviotas y los patos han desaparecido, y el viento aumentó de golpe. Miro la vela mayor inflamada y escucho al coronel decir que pronto el viento superará los veinte nudos. Marchamos a considerable velocidad. «No me molestaría tomar unos mates», me dice sin soltar el timón. Bajo a prepararlos en la cocina estrecha. De paso pego una ojeada a su pequeña biblioteca marítima. Patrick O'Brian, Scott Forester, Alexander Kent y Dudley Pope. También *Cabo Trafalgar* y *Los barcos se pierden en tierra* de Pérez-Reverte, *La línea de sombra* de Conrad y una pequeña novela uruguaya: *La cacería*, de Alejandro Paternain. Preparo el mate y subo a cebárselo: soy un buen grumete. Cálgaris navega de memoria, con una tranquilidad eficiente y total. Conoce cada boya, cada embarcación que se nos cruza, cada señal del río y del viento, cada luz, cada sonido y cada color. En la siguiente hora hablamos con malicia de la política nacional y de la economía, y mencionamos el destino de algunos de nuestros viejos clientes. Después pasamos toda una hora en completo silencio, escuchando solamente los sonidos de la naturaleza. Hay ráfagas de veinticinco nudos. Llegaremos a Colonia en pleno atardecer; será un ocaso magnífico para observar desde la escollera.

—Estuve leyendo también sobre los samuráis —dice relajado, volviendo a llenar su pipa—. Me bajé de Internet un ensayo y lo mandé traducir. Es interesante porque abunda sobre la práctica de la homosexualidad entre guerreros y discípulos.

—¿Me está haciendo una proposición deshonesta, coronel?

—Que no podrías rechazar —se ríe con sus toses aguardentosas—. Estamos en mitad del río y no tenés ni la más puta idea de cómo manejar este pedazo de nave.

—Se olvida de que soy muy capaz de cruzar a nado en un momento de desesperación.

—Tenían un sistema moral que promovía las relaciones entre los señores y sus aprendices. Esa filosofía se llamaba *wakashudo*, y garantizaba refinamientos y educación, y lo principal: lealtad absoluta en el campo de batalla. Muchos *shogunes* mantenían este tipo de vínculos, y sus jóvenes amantes daban la vida por ellos cuando

era necesario.

—Vi algunos de esos fenómenos en la cárcel.

—Nosotros no hemos necesitado esa filosofía del *shogún* para practicar la lealtad total —dice con un sarcasmo enigmático.

—Por suerte, no.

Cálgaris sigue riéndose y moviendo la cabeza. Se ha colocado unas gafas oscuras, y con la resolana no puedo ver bien qué están diciendo sus ojos. Intuyo que la lealtad de los samuráis es algo que, más allá de bromas y alusiones sexuales, nos atañe de manera personal. En este lugar y en este momento concreto que estamos viviendo. Pero no abro la boca. «Tengo hambre», dice luego de un rato.

En la heladera encuentro salmón ahumando y queso Philadelphia, y en la alacena hay pan casero. Preparo cuatro sándwiches y abro dos Coronas congeladas. Subo todo en una bandeja y comemos sin dirigirnos la palabra, disfrutando del sol, que está decayendo, y del nuevo espectáculo del agua, que a esta hora brilla y lastima. Vemos de lejos el Eladia Isabel, arrastrándose lentamente, con su pereza de mastodonte.

—Tendremos una noche llena de luna y de estrellas —dice el viejo estudiando el cielo—. Me quedé pensando en nuestras astrólogas y en los Borgia.

—Las chicas son a veces un poco esotéricas.

—Hoy no lo hicieron tan mal. ¿Te acordás de Simón de Pavía?

—No, coronel. ¿Era un concejal de San Martín?

—Era el astrólogo del rey de Francia. Lo convenció a Carlos de que los astros lo tenían destinado a ser el líder de las cruzadas contra los infieles. Y también de que alguna vez podría invadir Roma. Rodrigo Borgia, ese grandísimo hijo de puta, ya era el Papa Alejandro. Sobornó con una fortuna al astrólogo y consiguió que Simón de Pavía manipulara al rey. Si Borgia no lo hubiera hecho, las tropas francesas habrían arrasado con el Vaticano. En cambio, mal aconsejado, el rey de Francia desechó la posibilidad que tenía servida de apoderarse fácilmente de Roma, se inclinó ante el vicario de Cristo y llegó a un acuerdo. Sobornar al astrólogo. Qué genial, ¿no?

—¿Está tratando de decirme algo?

—No me digas que no ves una relación entre el Imperio Romano, la Italia de los Borgia y la mafia siciliana.

—Sí, veo una tradición de la política argentina.

Recoge los binoculares y recorre la costa oriental. «Falta poco», murmura, y sigue timoneando. Las gaviotas regresan, nos acompañan otros veleros y lanchas, y llegan a bordo nuevos olores. No habrá más lecciones históricas por esta tarde.

Bajo y hago dos cafés instantáneos en tazones de acero. Leo en cubierta la novela de Paternain y fumo, mientras el perfil de la ciudad se va definiendo a lo lejos. Está por ponerse el sol, está por derramarse ese naranja sobrenatural sobre el agua y la tierra, cuando el viejo pone proa al puerto deportivo. Diviso el Faro con su baliza roja, y me divierto como *voyeur* espiando con los binoculares a los domingueros de motor y vela, y a los turistas de la costa. Al final el coronel busca amarra, asegura

bien la embarcación, prende algunas luces, anda de acá para allá atareado e impartiendo nuevas directivas. Su fiel grumete colabora con pesadez. Cuando todo parece listo como para resistir una sudestada, Cálgaris baja, pone un disco de Marsalis y saca de un armario una botella de Talisker. Sirve dos vasos con hielo y se quita el pañuelo de seda del pescuezo. Paladeamos el sabor «a turba, ahumado y salobre, con notas de algas marinas». No soy un gran degustador, pero me doy cuenta de que es distinto.

—«Una mujer siempre está comprando algo» —cito.

Ponemos los codos sobre la mesa, dentro de esa reducida caja de metal y madera y bajo el suave balanceo de las olas del puerto. Estamos por fin a salvo del viento y las miradas. Verdaderamente a solas, frente a frente. Y el coronel parece acusar una cierta fatiga. Sé que después de un corto descanso se pegará una ducha, volverá a cambiarse de ropa y saldrá a cenar con su amante. Sé que se alojará en su casona del casco histórico y que me dejará a mí en esta suite claustrofóbica y con esta novela de Paternain. Antes de que lo haga tendremos que ajustar cuentas.

—También hay una relación entre la política, la mafia siciliana y los cárteles de la droga —dice y se disculpa—. Mira, esta gente no solo necesita protección política, Remil. Viene a comprar además seguridad operativa. Llamaron a licitación, ya la Bonaerense los corteja.

—Bragoni.

—Y no será el único.

—Sin el apoyo de la policía son boleta.

—Más bien —se encoge de hombros y termina su vaso—. ¿Dónde viste que tengamos una mafia mejor organizada que la policía?

Vuelve a servirse un whisky doble y a mirarlo a trasluz. Sacude un poco el vaso, huele el Talisker, le pega un sorbito.

—Todos esos envíos famosos saltaron por accidente o porque no habían pagado coima. O porque se la habían pagado a las personas equivocadas.

—Bragoni maneja por fuera pero con órdenes de adentro.

Afirma con la cabeza y revuelve con el dedo los pocos hielos que le quedan en el vaso. Prendo otro cigarrillo. Pregunto:

—¿Y a qué jugamos nosotros?

—¿Nosotros? —repregunta como si se hubiera encontrado casualmente con su propio cadáver. Me sonrío con pena—. Nosotros entramos en la licitación.

Ahora estamos mirándonos fijamente, calibrando nuestras reacciones. Si en este momento el coronel larga una carcajada, yo me desarmo y lo mando sonoramente al carajo. Pero el coronel se mantiene absolutamente serio.

—¿Por qué? —quiero saber.

Apenas parpadea. Tiene un pequeño derrame en el ojo izquierdo. Toma otro sorbito y recoge su pipa.

—El gobierno nos está estrangulando, quiere cerrar la base Chacabuco —dice

sacando cuentas con sus dedos—. La Casa nos pide que nos autofinancemos, pero lo hace para hundirnos. Nos tienen envidia y desconfianza. Y lo más importante, me volví un viejo choto y reemplazable. ¿Hacen falta más motivos?

—Sí, hacen falta.

—Si no lo hacemos nosotros lo va a hacer alguien más. Y si lo dejamos pasar somos unos boludos y estamos liquidados.

Me tomo lo que me queda de un trago y me vuelvo a servir. Solo se escuchan el ruido de los vidrios, los quejidos del barco y los rasguños del atacador. Cálgaris aparta con la cucharita las cenizas, mete el punzón, agrega y compacta el tabaco y vuelve a encenderlo. Lo hace con la lentitud de siempre. Pero esta vez la mente no vaga por cualquier parte. Está concentrada en la gravedad de los argumentos.

—Solo ofrecemos nuestro servicio para la primera etapa —agrega como si se disculpara. Se oye en la nada el rasguído del encendedor, se llena de humo la cabina—. Y que después decidan si quieren seguir con nosotros, quedarse con Bragoni, o combinar las fuerzas. La primera etapa es la construcción de los rieles. Más tarde se verá quién maneja el tren.

—¿Vamos a traficar cocaína, coronel?

—No, solamente vamos a custodiar a la Gioconda.

No me sorprende que recuerde la anécdota: tiene una memoria prodigiosa. Aplasto el pucho, me cruzo de brazos.

—No entiendo bien cuál es la diferencia —digo.

—Estos no son pistoleros, son gerentes. Quieren aplicar el management empresario, y necesitan un jefe de seguridad. En esta fase, eso es todo. Vas a tener que confiar en mí —dice y sonrío.

—La lealtad de los samuráis —ironizo.

Abre los brazos, como deslindando responsabilidades. Pero no pronunciamos ni media sílaba a lo largo y a lo ancho de tres minutos y medio. Después de eso me paro, subo las escaleras tambaleándome y me desparramo en la cubierta. El aire fresco me despeja un poco del alcohol, del humo y de la verdad. No tengo mala conciencia ni moralina. No vayan a creer que es eso. Se trata más bien de algo más complejo, una mezcla de enojo, una sensación de acorralamiento. No solo Cálgaris entró en decadencia.

La decadencia es ese tobogán que gobiernan los jóvenes: a partir de ahora las cosas son así, abuelo. Y la vejez consiste precisamente en no poder elegir y en tener que asimilarte por la fuerza a esa manga de ignorantes modernos que te ponen un revólver de futuro en la nuca. Se acabó lo que se daba. Te gusta o te vas, te adaptás o morís.

El viejo reaparece cambiado y peinado, y con pañuelo nuevo. Se pone la campera de duvet y me tira el gabán. Se apoya en una sogá, contemplando la luna llena y las constelaciones.

—Perdimos, Remil —dice—. Perdimos como en la guerra.



Después salta a la escollera y camina por el muelle con las manos en los bolsillos, fumándose las preocupaciones. Me tapo unos minutos con el gabán y observo la luna. Luego bajo y me sirvo otro vaso y otro más. Leo la persecución de la goleta corsaria y el velero portugués. Me quedo dormido con el vaivén del río y con una tristeza profunda en el corazón. Cuando me despierto me duele hasta la dentadura. Me preparo tres cafés seguidos, me baño con agua fría y salgo a recorrer la ciudad. Es un domingo radiante de baja temperatura, y al volver la vista atrás miro con otros ojos el barco que nos trajo. Descubro por primera vez que se llama Aubrey.

Hay ramilletes de turistas por el día en todos los puntos cardinales. Algunos son insoportables, me dan ganas de practicar tiro al blanco con ellos. Cruzo la avenida y pateo los empedrados coloniales, me detengo por enésima vez en la iglesia, recorro las plazas y oigo los tambores de una murga. Atravieso la puerta de la ciudadela, me demoro en la callecita de los suspiros y visito los museos. Especialmente la casa donada por Brown. Subo las escaleras y me entretengo con la gran colección de mariposas, el gliptodonte y el gran tigre con dientes de sable. «Forros y malparidos, nos pasamos la vida limpiándoles el culo y ahora nos dejan en banda», pienso por una extraña asociación. Estoy muy enojado. Hay que tener mucho cuidado conmigo cuando alcanzo esos niveles de calentura.

Almuerzo en un restaurante donde tocan dos guitarristas flamencos con acento charrúa. Duermo al sol una siesta en el pasto, cerca de la muralla. Y regreso al Aubrey con un enorme desaliento. «Me voy a ir de acá pero me voy a llevar a varios conmigo», pienso en voz alta, mientras desarmo la Glock, la limpio y la vuelvo a armar. Para los hombres como yo, el problema no es lo que hay que hacer (se hace lo necesario) sino la razón que nos obliga. Y créanme: en el ambiente de la política no hay mucha gente agradecida, pero el mundo de los servicios está directamente lleno de barracudas.

Al filo del nuevo atardecer no me queda más que el desenlace de la cacería, y un vaso tímido de Talisker. No puedo evitar la puntualidad británica: a las ocho y media me lavo y me pongo una camisa y un ambo negro. Encuentro betún y me paso quince minutos sacándole brillo a los tamangos que traje. Estoy parado en el muelle cuando Cálgaris se acerca de elegante sport y me echa un vistazo. «Bien, bien», aprueba, y me palmea la espalda. También me pide que le alcance su maletín. Lo dejó junto a la cama, cerrado con un sofisticado sistema digital de tres combinaciones. Ya volvió a hacerse de noche en Colonia. Hay música y voces en todos lados. La luna está escondida: densos nubarrones avanzan desde el río. La iluminación del restaurante del Yatch Club de Pescadores lo hace ver como un transatlántico en la oscuridad. El coronel reservó una mesa a estribor. Nos sentamos codo a codo de manera que nuestro invitado ocupe, frente a nosotros, la silla junto a la ventana.

El viejo acepta la lista de vinos y comienza a examinarla con espíritu crítico. Desanimado como estoy, le pregunto a quién esperamos.

—A Nuria —dice el coronel sin alzar la vista—. Nuria Menéndez Lugo. No sé si

la conocés.

Juro que me he sentido menos nervioso en algunos tiroteos. De nuevo me late fuerte el corazón, como si me estuviera jugando la vida. Hasta ahora Nuria era una figurita hecha de voces grabadas, fotos de asalto y objetos perdidos. A veces no parecía real. Pero en este momento entra por la puerta con una falda de antílope que le llega hasta el empeine, combinada con botas y campera de cuero. Y la miro como si fuera un fantasma, o una lejana celebridad. Se quita la gorra y le hace una pregunta a un mozo. Cuando los dos se vuelven para mirar el salón, ya estamos parados y Cálgaris le hace una seña. Ella sonrío y asiente, y camina entre las mesas. Descubro que es un poco más alta de lo que creía y que viene muy maquillada. No puedo evitar una cierta conmoción interna. Llámenlo, si quieren, excitación. Pero yo creo que es algo más que eso. Siento sin olerlo, con la memoria, el Chance de Chanel.

La dama y el coronel se toman de los brazos y se dan un beso en cada mejilla. Cálgaris decide llamarla de entrada por su nombre. Es extraño escuchar en boca de ella el nombre «Leandro», que en la Casita no se pronuncia. Cuando el viejo me presenta le dice que soy Remil, sin aclararle si se trata de apodo, nombre o apellido, y sin explicarle qué vela llevo yo en este entierro. Ella entonces me da la mano mirándome de arriba abajo, haciendo una inspección ocular rápida y práctica, sin sentimientos, y decide de inmediato que soy nadie, así que se quita la chaqueta de cuero, la cuelga de un perchero, se sienta contra la ventana y se dispone a cenar con el dueño del circo.

Lleva una camisa de seda blanca y un collar de perlas. No puedo olvidar que yo tengo en mi departamento, dentro de un estuche de terciopelo bordó, un collar idéntico. Cálgaris ya le está hablando de la historia del tannat, ese viaje desde el sudeste de Francia a las viñas orientales. Le sugiere que probemos una combinación con el cabernet sauvignon. Ella, naturalmente, acepta la propuesta y no se priva de comentar cuánto ha aprendido sobre los vinos de la región en las últimas semanas. Se nota que le encanta escuchar su propia voz.

Para no desairar al tannat, Cálgaris también le sugiere unos spaghettis con una salsa fuerte o una carne al horno. Ella elige las pastas y el coronel la imita. Yo pido un churrasco sangriento que a nadie importa: la conversación no se desvía del vino y me llena de impaciencia. La veo comer sin apetito y aceptar que Cálgaris derive el diálogo hacia lo que llaman «la situación argentina». Me da la impresión de que nunca cunaremos en tema, porque ella hace un largo repaso sobre lo que ha visto y leído acerca de la política y los negocios. El coronel tampoco toca su plato pero no parece importarle; en cambio yo hago grandes esfuerzos para no zamparme la carne entera durante el monólogo. Inesperadamente, Nuria toma su cartera y le pregunta al coronel si le importaría acompañarla al muelle: quiere fumar. La invitación no es extensiva, así que me quedo solo con esta exquisita carne helada, viendo por la

ventana cómo la española fuma un Camel y pasa frío, y cómo el viejo carga su pipa y la fuma a sus anchas, bajo la luna de agua. Quien monologa ahora es el coronel; la española está cruzada de brazos y hace dibujos imaginarios con la punta de su bota en el piso. De vez en cuando levanta la vista y mira el río negro, fuma y larga una bocanada de humo, y pronuncia una frase. Cálgaris lleva definitivamente las riendas. Tardan tanto que el mozo se aproxima para ofrecerme calentar los platos en un horno microondas. No queda nada del mío. Le digo que ya puede retirar, que ni la dama ni el caballero van a reclamar los spaghetti. «¿Puede ser que llueva esta noche?», le pregunto. El Servicio Meteorológico afirma lo contrario, pero esas nubes de la última hora no presagian nada bueno. Saboreo con rencor dos copas más del rojo morado y espero que vuelvan. Vuelven y no preguntan por sus platos ni me dan ninguna excusa por la tardanza. No tienen por qué. Ellos son dos emperadores pactando un acuerdo en la torre de un castillo y yo un anónimo centurión que monta guardia en las puertas. No noto, a simple vista, que haya cambiado algo en la mirada ni en la actitud de la reina. Pero percibo que Cálgaris está menos diplomático, como si ahí afuera hubiera entrado en confianzas.

—Remil conoce muy bien al amigo Bragoni —dice de pronto.

Ella hace un esfuerzo para mirarme. Advierto que la seda por momentos se vuelve traslúcida, y alcanzo a adivinar su lencería: un corpiño de encaje blanco. Nuestros ojos se encuentran francamente por primera vez. Cálgaris le está contando a su manera la operación secreta de la UP 63. Nuria no se conmueve ni para bien ni para mal, pero ahora no deja de observar el rostro y las manos del centurión. Me doy cuenta de que no está desacostumbrada a escuchar historias truculentas ni hazañas policiales.

—Defínelo en dos palabras —me dice de golpe, y tardo un poco en comprender que se dirige a mí y que se refiere a Bragoni. Carraspeo y le digo:

—Traicionero y descuidado.

Por primera vez le asoma una sonrisa.

—Eso me pareció —dice moviendo la cabeza—. Descuidado. ¿Cómo se puede confiar en un hombre que se ha comido semejante marrón? ¿Cómo entregarle en custodia tu Ferrari a un chapucero que se ha dejado meter a la cárcel?

—Puede que en esta etapa usted no necesite a Bragoni —interviene el coronel. Utiliza un tono filosófico que habitualmente tiene por objeto esconder su sagacidad—. Pero más adelante se verá obligada a darles a sus jefes una porción de la torta. Los cuentapropistas no prosperan en la Argentina.

—Si igualmente debo compartir las ganancias, ¿por qué no hacer el negocio de manera integral con ellos? —Nuria no se traga el anzuelo de Cálgaris y usa la misma vaina para correrlo.

La respuesta es tan obvia que el coronel la deja flotando en el aire. Solamente abre los brazos y los cierra; los dedos de sus manos se entrelazan.

—Estamos andando en círculos —dice ella y se mira sus propias manos. Lleva

varios anillos, y un Rolex Presidente en la muñeca—. En algo tiene razón, Leandro. No es momento de musculares sino de creativos.

El mozo trae la carta de postres. Ella la rechaza sin abrirla y ordena un café corto. No somos capaces de pedir otra cosa. Nuria no levanta la vista del mantel; juega con un salero rezagado pero es como si estuviera sopesando qué destino darle a una pieza de ajedrez. El coronel no le interrumpe los pensamientos. A la gallega le gusta tanto escuchar su propia voz como sumirse en su silencio. Cambia de posición cuando llegan los pocillos. Cálgaris termina rápidamente su café y me pide el maletín, que yo tengo escondido entre la pierna y una pata de la mesa. El viejo se coloca el maletín en las rodillas, mete las claves digitales y se lo entrega abierto pero cerrado. Lo hace de manera discreta, colocando el maletín en la silla vacía, junto a su cartera de cuero. Nuria le pregunta con los ojos negros de qué se trata.

—Hay una vieja tradición en nuestro servicio —explica el coronel acariciándose el bigote amarillento—. Cada vez que un presidente nuevo llega a la Casa Rosada se le entrega su carpeta.

—¿Su carpeta?

—Todo lo que se investigó sobre él, su familia y sus amigos.

—Vaya cortesía. Parece más bien una amenaza.

—Estoy seguro de que encontrará muy ilustrativos estos informes de inteligencia —dice el coronel y achica sus ojos—. Tenga únicamente en cuenta que están en crudo y que algunas son torpes transcripciones. La investigamos porque nosotros también cuidamos la calidad de nuestros socios, doctora.

—Ya veo —dice, pero no parece realmente asombrada ni ofendida—. Vulneraron mi intimidad.

—No teníamos más remedio —digo, y ella me atraviesa de un vistazo. Hay un toque de ira y otro de curiosidad en ese dardo envenenado.

—Tal vez pueda merituar mejor nuestra capacidad operativa, doctora —agrega el viejo, que le está mostrando un poco los dientes—. Remil la acompañará hasta su hotel.

—Eso no hace falta, es aquí cerca.

—Insisto.

El coronel paga la cuenta con billetes uruguayos y nos levantamos todos juntos. Le ayuda a colocarse la chaqueta de cuero y cuando yo voy a recoger el maletín de la silla vacía, Nuria me gana de mano.

—Gracias por la cena, Leandro —dice volviendo a ignorarme—. Prefiero caminar sola. Por lo menos mientras me decida. O mientras pueda hacerlo sin riesgo.

—Como usted diga, madame —dice inesperadamente Cálgaris y le aprieta la mano. Ella no me dedica ni esa última mirada. La vemos taconear en la oscuridad, hacia el bullicio del casco histórico. Cae una lluvia finita. El viejo reaviva su tabaco y yo prendo un Parisienne.

—¿Qué te parece? —me pregunta.

—Esos informes le van a dar insomnio —digo apoyándome en una baranda—. Es orgullosa y chúcara, y a lo mejor no nos perdona.

—Se va a cabrear mucho —se ríe—. Pero ojo, no puse en el maletín solamente nuestros reportes. También le metí los prontuarios de Pico y de Parisi. Para que vea con qué bueyes estamos arando.

—Sí, pero olvídese, coronel: ella se va a poner roja con los partes previos de las astrólogas. La compradora compulsiva, los complejos y toda esa pajería. Y se va a incendiar cuando se avive de que tuvimos algo que ver con el robo en Juncal. Y se va a avivar, se lo garantizo. Es muy inteligente.

—Una vez conocí a una mujer que estaba obsesionada con las manos de los escultores. La ponían muy cachonda. ¿Sabés por qué? Porque pensaba: «Si este tipo es capaz de hacer esas obras de arte con esas manos, lo que haría sobre mi cuerpo».

—¿La naturaleza femenina?

—Y el arte de la guerra.

Me palmea por última vez y se marcha con los puños en los bolsillos de la campera. «Un golpe de mano», dice mientras se aleja. «Todo a un pleno», le recrimino. No se da vuelta, sigue andando, pero oigo todavía su voz en la oscuridad: «Todo». Tiro la colilla al río y regreso al Aubrey. Paso todavía dos horas leyendo una novela de Dudley Pope. Al despertar sigue la garúa. Me preparo un café y lo tomo escuchando radio y revisando con binoculares el horizonte brumoso. Después me pongo un jogging y salgo a correr. Tengo que subirme la capucha porque la llovizna es fría y penetrante. Corro quince kilómetros por la costa y por la ruta, y al llegar al velero encuentro el maletín acurrucado en cubierta. Saco la Glock y la amartillo, recojo el maletín y bajo con sumo cuidado. La Menéndez bebe su propio café. Está sentada a la mesa con el libro de Pope abierto en el glosario de los términos navales. Tiene la misma ropa que anoche, como si no hubiera pegado ojo o como si hubiera dormido vestida. O como si no hubiera tenido tiempo, esta mañana, de dedicarle ni un minuto a su esmerado vestuario. Parece un poco más pálida y ojerosa, a pesar de que el maquillaje está a la orden del día. Su pelo sutilmente rojizo, sin embargo, no ha sufrido daños. Nuria no se asusta al verme bajar con mi capucha y mi pistola amartillada. Otro indicio de que esos ojos oscuros y relampagueantes tienen rodaje y han presenciado más de una vez la violencia.

—Creo que te debo una disculpa —dice en un tono apenas irónico, y compruebo que su voz se mantiene templada—. Anoche no sabía con quién estaba cenando. Ninguno de mis maridos me ha conocido tan hondamente.

A veces a una frase mordaz puede seguirle un tiro en la frente, pero no me parece que hoy estemos en esos límites, así que devuelvo el percutor a su lugar, dejo la Glock al alcance, me bajo la capucha de Unabomber y me deshago del buzo. Ella sigue tan compuesta y coqueta, que me hace sentir transpirado y andrajoso. Le ofrezco un jugo de naranja. No me lo agradece. Preparo un vaso frío y me lo tomo. Ahora Nuria no deja de mirarme, como si estuviera remediando la larga indiferencia

nocturna. Señala el maletín y me dice:

—Tu jefe es muy hábil, sabía que poniéndome al alcance tu carpeta compensaría un poco el tremendo odio que me das, soldadito, por andar oliéndome las bragas.

Así que el viejo hijo de puta le entregó mi legajo secreto. No se puede confiar en nadie.

—De todos modos la información resulta útil —dice tranquila, y bebe el resto del café. Una mueca preanuncia un latigazo, tiene los ojos entornados—. Siempre conviene conocer los puntos débiles de un candidato.

—¿Débiles? —pregunto como si no supiera.

—Ese informe psiquiátrico es descalificante. Te falta un tornillo, soldado. O poco menos.

Gorda conchuda. ¿Y cómo es posible que haya pasado por alto ese texto fundamental? Nuria saca y se enciende un Camel. Pone un codo sobre la mesa, con el cigarrillo humeante en alto.

—Yo no confiaría tanto en esa psiquiatra —le digo—. No puedo creer que tengas baja autoestima, inseguridad y sensación de vacío.

Nuria lanza una carcajada. Asiente como si yo hubiera acertado al blanco y le pega otra pitada al Camel. Después cierra el libro y echa la ceniza en el jarro de metal. Cuando levanta el mentón y se acomoda el pelo siento una punzada de admiración. Una punzada erótica.

—Y supongo que no puedes devolverme las bijou y las joyas que compré con mi dinero. ¿Porque sabes algo, soldadito? Me gusta mucho el dinero, y hago lo que quiero con él.

Niego con la cabeza. No puedo devolverle ni siquiera el collar de perlas del estuche bordó. Termino el jugo y me acomodo. Sé que la dama vino a descargarse, y que para ella no es un asunto cerrado. Si lo fuera, no se habría ni siquiera tomado el trabajo de encararme. Tal vez Cálgaris acertó al pensar que la mujer sentiría al principio una bronca incontenible y luego la tentación de utilizar ese arma poderosa a favor de ella. Si son capaces de hacer esta salvajada, ¿cuántas salvajadas podrían hacer por mí?

—Pero lo más descalificante son esas medallas al heroísmo —dice mordiéndose un labio, como si una duda grande la entristeciera—. Y que presumas en lo íntimo de ser un héroe.

—Infame —agrego con tono ácido—. Un héroe infame.

—Pero un héroe al fin. —Toma aire como si lo necesitara. Dormir mal quita el aliento—. Por lo que he leído te has dedicado todos estos años a trajinar el lado sucio de la política. Y a esta altura debes tener más conchas en la piel que una tortuga de las islas Galápagos. Pero este negocio es otra cosa, soldadito. Y me gustaría saber de verdad cómo lo llevas.

Estoy un poco sorprendido. La moral nunca ha sido mi fuerte.

—Para que te enteres —dice, agresiva—. No produzco ni consumo, y no juzgo a

quienes lo hacen. Yo transporto el insumo, soldadito. Soy una empresa de transporte asegurado. Eso y nada más.

—Y yo soy el que custodia a la reina del transporte —replico, y me encojo de hombros—. Soy el que te cuida el culo, reina.

Nos miramos de manera grave seis segundos completos, y luego ella se echa hacia atrás y se parte de risa. Me apunta con los dedos que sostienen el cigarrillo y me da a entender que volví a acertar. «Me han traído hasta aquí tus caderas, no tu corazón», canta bajito. Después es ella la que se encoge de hombros.

—¿Y qué harías si empezaras mañana mismo? —pregunta.

—Pondría un escudo protector para tu correo electrónico y te daría líneas y teléfonos nuevos y seguros. Instalaría un sistema de alarmas y otro de cámaras de circuito cerrado en tu oficina y en tu departamento. Te sugeriría que alquilaras un Audi A7 con blindaje de nivel cinco. Sería tu chofer, y tendrías que decirme todas las mañanas cuál es nuestra rutina.

—Demasiado para tan poco —dice, pensativa—. Es todo muy prematuro.

—En este rubro, a los competidores les gusta cortar los problemas de raíz.

Ahora la doctora Menéndez Lugo se queda sin habla. Y eso ya es mucho. Sobre todo considerando cuánto le gustan los monólogos. Veo sus pestañas que suben y bajan, al ritmo de sus ideas. Descarto que sea miedo. Creo adivinar que siente una especie de nostalgia. Como si las vacaciones hubieran terminado.

Tira el pucho en el jarro y pone mucho empeño en aplastarlo contra el fondo. Después agarra su cartera y su gorro, y se pone de pie. Le abro camino hasta cubierta y la ayudo a saltar. Antes de irse se despereza con los ojos cerrados bajo la garúa, y se encasqueta el gorro. No me mira cuando dice: «Regreso esta tarde en el Eladia Isabel. Dile a tu jefe que cuando llegue a Buenos Aires le enviaré un mensaje de texto con mi decisión». No espera respuesta y no se vuelve para despedirse. Camina lentamente por el muelle como si la lluvia no la mojara.

Me ducho y almuerzo a bordo una ensalada de atún y huevo con una Corona leyendo los informes de inteligencia. Me avergüenzan un poco las estupideces que Maca escribe sobre mi concepción personalísima de la ética y sobre la «emocionalidad agazapada». Me asombra que aconseje una pensión prematura. Es mucho más interesante la carpeta de Javier Pico. Hace diez años era un funcionario menor. Hoy tiene a nombre de un testafarro una isla en el Tigre. Es un hotel cinco estrellas, con spa, canchas de tenis y un parque de veinte mil metros cuadrados sobre el río Carapachay. Y está construyendo en el lote trasero veinte cabañas más. En la Casa aseguran que fue ahijado político de uno de los sospechados en la causa de la aduana paralela, aunque su apellido no llegó al expediente judicial. Recuerdo a un brigadier que se suicidó de manera misteriosa, a un comisario que balearon en un tren, a otro policía al que le pegaron un tiro en la cabeza. Pico sigue vivo y en la abundancia. Tiene talento.

Llega el coronel cuando menos lo espero. Estoy leyendo el informe de la

senadora Parisi. Es apasionante. Un manual del poder. Una conjunción de todos los curros de la política con las manganetas más oscuras de las corporaciones. Y sin embargo, la Tana tiene buenos propósitos y muchas veces los lleva a cabo. Me dan ganas de votarla. «Se me hizo un poco tarde y tenemos viento en contra», dice Cálgaris, de nuevo hiperactivo. Trae aliento a Talisker y otro derrame en un ojo. Lo ayudo a preparar el velero y a soltar amarras. La llovizna se esfumó pero la bruma insiste. El coronel me pide los binoculares y consulta sus instrumentos. Zarpamos hace unos minutos, vamos a más de cinco nudos, y la mayor y la genoa están semidesplegadas. El viento nos inclina hacia estribor y las olas balancean el Aubrey. Hago más café, me coloco el gorro de malviviente, y trato de sacarle conversación al viejo. Pero no responde: parece preocupado por la navegación y por el tiempo. Tal vez esté un poco borracho, y no quiere distracciones. Me abandono al paseo y al aburrimiento. Consigo una manta y duermo un rato a la intemperie. Cálgaris me despierta para que suba el termo. «Veinticinco nudos», anuncia con una sonrisa. Parece más despierto, más sobrio y más optimista. Mientras mateamos compruebo que la bruma se fue diluyendo y que un sol tardío se atreve a los últimos rayos. «¿De qué hablaron?», pregunta aunque se imagina todo. «Le divierte mucho mi salud mental», le contesto. Se ríe con desgano. Le cuento en cuatro frases la visita de Nuria. Parece no importarle nada. Salvo la noticia de que encontrará una respuesta definitiva en cuanto pise el puerto de Olivos y abra su celular.

—Me dormí tarde, casi de madrugada, y soñé con un cuadro enorme, en el estilo de Velázquez pero tal vez durante su período italiano —dice como si yo conociera la historia del arte. Siento igualmente una especie de escalofrío: nunca en treinta años Leandro Cálgaris me ha confesado un sueño—. En esa etapa, había dejado atrás el tenebrismo de sus anteriores obras y los cuerpos surgían precisos y no como meras extensiones de las sombras. En su viaje iniciático a Italia Velázquez estaba fascinado por Rubens. Bueno, como sea, aquel cuadro tenía esa particular visión, ese mismo pulso. Hubiera engañado a un especialista. En un primer plano había una dama blanca. Una mujer hecha de tiza. Tenía una presencia imponente y a la vez sinuosa. Como yo me imagino a Livia, la esposa de Augusto y madre de Tiberio.

—La envenenadora —digo.

—Te repito: no estaba pintada como la retrataron los alcahuetes del imperio ni tomando como modelo las imágenes que crearon después al convertirla en diosa. Es algo totalmente subjetivo: no era Livia pero yo sabía en mi sueño que se trataba de ella. Y que esa blancura radiante no era tiza. En un segundo plano, de perfil y entre cortinas, se insinuaba tu cara y la espada romana que empuñabas en la mano derecha. Estabas custodiando a la emperatriz, pero también podría interpretarse que estabas a punió de degollarla. Era una actitud ambigua. Y peligrosa.

—¿Y qué lugar ocupaba usted en esa pintura, coronel?

Cálgaris recurre de nuevo a los binoculares y avista por fin la costa y los edificios de Buenos Aires. Quedan todavía lejos, pero ya pasamos la boca del Canal Mitre.



Mueve suavemente el timón a babor. Se tira la gorra hacia atrás y se quita por un instante las gafas para restregarse los ojos. Parece exhausto.

—¿Qué lugar? —retoma sin sonrisas y vuelve a ponerse las gafas—. Yo era el que la estaba pintando.

Tocamos tierra con las últimas luces de la tardecita y Cálgaris se da un baño antes de desembarcar. Me ofrezco a alcanzarlo hasta su dúplex de Recoleta, pero me anuncia que estirará las piernas, cenará en Olivos y dormirá en el Aubrey. Extraña el balanceo y la soledad. Le alcanzo el celular, que duerme apagado junto a su neceser y al revólver 38 Special de Langley. Estamos todavía en cubierta cuando lo enciende: el teléfono acusa con varios sonidos las llamadas entrantes y los mensajes de texto. El coronel pasa por alto casi todos y se detiene en el último. Ahora sonrío como un lobo, levanta la cabeza y me lo devuelve. El mensaje de Nuria es muy corto y resplandece en las sombras del puerto: «Quiero a Remil».

## IV

# Recuerdos del polvorín

Es el penúltimo martes de diciembre, pasaron dos meses y acabo de cruzar guantes con un veterano sparring de campeones. Ya estoy limpio y cambiado en los vestuarios del gimnasio de Saavedra cuando llama Rosita. Hace esfuerzos por parecer serena, pero en seguida se pone a llorar: «Lo dejé durmiendo y me fui al supermercado. Al volver seguía en la misma posición pero no respiraba». Además de puta de copas y bailarina de caño, en sus otras vidas Rosa fue enfermera: sabe que está muerto. «No hagas nada, voy para allá», le digo y corto. Subo la camioneta a la General Paz y acelero sin que me importen los controles y las multas. Estuve con el sargento hace quince días, un domingo caluroso en Tolosa. No tenía apetito ni energías. Fracásé cuando le acerqué la comida a la boca, y también cuando pretendí darle pie para que cumpliera con sus recuerdos. Traté de reemplazarlo y de narrar en voz alta, como en misa, aquellos primeros cañonazos del 11 de junio en Monte Longdon, pero me interrumpió con un susurro: quería que lo llevara a la cama. El resto de la tarde Rosa y yo la pasamos solos, comiendo y charlando pelotudeces. Regué el jardín y le eché dos polvos emotivos, y volví a Belgrano R con una molestia en el pecho. Paré en el Hospital Rivadavia para ver si no me estaba dando un infarto, pero después de hacerme un electro y unas revisiones me dijeron que solamente tenía inflamado un cartílago pegado al esternón. Lo que tenía era una amargura tremenda. El sargento se iba. Y esa certeza me remitía al tobogán por el que también Cálgaris y yo nos deslizábamos sin frenos. Obligados a obedecer a otros, a entrar a los tropezones en los nuevos tiempos, a esperar el ocaso.

Mientras empalmo autopistas y corro como si estuviera en una persecución cinematográfica, agradezco que la gallega se encuentre fuera del país. Viajó a Europa para Navidad. Quería pasar dos semanas en Madrid con García Roldán y otras dos en el norte, a solas y de ser posible rodeada de nieve. Nuestra relación evolucionó muy lentamente en estos sesenta días. Al principio seguía negándose a aceptar que le instaláramos una red tecnológica de protección. A poco de andar cambió de opinión: estos negocios avanzan al mismo ritmo que la persecuta. Cálgaris le prometió a los socios de la Cueva un cheque mensual para que Palma trabajara a tiempo completo en la operación. *Mails*, teléfonos, cámaras. A eso le agregamos encriptamientos, blindajes, vigilancias. Palma está acostumbrado a no hacer preguntas. Pero una tarde, al salir del departamento de Juncal, me ofreció un chupetín de camaradería.

—¿A qué se dedica la doctora? —quiso saber. Tocaba ese día un gorro de Wes Craven y una remera de Metallica—. ¿De qué la estamos salvando?

—De Hezbollah.

—Por favor, no pongas a prueba mi patología.

Su patología está formada de intriga y curiosidad. Probé el chupetín, que sabía a

Coca-Cola y era empalagoso. Lo tiré a la alcantarilla.

—¿Drogas? —tanteó.

—Armas —le dije.

Palma me miró más detenidamente para ver si le estaba diciendo la verdad. Decidió que por el momento me creería, pero no al ciento por ciento. Para distraerlo le pedí que escaneara a la asistente de Nuria, que se llama Guillermina López. Resultó que Wila, como la llama Menéndez Lugo, fue antes secretaria ejecutiva de la familia Roldán. Argentina, treinta y siete años, doble ciudadanía, separada de un comerciante sevillano, se recibió y vivió varios años en España. Ahora vive en Palermo Soho. Tiene un hijo de siete que cuida su madre. Palma trata de encontrarle un renuncio, pero no puede.

Nuria resolvió, por consejo de Cálgaris, que yo me instalara en una oficina vacía que hay frente al despacho de Wila. Para cubrir las apariencias, el coronel le ordenó a la gorda Maca que escribiera un nuevo informe psicológico: aconseja una licencia de seis meses por enfermedad. El coronel comunicó el acto administrativo a la Central e hizo correr el rumor de que yo, aprovechando el descanso obligado, estoy haciendo unas changas por mi cuenta. Solo trata de ganar algo de tiempo. Bragoni y sus jefes sabrán de un momento a otro lo que está pasando. Y aunque el coronel y la dama blanca tienen previsto compensarles la angustia, pretenden retrasar lo más posible el pago. Como es habitual en la Casa, a nadie le preocupa demasiado qué carajo hace el mandamás de la Casita con sus agentes. Siempre y cuando no les traiga problemas, ni los políticos vayan a hincharles las pelotas a ellos con sus mocos. No dejé de ocuparme de los asuntos menores que nos caían. Por suerte no fueron complicados. Busqué al hijo desaparecido de un juez federal. Se había fugado con una adolescente a Junín de los Andes. Tardamos quince horas en encontrarlo, también hice de culata de un diputado provincial que quería pactar un acuerdo secreto con los caciques políticos de una villa de Esteban Echeverría: tuvimos la noche en paz. Hubo un poco más de acción cuando tuve que intervenir porque unos barras amenazaron de muerte a un sindicalista que quería tallar en un club de fútbol. Pero nada demasiado relevante: rompí unas costillas y transmití un mensaje; después los enojos se aplacaron.

El armado de la estructura comercial, el planeta Menéndez Lugo, fue mucho más soporífero. Trámites y más trámites, firma de contratos, reuniones interminables, almuerzos de negocios. En los primeros tiempos, Nuria tampoco quería comprar el Audi blindado ni dejar que yo fuera su chofer. Pero paulatinamente se fue acostumbrando a que la llevara a casi todos lados en la 4x4. También se negaba a que utilizáramos un custodio más de apoyo y que reserváramos una segunda mesa en los lugares donde ella comía: el protocolo mínimo indica una inspección previa, un hombre adentro en una silla con visión permanente del objetivo y otro apostado en la puerta. Ella todavía no asumía el riesgo potencial. Seguía siendo una inocente abogada española dedicada a los productos de exportación. Aceptó, sin embargo, que

la acompañara un fin de semana largo a San Juan y Mendoza. Nos hospedamos en una posada temática y después en un hotel para turistas enológicos, y la Menéndez visitó bodegas, degustó vinos, escuchó historias, conversó con gerentes. Nunca logré verla sin maquillaje en todos esos días de obligada convivencia. Ni puedo recordar una sola conversación que superara lo estrictamente práctico. Su relación conmigo era distante, de amo a esclavo, y jamás se salía de esa línea. Aquella charla en el Aubrey me parecía, por entonces, la primera y última muestra de cierta confianza. Yo iba siempre cinco o seis pasos detrás de ella, y escuchaba en silencio sus monólogos y transacciones.

Cálgaris la invitó a cenar tres veces. Fue en su dúplex de Recoleta. Rara vez yo había tenido el privilegio de entrar en ese santuario lleno de bibliotecas, adornos navales y arte clásico. Cada oportunidad fue idéntica a la anterior. Comíamos los tres alrededor de una mesa servida por una empleada rápida y discreta, y sonaba siempre de fondo Ella Fitzgerald, Chet Baker o Coleman Hawkins. La dama y el coronel hablaban entre ellos ignorándome por completo, y al final degustaban en los sillones blancos un vaso de etiqueta azul. El whisky provenía de los armarios secretos ubicados bajo la escalera. Los diálogos giraban en torno de estrategias empresariales y logística pura, jamás se mencionaba la mercadería ni el tráfico en cuestión. Cálgaris le informó, sin embargo, que deberían invertir en un juez para apurar la excarcelación de un químico. El mayor especialista en el proceso del diluido de la cocaína y del tratamiento del vino seguía preso, en una causa conexas, aunque sin condena firme. El coronel había contactado al secretario del juzgado y había acordado de palabra un cambio de carátula. El trámite tenía precio. Nuria no preguntó si había alguno mejor y más barato. Al día siguiente le ordenó a Wila que depositara cien mil dólares en una cuenta en Suiza. Una semana más tarde Rossi salía de la cárcel de Ezeiza por la puerta grande y yo lo iba a recoger con mi camioneta para llevarlo al cuarto de un hotel de familia que le alquilamos en Liniers; la idea era que no regresara a San Luis, donde tenía tres esposas y diez hijos. Rossi, en verdad, no demostraba muchas ganas de volver a lidiar con sus mujeres ni con esa manga de pendejos demandantes. Prefería pasar un tiempo en los *cabarets* y dedicarse de lleno a su tarea. Le di un adelanto de su sueldo y lo amenacé: si quería seguir respirando debía evitar los líos y la tentación de distraerse con otros conchabos. Le quedó claro que le convenía permanecer calmado e invisible hasta que lo despertáramos de la siesta. Pero aun así una noche, mientras él estaba de joda, le instalé un micrófono ambiental en la habitación para vigilar cualquier desvío.

El segundo aporte que hizo Cálgaris fue el descubrimiento de una embotelladora al borde de la quiebra. Quedaba en el segundo cordón del conurbano, y al intendente de ese partido le habíamos sacado las castañas del fuego varias veces. Venía dulce: le ordenó a su comisario que no metiera la nariz en aquella pyme en convocatoria. Y el taquero entendió rápidamente que el señor alcalde tenía negocios con la dueña de la planta y que por lo tanto no debía ni pasar por la vereda. Nunca se debe tocar la caja

personal del patrón. Así que Nuria, con viento a favor y zona franca, cayó por el lugar, habló con la propietaria, visitó los depósitos, inspeccionó las maquinarias y revisó los documentos. La propietaria resultó ser una mujer demolida anímica y físicamente, y Nuria se apoderó de ella, de su alma y de sus instalaciones con un solo cheque al portador. La mandó a su casa e indemnizó a sus raquíticos empleados. Le pidió a Wila que se hiciera cargo de los balances y las deudas, y de la puesta en marcha del emprendimiento, y yo desperté al Químico, le mostré el laboratorio para que se familiarizara con su nuevo hogar y lo presenté a la gallega, que se lo llevó a un detall y le estuvo explicando lo que pretendía. Rossi, puesto en los términos de ella, es un hombre intermedio: ni muy gordo ni muy flaco, ni muy listo ni muy tonto, ni muy guapo ni muy feo. Durante un buen rato lo único que él hacía era mirarle las tetas. Luego, cuando Nuria mencionó el núcleo duro y el verdadero porte del procedimiento abrió los ojos como si le estuvieran empezando a apretar los huevos con una morsa.

Wila y Rossi trabajaron en equipo el último mes, y comenzaron a seleccionar a los posibles empleados. Se necesitan diez para que trabajen en doble turno. «Gente carenciada, de baja conflictividad y de pocas luces», dictaminó Cálgaris y habló con el intendente. Sobraba esa clase de mano de obra, le respondió. «Tarde o temprano él también querrá su cheque», le advirtió el coronel a la morocha. Que suspiró ruidosamente como si le diera vértigo. Esa noche la llevé a cenar con un despachante de aduana. La cita era en un coqueto restaurante que funciona dentro de un vagón de ferrocarril, en el centro de Villa Devoto. El despachante la dejó plantada así que me llamó por celular para que volviera a cenar con ella. Yo estaba a cincuenta metros, tomando un café y controlando los movimientos de la calle.

No me recibió con buenos modales. Estaba de mal humor. «Elige que me muero de hambre», me apuró. Elegí un lenguado. Me llenó la copa de un rosado frío y dulzón, y me preguntó cuándo había empezado este puto sistema de recaudación política. Hace una punta de años, le expliqué. Cuando el presupuesto de las comisarías apenas alcanzaba para cubrir los salarios del personal. Y esos salarios eran, como siempre, de hambre. El resto de los gastos, como el combustible de los patrulleros, el rancho, el armamento, las balas, el mantenimiento y el papel higiénico quedaban a la intemperie. «¿Qué hago con estos gastos?», preguntaban los comisarios a los intendentes de la zona, que eran sus verdaderos jefes políticos. «Ah, no sé, arreglése», les respondían. Algunos empezaron a «arreglar» y a «arreglarse»: salieron a controlar el juego clandestino y la prostitución, más tarde pasaron al negocio de los desarmaderos y en un momento dado a las zonas liberadas. Finalmente, llegaron al negocio más pujante: la falopa. Como en política, primero el comisario «robaba para la corona», es decir, para su personal y para su comisaría, y luego iba quedándose con propinas y volviéndose un buen burgués y, en algunos casos, hasta un potentado. El gobernador les exigía a los intendentes guita para hacer política. Y los intendentes le preguntaban al gobernador: «¿Y qué hago?». El gobernador inexorablemente

respondía: «Ah, no sé, arréglese». El intendente se las «arreglaba» con licitaciones y otros curros, y luego le pedía al comisario próspero que cooperara. El comisario tenía que hacerle caso puesto que el intendente podía pedir que lo trasladaran de esa taquería y hacerle perder así mucho dinero. La plata del juego, la prostitución, el robo y la fruía subía en billetes arrugados hacia la política. Y el político no preguntaba de dónde venía. Una vez nombraron a un «honesto» que se sentó en el Ministerio y empezó a investigar los negocios de la jefatura. Descubrió así que los altos jefes arreglaban también licitaciones con las motos, los patrulleros y los uniformes. Vuelos. Pero vuelos millonarios. Les cortó de inmediato el flujo, y al poco tiempo comenzaron a estallar secuestros extorsivos por todas partes. La ola de inseguridad era tan violenta que el propio gobierno comenzó a trastabillar. Fue entonces que el funcionario honesto recibió la orden de despido, y un político profesional ocupó su lugar y arregló todo. Les devolvió los fatos a los jefes, y estos pasaron la voz de que los secuestros extorsivos debían terminar. Estaba amenazado el negocio político. La voz bajó desde los intendentes hasta los comisarios. Los comisarios instruyeron a los botones, y en las ranchadas de las cárceles se dijo claramente que se podía hacer de todo menos un secuestro, porque se caía el sistema. Y así fue como de un día para otro terminaron los grandes secuestros y volvió la calma.

Se me quedó mirando. No había ternura en sus ojos.

—Pero qué cuento más escéptico —ironizó—. Qué mal concepto tienes de tus clientes, Remil. Pareces resentido con ellos.

—Puedo estar equivocado —reconocí encogiéndome de hombros—. Y hay excepciones. No todos son iguales. De vez en cuando se hacen purgas y alguien toma agua bendita. Pero la planta carnívora se regenera, crece y sigue mordiendo.

Tampoco quería que ella creyera que yo juzgaba a mis clientes. Más bien pienso que el sistema es como el ancho río en un día bravo: inevitable, cruel, vacío de sentimientos. La clave es que yo sé nadar en esas aguas turbulentas y que aprendí a no hundirme. Aunque últimamente me estoy hundiendo.

—Vamos, no tengo apetito —me dijo cuando nos trajeron la comida. Su carácter era un tanto cambiante aquella noche frustrada. Colocó billetes sin contar bajo su copa de rosado y se puso de pie—. Quiero dar un paseo.

Tuve que abandonar el languado, limpiarme con una servilleta y seguirla a paso vivo. No sabía adonde quería ir. Bajó el vidrio, prendió un Camel y dejó que el viento le revoliera el pelo. Me pidió que pusiera la radio. Había una maratón de Leopoldo Federico. Desde Julio Sosa hasta *Capricho otoñal*, *Preludio nochero* y *Diagonal gris*. Fue una larga recorrida sin voces, solo con la música y el humo. Terminamos en San Isidro. Quiso tomar un trago en un pub irlandés donde tocaba un trompetista. Ocupó una mesa y dejó que yo me acomodara en la barra. Tomó cuatro gin tonics mientras escuchaba versiones libres de Armstrong, Gillespie y Piazzolla. «Debe aprender todos los días a controlar sus pasiones para no caer en excesos», decía el informe de las astrólogas. Tuve que sacarla del brazo y sostenerla con firmeza: iba quebradiza y

con una especie de soñolencia melancólica. Aun así tropezó en la vereda y se puso a reír como una loca. Recordé el diagnóstico de Lali: «Una mina muy jodida, Remil». La metí como pude en la 4x4 y la llevé hasta la calle Juncal. Durante todo el viaje la doctora Menéndez Lugo dormía. No me quedó más alternativa que despertarla y darle la mano y el brazo para llevarla hasta la puerta del ascensor. Fue en ese momento en que pareció notar la cercanía. Me soltó con brusquedad y me sostuvo la mirada dura. Llevaba por primera vez corrido el rímel y lesionado el maquillaje, pero eso no hacía más que volverla sensual y vulnerable. Bajé la vista para que no me leyera la mente, y ella lanzó una carcajada y me puso una mano en el hombro. «Hay caprichos de amor que una dama no debe tener», cantó sin afinar. Y siguió riéndose. Creo que hubiera sido un mal cálculo intentar abrazarla. Esa mujer no me hubiera perdonado la insolencia que deseaba. Entró en el ascensor y yo volví por donde venía.

Llegó sola y por las suyas al trabajo pasado el mediodía y ni siquiera me saludó al entrar. Estaba bajo una terrible nube de odio e intolerancia: gruñó a varias personas por teléfono y se tomó cuatro aspirinas. Empezó a organizar sus vacaciones.

Un día antes de abordar el avión de Iberia, Wila regresó de San Juan con la noticia de que el vino del primer embarque estaba garantizado. Era una operación difícil y enquistada, y estuvieron enfrascadas en los detalles durante toda la tarde. Se despidieron cerca de las ocho de la noche con dos besos españoles, y Nuria me ordenó que la trasladara hasta su departamento: iba cargada con biblioratos y documentación que debía analizar a conciencia en Madrid con García Roldan y su gente. Antes de bajar me dio un folleto y me señaló la figura de un Audi A7. «Ya lo encargué —me dijo—. En cuanto Wila te avise que está listo, lo retiras y le haces un blindaje como Dios manda». No había podido con su genio compulsivo: directamente lo había comprado. Y me lo estaba mostrando como si fuera una señal de afecto. No dije nada, no moví un músculo. Se bajó y al día siguiente la dejé en el espigón internacional. Tampoco hubo saludos. Cuando faltaban diez minutos para despegar recibí un mensaje de texto. Decía solamente: «Feliz Navidad».

No sé si les dije: detesto la Navidad y el Año Nuevo, y todo ese sentimentalismo barato. Nunca la paso bien. Pero esta vez será mucho peor. Mucho peor. Esta vez no tendré ni siquiera el consuelo de charlar un rato con el hombre que me llevó al hombro kilómetros y kilómetros para salvarme de la muerte aquella vez en Malvinas. Estoy llegando a La Plata y sé que debo afrontar con frialdad la idea de que la marea se lo llevó para siempre. Y también de que tal vez eso es lo mejor que podía pasarle: morir en la cama, irse con la mayor dignidad y el mayor sigilo. Estaciono sobre la vereda y encuentro a Rosita sentada en un pilar del jardín. Tiene una palidez mortuoria, está algo fané y descangayada. Se me abraza como si fuera el último ser humano en la Tierra. «Entremos», le propongo en seguida. Prende la luz para atravesar el living y el comedor, que son sombríos, y yo paso al dormitorio y subo las persianas. El sol revela la silla de ruedas, el funyi en el perchero y el ventilador de pie que mantiene fresquito al muerto.

El sargento está completamente desnudo, vuelto a hacia la pared. Me siento a su lado y el colchón cruje bajo mi peso. Observo de cerca la mueca concentrada del final: parece como si todavía estuviera soñando. ¿Con qué soñabas, viejo soldado? Le acaricio la cabeza, le peino el pelo blanco con la mano, le quito de la muñeca el reloj Omega que heredó de su padre. Me doy cuenta de que el reloj está parado. «Se descompuso hace un año pero no quiso que lo llevara a arreglar —oigo decir a Rosita desde la puerta—. Lo usaba siempre. No me dejaba sacárselo ni siquiera cuando lo bañaba». El reloj se detuvo a las doce en punto vaya a saber de qué día o de qué noche lejana. Lo dejo respetuosamente sobre la mesita de luz. Agarro el retrato de los años felices: el sargento abrazado a Rosita, en un picnic pedorro del parque Pereyra Iraola. Está irreconocible en esa foto, nunca más sus ojos tuvieron aquel brillo. «Fijate en el cajoncito —dice Rosa sin firmeza—. Hay una libreta negra. Me dictó no sé cuántas boludeces». Abro el cajón. No son boludeces, son sus últimas voluntades. La letra infantil de Rosita describe sobre los renglones de almacenero sus consejos prácticos y sus deseos más íntimos: es como si oyera por última vez la voz gruesa de aquel anciano gruñón de la malograda infantería. Las consideraciones van desde el modo de manejar los ahorros y la venta de un terreno en Gonnet hasta los cuidados del Peugeot 504 y la necesidad de que su viuda haga el duelo rápido y reconstruya de inmediato su vida sentimental. Hay una lista de cinco candidatos posibles, con sus respectivas fortalezas y debilidades. Todos son veteranos de la guerra y deben ser invitados al velorio, que conviene realizar en esta misma casa. El resto de los invitados están más adelante. Conozco a muchos de ellos, me sorprende que algunos sigan en este mundo. Imparte finalmente órdenes que no se pueden cumplir y deja un párrafo sobre su peor alumno. Fue un hombre simple y dice palabras simples: «Remil es el mejor candidato de todos, siempre y cuando se repliegue. Pero no se va a replegar nunca».

En las páginas de atrás mandó anotar todos sus números: obra social, médicos, cuenta bancaria, teléfono de amigos. Están también los datos de la sala de sepelios. Llamo desde mi celular y hablo con el encargado: fue teniente primero de caballería, se lamenta del deceso, me comenta que el sargento le dejó instrucciones y que un médico firmará el certificado de defunción para que la policía no intervenga. Encargo una corona a nombre de Rosita. Ella escucha absorta, sentada en la silla de enfermera que tiene junto a la cama. Va a ser una tarde larga y una noche interminable. Le preparo en la cocina un vaso de vino con soda. Le agrego unos cubitos y se lo alcanzo. «Vamos a dividirnos los llamados», le propongo. No hace ningún gesto, pero al rato se toma el vaso entero y la oigo llamar a un tipo. Yo llamo a otro. Nos lleva una hora y media sacarnos de encima ese garrón. Van llegando vecinos, Rosita adecenta la cama y el dormitorio; entran los vampiros de la funeraria, preparan el cadáver, ponen velas, plantan la corona y extienden papeles que firmamos sin mirar. Recibimos a excombatientes o simples suboficiales retirados. Van pasando las horas. Rosita se pone una blusa oscura, reparte galletitas y bizcochuelo, interviene en las



conversaciones. Sigue aturdida. El chalet de Tolosa se llena de humo y de voces. Hay antiguos compañeros del regimiento que por supuesto me evitan: no soy popular entre las personas decentes. Me importa todo tres carajos. Cae la noche y nos vamos quedando solos. Convenzo a Rosa de que se acueste en el sillón, bajo el ventilador de techo, y que trate de descansar. Se toma un Valium y cierra los ojos. Yo me duermo sentado en una poltrona que no está ni para el mercado de pulgas. A las tres de la mañana percibo que Rosa se despierta y camina hasta la puerta del dormitorio. Se queda allí parada, mirando para adentro. Llora silenciosamente, se apoya en el marco para no caerse, se recompone, pasa por la cocina, toma otro vino con soda y regresa al sofá. Creo que vuelve a dormirse. A las cuatro salgo al quincho, arranco una naranja, trato de comerla pero me parece un poco agria, dormito en la hamaca paraguaya. A las siete escucho el teléfono. Me lavo la cara y los dientes. Desayunamos café puro sin dirigirnos la palabra. Llegan dos veteranos de Puerto Argentino; más tarde, la panadera de la esquina, y a las ocho en punto la carroza fúnebre que trasladará al sargento hacia su horno de cremación. Los vampiros son rápidos: lo mudan de la cama al féretro y nos alientan a que nos despedamos en dos minutos. Rosa lo abraza y lo besa, le habla bajito, le dice palabras de amor. Yo solo atino a sacarla de ese desgarró inútil. Seguimos la carroza con la camioneta llena de deudos indigentes que conversan sobre el miedo al fuego. Rosita, atravesada por el dolor, participa igualmente contando su aversión y evocando las miles de veces que trató de disuadir al sargento de esa locura.

El cementerio tiene una capilla. Se han venido por las suyas seis camaradas de armas. Un cura dice unas palabras gastadas que no emocionan a nadie. Un exconscripto barrigón, que está un poco chapita, pega un taconazo y grita una consigna patriótica, y los demás se ponen firmes y hacen saludo uno. Los veteranos de Puerto Argentino los imitan. Se quedan así más de la cuenta, tiesos y paralizados, en la parodia de un ejército verdadero que ya no existe. Parecen sacados de un museo de cera. «Dos», grito para que la ceremonia termine de una puta vez, y entonces se desinflan.

Nosotros esperamos en una salita que el horno industrial alcance los ochocientos grados centígrados y convierta al hombre en cenizas grises y blancas. La libreta negra del sargento tiene también una orden tajante: «Nada de urnas. Que barran el polvo y lo tiren a la basura». Un funcionario nos avisa que el proceso culminó exitosamente, y Rosita no puede evitar el llanto. Abre las manos para comprobar, con incredulidad, que no le queda nada para llevarse de este infierno. Caminamos un rato por el cementerio para despejarnos, todavía no aprieta tanto el calor. Luego regresamos solos al chalet descascarado y pasamos un día entero sin decirnos nada. Únicamente salgo un rato a media tarde para tirar el colchón en un baldío y comprar uno nuevo en una tienda de La Plata. Ayudo a Rosita a vaciar los cajones y el armario: hacemos varios paquetes y los dejamos en la vereda para que los cartoneros se los lleven. Dormimos juntos y abrazados, sin fantasmas, hasta el domingo. Leo los diarios pero

no me puedo concentrar y mucho menos subrayar las líneas importantes. Voy hasta el comedor y corro con el hombro el cristalero con la vajilla: pesa una tonelada. Abajo hay una trampa con un pestillo plateado. Tiro y la abro, y me agacho para encender la luz inmediata del sótano. Los escalones están podridos pero me aguantan. Hay un fuerte olor a humedad. Escucho correr el agua de una tubería cercana. Prendo otra luz y un sol de noche que cuelga de una viga. El sargento lo llamaba su «bunker secreto». Yo le decía simplemente «el polvorín». Un taller con herramientas y recuerdos: un apollado uniforme de combate, un casco inglés abollado, medallas y fotos, un diploma. Y sobre todo, armamento liviano y pesado. El coronel solo tenía su Fal y una pistola 45. Yo escondí, en cambio, el producto de un allanamiento clandestino que le hicimos hace dos años a una banda de piratas del asfalto. Me quedé con armas que no están registradas en ningún lado y que jamás van a ser reclamadas: un AK-47S con diez cargadores curvos y tres mil cartuchos en cajas de madera, un fusil M24 con mira telescópica, una escopeta recortada calibre 12, tres revólveres Smith & Wesson, dos cuchillos de paracaidista, paquetes de explosivo plástico y varias granadas de mano. También cajones con proyectiles, y un maletín con fajos de dólares y euros. Aparto cinco mil dólares y me quedo mirando los tres pasaportes falsos que la Casita me confeccionó para usar en viajes extraoficiales y en misiones encubiertas. Da algo de impresión tener tres apellidos y una sola cara. Mi nombre preferido sigue siendo Conde. Es interesante llevar un título nobiliario impreso en tu cédula. Cálgaris dispuso tres identidades distintas para diversas contingencias, y Conde es un profesor de historia con credenciales académicas que ya entró algunas veces en acción. Cierro todo, apago las lámparas, subo la escalera, bajo la trampa y corro el cristalero. Los cinco mil dólares son para Rosita: se los meto en el monedero y le propongo durante la cena que mañana pasemos un día de campo. Estamos en el quincho, donde no corre ni una brisa, comiendo unos fideos, y ella me mira sin despegar los labios. Sabe lo que eso significa. Varias veces llevamos al coronel hasta unos descampados que quedan a treinta kilómetros, y yo me pasé dos horas tirando al blanco. A Rosita no le causó nunca gracia ese deporte, pero se lo banco con mansedumbre de buena mujer. Tampoco esta vez pondrá reparos.

Durante el resto de la cena no surge ningún tema que abordar, últimamente solo sabemos hacer silencio. Ninguno de los dos tiene ganas de desnudarse, así que vemos un poco de televisión y nos dormimos sin tocarnos. El lunes amanece nublado y yo pongo en el baúl de la camioneta el AK-47 y varios cargadores para la Glock. Rosa lleva una mochila con sándwiches de salame y queso en pan francés. Salimos a la ruta y andamos un largo trecho. Ni siquiera pongo la radio. Después me desvío por un camino secundario y por otro más, atravieso una vieja tranquera y estaciono bajo un árbol. Rosa extiende un mantel a la sombra y yo saco unas cervezas de una heladerita. Me quito la camisa y le digo que esta noche me vuelvo a Buenos Aires. Ella asiente. Mastica sin hambre, bebe sin sed. Camino doscientos metros con la pistola en la cintura y el fusil al hombro, llevo una bolsa con municiones. Estoy sudando la gota

gorda. Elijo arbitrariamente unas piedras para que hagan las veces de blancos lejanos. Busco mi posición, acomodo la bolsa, me coloco los protectores para los oídos, encajo el cargador y tiro de la corredera. En un segundo tengo la culata reversible del AK-47S en la axila y la cara inclinada sobre ese fierro. Disparo treinta veces. Saltan las vainas una tras otra y bailan las piedras y se levantan pequeñas columnas de polvo. Recargo y vuelvo a apretar el gatillo. Lo hago una y otra vez, y al terminar saco la Glock y disparo, recargo y vuelvo a dispararle a las piedras. De pronto dejo caer los brazos y me pongo a llorar.

## V

# La dama blanca

El calor no aflojó en todo febrero y parece que marzo se viene tormentoso. De hecho caen ahora mismo chaparrones cada dos o tres horas y vuelve a salir el sol. No hay, sin embargo, cancelaciones por mal tiempo este fin de semana largo en el Delta. Nos buscan en el puerto del Tigre con una lanchita rápida y después de un rato nos meten en el río Carapachay. Nuria se deleita observando bajo esa lona la rutina de los vecinos de la ribera. No hace acotaciones, lleva puestas unas gafas oscuras de Versace que le endurecen las facciones. Pero de vez en cuando noto que sonrío como quien traza una pequeñísima, casi imperceptible pincelada. Regresó inexpresiva de Madrid y, presumo, con la consigna de ponerme en mi lugar y no generar familiaridades. A veces me tienta pedirle a Palma que vuelva a pincharle los teléfonos para ver qué dice, para no estar tan en bolas. Pero me contengo: eso sería cruzar una línea con ella; Cálgaris le prometió que nunca más usaríamos nuestro aparataje para espiarla. Sé que nadie creyó del todo en esa promesa, pero también sé que yo no soy quién para quebrantarla sin permiso.

El asunto es que la abogada se metió en su caparazón y ya no quiso confraternizar con su perro policía. Aceptó que la fuera a buscar a Ezeiza en el Audi blindado, pero no hizo ningún comentario de alegría o admiración al ver esa bala plateada: solo quiso conducirla ella misma hasta la calle Juncal para probar cómo se sentía. Y se guardó también la opinión. A partir de ese día, todo el verano caliente se desarrolló en una frialdad absoluta.

Wila y Rossi se entretuvieron con la puesta en funciones de la embotelladora, y nosotros cuidamos la selección del personal. Uno de los candidatos resultó ser un viejo buchón: el intendente le recriminó al comisario esa operación burda y el jefe se deshizo en disculpas. Juró que no tenía idea. Cálgaris me pidió que rastillara también el círculo íntimo del intendente. Palma actuó con rapidez y nos señaló a una sospechosa. Una mujer que se había ganado la confianza del cacique, primero militando en los barrios, luego acompañándolo en los actos, finalmente convirtiéndose en su asesora más fiel: hasta le llevaba los chicos al colegio. El punto es que enviaba partes de inteligencia desde su *hotmail*. Era una agente infiltrada de la Federal. Palma descubrió que todavía figuraba con nombre y apellido en la obra social de la fuerza. Cálgaris le mostró las pruebas: el tipo no podía creerlo, se armó un tole tole con llantos y gritos, y la despidió tratando de que el escándalo no llegara a la prensa nacional. La prensa zonal está completamente comprada con publicidad del municipio.

Ajena a esas correrías, la Menéndez se ocupó a jornada completa de la detección de nuevos nichos. «Mesas cojas», como las llama ella. Pico le recomendó que contratara una consultora específica, y esta le pasó datos de pequeñas y medianas

empresas con mercados potenciales o reales en el área de la exportación. Todas comparten el mismo destino: están en la lona. Estas ocho semanas, la gallega se tomó el trabajo de sobrevolarlas como un ave de rapiña. Más incobrables, más convocatorias, más balances en rojo. Habló con modestos empresarios venidos a menos o directamente desahuciados. Trató de semblantear la catadura de cada uno para ver si entraban dentro de la categoría «no importa lo que haga pero hágalo ya». Y cuando registró un pedacito de inescrupulosidad ordenó que le revisáramos a fondo los calzones. Eso pasó al menos dos veces. Tuvimos que meterle el *Spyware* y armarle guardias fotográficas y seguimientos en moto a un fabricante de muebles industriales y a los socios de una exportadora de carbón vegetal que tiene depósitos en Buenos Aires. Utilicé al Cerrajero para entrar con ganzúas en un bulín de uno de ellos, que resultó ser adicto al crack y a la zoofilia. A Nuria esos pecados menores le importaron menos que a mí. Distintos fueron los resultados que obtuvimos de un escaneo completo de dos nuevos candidatos a asistentes full time. En los dos casos, el defecto en cuestión les garantizó el empleo: saltaron problemas judiciales vinculados a empresas fantasmas. Los muchachos habían salvado la ropa raspando, pero no aprendieron la lección. Los colaboradores perfectos de su nueva empleadora. Cálgaris supervisó las pesquisas, pero no me dejó recurrir como era usual a las carpetas de la Casa. «Hay que tabicar todo lo que podamos, Remil».

Esos dos meses intensos e hiperactivos solo tuvieron una especie de impasse cuando acompañé a Nuria hasta el Costa Galana. El hormigueo humano de las playas de Mar del Plata dejó pasmada a la Gioconda. Se alojó en la suite presidencial para entablar negociaciones, sin testigos molestos, con el principal accionista de una firma pesquera de veinte buques que opera en estos puertos y también en la Patagonia. Y pidió que el Audi durmiera en el estacionamiento del hotel y yo en un hostel de medio pelo a diez cuadras. Pude nadar en el mar y correr a gusto, y hasta dormir en la arena. El resto del tiempo me lo pasé en el lobby viendo las caras de los que entraban y salían, y releendo un viejo libro de Preston sobre la Guerra Civil Española. La morocha nadaba en la pileta, comía en La Bourgogne, hablaba con García Roldán por teléfono y tejía su telaraña con el capitán Ahab a puertas cerradas, lejos de esa multitud insolente que depredaba la ciudad. Las tres noches me pidió que la acompañara al casino. Jugó un rato largo black jack y punto y banca. El último día perdió mucha pasta en la ruleta y en las tragamonedas, pero lo hizo con elegancia, sin el mínimo rictus de contrariedad.

Solo se salió de su papel en la ruta, cuando regresábamos a doscientos por hora. Estaba leyendo el diario, lo dejó por un instante y me preguntó:

—¿Piensas de verdad que estoy en peligro, soldado?

Me quedé sin habla de la emoción: la reina pedía la opinión profesional de su súbdito.

—Todavía no sentí nada —le dije sin apartar la vista del camino. Me pareció que sonreía.

—¿Los sensores no registran movimientos sísmicos?

Negué con la cabeza. Ella pensó algo y volvió a levantar el periódico.

—Pero no faltará mucho —agregó con tono casual.

—Tené por seguro que no.

Ese fue el diálogo más íntimo que mantuvimos desde el 15 de enero. Ahora estamos, como siempre, en silencio mientras avanzamos por el río Carapachay hasta el kilómetro 11 o 12. Hasta el hotel que Javier Pico ha mandado construir, con su sueldo de funcionario público, sobre un lote gigantesco rodeado de juncos y tapado por arboledas. El taxista acuático avisa por radio que estamos por arribar y Nuria mira con detenimiento el muelle, la pequeña playa, el edificio que asoma detrás de la espesura. Baja primero y es interceptada por una azafata que le da la bienvenida. Un botones entusiasta se hace cargo de su maleta rodante y voluminosa, y de mi bolsito Adidas. El piso de madera del muelle se extiende tierra adentro, recorre un parque con árboles enanos y termina en el gran vestíbulo. Hay un cartel que dice que no se puede fumar, pero Nuria enciende un Camel y rellena su ficha. Miro por las ventanas y distingo una zona de bungalows en construcción. El hotel está vacío, dudo que todavía se haya inaugurado. Los camareros se mueven, sin embargo, como si estuvieran haciendo un ensayo general y rindiendo alguna clase de examen. Se deshacen en exageradas cortesías. Hay música funcional con estilo new age, y nos convidan de entrada con una copa de champagne, que yo rechazo y la patrona se lleva en alto por el pasillo. Entro con ella en un cuarto con vista a un arroyo interior, y reviso brevemente las instalaciones para ver si todo está en orden. Después el botones me muestra mi habitación, notoriamente más chica, con vista a una galería que todavía están terminando de pintar.

Acomodo la ropa en el placard y me acaricio los riñones mirando desde la ventana las canchas de tenis y la pileta. Luego bajo unos escalones y merodeo esos lugares con las manos en los bolsillos, haciéndome el aburrido. Diviso enseguida a Javier Pico, corriendo de un lado para el otro y acudiendo presuroso a rematar a la red. Está vestido de blanco y usa una muñequera Nike y una raqueta Wilson. Su mujer es alta, delgada, elegante y zurda: lleva el pelo rubio natural recogido en un colita, y se nota que tiene dientes blanquísimos y facciones clásicas. Le miro las tetas, los muslos elásticos y dorados, la cintura; realmente parece lo que es: una modelo cuarentoide que se ha retirado no hace mucho de las pasarelas. Noto que los dos están muy concentrados y que no se sacan ventajas. También noto que juegan en serio, como si ganar o perder fuera algo muy importante.

Al borde de la pileta, desparramados sobre las reposeras, cada uno metido en su música y aislado del universo, permanecen comiendo papas fritas y tomando gaseosas heladas sus dos hijos.

Aunque son de distinto sexo y deben llevarse cuatro o cinco años, parecen gemelos. Dos raros adolescentes obesos y saturados que duermen al sol, aprovechando esos débiles rayos entre lluvia y lluvia. Dos atletas engendraron dos

focas. Estoy seguro de que la gorda Maca sacaría muchas conclusiones sobre esta familia ejemplar.

Espero todavía un rato en el hall a la patrona, que por fin llega con pantaloncitos cortos y un buzo. La llenan de sugerencias en la recepción: drenaje linfático, masaje con piedras calientes, reductores y modeladores, ducha escocesa. Nuria se anota en todas, pero declara su deseo de hacer antes una caminata. Le dan un folleto que tiene un plano; es un circuito por el parque. No pone objeciones a que la siga. Nos embarramos las zapatillas, pero el aire está lleno de fragancias y es un paseo agradable. Veo que en la primera vuelta se nos une un perro abandonado y en la segunda, dos labradores de la casa. En la quinta vuelta se sienta a orillas del Carapachay, y los acaricia a los tres sin mucho entusiasmo. «Siempre me han seguido los perros —me dice—. Y cuando estoy con la regla y paso junto a ellos me ladran, como si se pusieran furiosos o cachondos o me tuvieran miedo». Me acuclillo para rascarle la cabeza al huérfano. Siento que los ojos de Nuria me caen encima. «¿Tú qué opinas, Remil? —pregunta con picardía—. ¿Ira, deseo o terror?». La miro unos segundos, pero me guardo lo que pienso. Ella se espanta de la cara una abeja que también la ronda y me pide un cigarrillo. Le prendo un Parisienne y le da solo cuatro pitadas. No le gusta ni medio, lo lanza al río y se levanta. Damos otras dos vueltas y entramos en el edificio. Los perros se quedan afuera, desconcertados, y después se dispersan. Los Pico están por almorzar. Los cuatro visten batas blancas con pantuflas, y es evidente que vienen de un chapuzón. Javier hace las presentaciones. La mujer, con el pelo suelto, es increíblemente hermosa. Calculo que para el gusto femenino su marido metrosexual debe de ser un galán de bandera, y que tampoco en este partido secreto de la belleza ni él ni ella quieren sacarse ventaja. Los gordos observan a los adultos como abotagados mientras devoran la panera. Percibo una leve tensión en la Gioconda. «Remil es mi gerente de seguridad», aclara, y hace una pausa como si fuera a agregar algo. Pero al final no lo hace, y Pico confirma que cenaremos todos juntos y que dejaremos los negocios para el día siguiente. Nuria asiente pero no deja de mirar fijo a esa esposa espléndida, que le demuestra un sutil desdén. Bueno, bueno. Es una pulseada entre dos hembras. Pero no disputan por el macho, se trata solo de rivalidad. Me río por dentro, imagino que Nuria agradecería que la tomara de la mano y la sacara de esa escena simulando que somos amantes. Imagino que estuvo tentada a decir que yo era algo más que su gerente de seguridad. ¿Pero cómo volvería luego de ese ridículo? No podría. Una mujer extremadamente débil y susceptible detrás de un armazón de guerrera. Qué peligro para todos. Retrocede hasta la conserjería un poco alunada y le ordena a la encargada que la guíe por una tarde de relax y tratamientos. Una tarde solitaria. No me dirige la palabra, así que me considero liberado de las responsabilidades.

Los salones del spa no tienen comunicación con el exterior, son una especie de laberinto cerrado que desemboca en una pileta cubierta con jacuzzi. No quiero, sin embargo, permanecer demasiado lejos. Me meto por el mismo pasillo y a la derecha

encuentro el gimnasio, que tiene un buen equipamiento. Corro en la cinta, pedaleo en la bicicleta fija, uso las pesas y hago abdominales durante dos horas sin que nadie me moleste, pero sobre el final aparece Javier Pico con ganas de quemar calorías y sacarme conversación. Las endorfinas lo ponen muy locuaz, así que la charla se desliza rápidamente hacia un soliloquio. Tiene poder e inmunidad, y eso lo vuelve bocón. A nadie le gustan los bocones. Y a mí, menos que a nadie. Pero también es cierto que habitualmente la gente de la política, como los borrachos con un barman, se confiesa conmigo. Pico era otro muchacho que quería cambiar el mundo. Un amigo en la facultad lo acercó a un centro de estudiantes y lo embarcó en una campaña. Hizo todo a pulmón y ganó en una tarde histórica. Luego se dio cuenta de que para retener la posición se necesitaban fondos, y entonces entró en el negocio de los apuntes y las fotocopias, y después digitó las cosas para meter al padre de un compañero en la concesionaria del *buffet*. Los carteles eran caros, pero la recaudación le permitió una buena performance. Era laburante y tuvo éxito. Mucho éxito: vinieron del partido y le propusieron jugar en primera. Como quería cambiar el mundo, fue escalando posiciones y terminó aceptando una candidatura. Para ganar en su propio distrito, pidió prestado a tenderos y a supermercadistas. Más tarde a pequeñas y medianas empresas, que benefició en licitaciones cuando accedió a cargos más importantes dentro de la administración pública de la ciudad. Como quería cambiar el mundo y era economista, sus jefes partidarios le consiguieron un puesto en la Aduana y le pidieron que militara para la causa. Pico hizo lo que le pedían: recaudó y recaudó. No se puede hacer política sin tener guita. No se puede sacar al país de la mediocridad sin mojarse el culo. No se puede cambiar el mundo sin ensuciarse las manos. No se puede hacer una tortilla sin romper algunos huevos. Pero en los últimos tiempos, la verdad es que la ilusión ha crecido. Javier Pico tiene tanto entusiasmo como cuando estaba en la facultad y era un creyente. En este país no hay lugar más que para creyentes o cínicos. Asegura Pico que visto de lejos él puede parecer un escéptico, pero que en su fuero interior late el corazón de un hombre verdaderamente devoto. Todo idealista necesita una religión. Un líder, una idea o una misión trascendental pulverizan la intemperie. Cuando uno tiene alguien como Elena Parisi, una mujer cabal con un proyecto de Nación, el resto son minucias, letra chica. La vida se ordena en una dirección, y se hace lo que tenga hacerse. «¿La conocés a Elena?», me pregunta por fin. «La vi por televisión», le respondo. Mueve la cabeza, se pasa una mano por el pelo blanco. «Una cosa es el crecimiento y otra el desarrollo —me explica—. Créeme, esta mujer es cosa seria. Tiene un verdadero plan nacional de desarrollo, y los ovarios para hacerlo realidad. Y yo voy a formar parte de eso». ¿A quién hay que matar? Cuando la fe es tan alta, cualquier precio es bajo.

Me propone que la sigamos en el spa. Nos espera un masajista con vasos de limonada y toallas blancas. Pasamos del sauna seco al cuarto de vapor. Una, dos, tres, cuatro veces. Por suerte a Pico se le acaban las ganas de darle a la lengua. Luego se despide, y yo me doy una ducha preventiva al borde de la pileta cubierta y me quedo



un rato en el jacuzzi pensando en los medios y los fines. Parezco dormido pero no lo estoy: siento que Nuria empuja la puerta de vidrio y vacila. Abro los ojos y veo que está parada a tres metros, envuelta en su bata y con las mejillas rojas. No es vergüenza sino calor, y no me está mirando a mí sino a esas aguas burbujeantes y tentadoras. Adivino su pensamiento. Estoy aprendiendo a descifrar su mente, y no siempre esa aptitud me produce felicidad. Puedo salir y cederle mi lugar, pero no voy a hacérselo tan fácil. Me tiene que decir: «Necesito el jacuzzi, y necesito que te vayas y me dejes sola». Ni más ni menos. Así que me mantengo en mi charco y ella pasa todo un minuto allí afuera, clavada en su duda, tratando de armar su oración. De pronto se quita la bata y se queda en bikini. Dos piezas azules y ajustadas. Veo por primera vez la desnudez de su cuerpo, que es todavía armónico y juvenil. No tiene músculos trabajados ni cirugías; no es notable ni perfecto, pero a mí de repente me sofoca esa blancura flexible y natural.

Ambos tratamos de simular que la situación no nos afecta. Ella viene observando los ventanales por donde se pone el sol, y yo la espero con los brazos recostados y abiertos, haciendo un enorme esfuerzo para no ficharle cada centímetro de la piel. Finalmente, mete un pie para probar el agua y luego se va introduciendo lentamente hasta el cuello. Estamos tan cerca, es tan íntima y ardiente la escena, que no puedo evitar una erección.

Para no ceder a una mirada que puede descubrirla, Nuria mantiene la vista perdida. Son estremecedoras las ganas que tengo de cogérmela ahí mismo. Avanzar a tientas, sin darle tiempo, y acariciarla bajo el agua, comerle la boca, penetrarla contra los bordes. Pero permanezco en mis cabales, contemplándola sin descarar aunque tal vez con un punto de regocijo. De fondo solo se escuchan el motor suave y el agua movediza, y una boludez naturista tocada con guitarras y flauta traversa. Esta vez cierro los ojos de verdad y trato de superar la calentura y la ironía. Estoy nadando en el río, suspendido en ese limbo que alcanzo cuando sostengo la voluntad. «¿Y qué es eso?», oigo de repente que pregunta ella. Abro los párpados. Su voz produce un eco de caverna y al ver su cara fresca me doy cuenta de que recuperé su seguridad y de que me está señalando el tatuaje del corazón.

Me toco, algo sorprendido, el águila. «La cárcel», le respondo. Y sigo el impulso, me pongo de pie para que vea el torso lleno de cicatrices, y me doy vuelta para que aprecie la espada y la calavera. También para que me vea casi desnudo y sepa con quién está tratando. No dice nada, pero ahora siento sus ojos sobre mi cuerpo. Salgo del jacuzzi y camino hasta la ducha, y dejo que me acribille una lluvia helada. Cuando termino de secarme con un toallón húmedo sigo teniendo la impresión de que la dama blanca no ha apartado la vista ni un solo instante. Lo hace ahora, que yo se la devuelvo. Me acuesto en una reposera y constato que prenden las luces del parque. Nuria sale por fin del jacuzzi y se protege con una bata. Lo hace todo muy rápido, como si se estuviera cambiando en una vidriera. Cuando empuja la puerta para irse, se vuelve a medias. «No te necesitaré esta noche», declara en tono neutro y se va. Me

quedo muy serio un momento, mirándome los pies arrugados. Después me largo a reír.

Pido un sandwich de pollo y un vodka desde la habitación y leo un libro sobre la guerra de las Galias. Cerca de las once salgo al parque y doy un largo rodeo en la oscuridad para chequear si todo está tranquilo. Los perros no se molestan en seguirme. Desde un árbol, en las sombras, veo que Menéndez y Pico discuten sin escucharse tras los cristales de la ventana del restaurante. Ella fuma su Camel, él juega con su celular y se peina mecánicamente el pelo blanco. Busco un ángulo mejor para ver si los acompaña la rubia. La encuentro en segundo plano: espléndida, cabizbaja y aburrida, acariciando con un dedo la boca de su copa de champagne. Los gordos se han retirado a dormir, a chatear o a ver el canal porno. Está empezando a llover de nuevo, atravieso los jardines delanteros y me siento un rato a oler la última humedad en las escalinatas de madera. Estoy prendiendo un Parisienne cuando percibo el ruido de la puerta y unos pasos en el *deck*. Es la rubia, que viene en jean y blusa, botas altas y un pañuelo de seda para arroparse el cuello y los hombros. «Qué tiempo de porquería nos tocó», comenta, aunque no estoy seguro de que esté hablando del clima. Se acoda en la baranda del porche y echa un vistazo a la naturaleza. Las gotas que caen se recortan en los reflectores y dan una dimensión real de la garúa. Se oyen las ranas y los grillos, y el azote leve del aguacero.

—Tu jefa dijo que no te sentías bien, que te habían sentado mal tantas horas de vapor —señala y se aparta un mechón de la cara.

—¿Tengo aspecto de ser un tipo enfermizo y sensible al vapor?

Se ríe con los dientes y con los ojos. Es una mujer radiante y sin embargo luce opaca. Tiene adentro un toque de tedio y de pena que no puede disimular ni siquiera con todo ese apabullante arsenal de *top model*. Pero además le falta algo que Nuria tiene en abundancia. Algo que no consigo definir. Solo se me ocurre que si la Gioconda estuviera acodada en esa baranda ya habrían venido a rodearla todos los perros de la finca.

—Me hace acordar a una amiga de la secundaria —dice para mi sorpresa, y sonrío—. Una examiga. Jugábamos tenis desde que teníamos trece años. El tenis nos trajo muchos problemas personales. Ganar o perder nunca me fue indiferente. Pero para ella que yo la venciera era un drama. Y estoy hablando de algo muy grave, eh. Un trastorno, una patología. Al principio, me reventaba, pero después fui mejorando mucho el saque y nos pusimos a la par. No se lo bancaba. Me agredía siempre. Que la casa, que la ropa, que mi marido, que los chicos. A la vez no dejaba de ser amorosa. Venía todo mezclado, y aunque había discusiones nunca íbamos al fondo del asunto.

Ahora me está mirando fijo para saber si entiendo. Hago dos o tres anillos de humo. Ella se endereza y se cruza de brazos, mira el cielo encapotado.

—Empeoró cuando empecé a ganarle. A veces sin transpirar. La pasaba por arriba, y eso me avergonzaba. Al mismo tiempo yo quería darle una buena lección por ser tan perra, tan competitiva. Pero dudaba. Y había días en los que directamente

me dejaba ganar. Lo hacía con sutileza, para que no acusara recibo. Mis otros amigos me contaban que andaba diciendo por ahí que Javier era un corrupto y que yo era una tarada frígida que vivía en una nube de pedos. Nunca pude confrontarla. Solo que un día permití que se avivara. Que se diera cuenta de que yo era infinitamente mejor que ella y que iba a menos para no humillarla. Y justo eso fue tan humillante que tiró la raqueta, agarró el bolso, atravesó el club, se subió al coche y se rajó. No respondió mis *mails* ni mis llamados. No la vi nunca más. Eso fue, para que te des una idea, hace dos años. Tres meses después le hicieron una denuncia a Javier por violación de los deberes de funcionario público y por enriquecimiento ilícito. Era un diputado de la oposición, pero tenía datos sobre nosotros que nadie sabía. Nadie salvo ella.

Está lloviendo fuerte, y un viento frío mueve los árboles y las plantas, y atrae punzadas de agua hasta el *deck*. La rubia, sin embargo, no se mueve. Tiro el pucho y aguanto la andanada. Después de un día de calor, el fresco duele menos.

—Por suerte Nuria no juega bien al tenis —digo.

La rubia parece despertar de un largo sueño. Me observa un poco extrañada. Como si no hubiera tomado champagne sino pentotal, y como si el suero de la verdad la hubiera hecho cometer alguna estupidez.

—El juez desestimó la causa —dice por las dudas, y retrocede hasta la puerta del vestíbulo—. Se hizo tarde y tengo frío. Que duermas bien.

Parisi maneja el Consejo de la Magistratura, pienso. Le salió gratis la lealtad eterna de Javier Pico. Es curioso cómo a veces las convicciones políticas alinean los planetas: luchás por un ideal, esa fe te protege, el poder te blindo, y de paso te hacés rico.

—Buenas noches —le respondo, y me quedo empapado y solo en la escalera.

Al rato entro, pregunto en recepción si la señorita Menéndez ya está en su cuarto y cuando me lo ratifican voy derecho al mío, me seco y leo todavía una hora antes de dormirme. Tengo sueños eróticos pero no puedo recordarlos al despertar. La tormenta se retiró, queda una niebla londinense que cubre toda la isla. Entro en el comedor a desayunar cuando todavía nadie se levantó. Cálgaris moja una medialuna en café y lee con un resaltador los diarios. Vino en la primera lancha de la mañana. No somos muy efusivos. Me sirvo un plato de frutas y un jugo de naranja y me siento a su mesa. Me traen un expreso mediano sin leche. Le relato las novedades, que no son muchas. Trazo un perfil de Pico y de su mujer. Cálgaris no aparta ni un segundo la vista de las noticias, de vez en cuando resalta 1111 párrafo o redondea un artículo. Me quedo sin palabras en poco tiempo. El coronel se tira entonces hacia atrás, arroja los bifocales sobre el periódico y busca la pipa.

—Tu patrona se descolgó con que quiere aumentar las operaciones y abrirlas en simultáneo —dice prendiendo el tabaco—. ¿Sabés lo que significa eso? Un volumen como nunca vimos. Una manguera de guita y una aspiradora de polvo. Estamos impresionados. Balduin se viene de Nueva York y García Roldán de Madrid. Llegan el mismo día. Es una visita rápida, se van a mover en el circuito financiero. Pero

vamos a tener que protegerlos igual.

Aparecen en el comedor los hermanos Pico. No saludan, van directo al desayuno continental. Pero no les gustan las frutas. Cargan los platos con fiambres, salchichas, panceta frita, huevos revueltos. Se sirven licuados, comen con voracidad.

—Hoy le vamos a explicar todo esto a Pico —dice el coronel, y le pide a la moza que le traiga otro café—. Y vamos a ver si tiene fibra.

—¿Quiere que me mantenga a distancia?

—Sí, puede que se ponga nervioso y vamos a tener que hablar bajito. Pero tengo una buena para vos: le dieron el alta a la señora Holguín.

Hace unos días Cálgaris me llamó a la una de la mañana. El patriarca estaba alterado, lloraba a los gritos. Saqué la camioneta y escapé de la ciudad. Holguín tiene dos casas: la residencia oficial y una mansión en Acassuso. Esa noche les había dado franco a las dos empleadas domésticas: su esposa lo esperaba con una cena romántica. Su guardaespaldas más próximo tiene su misma edad, y es un viejo policía bonaerense con problemas de lumbago a quien se le cae la pistola del cinto. Lo encontré blanco y paralizado en el sofá del living, como si le hubiera dado un síncope. En la planta baja no había nadie más. Subí la escalera con la Glock en la mano y avancé por el pasillo hasta el fondo, hasta el dormitorio en suite. Había sangre y cosas rotas por el piso, y la cama estaba revuelta. Le pegué una patada a la puerta del baño y me agaché para disparar. Pero no había ningún enemigo a la vista. Únicamente estaba aquel anciano acabado y vuelto hacia la bañera; el pijama tenía manchas de sudor y de sangre. Holguín permanecía arrodillado y descalzo, y cuando me acerqué vi que había puesto a su esposa desnuda bajo la canilla. La tenía acostada en la bañera como una muñecota y le mojaba la cabeza tratando de reanimarla. Me miró con ojos desquiciados. Parecía un viejito de noventa años. Guardé la Glock y le pedí que saliera. Holguín no entendía el idioma. Lo alcé por las axilas y lo arrastré hasta la cama. Le quité el saco del pijama, le subí las piernas y los pies. Me dijo que se le había ido la mano, que la quería más que a nada en este mundo. Faltó que cantara un bolero. Después me arrodillé yo mismo frente a la sirena desvanecida. Tenía pulso, y también tenía rastros de una paliza. El patriarca le había pegado con el puño cerrado, tres o cuatro veces. Pero el chichón de la frente era otra cosa: posiblemente se había dado contra la punta de un mueble o algo por el estilo. Ese golpe de caída la había dejado fuera de combate. Le flotaban las siliconas en el agua, se le habían puesto morados los labios y la piel estaba tan blanca que las pecas parecían apagadas y sombrías. Me saqué la campera y la camisa, y alcé su cuerpo con mucho cuidado. Me senté sobre la tapa del inodoro con ella en el regazo, como si fuera una nena y la tuviera dormida contra mi pecho, y la sequé con una toalla. Hice lo que pude. Luego la envolví en una bata de seda y la bajé hasta el living. Al verme llegar con la señora, el infartado pareció recuperar cierta vitalidad. Se levantó tambaleándose y me ayudó a recostar a la Cenicienta en el sofá donde él mismo se había dejado caer. No intercambiamos ni un gesto. Busqué la cocina, prendí la luz,

abrí las alacenas y encontré un whisky. Serví un doble con hielo, y metí en un balde de plástico detergentes y productos de limpieza. Subí de nuevo las escaleras y volví al baño, y limpié las manchas y las huellas dactilares. Antes de hacer lo mismo en la suite, le llevé el teléfono a Holguín. «Siéntese», le ordené. Como el anciano seguía en estado catatónico se lo dije más fuerte. Casi se cae de la cama. Lo ayudé a sentarse y le di el whisky. Tomó un trago largo y cauterizante, le temblaba el pulso. Le puse en la mano su propio celular.

—Deme diez minutos para terminar con el servicio de habitación —le dije—. Después llame a su comisario, cuénteles que su esposa tuvo un terrible accidente y que lo necesita ya mismo en Acassuso. No le dé ningún detalle. ¿Me entendió?

Holguín tardó en asentir. ¿Me entendió? Esta vez tuve que gritárselo para que se espabilara. Me respondió que sí, pero con espasmos. Recogí los cristales, los objetos partidos y el pijama ensangrentado, y coloqué todo dentro de una bolsa de residuos. Ordené lo desordenado, y me aboqué a los lamparones y a las salpicaduras. Me doy maña con esos menesteres, aunque por supuesto en este caso el maquillaje resultaría forzosamente superficial: no pasaría el examen profundo de un peritaje independiente. Pero aquí no habría peritos, a lo sumo canas y paramédicos. Ninguno debía notar nada raro, de lo contrario tendríamos que sobornarlos a todos. Me sequé la transpiración y le recordé a Holguín que era hora de hacer la puta llamada. Vigilé que la hiciera tal y como habíamos concertado. A pesar del aturdimiento cumplió a la perfección. El comisario estaba en camino. Y el dormitorio tenía un buen lejos. Me puse la camisa y la campera, y bajé la bolsa y el balde hasta la cocina. La señora, que en ese momento no era mi prioridad, seguía respirando. El veterano la velaba como una gárgola, sentado en una silla Luis XV. Llamé desde mi celular a un médico de la Casa, un todoterreno que tenemos siempre en guardia pasiva. Le expliqué, en clave, la urgencia en que nos encontrábamos. Y el doc se puso las pilas: consiguió una ambulancia privada y despertó al dueño de una clínica para que dispusiera camas, quirófano y personal. Antes de que empezara el candombe, subí por última vez a la planta alta, me senté en un silloncito y prendí un faso.

—¿Por qué me pasa todo esto? —preguntó Holguín; el resto del vaso se le había volcado sobre la colcha. Tenía la cabeza ladeada y los ojos abatidos—. Cuando no es el gimnasio, es el club o la galería. ¿Por qué?

—Porque le gusta coger —dije—. Y le gusta coger con muchos. Igual que a usted.

Ahora levantó la vista, como si por primera vez se hubiera despejado.

—Solo que cada uno se echa el polvo donde puede —agregué.

Pareció sonreír, pero no lo hizo. Los dirigentes eternos solo se aman a sí mismos, y sus carreras suelen ser una larga y absorbente sucesión de polvazos políticos y gestionarios. Maca habría sido más científica. Hubiera dicho que el patriarca tenía toda su libido puesta en el poder, y que su esposa le pagaba en otro mercado pero con la misma moneda. Su amante, desde Madrid, le hubiera escrito que en realidad ella no

lo amaba o que el anciano ya no la satisfacía sexualmente. Yo había conocido muchos casos como aquel matrimonio desparejo en el mundo de la política y no estaba tan seguro de que se tratara de venganza, abandono, impotencia, interés pecuniario o desamor. Tantos años de trastienda y de intimidad violada me hacían dudar un poco de esos diagnósticos tajantes.

El comisario subió las escaleras resoplando. Era un gordo mantecoso y sucio que le debía su vida y su cargo al excelentísimo. Lo puse someramente en autos: la baronesa se resbaló y tiene una conmoción cerebral, y el barón sufre una descompensación por amargura. Necesitamos patrulleros y motociclistas que abran el camino; nos esperan en el sanatorio con las luces prendidas. El comisario recurrió a su *handy*. Comenzó a impartir directivas mientras caminaba por la habitación y observaba disimuladamente la escena del crimen. Luego se sentó en la cama y comenzó a consolar a Holguín como si fuera su hijo. Me di cuenta de que la cosa iba a salir bien. Y así fue nomás. Terminamos todos en el sanatorio. La señora en terapia intensiva y el marido en un cuarto privilegiado. El comisario, por supuesto, se encargó de que no se registrara ninguna denuncia policial. El dueño del sanatorio le dejó hacer y deshacer a nuestro médico, y después de los análisis y tomografías, un neurólogo trasnochado me explicó que no había daño importante y que la paciente había recuperado la lucidez, aunque estaba sedada; de momento no podía hablar con nadie. Me aseguré de que me pusieran una silla junto a su cama para pasar con ella lo que quedaba de aquella noche.

Me senté, me crucé de brazos y dormité. Las enfermeras venían cada hora a controlar el suero y la evolución. Los médicos se turnaban para chequear sus reflejos y echarle una ojeada. Ella permanecía noqueada, boca arriba, sin saber dónde se encontraba y qué había pasado. Cerca del mediodía se la llevaron para otros exámenes. Al regresar parecía más despierta. Le ofrecieron un caldo y la sentaron para que yo pudiera darle unas cucharadas. A la tercera me miró como si me reconociera. Se le había formado un moretón enorme en la frente y avanzaba por el pómulo izquierdo.

—Fue un accidente doméstico, algo que le puede pasar a cualquiera —le dije lentamente, sosteniéndole la mirada.

Ella se quedó unos instantes en silencio, contemplándome a su vez con la boca abierta. Iba muy lento, pero estoy seguro de que se encontraba en pleno uso de sus facultades.

—Su esposo está muy preocupado por usted, la quiere mucho.

No se movió. Apenas parpadeaba. Le di la última cucharada de caldo y le limpié las comisuras con una servilleta. Luego le agarré una mano y se la acaricié con intensidad, como si yo fuera un buen amigo. Ella ahora permanecía ensimismada y triste.

Por la tarde empujé la silla de ruedas donde Holguín exageraba su convalecencia, y llevé al viejo patriarca hasta Terapia Intermedia. Él se levantó con fragilidad y le

besó levemente la boca, comenzó a hablarle en susurros y a inclinarse sobre ella. Terminó apoyando su mejilla en el colchón, a su lado, envuelto en lágrimas y convulsiones de amor y arrepentimiento. Ella le pasó una mano por el pelo y miró por encima. Por encima de su hombre caído. No podría describir qué había en esos ojos. Miedo, burla, bronca, sorpresa, aceptación. No sé. Tal vez todo eso junto. Cerré suavemente la puerta y los dejé a solas. En el pasillo, el comisario me preguntó si conocía el chiste del borracho y la fea.

## VI

### El más malo de todos

Listamos en el salón vip de Ezeiza tomando cafés y aguas heladas con el hombre al que Nuria llama Claudio o Clau, y a quien le aprieta de vez en cuando la mano. La caricia no pasa de eso, y no detecto signos reales de una relación romántica o sexual. Se trata solamente de un cariño amistoso y de una confianza total que viene del principio de los tiempos. También de un gesto de enorme alegría, casi diría de alivio. Ser la número uno y tomar todas las decisiones, vivir con esa responsabilidad debe de ser sensacional y a la vez agobiante. García Roldán es su socio, pero ocupa visiblemente un escalón por encima de Nuria. Y por lo que parece, estamos esperando a alguien que está más arriba que los dos: Osvaldo Balduin llega en treinta minutos. Tenemos suerte, porque 11 avión de American Airlines viene adelantado y el boeing de Iberia arribó con un atraso de tres horas y quince minutos por culpa de la ceniza volcánica. Ese percance nos permitió resistir tu Ezeiza y evitarnos hacer dos viajes al hotel Alvear, donde los ilustres forasteros se van a hospedar durante estas semanas. Para protegerlos, el coronel me dio carta blanca: estoy usando a dos motoqueros de la Casita con equipos de comunicación, para que vayan adelante abriendo camino y vigilando los movimientos sospechosos, y a un auto blindado con chofer y custodio para que cierre la caravana. Nuria se empeñó en manejar el Audi; García Roldan irá con ella. Yo los voy a seguir de cerca en la 4x4 con Balduin en el asiento trasero. Lo vamos a hacer todo con gran discreción y velocidad.

García Roldán es alto y flaquísimo, tiene brazos y dedos largos, cara de caballo joven, nariz vertical y mentón prominente, y sin embargo adivino que no les resulta indiferente a las mujeres. Usa un tono encantador y refinado, y el uniforme de un abogado corporativo: un traje de Gucci, una corbata roja con un alfiler de oro, gemelos y un reloj Cartier. No parece que hubiera viajado doce horas sobre el Atlántico. Está fresco y atento, y con energía suficiente como para tirar muchas horas más. Vino leyendo una novela de Scott Turrow. En cuanto me vio, hace un momento, trató de actuar una cierta simpatía. «El famoso Remil», dijo con sonrisa falsa. Le estreché la mano. Luego nos sentamos los tres alrededor de una mesa baja y él no me dedicó ni una sola mirada; Nuria tampoco.

Veinte minutos antes de que aterrice el avión de American, ella mira su Rolex Presidente y me sugiere bajar por si Balduin llega antes de horario. Me quiere, en realidad, fuera de la conversación. Bajo entonces las escaleras y camino por el aeropuerto atestado. Llamo a los motoqueros y a los custodios y les pido que estén atentos, falta poco. Inspecciono rostros, muecas, movimientos. Nada hace suponer que nos vigilan. El boeing aterriza con puntualidad. Le aviso a Nuria con un mensaje de texto y me ubico en primera fila. No conozco al broker, pero Cálgaris me mostró alguna vez tres fotos: es un gay elegante, pelado y reluciente, anteojos redondos,



anillos de metal en varios dedos, look informal. Sale entre los primeros, confirmando parte por parte su aspecto y arrastrando una valija con ruedas. Viste un traje claro de lino y una remera negra de cuello redondo. Camina como un gato, mira con suspicacia. Tiene labios rojísimos y usa una estudiada barba de tres días. Dejo que Nuria salga a su encuentro y después de los abrazos me hago cargo del equipaje. A ella el broker le echa una mirada entornada y la toma de la cintura; a mí me acuchilla con los ojos. En el vestíbulo nos encontramos con García Roldán. Hay saludos, besos, bromas y piropos, pero yo no puedo estar atento a esos gestos. Giro buscando el mínimo indicio de una amenaza. No encuentro ninguno, y caminamos hasta la playa de estacionamiento, donde dejamos el Audi y la camioneta. Balduin no se distrae con los chistes del abogado: observa con atención el modo en que manejo el operativo. Ya están a nuestro lado el coche con el chofer y el custodio, y uno de los motociclistas. El otro espera en la salida del aeropuerto. Cargamos los bultos en la 4x4 y Balduin acepta sin chistar el asiento de atrás. «Vamos», digo con la ventanilla baja cuando Nuria saca el Audi en reversa. Seguimos el plan sin contratiempos. Se nos une la segunda moto y encaramos la autopista. Nos colocamos en el carril izquierdo y avanzamos con tránsito liviano. Balduin no hace el menor comentario, va concentrado en el paisaje. Lo espío por el espejo retrovisor y a veces me choco con sus ojos felinos. «¿Conoce Buenos Aires?», le pregunto. No responde; me contempla con una sonrisita de superioridad. Llevo el suficiente tiempo en este negocio como para adivinar que este tipo es una bomba ambulante. Si tuviera que matarlos a todos, si me viera en esa obligación odiosa, me cuidaría muy bien de que Balduin fuera el primero en caer.

Al subir la explanada del hotel, un segundo antes de bajarme para abrirle la puerta y sacar su valija, me toca el hombro y me da una tarjetita blanca. «Unos amigos — apunta, y su voz es baja, castiza y maliciosa—. Que sean dos y que vengan después de la cena». Me guardo la tarjeta sin devolverle una frase. Mientras hacen el *check in* coloco a un custodio en un sillón del lobby y armo los turnos. Vigilancia de veinticuatro horas. Tacto y sensatez. Es una operación de bajas calorías. Todavía ninguno de los tres socios corre un riesgo más que potencial, y además no quieren llamar la atención. Nuria y yo subimos con ellos. Reviso las habitaciones que ya revisé por la mañana. Palma y un técnico de la Cueva buscaron micrófonos localizados, pusieron escudos en los teléfonos y dejaron dos *Blackberries* invulnerables para que el abogado y el broker se manejen tranquilos en tierra argentina.

Chequeamos con ellos la agenda, las reuniones y los lugares donde estarán. También los pocos paseos que harán por la ciudad. No se van a quedar más de dos semanas, pero serán intensas. Bancos, hombres de negocios, despachantes de aduana, un almuerzo con Pico, un desayuno con el capitán Ahab, una visita al depósito de vino, una tarde entera en la oficina con nuestros especialistas en empresas fantasmas. Y al menos dos cenas de trabajo con Cálgaris, la primera en Happening, la siguiente

en Tomo I. Utilizaremos las motos y el auto de apoyo en cada salida. En la tercera jornada, los hermanos siameses se desdoblaron: García Roldán seguirá una hoja de ruta y Balduin otra. Tenemos que duplicar la vigilancia ese día. Prometen no improvisar. No hay tiempo. Es una visita relámpago, y hay que elegir caminos comerciales, desechar alternativas contables, tomar resoluciones delicadas y ponerle la firma a muchos papeles. Y sobre todo, hay que verificar que Nuria haya hecho bien su trabajo y que pueden seguir manejándola a control remoto, al menos en la primera etapa. Ella, a pesar de lo que se juega, no parece intranquila sino contenta. Les recuerda que pasaremos un sábado y un domingo en «Siete alazanes». Yo me aparto unos minutos, saco la tarjeta que me entregó Balduin y hablo con una madama educada. Menciono a Balduin, pido dos muchachos. «Los mejores», promete.

La cena en Happening dura cuatro horas. Sugiero que es más seguro adentro, en el salón, pero insisten en comer afuera, bajo el toldo y junto al río. No hace calor. Y resulta que García Roldán fuma unos cigarritos en cajas de lata, que Cálgaris prende varias pipas después del postre y que Balduin le acepta dos o tres Camel a Nuria, los parte al medio y los consume con una frialdad notable. El coronel expone, la dama acota, el abogado interrumpe y el broker guarda silencio. La velada está dedicada a repasar los negocios de exportación de cocaína que se montaron en el país y que terminaron en escándalo. Langostinos, frutillas, vinos, muebles, carne, soja, conservas. Cálgaris es muy preciso sobre cómo fueron las fugas de seguridad y sobre las equivocaciones que se cometieron en cada caso. También en describir los antídotos de protección que hubieran evitado el descubrimiento de aquellas redes. Nadie, hasta ahora, contó con un funcionario de alto rango en la Aduana, una senadora con inmunidad e injerencia en la justicia federal, y una pequeña agencia local de inteligencia a disposición de la operatoria. Tampoco complicidades en el gobierno español y en el puerto de Vigo. Ni un fondo de inyección financiera de semejante envergadura. No están formando un cártel sino un gigantesco holding de exportación, integrado por pequeñas y medianas empresas, sin contacto unas con las otras, y con un sistema de lavado a través de la obra pública que le han ideado a Parisi sus administradores.

Todos comimos ojo de bife y ensaladas con un cabernet mendocino, pero Balduin se ha revelado vegetariano, frugal y abstemio. Después de los postres, cuando ya es notorio que no dice nada, Nuria le pregunta por las inversiones. Lo hace de manera directa, como si no le tuviera miedo. Pero siento que es una cuidadosa actuación: Balduin la intimida. El broker se reclina en la silla y se toma todo el tiempo del mundo para responder. Parece un tipo con graves problemas de expresión. Hace buchecitos con el agua, se limpia innecesariamente los labios rojos y después se expresa en un tono tan bajo que cuesta oírlo. Utiliza, para peor, un lenguaje técnico y cerrado. Da una clase magistral sin respiro, acariciándose los anillos, y yo no entiendo ni jota. Nunca fui bueno para la economía ni para los negocios ni para la matemática. Solo queda la sensación de que habrá créditos, transferencias, trucos, reembolsos,

compraventas, triangulaciones y compañías *off shore*. Es tarde cuando se calla. Entonces García Roldán le pregunta a Cálgaris cuándo empezarán los dolores de huevos con la policía. El coronel aligera las cenizas frías de su pipa y recarga con parsimonia antes de contestar. Roldán quiere saber si además de pagar en especies habrá que sobornar a otros grupos hostiles. Cálgaris enciende el tabaco y le habla con honestidad: cuando arranque el partido habrá sobresaltos. «Yo tendría un fondo anticíclico para solucionar problemas al paso», le clava a Balduin. El broker se rasca un pómulo observando el río. Yo sigo el curso de su mirada. No hay un alma en la noche templada de lunes, pero no puedo dejar de pensar que este capricho puede costarnos muy caro y que más adelante sería directamente suicida: un boludo con un micrófono direccional puede grabarnos la conversación dentro de un yate o sentado en una oficina a doscientos metros mientras se come un sándwich de milanesa. Por suerte, Nuria bosteza y García Roldán acuerda que sería conveniente partir.

Al llegar al hotel, Balduin es indiferente a las despedidas y me pregunta con un hilo de voz por su encargo. Le confirmo que todo está en marcha. Me pide quince minutos para darse un baño de inmersión. Sube hasta su suite y yo dispongo, junto a la conserjería, que el chofer acompañe de cerca al Audi en su regreso a Juncal y le recuerdo como siempre a Nuria que debe escribirme un mensaje de rutina en cuanto llegue sana y salva.

Ella compone, para que la vea Roldán, una mueca de desgano y colma de besos castos y exagerados a su amigo del alma como si fueran a separarse un año entero. Tiene una copa de más. Espera que Roldán tome su propio ascensor y entonces el coronel la acompaña hasta la explanada. Cálgaris la saluda con la mano en alto, enciende la última pipa de la noche y se va caminando solo por la avenida. Me pregunto qué estará pensando.

Recién en ese momento entro en el bar cerrado. Dos efebos esperan junto al custodio, sentados a una mesita vacía mascando chicle y abulia. Les digo que me sigan hasta el baño y les ordeno que se desnuden. Les presento, por las dudas, mi Glock, aunque sin sacarla. No oponen resistencias: son profesionales y están acostumbrados a estas eventualidades. Se quitan toda la ropa, incluso las medias y los calzones. Tienen cavado profundo, y una tabla de lavar la ropa tallada a puro gimnasio en el abdomen. Les propongo que se inclinen y muestren los cantos abiertos. Tampoco se retoban. Son increíbles las armas letales que pueden esconderse en el recto. Pero estos chicos no parecen capaces de poner en riesgo la carrocería. Viven de ella. Espero que se vistan y los conduzco hasta los ascensores, y después subo con los dos hasta el piso y toco a la puerta. Los recibe Balduin con una sonrisa desconocida y amplia, dándoles un doble beso en las mejillas y haciéndolos pasar. El SMS de Nuria llega tarde, justo cuando me acomodo al volante para regresar a Belgrano. «Llámame». Antes de llamarla verifico que el chofer haya dejado un texto: «Paquete entregado». Pongo el «manos libres» y encaro el Bajo con soñolencia.

—Has estado muy callado toda la noche —me sorprende.

Sobre llovido mojado, pienso: después de sacarse la ropa y el maquillaje se sirvió una copita de anís del Mono para festejar el recreo, estos días previos en los que no hay agobio y durante los que se siente acompañada. Este instante único en el que todavía es una persona libre y resguardada, legalmente inocente. Muy pronto estará sola de nuevo, y comenzarán los grandes sobresaltos y los disgustos.

—Los centuriones no hablan salvo que la emperatriz les pida opinión —respondo. Oigo su risa, que sale por los parlantes y llena toda la cabina.

—¿Cómo te ha caído Clau?

—Ni bien ni mal.

—Vamos, hombre, sé perfectamente que eres mucho más listo que lo que aparentas.

—No me sobreestimes.

Hay una larga pausa. Estoy tentado en romperla pero aprieto las mandíbulas y sigo manejando. Se trata de una conversación espinosa, y García Roldán me parece realmente indescifrable.

—¿Sabes que de joven estuve muy enamorada de él? —pregunta ella.

—No —le miento.

—¿Y crees de verdad que se olvidan los primeros amores, Remil? —repregunta sin escucharme.

—No soy especialista en el tema.

Ahora el silencio es más compacto. Ya estoy a la altura de Palermo cuando oigo de nuevo su voz: «Quiero que vengas». El tono es seductor y a la vez autoritario. «Quiero que vengas ahora mismo», completa y corta. Es más una orden que una invitación, y el corazón me bombea a ciento cincuenta por minuto. Giro en Dorrego quemando gomas y retomo como si estuviéramos en una emergencia. Pienso de todo con la mente en blanco. Estaciono a setenta metros, entro en el edificio con mis llaves y subo hasta el piso 14. Toco el timbre varias veces, pero como no me responde abro la puerta y la cadena me frena en seco. Estoy desconcertado y dispuesto a echar abajo la puerta de una patada. Pero en ese segundo Nuria aparece por el hueco, con los ojos muy abiertos y completamente desnuda. Nos quedamos quietos. Yo mirándola a conciencia, ella fija en mi boca. Ninguno dice nada, porque no hay nada que decir. Y no puedo calcular el tiempo. Los relojes no funcionan cuando tu vida depende de un pequeño ademán. Al final de ese tortuoso paréntesis, Nuria parpadea por primera vez, toma el picaporte, cierra lentamente la puerta como si fuera a abrirla, y le echa llave arriba y abajo. Yo no me muevo del felpudo. Me quedo parado en ese intervalo triste e incomprensible, sin poder tocar el timbre, ni destrozar la puerta ni dar media vuelta y marcharme a casa. Tampoco sé calcular cuánto tardo en llegar al vestíbulo. Uso las escaleras, y al pisar esa vereda desierta de Juncal me llega la vibración del móvil. «Lo siento —dice su mensaje de texto—. Ha sido una falsa alarma. Tomaré clonazepam».

Cuando llego a Belgrano no puedo dormir, y entonces leo tres horas *La descripción del mundo*, de Marco Polo. Después me levanto, me meto en el cuarto de

los aparatos y me castigo hasta el amanecer. Por la mañana llamo a Rosita para ver cómo va la vida por Tolosa. Rosita me cuenta con detalle todo lo que está haciendo con el jardín y también los robos que hubo en el barrio. «Me tenés abandonada», recrimina. No puedo prometerle una visita: el trabajo no me deja levantar cabeza. Ella sabe que no se trata de eso, pero no insiste. Cuando vuelvo a ver a Nuria, en la oficina, no detecto en ella ni afecto, ni remordimientos ni picardías ni dudas. Una vez más, aquí no ha pasado nada. Hay caprichos de amor que una dama no puede tener.

La semana avanza de manera intensa. El triunvirato analiza el armado de las empresas fantasmas y trabaja, principalmente, en líneas de créditos. Hay reuniones en bancos del microcentro y comidas en restaurantes de altura, desde los que se ve toda Buenos Aires de noche y de día. Un contratista del Estado, señalado por Parisi, pone sus condiciones económicas para asociarse y ampliar el negocio de la constructora. Está involucrado un sindicalista llamado Rada, a quien Cálgaris y yo tuvimos alguna vez que auxiliar. Rada milita con la senadora y se sienta en el consejo directivo de la CGT. No tendrá tajada directa, pero recibirá bonificaciones por distintas tareas. Una de ellas será proveer camioneros confiables y decididos. Cuatro, al menos, para empezar. Que Palma deberá perforar para dejarnos tranquilos. El sindicalista también manejará los problemas gremiales que surjan en las obras. Siempre es bueno tener a favor de la causa a un miembro de la columna vertebral del movimiento, un auténtico representante de la clase trabajadora.

Paso todo un día con García Roldán, que por la mañana hace cuentas con Pico y por la tarde inspecciona la embotelladora que dirige Wila López. Ambos se conocen de Madrid y se tratan con amistad y gran confianza. Wila lo hace pasar al depósito, que está muy cambiado. Recorremos las instalaciones, saludando a operarios mal vestidos que limpian y toman mate a la espera de instrucciones. Hombres y mujeres jóvenes y gastados, que la Casita aceptó después de una cuidadosa selección. En el detall nos reunimos con Rossi, que está mirando un partido de Lanús del año pasado. Cuando ve aparecer a aquel superjefazo, el Químico apaga el televisor, se para y le da la mano. Después ofrece café requemado y comienza a mostrarle, con planos y dibujos, los pasos del procedimiento. García Roldán interviene para hacerle todo tipo de preguntas. Algunas las responde Wila. El abogado le ofrece a Rossi un cigarrito de lata y este lo huele antes de prenderlo como si fuera un Montecristo.

Ya en la camioneta, de regreso a Buenos Aires, el abogado rompe el hielo y me pide una opinión profesional. Le digo que tomamos todos los recaudos de seguridad y que yo mismo voy a seguir paso a paso el primer envío.

—No sé —dice mirando las cuadras de yuyales—. El vino exige mucho esfuerzo. Hay otras exportaciones más fáciles y baratas, que no reclaman tanta logística previa. Se lo dije a Nuria, pero ella a veces se empaca. Y no hay caso.

—El malbec se hizo tan famoso afuera, hay tantos exportando vino argentino, que

uno entre muchos no hace bandera —respondo encogiéndome de hombros. Me callo, y como el abogado no devuelve la pelota, digo algo incómodo—: Hay que confiar en Nuria, que está sobre el terreno.

García Roldán me mira con detenimiento. Yo no le doy el gusto de apartar la vista del camino. Pensativo y mudo, saca otro cigarrito y comienza a golpearlo contra la lata. No pide permiso para fumar ahí adentro, baja un poco la ventanilla y se lo enciende con un Dupont que hace juego con su Cartier.

—Hablemos con franqueza —comienza. Y ahora no puedo evitar mirarlo por dos o tres fracciones de segundo. Curiosamente, cuando se pone serio es menos largo y más redondo; le veo sin embargo sobre su pierna los dedos interminables de la mano. Una garra de cinco cilindros, que ni la manicura es capaz de embellecer—. Nuria estará muy sola y habrá que apuntalarla en este primer trayecto. Es la conquista del desierto, Remil. Y nosotros, por muchas causas, no podemos más que aconsejarla desde lejos. Sabrás que ella es dura. Y no te imaginas lo dura que puede llegar a ser. Aun así, tiene sus puntos débiles. Como cualquiera.

La palabra «débiles», que alguna vez Nuria usó contra mí, queda flotando como un eco entre nosotros. El olor del cigarrito me desagrada. Espero que siga.

—El coronel es un buen *consigliere* —sigue—. Pero ella confía en ti más que en nadie.

—Bueno —digo después de un silencio, me duele el estómago—, yo no puedo hacer más que protegerla.

—No es suficiente.

Tardo cuatrocientos metros en entender a qué se refiere. El abogado aguarda fumando su cigarrito, elaborando por dentro un alegato.

—No soy un sicario —digo antes de que empiece—. Soy el gerente de seguridad de un holding exportador.

García Roldán larga una carcajada.

—¿Y qué pasará si los competidores se cruzan con los negocios de Nuria? —pregunta en tono lúgubre.

—¿Qué competidores?

—Colombianos, mexicanos, peruanos, paraguayos, argentinos —enumera con sus dedos monstruosos.

—Creí que éramos una compañía de transportes.

—Y lo somos. Pero no podemos engañarnos: tarde o temprano alguno presentará batalla por las rutas. Y entonces no solo estará en peligro Nuria. Todos lo estaremos. También Cálgaris. Nadie quedará a salvo de esa contingencia, te lo aseguro.

Dudo un poco. Estamos entrando a la ciudad por el suroeste, y yo estoy empezando a enojarme.

—Supongo que Cálgaris tendrá la respuesta que usted necesita, doctor —le digo de manera terminante. Como quien aleja con el brazo a un cadáver que flota en el mar.

El abogado mueve la cabeza dándome a entender que algo está mal en todo este razonamiento, y que yo no termino de comprender mi rol. Luego parece relajarse y sonreír un poco. No hablamos hasta llegar al hotel, y entonces Claudio García Roldán se baja y antes de cerrar la puerta y dejar que me vaya, pronostica algo inolvidable: «No te preocupes, hombre. Llegado el momento, harás lo que ella precise. Todos acabamos haciendo siempre lo que Nuria precisa».

El enojo me lleva hasta Puente Saavedra. Hay un excampeón provincial que quiere bajarme los humos. Si estuviéramos en la calle y valiera todo, no me aguantaría ni una vuelta. Pero estamos en un cuadrilátero y eso para mí es como pelear con un brazo atado, así que me castiga aprovechando que me estoy volviendo viejo y que fumo varios negros por día. Me exige tanto que al final me desprendo mágicamente de toda la mala leche y del resentimiento que el doctorcito me ha metido en las tripas. Bajo los brazos un momento como si el duelo estuviera cerrado y de pronto le meto un porrazo ilegal que le sacude las neuronas. Es un truco infantil, pero me pone de buen humor. Cuando me la quiere devolver me meto por las cuerdas, escupo el protector y salgo agradeciendo. Luego bajo la ducha pienso una vez más en la dama blanca. Lo que sé y aprendí de ella a lo largo de todos estos meses no alcanza para sacarle una foto definitiva: cambia y vuelve a cambiar, a veces se parece a un determinado personaje histórico y a veces es idéntica a otro y a otro más, que resulta antagónico y contradictorio. Hay muchas Nurias dentro de Nuria. En un momento es una mujer dominante y al instante siguiente es frágil. Da toda la impresión de estar subordinada a Balduin y a García Roldán, y después se mueve sutilmente como si los manipulara. La advertencia de su amigo más cercano me sugiere que construye poder desde su debilidad y que más tarde, cuando se siente fuerte, lo utiliza de manera impiadosa. Hay mujeres que venden fragilidad para obtener sobreprotección. «Es piscis con ascendente en tauro y serpiente de agua en el horóscopo chino —decía la gorda Maca—. Debe aprender todos los días a controlar sus pasiones para no caer en excesos. Acostumbra a someter a los demás a sus caprichos, utilizando si hace falta hasta el chantaje sentimental. Es calculadora y si tiene un objetivo, actúa con sangre fría y de manera metódica e implacable. Quiere manejar todos los hilos. Cuando se enoja es capaz de ser rencorosa y mortífera».

Mientras me seco en los vestuarios, recuerdo que tengo precisamente una sesión con Maca. La licencia psiquiátrica me viene librando de estos encuentros mensuales, pero la prórroga por un año que va a pedir la Casita exige nuevos informes. O así al menos me lo hizo saber Cálgaris. No estoy muy seguro de que me esté diciendo toda la verdad, pero aprovecho la ocasión para llamar a la gorda y marcar una cita. Me apura para mañana mismo. Reviso la agenda: a esa hora estarán los tres socios en la oficina, a puertas cerradas con el empresario pesquero, arreglando porcentajes y logística. Para ese tipo de actividades, dispongo de dos custodios: uno a la recepción

y otro a la puerta de calle. Acuerdo con Maca una sesión de tortura y vuelvo al centro. Palma me espera en un bar tomando leche y devorándose cinco muffins de vainilla y chocolate mientras controla dos *tablets* al mismo tiempo y escucha música electrónica en un *Ipod*. Lleva una remera con una escena de *El Juego del Miedo IV*, y me dice «hola» sin apartar la vista de las pantallas. Pido un café y me pregunta cómo va la Gioconda. Su desconexión es tan grande que podría hablarle veinte minutos sobre los peligrosísimos negocios de Menéndez Lugo sin moverlo de la indiferencia. A veces tengo la sensación de que solo vive en la realidad virtual. Que únicamente en ese mundo es agudo e interesante; casi un ser humano.

Nos ponemos al día con las últimas diligencias que le encomendamos y le doy una lista nueva de objetivos. La lista está escrita en papel, y Palma lo acepta con precaución, como si la celulosa tuviera veneno. La conversación se nos agota rápido, así que apuro el resto del café y cuando voy a levantarme, me pone una mano encima y me pide que espere. Ahora su rostro está más serio y oscuro. Saca del bolsillo otros auriculares y los conecta a una *tablet*. Me pide que me los ponga. Espero que no sea música electrónica. Le hago caso. Busca entonces en el escritorio un archivo y antes de *clickear* me aclara: «No quise mandártelo por correo». Es una actitud grave porque tanto él como yo estamos seguros de que nuestra vía se encuentra limpia y es a prueba de toda penetración. Y el tema de fondo debe ser alarmante como para tanta reserva. Finalmente *clikea* y me sorprenden dos hombres en una charla telefónica. Una voz es perruna y se arrastra; la otra es afónica y canyengue. Las dos voces me suenan vagamente conocidas. Los tipos están hablando de una causa por tráfico de efedrina. Miro a Palma y le pregunto con la cabeza quiénes son. Pronuncia dos apellidos: Rada y Bragoni. Desde que el sindicalista entró en el planeta Nuria, la Cueva lo vigila día y noche, le pincha los teléfonos y los *mails*, y hasta le escucha las conversaciones que tiene en su despacho gracias a un ambiental que le instaló un técnico de la Casita. «Lo importante viene ahora», me previene Palma y se come el último trozo del último muffin. Bragoni de pronto comienza a hablar de García Roldán y de Balduin, y menciona la embotelladora. Es un comentario al paso, luego siguen hablando de la causa judicial, pero a mí se me endurecen las venas. Busco los ojos del *hacker* para encontrar una respuesta. No tiene más que una convicción:

—Un buchón adentro. Descartá que pueda habernos pinchado. Es imposible.

—¿Estás seguro?

—Al círculo rojo no entra ni Cristo. Garantía total.

Pienso en el intendente. También en Rossi, que no deja de ser una rata de albañal. Me imagino a Bragoni impaciente, parando las antenas. Y a ese intendente poco confiable, y a ese Químico en libertad condicional. Bragoni quiere su hueso, todavía no sabe que Nuria le dará participación. Ronda como un perro hambriento. Un perro rabioso.

Le pregunto cuánto tiempo tiene la grabación. Palma me responde que es fresquita. De ayer nomás.



—¿Podemos *hackearlo* a Bragoni? —quiero saber.

Sonríe con suficiencia.

—Más bien.

—Pero nada de micrófonos —pienso en voz alta.

Palma me observa con más atención que nunca.

—¿Es tan malo? —me pregunta.

—El más malo de todos.

Por un brevísimo lapso el *hacker* parece formar parte de la raza humana. Es completamente distinto cuando se transforma en persona. Pero eso dura muy poco. Con mucha rapidez me quita los auriculares y escapa hacia el universo virtual, como un delfín que se asoma un ratito, vuelve a zambullirse y huye a toda velocidad bajo el agua.

A la mañana siguiente, luego de una mala noche, entro en el edificio de la calle Chacabuco, entrego el arma y paso por el detector de metales. Subo hasta el último piso y las dos simpáticas secretarias de Cálgaris me fuerzan a una larga amansadora en el sillón de la entrada. Busco entre las revistas de turismo amontonadas en la mesa ratona y elijo una sobre los «circuitos imperdibles pero poco transitados de Estados Unidos». Termino leyendo, sin mucho interés, un artículo sobre Sarah Vaughan: «Vibrato y cocaína». Después de una espera prolongada, me hacen pasar. «Llegás tarde», me dice el coronel desde su escritorio. Está trabajando con unas planillas de Excel. Sonríe como un lobo, con ganas de morder y de matar. Suena bajito Miles Davis. Prendo el primer cigarrillo del día y me siento cerca.

—¿Cómo están los huéspedes? —pregunta sin dejar las planillas.

—Negocian con el capitán Ahab la merluza y los langostinos —le informo.

—Cuando levanten vuelo vamos a tener que hacer algunos reclutamientos —razona—. Motoqueros y vigiladores. No podemos seguir usando gente de la Casita. Hay que tapiar.

—También vamos a necesitar esos camioneros.

—Rada —dice echándose hacia atrás y acariciándose los bigotes amarillentos. Está pensando en voz alta—. Dos o tres tipos de confianza con camiones en regla. Eso no va a ser difícil. Igualmente, cuando los elija les revisamos hasta la próstata.

—Después están los sicarios —suelto sin cambiar de tono.

Me hunde la mirada; un sable sin remache. Ahora se acaricia el gemelo verde de la manga izquierda. Nuestros pensamientos juegan una partida entera de ajedrez antes de que vuelva a abrir la boca.

—Esa área del negocio se la entregarán, llegado el caso, a la Bonaerense —dice abandonando la partida y eligiendo una pipa. Pasaron treinta segundos interminables—. Trabajan con los peruanos, que no son competencia. Tienen a su disposición un ejército de sicarios.

—¿Y querrán los peruanos meterse con los colombianos? —lo pincho—. Porque Nuria va a pisarles los callos a los amigos del Valle del Cauca, y no se van a quedar

mirándole las gambas.

Elige una pipa petisa y produce una enorme humareda.

—No crucemos el puente antes de llegar —relativiza—. Los huéspedes vienen con nosotros hasta «Siete alazanes» y de allí regresan en jet privado a Ezeiza y vuelan en avión de línea a Asunción. Roldán después vuelve a Madrid, pero Balduin hace todavía una escala en Bogotá y otra en el D. F.

—Parece la gira de los Rolling Stones.

De nuevo libramos una partida mental sin mirarnos a los ojos.

—¿Qué pasa, Remil? —carraspea.

—Bragoni sabe que avanzamos con la embotelladora.

Pasa del carraspeo al catarro aguardentoso. No desatiende, sin embargo, su pipa enana. Pienso en sus pulmones y en el cáncer de laringe.

—¿Palma? —prueba.

—Bragoni está muy ansioso —asiento—. No va a tardar en mostrar la trucha.

—Sí —acuerda moviendo una mano, como barriendo la idea—. Y cuando está ansioso es como un jabalí herido.

—Me consta.

El coronel sonrío de manera inesperada.

—Pero no te agites tanto —me aconseja—. «El peor enemigo es el que está encubierto».

—¿Ovidio?

—Séneca.

Me muestra un Power Point que prepara para los españoles. Me muevo hasta el escritorio, arrastrando las bolas, para examinar de cerca su Mac. Es un cuadro completo de las rutas, los cárteles y los pequeños narcoemprendimientos que operan en territorio argentino. También contiene las características de los jefes y de sus protectores. La falopa que se consume, la falopa que va de paso. Nos retrasamos una hora viendo y ajustando datos, nombres y cifras. Al salir les repito a sus dos secretarias la frase de Séneca. El peor enemigo es el que está encubierto. Son dos cacatúas de mala entraña y se quedan algo confundidas. Bajo hasta el despacho de Maca. La encuentro regando los malvones. Volvió algo cambiada: adelgazó varios kilos, se hizo reflejos, está tostada por el sol español. Viene de vacaciones. Calculo que fueron vacaciones románticas y paradisíacas. «Marbella», me confirma. Y a continuación toma su bloc y me sacude:

—¿Ya te enamoraste de esa bruja?

Le miro las tetas portentosas; recuerdo a la narigona del Palacio del Congreso de los Diputados de España. Maca se ríe.

—El síndrome del guardaespaldas —bromea—. Muchos días y muchas noches, mucha intimidad forzada. La convivencia laboral caliente. Ella se siente la damisela en apuros, empieza a verlo a él como si fuera el caballero andante y protector. Le toma cariño, lo necesita, un día fantasea con cogérselo. Estefanía de Monaco. Y no le

pasó una, sino dos veces.

—Hay gente que ama este gremio.

—Pero la tuya no es una princesa, es una bruja. Y no lo digo yo. Lo dice la astrología.

Maca ya no ríe: reflexiona un instante, le da vueltas a un asunto mordiendo su lapicera roja y anota algo en el bloc.

—También está el síndrome del guardián —me lanza, quitándose los anteojos de marco rojo. Se dispone a describir el síndrome pero le bloqueo la salida.

—El amor no es imprescindible —le recuerdo—. Ni siquiera para los héroes infames.

Se queda descolocada, hecha un tomate. Gorda conchuda. Ahora llamé a Madrid y contale a tu novia que las estuve espiando. Que probablemente leí toda tu correspondencia digital y que no podés denunciarme ante nadie. Ni siquiera ante el jefe. Porque el jefe se te va a cagar de risa en la cara, gordita conchuda.

Veo que trata de rescatarse y de mantener la serenidad profesional. Prendo otro cigarrillo.

—Me enteré de que en diciembre se te murió un pariente muy querido —dice.

—No era un pariente, era mi sargento.

—¿Y qué sentiste? —me pregunta secamente, como enojada y distraída—. Además del dolor, ¿qué sentiste?

—Nada —digo, pero lo pienso un poco mejor—. Nada. Me confirmó que vamos para viejos.

—El temor a la vejez —anota. Por dentro tiene ira, por fuera es un témpano.

—Ningún temor —corrijo—. La sorpresa nomás.

—¿En qué otras cosas sentís que sos viejo?

—No sé —digo con sinceridad—. No tengo problemas de erección.

Ignoro si puedo decir lo que pienso. Pero al final lo digo:

—En el servicio empiezan a pensar que somos viejos, que pasamos de moda.

Se coloca de nuevo los anteojos, muerde otra vez la lapicera. Parece sorprendida. Imagino que le gustaría saber también cómo averigüé esa apreciación secreta, pero se contiene.

—¿Y eso te amarga? —pregunta.

—Sí, me da odio —confieso.

—El odio me parece un tanto peligroso en un tipo violento como vos.

—Entonces ya tenes algo para tu informe —le digo levantándome—. «Agente con alto estrés y resentimiento. Sugiero licencia para terapia».

—Todavía no terminamos —me advierte. Conchuda.

Vuelvo a sentarme, le doy las últimas pitadas al cigarrillo y lo aplasto en el gran cenicero. Maca me observa sin decidirse a intervenir. Finalmente, se decide. Cierra el bloc y habla. Tiene la voz neutra y los párpados caídos:

—Cálgaris quiere saber cómo te está afectando. Se supone que debería

arrancártelo con terapia pero no tengo fuerzas ni tiempo ni humor para los retruécanos y las chicanas. Ya sabés cómo funciona esto. El informe va por un lado y el coronel va por otro.

Agradezco mucho que deponga el combate y las masturbaciones. Decido corresponder a esa honestidad, aunque con moderación: no sé cuánta información le habilitó el coronel sobre las verdaderas actividades de la dama blanca.

—Casi todos los domingos me pongo un traje de neoprene y salgo a nadar a río abierto —le revelo, en un impulso—. Siempre me meto despacio y nado pecho. Después paso a crawl. Sigo un rato largo, y en un momento giro y empiezo a braccar hacia el sur, paralelo a la costa. Muchas veces me doy cuenta de que me alejé demasiado y tengo que escupir los bofes para no perder la moral y ahogarme. Termino nadando estilo *over* y arrastrándome en el barro. Muchas veces pienso que un día de estos me voy a equivocar. Que voy a pasarme de la raya y que cuando quiera volver ya va a ser tarde.

Maca tiene la boca abierta. Cuando freno, parpadea y toma un sorbito de agua mineral. Deja una manchita de rouge en el vaso.

—Comprendo —suspira, y anota en su bloc todo un párrafo.

Ya no me retiene luego de esa metáfora acuática. Llego tarde a un almuerzo de trabajo. Nuria me aparta y me muestra, en su *tablet*, el cronograma modificado del resto de la semana, especialmente lo que haremos durante tres días en «Siete alazanes»: la senadora cuenta con un sistema propio de seguridad, pero Cálgaris quiere que lo reforcemos con nuestra gente. Nuria está tan cerca que puedo percibir un cambio de perfume. No lleva el Chance de Chanel sino 3 Aguas Perfumadas. Inevitablemente imagino de qué se trata «el síndrome del guardián».

La semana se presenta monótona, sin recesos. Más reuniones, más trámites, más acuerdos, más burocracia. A García Roldán y a Balduin no les queda mucha fuerza para engancharse en paseos turísticos. Día por medio, el abogado juega tenis y el financista tiene orgías. Pero al menos eluden tanguerías y clichés de la ciudad. La gira va a terminar en la estancia de Parisi, y la visita es una carrera contra el reloj. Una tarde, mientras bostezo en la antesala de un banco de la calle Reconquista, recibo un furtivo mensaje de texto: Lali. Y dice «SOS». Salgo a la vereda y la llamo, pero no responde. Pido a la Casita un refuerzo y me mandan a un salteño que combatió en Goose Green. Tardo veinte minutos en llegar a la calle Honduras. La puerta de metal está abollada y semiabierta. La empujo con el hombro, pistola en mano. «Lali», la llamo. Nadie contesta. Se oye de fondo una canción de Janis Joplin. O algo así. Veo que la Yamaha no está en su lugar, y avanzo por el *loft* como si me fueran a pegar un cohetazo. Me encuentro con la cama redonda vacía y con el laboratorio revuelto. Retrocedo hasta la isla de edición. No tengo tiempo de percibir lo que más tarde descubriré: faltan los CPU de las computadoras, los discos, los archivos en papel, los

cuadernos y los sobres. Me escondo detrás de la consola y marco el número para que el *ringtone* me oriente. Llama y llama en la quietud de la casa, pero no salta ni un zumbido. «¡Lali!», grito. «¡Lali!», vuelvo a gritar. Tardo varios segundos en salir de ese rincón y en caminar en cuclillas, como un pato, hasta la zona de la cocina. Cuando lo hago, todo se aclara de repente. Detrás de la mesada, Lali permanece boca abajo, más que fría: congelada. Hace mucho que está muerta. Alguien le puso una rodilla en la espalda y le rodeó la garganta con un cable de metal: trató de estranglarla pero probablemente le dio un tirón y le quebró el cuello. El cable despellejó la piel, entró en la carne, sacó sangre y se retiró. No está en el piso de cerámica. Imagino de inmediato los cables con tarugos de madera que usábamos en el curso de comando. Al final el hijo de puta se lo guardó en el bolsillo. Antes de la faena la estuvo trompeando: se ven huellas y heridas en su cuerpo desnudo, que doy vuelta un instante para examinar. Ella no pudo ni siquiera defenderse, no tiene rastros debajo de las uñas. La recuerdo viva en un *flash*: los ojos marrones, el pelo corto y rubio, los *piercings*. Recuerdo insólitamente el antiquísimo sabor de su boca. Ahora tiene los ojos cerrados y la boca suspendida.

Giro en redondo y me paro con precaución, pero ya tengo la certeza de que esta vez mataron, saquearon y se fueron. No voy a encontrar a nadie, y resulta exactamente así: recorro el *loft*, me meto en el baño, constato la puerta cerrada que da al patio y a la terraza, y me siento un momento en la cama redonda, provisoriamente abatido. Es entonces cuando descarto las posibilidades: Lali tuvo una vida peligrosa y seguramente muchos enemigos, pero no pudo ser un ladrón cualquiera, ni un falopero desesperado de Palermo Hollywood. Se llevó las fotos de papel y sobre todo las digitales, pero no tocó la raleada colección de Nikon, Canon, teleobjetivos y cámaras digitales *high definition*. Varias horas más tarde, el tipo me mandó un SOS para que yo viniera a buscarla. ¿Por qué lo hizo? No fue para tenderme una trampa, eso es evidente.

Saco mi móvil y llamo a Palma. «Le robaron el celular a Lali —le digo—. ¿Podemos localizarlo?». Palma me responde que va a tratar y me corta. Llamo a Cálgaris, le cuento brevemente lo que pasa. Nos quedamos en silencio. Los dos sabemos lo que esta tragedia significa. Después el coronel me explica sin vacilaciones que no conviene dar aviso a la Casa. Que va a mandarme a un «comisario amigo» de la Federal para que se haga cargo del bolonqui. «Quedate y guialo», me ordena. Guardo la Glock y espero. Suenan una y otra vez las canciones de Joplin. En diez minutos me llama el comisario y me asegura que llega en quince. Tiene voz gangosa. Reviso, mientras tanto, la heladera: no hay bocha en el freezer ni comida en los estantes, salvo un pan lactal de la década del noventa. Repaso, con repugnante nostalgia, sus trofeos fotográficos, que siguen en la pared. Me detengo en la duquesa. José Ignacio, San Antonio de Areco, Rio das Pedras, y su tarjeta manuscrita: «Has destrozado mi vida». Vuelvo a mirar a Lali por última vez. Supongo que me duele este desenlace, aunque pienso que personas como ella o como

yo tenemos el boleto picado, y que tarde o temprano nos llega la guadaña.

El comisario aparece con un colega de la seccional y con tres ruidosos patrulleros. Les cuento que Lali era una *dealer* local y que seguramente se la cepilló un drogón del barrio. Los canas saben perfectamente que es una especie de mentira pero actúan como si se tratara de la verdad revelada. Cae la policía científica. Palma me avisa que el celular de Lali está apagado y que la última señal corresponde a La Boca. Está usando un *software* con GPS para localizar teléfonos móviles. Le pido una precisión. Me la da. Sonríó con amargura. Pregunto a los comisarios si me necesitan. Por supuesto que no. Yo jamás estuve en esa casa de la calle Honduras. Camino a La Boca, Cálgaris me llama para darme un dato: abandonaron en la vereda del departamento de la calle Juncal, contra un árbol, la Yamaha FZ16. Previamente una aplanadora de asfalto la redujo a una obra de arte de quince centímetros.

Estaciono cerca del Riachuelo y subo hasta la confitería de Proa. Ningún comensal me parece conocido ni sospechoso. Declaro en la caja que unos amigos se olvidaron un celular. Dudan un poco. Se los describo: un panzón con campera beige y anillo con sello; un compañero alto y fornido, con una cicatriz en la frente y el pelo cortado al rape. El gordo tiene un Renault Fluence negro. No corresponden ni el beige ni el Renault, pero se dan cuenta de que los junó bien junados. Me entregan el celular de Lali, que está más muerto que ella: se quedó sin batería. De regreso, Cálgaris me anuncia que convocó a una reunión general en el hotel Alvear. Me demoro en La Biela y pido un vodka: hago todo lo posible para dividir la bronca del razonamiento. Como no lo consigo, pido otra copa y la vacío de un trago. Otra vez llego tarde a la suite de Balduin. El financista y el abogado están muy serios, sentados en el sofá del living. Beben sorbitos de agua gasificada. Cálgaris acercó una silla de estilo clásico y fuma una nueva pipa de cedro. Nuria ocupa un sillón levemente apartado: parece concentrada en la araña de bronce y cristal, pero en realidad piensa en su destino. Nadie dice nada ni cambia de posición cuando entro y me paro frente a la ventana, junto a las cortinas doradas y el escritorio. Noto que cuando Cálgaris habla de Bragoni, Nuria baja la cabeza y se mira las manos. Trajo un vestido de gasa color crudo con estampado en azul y falda tableada. La ropa parece levísima, como si le flotara sobre el cuerpo. Levanta la vista y cruzamos una larga mirada.

—¿Entonces qué sugiere usted, coronel? —se impacienta García Roldán, que tiene cara de caballo compungido.

El coronel guarda un silencio teatral. Se acaricia levemente el lóbulo de la oreja, observando a Balduin, que a la vez contempla el perfil de Nuria y se pasa una lengua sedienta por los labios rojos. Cuando Cálgaris retoma la palabra lo hace como si fuera un contador público nacional. O un obispo.

—Sugiero que les digamos que entendimos el mensaje y que los aceptamos como socios. Pero no lo hagamos desde la debilidad.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta Balduin, y busca un cigarrito de lata: está vacía. Nuria le alcanza un Camel, y el broker lo parte por la mitad y lo prende con el

Dupont del abogado.

—Por ese detalle no se preocupe —le responde Cálgaris, y cabecea en mi dirección—. Remil se va a encargar de todo. Él sabe muy bien cómo entregar una carta.

Ahora no hay uno solo que no me mire. Excepto Nuria, que se levanta e informa al conjunto que está rendida y que se va a dormir temprano. «Llévame a casa», me ordena. La interceptan en la salida para acordar las reuniones de mañana; le proponen a Cálgaris una cena para tres esa misma noche y en esa misma suite. Nuria me contempla por el espejo del ascensor. Luego se sienta a mi lado en el Audi y se deja llevar hasta Juncal. No despega los labios ni para fumarse un Camel. Cuando estaciono ya no hay vestigios de la moto aplastada, pero el salteño que combatió en Goose Green hace guardia en el hall. Voy a bajarme para abrirle la puerta cuando ella me pone una mano sobre la mano que todavía tengo en el volante. El inesperado contacto me remueve por dentro; estoy muy sensible.

—¿Es verdad que fue tu amante? —quiere saber. No hay ninguna insinuación en su voz, pero es una pregunta audaz y personal.

—Hace mucho —digo, y largo el aire. No puedo mirarla, estamos muy cerca, y a lo mejor ahora soy yo quien tomó demasiado.

No sé qué pasa por su cabeza. Solo sé que al cabo de cuarenta o cincuenta segundos aparta su mano y no me deja otra alternativa que bajarme, rodear el coche y abrirle la puerta. «Lo lamento, que en paz descanse», agrega pasando a mi lado. El salteño le abre y me saluda; ella se pierde en el ascensor.

Ya en Belgrano R, llamo al hombre que no tiene vida y le pregunto si logró pincharle los teléfonos a Bragoni. «¿Con quién te pensás que estás tratando?», me devuelve Palma. Pero enseguida baja el copete y me confiesa que no es tan simple: utiliza alternativamente doce teléfonos móviles distintos. «Pasame el número del celular que más use», le pido. Me lo envía por *e-mail*. «Quiero que mañana a primera hora, cuando te avise, lo rastrees con ese *software* de GPS, como hiciste hoy con el celular de Lali», le explico. «Okey», confirma. «¿Vas a estar despierto a esa hora?», lo aprieto. «Yo no duermo nunca, papá», se jacta. Antes de meterme en la cama, llamo a Bragoni: salta el contestador. «Mi patrona quiere escucharlo», le dejo dicho. Si yo fuera Bragoni organizaría un encuentro en un territorio donde fuera local, y donde ninguno de los dos pudiera madrugar al otro. Cuando salgo del baño encuentro un SMS: mañana a las ocho de la noche en el patio de comidas del San Justo Shopping. Acepto y me voy a dormir. Pero no duermo. Pienso en Lali, y me imagino al rottweiler de pelo cortado al rape poniéndole una rodilla en la espalda, ajustándole el cable y apretando hasta matarla. Prendo la luz y agarro un libro al boleo: *La última legión*, de Manfredi. «Se terminó, hijo mío, mi rey. Nadie se atreverá a tocarte porque has pasado a través del hielo, del fuego y de la sangre, como esa espada que ha penetrado en la roca, hijo del dragón». A las ocho en punto llamo a Palma. Tarda unos minutos en encontrar las coordenadas: Bragoni está en una esquina de la calle

Sargento Cabral, en Ramos Mejía. Voy sin mucho apuro, escuchando las noticias, con la mente en blanco. Reviso en la *notebook* el Google Maps y busco intencionalmente una plaza, que queda a unos trescientos metros. Es una mañana de sol pero el Servicio Meteorológico anticipa un frente frío. Cuando estoy llegando a ese cruce le pido a Palma que pruebe otra vez. «No se movió», me asegura. Y un instante después manda otra línea escrita con mayúsculas: «¿Mataron a Lali?». A la pregunta le siguen cuatro signos de admiración. Cierro el celular, estaciono cerca de la plaza y recojo los binoculares. Bajo y camino despacio; hay gente baldeando y chicos que pasan en bicicleta. El punto indicado es un bar esquinado y moderno. Me pongo del lado de la sombra y reviso con los prismáticos las mesas que extendieron por la vereda soleada. Están todas vacías, salvo una. Detecto en un ángulo perfecto a Nacho Bragoni, que habla por teléfono y dibuja, con una Pilot negra, en una servilleta de papel. Su rottweiler toma café en una silla que está al borde del cordón. Me detengo en la cicatriz y en sus facciones. Tiene pinta de cana descerebrado. Retrocedo hasta la camioneta, dejo los binoculares y escondo la Glock en la guantera. Como hace un caballero en una visita protocolar.

Llego hasta ellos en camisa y vaqueros, con las manos limpias y la cara neutra. Justo en ese momento Bragoni está a punto de levantarse, pero se queda tieso al reconocerme. Las manos se mueven. El luchador de catch pone una mano en la frente para defenderse del sol y su rottweiler baja la mano y acaricia la culata de un bufoso que tiene bajo la mesa. La mesa está llena de celulares y cafés y cenizas y colillas aplastadas. «Pájaro», me saluda Bragoni desde su afonía, y abre la boca. Se supone que es una sonrisa, pero por las ranuras negras salen rayos de odio y de alarma. Está más gordo de lo que estaba en la UP63, pero va bien vestido y se tiñe el pelo. Ese detalle de pulcritud y coquetería me desconcierta un poco.

—No me gustan mucho los shoppings —le digo.

—Y a mí no me gustan las sorpresas —me responde.

Como no me invita a sentar me quedo de pie y espero que mueva su ficha. Sin quitarme los ojos de encima hace un gesto a su rottweiler y me cuenta:

—Iba al baño, pero ahora la prioridad la tenes vos.

El rottweiler me lleva diez centímetros. No le importa que le vean la Browning de nueva generación que empuña, aunque la lleva en el brazo caído mientras entramos en el bar, atravesamos el local desierto y nos metemos en la zona de los mingitorios. Cuando me ordena que ponga las manos en la nuca y abra las piernas descubro que tiene una voz insignificante y maricona que no hace juego con su facha. Me hace lo mismo que yo le hago noche por medio a los amigos de Balduin: me palpa de armas, me obliga a abrirme la camisa para ver si voy cableado. Lo imagino de nuevo sobre la espalda de Lali, rodeándola con el cable y pegando un tirón. Cuando salimos a la calle, Bragoni se acaricia la cara achinada como si quisiera comprobar si se afeitó bien esa mañana, pero lo hace sin canchereadas ni exageraciones. Está lejos de aquel gángster de puta, fruía y habano que conocí en el casino de oficiales. Es como si



hubiera madurado. Saca la campera beige de la tercera silla para que yo me siente a su lado y le veo el anillo de sello en el anular de la mano izquierda. Llama al mozo por su nombre y me pide un café sin preguntarme. Suenan dos o tres celulares, vibra otro, pero Bragoni no los atiende. El rottweiler ocupa su atalaya, en el borde de la vereda, la pistola escondida en el regazo. Parece un árbitro de tenis.

—No creas que no te guardo veneno —dice Bragoni mostrando sus cartas. Pero de pronto cambia de dirección—. ¿Vos tenés familia, Pájaro?

—No —contesto. Vuelve a desconcertarme el tono: no fue una pregunta cínica ni amenazadora, como hubiera sido hace años. No trata de cacarear superioridad ni ironías; habla como un tipo razonable. Quién sabe, tal vez como algunos presos, en el teatro de la cárcel representa un papel y luego en la vida verdadera resulta ser otra cosa.

—Yo tampoco —agrega, y parece lamentarlo—. No sé, no se dio. Pero si te fijás bien, todos trabajamos para una familia.

Traen el café y un vaso de agua con gas. Tomo primero el agua. Bragoni me da sed.

—Mi viejo y todos mis tíos fueron canas —cuenta mirando los autos que pasan—. Es una tradición, lo llevo en la sangre. Y te digo que la institución a mí me dio mucho. ¿Sabés dónde están mis amigos del barrio? Si no fuera porque yo entré de pendejito hoy sería como ellos. Un desastre.

Saco, con permiso del rottweiler, un Parisienne. Y Bragoni me da fuego. Parecemos hombres lógicos y civilizados. El café es vomitivo.

—Pero ahora somos carne de cañón —sigue el gordo, frotando el sello contra la manga de su camisa—. Nos cagan de hambre y nos cagan a tiros. Y después nos traicionan. Son muy hijos de puta, Pájaro. Todos. Una manga de hijos de puta.

Este es el país donde todos los ilegales, los corruptos y los truchos tenemos una buena razón para serlo, pienso. Y trato de adivinar dónde revistió el rottweiler antes de ser el guardián del zar. Imagino que tal vez lo hizo en el Grupo Halcón.

—Y bueno, yo recaudo para la familia —dice por fin Bragoni, como si estuviéramos en un desenlace—. Hago guita para las cooperativas, para los deudos. Soy como un ente financiero. Mirá estos teléfonos. Laburo noche y día, hermano. Si no abro el boliche, si no me muevo, mi gente no come. Así de directo. Tengo mucha responsabilidad sobre este lomo. Muchísima.

Se lo golpea como si le doliera. Recoge un teléfono y lee un mensaje de texto. Responde rápidamente y vuelve a apoyarlo sobre la mesa. Me mira de frente, las ranuras negras.

—Y para ir al grano: la familia está muy caliente con tu patraña —dice con suavidad, y con un parpadeo—. Esa rubita me sacaba fotos. Y a mí, como sabrás, no me gustan las fotos, salgo siempre gordo. Ese negro bachicha no soy yo. Y después viene la rubita y quiere transar. Me aprieta para que la ponga a vender en Palermo. A consignación. Ese no es mi *target*, rubita. Pero me rompe las pelotas. Me manda una

foto. Pelotuda y además falopera. Y aparte, ya te digo, tu patrona me tiene colgado del pincel. Ni los llamados me atiende. La aconsejás muy mal.

—Yo no soy su consejero.

Se encoge de hombros, se pasa una mano por la boca.

—No te creas que no te guardo veneno por aquella buchonada —completa, y por primera vez percibo un cierto rencor—. Allá perdimos, y después la familia arregló con tus jefes. Porque si no, eras pájaro a la parrilla.

Se ríe con la panza y con los cachetes, y el rottweiler le hace la corte. Se ríen los dos. Les veo los dientes. Apago el pucho en el cenicero de metal. Bragoni respira profundo, como si se hubiera quedado sin aire.

—Y acá estamos los dos, las vueltas de la vida —dice y las ranuras brillan. Toma la Pilot y dibuja unos bigotes en la servilleta—. Quiero que tu patrona me llame y me diga: sí o no. Para saber a qué atenernos. Sí o no. Nada más. Si el negocio se hace, ningún problema, después arreglamos los detalles sin apuro. Pero yo a la familia le tengo que adelantar cómo viene el baile. Es mi obligación.

Se queda pensativo. Parece errático, dice como volviendo atrás:

—Los que nos acusan son lo que pusieron a los pibes en el barro. Ellos se los culearon a los pibes, los verduguearon, los condenaron a la puta malaria. Y ahora nosotros tenemos la culpa. Nosotros, ¿te das cuenta? Nosotros les damos aspirinas y somos el problema. Hijos de puta.

Se tira hacia atrás, se rasca la barriga. Después levanta el dedo índice y lo mueve, y me apunta.

—Sí o no, Pájaro. Para tener las cuentas claras.

Miro al rottweiler y luego miro a Bragoni. No me despiertan ningún sentimiento. Me paro y les digo que pronto tendrán novedades. Camino cien metros sin volverme, y otros doscientos más hasta la camioneta. Me subo y prendo el motor, rescato la Glock de la guantera, prendo el celular y pongo a mano los binoculares. Avanzo despacito hasta la última sombra, y desde allí observo el bar esquinado y las mesas. Bragoni habla de nuevo por teléfono, su guardaespaldas se corta las uñas con un alicate. Espero con el motor encendido hasta que el gordo deja un teléfono y agarra otro, y se levanta con dificultad, como si estuviera acalambrado. De hecho atraviesa rengueando y charlando por celular el tramo que lleva al local vacío y al baño de hombres. Cuando desaparece en los interiores, suelto los prismáticos y aprieto el acelerador. La 4x4 sale como balazo, atraviesa la calle, sube a la vereda y gira hacia la esquina. No le doy tiempo al rottweiler más que a incorporarse a medias. Lo atropello de frente. Y siento el golpe contra la carne y el hueso, y contra la madera: el cuerpo, la mesa, los pocillos, las cucharas y los celulares saltan por el aire, como si explotaran. Me los llevo puestos varios metros, un celular rebota contra el vidrio de adelante y casi lo astilla, y veo por el espejo retrovisor que el tipo fue expulsado, que cae y rueda y que queda tendido en el asfalto. Doblo rechinando las gomas y escapo, cruzo Ramos Mejía y después me meto en una avenida tranquila que lleva hasta el

centro de la Capital. Es entonces cuando veo el reloj: por increíble que parezca no pasaron más de diez minutos. Llamo al teléfono de Bragoni, pero no responde. Le pido a Palma que me pase los otros números. Me pasa tres; quiere hablar de Lali pero no se lo permito. Pruebo con esos números: el primero está cerrado, el segundo llama y llama. En el tercero oigo el aliento jadeante de Bragoni. Parece un maratonista extenuado. No me saluda, no me putea. Solamente respira como un escuerzo que está a punto de reventar. «La patrona dice que sí», le informo. Corto la comunicación y pongo música. Suena en la radio *Si no me engaña el corazón*. Es Julio Sosa. Me paso la manga de la camisa por la cara. Descubro con inquietud que tengo las mejillas mojadas. Quiero creer que se trata solamente de sudor, pero aun así es una pésima noticia.

## VII

### La reina del peronismo caviar

Aunque la senadora tiene dotes naturales, una actriz de telenovelas venida a menos la instruye desde hace dos años en el arte de la actuación y la retórica. Dicen los habitués de «Siete alazanes» que la Tana no se priva, después de la cena espléndida, de hacer un *stand up* de regalo en el gran salón comedor con chimenea y vista a los jardines. Por lo general, se trata de monólogos políticos de Tato Bores, actualizados y modificados hábilmente por ella misma, o de famosos parlamentos de Seinfeld y de Woody Allen. El informe de la Secretaría sobre Elena Parisi es amplio y colorido. La investigaron varias veces y lo hicieron a fondo. La gorda Maca participó con un sorprendente *paper* en donde detalla que no tuvo hijos y que «su marido es un pusilánime invisible de alta alcurnia y de propósito decorativo. Ni siquiera duerme con ella. Se creyó al principio que era lesbiana, pero solo se trata de una persona asexual». A continuación, Maca explica que esta clase de mujeres manifiestan indiferencia por el sexo, a pesar de que pueden sentir atracción romántica. «No estamos en presencia de un trastorno mental, sino de una opción —agrega Maca—. Lo que en Medicina se llama un deseo sexual hipoactivo. Pueden tener atracción por otros hombres o mujeres, o incluso hasta pueden enamorarse, pero no necesitan responder sexualmente a ese deseo». Un especialista en lenguaje no verbal, que vio horas y horas de sus discursos grabados, sostiene que Elena Parisi es «narcisista y rígida», pero que a la vez logra transmitir emociones y la sensación de que sus razones son siempre desinteresadas. Frente al micrófono, mantiene el cuerpo echado hacia delante, como si estuviera lanzándose a la carrera. Hace uso de lo que técnicamente se denomina «batutas», gestos que marcan el ritmo de la enunciación, y ha sabido limar con el tiempo dos señas deladoras: la sonrisa unilateral, que expresa arrogancia, y los movimientos descendentes con el dedo índice, que representan su carácter autoritario. Igual que Nuria, la senadora apoya los codos sobre la mesa, en una clásica «postura dominante», y las dos manos con las palmas hacia abajo, una sobre la otra, que revelan «autocontrol».

Después de horas de viaje y de lectura, poco me sorprende verla bajar de su helicóptero con sus botas de cuero, su abrigo de piel y su sombrero australiano de rafia. Lo más significativo quizás sean sus ojos azules, porque los fotógrafos no le hacen justicia, y también las arrugas debajo de los pómulos y alrededor de la boca, que no logra esconder ni siquiera detrás de ese maquillaje pesado pero a la vez sutil. La acompañan su asistente y una cucaracha perfumada a quien presenta como «Fierro, mi asesor de prensa y comunicación». El encuentro de la «reina del peronismo caviar» con sus invitados se produce a pocos metros del helicóptero, en la parte trasera del castillo, junto a la laguna y antes de pasar a la galería techada. Es un viernes casi otoñal, producto de una tormenta que embarró los campos y bajó

bruscamente la temperatura, y los invitados llevan ropas informales aunque un poco abrigadas. Nuria va con campera de cuero y botas altas, y tiene un foulard rojo en el cuello y un sombrero negro con una cinta y unas gafas de Gucci, estilo aviador. Cálgaris, en cambio, parece un paisano auténtico: lleva pantalones bombacha, un cárdigan verde y un sombrero de paja tipo chambergo. Los demás lucen más deportivos; algunos salen a recibirla con jeans y gorras viseras de algodón, gamuza o poliéster. La excepción, por supuesto, es la esposa de Javier Pico, que parece la modelo de una publicidad de servicios turísticos rurales. La senadora y la dama blanca son mujeres interesantes, pero por simple contraste la rubia les baja la puntuación a la mitad. Las vuelve señoras comunes y corrientes.

Pico está arrebatado por el sol y actúa como presentador oficial, pero Elena se adelanta y abraza a Osvaldo Balduin. «¡Tanto tiempo! —exclama con una sonrisa—. ¡Estás cada día más joven y hermoso!». Balduin responde con timidez, mientras los otros formulan chistes educados. Cálgaris tampoco necesita presentaciones, se quita el sombrero y le hace una reverencia, como si fuera un caballero del Siglo de Oro español. Pico vuelve a la carga con Nuria y es intencionadamente ampuloso. La Gioconda avanza con los brazos abiertos, y Parisi la escruta como si la estuviera pesando, y luego la besa en las dos mejillas. Nuria identifica a García Roldán, que le besa una mano a la reina, y en ese instante de vacilación, el abogado se siente en la necesidad de sacarse el foco de atención de encima. Y me señala. Pico no proporciona mi nombre, solo afirma que soy el gerente de seguridad de la doctora Menéndez. Fierro llena el vacío: «Remil», pronuncia. Ahora la Tana me mira de nuevo y achica un poco más sus ojos azules. «Pero qué gusto», dice automáticamente, y siento su mano suave en la mía. La siento por un segundo, porque la retira de inmediato y toma del brazo a Nuria, y marcha al frente de la manada rumbo al interior del castillo.

Me quedo en la galería, acodado en una baranda. Y Fierro me imita. El petiso viste, como siempre, de blanco, y saca su cigarrera de metal y me ofrece un Benson. Se lo acepto y me lo enciende con su Zippo dorado. Si no puedes con tu enemigo, únete a él. Fierro apoya media nalga en la baranda y hamaca una pierna. Fumamos en silencio, para no arruinar la función. Decí que acá no dan el Pulitzer. Porque Fierrito se lo merecería.

Primero hay un té con scones y mermeladas y dulces en un living lleno de sofás, sillones y armas antiguas. Solo se hablan generalidades. La marcha de la economía, la crisis europea, el modelo de acumulación de matriz productiva diversificada. La dueña de casa lleva la voz cantante, aunque Pico no se queda atrás. Elena le pregunta a Balduin por el sistema financiero, y este se pasa una mano por la cabeza rapada y balbucea algunas certezas técnicas. Las perspectivas no son buenas. Cálgaris se mantiene ensimismado, fumando su pipa en un rincón. La rubia sigue la conversación con una lánguida apatía.

Más tarde, la Tana nos hace una visita guiada por el castillo. Tiene 35

habitaciones, seis salas especiales, nueve baños, dos cocinas, patios y taller. Uno de los salones es un museo gauchesco, con restos de la guerra de la independencia, de las luchas federales y de las batallas contra los pueblos originarios. Otro salón está dedicado a Australia, su cultura y su política, documentos históricos, reproducciones de su folclore, objetos aborígenes, un poemario de Henry Lawson, una primera edición de un libro de Adam Lindsay Gordon, una maqueta que reproduce el Royal Exhibition Building en Melbourne y varias pinturas del impresionismo. Cálgaris se maravilla especialmente con algunos originales de la Escuela de Heidelberg: paisajes del río Yarra y bandidos al aire libre. El informe de la Casa asegura que algunas de esas obras fueron compradas en el mercado negro y que valen mucha guita. «Soy devota de la idiosincrasia y del proyecto desarrollista de Australia —le confiesa Elena a su auditorio—. Los australianos tienen mucho que enseñarnos. Ellos también se ven a sí mismos como la granja del mundo. Pero a diferencia de nosotros, consiguen salirse con la suya». Su voz es grave y alta, y hace todo lo posible para que el tono cordobés se vuelva suave y sensual, casi imperceptible. «Una cosa es el crecimiento y otra el desarrollo», agrega el funcionario de la Aduana haciéndole el eco. Terminamos la visita en la terraza y en el mirador. El proceso del atardecer dura un rato. Nos sirven unos tragos para crear clima. La estancia tiene campos sembrados, vacas y caballos, y ciento veinte variedades de árboles. El padre de la senadora trajo hace cuarenta años de París a un paisajista para que hiciera la base del paraíso. Luego Elena fue agregando especies de su cosecha. Nos libera para que podamos asearnos en nuestros cuartos. La cena será a las diez de la noche en la sala principal. Los que tengamos ganas de leer somos invitados a proveernos de libros en la biblioteca. Solo acudimos Cálgaris y yo a la cita, y nos pasamos cuarenta minutos revisando los anaqueles del piso al techo, subiendo y bajando las escaleras, comentando algunos títulos históricos y sorprendiéndonos de lo incompleta y caprichosa que resulta esa colección. Cálgaris elige releer *Las vidas paralelas de Plutarco* y yo *La taza de oro*, de Steinbeck. No podemos evitar algunos comentarios malévolos y amenazantes sobre Fierrito. Aprovecho el tiempo para dar una vuelta por los alrededores, más para respirar el peligro que por otra cosa: la senadora tiene un pequeño ejército de custodias y un sistema de alarmas muy sofisticado. Mientras Nuria se mantenga junto a Elena estará sólidamente protegida.

Parisi cuenta también con un chef español que se parece a Arguiñano y que sirve paloma flambeada con setas a la plancha. Elena lo hace pasar y dar su lección sobre los gramos de panceta, los dientes de ajo y la preparación de la salsa. Se habla de la caza de alas manchadas, las picazuró y las tórtolas. Un cazador, con señuelo y una escopeta calibre 12, puede matar cien palomas por día. Como son una plaga, no hay límite legal. «Nuestro amigo Rada —dice la senadora con otra sonrisa— es un fanático de este deporte. Está en una estancia del norte de la provincia y me dijo hace un momento que anda cansado y que pasará la noche allá. Que pide disculpas, pero que mañana sin falta se nos une para las actividades». Es un trabajador muy

esforzado, pudo haber dicho. Pero no lo hace. No hay ironía ni extrañeza en sus palabras.

Todos se han cambiado de ropa y, aunque se les nota la ducha y el perfume, también se ve que la jornada los tiene fatigados. Nuria no me mira ni un momento en toda la cena. Está sentada a la derecha de la reina y participa con sobriedad de la conversación, que incluye la política nacional, las anécdotas e infidencias que surgen de la Casa Rosada, la historia de Córdoba, las costumbres verdaderas de los paisanos, el valor del arte, la familia Parisi, el loco y las bebidas locales. Hay una sobremesa en el living con whisky y cafés, y Parisi se permite por primera vez aceptar un cigarrillo. Nadie tiene el mal gusto de hablar de cocaína, sicarios, tráfico y lavado de dinero. Esos temas cortan la digestión.

Veo que Cálgaris se lleva a Fierrito del brazo hasta la galería y que permanecen un buen rato a solas. Parisi, García Roldán, Pico y su esposa pactan un partido de tenis para la mañana siguiente. Balduin se la pasa enviando y recibiendo mensajes desde su *Blackberry*. La asistente, el chef y los criados de Elena se fueron a dormir. Nuria dice que está cansada y me pide inesperadamente que la acompañe hasta su cuarto. Los hombres siguen con su juego, pero la senadora y la rubia no se pierden ese ascenso prematuro por la escalera que da a la planta alta. Al llegar al pasillo, Nuria se vuelve y me pregunta si revisé su habitación. ¿Qué quiere? ¿Darles a entender a esas yeguas que tiene un amorío o verdaderamente quiere tenerlo? «La revisé esta tarde —le respondo—. Pero puedo ver si hay alguien bajo la cama». Me sonrío. «Ni en tus sueños —dice, y me señala mi cuarto con la cabeza—. No vuelvas a bajar, perro fiel. Quédate cerca. Esta parece una novela de Agatha Christie. Un invitado puede amanecer con un cuchillo en la espalda». Simular un amorío, para que las hembras sufran un poco. Pero la pifia, porque a la anfitriona le calienta un velín si su nueva socia coge o no con su guardaespaldas, y a la rubia no le falta fiesta: el metrosexual debe abocarse a su cuerpo con la misma precisión y frialdad con que saca la volea. Aunque tal vez les remuerda a las dos no sentir nada, y echen alguna baba secreta por esa falsa posibilidad romántica. Cómo saberlo. Me encojo de hombros y retrocedo hasta mi cuarto. Me encierro a leer a Steinbeck y me duermo enseguida.

Tengo imágenes vividas de filibusteros y ruidos de abordajes cuando me despiertan los gallos. Me pongo un jogging y unas zapatillas, recorro el castillo en puntas de pie, bajo los escalones y salgo a la galería. Hay paisanos silenciosos y un movimiento lento pero asordinado. También cuatro custodias con fusiles y *handies*, apostados en diferentes ángulos. Corro alrededor de la mansión y luego alrededor de la laguna, y tomo sendas laterales y armo un circuito que no me aleje pero que me exija a fondo. Después de una hora y media de ir y venir entre araucarias, pinos y eucaliptos, y de dar vueltas y más vueltas bajo la mirada de mis colegas, entro en el castillo por la puerta de atrás, subo la escalera sin cruzarme con nadie y me dedico en el cuarto a las elongaciones, los abdominales y las flexiones de brazos. Después me

ducho y bajo a desayunar. A medida que me acerco a la sala oigo el cuchicheo de la reina y de la dama blanca. Están solas tomando café y comiendo tostadas con dulce de membrillo. Se nota que flota entre las dos mujeres un halo de cautela y unos amagues de complicidad. Son parecidas y diferentes. Las dos están vestidas con prendas deportivas, pero no por eso renuncian al *make up*. Parisi me da los buenos días y me invita a la mesa. «Puedo tomar el café en la cocina», le digo. Y Nuria me lanza una mirada asesina. La senadora compone una mueca de leve confusión; le dirige a su invitada una mirada rápida. «De ninguna manera, querido», dice la española y señala una silla. Una morocha sencilla en uniforme azul me sirve el café negro y me pregunta si deseo tomar un jugo exprimido. «Que sean dos», le digo con una sonrisa. No intervengo en la conversación de las chicas, solo la escucho mientras tomo el café, como pan casero con queso de cabra y me distraigo en los jardines. Pronto se nos unen el coronel, que parece recién salido de un sarcófago, y los Pico, que vienen listos para Wimbledon. García Roldán baja haciendo bromas sobre el *match point*. Solo cuando todos terminaron y están listos para la acción, llega desaliñado y con los ojos entrecerrados Osvaldo Balduin, a quien le gusta mucho dormir: tiene una marca de la almohada en el rostro sin afeitado. No responde los chistes que le lanzan, se queda en la punta de la mesa, como un chico de la calle frente a su tazón de café con leche. Me despierta una mezcla de piedad y de prevención, como si se tratara de un dulce niño del infierno.

En ese momento llega en una Van negra de vidrios polarizados, seguida por dos autos de apoyo, Ernesto Rada. Y Parisi sale a darle la bienvenida y hacer las presentaciones. Es un gordo analfabeto y perruno, de cabeza cuadrada y cuerpo redondo. Viene vestido con una ridícula indumentaria de cazador africano, bermudas color caqui y zapatillas de golf. Transpira hasta cuando tiene frío, y su mano está siempre húmeda. El grupo se detiene a escuchar una anécdota sobre las palomas, mientras sus amanuenses bajan el equipaje, las escopetas y algunos ejemplares muertos para el chef. Es una conversación florida y un poco desfachatada, hay carcajadas y réplicas, y al final Rada descarta acompañarlos hasta el polideportivo. Se queda a desayunar con el coronel, que lo acapara de inmediato. Son los únicos que se mantendrán a la sombra del castillo. Los otros están ansiosos, como turistas desenfrenados, por aprovechar las instalaciones y el día de sol. «¿Y no necesitamos a Remil?», le pregunta Rada a Cálgaris. Se pone bruscamente serio; me mira como si yo fuera un guerrero watusi. Cálgaris le pasa una mano por encima de los hombros y lo acompaña hacia adentro explicándole por qué no hago falta. Yo sigo a Nuria Menéndez hasta las canchas, que están bajo unos plátanos y unas casuarinas imponentes. Hay también un *solarium* con una pileta de natación con agua climatizada: Balduin descarta el juego, se quita la remera y, con las gafas negras de hombre mosca, va derecho a los bordes de la piscina techada con vidrio. El torso y las piernas blancas están depilados y en el omóplato derecho lleva tatuado un extraño dragón. Veo cómo lo recibe una asistente y le ofrece protector solar. Esa blancura



exige medio kilo de Dermaglós 80.

Nuria y yo nos sentamos en las gradas mientras los cuatro tenistas prueban raquetas y comienzan a pelotearse. La senadora y el abogado contra el funcionario y su esposa. Parisi tiene todavía buenas piernas y rápidos reflejos. Cede el saque a su socio y se agazapa junto a la red. Parece una hembra de guepardo en posición de caza. Son cuatro personas muy competitivas, y este no será un partido amable.

En cuanto comienza, Nuria se levanta y me anuncia que quiere caminar. Me hubiera gustado seguir el trámite de este combate, porque se aprende mucho de las personas viendo cómo van a luchar cada punto y cómo manejan la resignación, pero no me queda más alternativa que seguirla. La gallega va adelante. Es una caminata rápida, casi un trote. Andamos por caminos de tierra, junto a sembradíos, y subimos cuestras y penetramos en bosquecitos frescos, llenos de aves, mariposas y perfumes.

—¿Cómo es Rada? —pregunta de repente, limpiándose el sudor que se le acumula en una línea que divide la nariz del labio superior.

—Un peronista de tercera generación —le cuento.

—¿Y eso qué significa?

—Los de primera generación fueron heroicos, los de segunda revolucionarios y los de tercera son inmensamente ricos.

—Estás generalizando, ¿verdad? —me pregunta—. ¿Estás usando conmigo tu maldito cinismo?

—Estoy tratando de no aburrirte.

—Tiene que ser muy hábil: gana todas las elecciones de su gremio.

—Son sistemas cerrados —le explico—. No tiene forma de perder. A estos caciques los derriban los jueces o las enfermedades. Nadie más. Y te diría que los jueces son menos efectivos que las coronarias.

—Parece conocerte bien.

—A mediados de los noventa tuvo graves problemas con la lista Naranja.

—¿Naranja? —se sorprende—. ¿Qué es eso?

—Trotskistas.

—¿Qué quiere decir «graves problemas»?

—De vez en cuando los troskos les dan un susto a los burócratas.

—¿Y vosotros qué pito tocabais en aquel follón?

—Lo de siempre —digo y bajo inútilmente la voz: estamos en medio del campo, observados por el ganado que pasta y perseguidos por calandrias y perdices—. El coronel me pidió que me infiltrara en un grupo de tercerizados. El asunto duró un mes y medio. O dos. Hubo una marcha, y yo me encargué de que las cosas se fueran de madre. Roturas, corridas, palos, gases lacrimógenos. Quince, entre jefes y militantes, terminaron presos. Salieron rápido, pero Rada manipuló los hechos a su favor, intervinieron el Ministerio de Trabajo y un juzgado laboral, y los muchachos de la Naranja se quedaron otra vez con las ganas.

—¿Y qué sabes tú de troskos, Remil? —Nuria se echa a reír.

—Son gente interesante —digo—. El coronel me obligó a leer varias biografías sobre Trotsky en los años ochenta. «Las masas revolucionarias en alza nunca perdonan la cobardía y la traición».

—Vaya, vaya, eres un cabrón ilustrado —se asombra, como si recién lo hubiera descubierto. De nuevo recupera la seriedad y se detiene a mirarme. Es una apreciación general, con una sonrisa suspendida—. ¿Y ahora qué voy a hacer contigo, Remil?

Como no me gusta tropezar dos veces con la misma piedra, me quedo mudo y quieto, al borde de una cornisa. Con esa clase de vértigo. Ella mueve la cabeza y parpadea un instante, y después suspira y sigue caminando. Lo hace enérgicamente, moviendo los brazos para trabajar sus inconsistencias. Nos alejamos mucho del castillo, así que el regreso nos toma casi una hora. Nuria no dice nada hasta que llegamos. Elena Parisi la espera con un gesto evaluativo, como si estuviera calibrando si solo nos hemos dedicado a pasear. Los Pico triunfaron con comodidad en el primer partido, y luego hubo cambio de parejas, y el resultado fue más apretado. Javier ganó junto a su mujer y volvió a ganar junto a su jefa. García Roldán parece contrariado, como un amateur que de repente se topa con un profesional. Dos camionetas abiertas nos llevan hasta una segunda casa, que queda a diez mil metros, en el límite externo más próximo del casco. Nos agasajan con un asado criollo. Carne crucificada en fierros y gauchos sirviendo de parados choripanes y *delicatessen*. Mucho vino y champán helado. Y de fondo dos paisanos rasgueando y pulsando chacareras, zambas y vidalas.

Parisi, Cálgaris y Rada conversan en un costado. Balduin escucha los cuentos que los Pico le están haciendo a Nuria. Fierrito anda solo, respirando el oxígeno de la llanura, con una copa de Dom Perignon en la mano. García Roldán se me acerca y me habla de la butifarra. Luego en un segundo deja esa banalidad y me aparta un poco del resto.

—Quiero que en mi ausencia no dejes de vigilar a Javier —me dice—. No podemos confiar en un sujeto de esa catadura.

Pienso que le dolió demasiado perder en la cancha, y que no le perdona la humillación.

—Dependemos de alguien que solo está unido a nosotros por la pasta —agrega. Y se cuida muy bien de que su tono siga siendo flemático para no levantar sospechas. Le da la espalda a sus compañeros y mordisquea el chorizo en pan francés, pero estoy seguro de que no puede saborearlo—. Su verdadera lealtad es para Elena. Lo demás puede ser corrompido. Es más peligroso que un mercenario y un idealista juntos. Es una cruce entre esas dos especies. No nos convence que las lealtades sean para los otros y que los vínculos de Nuria pasen a ser únicamente utilitarios. Si estamos atados solo por el negocio los lazos son endebles. Necesitamos mucho más.

—¿No le caben también a Cálgaris las generales de la ley? —lo atajo.

—Cálgaris viene con recomendación de Miami —responde sonriendo con toda la

dentadura, y bebe un sorbo de Rutini—. ¿Crees de verdad que hubiéramos hecho un trato sin tener garantías? A ese viejo no le queda otra salida que la nuestra. Es eso, o la pensión. Está unido a nosotros por algo más que por el dinero. Le damos la oportunidad de luchar por su supervivencia.

Presiento que ha llegado mi turno. Dejo mi copa en la bandeja de un mozo acriollado que pasa ofreciendo salchicha parrillera.

—Nos impresionó muy bien cómo has puesto en su lugar a Bragoni —dice Roldán limpiándose las comisuras.

—Fue un asunto personal.

—Y eso es precisamente lo que nos tranquiliza; no te creíamos capaz de sentimentalismos, pero ya comprobarás con el tiempo que en este *metier* no hay «asuntos profesionales» —dice haciendo con los dedos unas comillas en el aire—. Que todos nosotros estamos implicados por razones personales de distinto orden.

Nos miramos fijo. Una traducción libre de sus pensamientos podría decir: «Nuria necesita lealtades que vayan más allá de los negocios». La pregunta es hasta dónde llegará Nuria para crear ese tipo de fidelidades. Recuerdo la filosofía wakashudo, los grandes *shogunes* y sus jóvenes amantes dispuestos a dar la vida por ellos en el campo de batalla.

Ninguno de los dos probamos la carne durante el asado. A lo sumo acompañamos a Balduin con las ensaladas. Elena Parisi sigue contando fábulas de la política y del campo, que son festejadas por todos. Más tarde nos llevan a unas caballerizas y nos presentan al encargado, un gaucho gringo de cara rozagante, boina vasca, chaleco de vicuña y rebenque. Nos tiene listos y ensillados once o doce caballos ligeros de distinto pelaje. Cinco de ellos son marrones y rojizos. Hay también un bayo, un tordo, un ruano, un palomino y un zaino. A mí me toca el palomino, que tiene una mancha blanca desde la frente hasta el hocico y que es de sangre fría. El baquiano monta un alazán y se pone a la cabeza. Marchamos a galope tendido por un valle. Y hacemos un alto para que el gringo nos muestre las últimas labores de los peones, que todavía están haciendo un baño de hacienda contra la garrapata. Más adelante la reina da una clase de botánica junto a una laguna menguante. Hay flores de todos los colores. La esposa de Pico me ve rezagado y me miente que extraña a sus hijos.

—Hace un año participamos con Elena de una cabalgata larga por Capilla del Monte, visitamos un cementerio de comechingones y subimos hasta las condoreras —dice como si me tuviera que interesar—. Avistar esos nidos y ver en vivo y en directo a un cóndor que te sobrevuela de cerca es una experiencia única. Creeme. Hay como un silencio especial. Es un dios majestuoso.

—Pero a tus hijos les pareció una huevada —adivino.

—Se aburrieron muchísimo —me confirma con pena, acariciando las crines del bayo que monta.

Por segunda vez desde que nos conocemos tengo la corazonada de que quiere y no puede decirme algo. Hago el esfuerzo de imaginar de qué se trata. No es tonta, y

sabe quiénes somos y qué estamos haciendo. Le planteo un silencio incómodo para que no tenga más chance que llenarlo, pero de pronto la valquiria tira de las riendas y taconeando para que el bayo la saque de ese rincón.

Seguimos galopando a desgano por el atardecer. Nuria y Elena van adelante, conversando en murmullos y risas falsas. Fierrito las sigue detrás, solitario y distraído. Rada, Roldán y Cálgaris no se despegan y no dejan de hablar de operaciones inmobiliarias y de obra pública. Los Pico ahora marchan juntos y absortos, como enojados. Balduin y yo cerramos la columna. Al financista le cuesta dominar al zaino, que tiene sangre de horchata. Balduin está visiblemente tenso e incómodo fuera del ambiente urbano. Quiere disimular, sin embargo, esas ineptitudes y dar a entender a todos que es un jinete experto y un amante de la naturaleza. Intuyo que se me arrima para que lo socorra ante el menor percance. Me saca, por eso mismo, conversación ociosa. Señala a la reina y dice que admira su instinto maternal.

—Si nunca tuvo hijos —le retruco.

—No importa, se mueve como la gran madre de todos nosotros —dice de manera frívola. Y al rato arruga el ceño—. Qué raro que ni siquiera haya adoptado, ahora que me lo dices.

Como es una charla incidental y sin destino, me callo la boca.

—Aunque comprendo que las mujeres no quieran pasar por el parto —sigue, repasándose la nariz con esos dedos llenos de anillos. Es un gesto de cocainómano, aunque pienso que Balduin no necesariamente prueba la mercadería que vende—. Debe ser horrendo. Yo tengo muy bajo umbral de dolor físico. Soy muy cobarde con eso. Mi madre murió en el parto. ¿Y la tuya?

—Cuando yo era un pendejito, casi no tengo recuerdos de ella.

—Un huérfano —dice Balduin asintiendo—. Eso decía tu perfil psicológico. Un informe muy profundo.

—Y muy popular, por lo que veo. ¿Por qué no lo suben a *Facebook*?

Balduin sonríe tímidamente. Su timidez es conmovedora y a la vez siniestra.

—¿Y tu padre? —contraataco.

Su sonrisa desaparece. Se toma un tiempo para responder.

—Un gran ausente, que siempre ha estado presente como una sombra —dice al fin, algo evasivo—. Severo. Muy severo. Exigiéndomelo todo. Fíjate, todavía trabajo para que me quiera. ¿Y el tuyo?

Sin poder evitarlo miro la espalda de Cálgaris. Balduin sigue la dirección de esa mirada fugaz.

—Mi padre verdadero murió de cirrosis cuando yo tenía catorce años, pero hubo otras personas que ejercieron la paternidad. Uno en especial. Y a veces también me dan ganas de matarlo.

La carcajada de Balduin también es tímida, como un disparo con silenciador.

Paramos a tomar agua en un arroyo y a contemplar el crepúsculo de la vida. Nuria cambia impresiones con los españoles, y Pico le cuenta con grandes aspavientos un

chisme a su reina. Con esa luz, Elena se parece más que nunca a Vanessa Redgrave en aquella delirante película de espías. Echa la cabeza hacia atrás y se ríe de una manera elegante, aunque con una sensualidad inofensiva. Se ve a la distancia que hay afecto y complicidad en la pareja; cualquiera podría creer que la senadora y el funcionario son amantes.

Como si leyera mis pensamientos, la rubia pasa por detrás de mí tirando de las bridas de su caballo y susurra: «Sí, mi marido ama a esa mujer. Pero no del modo en que parece». Tomo las riendas del mío y camino unos metros junto a la esposa de Pico. Siento los ojos de Nuria en la sien. «Pero el hecho de que la ame ya parece bastante grave, ¿no?», le digo. La rubia mueve la cabeza, dándome la razón. Tiene de repente un gran cansancio y creo incluso que sería capaz de largarse a llorar, si no fuera porque está acostumbrada a guardar las formas y porque no se permitiría semejante bochorno. Una mujer tan bella. La ayudo a montar y emprendemos el regreso. Me doy cuenta de que estuvimos cabalgando en redondo y que llegaremos a las caballerizas en plena oscuridad.

El chef español se luce con una picada argentina. Salames, mortadela, quesos, milanesitas, albóndigas, garbanzos, tortillas, huevos de codorniz, berenjenas, croquetas, salmón y patés. Abre distintas botellas de Catena Zapata. Elena Parisi se sienta en el piano y prueba con algunas melodías de Ariel Ramírez. Es un ambiente distendido, donde nadie espera nada. Salgo a fumar a la galería, que es el sitio preferido de Fierro. Los dos nos acodamos en la baranda y miramos a través de la ventana. Llegan desde adentro la música, que se corta a cada rato, y el bullicio del encuentro.

—Contrató en Brasil a un especialista en imagen —oigo que dice Fierro, observándola con la distancia con que se evalúa un cuadro—. Hace tres o cuatro años. Y el diagnóstico fue tremendo. Elena tenía un gran problema de comunicación.

—Mirá vos.

—Su padre, que era un italiano medio mañoso, la había mandado a los mejores colegios ingleses. Y la había transformado en una dama fina.

—Y fría.

—La había arruinado. Porque el votante argentino quiere, aunque no lo admita, líderes mañosos y calientes, transgresores, capaces de ser duros y hasta implacables. ¿Sabes lo que le dijo el tipo? Si quiere llegar a la Presidenta se tiene que amigar con su italianidad. Eso le dijo.

—Más chorizo y menos caviar.

—Efectivamente. —Ahora es Fierro quien juega con la tapa del Zippo. La abre y la cierra, mientras larga bocanadas azuladas de Benson. Cuando vuelve a hablar lo hace sin perderle un gesto a su ama y señora—. Tengo un telegrama de la Tana para vos, Remil.

—¿Para mí? —Alzo las cejas—. Qué honor. ¿Y qué dice el telegrama?

—Que la relación con ella nunca va a ser cara a cara. Que vas a tener que pasar

siempre por mí.

—¿Y por qué?

—Por una cuestión de higiene.

—Mirá vos.

—Igual no tenés que preocuparte. No soy rencoroso.

—Pero vos me conocés, Fierrito —le digo y tiro la colilla al pasto—. Yo sí soy rencoroso, y vos sí tenés que preocuparte.

Entro en la sala cuando están sirviendo un sorbete de champán y limón. La reina improvisa, junto a la chimenea, un monólogo. «La vida se divide entre lo horrible y lo miserable. Lo horrible serían las enfermedades incurables, las grandes tragedias y desgracias. Y después, está lo miserable, que incluye todo lo demás. Así que tenemos que dar gracias por sentirnos miserables, dado que la otra alternativa es peor». Lo dice todo con gracia y precisión, luciéndose desenvuelta y distinguida. Tal vez no sea ya una inglesa, pero sigue siendo todavía una refinada italiana del norte. La morocha la mira con condescendencia y la rubia con hastío. Pico y Balduin, la observan con arrobo. El resto acompaña con atención y aplausos.

Cuando subo para dormir, Cálgaris me alcanza en el pasillo y me informa que nos pasarán a buscar a las cinco de la mañana. Que esté despierto y vestido. Nunca me hizo falta un despertador. A las cuatro y media me tiro de la cama, me calzo la ropa y reviso la Glock. Un golpecito en la puerta me pone en movimiento. Bajo con el coronel. Rada nos espera en el living silencioso. Al sindicalista se lo nota descontento y mal dormido. El gringo que nos guio durante la cabalgata nos conduce hasta un Land Rover blanco. Salimos antes del amanecer. El gringo maneja pero no habla. Cálgaris y Rada comentan el plan operativo. Media hora de asfalto, camino y huella nos colocan en otro de los límites de la estancia. Esta vez parece el ángulo más alejado. El gringo frena junto a una tranquera y nos señala en el mapa exactamente dónde nos encontramos: trasponiendo esa puerta y tomando hacia el sur, girando a la derecha y luego hacia la izquierda, se sale a una carretera de tierra y, más allá, a una ruta provincial. Rada mete su dedo para mostrarnos la conexión y un trazado posible. Después el Land Rover rodea un bosque, sube una lomada y desemboca de repente en una breve llanura. Hay, en el medio de la nada, una pista de dos mil metros con balizas de aterrizaje nocturno. Las balizas están apagadas, pero las vemos bien porque salió el sol y de pronto se hizo de día. El gringo nos avisa que el vuelo viene retrasado y nos ofrece mate. Mateamos una hora, punteando las fortalezas y debilidades del plan. Rada se baja a mear cuando aparece el avión en el cielo azul, un Cessna Citation 500. Un jet moderno que baja rápido, toca pista, corretea y frena a poca distancia. Nos acercamos con el Land Rover y saludamos al piloto. Es un argentino de bigotazos y piel oscura. Un teniente dado de baja de la Fuerza Aérea que ahora comanda aviones comerciales. Nos muestra el Cessna por dentro: sacaron los asientos y está especialmente acondicionado para una carga importante. Afirma tener también a disposición y en buen estado un viejo Hércules del ejército. La Chancha, le

decíamos en Malvinas. Cálgaris lo interroga acerca de los problemas de radarización. Sobre la vulnerabilidad del Escudo Norte. El piloto sorprende por su sequedad y didactismo: es perfectamente posible eludir los radares y las patrullas. Tiene la localización, las guardias, los horarios y las fallas del sistema. No hay peor astilla que la del mismo palo.

Regresamos en el Land Rover hasta el casco. Han armado una pequeña fiesta gaucha con jineteada y carrera de cuadreras. El piloto es presentado en sociedad, aunque sin demasiadas explicaciones. Nuria sigue conectada con su socia, como amables ajedrecistas que buscan día y noche darse mate. Los hombres presencian el espectáculo campero y hacen bromas. Y la rubia permanece sola y apartada. Acepto una empanada de humita que pela, y oigo que me dice: «Es bueno apreciar el zoológico humano. Sobre todo cuando te consideran una estúpida, ¿no?». Su amargura me está empezando a romper las guindas. «Javier dice que la política es crueldad y que él es el hijo de la crueldad», cuenta como si fuera importantísimo. Le sostengo de nuevo la mirada. «¿Hay algo que pueda hacer por vos?», le pregunto. Se pone toda colorada y baja la vista. Si yo fuera un comisario de Drogas Peligrosas y quisiera quebrar este huevo empezaría por esta rubia neurótica. Es un problema en potencia. Un gran problema.

Después del almuerzo, se concreta finalmente una reunión de negocios. Pico lleva la voz cantante. El gringo, el piloto, Fierrito y la rubia quedan afuera. Yo monto guardia en la galería y veo cómo el chef, convertido en un paisano de civil, sube sus instrumentos a un Peugeot y abandona el barco. Cuando estoy haciendo mi bolso, Cálgaris entra en mi habitación con el libro de Plutarco y me muestra el prólogo, que firma un catedrático. Lee en voz alta una frase del historiador griego: «Un ejército de ciervos dirigido por un león es mucho más temible que un ejército de leones mandado por un ciervo».

## VIII

### El puñal de Nuria

Pasaron seis semanas y un día, y acá estamos de nuevo, dentro del Land Rover, tomando mate y esperando que el Cessna Citation vuelva a aterrizar en la pista iluminada. Fue una larga noche. Hace ocho horas, cuando el avión aterrizó por primera vez, el camionero, los dos motoqueros y el salteño de Goose Green hicieron una cadena humana y metieron cuatrocientos panes de colores en el camión. Trajimos un Volkswagen térmico, pintado de blanco y con un conveniente reforzado de remaches nuevos. El piloto del jet estaba fresco como una lechuga, intercambió bromas en voz baja con el gringo y le aceptó unos amargos. Yo examiné a la luz los paquetes. Todos llevaban impresos, para su identificación, un nombre cifrado con una rara grafía: Dragón. Cuando el avión levantó vuelo, el gringo apagó las luces y el camionero abrió unas viandas, convidó unos sándwiches y repartió cerveza fría, que llevaba en una heladera de la cabina. Todos comimos en silencio, alrededor de los faros, escuchando los pájaros del monte.

El camionero es un sobrino de Rada: pelo negro de carpincho y cuerpo de medio welter. Le faltan dos dedos de la mano izquierda, pero aun así no perdió el carnet profesional de conductor. Fue acusado de «homicidio en riña», pero por influencia del sindicalista le anularon la causa. Si lo paran en un peaje o en un retén, y ponen su nombre en la computadora de Gendarmería, no van a encontrar más que las señas particulares de un ciudadano inocente. Los otros dos son exmetalúrgicos: hacen mensajerías, aprietes y seguridad en marchas. La barra brava del cazador de palomas. Los investigué uno por uno y luego tuve que instruir a los tres, antes de esta larga madrugada de campo.

Todos llevamos *handies*, y una estricta hoja de ruta. Del salteño se encargó Cálgaris. Es más callado que un cedro y le debe lealtad sin preguntas al mandamás de la Casita. El salteño era suboficial de artillería, y al volver de la guerra intentó seguir normalmente con su carrera. Una noche, ya en su casa de Llavallol, sacó la pistola y se pegó un tiro. Se ve que tampoco en eso tuvo fortuna. El pobre estuvo tres meses en terapia intensiva, y después dos años más en el Hospital Militar, en recuperación física y psicológica. Le dieron finalmente la baja y Cálgaris lo reclutó de inmediato. El salteño es la persona más introvertida que conocemos, un sujeto literal, un autómatas. Perfecto para llevar a cabo misiones de alto riesgo y mucho rigor. El coronel quiere que lidere siempre el equipo de traslado, y que los hombres de Rada lo obedezcan sin chistar. Pero en esta primera incursión yo debo llevar la voz cantante: estamos abriendo camino y viendo paso a paso cómo es el asunto. Después las cosas serán más rutinarias. Si es que hay rutinas posibles en este negocio de sobresaltos.

Antes de la medianoche, el camionero habilitó unas colchonetas para que los motoqueros pudieran dormir una siesta, y en eso están de madrugada, cuando baja la



temperatura y sale del cielo una densa neblina. El gringo, el salteño y yo dormitamos en el Land Rover, envueltos en la oscuridad. Hay orden de no fumar y de mantenerse callados. Ni al gringo ni al salteño les cuesta cerrar la boca. Sé que no duermen y que tampoco están nerviosos. Algunos soldados tienen fe ciega en sus órdenes, y se entregan a ellas sin dudas ni miedos. Cumplir su misión y complacer a su jefe son prioridades que están muy por encima de mantenerse vivos y enteros.

A las seis menos cuarto recibo un mensaje de texto: «El chajá está en zona». Lo repito en voz alta para que el gringo se baje a encender de nuevo las balizas de la pista, y para que el salteño camine hasta el Volkswagen y despierte a su grupo. Quince minutos después estamos tomando mate y revisando con binoculares la niebla. Mando una pregunta desde mi celular: «¿Los bancos dificultan la visión?». No hay respuesta. El mate sabe más amargo que antes. Miramos los relojes: ya pasaron más de cuarenta minutos de la hora convenida. La puta niebla. Son en total 805 panes prensados de cocaína pura. Pesan 841 699 kilos. Cuestan 21 millones de dólares en el mercado local. Puestos en cualquier país de Europa central valen el doble. Y el chajá no aparece. Si en treinta minutos no baja ni recibo un mensaje, tengo la orden de levantar campamento. Nos vamos con la mitad, y por una ruta alternativa. No podemos correr riesgos.

Meo contra un árbol y veo cómo la luz del amanecer se retarda por el cielo encapotado. Regreso despacio, me agarro los riñones y me estiro hacia atrás. Me duele la cintura. De repente siento una vibración en el bolsillo. Saco el móvil y leo el mensaje: «Comienza el descenso». Alzo los prismáticos y reviso el firmamento, y no los aparto hasta que percibo en la lejanía una sombra y una luz. En seguida el Cessna se va definiendo contra el humo blanco y gris, y se va haciendo más y más grande sobre la pista iluminada. El ruido de los motores atruena y desbarata toda nuestra discreción. El chajá golpea contra el asfalto y sigue rodando y pega un giro, y se detiene junto al camión.

El gringo apaga rápidamente las balizas y el piloto baja la escalerilla: esta vez parece extenuado. «Dos al hilo es demasiado», bromea y acepta un mate tibio. Trae los ojos rojos y se echa el aliento en las manos cerradas. El gringo le tiene preparada comida y cama caliente en una cabaña para que reponga energías. En diez horas tiene que regresar el Cessna a su verdadero dueño.

El camionero organiza la cadena humana, mientras abrimos la tranquera. El resto de los panes pasan del Cessna Citation al Volkswagen térmico. Los motoqueros recuperan sus motos, que escondieron en unos pajonales. No quiero permanecer un minuto más en «Siete alazanes». Saludo a los que se quedan y trepo a la cabina del camión. El salteño me sigue. Los motoqueros calientan motores, y el camionero los imita. Cuando estamos todos listos, aprieto el *handy* y ordeno: «Vamos». El primer motoquero da gas y sale por la huella. El segundo espera que el camión arranque. Cuando lo hace, se coloca en la retaguardia. Es un operativo *sui generis*, ya me doy cuenta de que en el futuro cambiaremos esa moto por un auto con dos hombres. El

salteño tiene que ir atrás, controlando el convoy y preparado para defenderlo si lo atacan y para despegarse a tiempo si lo retienen. Pero esta vez se hará como nos ordenaron.

Sin tropiezos ni sorpresas, salimos a la ruta provincial y atravesamos el amanecer. No nos dirigimos a Buenos Aires, sino a la Patagonia. Es un rodeo demasiado largo, pero para la cana los camiones que vienen del norte son más sospechosos que los que suben desde el sur. Los papeles dicen que traemos productos del Alto Valle, y no queremos problemas. Se hace de día pero no sale el sol, y por el camino nos agarra una lluvia fuerte. Es mejor. Cuando hay tormenta los policías y los gendarmes se acovachan y son más permisivos. El primer motoquero se adelanta bastante y nos va informando las novedades. Veo por el espejo retrovisor que el motoquero de la retaguardia lleva capa y capucha. Hay tramos en los que no nos cruzamos prácticamente con ningún auto y momentos del aguacero en que lo pierdo de vista.

Hacemos un alto en una estación de servicio para cargar nafta, y almorzamos por turnos en una parrilla. Prácticamente no hablamos. El camionero conoce perfectamente el camino, pero lo obligo a mirar una y otra vez el mapa. Ni una vez suena el *handy* para advertirnos de algún peligro. Parece como si estuviéramos solos en el mundo. La lluvia nos persigue el resto de la travesía, y todavía sigue lloviendo al anochecer, cuando atravesamos Neuquén y metemos el Volkswagen en un corralón de materiales. Otro afiliado de Rada, que nos da la bienvenida y pone la carga bajo llave. El salteño y uno de los motoqueros pueden montar guardia y dormir de a ratos en una habitación mugrienta con dos catres. Los demás nos hospedamos en una posada que queda enfrente, donde dan de comer minutas grasientas. Recién ahora llamo a Cálgaris y le explico sin detalles que la operación no tuvo traspies ni novedades dignas de mencionar. Antes de dormir me doy una vuelta por el corralón y converso con el salteño. Fumamos un rato bajo una chapa donde resuena la garúa, yo moviendo los brazos y él escuchando parcamente mis directivas. Son consejos técnicos para los siguientes traslados, cuando el guerrero de Goose Green tenga que officiar de jefe del procedimiento. Vigilo que el camionero y el motoquero no beban demasiado y se duerman lo antes posible. Pongo el despertador para las seis de la mañana, y los obligo bañarse y afeitarse, y a desayunar liviano. Cargamos varios termos con café caliente y llevamos medialunas. Dejé provisoriamente de llover. Salimos temprano y agarramos el camino más directo. No conviene pasar por Bahía Blanca: es un puerto marítimo y eso siempre levanta sospechas. Vamos por adentro, cruzando La Pampa y entrando a la provincia por el noroeste. Primero por rutas rectas y monótonas, pura aridez, y después General Acha y más allá Santa Rosa. El motoquero nos avisa que hay un retén en un cruce de carreteras. Alerta roja. Están parando camiones en la banquina; a algunos les revisan la carga y el acoplado. Estudio el mapa y los apuntes: hay un desvío hacia el este, por un camino en desuso, y una ruta poceada que nos permite retomar más adelante, pero que nos retrasa dos horas. No tenemos otra chance. Le ordeno al motoquero que regrese, y nos

internamos en ese lodazal. Marcha lenta y tortuosa, con llovizna aislada, pero sin moros a la vista.

El motoquero corre hasta la salida, que es una bifurcación, y canta que no hay riesgo. Salimos a la superficie con los nervios de punta, y le metemos pata durante horas y horas, sin hacerle caso al hambre ni a las tentaciones. Pellegrini, Trenque Lauquen, Bragado. El camionero se queja, no puede seguir si no afloja un poco. Los motoqueros avanzan un kilómetro hasta un snack bar, y nosotros nos detenemos media hora a comer en un boliche.

En una mesa, cuatro policías de la bonaerense juegan truco. El salteño y yo cruzamos miradas. Sabemos que si se ponen las gorras y se les ocurre requisarnos vamos a terminar todos en un tiroteo. Masticamos especiales de crudo y queso sin mirarlos, pero me tropiezo con uno en el baño y le pido disculpas. Es un veterano y mientras me lavo la cara me observa con atención. Muchas veces el olfato es una maldición profesional. Cuando saco el papel para secarme le pregunto si es un pueblo tranquilo. Lucha con el cierre del pantalón pero no deja de observarme. No sé cómo, pero él y yo sabemos, en ese instante dramático, que su vida depende de que mire para otro lado. Permanecemos así unos segundos, suspendidos en el aire, y entonces el veterano parpadea, se rasca una sien y se adelanta para abrir la canilla y lavarse la cara. Se lava como si fuera agua bendita. Yo mismo le ofrezco el papel, y él lo acepta sin decir si este pueblo es o no es tranquilo. Sale por donde entramos, y yo le piso la sombra dos segundos después. El veterano mira un momento nuestra mesa y enseguida sigue de largo, y se sienta y toma las cartas que sus compañeros le han dejado boca abajo. Están hablando de fútbol. El veterano no volverá a levantar la vista hasta que nos hayamos marchado. De eso estoy seguro.

Cien kilómetros más, y en un peaje, un policía solitario e inesperado sale de una garita y nos pide los papeles. Pienso que el veterano comunicó por radio que unos tipos raros se movilizan en un camión Volkswagen blanco con remaches flamantes. Pero el muchacho no pasa de la papeleta. Y hasta se cuadra para despedirse de nosotros. Llegamos de noche a la embotelladora. Aviso por celular a Wila y me asegura de que todo está listo. Rossi sale a abrirnos las puertas. Tiene cinco empleados preparados para bajar los paquetes y acomodarlos. Mientras hacen el trabajo, Wila les paga al contado al camionero, a los motoqueros y al salteño, que me pregunta con los ojos si tiene que agarrar la guita. Asiento con la cabeza y les ordeno a los reclutas de Rada que se retiren y que traten de no llamar la atención. «Lo único que queremos, jefe, es torrar un rato», dice el camionero. Meten las motos en el camión y desaparecen. Llamo a Rada y le sugiero que les apriete las tuercas a sus chicos. No podemos hacerles un seguimiento particularizado, y si alguno va derecho al quilombo y a la borrachera, y habla más de la cuenta, estamos sonados. Rada me pide que no lo subestime, y me corta.

Wila está flaca y ojerosa, pero no ha perdido la apostura. Da algunas órdenes concisas y en el detall, a puertas cerradas, me ofrece café recalentado y me hace siete

u ocho preguntas. Es una mujer principalmente ejecutiva, que jamás pronuncia un comentario emotivo ni una línea fuera del guión cerebral de la asistente perfecta. En su último informe desde España, la Flores reportó que Guillermina López, después de su separación del comerciante sevillano, había sido ocasionalmente amante de García Roldán, aunque sus fuentes no eran del todo firmes y confiables. Cuando estuvieron juntos, aquí mismo y hace tan poco, la asistente y el abogado se trataron con gran confianza aunque no atrapé entre ellos ningún gesto de complicidad erótica. Es verdad que después de algunos revolcones seguidos de rutina laboral, y pasado un tiempo, no quedan ni siquiera restos visibles de antiguos fuegos. A lo mejor Roldán le dio un puesto en su estudio cuando ella se separó, y le echó algunos polvos. Tal vez incluso ella, agradecida y deslumbrada, llegó a enamorarse del tipo, pero se impuso el espíritu práctico y la cosa derivó en una larga amistad laboral sin derecho a roce. La conjetura encaja perfectamente en la lógica de Roldán: en este negocio, los empleados deben estar atados a sus jefes por vínculos más poderosos que los simples intereses comerciales.

Cuando las anécdotas de carretera se terminan, Wila pregunta por el círculo de seguridad que le pondremos al depósito. El salteño apostará a cuatro vigiladores rotativos que la Casita eligió en el universo de las agencias de seguridad y las comunidades de inteligencia. Cuando el proceso se complete, quedarán solamente dos. La embotelladora seguirá activa, porque consiguió contratos legales con cadenas de hoteles y restaurantes de la zona metropolitana. Lavado de botellas, llenado, taponado, encapsulado y etiquetado. Camiones que entran y salen; empleados que fichan con tarjeta magnética. Aspecto de pequeña compañía normal y corriente.

—Pero la principal medida de seguridad la vamos a tomar esta noche —le aclaro, y ella me mira con expectativa—. Bragoni.

Le envió un mensaje de texto mientras Wila llama a Nuria y le confirma que llegaron los cosméticos. Es una llamada corta, y tarda más en responder Bragoni que en cortar la doctora Menéndez Lugo, que está en su departamento de Juncal corriendo en la cinta con un champán en el *freezer*. Imagino que sin bajarse de la cinta escribe, a su vez, dos SMS idénticos: uno para Madrid y otro para Nueva York. «Me encantan los cosméticos, y llegaron intactos. Chin, chin». Bragoni es más directo: «En una fábrica de caños de Isidro Casanova, a las tres en punto». El salteño toca la puerta de vidrio y se asoma: la mitad de su equipo está en la calle, los va a destacar en el frente y en la rampa trasera. «Que no sean muy vistosos», sugiere Wila. Yo pido que me mande al Químico. Rossi está excitado, como si los paquetes del dragón le hubieran cambiado el carácter. «Cargame la 4x4 con cincuenta y no te babeas», le digo. «A la orden, mi general», me devuelve. Mientras cargan, llamo al coronel y lo pongo al tanto de las novedades. Sé que Palma nos blindó la telefonía pero no puedo resistirme a una conversación en clave. Cálgaris tose y carraspea, parece como si se fuera a morir. No trasmite ni pena ni alegría; se escucha de fondo algo así como el saxo de Charlie Parker.

Marco la dirección de Isidro Casanova en el GPS y manejo despacio. No hay apuro. Es mejor incluso llegar un poco tarde. Pienso por un momento que Bragoni puede querer cobrarse la suerte de su rottweiler, pero lo descarto de inmediato: sería como matar a la gallina de los huevos de oro por una mera cuestión sentimental. Y Bragoni es un empresario con una familia que mantener. Una gran familia. Soy intocable, por lo menos esta noche, con este regalo y con esa compañía. La fábrica de caños está sobre una avenida llena de baldíos. Toco bocina y me abren. Entro con la 4x4 y los faros encendidos a un lugar mal iluminado. Pongo la Glock en la guantera antes de bajarme. Bragoni me sale a recibir con tres peruanos que le hacen juego. Todos van armados. Ni nos saludamos. Les muestro la mercadería y me corro para prender un faso y dejar que la examinen, la prueben y la descarguen. Bragoni me mira como si yo fuera un cadáver bien conservado. Cuando la caja de la camioneta está vacía le comunico que en algunas zonas vamos a necesitar un patrullero que abra paso. «No creo que haya problema, ¿no?», descuento mientras me siento frente al volante. Veo que, sin despegar los labios, Bragoni mueve la cabeza. No, ningún problema. Me habilitan de nuevo la puerta, y salgo por donde entré. Ahora sí piso el acelerador y vengo en el aire hasta la Capital. Cuando llego a Belgrano R siento sed y agotamiento. Me tomo un vodka y otro más, y me tiro vestido en la cama. Duermo diez horas seguidas, y cuando despierto no sé cómo me llamo ni por qué me dicen Remil.

Nuria me ordena que la lleve en el Audi al Patio Bullrich y más tarde a Unicenter. Está de excelente humor, y mientras vamos de un *shopping* a otro me obliga a relatarle la travesía. Trato de quitarle suspenso, pero ella se lleva varias veces la mano a la boca, como una niña a quien le están contando unas aventuras trepidantes, y hasta larga risitas nerviosas. Arrasa las tiendas de ropa y las joyerías. Se compra esta tarde cosas que ni siquiera se pondrá, entre ellas unos increíbles zapatos con taco aguja en rosa flúo que no van con su estilo pero que son de un tal Christian Louboutin, un zapatero de celebridades. Figuritas para un álbum. Antojos de alguien que tiene tarjeta diamante y que está festejando una buena noticia.

El embotellamiento de la cocaína diluida dura un mes entero. En ese lapso, hago colocar cámaras, sensores y alarmas en el depósito, y superviso la labor del salteño, que es obsesivo y conduce todo con rigor de cuartel. La empresa que montó Wila y desarrolló Rossi es digna de admirar y funciona con muda eficiencia. No necesita elementos muy sofisticados, pero sí de mucha experiencia humana. El Químico está en su salsa: diluye 200 gramos en botellas de 750 centímetros cúbicos y dirige el minucioso reentapado. Las primeras diez mil botellas son embaladas en cajas de seis, y destinadas a un container, que Wila ordena trasladar al puerto de Buenos Aires. Van cien botellas de vino sin trampa para que la gente de Pico cumpla con la «toma de muestras presuntivas» y el análisis de laboratorio.

Mientras Rossi sigue con otras diez mil más, el empresario pesquero envía desde Mar del Plata un camión con custodia privada para retirar 270 kilos de polvo: los despachará en barco propio hacia un puerto de África del Norte camuflados en una partida de merluza. Nuestro malbec viaja hacia dos puntos cruciales: Cádiz y Vigo, donde García Roldán tiene adornados a funcionarios de la Aduana y armadas en zonas rurales «cocinas» clandestinas dentro de pequeñas firmas que son meras fachadas: allí llevarán a cabo el calentamiento para que el vino se evapore y más tarde el filtrado, que permite rescatar la cocaína en su máxima pureza. Una parte se queda en España, otra sigue camino por toda Europa. Cuanto más avanza, más cuesta. Puede llegar hasta Rusia.

Durante ese mes, no dejo de boxear en Saavedra ni de vaciar varios cargadores de la Glock en el polígono subterráneo del servicio naval. Ni de nadar todos los domingos en el Río de la Plata con el traje de neoprene. Tampoco dejo de acompañar a Nuria, que pasa de la alegría a la preocupación, y que se encuentra varias veces con Javier Pico. El perro faldero de Parisi tampoco está alegre: llegó la hora cero y aunque todo fue planeado en detalle, todo puede irse a la mismísima mierda por una pequeña equivocación. El único que permanece calmo y divertido es Cálgaris, que observa el carnaval con íntimo regocijo. Yo meto, como de costumbre, mis dudas y contradicciones en una cajita del cerebro y la cierro con doble llave.

Los últimos días son larguísimos. Wila está todo el tiempo en la Aduana, pegada a los trámites de exportación. Y un viernes el Químico, que ha dormido cada noche en una camita del depósito, me cruza quitándose el barbijo y limpiándose las manos: «Esto no da para más, macho. Quiero tomarme el fin de semana». Está hecho pedazos, aunque el estrés no lo obligó a adelgazar sino todo lo contrario: lo único que pudo hacer en esta nueva penitenciaría fue comer y comer, y lo hizo de una manera desbocada. Lo llevo en la 4x4 hasta su pensión de Liniers y lo espero en el patio mientras se cambia las pilchas. Los resultados del micrófono ambiental que le pusimos en los primeros días no arrojaron muchas sorpresas. «Lo único interesante es la obsesión que tiene por las putas —me dijo Palma—. Una por noche, y a veces hasta parece que las quiere regenerar. ¿Podes creerlo? Les habla de sus diez hijos. Moquea. Dice que extraña San Luis. Quiere que las putas acaben al mismo tiempo que lo hace él. Les dice que se enamoró de ellas, y moquea, y moquea». Cuando baja el Químico hecho un galán y con billetera abultada, le pregunto dónde queda el cabaret. Vamos hasta la calle Ventura Bosch: parece un lugar demasiado lujoso para este poligriyo. «No te vuelvas loco, macho —le advierto, y se da cuenta de que no estoy haciendo chistes—. La concha es como el suero de la verdad. Si te reblandecés con las chicas, si metés la gamba te juro que no llegás vivo al lunes. Te voy a estar vigilando. No hagás cagadas». Me jura por sus diez hijos que no las hará. Cuando baja de la camioneta aviso que reactiven el ambiental y se mantengan alerta por otras 48 horas.

Pero no mete la gamba. Nadie lo hace. Y el miércoles, Wila entra triunfante en la

oficina y anuncia que los containers pasaron la prueba y que ya están en alta mar. Nuria la invita a una milonga de San Telmo, para celebrar la hazaña. Wila se anima a bailar, y lo hace razonablemente bien. Nuria y yo la miramos desde la mesa, como padres orgullosos. Tres días después, la gallega me informa que volamos juntos en Iberia. «Quieren que estemos allí cuando llegue el cargamento», dice Nuria. No me atrevo a preguntar por qué no viaja sola, pero el asunto me intriga lo suficiente como para dárselo a entender a Cálgaris, que se encoge de hombros:

—Quieren conocerte.

—¿Quiénes?

El viejo hijo de puta carga su pipa y me mantiene en ascuas unos segundos. La enciende con un fósforo, se la quita de la boca y larga una bocanada enorme.

—Los jefes de Nuria —contesta.

—¿Soy tan importante? —pregunto con sorna.

—Parece que sí.

Nuria saca un billete en primera y me confina a un asiento en turista. Es un vuelo calmo, y yo me entrego a la lectura de la larga crónica de David Stafford sobre el desembarco de Normandía. En Barajas nos espera García Roldan, de elegante sport y con un BMW Essential Edition Serie 1 color negro. Solo cuando estamos a bordo, el abogado me felicita por la faena. Aunque es una congratulación fría, como quien se niega a subirle demasiado el precio a un subordinado. Tampoco responde al optimismo de Nuria. No hay que cantar gloria antes de la victoria. La deja en su departamento del Paseo de la Castellana y me lleva hasta un hostel en el barrio de Chueca. Llamo desde la habitación a la oficina del Palacio de las Cortes y dejo un mensaje y un número para la señorita Luciana Flores. Me despierta en medio de una siesta. Su voz suena gentil y forzada. Acordamos vernos en la Librería del Prado. Llega tarde y me permite ver aquellos grabados y aquellos libros antiguos. También la expolicía federal parece más arreglada y pulida que la última vez. Sigue siendo una rubia oxigenada, nariguda y culona, pero ahora lleva peinado moderno y ropa del Corte Inglés. Me estampa un doble beso a la española y me sugiere que tomemos una cervecita a tres calles. Cuando salimos a la vereda saca un paquete de la bolsa de cuero que lleva cruzada sobre el pecho y me lo entrega. Yo lo pongo bajo el brazo como si fuera el pan de ese día y caminamos juntos por la tarde templada. «El coronel me pidió que abortara toda investigación sobre estos tipos —me dice cuando nos sirvieron la caña—. Pero ya sabés cómo es la cosa: si alguna vez pusiste anzuelos después te van llegando peces, aunque ya no tengas hambre». La cerveza está helada; nos ponen linos pinchos y pedimos otra.

—Encontré algunos datos sobre la madre de Balduin —agrega—. Fue una mujer bellísima, gerente de un banco de mediano porte que ya no existe. De pronto viaja para una convención internacional y a su regreso explica que se ha enamorado. Un señor de muy buen pasar, les dice a sus íntimos. Pero no les larga prenda. Se muda a Barranquilla, y dos años después a Estados Unidos, ya embarazada.

—Murió en el parto —redondeo—. ¿Balduin viene seguido a España?

—Cuatro veces al año, para en hoteles. Desaparece. Aparece por ahí en Barcelona o en Cádiz. Se mueve a sus anchas.

—¿Tiene amante fijo?

—Ni la más remota idea. Si Cálgaris quiere que meta tenedor y cuchillo, yo encantada. Pero te insisto: me ordenó que me guardara hasta más ver.

—¿Qué otros peces hay?

—Roldán sí que tiene amante fija —baja la voz, le relucen los ojos—. Es una géminis clásica, traductora del alemán. Una alemanota bien puesta.

—Esa información no es nueva.

—Lo nuevo es que le compró un piso en Chamberí que te caés de culo. Ella se le debe quejar mucho. ¿Te cuento cómo son las géminis clásicas?

—Tengo que ir al baño.

Me meto en un cubículo, me siento y cierro por dentro, y abro el paquete. Es una Glock gemela. Reviso los dos cargadores. Viene con una funda para sujetar en la cintura. Tiro de la cadena, arrojo el papel en el cesto y regreso a la barra.

—Y me enteré también de que Roldán tiene un proceso abierto en Venezuela —dice la Flores, que está pagando la cuenta provisoria—. Por obstrucción a la Justicia. El día que Cálgaris dé vía libre nos hacemos un festín.

Pasamos un rato fumando y tomando más cervezas y probando nuevos pinchos. Me habla de astrología. Hace buenos intentos con Roldán y se adentra en el buey de metal y en sus zonas oscuras. La cuenta final la pago yo. Vuelvo caminando al *hostel*, en una Madrid calurosa que sin embargo se apaga y refresca.

Roldán acapara completamente a Nuria, que no me llama ni una sola vez. Ninguno de los dos necesita protección, y entonces yo no sé muy bien qué pito toco en la Madre Patria. Me organizo para correr por la ciudad, hago fierros y pileta en un gimnasio, y leo Cartago, de Franco Forte. Paso una tarde entera en el Reina Sofía tratando de ver con los ojos de Cálgaris esas imágenes. Pero no consigo gran cosa. Esa noche, cuando llego al *hostel*, la chica de la conserjería me avisa que tengo un mensaje y me da un papelito. Llamo a Roldán antes de acostarme a leer. Mañana pasan a buscarme, vamos de paseo. Me lo anuncia de manera cordial, con ruido de fondo. Está en un restaurante y parece que ha bebido de más. Nuria también: le arrebató el teléfono y me pregunta si ya conseguí novia en Madrid. Muy divertidos. Están en casa.

A la siete de la mañana no lucen tan joviales. Los dos vienen con gafas negras y caras de momia. Subo por la puerta de atrás del BMW negro y recién entonces descubro que vamos a Vigo. Son 590 kilómetros, y me llama la atención el nombre de una calle: la Virgen de los Peligros. El madrugón los mantiene en silencio, pero Nuria extrae unos discos de Amy Winehouse y de Diana Krall, y contemplamos el paisaje mientras escuchamos esas voces melodiosas que a mí no me dicen nada. Recién cuando el sol salió a pleno y se hicieron las nueve de la mañana, el abogado me pide



que le explique los puntos flojos del operativo. Se los detallo, pero también le cuento que Bragoni nos respaldará en algunos recorridos. De repente la conversación cobra intensidad, y se nos pasa el tiempo en asuntos de logística. Nuria interviene poco, pero no deja de mirarme por el espejo retrovisor. Llegamos a Vigo pasado el mediodía. El cielo y el mar son de un azul intenso, y hay un leve viento seco y un crucero gigantesco que acaba de desembarcar a doscientos japoneses. Nos hospedamos en un hotelito de La Alameda, y estiramos las piernas por las calles peatonales y por los abarrotados jardines de la Plaza de Compostela. Siento el calor y Nuria también lo siente, pero Roldán atraviesa sin sudar la jornada. Tenemos una cita en un restaurante cercano al Ayuntamiento. Es un lugar con boxes y se come muy buen pulpo. Me ubico, por las dudas, en una mesa cercana desde la que pueden verse todos los movimientos. Los abogados piden vino y agua fría, y miran constantemente hacia afuera. Se pasan más de quince minutos esperando a sus socios, que al fin llegan. Son dos matones de barba candado y cuerpo robusto. De solo pegarles una ojeada percibo que no son españoles y que vienen calzados. Resulta que son serbios, y que les cuesta bastante mantener una charla amena. Ninguno de los dos puede evitar espiarle el escote a la señora. Se habla entre murmullos y con medias palabras, pero estoy a metro y medio y entiendo todo. El container pasó la Aduana sin incidentes, solo hubo que hacer un pago extra a un funcionario. Las botellas están en una fábrica cerrada de Puentecaldelas, cerca del polígono industrial de «O Campiño». Empezarán el jueves con el calentamiento y el filtrado.

Reparten el pulpo y hablan de precios y entregas. El restaurante no termina de llenarse, y parece una reunión de bodegueros. Los serbios se dirigen a Roldán con respeto, casi con temor. Cada vez que Nuria pregunta algo, los serbios le responden como pueden pero sin mirarla, con la vista fija en su verdadero jefe. Cuando traen los cafés, el abogado sale un momento a la calle para atender un llamado en su móvil. Nuria junta migas del mantel y los serbios se dan vuelta para sostenerme la mirada. Con solo ver el tenor de ese cruce, cualquier parroquiano o turista paga la cuenta y se marcha silbando bajito. Roldán regresa y les confirma que visitará Puentecaldelas esta misma noche. Acuerdan una hora para ir juntos en su BMW. Se despiden en la vereda y yo me quedo parado, vigilando a los serbios, que a pesar de la temperatura, en ningún momento se quitaron las camperas de cuero. Caminan juntos, rozándose los codos, y dan vuelta en una esquina.

En el pequeño lobby del hotelito de La Alameda, Roldán le explica a Nuria que en unas horas vendrán a recogernos y que haremos un viaje corto. No hablan con libertad, porque yo estoy presente, pero me quedan en claro dos puntos: Nuria sabe de qué se trata y yo soy de la partida. Nos repartimos en los tres cuartos del contrafrente, que yo reviso antes para ver si no nos escondieron algún regalito. Después sigo leyendo, incapaz de dormir la siesta, y me pego dos duchas por puro aburrimiento. «Había derrotado al gran Aníbal, había sido el primer y único comandante romano en lograr la hazaña después de dieciséis años de guerra, y lo

había hecho en suelo africano, no muy lejos de Cartago». Cuando cierro el libro tengo un ataque de sueño; creo incluso que dormito un rato mientras escucho el lejano rumor de la ciudad de Vigo, ya iluminada y oscura. Los golpes en la puerta me tiran de la cama. Por la rendija veo que la Menéndez Lugo, fresca y recauchutada, me confirma que ya le avisaron. Termino de vestirme y salgo al pasillo. En el lobby, Nuria conversa con un negro de cintura desbordada y pelo esponjoso, que tiene pinta de luchador. Se presenta como «Manolo», y noto el acento centroamericano y el recelo. También las joyas doradas que, como los gitanos, porta en las muñecas y en el cuello de toro. Es un personaje que solo pasaría inadvertido en una favela o en un barrio bajo de Medellín. Una imprudencia que camina.

Nos conduce hasta una combi blanca con vidrios polarizados que Manolo llama «la furgoneta». Nos abre las puertas traseras para que subamos y él sube detrás y se sienta en una de las tres butacas: la combi fue acondicionada para que hiciera las veces de un living, con mesita y frigobar. No hay comunicación entre la caja y la cabina, y todas las ventanillas están pintadas de negro. Es un calabozo confortable, pensado para trasladar gente amiga que no puede saber adónde se dirige. «Si te lo dijera, tendría que matarte». Manolo nos exige que le entreguemos los teléfonos y los relojes: sin tiempo no hay cálculo de distancia. Después me pide la Glock, y le obedezco porque sé que no arrancará hasta que las reglas se cumplan. Nos invita a ponernos cómodos, baja con dificultad, cierra las portezuelas y les mete llave. No tarda un minuto en poner en marcha el motor y en deslizamos por esa calle. «Ojalá no tengas ganas de mear», oigo que bromea Nuria entre dientes. No le presto demasiada atención, trato de identificar qué dirección estamos tomando. Es difícil, y da tantas vueltas que me obliga a desistir. Más tarde toma un camino recto, tal vez paralelo a la costa del Cantábrico. Cuando me resigno y me relajo, descubro que Nuria no ha dejado de observarme con la cabeza ladeada y una sonrisa lánguida. Encuentro en un costado una botella de whisky y otra de vodka: un Chivas Premium y un Absolut Level. Y en la heladera, un champán Cristal, que es lo que prefiere sin duda la señora. Sirvo el vodka y el champán, y ella abre una lata de caviar y un sobre con salmón ahumado. En un cajón de una pequeña alacena hallamos mantel, cubiertos, bolsitas con frutas secas y, envuelto en papel rústico, un pan redondo. Nuria se ríe. «Parece que nos han secuestrado, pero que son unos verdaderos caballeros», dice y levanta la copa, y propone un brindis sin palabras. Cenamos en silencio, en esa intimidad a media luz, simpática y forzada, que ella riega con unas cuantas copas más. Yo no salgo de la primera; luego bebo con cuidado dos aguas esperando que la patrona se rinda. «Estoy rendida», suspira al fin, y sube las piernas a la tercera butaca. Le apago la luz interior y le alcanzo un almohadón. Es divertido ver lo poco que les cuesta quedarse dormidas a las personas que tienen la conciencia limpia, o a las que directamente no tienen conciencia.

Permanezco inútilmente despierto el resto del viaje, con ganas de fumar pero sin atreverme a prender un pucho dentro de ese ataúd de metal. Pierdo completamente la

noción del tiempo y el espacio y, algo raro, repaso este asunto desde el comienzo. Desde que activé a Lali y a Palma para averiguar quién era aquella gallega recién llegada que tanto le interesaba a Cálgaris. Hasta que la conocí en persona, en el Club de Yachting y Pesca de Colonia. «Quiero a Remil». Y las veces en que se había insinuado el síndrome del guardaespaldas. Aquellos cuatro gin tonics en San Isidro, aquellos desencuentros en el jacuzzi del Tigre, aquella orden y contraorden en su departamento de Juncal. Siempre que se me aparece, en la oscuridad de la duermevela, Nuria lleva ropa y gafas negras, y un rouge violentamente rojo. En esa foto personal e imaginaria, la dama blanca viste de negro, y tiene las facciones duras y a la vez sensuales. Parece una asesina a sueldo, pero en realidad es una emperatriz provista de un puñal. Y resulta que ese puñal vengo a ser yo.

Por alguna razón que no alcanzo a entender, siento que estamos cerca de nuestro objetivo. Hay tramos en los que salimos del asfalto y nos bambolemos por la tierra. Para volver en seguida al asfalto y girar. Las maniobras al final son tan marcadas, que la emperatriz se despierta y enciende la luz. «¿Llegamos?», pregunta, desorientada. Diez minutos después la combi frena, y escuchamos que el chofer baja a la grava y se aleja caminando. Regresa rápido y la furgoneta parece entrar en un garaje. Oímos que apaga el motor. Abre las portezuelas y nos dice que podemos bajar. Bajamos como si fuéramos prisioneros de una celda de confinamiento, heridos por las luces de un lugar que parece un taller. Tienen herramientas de toda clase, y noto que también hay un motor fuera de borda en reparación. No se ve nada por la claraboya, que también está pintada de negro. Pero adivino que todavía no amaneció y que estamos cerca del mar.

Por una escalera interior subimos a la planta baja, que es amplia y sólida. Un salón con chimenea, sofás y sillones, y más allá, una mesa larga con seis sillas de estilo. Muebles de castaño y roble. No hay adornos, ni cuadros. Todo es perfecto pero impersonal. Las persianas son también automáticas y están herméticamente cerradas. Nos manejaremos todo el tiempo con luz eléctrica y oiremos, lejanamente, el murmullo del océano. Eso es todo. Pienso que en la planta alta debe haber cuatro o cinco habitaciones y por lo menos un baño. Algunos de esos cuartos se encontrarán clausurados y llenos de objetos que los invitados ocasionales tendremos prohibido ver. Estamos, por lo tanto, en un lugar sin señas de identidad, que no puede ser reconocido. Un chalet de piedra, cemento y madera, a unos cien metros de una playa solitaria, y a merced de un negro enojado que carga una Uzi. Porque Manolo, a salvo ya de miradas indiscretas, lleva colgada al hombro una carabina Uzi de treinta cartuchos, con culata fija y cañón largo. Tampoco le importa que le vea mi Glock metida en la cintura cósmica del sur. Me señala el baño para que nos desahogemos y luego la cocina: me da permiso para que prepare unos cafés. Más que permiso parece una orden. Y percibo una especie de regodeo en su tono de superioridad. El esclavo le da órdenes al esclavo. Mientras preparo el café de filtro, Nuria se peina y maquilla, y vuelve a ponerse su rouge furioso. Lo único que me llama la atención es un llavero vacío que cuelga de un clavo. Me cuesta entender qué son esas dos figuras. Parecen

dos zuecos pequeños de plata, con una letra A microscópica tallada en los interiores. Sirvo el café y esperamos. Nuria no entabla conversación con Manolo, se mantiene erguida y pintada, cruzada de piernas y expectante. Su ropa parece recién salida de la tintorería; es una morocha que raja la tierra bebiendo a sorbitos un café mediocre y esperando a una persona importante. La más importante de todas.

Lo primero que rompe la espera es un llamado al celular de Manolo, que deja de acariciarse el pelo y atiende como si le estuvieran pasando picana. No puedo descifrar lo que responde, porque su voz vuela bajo. Pero veo que se levanta y tambalea, y se dirige a la puerta. Aguarda junto a ella, como un perro espera a su amo, oliéndolo de lejos. Finalmente le abre y le franquea el paso. Nosotros también nos ponemos de pie. Es un hombre mediano, canoso y mofletudo, en remera de cuello redondo y saco marrón rayado, con anillo de oro y titanio, un Girard Perregaux Opera Three de quinientos mil dólares y unos zapatos italianos. Viene con un sombrero en la mano y con una mirada atenta. «Mi amor», escucho que exclama Nuria, y la veo arrojándose a sus brazos. El hombre no se inmuta por esa súbita muestra afectiva; no deja de escrutarme como si yo fuera el origen de sus desvelos. Hay una sola foto en el expediente de la Casa, y corresponde a principios de los años noventa. Belisario Ruiz Moreno tenía más pelo y menos mofletes. Todavía no se había independizado del cártel de Cali, pero ya había tenido problemas con la DEA. En la Argentina no hay ninguna otra imagen del viejo hacendado del norte del Valle del Cauca. Para la comunidad de inteligencia vinculada con el narcotráfico este es el hombre invisible. El desaparecido, tal vez el olvidado.

Belisario pestañea y se despega de Nuria para verle la cara. Recién entonces sonrío con todos los implantes y la besa con ardor. La escena parece un poco arrebatada, y me avergüenza ser testigo. Y no es el único sentimiento que me despierta. Nuria parece una desconocida: lo aparta unos segundos y le picotea de besos todo el rostro, como si lo hubiera extrañado horrores. Lo dice: «Mi amor, mi amor, te eché tanto de menos». Belisario la vuelve a abrazar, como si quisiera que ella sienta el corazón contra su pecho. Por favor. Es un culebrón venezolano.

Aunque a punto del ridículo, ella de pronto se recupera y le dice: «Tengo que presentarte a la persona que me cuida». Belisario asiente y de repente los dos me están observando. Nuria, como si lo hiciera por primera vez, metida en la piel de su amante. Belisario, asintiendo y sacando placas para ver qué hay adentro de ese negro argentino de brazos largos y mentón cuadrado. El viejo avanza entonces moviendo la cabeza, sin deshacerse del todo de su querida, y me agarra un brazo y después el otro. Me tiene agarrado de los bíceps, como si los estuviera evaluando, pero no deja de pincharme con los ojos. «Remil», pronuncia. Está probando a qué sabe ese nombre en la boca. «Me han contado cosas interesantes sobre tu expediente, soldado», agrega. La palabra «soldado» suena a ironía. A soldadito. Una mano suelta mi brazo y me palmea la cara. «Ya sabes que en este *business* hay que tener cojones pero no hay que tener polla. ¿O cómo le dicen ustedes, che?». Trata de imitar el acento argentino y

Manolo se lo festeja. Belisario no deja de mirarme de cerca, como si buscara un mínimo gesto que me delate. Algo que le permita darse vuelta y pedirle a Manolo que me descargue cinco o seis tiros con su carabina. «Huevos sí, pija no —digo mirando a Nuria, que baja la vista—. Supongo que esa sería una buena traducción». Por unos segundos nos quedamos todavía frente a frente, hasta que Belisario larga una carcajada y me levanta un dedo: «Mira que no confío mucho en los leídos. Los que leen demasiado tienen ideas propias. Y aquí el único que piensa es un servidor, para que sepas». Todo parece al borde de una gran broma. La broma hospitalaria de un buen anfitrión. Pero debo recular, no ofenderlo con mi inteligencia y darme por enterado que no soy más que uno de sus humildes legionarios. «Como usted mande», le digo y retrocedo literalmente dos pasos. Ruiz Moreno sonrío ahora, aprobando el gesto de sumisión, y le dice a Nuria: «Has elegido bien. Subamos a mi cuarto que quiero mostrarte lo que traje para ti». La rodea con un brazo y suben juntos los escalones, susurrándose palabras y riendo.

Manolo y yo nos sentamos en los sillones, junto a la chimenea, como dos ancianas que necesitan matar el tiempo. Cuando se desparrama, parece un obeso declarado. Una mano sobre el arma y otra que hace rulos entre los rulos de la cabellera negra y grasienta. Tiene los párpados caídos, como si no le importara nada de nada. «¿Póquer, brisca, damas, ajedrez?», le propongo. Niega con los rulos. Se ve que es un tipo con una gran vida interior.

A los diez minutos comienzan a oírse los gemidos de Belisario y los quejidos de la cama. Dejó la puerta abierta para que yo pudiera escucharlo. A Belisario le gusta hablar y que su hembra le cuente en primera persona el placer. Nuria pronuncia frases inolvidables. Qué grande la tienes, métemela más a fondo, eres un caballo y esas cosas. Escucho que Belisario se la chupa y que Nuria le confiesa que nunca nadie se la chupó mejor. Caen objetos y hay más risas, y el hombre fuerte pega un grito y nos aclara que le está acabando en la boca.

Manolo ni siquiera sonrío. Hay un recreo y después vuelven a las andadas. Ella está subida y, según declara, siente la punta de la pija en la boca del estómago. Más tarde, él se la da por el culo y vuelve gritar un orgasmo como si le estuvieran extirpando los testículos con una tenaza. La batalla dura dos horas, a lo mejor tres. Porque Belisario vuelve a lanzar su semen, esta vez bien adentro, mientras la obliga a Nuria a gritarle: «¡Quiero un hijo tuyo!». Es el final. Me doy cuenta por el silencio prolongado que llega y por los ruidos de la ducha. Recién entonces constato que me duele la quijada, como si hubiera estado apretando las muelas. Recorro con un dedo las encías doloridas. Y cuando lo saco, compruebo que se me ha desprendido un pedazo de esmalte dental. Una esquirra pequeña y blanca. Una penosa evidencia.

Arriba suena un teléfono. El *ringtone* es un bolero de Luis Miguel. Belisario atiende, pero se cuida de cerrar la puerta. Necesita privacidad. Al rato baja solo, poniéndose el sato a rayas. «Sabía que tenía poco tiempo, pero ha surgido un inconveniente y debo marcharme antes y de prisa, soldado», me dice cruzando el

salón a paso vivo. Va camino a la puerta, pero lo piensa un instante, y se desvía para ponerme una mano en un hombro: «Ya ves lo que significa para mí. Responderás por su vida, ¿me comprendes?». Por supuesto que lo comprendo, don Belisario. Y cómo me gustaría pegarle un tiro en la boca. Uno a usted y otro a su perra.

Se pone el sombrero y la bestia de los rulos lo acompaña hasta la puerta y la cierra con doble pestillo y pasador. Me avisa que bajará a recargar el frigobar y que debemos prepararnos para el regreso. Me sirvo otro café, acodado en la cocina. Prendo el único cigarrillo que me queda. Ahora también siento que me duelen todos los músculos del cuerpo, como si hubiera nadado en el Río de la Plata. Nuria llega cabizbaja, impecable como siempre. Yo no puedo ni mirarla. Por fortuna, el enojado viene a buscarnos. Sentados en las butacas, encerrados con nosotros mismos, Nuria intenta sacarme charla. Pero yo no hago otra cosa que tomar vodka con hielo, sin probar la comida y sin devolver las preguntas. Tomo cuatro vasos seguidos. A mitad de camino, Manolo se detiene para llenar el tanque, y recién entonces caigo en la cuenta de que Nuria ni siquiera puede dormir. Está pálida, casi llorosa, acurrucada. Me mira como se mira a un carnero degollado. La ignoro el resto del viaje, y también cuando llegamos al hotelito de La Alameda. Son las cinco de la tarde. Manolo sube a la furgoneta para devolvernos los relojes, los celulares y la Glock. No es una despedida muy afectuosa. En el lobby, García Roldán usa frenéticamente el *wi-fi* y habla con Madrid. Al ver a Nuria le anuncia que la carga también llegó perfecta a Cádiz y que tienen mucho que contarse. «No me siento bien», se excusa Nuria con voz trémula, y sube a su cuarto. Roldán me pregunta con los ojos cómo nos fue. «Maravilloso», le respondo. Me siento algo inestable, con cinco vodkas en la sangre. Así y todo, dormito y me despierto y dormito el resto de la tarde y toda la noche. Recién me duermo profundamente cuando me llaman de la recepción para que haga el check out.

A bordo del BMW, los dos abogados se ponen al tanto de las novedades. Nuria simplemente explica que Belisario está muy bien y que se llevó muy buena impresión de Remil. Roldán le cuenta cómo organizaron los serbios la recuperación química y cómo tienen montada la distribución. Hablan de los gastos extra, en Vigo y en Cádiz, y se pasan las cuatro horas evaluando los costos y beneficios de tratar con el pesquero patagónico. Nuria parece recuperada, yo me mantengo al margen del diálogo. Me entero de que partiremos mañana mismo en vuelo de Aerolíneas. La llamo a Luciana Flores para que pase a buscar su paquete por el hostel del barrio de Chueca. Al llegar llamo también a Cálgaris para informarle que la operación se completó con éxito y que arribo a Ezeiza, si no hay tormenta ni huelga aeroportuaria, en dieciocho horas.

Para mi sorpresa esta vez vuelo en primera y comparto asiento con la emperatriz, a quien trato de no dirigirle la palabra. Después de la cena, reclinados los asientos y tapados con una manta, intentamos dormir cuando las azafatas apagan las luces. No lo consigo todavía. Me mantengo despierto, acosado por imágenes violentas, y de golpe siento la mano de Nuria. Me coloca el dorso de la mano en la mejilla. Yo estoy

vuelto hacia el pasillo y no me doy por enterado. A pesar de que me late hasta el apéndice. Durante un tiempo incalculable, ella mantiene esa mano, que es una caricia pasiva o quizás un llamado, sobre mi cara. Después la retira. Y yo aprieto los ojos, como si fuera a llorar. Pero no lloro, apenas me hundo en el sueño. Aunque de una manera inquieta, porque me atacan esas mismas escenas, de nuevo partidos de fútbol donde intentan matarme, estancias donde acechan peligros, una multitud de mujeres y todas son Nuria, y en un momento dado, en el medio de la confusión y la rabia, esa extraña palabra y esa grafía tan particular: Dragón. El nombre de la cocaína. La razón social de Belisario Ruiz Moreno que viene dibujada en los panes. «Balduin», pienso y pego un salto en el asiento. Ya no estoy soñando. El avión vuela a diez mil metros de altura sobre el Atlántico y Nuria está desmayada contra la ventanilla. «Balduin», repito con lucidez total. Aquella vez en la estancia de Elena Parisi, cuando se quitó la remera para tomar sol en los bordes de la piscina techada con vidrio. El torso y las piernas blancas y depiladas, y en el omóplato derecho, aquel tatuaje de un extraño dragón. La misma grafía. La marca del diablo. Recordé la voz de Roldán: «Si estamos atados solo por el negocio los lazos son frágiles. Necesitamos mucho más». Recordé a Nuria diciéndole a un actor porno «mi amor». Mi dulce amor. ¿Quiénes son de verdad estos tipos?

## IX

### El cártel de Buenos Aires

Anuncia el Servicio Meteorológico que este sol de viernes es provisional, que durante el sábado el clima se pondrá inestable con chaparrones aislados y que el domingo lloverá sin concesiones sobre la Capital y sus áreas de influencia. Colonia no se salvará del agua, aunque tal vez la alcance recién en la noche dominguera, cuando el coronel ya esté regresando al puerto de Olivos. Por las dudas, habla con un camarada por radio e intercambia informaciones. Más tarde va y viene por la cubierta del Aubrey preparando todo para zarpar. «¿Y entonces?», me pregunta cuando subo y le alcanzo un jarro de café. Me encojo de hombros y veo los reflejos y los yates que flotan a nuestro alrededor. «La misma persona inicia el circuito y lo cierra — respondo—. La produce, la traslada y la distribuye». Cálgaris se quema con el café y lo sopla. Tiene el jarro entre las dos manos, y tampoco me mira. «Así parece», dice únicamente. Como diciendo «qué lástima, se va a nublar». Yo elijo quemarme a gusto.

—No somos un holding exportador —explico, aunque nadie me pidió ninguna explicación—. Somos un cártel. Una banda. Ella nos mintió.

Cálgaris bebe un poco más de café y lo deja al costado.

—Eso no tiene importancia —dice y comienza a manipular unas sogas.

—¿Y por qué no? —quiero saber.

—Una cosa es lo que sean ellos y otra muy distinta es lo que somos nosotros — dice y avanza hacia estribor—. Nosotros somos una prestadora de servicios. Sin chances de dejar pasar el negocio, ya te dije por qué. Hacemos lo de siempre, lo que hay que hacer.

Prendo un Parisienne poniéndole la espalda al viento y largo una bocanada.

—No es un problema de escrúpulos —suelto—, sino de confianza.

Ahora Cálgaris se da vuelta y me inspecciona para ver si entendió bien. Está enojado. Y el sol le saca brillo a los ojos acuosos.

—Ya que menciones la palabra «escrúpulos» me irrita —dice—. Desde el comienzo supe que Ruiz Moreno producía la mercadería a distancia y que Nuria trabajaba para él. No importa lo que ella te haya dicho a vos. Ella tenía miedo de que al héroe de las medallitas le diera una picazón ética. No te conocía.

—Ese no es el tema —protesto.

—¿Y cuál es el tema, Remil? —pregunta colgando sus pulgares del cinturón y balanceándose sobre los talones.

Recuerdo a Nuria en el Aubrey; también aquel fin de semana había pronóstico de lluvias. «No produzco ni consumo, y no juzgo a quienes lo hacen. Yo transporto el insumo, soldadito. Soy una empresa de transporte asegurado. Eso y nada más».

—El tema es que me mientan —digo por fin.



A Cálgaris lo acomete una carcajada llena de catarros. Suelta un pulgar y se golpea una pierna. Luego va hasta la popa, escupe al agua una flema y guarda unas herramientas. Cuando viene hacia la proa pasa junto a mí, se detiene y me golpea el pecho con su dedo índice.

—Operamos en el mercado de las mentiras. De eso vivimos. No vamos a poner el grito en el cielo porque quieran engañarnos. Voy a darte un consejo extra profesional, Remil. No vuelvas personal la relación con Nuria. Ni se te ocurra cogértela. Esas boludeces no tienen retorno.

—Nunca estuve más lejos de eso —me río.

Cálgaris levanta el dedo y me lo coloca bajo el ojo izquierdo. No hay persona en el mundo a quien yo le permita esas familiaridades amenazantes.

—Esa respuesta me irrita más que la palabra «escrúpulos» —dice. Después retira el dedo y señala el muelle—. Bajate que me voy.

Lo veo soltar amarras y maniobrar lentamente para salir a río abierto. Cuando cruzo la General Paz Nuria me confirma, con voz nasal y retraída, que tiene gripe y que se quedará en Juncal todo el fin de semana. «Que te mejores», digo cuando ya corté. A continuación, hago dos o tres llamados para que cuatro vigiladores en turnos rotativos custodien el edificio. Ese mismo miércoles llegó la noticia de que la carga por barco arribó en óptimas condiciones a sus destinos de África del Norte. Pero en vez de despertarle euforia, la buena nueva no hizo más que hundir a la dama blanca. Como si la energía se hubiera retirado de repente, y todo el cansancio y los nervios le estuvieran pasando factura. Al abatimiento le siguió la fiebre, y a esta la congestión. Ahora tendría que guardar obligadamente cama.

Llego a Belgrano y chequeo los mensajes. Rosita me cuenta que se va de vacaciones dos semanas al campo, con unas amigas. Me pide que me cuide. Palma me asegura que yo tenía el celular fuera del área de cobertura y que por eso me deja este mensaje en casa: Bragoni puso un escudo y ya no es accesible. «Contrató a otro Palma, pero menos inteligente —agrega—. Si querés, podemos penetrarlo. Pero va a costar tiempo y guita». Le envió un mensaje de texto ordenándole que abandone la operación. Si Bragoni tiene un *hacker* y este le avisa que insistimos en vigilarlo, vamos a tener otro dolor de cabeza. Lo vamos a tener igual, tarde o temprano, pero Cálgaris quiere que Bragoni no se sienta perseguido sino asociado. No estoy de acuerdo, pero las órdenes de la superioridad no se discuten.

En History Channel están pasando una maratón de una vieja miniserie sobre Napoleón Bonaparte. Depardieu es Fouché y Malkovich es Talleyrand. Me preparo salame y queso, y varios vodkas, y atravieso la noche con la Revolución Francesa, las batallas, los trajes y los castillos de Austria, Hungría y Marruecos, y la piel blanca de Isabella Rossellini. La emperatriz. ¿Qué siente verdaderamente Nuria por Belisario? ¿Cuándo se habrán conocido? «Más fortuna en el dinero que en el amor», decía el diagnóstico astral de Maca. Qué grande la tienes, más a fondo, eres un caballo, nunca nadie me la comió mejor. Me duermo en el sofá y me despabilo en la madrugada.

Apago el televisor y programo el despertador para las siete. Es curioso, me vuelvo a dormir sin sueños hasta que me sacude el timbre del reloj. No me molesto en bañarme: tomo un té, me pongo el jogging y armo el bolso con la camiseta, la toalla y los botines. Dejo la camioneta en el estacionamiento, hago seis cuadras y entro caminando en la villa. Veo que el cura barbudo está charlando con los vecinos mientras suenan las campanas de la parroquia: no llaman a misa sino a una colecta. Algunos pibes destruidos por el paco y la noche duermen despatarrados en la esquina de la calle de la muerte. En el almacén hay mucho movimiento. Los organizadores están discutiendo los horarios y los partidos. Saludo al Huesero, entrego la guita del pozo, me anoto en las apuestas y me siento a una mesa de fórmica, mientras veo entrar algunos micros escolares que traen a muchachos de fábricas y de otras villas. Los canas, los narcos, los pibes chorros y los albañiles que arman sus equipos son todos vecinos del lugar y juegan de locales. Yo juego de tres en la defensa de un grupo de visitantes rejuntados. Me cambio, le pago al Huesero para que me cuide las cosas y salgo a la cancha.

El sol ya desapareció pero quema, hay un viento pesado que nos va a hacer sudar la gota gorda. Nos cagan a pelotazos, pero resistimos bien y en el primero sacamos un cero a cero. Descansamos veinte minutos y volvemos a la cancha. Un sacado me lleva por delante y quiere agarrarse a piñas con el árbitro. Hay tumulto. Pero la cosa sigue. El sacado me tira un guadañazo y le rompo los dientes con el codo. Si no lo hago, me arranca la cabeza. Nos expulsan a los dos y estamos un partido sin poder entrar. De vez en cuando tomo agua y chequeo los mensajes detrás del mostrador del almacén. A media tarde seguimos en carrera, nos gritan de todo. El Huesero tiene que intervenir para devolverle la rótula a su lugar a un camionero de Avellaneda. Nos reímos, chiflamos. Seguimos como podemos, y nos quedamos en las semifinales. Pido una cerveza y un sándwich de milanesa, y veo cómo los más hábiles y resistentes se baten a duelo como si en eso les fuera la vida. Empieza a anochecer y caen goterones, y me pongo la campera porque la temperatura se vino en picada. A un muchacho epiléptico lo tienen que acompañar hasta la salida para que el SAME lo alcance hasta el Hospital Piñero. Cuando voy saliendo, en manada, me cruzo con el Cerrajero, que sin parar a saludarme saca el interior de los bolsillos, sacude la tela vacía y me hace un gesto. Le devuelvo una resignación: por ahora no hay laburo. Al llegar a Belgrano, lleno la bañadera y saco de un cajón del placard el estuche de terciopelo y el collar de perlas que le robamos a la Gioconda. Me llevo el collar a la bañadera y lo observo de cerca. Luego tiro la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, como si fuera a dormir. Y me pongo el collar de Nuria sobre la cara y hago algo que me da mucha bronca: me masturbo pensando en ella.

La dama blanca se toma cuatro días enteros para recuperarse de la fiebre. Y mientras tanto, no llama ni da señales de vida. Los retenes informan que solo entró una vez una médica de emergencias y dos veces Wila con carpetas de trabajo, pero que debieron atender varios *deliverys* de farmacia y de comida oriental. Al quinto día

me pide que la lleve a la oficina: reaparece pálida y delgada, y no se quita los anteojos negros en todo el trayecto. Pero hace un leve esfuerzo por sacarme conversación. Insólitamente, me pregunta cómo estoy y qué hice durante el receso. Le respondo con gruñidos y frases cortas. Desde que regresamos de Madrid intenta un acercamiento culposo, pero no tiene el temperamento necesario como para que la estrategia resulte.

En la oficina la esperan los especialistas en empresas fantasmas, y mucho trabajo administrativo acumulado. Le sugieren esa misma tarde involucrarse en un negocio de muebles antiguos, y en los días sucesivos la llevo a visitar anticuarios y mercados de pulgas. Viajamos con Wila a Entre Ríos y Rosario para entrevistar a empresarios de la madera. Después Cálgaris habla con Pico para evaluar la posibilidad de hacer un envío mezclado con muebles de estilo y utilizando una cobertura con espejos para burlar los *scanners* portuarios. Calcan el procedimiento de la embotelladora con una carpintería de gran porte que entró comercialmente en caída libre y que tiene galpones en Lanús. Nuria experimenta un humor cambiante durante estas semanas. Por momentos, parece más retraída y pudorosa. Pero hay otros días en los que se muestra eufórica, con ganas de escuchar el sonido de su propia voz. Improvisa monólogos sobre los temas más diversos, desde derecho comercial hasta la política doméstica, y lo que nunca: relata anécdotas leguleyas vividas en los tribunales españoles. Su relación conmigo sigue un guión nuevo, raptos de confianza con distanciamiento elegante. Me ordena que cambie de ropa y me lleva a una sastrería. Pero lo hace en nombre de una táctica de marketing: «Te tengo todo el tiempo al lado, hombre. No quiero que parezcas un guardaespaldas sino un ejecutivo de una multinacional». Se divierte como una niña con su muñeco: me impone primero dos trajes oscuros, varias camisas blancas, seis corbatas y tres pares de zapatos. Es tan puntillosa para elegir las pilchas que juega con la paciencia de tres empleados dentro de una tienda especializada en prendas para «elegante sport». No sé cuántas veces entro y salgo del probador, siento un fastidio creciente. Todo lo paga con su tarjeta diamante. De paso, tengo que acompañarla en sus caprichos: es capaz de temblar de emoción por un zafiro o por una estola.

Nos avisan que en breve el Cessna traerá del cielo un cargamento más módico. Me fuerzo para dejar que el salteño maneje todo el operativo, pero le reclamo a Bragoni protección directa a partir de Trenque Lauquen. En el despacho de Cálgaris dibujamos la hoja de ruta, desde «Siete alazanes» hasta Neuquén Capital y luego de regreso por adentro hasta Santa Rosa. Pasando Pellegrini, en un paraje, estará esperando un patrullero con tres bonaerenses que irán abriendo camino. El salteño pone leves objeciones, pero se aprende muy bien la lección. Desde Buenos Aires y por teléfono, monitoreo todos los movimientos. El segundo camión llega sin novedades al galpón de Lanús. Uno de los contadores de Nuria se ha hecho cargo de la pyme, con Palma ya investigamos al equipo, que no pasa de cinco personas humildes, y el coronel ha recurrido a un legislador que es el jefe político del puntero

de la zona para que nadie moleste. Le entrego al puntero un maletín lleno de dólares en una parrilla de General Rodríguez. A los tres días, Wila llama muy preocupada a Nuria y le cuenta que Rossi desapareció de los lugares que solía frecuentar. Falta desde hace tres días a su trabajo, no responde los llamados al celular y afirma la encargada de la pensión de Liniers que al menos en las últimas dos noches no durmió en su cuarto.

Palma intenta localizar el celular, pero el resultado es negativo. Me envía, en compensación, algunas grabaciones tomadas con el micrófono ambiental. Mientras las escucho en mi *notebook*, Cálgaris le ordena a la base San Luis que visite a las tres mujeres del Químico. Encuentran rápidamente a dos: juran que Rossi sigue preso y que llama muy de vez en cuando desde la cárcel. La tercera es la más joven, y se fue a vivir a Formosa con un viajante. De los diez hijos, solo es posible hablar con los más grandes: uno de veinte y otro de dieciocho años. Prácticamente, no conocen a su padre. Entre sus amigos, solo quedaron buenos recuerdos y alguna deuda incobrable. Viejos compañeros de avería no saben nada, y aunque supieran no largarían ni un eructo.

Después de escuchar conversaciones festivas con prostitutas, mentiras acarameladas, quejidos sexuales y promesas delirantes, lo único que puedo anotar es una serie de nombres: María, Laura, Betty, Mónica, Samantha y Yésica. Pregunto por ellas a un barman de la calle Ventura Bosch. Después de un rato y unos mangos, recuerda muy bien a Rossi y me deriva a una madama con sitio *online* y conexiones en la zona de Liniers. En lugar de gastarme con ella me gasto con su jefe, un subcomisario de lo más amable. No quieren quilombos, así que cooperan. La madama trae a cuatro chicas a la comisaría, y yo las interrogo una por una. No son callejeras ni *escorts*, están en una zona intermedia y deprimente del oficio aunque se ríen todo el tiempo. Rossi les parece un boludo tierno y generoso, que contaba historias increíbles y se daba una importancia que no tenía. ¿Cómo había llegado hasta ellas? La madama está casi segura de que a través de su exitosa página barrial de Internet. El barman está casi seguro de que la primera vez que cayó en Ventura Bosch lo hizo del brazo de una señorita. Betty está casi segura de que la señorita era ella misma: «Yo estaba con otro cliente, y su amigo insistió en pasarme a buscar por el local porque quería ver dónde laboraba».

De Yésica no tienen referencias ni noticias. Las dejo con el subcomisario y desde el baño de la seccional llamo a Wila: ¿Rossi se metía en la computadora del detall? Wila está casi segura de que lo hacía. Llamo a Palma y le ordeno que deje todo y vaya de raje hasta la embotelladora.

—No hace falta, papá —me dice—. Le activamos en noviembre un *Spyware*.

—Entonces qué mierda esperarás para meterte —le grito—. Quiero todo el historial.

Rossi navegaba alegremente por la pornografía mundial y frecuentaba sitios de citas con perfiles falsos. Yésica era una chica con la que se escribía: diálogos más o

menos recientes llenos de seducción y amagues, escritos con horrores de ortografía, no faltos de declaraciones amorosas. Ella decía servir copas en un bar de Lomas del Mirador, cerca de la avenida Arieta, y estar enamorada del cuerpo de ese caballero que la cortejaba en una bailanta y se la cogía en Liniers.

El encargado del bar me cuenta que Yesi renunció de manera imprevista y que está asombrado y afligido. Con algo de reticencia me entrega el domicilio de su casa, que es parte de una barriada pobre cerca de San Martín y General Mosconi. El padre de Yesi me recibe con recelo y temor: su hija viajó a Jujuy a visitar a sus primos, no tienen teléfono. El paisano está en camiseta y me observa a través de un mosquitero. No tengo mucho tiempo, aparto el gabán y le muestro la Glock. Comienza a tartamudear. No se le entiende nada. «Salga», le ordeno. Adentro, en la sombra, el viejo habla con su mujer, hay gritos y chistidos; finalmente sale a la vereda. Se puso una camisa, pero lleva ojotas y tiene los pies despellejados, hace días que no se afeita y puede que nunca se haya peinado en toda su vida. Huele a alcohol y a faso. Le ofrezco un Parisienne, que toma como si fuera un cigarro explosivo. Le muestro una foto de Rossi.

—No tenemos interés por Yesi —le explico.

—Yo a ese no lo conozco, señor —me responde—. Debe ser el tipo que salía con ella, el comerciante de Liniers.

—¿Nunca vino por acá?

—Jamás, señor. Acá no vengas con machos, le decíamos. Cada cosa en su lugar.

—¿Qué pasó con Yesi?

—Le conté la verdad, se fue a Jujuy.

—Abandonó su laburo. Parece raro.

—Los primos tienen una tienda, le vienen ofreciendo hace rato mudarse para allá. Le juro por esta que no le miento.

—Me miente, paisano. Me miente.

—Le juro por esta que no.

—¿Y por qué agarró viaje de un día para otro?

—Eso yo no lo sé, señor.

—Sí lo sabe, paisano. Y si no me lo dice a mí voy a tener que meterlo en un calabozo.

—Le pido, por favor. Soy asmático y tengo familia.

—Y debe tener antecedentes, también.

—Pero hace años que ando derecho, señor. Por mi familia se lo juro.

—No llore. ¿Qué les contó Yésica?

—Estaba con ese hijo de puta, no sé si es su amigo. Y les cayó una patota.

—¿Civil o policial?

—Civil, no parecían canas. Pero estaban calzados. Los cargaron en dos coches y les dieron flor de paseo.

—¿Uno en cada coche?

—Sí.

—¿Qué le decían a ella?

—Nada.

—¿Qué pasó después?

—La soltaron en Camino Negro, le dejaron la cartera y le dijeron que vuelva a casa y que no buchoneara y que si podía, se fuera al carajo. Que no querían verla nunca más. Estamos cagadísimos, señor. La pusimos en un ómnibus.

—No llore. ¿Eran argentinos?

—El que hablaba era argentino, los otros me parece que no.

—¿Qué piensa Yesi?

—Y qué va a pensar, que el novio se metió con alguien groso. Pero ella sabe muy poco del novio. Solo que es un comerciante y que gana mucha plata en Liniers.

Los vecinos son bastante solidarios en este barrio de Lomas del Mirador. Se van acercando cautamente para ver si el padre de Yésica está en problemas. De paso, observan con prevención al forastero y contemplan con lujuria su 4x4. Suelto el cigarrillo y lo aplasto contra el cordón. No hay más agua en este charco. Le palmeo el brazo al viejo y me subo a la camioneta. Siento que todos me miran como él me está mirando. Parece una película de muertos-vivos. Salgo de esa calle evaluando el asunto. No es un secuestro extorsivo, si lo fuera ya se habrían comunicado. No se trata de Bragoni, porque al excomisario no le conviene romper tan pronto con sus nuevos socios. ¿Pueden ser los excamaradas colombianos de Rossi? Los más próximos siguen entre rejas, pero ¿y sus jefes? ¿Y los jefes de sus jefes? ¿Y los competidores de Belisario?

Pongo el «manos libres» y le doy las malas nuevas al coronel, que está tomando Talisker en su departamento de Recoleta. La charla dura una hora, y para entonces ya estoy en Belgrano. Decidimos esperar un poco e informar a Nuria. Cálgaris corta conmigo y la llama a ella. Y ella no tarda mucho en llamarme a mí. Está tomando anís en Juncal, mientras escucha a Norah Jones. Quiere saber cómo sigue esta novela. «No sé —le respondo—. Pero lo que pase va a pasar rápido». Es una corazonada y acierto. Wila llama a las ocho de la mañana. Encontró la puerta violentada de la embotelladora. Rossi está sentado en una silla giratoria del detall. Tiene la cabeza caída, como si estuviera muerto, y le gotea sangre de la boca. Lo dejaron desnudo y atado con alambre de pies y manos; el cuerpo lleno de moretones y carne quemada. Le pido que no toque nada y que no avise a nadie. Pongo en autos a Cálgaris y llamo al médico de la Casa para que mande una ambulancia y consiga cama en un hospital de la zona. El doc se hace cargo de todo, llega incluso antes que yo a la embotelladora y lo somete a una primera revisión. «Está vivo —le informo a Wila, que toma un té en un ángulo alejado de la fábrica, donde se empieza a reunir el personal. Bajo la voz—. Está vivo, pero le cortaron la lengua». Wila cierra los ojos y trata de procesar el disgusto. Aunque lo hace con tanta dignidad y aplomo, que no puedo menos que admirarla. Ambulancia, internación, terapia intensiva, primeras

maniobras de auxilio, curaciones. Wila acompaña el calvario como si fuera su viuda.

Recién a las cinco de la tarde Nuria se entera de lo que pasó. Cálgaris la visita en su oficina y le hace un relato pormenorizado y un análisis de la situación. Nuria no lo toma tan bien como Wila. Parece a punto de vomitar, aunque se mantiene estoica.

—¿Por qué no había vigiladores en la embotelladora? —desafía.

—Porque está inactiva y legal, y porque necesitábamos apoyo en Lanús —le responde el viejo sin inmutarse—. No cambia nada esa custodia. Lo habrían tirado de un auto en movimiento, o se lo hubieran dejado de regalo en la vereda de Juncal. Les daba exactamente lo mismo.

—¿Cuáles son los planes? —pregunta luego de decodificar el mensaje.

—Reforzar su seguridad —dice el coronel, que no levanta la vista de su pipa de cedro—. Y algo que no me incumbe.

—Hable.

—Abrir un canal de diálogo. Viajar a Bogotá, a Medellín, a Cali. Parlamentar.

—Tengo órdenes de no parlamentar con los enemigos, coronel.

—En ese caso, madame, no queda más que protegernos más y mejor, y esperar una escalada.

Nuria me mira, en busca de una explicación.

—Es una advertencia —le digo—. La próxima toca matar.

—También puede recurrir a Bragoni y pagarle para que haya una respuesta —sigue Cálgaris—. No conocemos a fondo este negocio, doctora. Su socio mayor es el verdadero experto.

—Mi «socio mayor» no debe ser molestado por estos contratiempos —dice Nuria, acentuando cada palabra, y vuelve a mirarme—. ¿Qué harías en mi lugar, Remil?

Lo dicho: pertenece a esa clase de mujeres que en algún momento parecen desvalidas. Logran con esa sutil simulación que los hombres prometan lo que no tienen. Es un contrato secreto entre la damisela en apuros y el espadachín invencible. Entre la debilidad irresistible y la omnipotencia suicida. Si no la hubiera oído revolcarse con aquel cerdo en aquella casa de la costa cantábrica estaría dando ahora mismo un paso al frente. Pero trago y trago, y al final me quedo en el molde. Ni siquiera le contesto. Que venga ahora Belisario Ruiz Moreno, y Roldán y Balduin, y todos esos chicos listos, y te saquen de la estacada, Gioconda. Porque yo soy apenas tu guardián.

Cálgaris se acerca a la ventana y mira la calle. Viene en rescate de todos:

—Puedo buscar, si quiere, al protector de sus competidores —dice, y se rasca la nuca—. Ir por arriba y no por abajo. Para ganar tiempo. Algún colega les debe estar dando escolta y garantías. Puedo preguntar y ver quién es, y traerle esa información para que usted tome las decisiones.

El coronel se vuelve hacia ella y le mira la cara grave y rígida. Todo lo que hace Nuria es asentir con la cabeza y buscar el teléfono. Es tarde en Madrid, pero Roldan

atiende la emergencia. Ella se retira hasta la vieja oficina de Wila para hablar con más privacidad. Cálgaris sonrío y se restriega el ojo del derrame. Después descarga con golpecitos su pipa en el cenicero.

—Voy a recomendarle que salga de circulación —me anticipa—. Por lo menos hasta que se aclare la cosa.

—Habría que desmontar la embotelladora. Está quemada.

—No vamos a hacer nada hasta que no sepamos quiénes son —me contradice.

Nos quedamos sin palabras, mientras escuchamos los ecos que provienen de la otra oficina. Son susurros rápidos. La voz de Nuria no vacila, pero me parece irreconocible. Es la voz del miedo.

—Dejá la operación a mi cargo —oigo que me dice Cálgaris, y levanto la cabeza para verlo revisar unas carpetas—. Vos concéntrate en mantenerla con vida.

A Cálgaris no le gusta que la dama quiera darme relevancia. «¿Qué harías en mi lugar, Remil?». Le molesta que yo piense por mi cuenta y amenace su liderazgo. Lo comprendo de inmediato, y me retiro simbólicamente de ese rincón que nunca quise, y que hoy quiero menos que nunca.

La morocha regresa sin una respuesta contundente. Se sienta en su butaca y juega con su Montblanc. Nos cuenta algunos tramos de la conversación. Hay angustia mal disimulada en el tono que adopta. Cálgaris refuerza sus consejos y le habla sobre la conveniencia de que se tome unos días. A Nuria todo le parece aproximadamente razonable, dadas las dudas inmensas del caso. Tenía planificado viajar y conocer El Calafate. Cuando Cálgaris se retira, ella me pregunta si tengo ropa de invierno. «Me refiero a ropa presentable», agrega con media sonrisa borrosa. Está tocada pero no hundida, va a tomarse esta noche una ración doble de clonazepam, y aun así lo más probable es que no pueda evitar el insomnio. Se mete en la web, reactiva el vuelo y las reservaciones, agrega mi nombre y mi documento de identidad. Está una hora concentrada en el trabajo, sin despegar los labios, con un extraño rictus en la boca y una canaleta de preocupación en la frente. Luego se despereza y mira el reloj. Todavía hay tiempo de pasar por el Alto Palermo. La llevo en el Audi y me pide hacer una escala técnica en un bar de la segunda planta: encarga un whisky doble con hielo y se ríe cuando me atraen una coca light. Está distraída, intranquila, desconfiada. Prende un Camel a pesar de las prohibiciones y me pregunta qué hizo el coronel durante la dictadura militar. Al principio no me parece una pregunta inocente, pero a poco de hablar me doy cuenta de que ni siquiera me escucha. Le recuerdo que Cálgaris fue desde joven un niño mimado del servicio de inteligencia del ejército. Lo enviaron a perfeccionarse a Estados Unidos y también estuvo en Panamá, dentro del programa del *Latin American Training Center, Ground División*. Tuvo como compañeros a algunos de los criminales de lesa humanidad más conocidos de la región, pero el gobierno lo destinó a la red europea de espionaje, y no estuvo operativo en la Argentina hasta el final de la guerra con los ingleses, cuando la Casa lo reclamó para reclutamientos y misiones especiales. Es por eso que no tiene



acusaciones ni causas por violación a los derechos humanos. Nuria me mira como nublada, apaga el cigarrillo. «Espero que este asunto no esté por encima de sus posibilidades», dice, y termina el fondo de su vaso. No le respondo. Parece entonada, le volvió el color a los pómulos; recoge su cartera y usa las escaleras mecánicas.

La tienda está atestada de clientes de última hora. La gallega quiere comprar dos camperas rellenas con pluma de ganso y algunos accesorios. Empieza en la zona femenina. Otra vez prueba la paciencia de las vendedoras haciéndoles bajar veinte abrigos de duvet: ningún modelo la satisface. Prueba finalmente con dos, una campera negra y otra azul, y con unos pantalones para caminar por la ladera sur del Aconcagua. Me pide que le sostenga la chaqueta y el bolso, y que no me vaya lejos. Me quedo lo más cerca posible, al otro lado de la cortina, mientras ella se encierra en el probador. Entran más mujeres en el local y yo las vigilo a todas como si fueran asesinas profesionales. De pronto Nuria corre brevemente la cortina y me pregunta cómo le queda el modelo. Miro el espejo y veo que se puso la campera azul, y entonces descubro que debajo solo lleva lencería negra y mínima. Nuestras miradas se encuentran en ese espejo, mientras atruena alrededor el bullicio de las clientas y de las fatigadas vendedoras.

Es uno de esos momentos en los que la mujer lo sabe todo y el hombre no sabe nada. Nuria se da vuelta despacio; está seria como un torero. Da un paso hacia mí y con una lentitud desesperante me agarra la mano. Y me la sostiene unos segundos interminables. Parece que fuera a besármela, pero lo que hace es algo asombroso: se la lleva a la concha. Se la lleva como si la mano fuera suya, como si se tratara de un instrumento recién comprado en el *shopping* con su tarjeta. Y la mano no hace más que obedecerla, se mete entre la tela y la carne, se cierra y da un tirón, y Nuria echa la cabeza hacia atrás y gime por primera vez. Tiene que apoyarse con los dos brazos extendidos en las paredes finitas porque teme perder el equilibrio. Mi mano no la suelta. La penetra todavía más. La sacude. La frota y la aprieta. Y es sorprendente cómo la cara de Nuria se trastorna y se descompone, y cómo se muerde los labios para ahogar el grito final. Porque acaba rápido. Tan rápido que me deja frío. Acaba con un estremecimiento y retrocede, y se cierra automáticamente la campera y se sienta en el banquito, como un animal que recula hasta el fondo de la cueva y se esconde en la oscuridad. No levanta la cabeza, está temblando, y yo me retiro, cierro lentamente la cortina, le doy la espalda y me quedo de pie en medio de la clientela.

Con la cabeza llena de luces y la mano mojada.

No tardan mucho en confirmarse las primeras suposiciones de Cálgaris. «Si nadie la llama, doctora, no hay que darle más vueltas al asunto: Rossi mismo es el mensaje». El coronel visita con Maca al convaleciente y lo interroga con ayuda de una *notebook*. Rossi no tiene idea de quién le cortó la lengua y lo vapuleó, pero puede contar muchas cosas de sus anteriores socios y empleadores. Cálgaris rescata el viejo

expediente judicial y comprueba que aunque el negocio se desarticuló la ruta del tráfico sigue intacta y goteando. Pregunta y pregunta, y finalmente da con el capanga que protege los nuevos envíos. Es un jefe de Gendarmería que juega al golf en Ranelagh. Lo acompaña por el green toda una mañana de sol, fumándose varias pipas, y al día siguiente el gendarme le avisa que lo esperan en Asunción del Paraguay. La cita es en un hotel boutique, frente al Shopping Mariscal López. Cálgaris lleva una valija Samsonite con un millón de euros, como prueba de buena voluntad, y charla dos días con tres colombianos extremadamente amables. Para entonces García Roldán ya tuvo que recular y comprender que sin parlamentar se desatará una guerra sangrienta, y que más vale perder un poco ahora y mostrar los dientes, a arruinar el sigilo con tantos tiros y tanta publicidad. «Tal vez tenga algo de razón, necesitamos masa crítica, ya habrá tiempo para represalias —le dice a Cálgaris por teléfono, en tono cansino—. Busque una tregua». El viejo regresa a Buenos Aires con un parche, sin la menor ilusión. Se han comprado algunos meses de discreción y una paz precaria. Pero nada más. En algún momento los compatriotas de Belisario querrán progresar y quedarse con la parte del león. Así funciona el capitalismo.

Nos encontraremos con todas estas novedades a la vuelta del sur, aunque el abogado español le anticipa los cambios de estrategia en dos llamadas cortas, que Nuria recibe desnuda y arropada por sábanas inglesas. Nos alojamos en el hotel Los Sauces, específicamente en la Casa del Viento.

Aunque después del episodio del probador la morocha no da más señales de complicidad ni hace la menor alusión a la barrera que cruzamos, al aterrizar en El Calafate le pide al conserje que anule la reservación que ella misma hizo para confinarme, lejos y completamente solo, en la Casa del Bosque. La cancela con voz segura y normal, y anuncia que compartiremos la suite Eva Perón. Ni siquiera me mira para ver cómo me cae la noticia. Sigue absorta examinando los muebles y las instalaciones. Hacemos el *check in* y nos llevan en carritos a través de senderos, rotondas, parques y arroyos hasta una casa patagónica de piedra y techo a dos aguas. Divisamos por el camino cauquenes, bandurrias, patos y teros. El aire es limpio y la tarde, luminosa. La suite está llena de cuadros de Evita. El primero es una versión pop algo impresionante, porque la mujer de Perón recibe a todos con una sonrisa triste. Reviso rápidamente ese departamento dominado por el celeste y el blanco donde hay flores falsas y libros de ocasión, un balcón con vista panorámica y un baño con jacuzzi. Cuando termino de verificar que todo esté en orden, el botones ya se retiró y la puerta 507 está cerrada.

Nuria deja el saco de cuero, la cartera y los guantes en un sofá, atraviesa el umbral del dormitorio, y por unos instantes sale del campo de visión. Yo la espero con los brazos caídos, sin frío ni calor, con la campera de duvet desabrochada y la Glock en la funda. No sé exactamente qué está por ocurrir, ni qué papel tengo que jugar. Pero miro fijo la puerta interna abierta de par en par, y en el fondo la cama blanca y los almohadones. Escucho la voz de Nuria preguntando cómo estoy seguro

de que es una habitación libre de micrófonos. Le explico, sin moverme, que un técnico de la Casa hizo un barrido hace unas horas. No hay respuesta, ni ruidos, y entonces tengo un presentimiento. Me saco la campera y coloco cuidadosamente el arma sobre un aparador, y al volver mi vista hacia el dormitorio la veo, completamente desnuda, pasar de izquierda a derecha, abrir la cama y colarse entre las sábanas. No es una maniobra rápida ni lenta; tiene la misma cadencia y serenidad que una modelo experimentada caminando por una pasarela. Debo admitir que el pulso me late como si estuviera en un callejón sin salida con nueve barrabravas sedientos. Nuria gira hacia mí y me observa. Tiene una leve sonrisa en los ojos negros y todo el pelo tenuemente rojizo le cae hacia un lado, sobre el antebrazo que la sostiene: puso el codo izquierdo en la almohada y la cara sobre esa mano. Parece decirme, ¿qué esperás? Y en mi interior todavía creo irracionalmente que como otras veces me hará llegar hasta el límite y me cerrará la escotilla en la nariz. Avanzo sin embargo quitándome el suéter y desabotonándome la camisa, y cuando estoy a tres pasos, ella aparta las mantas y me muestra por fin el cuerpo pálido y el breve vello púbico en el centro de un océano de pecas. Sé lo que quiere de una manera intuitiva. Quiere que pase por esa aduana antes de concederme la boca. Estoy en la suite Eva Perón para realizar una tarea que no figura en el contrato de servicio, pero que no rompe el acuerdo básico de ama y esclavo. Me inclino ante ella, como me pide, y al principio la lamo con extremo cuidado mientras la siento arquearse y gemir, pero luego paso mis brazos por debajo de sus piernas, las aferró como si fuera una lucha grecorromana, apoyo el mentón en la concha y le lamo el clítoris sin darle descanso. La escucho gritar de manera sofocada y sin embargo no la abandono, sigo y sigo arriba y abajo, pasando de la delicadeza al apuro, de la suavidad a la firmeza, mientras me empapo toda la cara. Acaba muchas veces antes de agarrarme de los pelos. Necesita que la penetre con suma urgencia. No me da tiempo ni a sacarme el pantalón. Bajo el cierre y se la meto con fuerza. Ella me abraza, pero no lo hace de manera amorosa: busca un nuevo punto de apoyo y un travesaño de donde colgarse. Su cara sigue lejos de la mía, pero está colorada por la excitación. Sé que tiene el orgasmo fácil, pero me toca probar que puedo cogérmela con eficiencia, sin perder nunca el control, sin permitirle recreos, en una escala ascendente para que una explosión la lleve a otra, y a otra más. Si consigo eso sin eyacular y sin perder la erección, si puedo doblegarla con la pija y bajarle los humos, a lo mejor tenga una oportunidad.

Me ayuda un poco el entrenamiento aeróbico, porque Nuria Menéndez Lugo me exige a fondo. Y lo hace sin palabras, con alaridos y movimientos de pelvis, clavándome las uñas en los hombros y en la espalda. Sube tanto la pendiente que en un momento interpone un pie y me aleja, y se toca el pecho como si el corazón le estuviera a punto de estallar en mil pedazos. Eso me facilita retirarme uno segundos para descalzarme y deshacerme del resto de la ropa con movimientos torpes. Liberado de todo, incluso del miedo, la giro sin cuidado y le chupo la aureola del

culo. Se lo hago con suavidad pero no me detengo mucho porque temo perder el vigor. Le entro por la vagina, afirmándome fuerte en sus caderas, y trato de mantener la lucidez en medio del placer más absoluto, como si estuviera en el río aguantando la respiración y regulando las energías. Nuria se desgarrá cada tanto, pero yo no la dejo recuperarse, le sigo dando y dando, y me atrevo a atraparle la melena con una sola mano y a tirar como si fuera una brida. Recuerdo en este momento los sitios del Pornhub.com que detectó el *Spyware* de Palma. Recuerdo la palabra «anal» y pienso si está dentro de mis atribuciones explorar esa vía. No me atrevo a hacerlo. La cama cruje y los gritos de Nuria deben estar escuchándose hasta en el vestíbulo. De pronto se pone de rodillas y se desacopla, resollando y brillando de sudor. Nos quedamos así, casi pegados, pecho con espalda, mi cara en su nunca. Y avanzo prudentemente, como si todavía pudiera arrepentirse y dar por terminada la función. La rodeo y le gano las tetas, y le acaricio los pezones, y Nuria echa la cabeza hacia atrás y respira pesadamente. Respira mientras le acaricio en profundidad los pechos, el vientre, de nuevo la concha. Tenemos toda la piel junta, y es en ese punto, justo ahí, cuando la doctora gira la cabeza y me entrega la boca abierta. Estamos llenos de saliva y de calor, y yo siento que alcanzo finalmente lo más alto de la torre, gano la terraza inexpugnable: ahora yo soy el amo y ella la esclava.

Lo que sigue no tiene importancia, porque es más de lo mismo. Cogemos sin parar, ella arriba y yo abajo, sin pausas y con los ojos bien abiertos. Luego yo de nuevo encima, cerrándole las piernas y trabajándola con embestidas cortitas. Y vuelta a empezar, y nunca una frase ni un pedido. Extraño oficio mudo hilvanado con sus gritos desembozados. Sin perder la cabeza percibo que cuando goza de verdad ella grita y no habla, y deduzco, por contraste, que cuando simula tiene en cambio que llenar los silencios incómodos con reclamos soeces y elogios desmedidos. Si eso es cierto, no hubo un solo tramo sincero en la sesión escandalosa que Belisario y su perra tuvieron en la planta alta de aquella casa del Cantábrico.

Sé que es de noche cuando ella se levanta y trae dos botellitas heladas de Evian. Me mira de reojo mientras se toma de tres tragos largos toda el agua deliciosa. Qué puedo decir. A pesar de ser una mujer normal, desnuda es bellísima. Cuando vuelve del baño, me recorre el cuerpo con la lengua. Me lame las cicatrices, los tatuajes y la pija. Pretende hacerme acabar pajeándome pero pasado un tiempo yo no puedo acceder tan fácilmente a sus deseos, así que aprovecho la resurrección para empalarla de nuevo, y así avanzamos sobre las horas, sin intercambiar ni un insulto. Varias veces tenemos que parar porque tiembla como si tuviera Parkinson y también porque parece de nuevo al borde de un infarto. Es multiorgásmica, y yo no tengo interés en eyacular. Somos una pareja perfecta, porque Nuria no quiere mi leche, ni siquiera le interesa sentir que me derrota. Sin embargo, al final ella de pronto se reprime: deja de acabar y me cabalga conteniendo la respiración. Y yo me descargo adentro de ella correspondiendo la gentileza, pero con los dientes apretados, sin darle el gusto de regalarle un quejido. Al acusar el espasmo, la morocha me pone una mano sobre los

ojos, como si no quisiera que la viera en este instante íntimo, y larga todo lo que tiene pendiente con un rugido de fiera.

Casi de inmediato nos quedamos boca arriba, recuperando el aliento, en la penumbra de la cama. No sé qué piensa, tal vez tenga como yo la mente en blanco. Con tantos peligros en los que cavilar, presiento que a ella no le importan por ahora los colombianos, ni la sentencia de muerte que significa la enorme grosería de haber traicionado a su jefe con un guardaespaldas. Tampoco yo puedo medir las consecuencias de desobedecer a Cálgaris y retar a Escobar Gaviria. Estamos en la inconsciencia total, en ese mar dulce donde parece por un momento que la vida tiene algún sentido. Pero no nos tocamos, ni nos miramos. No nos decimos absolutamente nada. Permanecemos un tiempo incalculable arropados por la calefacción y el silencio de la naturaleza. Y solo cambiamos de posición para prender cigarrillos y fumar un rato.

Después Nuria suspira y se levanta, y marcha desnuda hacia el baño a darse una ducha caliente. Sale veinte minutos después en bata y pantuflas, secándose las puntas del pelo con una toalla, y me relojea el cuerpo con una mirada nueva. Asiente sin despegar los labios, como si estuviera confirmando alguna teoría, y suelta al pasar: «Tengo hambre». Tomo el deseo como una orden, salto de la cama, me ducho y me visto en cinco minutos. Tengo todavía que esperarla media hora más hasta que está lista. Cenamos juntos en «La Comarca». Es un restaurante gourmet, está semivacío y Nuria habla un rato con el chef. El tema son la centolla, el atún glaseado en jerez, el caldo de ostras y el gazpacho de naranja y langostinos. Me entero de que ella quiere tomar un curso sobre cocina en Buenos Aires, y se deja convencer de hincarle el diente a una merluza negra sobre crema de bisque. Yo elijo un risotto de funghi, para no desentonar, pero me zamparía una parrilla completa.

Cuando volvemos a estar solos no le queda más alternativa que brindar desganadamente con un turrón que sabe a notas florales, frutas y miel. No sé si ya se los dije, pero para mí el vino blanco no es vino. Cenamos sin darnos conversación, como un matrimonio antiguo y aburrido de la vida. Pero cuando regresamos a la suite, se queda rápidamente en corpiño y bombacha y se sirve un whisky. La termino de desnudar y vuelvo a garchármela con callado entusiasmo. No sé en qué tramo dejamos de hacerlo para quedarnos completamente dormidos. Pero sé que ni en ese revoltijo Nuria se confunde: me da la espalda y se abraza a una almohada que parece quedar en la punta de un muelle.

La morocha descarta las excursiones, y pasamos muchas horas en la cama y algunas en el spa y en el gimnasio. Hay pocos huéspedes, y nuestras conversaciones son únicamente operativas. Nada ha cambiado en nuestra relación: la intimidad de los cuerpos no traspone nunca la frontera prohibida; el agradecimiento del placer carnal que suele trepar desde los genitales hasta el corazón sufre la ley de gravedad, y no

surte efecto. Se le permite al centurión yacer en el lecho de la emperatriz con la misión de satisfacerla, pero no debe jamás despistarse y creer que tiene nuevos derechos. Solo aumentaron sus obligaciones.

La última llamada de García Roldán persuade a la dama blanca de extender la estada. Recorremos ochenta kilómetros a la vera del lago Argentino, a través de la estepa patagónica, y visitamos el glaciar Perito Moreno. Subimos por senderos, pasarelas y escalinatas, y vemos desde distintos balcones esos gigantes de hielo. Esperamos presenciar algún desprendimiento, pero los dioses hoy no están tan dóciles. Después nos anotamos en el safari náutico y navegamos una hora por el Brazo Rico. No puedo evitar, durante todo el trayecto, apartar la vista del paisaje y espiar a Nuria con su campera de duvet, sus gafas de Gucci, estilo aviador, y su sombrero negro con una cinta. Parece cerebral mente feliz, sin excesos ni asombros. Esa noche me pide que se la meta por el culo, y antes de dormirse me parece que está ahogando un llanto. Pero es un pálpito, porque me ha dado nuevamente la espalda y no me atrevo a preguntarle si está bien.

Otro día partimos temprano en catamarán desde el puerto Punta Bandera y nos deslizamos por el brazo norte hasta el Canal Upsala. Nuria se muestra mareada y algo indiferente. La barrera de hielo, la vista panorámica, los otros glaciares, el Canal de los Témpanos y la Bahía Onelli. Esa noche no quiere más que ver un poco de televisión y dormirse temprano, como si estuviera agotada. Yo me quedo despierto en la oscuridad, enredado en nuestro destino, como si lo tuviéramos.

La última jornada transcurre en una estancia ubicada a 22 kilómetros, frente al cerro Cristal y la cordillera de los Andes. Hay arreo de ovejas, esquila, avistajes y esas cosas. Nos homenajean con cordero patagónico y quieren obligarnos a ver un espectáculo de folclore y tango. Nuria se niega y regresamos al hotel. Está enojada, fastidiosa, le grita a un empleado, se mete en el jacuzzi con un champán y me ordena que la bañe. Me desnudo completamente para hacerlo, y al penetrarla me pega un cachetazo y otro más con el revés de la mano, y yo la embisto con rabia. Y es notable cómo coge y llora, y me pega puñetazos sin fuerza en el pecho, y cómo acaba en un grito que deriva en un llanto acompasado y arrasador. Se derrumba. Me abraza por fin desolada, como se abraza un náufrago a una tabla en medio de las olas del río. Y yo la aprieto contra mí y luego la alzo en brazos y la saco del agua, y la seco largamente con un toallón. La acuesto en la cama y la tapo hasta las sienes, y velo su dolor y su miedo fumando y haciendo *zapping* sin ver nada.

Ya de vuelta en Buenos Aires y enterada de los detalles de la endeble tregua conseguida por el coronel en Asunción, Nuria Menéndez Lugo recupera la vertical. Se dedica durante esas semanas a la red de empresas fantasmas, y a los circuitos financieros de retorno que traen y sacan fondos, y que dotan de fuerza económica a las tres constructoras. Son las firmas que ganarán licitaciones públicas en varias provincias. La senadora Parisi lo garantiza. Ella y Fierrito cenar con Nuria en el departamento de Cálgaris. La influencia del periodista demuestra un gran avance: la

reina del peronismo caviar habla delante de Fierrito sin pelos en la lengua, aunque lo hace únicamente en relación a rutas nuevas y planes de vivienda. Ni a su vocero ni a mí nos integran al diálogo, solo asistimos a las conversaciones del trío cruzando de vez en cuando miradas irónicas. Se habla con eufemismos de los radares del Escudo Norte, y Cálgaris se siente obligado a explicar por qué sería riesgoso utilizar los métodos del menudeo. Las fronteras terrestres son un colador, pero también son muy indiscretas; la competencia tiene antenas sensibles. «Lo barato sale caro», dice Nuria con acento porteño y sin mirar a la senadora, que no recoge el guante. Nunca escuché a la Tana referirse en voz alta al negocio verdadero. Si alguien nos está grabando no va a encontrar ni media frase que pueda utilizarse en un juicio. Apenas silencios elegantes, datos sobre adjudicaciones, chistes sobre los feudos provinciales y evocaciones de Australia.

El Cessna Citation 500 hace varios vuelos en los meses que siguen, incluso el piloto se siente tan seguro que utiliza dos veces un Hércules. El salteño no decepciona, comanda los operativos con eficiencia prusiana. La mercadería abunda y los métodos de exportación varían; algunos son muy creativos. El flujo es industrial y el armisticio que se logró en Asunción parece por ahora inalterable, los factores externos resultan tan positivos que hasta la embotelladora vuelve a ponerse en marcha. La gorda Maca se ocupa mucho de recuperar a Rossi, viaja en dos ocasiones a San Luis como acompañante terapéutica para que se reencuentre con sus exmujeres y con sus hijos. Y el coronel le promete al Químico que le pagarán una cirugía: hay muchas innovaciones en la materia, parece mentira lo que se consigue usando la piel del antebrazo. Con muda resignación, Rossi vuelve a trabajar en las botellas de malbec.

Mientras tanto, la oficina de Nuria se convierte en una gran cueva financiera. Nos vemos obligados a tomar, después de investigarlos de arriba abajo, a cinco «valijeros». Los muchachos de siempre ya abrieron seiscientas empresas falsas con sedes en cuatro paraísos fiscales, y viajan todo el tiempo a Montevideo para despachar algunos fondos a Suiza. Siempre en cuentas pequeñas, que no superan los dos millones de dólares. Arman triangulaciones, y tienen cientos de trucos para lavar el dinero, para fragmentarlo, para hacerlo desaparecer o para reingresarlo en el sistema. Un testaferro de Rada hace inversiones en countries, en un pool de siembra y en vehículos de alta gama. Nuria es accionista de hecho o de palabra: no hay peligro de que el sindicalista quiera quedarse con un vuelto, sabe que estaría poniendo directamente su cabeza en la guillotina.

Se organizan varios almuerzos en el bunker del cazador de palomas con Javier Pico y con el capitán Ahab. El empresario pesquero se queja todo el tiempo de las comisiones. Nuria administra con solvencia las ambiciones y los desequilibrios, está ocupadísima todo el día en la comercialización y a veces siente que el volumen la está desbordando. «Tenemos crisis de crecimiento», oigo que le dice a García Roldán. Le reclama que viaje a darle una mano, pero el abogado le asegura que es imposible y

le sugiere que aprenda a manejar el estrés. La Gioconda redobla su esfuerzo sobre la cinta y hace un curso de cocina criolla en Palermo. Un plagiador de Gastón Riveira le enseña a preparar bondiola de cerdo mechada con pesto y puré a la mostaza, y mollejas con peras y espumantes. Se siente insegura, y retrocede hacia un curso básico de quince clases. Agrega la pastelería, que es más manuable: puede experimentar con ella en su departamento de Juncal. Masas batidas de estructura aireada y cremosa, masas quebradas, tortas clásicas, merengues y hojaldres.

Cuando está muy pasada de rosca, la otra táctica consiste en mandarme un mensaje de texto con una contraseña: «Ven». Esa orden corta y autoritaria solo quiere decir una cosa. Que se tomó dos copas y que está desnuda. Los últimos hechos del Calafate, que fueron bastante emocionales, no generaron confianza. Y durante los posteriores capítulos la dama blanca tampoco se ha permitido descender a la confesión o al lenguaje amoroso. Al retomar específicamente la rutina comercial, jamás mostró un solo gesto de acercamiento. Ni una mirada insinuante, ni una llamada telefónica ni un *e-mail*, ni siquiera el roce de una mano al pasar. Pero no solo se trata de que tenemos un secreto peligroso y no debemos dejar la mínima pista. Se trata, nuevamente, de que el sexo sostenido en el tiempo sigue sin modificar nuestro pacto inicial. Se dice que a las mujeres les cuesta separar una cosa de la otra, pero la Gioconda no es una mujer cualquiera. Puede, a lo sumo, en el colmo de su entusiasmo, llamarme «soldadito» cuando está a punto de estallar. Puede incluso hacerme probar, después de chuparme de rodillas, una receta con la que está experimentando. Pero el vínculo no pasa jamás a otra instancia, se queda adormecido en esa primera estación.

Estamos en esos escauceos sexuales y gastronómicos, cuando el salteño me llama para comunicarme que hirieron a un custodio y nos robaron un camión. El percance sucedió en Neuquén, y mi camarada se siente tremendamente avergonzado. Dejó el Volkswagen térmico, como de costumbre, en el corralón de materiales, puso un imaginaria y se fue a dormir a la posada de malamuerte. Lo despertaron para anunciarle que hubo problemas. El motoquero tiene una herida de bala en un muslo y quieren llevarlo al Hospital Regional. El veterano de Goose Green lo revisa, lo mete en el corralón, le saca el proyectil con su puñal de paracaidista y lo asiste con su botiquín de comando. No hubo testigos, no intervino la policía, no sabe qué hacer. Le ordeno aguantar y acovacharse. Aviso a Cálgaris para que avise a un amigo de la Casa y me tomo el primer avión. Cuando llego encuentro la situación relativamente dominada. El salteño me busca en el aeropuerto con un coche alquilado; me asegura que el motoquero se recupera en un lugar confiable y que no tiene idea de quién le disparó. Lo rociaron desde media distancia, en la oscuridad de la calle, y quedó fuera de combate en seguida. Es un barrio alejado, lindante a viviendas de chapa y cartón, y los cohetazos no son infrecuentes. Nadie se dio cuenta de nada. El chofer de Rada nos recibe en el corralón, se nota que está asustado. Examinamos de cerca los balazos en la pared y en la puerta doble, y después las huellas de los neumáticos.



Tomamos unos mates mientras tratamos de entender quién pudo marcar el paquete. ¿Vecinos?, pregunto. Es zona agreste, pero siempre hay vecinos ambiciosos. Ya hubo varios cargamentos y pudieron entrarles sospechas. A lo mejor ni siquiera eso: piratas del asfalto que no tienen idea del contenido. Es lo más probable, pienso para no pensar en un mejicano. Cálgaris me enseñó que, en principio, nunca debemos sobreestimar al delincuente común ni imaginar cuestiones demasiado sofisticadas. Los delincuentes, hasta que se demuestre lo contrario, son mediocres y cometen actos elementales. Los astutos son minoría, aunque el cine nos venda todo lo contrario. Antes de pensar en el cártel de Sinaloa pienso entonces en vecinos buchones que venden un dato, en piratas que se llevan un camión pensando que trae zapatillas, y en muchachos de caño que pagan un diezmo en alguna comisaría. Supongamos que esta noche un hijo de puta nos ha declarado zona liberada, y que quien lo hizo no es un comisario cualquiera sino el mismísimo jefe de día. Una vez por semana un comisario de la ciudad está de guardia, y es el poronga mayor por veinticuatro horas. Llamo a nuestro agente local, que vela la convalecencia del motoquero, y le pregunto si puede conseguirme el nombre, el domicilio y el teléfono. Se toma treinta minutos para dar con el apellido: Tarifeño. Marco su celular, pero está apagado. El comisario debe estar durmiendo, tuvo una guardia agotadora. Cruzamos la capital, subimos por calles de tierra y llegamos a un barrio policial instalado en una barda. Su mujer, una chica agria y temerosa, nos confirma que el león descansa. Le digo, con sonrisa de hiena, que lo esperamos. «Mire que a veces sigue derecho hasta la tardecita», me responde para disuadirme. «No importa —le contesto—. Se nos perdió algo, tenemos mucha paciencia». Cierra lentamente la puerta de hierro y nosotros nos apoyamos en el capot del coche y prendemos cigarrillos. Al salteño no le gusta hablar y yo no tengo nada para decir, así que fumamos como sospechosos a punto de robar una farmacia.

Tarifeño no tarda ni quince minutos en subir la persiana y asomarse de costado: es un hombre precavido, tiene amartillada la 9 milímetros detrás de la cortina. Me acerco a la verja, le doy las buenas tardes y le informo que nos afanaron un camión Volkswagen color blanco. Podría hacerse el boludo un rato, pero tiene mucha experiencia: el aspecto marcial del salteño, que se mantiene seis metros detrás, y mi semblante de boxeador aficionado lo convencen de ir por las buenas. Paso a tomar una café, y en el felpudo tengo una cortesía: saco con mucho cuidado la funda con la Glock y se la entrego a la señora de Tarifeño como si le entregara el sombrero y el abrigo. Eso no evita que el marido siga agarrado del fierro mientras entro en el living y me siento en un sofá. La mujer deja mi herramienta sobre la mesa del comedor y desaparece en la cocina, y el tipo se acoda en el respaldo de un sillón. Es un morochazo de bigote gris y panza cervecera al que se le volaron las chapas hace diez años. Le explico con extrema diplomacia que los pibes le chorearon a la persona equivocada. No necesito muchos argumentos. Me doy cuenta de ya está enterado de la naturaleza de la carga y que adivina el quilombo en el que está metido. Puede que

yo pertenezca a una agencia de inteligencia o que integre un simpático grupo de narcotraficantes, o las dos cosas al mismo tiempo. Como sea, el asunto se complicó y está muy por encima de sus huevos. La mujer trae en bandeja el cafecito, que resulta intomable, y se queda a escuchar. El comisario se sienta enfrente y, como prueba de buena voluntad, deja su pistola en la mesita ratona. Me describe quiénes son y cómo se mueven. Pendejos de cuidado, pero pendejos al fin. Gente de Cipolletti. Okupas. El camión debe estar escondido en una chacra abandonada. La señora proporciona papel y lápiz, y Tarifeño me dibuja un plano para que no me pierda. Luego me devuelve el arma. Nos despedimos con un apretón de manos. Sin rencores. Parece haberse sacado un gran peso de encima; no me extrañaría nada que se eche a dormir la siesta.

Salimos a la ruta y cruzamos el puente carretero. Es una zona que queda en el límite con Fernández Oro. Nos cuesta bastante encontrarla en ese laberinto porque el plano de Tarifeño es apenas un bosquejo a mano alzada y por aproximación. Al final damos con la tranquera carcomida. Uso los prismáticos para revisar el terreno y ver si los pendejos son cuidadosos. No veo más que una casa hundida y un caballo pastando. Pero hay perros, los oigo, y eso va a hacer todo más jodido. Acordamos con señas una estrategia. Mi camarada coloca el silenciador en su Smith & Wesson MP9 por si tiene que acallarlos y prepara su Itaca 37.

Abandonamos el auto bajo un árbol alejado, avanzamos en cuclillas cincuenta metros y después nos arrastramos como si estuviéramos en Campo de Mayo. Siento los primeros ladridos. El salteño corta un alambrado lateral y se mete en el terreno por la izquierda. Yo salto la tranquera y corro agachado entre pajonales hasta la pared de un depósito. Los ladridos aumentan, los perros están histéricos. Compruebo desde mi posición que hay un movimiento en el porche, preparo la Glock y espero agazapado. Es una tarde fría y húmeda de campo, y por unos minutos no se escuchan más que perros y pájaros. Todavía no sobresale nadie, aunque creo notar algún tipo de actividad en la casona. De pronto los perros enmudecen y los pájaros se callan. Un pendejo sale al porche. No tendrá más de veinte años, lleva los pelos parados como si recién se levantara del catre, y una escopeta de dos caños en el brazo. Lo observo con los binoculares y descubro que tiene la mirada lagañosa y atenta. Da unos pasos sin apartar la vista del lugar donde ladraban los perros. Y después mira en redondo, sospechando con horror la mala nueva. Es entonces cuando levanta la escopeta y la pone a la altura de la cadera, y retrocede boqueando como si tuviera taquicardia. No llego a oír lo que grita, pero me imagino que está alertando a sus compañeros. Aparezco por la derecha y le disparo. Creo que son cuatro tiros en medio segundo. Uno le pega y lo hace girar en el aire, pero no logra voltearlo. Me devuelve una perdigonada, que no me roza, y recibe otra de costado que lo levanta, lo perfora, lo empuja como un muñeco y lo derriba. Escucho la corredera de la Itaca del salteño, y también gritos que provienen del interior. Aprovecho ese instante de confusión y pánico para correr de un depósito a un galpón: ahora tengo la casa de costado, el

salteño la tiene de frente. Comienzan a disparar desde adentro, pero sin hacerse todavía una idea concreta de cuánto somos ni dónde estamos. Mi camarada les devuelve la pelota y los mantiene ocupados: carga un morral lleno de cartuchos. Mientras tanto, yo repto por la veredita, me aplasto contra la pared y la sigo hasta la parte trasera; me asomo con cuidado y veo una pequeña barranca, un gallinero, una huerta destrozada. Desde ese ángulo no alcanzo a divisar la puerta trasera y la ventana, pero sé que están ahí nomás.

Parecen muy entretenidos adelante, así que pruebo ponerme de pie, acercarme a la cerradura y reventarla de tres tiros. Suelto el cargador y meto otro con un chasquido. Pateo la puerta con todas mis fuerzas y entro disparando sin mirar a quien. No encuentro a nadie, y entonces me cubro de espaldas en el muro que divide la cocina del resto de la casa. Es una cocina vieja y destartada, sucia y llena de cacharros usados y abandonados al azar. Algunos vuelan en pedazos, otros saltan enloquecidos: me están gatillando con la misma ametralladora con que rociaron al motoquero. Espero hasta que el tirador usa todo lo que tiene, y cuando hace una pausa para recargar, me aparezco en el pasillo sin verlo, pongo rodilla en tierra y apunto con las dos manos. Estoy transpirando. Apenas reaparece le meto bala. Bang, bang, bang. Y el pendejo acusa los golpes y sale de circulación: no sé si al doblar el recodo me lo encontraré tirado en un charco de sangre o si estará vivo y dispuesto a volarme el escroto. Giro corriendo el riesgo y lo hago disparando a tontas y a ciegas. Pero es inútil: el pendejo está caído y ensangrentado, y en las convulsiones del final. Es más grande que el primero, está en zapatillas, jogging y camiseta; tiene los brazos llenos de tatuajes tumberos. No le quedan ojos ni para mirarme. Lo remato para que no sufra.

Se produce entonces un breve silencio. La casa es grande y mugrienta, y aunque Tarifeño me avisó que eran cuatro, a lo mejor son más. A lo mejor incluso tienen visitas: no todos los días te toca la lotería nacional. Tal vez hubo festejo hasta muy tarde y trajeron putas y amigos de la pesada. Más vale vivir cinco días como rey que treinta años como buey. Les ofrezco una salida. Les grito que los tenemos entre fuegos y que ya palmaron dos, que no nos interesa su vida sino nuestro camión, y que se entreguen. Me responden con puteadas y risas, y con una andanada de detonaciones. Abrieron uno de los paquetes del Dragón y están duros de tanto coraje. Me refugio en un cuarto de trastos y desde allí sigo disparando, aunque cuido el parque. El tiroteo es a veces intermitente y en otras ocasiones, ensordecedor y muy denso. Recién recuerdo que el salteño viaja siempre con dos granadas de mano cuando oigo la primera explosión. Salgo de nuevo al corredor y avanzo amparado por el polvo y el ruido. Parece que un pendejo quiere entregarse, aunque no suelta la pistola, y entonces la silenciosa Smith & Wesson lo voltea secamente. Encuentro a dos putas desnudas en un baño: gritan de terror. Las encierro con doble llave para que no queden en medio de los misiles. El salteño avisa que va a utilizar la segunda granada. Se muere de ganas de hacerlo, y los pendejos lo adivinan. Quedan tres, tiran

la ferretería y salen de rodillas con las manos en alto. El héroe de Goose Green aparta los escombros y les apunta como si fuera a fusilarlos, mientras yo reviso las otras habitaciones. No hay pájaros en el alambre, solo camas roñosas abiertas y restos de cocaína por todos lados. Un pendejo llora arrodillado, frente a la cara impassible de mi camarada. Le pregunto al oído dónde está el camión. Se apresura en decirme que lo escondieron en un tercer depósito, que parece un granero y que queda bajando la barranca y cruzando el arroyo. El salteño me cede la Itaca 37 y se va a buscarlo. Me quedo a solas, sin permitir que me vean la cara, hablándoles como un padre: lo mejor que pueden hacer, pendejos, es enterrar a esos perejiles en la huerta y seguir con la piratería como si acá no hubiera pasado nada, porque si levantan la perdiz Tarifeño les va a hacer la boleta y después se va a ganar una condecoración bien merecida. Y si el comisario no se los carga, nosotros vamos a tomar la posta. No crean que no tenemos ganas de terminar ahora misma con todo. Qué se piensan.

Tarda diez minutos el salteño en regresar. Asiente con las cejas y le devuelvo su cañón. Atamos de pies y manos a los tres muditos y a las dos putas, y los metemos a los cinco en un cuartucho sin ventanas. Conseguimos una cadena y dos candados. Van a salir, pero van a tener que dejar los bofes para conseguirlo. Abro la tranquera y el salteño saca el camión. Yo lo sigo en el auto hasta Neuquén Capital. Nadie nos para en el puente carretero. Duermo esa noche en el Hotel del Comahue y al día siguiente vuelo a casa. Cálgaris me recoge en el Aeroparque para que le informe en detalle el incidente. Cuando salgo de la ducha, en el departamento de Belgrano R, leo un mensaje de texto. De nuevo esa contraseña corta y tajante: «Ven».

Al salir del ascensor noto la seguridad especial, incluso reconozco el rostro de algún viejo compañero. Hombres de negro interconectados y armados con pistolas ocultas. La doble puerta del gran salón de fiestas está cerrada pero se cuela un rumor de voces y una cierta vibración sonora. Lanzados sobre una mesa de canapés, fotógrafos y camarógrafos comen y hablan de fútbol. Apoyado en la mesa de las tarjetas y custodiado por promotoras bulímicas, Fierrito se afana por explicarles a los periodistas que la senadora Parisi está dando esta noche un discurso sobre el modelo de desarrollo australiano y su potencial en la Argentina. Les promete una copia del discurso al final de la velada y les sopla *off the record* datos sobre la interna peronista. Pero quienes cubren el acontecimiento trabajan más en las revistas de celebridades que en los diarios, así que las preguntas toman una dirección más frívola. Me entero de que se trata de un encuentro de beneficencia, y que los 1500 asistentes son empresarios, políticos, actores y deportistas. La *crème de la crème*. El hecho de que Elena Parisi ocupe un lugar de privilegio en el atril muestra el reconocimiento político que está obteniendo. O al menos eso es lo que, palabra por palabra, el vocero de la reina del peronismo caviar les planta a los chimenteros. Ellos, en plan canje, le preguntan qué vestido eligió su patrona para tan importante ocasión.

Fierro se ríe, está en su mejor momento. Se trata de una obra de arte, el mismo modelo de Valentino que utilizó Julia Roberts en la entrega de los Oscar, les revela. Una prenda minimalista con una franja vertical que recorre el vestido y se transforma en un escote en V. «De ahí parten dos breteles que realzan espectacularmente la espalda, y una sobrefalda de tul en blanco y negro —explica—. Un toque *old Hollywood*. ¿Quieren ver?». Admiro su profesionalismo. Abre una hoja de la puerta, poniéndose un dedo en los labios para que espíen en absoluto silencio, y los cuervos le siguen el juego. Cuando cierra de nuevo, una cronista deslenguada le suelta: «No es un vestido para una vieja». Y a Fierrito se le borra la sonrisa. La mina lo remata sin sentimientos: «La Tana se mantiene en forma pero es un vestido para una mujer que no tiene arrugas ni colgajos. Tendría que haberse puesto el que Julia Roberts usó después, el negro de Armani, que era más cerradito». Fierro me descubre y se encoge de hombros. Responde dos o tres preguntas, y pide disculpas. Le da instrucciones a la jefa de las promotoras, que tiene listas las fotocopias del discurso, y me hace una seña. Caminamos juntos por el corredor alfombrado hasta un ascensor de vidrio que lleva a las suites. «¿No te vas a quedar para cuando los lobos se le tiren encima?», le pregunto. Subimos dos pisos, veo que se saca los anteojos y se los mete en el bolsillo del corazón. Sigue usando esos dos anillos pretenciosos en los meñiques. «Faltan quince minutos y cuando se abra esa puerta los lobos se le van a tirar encima a los famosos de la televisión, eso siempre garpa más —me explica—. Vas a ver que Parisi se deja hacer algunas fotos y sale de ahí sin ningún problema. Los políticos no venden ejemplares». Le pregunto entonces para qué tanto esfuerzo.

—Hay que darles letra para cuando escriban los epígrafes, para que tengan algo de contenido —dice—. A las lectoras les gusta fundamentalmente ver fotos y criticar a otras mujeres. A veces lo único a lo que podemos aspirar es a contrabandearles algo de política. Que les quede en la cabeza que esta senadora tiene glamour pero también tiene cerebro, ¿captás?

La suite que el hotel le acondicionó a Elena es amplia, sobria y elegante. Desde los ventanales del living se aprecian las luces del Dique 3 y el Puente de la Mujer. Nos sentamos en unos sillones grises. Fierrito saca su cigarrera de metal y me convida un Benson. Prefiero los míos. Sonreímos cuando me acerca su Zippo de oro. Nos echamos hacia atrás y pitamos un rato.

—¿Y cómo está en las encuestas? —le pregunto.

—Bien —responde—. Pero ya sabés que todo depende de la provincia de Buenos Aires. Y ahí no entra cualquiera. Rada le está haciendo el armado. No parece imposible.

—Me la imagino en la Casa Rosada. El modelo australiano y todo ese verso.

—No te confundas. Ella lo cree de verdad.

—Sí, claro —me río. Le apunto con el dedo—. Y a vos te veo en la Secretaría de Comunicaciones. Ahí hay mucha guita.

—En cambio a vos no te veo de director de Contrainteligencia.

—Pero qué lástima.

—¿Sabés cómo te dice la Tana?

—Me muero de curiosidad.

—El matón de la yegua.

—Mirá vos.

—A lo mejor te podemos conseguir un lugar en Granaderos a Caballo. Pero haciendo de caballo.

—Estás agrandado, Fierrito. Y en este *metier* no conviene agrandarse. Trae mala suerte.

La reina del peronismo caviar y el cazador de palomas nos sacan de esa esgrima. De cerca, Elena deslumbra. Más por los ojos azules y el porte de faraona que por el vestido de Valentino. Es una figura tan imponente que cuesta entrar en los detalles de la edad y las arrugas. Da las buenas noches y se quita los zapatos altos. No se preocupa por estrecharme la mano o por preguntar cómo marcha el asunto. Le duelen los pies y quiere sentarse. A Rada le pasa algo parecido. Viste un traje clásico que le queda apretado, y se ve obligado a desabotonarse el botón de la camisa y a aflojarse la corbata porque el cuello de hipopótamo no aguanta tanto encierro. Es un hombre de la clase trabajadora: la etiqueta no le sienta bien. Abre una cerveza y se derrumba en una silla; toma sin convidar directamente de la latita. Por las dudas apagamos los cigarrillos. Acomodada en su trono, la reina se cruza de piernas y se recuesta en el apoyabrazos de la izquierda.

—Cálgaris está en Miami, hablé con él esta mañana —dice sin vueltas—. Me aseguró que vos te ibas a encargar.

—Y a mí me dijo que usted me explicaría de qué se trata.

Ahora parece disgustada. Por primera vez veo los estragos de la madurez debajo de los pómulos y alrededor de la boca, como si el maquillaje de repente se hubiera diluido.

—Vos sabes cómo lo quiero a Javier. Y lo importante que es para mí. Realmente lo quiero como a un hijo.

—¿Qué le pasó?

—Lo dejó la mujer. Así. De un día para el otro. Y se fue con esos dos cachalotes. No sabemos adónde. Se los tragó la tierra a los tres.

Me mantengo en silencio. Parisi se acaricia la frente como si le doliera.

—Siempre me pareció una mina conflictiva —agrega—. Con dudas, con pruritos morales, con opiniones cambiantes. Una boluda. Una gran pelotuda que me odia. Y se lo dije a Javier. Se lo dije. Pero un pelo tira más que una yunta de bueyes.

Hace otra pausa. Su voz suena irreconocible. Todo lo demás fue *stand up*, pura actuación. Acá está la verdadera, con su lenguaje despreciativo y hostil. A Rada le suena el celular, lo atiende, deja la cerveza y se encierra en el dormitorio. Fierrito ni mú. Vanessa Redgrave suspira:

—Lo que más nos llamó la atención es que desapareciera. Javier me dijo que dejó

las tarjetas de crédito y los celulares de ella y de los cachalotes. No la podemos rastrear. Se borró. No sabemos adónde fue.

—Estará con la familia —tanteo con cautela.

—Con la familia se lleva pésimo. Javier la buscó por todos lados. Está desesperado, es un idiota.

Parece desbocada y dolida. No me gustaría figurar en la nómina de sus enemigos.

—No pudo haber salido del país —razono—. Un subdirector de la Aduana se habría enterado.

—No salió, querido. Y con toda franqueza, no nos podemos dar el lujo de tener por ahí suelta a una esposa herida. Vos sabés lo peligrosas que son las despechadas.

—¿Pico se acostaba con otras?

—Desde siempre, querido, pero ese no es el punto —me destrata—. Ella miraba para otro lado. La última discusión fue muy fea, delante de los chicos. Tenía miedo de los negocios que Javier hacía conmigo, y con ustedes. —Ajá.

—Es un asunto grave. Por ahí no pasa nada, y vuelve mansita. Pero por ahí nos da una sorpresa. Y eso me pone muy nerviosa, Remil.

—No es para menos —le concedo.

Me clava los ojos azules.

—¿Entonces lo dejó en sus manos?

Asiento y se levanta. Y la imitamos con gran sentido de la urbanidad. Rada regresa por su lata de cerveza. La entrevista terminó. De pronto veo cómo la reina desconecta su irritación y se conecta a la conversación política que tiene pendiente con su operador electoral. Fierrito me acompaña hasta el ascensor de vidrio y cita a Woody Alien: «En mi casa mando yo, pero mi mujer toma las decisiones». Se ríe mientras bajo y veo que me observa abriendo y cerrando su Zippo de oro. Siento que me hundo mientras la cucaracha perfumada se mantiene en lo alto, alegre y triunfal.

En la camioneta pongo el «manos libres» y llamo a Cálgaris. Estuvo toda la tarde en el Museo Bass de Park Avenue y ahora descansa en el hotel repasando las láminas de un libro de Hans Makart. Me habla con admiración de «La Valquiria», me explica el esteticismo y varias huevadas más. Y yo lo escucho con impaciencia. Finalmente vamos al punto. El viejo tampoco está seguro de que la rubia nos vaya a denunciar, pero acuerda con Elena Parisi: mejor prevenir que curar. Estaciono en Juncal, corto y llamo a Palma. Le pido que pinche los teléfonos de Pico y que se meta en sus correos electrónicos. También le aviso que pasaré a buscarlo a primera hora, y le sugiero que traiga el equipo portátil para una inspección. Antes de bajar de la 4x4 marco el número del tenista y le pregunto si puede recibirnos a las nueve en su casa de San Isidro. Acepta balbuceando. Apago todo, saludo al consignado de la puerta y subo hasta el piso 14.

Nuria anda descalza y con una remera larga que apenas le tapa los cantos, tiene el pelo recogido con una colita y está cocinando un pollo a la crema de limón. Suena una canción de Diana Krall. Se tomó tres copas para relajarse. Me da a probar la

salsa, que tiene aceite, cebolla, curry, nuez moscada y un caldo Knorr Suiza. No me parece nada del otro mundo, pero le aseguro que es deliciosa. Complacida toma un cuchillo y comienza a trozar el pollo. Tiene además otras dos armas blancas sobre la mesada. Me advierte que la más importante es la que empuña: el cuchillo del chef. Y me explica didácticamente cómo deben colocarse los nudillos para picar, para rebanar, para cortar en cubos. Después me muestra el pequeño cuchillo para pelar, que se destina a trabajos de precisión, y finalmente la hoja de sierra, para alimentos blandos o delicados. En su perra vida asó ni una hamburguesa, pero ese curso en Palermo Hollywood la dejó alucinada. Le narro sucintamente mi encuentro con la senadora y la desaparición de la valquiria, y las inquietudes que tienen sus socios. Sigue el relato con suma atención y cuando me callo parpadea de una manera extraña. Se me acerca como si fuera a besarme; hasta huelo su aliento suave con una mezcla de ají y Cristal.

—¿Ella te calienta? —me pregunta de golpe.

—¿Quién? —Me desconcierta—. ¿Parisi?

—No, esa rubia estúpida —me dice sonriendo. Es una sonrisa amenazadora.

—No, no me calienta —contesto, algo confundido.

La situación es insólita. Nuria me tiene arrinconado. Siento sus pechos contra el cuerpo y no puedo evitar una tremenda erección.

—Sí te calienta —confirma, y me coloca en el cuello el filo del cuchillo de chef—. Sí te calienta, hijoputa.

Sin pensarlo, paso la mano por debajo del remerón y la acaricio. Está húmeda. Ahora parpadea pero de placer, aunque la hoja afilada no me abandona la yugular. El ritmo se acelera y temo que en un arrebató me corte la garganta. Cuando acaba por primera vez deja caer el cuchillo y apoya su cara en mi pecho. Escucho el ruido y los ecos del arma rebotando contra el piso, y siento su respiración agitada. «Hijoputa», repite sin levantar la vista. La hago girar despacio, me bajo los pantalones y la tomo por atrás. Ella se acoda en la mesada y se agarra de los bordes para recibirme. Yo también estoy muy excitado. Me excita lo inaudito: ese caprichoso ataque de celos.

Es una noche larga, sin cena, y antes de quedarme dormido recuerdo aquella rivalidad femenina que Nuria destilaba en el río Carapachay frente a la magnífica mujer de Pico. Se trataba entonces de una lucha entre hembras. Poco y nada teníamos que hacer los machos en aquella pulseada. Esta reacción de ahora bien puede ser solo una secuela. O no. Puede tratarse de algo más. Cuando despierto, esas dudas ya no me acosan. Sea lo que fuere, me gusta hacerla sufrir un poco.

Busco a Palma en un bar céntrico, donde está desayunando leche con muffins de vainilla y chocolate, y mientras suena Metallica en su *Ipod*. Lleva una remera de John Carpenter y una mochila de Disney Channel, y se pasa todo el trayecto hasta San Isidro conectado a su *tablet*, navegando por su realidad virtual. La mansión de los Pico tiene un portón, un jardín y dos plantas. Cuando estaciono sobre la vereda, le arranco a Palma un auricular de la oreja y le pregunto qué resultados dieron las



pinchaduras. Apaga el *Ipod*, un poco sobresaltado por la interrupción, y me dice: «Lo único que alcancé a hacer fue pincharle el teléfono y entrar de madrugada a su correo. Los *mails* de Pico son un embole, pura burocracia». Pregunto por la rubia: «No me dio el tiempo, yo necesito dormir cinco horas, Remil. No tendré vida, pero tengo sueño», responde. Me quedo unos instantes mirándolo, con ganas de meterle un codazo en la boca. «¿Para qué vinimos tan temprano? —Se excusa encogiéndose de hombros, y señala la mansión cerrada—. Aquí está todo lo que necesitamos». Tiene algo de razón pero no se la voy a dar; le ordeno que baje y toque timbre.

El tenista nos hace pasar; está pálido y despeinado. Sin su equipo de tenis ni su raqueta, sin su traje de alpaca ni su sonrisa canchera, el galán parece un paciente que se recupera de una operación de páncreas. Meto la camioneta por el sendero de grava y la freno detrás de una Pathfinder. La fila incluye una coupé Alfa Romeo y un Bugatti descapotable. A Javier Pico le va mejor que a Nuria. La puerta principal da a un salón largo, con varios livings de distintos estilos que terminan en un parque con pileta, quincho y cancha de tenis. Hay una escalera de roble que sube a la planta alta, donde están los tres dormitorios, el cuarto de huéspedes, un estudio y dos *playrooms*. Es evidente que las computadoras quedaron arriba. No deben de tener menos de media docena, y no se llevaron ninguna.

Nos dividimos la tarea: Pico acompaña a Palma al piso superior y yo entrevisto en la cocina a las dos empleadas de uniforme. Son primas, peruanas y con familia en Junín, pero viven en La Cava. Gente sencilla y corta, asustadiza. Me siento a la mesa y les acepto unos mates. Una de ellas ayudó a la señora a preparar las valijas, que no eran muchas y que llevaban ropas ligeras, como para unas breves vacaciones de verano. La otra tenía franco, así que sabe menos que nadie. La señora es mujer para adentro, nunca les cuenta mucho; para hablar por teléfono siempre sube a su habitación o sale al parque. Los cachalotes son revoltosos y guarangos, pero no soltaron prenda. El día anterior escucharon que la chica le decía a una amiga que su madre quería darles una sorpresa, y que ella y su hermano estaban fastidiados porque les arruinaba los programas que tenían para el fin de semana. La empleada que quedaba recibió la orden de ir a hacer la compra mensual del supermercado: la señora la mandaba siempre en remise. Tardó dos horas, y cuando volvió no había nadie en casa. Le extrañó bastante, pero solo decidió alertar al señor cuando vio sobre el escritorio algo raro: estaban acomodados, como en una exhibición, todas las tarjetas de crédito de la patrona, las cuatro *notebooks*, sus dos *smartphones* y los dos celulares de los chicos. Me imagino lo que Pico pensó al descubrir que se habían ido de viaje, que no le habían avisado y que le dejaban ese regalo a modo de despedida. El mensaje parecía claro: «No me busques». Les pregunto si utilizaban siempre la misma remisería. Una de las empleadas me muestra seis imanes pegados en la heladera. «No te molestes —oigo que me dice Javier, que entró y se está mordiendo las uñas—. Ya llamé a todas y nadie sabe un pito». Miro su semblante para detectar una idea, pero lo único que se me ocurre es preguntarle si es posible que su mujer

tenga otro celular. Él se encoge de hombros, pero la empleada que tomó franco me informa que cree haber visto uno negro, menos moderno y más básico. La patrona se lo olvidó hace unas semanas junto a la hacha del baño principal y cuando la empleada se lo devolvió ella se puso histérica. Si dejó los *smartphones* significa que las llamadas claves no las realizó desde esos aparatos; sabe perfectamente que podríamos rastrear sus contactos y hasta localizarla con nuestro *software* de GPS. Hace tiempo que medita la fuga. No es imposible descubrir adónde fue; en esta época tecnológica ya no resulta tan fácil borrarse. Tenemos un protocolo para estas desapariciones voluntarias, pero no quiero perder el tiempo. Urge encontrarla rápido, porque si la cosa es como sospecha Elena Parisi el daño puede ser explosivo e irreparable.

Subimos hasta los *playrooms*, que están repletos de juguetes y dispositivos electrónicos. Tiene sus privilegios trabajar en la Aduana. Palma se muestra excitado por las novedades y las maravillas, distraído en sus funcionamientos. Se relame como si fuera un niño de doce años y me ofrece un chupetín de coca cola. Me veo obligado a recordarle su misión. Los cuartos de los cachalotes son idénticos y sobrecargados. Palma me explica que ya le pegó un vistazo rápido a las llamadas entrantes y salientes, a las recibidas y a las perdidas; a los historiales, a los *mails* y a los chateos que se guardaron. Intrascendencias, onomatopeyas, coqueteos, romances platónicos y pornografías. Solo una frase final del varón: «Nos vamos con mamá unos días, después te cuento». Para hacer un trabajo a conciencia habría que dedicarse noventa horas. Un lujo que no podemos darnos. Por suerte no necesitamos llevarnos los CPU, porque Palma ya encontró las claves, vulneró los sistemas y los tiene infiltrados. También las computadoras portátiles y las dos Mac de mesa que el tenista incautó en el puerto. Palma me abre la *notebook* que más utiliza la señora, estamos a tres metros de la cama *king size* donde los tenistas jugaban el partido de sus vidas. Me pregunto qué pasaba realmente entre las sábanas. Reviso los correos de la rubia y me parecen tan diplomáticos y escuetos que me dan sueño. Tampoco parece una chica muy afecta a Internet: usa Google solo para entrar en los sitios de noticias y en tiendas digitales, y YouTube para ver finales antiguas y legendarias de Wimbledon y Roland Garros. Apenas me llama un poco la atención que se aficione tanto a los animales. Pregunto por qué. «Estudió dos años para veterinaria, pero luego abandonó —me informa su amante esposo—. Yo no aguanto tener ni un perro, y mis hijos son iguales». Descubro varios videos y documentos sobre el yaguareté, el tapir y las águilas selváticas. Pienso en esas valijas repletas de ropa de verano. Anoto mentalmente el dato para chequearlo. Pueden ser dos cosas: algo así como una pista, o una reverenda pelotudez.

Javier no objeta que mire adentro de los cajones, ni que meta mano en los bolsillos de las prendas colgadas en sus placares. Ni que pase a su estudio y lea sus planillas de Excel. Me encuentro allí con una biblioteca sin libros. Está llena de álbumes de fotos. Abro varios de ellos al azar: viajes, cumpleaños, escenas familiares. Muchos animales: algunos domésticos, otros salvajes. Fumo mientras

paso de un álbum a otro; Pico mira el parque como si mirara su propio horizonte. Noto que hay algunos huecos, fotos que fueron arrancadas del registro. Le pregunto al galán por qué faltan. Es la primera vez que repara en esos detalles. Se trata de un hombre muy ocupado, nada nostálgico, y las imágenes son un capricho de su esposa. No puede recordar quiénes aparecen en esas fotos desechadas. Sigo probando con otros álbumes y Pico por fin me dice algo nuevo:

—Quiero que me jures que todo se va a limitar a una búsqueda. Elena me lo prometió.

—Y qué otra cosa puede ser —le respondo sin levantar la vista de las fotos.

Percibo que titubea antes de seguir.

—Algo más drástico —larga.

—No soy un sicario.

—No quise decir eso —se asusta. Adivino que está pensando en el chofer de Bragoni y en el pendejo de Cipolletti. Tal vez crea que ya soy un sicario pero que no me he dado cuenta—. Ella es frágil, tiene contradicciones, pero nunca me haría mierda. Soy el padre de sus hijos.

—¿Cómo fue esa última discusión?

Viene un largo silencio, me pide un Parisienne. Hace diez años que no fuma. Tose un poco; es extraño verlo con un cigarrillo entre los dedos. Vuelvo a los álbumes. Me cuenta que su mujer es inteligente y que le horroriza el negocio. Que la preocupación fue en aumento. Que se le escaparon palabras muy fuertes, y que empezaron a tirarse con todo. Y no se dieron cuenta de que los cachalotes estaban en la casa. Crisis de nervios.

—Tuve que dormir abajo, en el sofá. Me fui temprano, sin verla. Cuando me llamó la empleada supe que algo no andaba bien. —Hace otra pausa—. Y me volví loco cuando descubrí que me había abandonado.

Se detiene para llorar un poco, o mejor dicho, para esconder el llanto en una mano, con un gesto viril y pudoroso. Los caballeros de la alta sociedad no se entregan tan fácilmente al teleteatro.

—¿No había contratado ninguna otra tarjeta? —le pregunto sin piedad.

—No, que yo sepa —se recupera—. Además, se llevó el efectivo de la caja fuerte.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—¿Pero cuánto?

—No sé, 70 000 dólares. Más o menos.

—Tiene para un rato largo.

—Mirá —sollozando— yo lo hice todo por ella, Remil. Para que me mirara con orgullo.

Me quedo callado. Qué hermosos camelos decimos cuando estamos de rodillas. Pico lo hizo todo para cambiar el mundo y de paso para cambiarse a sí mismo. La rubia fue siempre música incidental en esa película. Pero ahora resulta que ella era la

*prima donna*, la causa de todos sus empeños.

Bajo las escaleras con el álbum de las fotos arrancadas y se lo muestro a las primas. Relojean los huecos y el contexto, se miran entre ellas y una declara tímidamente que podría ser la señora Delfina.

—¿Quién es Delfina? —le pregunto a Pico.

El tenista abre la boca con una mezcla de asombro y de pánico. Me vuelve, como un rayo, la escena de la rubia en aquel hotel del Tigre. Garuaba en la noche, y estaba tan aburrida o angustiada que me narró la historia más inconveniente. La amiga de la secundaria que no se bancaba perder. «Me agredía siempre. Que la casa, que la ropa, que mi marido, que los chicos. A la vez no dejaba de ser amorosa. Venía todo mezclado, y aunque había discusiones nunca íbamos al fondo del asunto. Empeoró cuando empecé a ganarle. A veces sin transpirar. La pasaba por arriba, y eso me avergonzaba. Al mismo tiempo yo quería darle una buena lección por ser tan perra, tan competitiva. Pero dudaba. Y había días en los que directamente me dejaba ganar. Lo hacía con sutileza, para que no acusara recibo. Mis otros amigos me contaban que andaba diciendo por ahí que Javier era un corrupto y que yo era una tarada frígida que vivía en una nube de pedos. Nunca pude confrontarla. Solo que un día permití que se avivara. Que se diera cuenta de que yo era infinitamente mejor que ella y que iba a menos para no humillarla. Y justo eso fue tan humillante que tiró la raqueta, agarró el bolso, atravesó el club, se subió al coche y se rajó. No la vi nunca más. Eso fue, para que te des una idea, hace dos años. Tres meses después le hicieron una denuncia a Javier por violación de los deberes de funcionario público y por enriquecimiento ilícito. Era un diputado de la oposición, pero tenía datos sobre nosotros que nadie sabía. Nadie salvo ella».

—No fue tan así —dice Pico. Ahora estamos solos y sentados en el último living—. Y nunca pensé que Delfina le pasara información a ese radical hijo de puta. Pero es cierto que ella nos cuestionaba moralmente, y que mi mujer se sintió triste e indignada por su actitud. Me extraña mucho que te haya contado eso.

—Estábamos hablando de Nuria —le contesto, haciendo memoria—. Supongo que tu esposa andaba un poco impresionada por la posibilidad de que vos aceptaras el negocio.

—Algo de eso había —asiente, y se queda absorto—. Qué pensará Delfina si estuviera escuchando esta propuesta indecente. Sí, es verosímil. Algo de eso había.

—¿Dónde puedo ubicar a esa buena mujer?

Pico sale de su estupor y busca las agendas, pero no encuentra el número. La eliminaron de su historia. Recurrimos a las guías telefónicas pero no figura con ese nombre. Me explica que hace dos años era socia de una *boutique* de Palermo Soho. Le devuelvo el álbum, le pego un grito a Palma y encaro la salida. Con el portón abierto, cuando estoy poniendo la marcha atrás de la camioneta, Pico se me acerca y me pone una mano en el brazo. «Elena me lo prometió», repite. Pulso el botón y el vidrio sube y nos separa. Salgo rápido, subo a la Panamericana y regreso a la Capital.

«Vamos a darle prioridad absoluta a este puterío», le advierto a Palma. «No te preocupes, voy a quedarme despierto tres días hasta que la encontremos —me responde con ironía, y me muestra los *smartphones* que se agenció—. No sabés los tesoros que tenían esos dos guachos. Me hubiera quedado a vivir en ese *playroom*. ¿Pico querrá adoptarme?». Lo dejo en una esquina del microcentro y sigo hasta la base Chacabuco. Un técnico me ayuda a localizar a Delfina. Hay varios homónimos que nos retrasan. Hago llamadas. Finalmente, aparece una persona de idéntico nombre y apellido que figura en una sociedad anónima. Esa sociedad tiene una cadena de locales y su presidente es un famoso diseñador de ropa. Consigo finalmente dar con ella. Me presento como un comisario de la Policía Federal. Me cita, un poco atribulada, en el local de la calle Borges. La visito con mi campera de la PFA y con una credencial trucha. Tomamos un café en la vereda. Es una pelirroja firme de facciones demasiado angulosas. Sospecho que la competencia con la rubia no se limitó a las canchas de tenis. Debió ser muy duro para esta colorada tolerar durante tantos años que su compañera la aventajara en el terreno de la belleza. En esa área son realmente incomparables: la pelirroja no tiene ni para empezar.

Está tensa y a la defensiva, pero la Federal produce siempre esa clase de zozobras. Le pregunto por la rubia, y mientras responde telegráficamente se cruza de brazos, se toca la nariz, se frota un ojo y le da tironcitos al lóbulo de su oreja derecha. Toda esa gestualidad figura en el manual de las personas que mienten. Se conocieron en la secundaria, fueron muy buenas amigas y frecuentó a su familia, pero están distanciadas desde hace años. Por nada en especial, por esas cosas de la vida. Voy al grano: le cuento que dejó inesperadamente a su marido y que la estamos buscando porque corre peligro de muerte. Arquea las cejas y se remueve en la silla. Tengo una corazonada y la presiono para que cante o se atenga a las consecuencias. Lo hago con una diplomacia que no me caracteriza, pero ella entiende perfectamente que si no prefiere acompañarme ya mismo a la comisaría tiene que desembuchar. Se desinfla entonces. Su vieja amiga rompió el hielo y la llamó hace tres semanas. Fue algo sorpresivo. La rubia estaba en Angra Dos Reis, adonde había viajado con su marido por un fin de semana largo. El sábado se excusó con una descompostura y Javier Pico se embarcó con los demás en una excursión por Isla Grande y Paraty. La rubia llamó a la pelirroja desde la habitación y estuvieron cuatro horas hablando de todo. Arreglaron los malentendidos y diferencias del pasado, y la rubia sugirió que estaba asustada. No dijo por qué, no iba a decirlo por teléfono, pero la pelirroja entiende que el miedo se debía a las actividades comerciales de su esposo, a quien ella personalmente detesta por trucho y jodido. Le hago cinco o seis preguntas en redondo para ver si me está mintiendo, pero me deja la impresión de que dice la verdad. Ahora meto la espada a fondo: ¿volvió a comunicarse desde aquella vez, se encontraron, sabe dónde puede estar? La colorada se deshace en negativas y juramentos. De nuevo parece sincera. No volvió a comunicarse, no se encontraron, no sabe dónde puede estar. Es una pista falsa, un callejón sin salida.

Paso a buscar a Nuria para llevarla a Juncal. Cayó el sol y está con Wila revisando unos planos y unos informes de Catastro. Les ronda la idea de invertir en un nuevo tramo de un barrio privado que hace esquina con un country de Cardales: cincuenta lotes para un público de clase media alta. Wila le pregunta, ya con la cartera en la mano, si piensa ir a Madryn a ver las ballenas. Se ríen. «Soy la guiri absoluta, ¿no?», confiesa la morocha prendiendo un Camel: sería una oportunidad perfecta para aceptar las insistentes invitaciones del capitán Ahab, que quiere mostrarle in situ cómo funciona la filial de su pesquera. En las últimas semanas, varios camiones guiados por el salteño pasaron de largo y descargaron directamente en el sur del sur. Mariscos y cocaína para el continente negro. Ahab está en alza, ha comprado tres jueces y ha puesto plata en la campaña de un gobernador patagónico. Sabe que, entre otras debilidades, la dama blanca no resiste el turismo. Y que con Wila han fantaseado una escapatoria al reino de la franca austral. Nuria, sin embargo, me echa una mirada fugaz y le baja a su asistente un poco las esperanzas. Más adelante, por ahora hay mucho trabajo en la oficina. Wila me mira también de manera fugaz, como si hubiera descubierto la conexión secreta, y dice «desde luego, hasta mañana». Nada se percibe en su rostro, se retira como en puntas de pie. Me pregunto si la vieja lealtad amorosa con Roldán la pondrá en la disyuntiva de avisarle esta misma noche que la jefa y el guardaespaldas por fin han intimado. La imagino debatiéndose entre fidelidades. Aunque tal vez Wila sea directamente una informante del abogado, una segunda voz narrativa que lo mantiene al corriente de todo y que le revela siempre el otro lado de las cosas. No sería incoherente con la particular concepción que Roldán tiene de los vínculos ejecutivos.

Llevo a la Gioconda hasta su departamento y cuando estaciono en Juncal me pide que suba a probar algo que dejó en el horno. No se trata de un plato sofisticado. Es una tapa de asado, con un morrón rojo y otro amarillo, papas medianas, cebolla grande, zanahoria, vinagre, oliva, sal y pimienta, ají molido, aderezo y limón. Lo copió de un libro de recetas sobre cocina amateur. Mientras se baña leo el prólogo de Ana D'Onofrio: a la cocinera le parece imprescindible que una mujer sepa preparar bien ese bocado simple y prosaico. «Es el plato con el que se puede conquistar a un hombre o perderlo. Si el asado sale mal, todo puede terminar mal». Leo dos veces la cita, un poco turbado, y me lleno la copa de vino.

Nuria regresa desnuda, peinándose el pelo húmedo, y me exige que le cuente minuto a minuto mi incursión en la tierra de los Pico. No me deja hablar generalidades, me interroga crudamente para conocer cada detalle, desde la cara que puso Javier hasta la decoración del dormitorio principal, mientras se coloca un delantal y dispone los manteles individuales, los platos y los cubiertos sobre la misma mesada. Le pega un golpe de horno al asado y con su afilado cuchillo de chef corta dos trozos y los sirve. Está ansiosa porque pruebe su experimento, pero no me permite hacerlo hasta que le agrega un poco más de salsa. Es exquisito, le confirmo. Recién entonces sonrío abiertamente y se sirve su propia ración. Comemos de pie,

comentando las rarezas de ese matrimonio destrozado y haciendo especulaciones sobre la fuga de la rubia. Cada vez que la nombro, Nuria se las arregla para criticarla. La odia.

Más tarde insiste en que nos recostemos en el diván. Compró hace meses un documental sobre las ballenas en Puerto Pirámides. Es largo y didáctico hasta el aburrimiento. Las mejores tomas resultan ser las más realistas: ballenas dando saltos sorprendidos, mostrando la cola y las callosidades, pasando por debajo de la embarcación y bamboleándola con suavidad, o lanzando el aire por los espiráculos. La doctora se queda frita con una copa de Anís del Mono en la mano. Se la saco para que no se le caiga al piso. Y al llevarla hasta la cocina veo por el camino su computadora abierta. Compruebo de lejos que la dama duerme, y reviso su historial: siguió apostando y gastando fortunas en chucherías, pero abandonó el Pornhub. Escribió en un archivo de Word una larga lista de los lugares que pretende visitar durante los próximos meses. Chile y el sur de Brasil están en la mira. Descubro en varias anotaciones rápidas la letra R, aunque no hay una frase emocional en ninguna parte.

Al volver al sofá me quedo contemplándola otro rato. Parece inconcebible que esa mujer bella e indefensa sea tan dura y se dedique a un emprendimiento tan peligroso. No puedo irme y dejarla en ese estado, así que una vez más la cargo en brazos y la traslado hasta la habitación. Ella no despega los párpados pero instintivamente me rodea el cuello, como una niña. Le quito el delantal y la tapo con el edredón. Todavía me quedo sentado en el borde de la cama, incrédulo ante los sucesos, como aquella vez en el Calafate. Y cuando finalmente voy a levantarme, ella me retiene. «Quédate», me dice entre sueños, y después de pensarlo un momento me saco la ropa. No despierta, no tenemos sexo ni nos abrazamos. Solo dormimos uno junto al otro, en una extraña comunión, en un nuevo rapto de intimidad insostenible. Sueño con ella. Vamos en el Audi a doscientos por hora. Atravesamos la estepa patagónica, y de repente la Gioconda me ordena que frenemos en una rotonda inhóspita. «Enseñame», me pide. Bajamos y caminamos unos metros por el desierto, y entonces extraigo la Glock y se la entrego. Nuria agarra ese fierro negro y temible, pero lo hace con mucha familiaridad. Se aparta un poco, buscando un blanco, y al final elige un matorral que queda a sesenta metros. Va toda de negro, con sus gafas oscuras y el rouge violentamente rojo. Le enseño a pararse, a abrir bien las piernas y a sostener con las dos manos la pistola. Le doy instrucciones, pero presiento que ya las conoce de memoria. Dispara con puntería irregular, y cuando el cargador queda vacío hace algo insólito: se agacha a recoger una por una las cápsulas de los proyectiles.

El zumbido de mi propio celular me sobresalta y me devuelve a Buenos Aires. Me siento en la almohada y respondo. Son las tres, es Palma. «El cachalote está chateando con un amigo que vive en Martínez —oigo que me dice con voz excitada—. La madre le prohibió que se metiera en la web, pero el boludazo no pudo resistir ni tres días. Está en el lobby de un hotel de Puerto Iguazú escribiendo pajarías. ¿Soy

un genio?».

Le corto pensando que soy un imbécil: el yaguareté, el tapir y las águilas selváticas. El área ecológica protegida, las cataratas.

—¿Qué ocurre? —pregunta Nuria con los ojos despejados.

—Me rajo, tengo que tomar un avión a primera hora —le informo—. Los encontramos. Están en Misiones, casi en la frontera.

La dama blanca quiere más datos. Se los doy mientras me visto.

—Voy contigo —dice apartando las sábanas y el edredón de plumas.

Me quedo paralizado.

—¿Estás loca? ¿Para qué?

—No quiero perderme nada —dice ella prendiendo todas las luces.

Tardo varios segundos en reaccionar. Nuria abre el placard y baja una maleta y comienza a cargarla con movimientos veloces y económicos. ¿De cuántos lugares se tuvo que ir rajando?, pienso, admirado de su destreza, y me quedo parpadeando un poco. Me pregunto si es correcto que participe de una incursión operativa.

—Esto no le va a gustar a Cálgaris —adviento.

—Me importa un bleo —responde.

Luego pienso si este arranque verdaderamente obedece a su voracidad turística.

—Podés quedarte tranquila, no viajo con expectativas románticas —digo con una sonrisa.

Se detiene un momento para verme. Pero no sonrío. Sé lo que pasa por su cabeza: romperme la cara. Pero vuelve a su equipaje, y yo me rasco la nuca; me debato entre la alarma y el regocijo. Después verifico los vuelos, hay uno muy temprano pero está completo: vamos a anotarnos en lista de espera. Nos subimos a la 4x4, salimos a Libertador y más tarde a Costanera, y finalmente estaciono en la playa del Aeroparque. Negocio el *check in*, hago el trámite especial para enviar la Glock y tomo dos tazas de café negro mientras Nuria lee un número de *Vanity Fair*. Cuatro pasajeros no acudieron a su cita mañanera, así que embarcamos hacia Puerto Iguazú, y nos toca un vuelo apacible. Al llegar nos impacta en el pecho y en la nariz el cambio de clima, la alta humedad. No traje vestimenta adecuada para estas vacaciones tropicales, pero a Nuria eso no solo no le importa. Al contrario: la entusiasma. Me obliga a comprar en el centro dos equipos livianos, uno de batalla y otro más elegante y nocturno, y mocasines, zapatillas, sandalias y sombrero. Se divierte mucho al verme transformado. Parezco un espía de Fleming o de Greene. Alquilamos un remise y recorreremos varios kilómetros hasta un hotel fronterizo directamente metido en una jungla llena de tucanes, monos, guacamayos, jaguares y ocelotes. Es un establecimiento cinco estrellas dominado por piscinas, cascadas artificiales y árboles frondosos. Nos alojamos en una *master suite* que está decorada en rosa, bordó y terracota. La Gioconda se descubre acalorada y quiere darse de inmediato un chapuzón. Aprovecho para bajar y revisar los alrededores, y luego para hablar de hombre a hombre con el conserje, que se allana a la indiscreción en cuanto



ve mi falso carnet policial. La rubia y sus hijos se hospedan en una habitación de otro piso; hoy partieron después del desayuno hacia las ruinas de San Ignacio. Tienen reserva hasta pasado mañana. Son personas de bajo perfil: ella juega tenis con cualquier huésped y hace mucho ejercicio en el gimnasio; ellos son más sedentarios: le cuesta mucho a la madre arrancarlos de las reposeras y meterlos en las excursiones. Tienen previsto regresar cerca de las seis de la tarde. No han hecho migas con nadie, ni han recibido llamados ni visitas. Le agradezco la información y el tacto. Yo también me entrego a los fierros y a la pista de senderos que ingresan en la espesura: corro una hora y media acosado por el sol y los mosquitos, y me tiro a la pileta para refrescarme. Nuria ya salió del agua, ya se secó y ahora está sentada a una mesa con sombrilla bebiendo a sorbitos un trago refrescante. Se embadurnó con repelente y protector solar, y está leyendo *Vogue*. Se baja las gafas de Versace para verme de cuerpo entero, con mis cicatrices y mis tatuajes carcelarios, y se ríe: «No te hagas ilusiones, Remil, no eres su tipo». Un camarero me pone en la mano un jugo de naranja. «¿Ilusiones?», me sorprende. Nuria pasa una página de *Vogue* y dice: «Igualmente una mosquita muerta en dificultades siempre logra que se la follen». Su recelo, su susceptibilidad me golpean como una marea dulce, como una droga inyectable e irresistible. Ver a una mujer dominante bruscamente dominada por la vulnerabilidad erótica es un espectáculo más imponente que las Cataratas del Iguazú. Sin que agregue nada, ella mira su Rolex Presidente y levanta el mentón. No tiene hambre, pero quiere que la acompañe al cuarto para hacer una siesta. La obedezco. Lamento haber gastado tantas energías en la gimnasia porque Nuria me demanda todo, y más. Me devora como si quisiera decapitar cualquier atisbo de otro deseo. A las seis y media de la tarde me asomo por la ventana y descubro a los dos cachalotes metidos en la pileta. Están tostados por el sol de estos días y juegan con una pelota de plástico. No hay rastros de la valquiria. Me ducho rápido y bajo hasta el lobby, pero no la encuentro. Subo hasta su cuarto y llamo a la puerta. Abre sin cautela y se queda pálida y espantada. Está vestida de blanco y usa una muñequera Nike, como el día en que la conocí. Se estaba preparando para sacar su Wilson y pelotear un rato en la cancha. Tiene incluso el pelo recogido en una colita. Los dientes blanquísimos, las facciones clásicas, las tetas; los muslos elásticos y dorados, la cintura de *mannequin*. Se agarra la cara con las dos manos y respira hondo dos o tres veces como si fuera a desmayarse. Empujo suavemente la puerta mientras ella retrocede, y cierro a mis espaldas. Estamos solos en una habitación engamada en azules. La Wilson, guardada en su funda, espera sobre la cama. Saco un cigarrillo y lo enciendo. La rubia sigue retrocediendo mecánicamente y se encuentra con una silla. El impulso la sienta de culo. Se quita las manos de los ojos, me observa trastornada y después se mira la punta de las zapatillas de tenis. Yo me acodo en un mueble y espero que mueva.

—Estoy de vacaciones, nada más —mueve.

Es tan ridículo lo que dice que no le respondo.

—Necesitaba tomar distancia, pensar —cambia.

—Tiene que pensar muy bien todo, señora —le concedo—. Por el bien de su familia.

Se muerde una uña. Algo impropio en una mujer tan hermosa.

—No espero que un hombre como usted me entienda. —Habla como para sí misma.

—¿Se refiere a un matón como yo, señora?

—No quise decir eso.

—Y qué quiso decir.

—Una cosa es la política, que es sucia, y otra muy distinta es esta... mierda. —Acentúa la última palabra con una indignación un puntito sobreactuada.

—Esto es la política, no se confunda —le aclaro—. Todo dirigente en este país está metido en la lucha por el Estado. Se reparten y se disputan el Estado, señora. Manhattan para los Tattaglia, Brooklyn para los Corleone. Es lo único que importa.

—No quiero que mis hijos crezcan con esto —dice, y parece una monja seducida y abandonada. Ahueca sus manos, como si «esto» pudiera caber en ese pequeñísimo cuenco.

—Lamento decirle que ya es un poco tarde.

Sus tetas suben y bajan al compás de su aliento agitado y de su bronca. Sus ojos se encuentran con los míos. Percibo que quiere bajar los decibeles. Viene a ciento ochenta y en un rebaje violento llega a sesenta y cinco.

—Jamás lo comprometería a Javier —me asegura.

—Sí que lo haría. Pactaría impunidad por información. No me diga que no lo pensó. No me mienta.

—No le haría eso nunca a Javier.

Se larga a llorar desconsoladamente. Lo pensó, por supuesto. Pero está entre la espada y la pared.

—Creo que por el bien de toda su familia, debería reconsiderar el asunto. Acá no se puede dar el lujo de ser infantil.

Se limpia las lágrimas y los mocos con un pañuelo para el sudor que lleva en el bolsillo de su falda de jugadora. La convence un poco la idea de sacrificarse por sus hijos. Le ofrezco entonces, siguiendo el manual, que le dé una oportunidad a Pico. Le prometo que todo va a volver a la normalidad.

—¿La normalidad? —me increpa: cuando se enoja no es tan linda.

—Dentro de lo posible.

—¿Y cómo sería esa normalidad?

—Una libertad bajo vigilancia, señora. Hasta que sepamos que podemos confiar otra vez en usted.

Se queda como ausente, imaginando quizás cómo sería esa vida monitoreada día y noche, y también qué alternativas le quedan ahora que fue descubierta. Guardamos un nuevo silencio, esta vez más prolongado. Al final apago el pucho, descuelgo el teléfono inalámbrico y me acerco a ella. Se queda con el aparato en el regazo, un

poco confundida, y me busca para una sugerencia o una instrucción. Pero callo por táctica y porque no quiero gastar saliva. La valquiria tarda todavía dos minutos en entender la dirección que debe tomar. Cuando lo hace marca el prefijo y el número, y habla quedamente con una de las peruanas. Abro la puerta y me retiro; la dejo sola con su conflicto. En la conserjería charlo con mi amigo y le paso unos billetes para que me mantenga al tanto de los movimientos de la rubia; no sea cosa que le dé un ataque de dignidad de última hora y se escape con lo puesto a Paraguay o a Brasil.

Atardeció sobre los jardines, pero la gente no sale del agua. Nuria conversa lánguidamente con los cachalotes, que la han reconocido. Se están devorando dos porciones de rabas grasosas con una fuente de papas fritas. La valquiria debería estar más preocupada por el colesterol de sus hijos que por la cocaína. Pero no aparece hasta que se hace la hora de la cena, y una banda toca *covers* de Yes y de Queen. La morocha y la rubia se saludan con frialdad a veinte metros de distancia una de la otra. Llamo a Pico desde mi celular. Su tono de voz ya no es el mismo. Está agradecido y entusiasmado. Llegará en la mañana para una reconciliación. «Voy a tener que remarla mucho», me adelanta. El conflicto matrimonial no me incumbe. Después hablo con Fierrito. «Avisale a tu jefa que el matón de la yegua encontró a la despechada», le comunico, y le corto sin darle tiempo de preguntar ni responder. Finalmente, marco el número de Palma y le aviso que debe mantener pinchado para siempre los celulares, los teléfonos de línea y, con el *Spyware*, las computadoras de todo el clan. Gruñe pero acata.

Cuando termino con esta gira mágica y misteriosa, Nuria me espera con dos caipiriñas en la barra. Se muere de ganas de besarme y de colgarse de mi brazo. No por razones amorosas sino para refregarle a su rival la conquista. Pero afortunadamente se contiene. A pedido, le cuento las novedades. Pero noto que no sigue mi exposición, solo la forma de mis labios. Está desesperada por volver a la cama y yo estoy desesperado por pegar un ojo. El centurión termina haciendo, como siempre, lo que la emperatriz desea. Duermo intranquilo, y de hecho bajo a las tres hasta la conserjería para preguntar si por casualidad la rubia se ha retirado, y a las siete para constatar que sigue en su habitación: le toco la puerta y cuando sale a responder, insomne y algo borracha, le miento que estoy montando guardia en el corredor. Se encoge de hombros y vuelve a cerrar. Regreso a la cama y logro dormir a medias dos horitas. Me tranquiliza ver que la rubia y los cachalotes toman el desayuno continental en el salón de la planta baja. La valquiria tiene los ojos enrojecidos y la cara hinchada. A Nuria, que está fresca como una rosa, no se le escapa ese fracaso.

Pico llega al mediodía, y antes de ver a su esposa me pregunta si podría hacerme cargo de los chicos. No soy una niñera, pero mi voluntad está algo limada. Nuria y yo llevamos a los cachalotes a la Garganta del Diablo, que ellos ya visitaron y que ahora miran con cierta apatía. La Gioconda camina con gracia por la pasarela de acero, y en el mirador se deja ganar por el paisaje, el ruido ensordecedor de la caída y la frescura

que nos pega y nos moja. Los cachalotes recuperan algo de la alegría cuando descendemos para abordar una lancha y nos metemos bajo la gran ducha. Pasamos el resto de la tarde haciendo un safari en el parque nacional, viendo mariposas y plantas gigantescas, y siendo perseguidos por lluvias intermitentes.

Ya solo hay sombras cuando llegamos al hotel. Los cachalotes van directo a la pileta y Nuria a la reposera. Yo busco a los tortolitos y los encuentro en uno de los bares. Los espío de lejos. Pico todavía está recitando su monólogo, llevando el peso completo de la conversación. La rubia se presenta cabizbaja y desvaída; acaricia con un dedo la boca de su copa. Esa noche por fin concilio el sueño, y al despertar percibo que Nuria me ha abrazado dormida. El hecho minúsculo, inédito e irreflexivo, me llena de ridícula felicidad. Es una mala noticia. Porque no está en mis planes ser feliz.

## X

# El derrumbe

Cuesta media hora y mucha labia convencer al director administrativo de que se necesita reforzar la seguridad en Terapia Intensiva. El director del sanatorio autoriza por fin dos hombres por turno cuando logra entender que es un pedido oficial de Presidencia de la Nación. Desparramo a los dos primeros en la coqueta sala de espera, que queda en el segundo piso, y paso a ver al enfermo. Está alojado en una habitación privada del sector Cardiología, y el jefe de la guardia me explica que tuvo un infarto. Un clásico «ataque de telenovela»: dolor de pecho, sudoración, palidez, angustia y náuseas. Es el mejor de los posibles, porque el masivo te fulmina y el silencioso es traicionero: parece una indigestión y no avisa. Ahora el paciente está controlado, pero va seguro a cirugía, y será a corazón abierto. A su edad, con ese peso desmedido y esos pulmones debilitados por tantas décadas de cigarrillo, es una operación muy riesgosa. Entiendo. Le doy las gracias y me asomo: Rada está acostado y cableado con suero, mirando un partido del Barcelona en un pequeño televisor. Aprieta con una mano el control remoto y manosea con la otra esa botonera que sube y baja el espaldar de la cama. Tiene la tez descolorida y una expresión desmoralizada y huidiza. Solo gira para ver quién viene a visitarlo, pero enseguida vuelve a fijar su atención en el juego: no se toma el trabajo de responder mi saludo. Me siento en la silla, como si fuera su deudo, y miro un rato las evoluciones de los jugadores. Nos quedamos así veinte minutos más, hasta que termina el primer tiempo. Cuando viene el intervalo, Rada me dice: «Puede que salga de la carnicería, pero no creo que consigan destetarme». No hay drama en el tono de su voz, más bien parece un pronóstico clínico. Si el bobo no se detiene durante la operación quirúrgica, el cazador de palomas quedará en coma inducido hasta que los pulmones logren retomar el control por su cuenta. Las perspectivas no son auspiciosas. Algunos pacientes lo consiguen, y salen adelante. Otros van menguando día a día, hasta que quedan piel y hueso, y hasta que una infección intrahospitalaria los manda al paraíso, al purgatorio o al infierno.

—No hay razón para ser optimista —agrega, y estoy seguro de que no soportaría de mi parte una palabra de aliento. De modo que no lo importuno. Se mira una mano peluda y regordeta, y suelta—: La verdad es que no estuvo tan mal. No sabes los callos que tenía hace cuarenta años. Era un negrito laburante. ¿Quién iba a decir que el negrito podía llegar tan alto y tan lejos?

—La senadora nos pidió que lo protegiéramos —le informo.

Ahora me mira y dibuja una sonrisita malévola.

—Qué considerada —dice, y vuelve su vista al televisor. Quiere ver las repeticiones—. Ni siquiera me llamó.

Miro su cuello sembrado de verrugas y de pelos duros. Guardo mi lugar. Rada

escucha mi silencio y sigue:

—Así es el peronismo, compañero. Puro éxito. Si caés por meter la pata o por enfermedad, los elefantes te pasan por arriba. Los perdedores son los únicos que verdaderamente nos dan asco, Remil.

—Creí que usted era su más fiel servidor.

—A los fieles déjalos para el Día de la Lealtad —se ríe. Aunque los ojos no abandonan el televisor ni ese velo sombrío—. Igual no está para hacerse los rulos. Ella cree que todo se puede comprar con guita. Y a veces yo creo lo mismo. No sabes las cosas que compramos con guita en la provincia. Pero después está la ola. Si viene, si te lleva o te arrastra. Y creo que la Tana no llega, compañero. No llega por más que garpe y garpe, y no sé quién se va a atrever a decírselo, y no sé tampoco cómo lo va a tomar.

Vemos las propagandas, escuchamos la música, empieza el segundo tiempo.

—Protegerme —vuelve a reírse—. Acá no me pueden proteger de nada.

Me levanto y le palmeo el hombro. Ni siquiera gira la cabeza. Salgo por donde entré, regreso a Belgrano R y me tomo un vodka, y otro para asentar el pulso. Me siento a ver History Channel pero no consigo seguir la acción ni el hilo de los argumentos. Por alguna razón la muerte segura de Rada me parece un mal presagio. Pienso en cosas que nunca se me cruzan por la mente: el cadáver de Lali, la cara de espanto del rottweiler, los estertores del pendejo de Cipolletti. Y me siento incómodo, como si tuviera fiebre. Trato de entender qué pasa. Trato de imaginar qué pensaría Maca acerca de este sospechoso sentimiento, y qué le contaría luego a su amante por Skype: «Estoy muy preocupada, amor, los animales anticipan la tormenta. Son capaces de sentirla en el cuerpo cuando todavía no llegó». Me sirvo otro vodka con hielo y acaricio el estuche de terciopelo bordó que alguna vez le robé a Nuria. «A lo mejor es momento de devolvérselo, Remil. —Oigo en mi cabeza la voz de Maca—. No sé cuántas oportunidades más vas a tener. Nadie conoce el día de mañana». Es difícil mantener la templanza del nadador de aguas abiertas cuando ya no te resulta tan indiferente seguir vivo. Qué vulnerable te vuelven esas malditas ganas.

Quince días más tarde, cuando estamos de fiesta en Pilar me avisan que Rada estiró la pata. Una de las compañías Menéndez Lugo cerró tratos para la construcción del barrio privado, y Nuria quiso celebrarlo en un salón para eventos compartidos con una terraza cálida, donde fumo acodado viendo la comparsa. Hay baile, champán y alegría. Nuria va vestida de negro con brillos y Wila de verde inglés. Parecen dos adolescentes celebrando un fin de curso; sus empleados danzan con ellas y hacen bromas. Ajeno al barullo, el coronel me llama para darme la noticia fúnebre y para ordenarme que levante las guardias. No ha sido invitado a la juerga, y parece un tanto resentido. O tal vez sea simple preocupación frente a este contratiempo que los pulmones del cazador de palomas nos ha legado.

Hago un llamado operativo y después doy un paseo para chequear que el cerco de seguridad alrededor del salón esté funcionando bien. Hay muchos desconocidos en la

fiesta, y eso me pone algo nervioso. Cuarenta minutos más tarde regreso a la terraza y acepto una coca cola con limón. Nuria se me acerca transpirada y desinhibida. Puede ser un peligro en ese estado. Observo alrededor para constatar que no daremos un espectáculo y descubro a lo lejos la mirada aguda de Wila. Trato de que Nuria no revele con una mera caricia nuestro secreto. Ella se acoda en la baranda y me pregunta por qué siempre parezco avinagrado. «Rada murió», le informo sin rodeos. Se queda quieta, de cara a la oscuridad del jardín, y de pronto lanza un hipo y una carcajada. Se tapa la boca para reprimir otro hipo, y pide perdón, perdón, y se sigue riendo. Después se da vuelta y respira buscando un poco de aire y seriedad. «Perdón», repite, y la desbarata otro hipo y otra carcajada apenas contenida. De repente logra ponerse absolutamente seria, hasta parece sobria. «Quiero que me folies —dice con don de mando—. ¿Cómo le decís vosotros al coño? Ah, sí. La concha. Qué palabra tan insípida, tan poco guarra. Pues bien, Remil, yo tengo el corazón en la concha. ¿Te vale?». La miro sin comprenderla. «Quiero que me folies, aquí y ahora», insiste. Sonrío y muevo la cabeza. «Eso no es posible, doctora», le digo. «Ya verás que sí», replica y me toma de la mano. Mis ojos buscan los de Wila, pero no los encuentran. Me suelto de su mano y la sigo escalinatas abajo, doblamos por un pasillo y salimos a la playa de estacionamiento, que es enorme y techada. Amparados por los vidrios polarizados, cogemos en el asiento reclinado de la camioneta: es la cosa más imprudente y más idiota que hemos hecho en todos estos meses. Y sin embargo le parece una travesura deliciosa. Acaba y acaba con el vestido a la altura de la cintura, y me ordena a los gritos que la preñe, que me derrame adentro. Me lleva un buen esfuerzo acatar esa directiva, y entonces me pega dos o tres cachetadas. La agarro del cuello, como si fuera a estrangularla, y le acabo bestialmente. Luego nos quedamos abrazados un tiempo impreciso. Hasta que me dice al oído: «Qué puta mierda es la muerte», y después me pide que la lleve a casa.

Estamos en otro estacionamiento, a la salida de un *shopping*, cuando vuelvo a pensar en esa frase. Pasaron dos semanas desde la muerte del cazador de palomas y bajamos llenos de bolsas al subsuelo del edificio. Caminamos ahora hasta el Audi plateado. Venimos de una tarde de compras irracionales y soporíferas, y yo tengo un mal palpito. Supongo que es una respuesta a un sonido determinado, a lo mejor un acto reflejo provocado por una imagen fragmentaria. Algo me dice que esa moto rugiente viene demasiado rápido, y que hay algo raro en ese tipo que la monta y en ese compañero que la conduce. Es una cosa inespecífica, la manera en que giran y frenan, esas camperas aparatosas, la forma desafiante con que nos miran. Acaso el reconocimiento mutuo de la amenaza; la experiencia del peligro. «Qué puta mierda es la muerte», pienso mientras le tiro el cuerpo encima a la dama de blanco. Es un *tackle* violento que la derriba.

No puedo verlo, porque el Audi nos cubre, pero imagino que siguen el

procedimiento habitual: el gorila de atrás se apea y dispara, mientras el gorila de adelante se mantiene listo para salir a los piques. Sé que tira con dos pistolas por los ruidos que hacen los proyectiles al pegar en la carrocería blindada, al perforar otros autos, al rebotar por las columnas. Dos calibres muy distintos, un batifondo que aturde. Oigo gritos lejanos: clientes aterrados, gente de seguridad. El gorila da unos pasos hacia nuestra posición. Todo transcurre en milésimas de segundos: si no me muevo rápido encontrará ángulo y nos fusilará en el piso. Ya tengo la Glock en la mano, no sé cómo llegó hasta aquí. Levanto mínimamente la cabeza y disparo a ciegas en un arco de derecha a izquierda, y me vuelvo a esconder. Dejo caer el cargador y encajo el segundo. Abandono a la Gioconda, que parece desmayada, y camino dos metros en cuclillas. Veo en un cristal roto de otro coche destrozado por las balas que el gorila intenta rodear el Audi en sentido contrario. Está muy cerca, a un pestañeo de encontrar ángulo. Me incorporo jugándome el resto, poniéndome a tiro del conductor de la moto que mira y espera, y gatillando sin precisión. No consigo meterle ni un solo balazo al tirador, pero la andanada es tan grande que lo hace recular. Ahí es cuando noto que se caga. Retrocede disparando pero está cagado. Busca la moto. «Vamos, vamos», le grita el conductor. «¡Puto, hijo de puta!», me grita su paisano, que también es un cagón. Me deshago del segundo cargador y meto el tercero y último. Ya el gorila se montó y escapan haciendo chirriar las gomas. Les mando una lluvia de plomo, pero los tipos salen como torpedo, doblan y suben la rampa.

No me consuela, en ese instante, el hecho de que nos acabamos de salvar. Siento que soy un verdadero inútil por no haber previsto el ataque y por no haber sido capaz de hacerle la boleta a esos dos forros. Con esa impotencia vuelvo al Audi y me agacho para atender a Nuria, que no reacciona. Tengo pánico de que una bala perdida le haya pegado, y al darla vuelta veo que tiene los ojos abiertos y una mueca de dolor. La toco y la examino con brusquedad, buscando desesperadamente una herida, pero no encuentro sangre por ningún lado, y entonces le pregunto si puede oírme, si se encuentra bien. Se lo tengo que preguntar otras dos veces porque parece *shockeada*. Entonces cobra una primera lucidez y se va en llanto, y la aprieto contra mi pecho para que se desahogue. Después se aparta y me dice, aunque no la entiendo, que le duele muchísimo el brazo izquierdo. Me lo tiene que repetir más lentamente para que yo la comprenda: cayó sobre ese brazo y es posible que se lo haya quebrado. Tiene gracia: su guardaespaldas le hace más daño que los sicarios que vienen a ejecutarla.

Surgen voces histéricas a nuestro alrededor; yo saco el celular y trato de hacer una llamada, pero en el subsuelo no hay señal. Me identifico como policía y pido que llamen a una ambulancia. Hay corridas, órdenes y solidaridad. La levanto en brazos y la llevo hasta un lugar iluminado. La sientan en una silla y la apantallan: está lívida, le bajó la presión. Reclamo un teléfono de línea. Hay uno a diez metros. Hago una llamada breve: le digo al coronel que tenemos una emergencia total y le explico dónde estamos. «Ay, Zeus», putea. Y se pone a trabajar. Lo primero es lo primero:



ubicar a un comisario de la Departamental que sea amigo de la Casa para que intervenga de manera directa y limpie el terreno; después enviar a todo el equipo de custodios con el salteño a la cabeza, y a nuestro médico en una falsa ambulancia del SAME para que se haga cargo de la lesionada. Más tarde, cuando la maniobra ya esté en marcha, operará sobre el juzgado interviniente y aceitará con dinero y contactos la estructura para que no se abra una causa y para que el episodio sea transmitido a la prensa como un mero intento de robo. Cálgaris es un experto en borrar huellas. Estará ocupado todo el día.

Los primeros canas hablan con el jefe de seguridad del *shopping* y me interrogan con mala leche. Nuria ni siquiera les responde; se toma el antebrazo y aguanta el dolor con la cara fruncida. Hay un gran revuelo de curiosos, y yo me siento desnudo e irritado. Por suerte llega rápido el jefe de la Departamental acompañado por un colega de la Policía Federal: Cálgaris mandó al Séptimo de Caballería. El *shopping* está en la frontera entre Capital y Provincia, y no quiere conflictos de jurisdicción. Una empleada de una tienda le acerca a Nuria un vaso de agua. Los jefes charlan conmigo en un rincón. Se hacen cargo del operativo y autorizan que la ambulancia entre en el estacionamiento subterráneo y que nuestro médico revise a la víctima. El salteño se reporta, todo es más lento de lo que parece. O más rápido, según cómo se mire. Le aplican un calmante a la morocha y la ubican en una camilla. Le doy instrucciones al salteño, que dispone la caravana. Estrecho las manos de los comisarios y viajo en el interior de la ambulancia, que corre con las luces y la sirena activas hacia una clínica de Núñez. El médico trata de tranquilizar a su paciente: «Es una fractura leve, no se preocupe». Yo le despejo el pelo de la frente, y ella parpadea como si se estuviera quedando dormida.

La recibe un traumatólogo que le echa un vistazo y que ordena una radiografía de urgencia. Solo me separo de Nuria unos minutos para disponer la vigilancia: tenemos un ejército parapetado en los pasillos, en la planta baja, en las entradas y salidas, y en la vereda. Guardo la impresión de que hoy no pasará mucho más, pero cómo saberlo con certeza. Tal vez los colombianos quieran terminar ya mismo su fallida faena de la tarde.

Al regresar, el médico me cuenta que le pondrán un yeso, le darán un cabestrillo y un ibuprofeno, y que la mandarán a casa. Le pido que tramite una habitación para que pueda dormir en la clínica esta noche. Necesitamos repensar un poco las cosas.

Cuando ella sale de Traumatología con yeso y pañuelo parece haber recuperado una cierta calma. La empujo en silla de ruedas hasta el cuarto, y la ayudo a desvestirse. «¿Por qué no puedo regresar a Juncal?», me pregunta bajito. No reclama nada, solo está sorprendida. «Porque ahora ningún lugar es seguro», le digo con sinceridad. Apoya su nuca en la almohada, mirando el cielorraso, y una lágrima le recorre la mejilla. Se la seco. «Mira mi pulso», me dice alzando su brazo sano: la mano todavía le tiembla. Pienso en Rada, en aquella conversación de sanatorio, en aquel presentimiento.

Nuria se duerme y le escribo un mensaje de texto al salteño: quiero que mande un equipo a Juncal, constate que el departamento esté en orden y lo mantenga custodiado. El camarada de Goose Green se presenta y le entrego las llaves. Normalmente carece de sentimientos, pero esta vez se revela más nervioso que durante la batalla de Cipolletti, cuando había que repartir escopetazos. Medito un momento esa inquietud. Tiene lógica. El submarino cruzó la línea de presión y puede explotar en mil pedazos. Bajamos demasiado y ya no tenemos retorno. El casco cruje y nos está entrando el agua. La tregua terminó, dirá Cálgaris. Será la tercera guerra mundial.

Despiertan a Nuria para traerle la cena, pero la rechazo. Pido a uno de nuestros muchachos que compre comida confiable en un restaurante de sushi, y un merlot para hacer más digerible la tragedia. «No tengo hambre», porfía la gallega. Pero la obligo a sentarse y a comer algunas piezas, que le llevo a la boca con palillos. Cuando tomamos el vino en vasos de plástico me pregunta qué vamos a hacer. Es una pregunta general, que puede tener muchos significados. «Esperar al coronel», le contesto. Me mira de un modo extraño. Como si estuviera a punto de perderme. Luego vuelve a recostarse y a entornar los ojos.

Recibo un mensaje de Wila. La llamo, le resumo la situación y le paso con su amiga. Conversan las dos; Nuria habla como si hubiera perdido dos litros de sangre. Media hora después llega el coronel, trae un derrame en el ojo derecho y aliento a whisky. Intenta transmitir serenidad. Le cuento los pasos que se dieron para el control de la crisis. Sugiere llamar a García Roldán y elaborar juntos un diagnóstico y un plan de acción. Nuria se muestra indiferente. Acompaño a Cálgaris hasta el pasillo. Aunque está prohibido fumar alumbró su pipa y llena el ambiente de humo. «Espero que Bragoni se gane el sueldo», opino. Niega con la cabeza: «No nos apuremos, son nuestros socios quienes toman las decisiones». Luego me acorrala: «Te dije que no te acostaras con ella, boludo». Le sostengo el enojo. Puede desencadenarse una especie de discusión, pero me doy cuenta de que en todo caso no será en este momento ni en este lugar. «Estamos jugando con trotyl», comenta antes de retirarse. Vuelvo al cuarto, lo cierro por dentro con el pestillo y tomo otro sorbito de merlot. Nuria abre los ojos y dice: «Ven». Pero esta vez no se trata de un requerimiento sexual. Me descalzo, me subo a la cama y la abrazo. Eso es todo. Salvo que avanzada la noche me roza los labios y cambia de posición, como si el brazo le doliera. Las horas pasan morosamente cuando uno lidia con insomnio y fantasmas.

A primera hora de la mañana trasladamos a la Gioconda hasta su departamento. Parece un despliegue de la Agrupación de Seguridad e Inteligencia de la Casa Militar. Está demacrada y no puede sonreír. Se encierra en su dormitorio para hablar tres horas con España. Después recibe un llamado de Nueva York. No comenta conmigo las deliberaciones, me mantiene al margen. Tampoco llama a Cálgaris para integrarlo. Solo reparte instrucciones telefónicas a sus empleados y reclama que Wila venga por la tarde a darle una mano. Cuando termina con todo es cerca del mediodía: se deja

caer en el sofá y suspira. Baja la cabeza como si estuviera tomando fuerzas y cuando la levanta compone una mueca de disgusto. «Vuelo mañana a Madrid —me anuncia gélidamente—. Vuelo sola, y no sé cuánto tardaré en regresar. Tal vez no regrese nunca». Evalúa mi expresión para ver qué impacto ha causado la noticia. Y después sonrío por primera vez: «Bueno, quizás he sido un poquito tremendista. Por supuesto que regresaré». No manifiesto lo que siento; me mantengo quieto e indiferente como un perro de piedra.

Wila le suministra un calmante, la ayuda a hacer las valijas y escribe una lista con los pedidos, las órdenes y las sugerencias de su jefa. Nuria llama al capitán Ahab, a Pico y a Parisi. Son diálogos cortos y comerciales, cargados de sobreentendidos. Por la noche recibe a Cálgaris a cenar. Comemos los cuatro en Juncal, con los soliloquios del viejo como música de fondo. La única que lo escucha atentamente es Wila. La emperatriz y su centurión tienen la mente en cualquier sitio. Al final acompaño hasta planta baja a la asistente y al coronel, los despido en el umbral y busco en la guantera de la 4x4 algo que guardo allí desde hace días sin razón aparente. «Voy a quedarme», le anuncio a Nuria con tono profesional. Me ruega que la desnude y que sea muy suave. Le muestro el estuche de terciopelo bordó, lo abro y le coloco en el cuello el collar de perlas. Ella se pone a llorar, y no deja de hacerlo desde el primero hasta el último orgasmo. Tampoco son muchos; básicamente nos acariciamos toda esa madrugada, durmiendo y despertando, hablando inconsistencias entre susurros. «Espérame —dice en la duermevela—. No llames, no escribas, no vengas. Solo espérame». Es una orden. Me agarra la pija, me dice que la va a echar mucho de menos. Solloza hasta que suena el despertador y entonces se mete en el baño.

Sale al living vestida y maquillada, aproximadamente recompuesta. La Nuria de siempre, excepto por el yeso y el cabestrillo que le ayudo a anudarse, y un cierto rictus de molestia que la desencaja. Durante el viaje a Ezeiza, que hacemos con escolta especial, no pronuncia palabra. Utilizamos el circuito vip y permanezco a su lado hasta el último momento y hasta la última puerta. Veo por última vez sus pómulos altos. Los ojos negros, la boca carnosa. Mucho rímel y rouge. Un saco entallado con solapas amplias, camisa y falda al tono, un cinturón ancho de cuero para destacarle la cintura, el collar de perlas sobre el negro brillante, la cartera de Louis Vuitton. Me da dos besos españoles, como si fuera lo que soy: nadie. Muestra su pasaporte y su tarjeta de embarque, y se aleja con los otros pasajeros de primera.

Mi esperanza, a esa hora fría, se sostiene en que se dé vuelta para saludarme, o en que me envíe un mensaje de texto antes de despegar. Pero eso no ocurre, y entonces me quedo ensimismado más de la cuenta: el salteño tiene que venir a despertarme para preguntar si disuelve el operativo y le da franco a la tropa. ¿Qué voy a hacer con tanto tiempo libre?, me pregunto. Autorizo el desbande y me quedo revisando una de las librerías de Ezeiza: compro tres ediciones de bolsillo y me pregunto si tendré concentración para leerlas. Manejo escuchando lo que a Nuria no le gusta: tangos de Pugliese y de Troilo; música afligida de Buenos Aires. Pretendo hacer fierros en

Belgrano R pero carezco de voluntad y de fuerza. Me dedico al vodka y me quedo planchado.

Trato de recuperar con el desayuno mi vida anterior: me preparo un café, un jugo de naranja, me hago unas tostadas con queso blanco y leo los diarios y subrayo los párrafos con el resaltador amarillo. Miro cada tanto el reloj y me imagino el itinerario del avión de Iberia. No falta mucho para que aterrice en Barajas. García Roldán irá a buscarla. ¿Habrá dormido algo, qué estará pensando?

A lo largo de ese día vivo pendiente del teléfono y de los *mails*. Visito la oficina para comprobar que se reiniciaron las actividades y que Wila se encuentra al mando del negocio. Pregunto por Nuria pero ni siquiera ella tiene novedades. Después paso por la base Chacabuco para ver cómo sigue la operación barrido y limpieza. Cálgaris luce sereno, ya jugó todas sus cartas. Me informa que García Roldán bajó la orden de no responder la agresión y de desactivar por el momento los envíos. Entramos en un impasse. «Espero que te diviertas un poco», me dice sondeándome con sus ojos azules. Sugiere que visite a Maca ya mismo. Leo su mente: el síndrome del guardaespaldas. Pero cuando me presento en sus dominios resulta que la gorda ya no está; salió a comer. Y entonces aprovecho su ausencia para escaparme del diván. Estoy demasiado débil como para que me escarbe.

Tampoco se comunican al día siguiente. Evito atarme al celular y al correo dedicándome al cuerpo: corro en el circuito de los maratonistas. Hoy por el tren de la Costa, mañana por Agronomía, pasado por la Costanera Sur. Veinte kilómetros. Y después aparatos, abdominales, mancuernas. Tres veces a la semana caigo por el gimnasio de Saavedra y el viernes hago incluso dos *rounds* muy peleados con un campeón que están entrenando para el torneo provincial. Si no me lo sacan lo arruino. Me preguntan si estoy loco.

El sábado, sin la menor noticia de España, me pongo el traje de neoprene y el *snorkel*, y nado en el río a pesar de que hay alerta por sudestada. Siento alfileres en la espalda, y el oleaje se vuelve intenso. Las olas me suben y me bajan, y a veces no puedo divisar la costa. Braceo alejándome con la percepción de que sería interesante recuperar la indolencia perdida. Lucho a brazo partido contra la corriente y contra el pánico, y tengo la presunción de que recorrí una distancia peligrosa. Floto ahora bajo la garúa, observado relámpagos en el cielo, y evalúo seriamente si es posible llegar a la playa. A lo mejor crucé esta vez la línea que no tiene retorno. Veremos. Nado hacia la costa a buen ritmo, tratando de regular la energía que escasea, y a mitad de camino empiezo a sentir los calambres: son dos bestias invisibles que me muerden la pierna izquierda y el estómago. Floto un poco más para tratar de que se vayan. Me hago masajes, pero no hay caso: los dolores y las contracciones no ceden. Sigo adelante, pero pierdo mi estilo. Avanzo como puedo: *crawl*, pecho, *over*. Hago esfuerzos sobrehumanos, y cuando levanto la vista resulta que la costa parece todavía demasiado lejos. Si pierdo la calma estoy liquidado, así que pienso en Nuria, en el odio profundo que me produce extrañarla. En la herida que me genera esa

desconocida fragilidad.

Es la rabia lo que me mantiene en la ruta. Una bronca infinita contra mí, contra ella, contra todos. Doy brazadas potentes y agónicas con esa rabia. Y varias veces intento sin éxito hacer pie. Lo consigo cuando estoy a punto de desfallecer y abandonarme, y me cuesta tanto alcanzar la meta que me bamboleo, me arrodillo, me arrastro por la fatiga y por el barro, y finalmente me tiro boca arriba, derrotado por el río.

El domingo intento visitar a Rosita, pero tiene novio y le festeja el cumpleaños. Me saluda con alegría y afecto, pero no me invita a Tolosa. De manera que paso la tarde leyendo La carta esférica y tomando vodka con hielo y limón. Cerca del amanecer del lunes leo una línea de diálogo: «Si algo ocurre —dijo ella de pronto— no me dejes morir sola». Y me levanto del sofá para ver si el correo trajo algo. Pero no trajo nada.

La semana que le sigue a esa es un calco. Cada noche llego a la cama con los huesos y los músculos hechos pelota, pero no consigo pegar ojo. O me hundo en pesadillas, como si tuviera fiebre. Hay noches en las que sueño con Nuria Menéndez Lugo, que siempre se las arregla para resbalar, traicionar, desaparecer. De día la imagino en su departamento del Paseo de la Castellana; de noche gritándole gozo y mentiras a su viejo amante en aquella casita misteriosa a orillas del mar.

Esa sopa espesa y tortuosa se extiende otros diez días. Un viernes nublado me suena el celular y noto que es Wila, pero cuando atiendo se corta, y luego llamo diez veces al móvil y al fijo, y también a la embotelladora. No contesta, así que marco el número del jefe de su custodia: está tomando un vermut en Mataderos; el coronel levantó el servicio esa misma mañana. Llamo a Cálgaris para ver qué mierda pasa y por qué soy el último en enterarme. Cálgaris me atiende apurado y me ordena presentarme el lunes a primera hora en Chacabuco: «Mientras tanto no aparezcas ni hagás giladas», agrega antes de cortarme. Sé que está pasando algo muy serio y que me incumbe. Subo a la camioneta y me dirijo a la oficina, pero no puedo llegar porque la calle está cortada por la Policía Metropolitana. Sigo de largo con los huevos de moño y prendo la radio para comprobar si saltó la liebre, pero nadie hace la menor referencia. No puedo con mi genio y me meto en el segundo cordón del conurbano. Encuentro la embotelladora cerrada con llaves y candados, aunque sin seguridad. El coronel también levantó el servicio: prevé que de un momento a otro la Federal haga un allanamiento. Visito la pensión de Liniers, pero Rossi salió hace una hora. No me cuesta demasiado encontrarlo en un bar de la estación. Está manso y tranquilo frente a una cerveza. Le sugiero que se tome un micro rumbo al norte y se reporte todos los días. No pregunta qué pasa porque es ladrón viejo y porque no tiene palabras, pero me hace un gesto con la yema los dedos: le doy todo el efectivo que llevo encima. Si Cálgaris se entera de esta transgresión me saca las uñas con una pinza.

Me instalo todo el sábado frente a los canales de noticias, escucho la radio, espero y desespero. En la madrugada cometo otra imprudencia y me doy cuenta de que no

estoy en mis cabales. Estaciono la camioneta a diez cuadras de Juncal y camino en la oscuridad con la esperanza de subir al piso 14, entrar en el departamento de Nuria, revisar su ropa, escuchar sus discos y llevarme a casa un frasco de Chance de Chanel. Pero hay un patrullero frente al edificio, y dos vigilantes con armamento pesado y chaleco antibalas fumando en la calle.

En la noche del domingo salta la placa roja. Un procedimiento en una embotelladora de la provincia de Buenos Aires: «Narcos intentaban exportar cuatrocientos kilos de cocaína en botellas de vino». Una hora más tarde sacan a un movilero transmitiendo en vivo y en directo. De cada tres informaciones que dificultosamente vocabuliza, dos son incorrectas. Un comisario le dijo que no se habían producido incautaciones de clorhidrato de cocaína en el lugar, pero que se encontraron elementos técnicos y químicos para su diluido: son idénticos a los que se utilizaron en Munro durante aquella famosa investigación de 2004. La fuente le asegura que se están realizando a esa misma hora otros allanamientos en un galpón de Lanús y en el puerto de Mar del Plata.

Me subo por las paredes, puteo en todos los idiomas, me cago hasta en la madre que me parió. Aguardo con ansiedad los diarios de la mañana, me visto y voy a recogerlos directamente al kiosco de Virrey del Pino. La noticia no tiene demasiada relevancia, salvo para Crónica, que la edita con gran despliegue y fotos interiores de la embotelladora. Afirma el cronista anónimo que en el Departamento de Drogas Peligrosas se la denomina «Operación Dama Blanca», aunque no ha trascendido todavía cuál es la razón. Me río bajo la ducha helada. No puedo creerlo. Después me pongo el traje negro que me regaló Nuria y un impermeable porque llovizna, y me dirijo lleno de ansiedad a la Casita. Cuando entrego la Glock para pasar por el detector de metales, el oficial de guardia me pide que a la salida le traiga firmado el formulario G. Les pregunto a las secretarias de Cálgaris qué pretenden. Están muy ocupadas destruyendo documentos en las cinco trituradoras Dasa. Pero una de ellas, la más fea, hace un alto para revisar un bibliorato y alcanzarme un papel. El formulario G: ¿cómo pude olvidarme? Es la planilla que firmo cada vez que devuelvo el arma reglamentaria y me entregan una nueva. Un recibo con la historia completa de mis herramientas, según cambian los modelos, marcas y calibres, y según pasan los años. Presumo que esta vez no habrá intercambio. Que a partir de la fecha para la Secretaría de Inteligencia soy oficialmente un agente desarmado.

Pongo mi firma, tiro sobre la mesa ratona mis cargadores y entro en el despacho del viejo fumándome un Parisienne. Hasta en los peores momentos suena Mingus. También flota el aroma de cien pipas. Cálgaris es impasible, pero está despeinado y tiene los zapatos sucios. Veo que toma un vaso de Talisker, y presiento que ha pasado toda la noche en vela guillotinando papelería confidencial. El CPU de su Mac está guardado en un bolso deportivo y hay otro bolso más con *pendrives*, discos, carpetas y fotografías. Tiene sobre su escritorio el maletín y el neceser, y su 38 Special, que no está registrado en el formulario G.

—Operación Dama Blanca —suelto con sarcasmo.

No abandona las hojas de un cuaderno con tapas de cuero. Va para atrás y para adelante, como si buscara una anotación. Pero lo hace de pie, a la luz de una lámpara y con los bifocales puestos.

—Estamos rodeados —dice, y sigue dando vuelta las páginas—. Rodeados de inútiles e hijos de puta.

Me gustaría pegarle un tiro en la sien, pero mantengo las formas. Mueve la cabeza y se da por vencido. Coloca el cuaderno sobre el escritorio y comienza a arrancarle las hojas. No es una tarea fácil: se pone colorado. Después me lo arroja y me hace una seña para que lo destroce. Mientras lo destrozo bebe otro sorbito de whisky.

—Empecemos por el principio —me sorprende—. Te dije que no te garcharas a esa mina.

—¿Y ese es el principio?

Pega un puñetazo en el escritorio.

—¡No, boludo, eso solamente es un cagadón! ¡Un flor de cagadón!

—¿Otra vez? ¿Qué tiene ver con todo este despelote?

Se me queda mirando unos segundos, como blandiendo una guadaña.

—Nuria desapareció hace siete días —dice al fin, y tira los bifocales—. Siete. Y hace tres que pidieron rescate. ¿Cómo lo ves?

No salgo de mi asombro, siento algo parecido a un mareo.

—¿Quiénes? —trastabillo.

—Qué se yo —se encoge de hombros—. Competidores. Aparentemente la levantaron de la calle. Estaba en Vigo. Iba a almorzar con los serbios, y nunca llegó a la cita. Roldán pensó que se trataba de sicarios, y que estaban terminando el laburo del *shopping*. Pero no. Le mandaron una prueba de vida y le pidieron una millonada de euros. Aunque pensamos que no se trata de metálico, sino de otra cosa.

Largo el aire que tengo en los pulmones; se me duerme el cigarrillo entre los dedos. Me alcanzan las imágenes de Nuria bajo el yugo del terror. Me empieza a doler el costado, como si tuviera una lanza clavada entre las costillas.

—¿Te das cuenta? —dice, revolviendo la lanza—. Garcharte a esa mina no es gratis. Todo tiene precio.

Acaba el whisky de un trago y retrocede hasta el baño para mear o cambiarse de ropa. Me da tiempo para tratar de sobreponerme. Todavía estoy en eso cuando sale transformado en un marino de agua dulce: pantalón negro, camisa blanca, pañuelo al cuello, saco de lino, zapatillas náuticas.

—Es obvio que el secuestro está relacionado con esta jugada de los federales —digo para ganarme su respeto—. No puede ser una coincidencia.

Descuelga un gabán negro y se lo pone.

—Acá obvio, lo que se dice obvio no hay nada —replica—. La verdad es que no sabemos dónde pisamos. Estamos en bolas.

Me ordena que cargue los bolsos, y les recuerda a sus secretarias que tienen hasta el mediodía para terminar el papel picado. Después vendrá el intendente, cortará la energía y sellará los pisos. Las chicas lacónicas le desean buen viaje. Bajamos sin hablar hasta el subsuelo y metemos su equipaje en la 4x4. No necesito que me señale el destino final: es el puerto de Olivos.

—Alguien pasó el dato y no nos dio tiempo de frenar por completo la movida —se lamenta—. La Federal preguntó en el Ministerio y le dieron vía libre. Después se hizo una pelota. Pero te aseguro que sabían muy bien qué buscar cuando entraron en la oficina. Fueron rápidos y precisos. Metieron presa a Wila y a los otros, y consiguieron que el juez los autorizara a escanear tres containers de merluza que estábamos moviendo.

—¿Cuánto se perdió?

—Mil kilos, pero eso es nada. —El coronel baja un poco la ventanilla y prende su pipa. Nos pasamos la vida preparándonos para situaciones inesperadas, pero cuando llegan apenas podemos con ellas—. Lo más delicado es que en la Central están muy calientes conmigo. Por lo pronto, vamos a desactivar la Casita hasta que aclare. Nadie sabe qué nivel de profundidad tiene esta joda.

—Es un golpe de mano —digo.

La llovizna dio paso a una lluvia fuerte. Pienso en Wila, siento pena por su desgracia. Recuerdo cómo nos miraba en aquella fiesta de Pilar. Deduzco que la llamada que no logré responder era un pedido de auxilio: había caído la policía con una orden judicial y no sabía a qué atenerse. Es evidente que alguien de la Casa le sopló unas horas antes a Cálgaris la que se venía, por eso el coronel alcanzó a levantar las guardias que habíamos puesto.

—Si todavía conozco un poco el paño van a tratar por todos los medios de dejarnos al margen de la causa —añade con una bocanada de humo—. Pero habrá que ver, Remil. Habrá que ver.

Tengo cien preguntas, aunque no puedo verbalizar ninguna. La lluvia no es más que un chaparrón; amaina cuando llegamos a Olivos. El Aubrey se mueve al compás de la marea. Subo los bolsos a bordo y los acomodo en el segundo camarote.

—¿Sabes cuál era la prueba de vida? —me pregunta. Está preparando café expreso—. Una foto con el periódico del día. Se la veía tranqui, pero adelgazó varios kilos. Lo primero que me pregunté es si era la cara de una persona que sufrió tormentos. No lo parecía.

—No entiendo —confieso abiertamente.

—Nuria era candidata a ser la informante. La raptan y canta bajo tortura: no sonaba descabellado. Pero no te preocupes, no cierra.

—No me preocupa eso —me mosqueo.

—Sé que hay una secuencia en todo esto pero no alcanzo a descifrar cuál es la piedra de toque —dice, y parece furioso.

Tomamos el café caliente, sentados a la mesa donde Nuria y yo bajamos las cartas



por primera vez. «Lo más descalificante son esas medallas al heroísmo. Y que presumas en lo íntimo de ser un héroe infame, soldadito».

—Si cae la Casita cae la Casa —agrega el coronel como si fuera un trabalenguas—. Y ahí reside nuestra fortaleza. Pero eso sí: estamos obligados a desconectarnos, a hacer mutis por el foro, a volvernos inaudibles. Desaparecer del sonar.

—¿Y eso exactamente qué quiere decir? —Siento el café quemándome las tripas.

Cálgaris hace algo sorprendente: muerde con fuerza la boquilla, la parte y la escupe, y tira la pipa inútil contra la pared. Después parece recuperar la flema que lo caracteriza.

—Estamos desmovilizados, Remil. Nos hundimos por un tiempo para que no puedan hundirnos ellos.

—¿Van a venir por mí?

—Francamente no lo sé.

Terminamos el café sin saber qué decirnos. El viejo se incorpora con dificultad y me advierte que va a soltar amarras. Subimos a la cubierta y vemos juntos el horizonte despejado. Dejó de llover pero bajó la temperatura. Hace mucho frío.

—Bórrate, Remil —dice a modo de despedida—. Bórrate.

No lo abrazo ni le doy la mano ni me cuadro ni lo miro. Bajo a tierra, camino por el muelle y me siento en un tronco. Fumo un rato con las solapas del impermeable levantadas. El velero sale despacio del puerto. Siento una soledad abrumadora.

## XI

### El fondo del pozo

La primera actividad de la mañana consiste en inyectarle un virus destructivo a la computadora de Belgrano R. y luego hacer la valija, sacar los *pendrives* del zócalo secreto y esconder todo en la parte trasera de la 4x4. Por ahora no voy a ninguna parte, pero fui entrenado para prever cualquier contingencia. Camino hasta la sucursal del Banco Francés, en Cabildo y Pampa, y solicito que me lleven al subsuelo, donde están las cajas de seguridad. Guardo en un *attaché* las copias de mis archivos digitales, que contienen muchos secretos de Estado y que son un verdadero seguro de negociación, y me calzo en la cintura el viejo revólver 357. Viene con una funda y dos cajas de proyectiles, dentro de un cofre plano. Me vuelve el alma al cuerpo al sentir el peso de esa bazuca contra el riñón izquierdo.

En un café de la esquina reviso los diarios, pero solo marco con el resaltador los textos vinculadas con mi interés particular. No hay muchos. Casi todos los editores tomaron la noticia como punto de partida para una serie de artículos sobre el avance del narcotráfico en la región y también acerca de las razones por las que la Argentina se convirtió en uno de los principales exportadores de cocaína del mundo. Me detengo en un recuadro que menciona al juez que lleva la causa: es un punto de la Federal, pero hace unos años le arreglamos un conflicto incómodo que tenía con un cuñado. En un periódico económico de color salmón leo dos veces un comunicado que el capitán Ahab envió a los medios donde desliga toda responsabilidad por los procedimientos policiales que se llevaron a cabo en un barco de su compañía. El barco estaba amarrado en una dársena del puerto de Mar del Plata. De hecho, el capitán se da el lujo de sugerir entre líneas que la pista resultó falsa: los detectives no encontraron nada en sus containers. Y si lo hicieron —pienso con una sonrisa forzada— se quedaron con la merca y metieron violín en bolsa. El juez no le pidió indagatoria, ni siquiera lo llamó a una testimonial. Ahab se salvó de pedo, pero trata de limpiar su buen nombre y honor, y curarse en salud.

Fumo al sol, mientras pido otro americano, y me pregunto hasta dónde subirá la mierda. La Casa está ocupándose de encapsular el problema, porque tiene sus propias truchadas que esconder y porque es responsable políticamente de Cálgaris. Y los detenidos no saben mucho: Nuria siempre compartimento sus negocios y manejó con células inconexas toda su empresa de transporte. Los «valijeros» y los armadores de compañías fantasmas pueden deschavar el blanqueo de guita, pero no tienen idea sobre el origen de la falopa. Tampoco cómo llegaba y por dónde salía. El equipo de traslado y seguridad que montó el coronel y apoyó el finado Rada fue levantado de la calle justo a tiempo: el piloto, los choferes y los vigiladores están afuera y medianamente a salvo. Y a Elena Parisi no pueden tocarla. Tal vez ni siquiera saben realmente que esté relacionada con el tráfico. Un juez federal intuye el peligro. Y una

senadora nacional que vota el progreso de los jueces en el Consejo de la Magistratura merece por lo menos una distracción.

El lado más débil sigue siendo Wila. Si se quiebra adentro, vamos todos en cana. Porque ante un testimonio de semejante calibre, un juez asustado puede a lo sumo sustraerle párrafos comprometedores o divergentes al acta, pero no puede hacer oídos sordos al núcleo: Nuria, Roldán, Balduin, Pico. ¿Alcanzará todo el poder de Parisi para proteger a Javier Pico? ¿Y es verdaderamente posible que el juez ignore al tipo que ofició ante tirios y troyanos como el guardián de la Gioconda? No hay razones para ser muy optimista.

Estos días de clandestinidad abandono mi rutina. Me borro de los circuitos habituales y me saca de la cabeza la idea de pelearme con cualquiera en el cuadrilátero de Saavedra. Busco un gimnasio modesto en el conurbano y paso seis horas haciendo fierros y bicicleta, y leyendo sin gran pasión novelas sobre cartagineses y griegos. Estaciono la camioneta y duermo una larga siesta. Y de noche permanezco despierto, sobrio y alerta, con el revólver a mano, viendo las noticias del cable y vigilando los movimientos de la calle. Durante esas horas pienso en Nuria, evoco el sabor de su piel y los cuatro o cinco tonos de su voz, y me vienen imágenes de nuestros viajes y de nuestras conversaciones. Trato de armar el rompecabezas. Lo desarrollo en un anotador, con un lápiz y una goma. Escribo y borro sin encontrarle la vuelta, y siempre llego de madrugada a las mismas hipótesis. Son dos. La primera me estremece: un falso secuestro. Belisario y Roldán creen que las cosas fueron demasiado lejos, que los colombianos no cederán hasta reventarla, y entonces abortan el negocio, la sacan del país y queman todo a su paso. Entregan información como quien reparte carne entre las fieras, para tenerlas contentas. Y sacrifican a Wila. Corren el riesgo de que los involucre, pero a lo mejor presumen que pueden conseguirle con coimas una pena menor y sacarla cuanto antes. Es una hipótesis ridícula: nadie se dispara en los pies. Nadie que llegó tan lejos se asusta con tanta facilidad. Nadie que se dedicó a articular un sistema de protección y de lavado de dinero se retira tirando del mantel.

La segunda teoría parece un poco más sólida. Los colombianos que no pudieron liquidar a Nuria la secuestran en Vigo para negociar una indemnización y para hacer hociquear a su jefe. Y en paralelo, alertan a la Policía Federal sobre el funcionamiento de la organización. Es un solo movimiento a tres bandas: soplo a la dama, acoso al rey y destruyo sus alfiles y peones. Jaque mate. Pero suena raro y ampuloso. No tengo en sangre el nivel de ingenuidad suficiente que me permita tragarme entera esa película. Tiene que haber otra variante, pero no accedo a ella y termino rayando el anotador y mordiéndome los labios.

Los diarios del fin de semana traen larguísimas crónicas sobre la «Operación Dama Blanca». La misma fuente espolvoreó los mismos datos. Reflexiono párrafo a párrafo sobre lo que se escribe, pero no puedo creer casi nada. No mencionan a Nuria Menéndez Lugo, pero aluden a ella como una temible y misteriosa narcotraficante

española que se habría fugado al exterior. En un locutorio paseo por los portales de los periódicos de Madrid; el descubrimiento apenas tiene cobertura. Suelos, breves al pie, poca relevancia. Hace años que se destapan esta clase de operatorias: ¿qué le hace una mancha más al tigre?

Cuando cae la noche dominguera, meto la tarjeta en un cajero automático para extraer efectivo y descubro que está cancelada. Con la boca seca, llamo al 0800 pero no pueden darme información. Ceno sin ganas un pollo a la canasta en un restaurante del Barrio Chino y trato de pagar con tres tarjetas distintas. Ninguna de las tres tiene crédito. Llamo desde un teléfono público de Juramento y Obligado a Palma, que me pasa con premura un número directo y me pide que me comunique en dos horas. Camino cincuenta cuadras, tomo una cerveza en Colegiales, regreso hacia la zona de Alvarez Thomas y hago por fin la segunda llamada. «Estás pinchado —me dice a toda velocidad y entre susurros—. Tenés que deshacerte de todo. También de la *notebook*. La camioneta está limpia pero no te confíes. La Cueva no te puede dar una mano. Y no vuelvas a llamarnos. Me da mucha tristeza, en serio. Somos amigos. Pero no vuelvas a llamar porque te entrego».

Corro hasta la camioneta y me ajusto el cinturón. Manejo con cuidado, mirando el espejo retrovisor, lleno de paranoia y de bronca, hasta el ángulo final de la Costanera Norte. Guiñan luces en el río; los carritos ya cerraron. Arrojo con todas mis fuerzas la *notebook* al agua y después hago lo mismo con los dos celulares que llevo conmigo. Cruzo la General Paz, doblo en una calle que baja, giro a la derecha y estaciono bajo un tilo. Intento dormir, pero el cerebro gira y gira, y los vidrios se empañan. La mierda me va a tapar, pienso. Y siento rencor y un regusto metálico en la lengua y una acidez nueva en el estómago. Prendo la radio y escucho cómo los periodistas leen en voz alta los diarios y sacan conclusiones apresuradas. Desayuno en una pizzería y miro una y cien veces el reloj. Presiento que al desconectarme me puse en evidencia: si yo fuera mi perseguidor conseguiría una orden del juez para allanarme el departamento. Cargo nafta en una estación de servicio de Maipú y enfilo hacia el centro. Primero paso por delante de la oficina, que tiene un consigna uniformado en el umbral; luego paso por Chacabuco solo para comprobar que el edificio permanece cerrado y a oscuras; finalmente insisto con Juncal solo para encontrarme con el mismo paisaje cercado y desolador. El city tour termina en Belgrano R: hay tres patrulleros, un carro de asalto y dos coches de civil. No tengo trabajo, ni tarjetas, ni casa ni amigos ni refugio. Todo lo que alguna vez gané, lo perdí. Y esto es solo el comienzo.

Agarro para el sur, utilizando mecánicamente el plan B, y manejo entre brumas y odios. También con la sensación de haber sido abandonado a la buena de Dios. ¿Quién soy ahora que soy un proscrito? ¿Qué va a pasar conmigo ahora que no tengo armadura? Trago saliva, admito que me duele un poco la garganta. Si fuera mi perseguidor le reclamaría de inmediato al juez que dicte el pedido de captura. La Casa no puede permitir que mi cara aparezca en los medios: estaría violando la ley de

Inteligencia y el código interno. Pero no podría hacer mucho frente a una ofensiva judicial de esta envergadura. Me imagino perfectamente el tenor de las discusiones que los directores de Contrainteligencia y de Operaciones tienen en la sala oval. Lo mejor que puede pasarnos es que Remil no asome la nariz. Por lo menos hasta que pase el entusiasmo y podamos manipular el expediente y amortiguar los daños colaterales. La Federal va a aprovechar para cargarnos el muerto. Nos tiene muchas ganas. Ahora bien: si Remil es tan pelotudo de dejarse cazar, que por lo menos deje la vida en el intento. Un fusilamiento, en este caso, nos conviene más a nosotros que a la cana.

Me doy cuenta de que es una guerra fría y sorda, y que las ganancias y las pérdidas se van a computar siguiendo la saga por los diarios. Al gobierno no le va a quedar otra alternativa que mediar discretamente para que la roña no lo manche. Y la oposición va a andar con pies de plomo cuando se entere de que Cálgaris está contra las cuerdas: el coronel ha hecho favores sin discriminar partidos ni banderías. Esa visión del conjunto, sin embargo, no mejora mi situación personal. Puedo ser prenda de unión, es decir: variable de ajuste y chivo emisario. Valgo más muerto que vivo.

Estamos al borde del mediodía cuando llego a La Plata. Las persianas del chalet de la esquina permanecen levantadas y noto que Rosita mandó pintar el frente. Coloco la 4x4 en la rampa del garaje y toco bocina dos veces. Hay un movimiento en una ventana y después abren la puerta. La viuda viene por el sendero del jardín con una sonrisa corta; se seca las manos en el delantal. Observo que se tiñó el pelo y que ya no lo usa recogido y tirante. «Qué milagro», está diciendo. Le pregunto si puedo meter la camioneta. Por supuesto. Vuelve adentro unos segundos y sale con el llavero. El garaje huele a desinfectante. Nos saludamos con un beso en la mejilla y con un abrazo asexuado y amistoso.

El interior del chalet ya no me parece tan sombrío. Rosa cambió los muebles de lugar, compró algunos nuevos y redecoró las habitaciones. El dormitorio donde murió mi sargento está irreconocible. Me siento a la mesa de la cocina, y ella me pregunta si me importaría comer unas lentejas recalentadas. Las saca del *freezer* y las pone en el microondas. Abre un vino barato.

—Vendí el Peugeot y el terrenito de Gonnet —me explica—. Y decidí tirármelo encima. Esta casa necesitaba un lifting, y yo también.

—Te queda lindo ese look —le digo con cansancio.

Se encoje de hombros mientras dispone los cubiertos y las servilletas.

—Cada uno se las rebusca como puede, Remil.

Veo a través del mosquitero el quincho, la parra y las plantas florecidas.

—Tenés novio.

—Un señor de Tandil —confirma—. Viajante. Separado, tres hijos. Buena persona. Te lo voy a presentar.

—No creo que sea necesario —le digo.

Me mira diez segundos para entender mi réplica, y después me sirve el plato

mientras pone a calentar el suyo.

—Comé, no me esperes. Comé que se enfría.

Pruebo las lentejas, que tienen trozos de jamón, panceta y chorizo colorado. Son ricas, aunque no tengo mucho apetito.

—¿Y tu novio es más bien hablador o es un tipo callado? —le pregunto.

Antes de responderme Rosita piensa un poco. La despierta el pitido del horno. Retira su plato humeante y se me sienta enfrente. Sopla un poco sus lentejas antes de paladearlas. Ataca la primera cucharada y asiente:

—Callado.

Hace muchos años que no tomo un vino tan berreta. La buena vida me ha malogrado. Sigo con soda de sifón.

—¿Viene mal la mano? —me pregunta.

—Muy mal.

Rosita vio y vivió lo suficiente como para calar el asunto y no hacer preguntas boludas.

—Nos vemos fin de semana por medio —dice solamente—. Una vez acá y otra allá. Puedo decirle que tengo parientes y que prefiero viajar a Tandil dos sábados seguidos.

—Pero no soy tu pariente.

—Es celoso.

—Entiendo.

No hablamos mucho más durante el resto del almuerzo. Se queda lavando los platos mientras bajo al garaje y saco la valija. Me hago fuerte en un cuarto lateral que da a los fondos. Me pongo ropa deportiva, coloco el 357 en el cajón de la mesa luz y salgo al quincho. Rosita fumiga unas flores. Yo me acuesto en la hamaca paraguaya y me balanceo. Ella está hablando del barrio y de novedades menudas, y con ese arrullo intrascendente y familiar me quedo dormido. Al despertar entiendo que la sensación de seguridad es absolutamente engañosa. Me asomo por la ventana a derecha e izquierda con los binoculares para constatar si hay movimientos raros, pero todo parece muy pacífico. Noto que Rosa me observa y eludo su mirada. «¿Qué cagada te mandaste?», está tentada a preguntar. Pero a la vez sabe que en estos arrabales es mejor no saber.

Apenas conversamos un poco de cosas banales mientras vemos la tele y tomamos mate. Percibo que cuando estamos sentados juntos en el sofá del comedor, ella se aleja todo lo que puede, se cruza de brazos y de piernas, jamás se toca el pelo y me mira de manera errática. Nos entrenan en el lenguaje no verbal: Rosita cumple inconscientemente con la gestualidad clásica. Aunque no hacen falta tantos paragolpes, porque yo no tengo ánimos de coger con ella, ni con nadie.

Ya de noche, en la sobremesa, me habla un rato de su novio. No cae nunca en cursilerías pero me da a entender que es un proyecto importante. Le pregunto si puedo bajar al bunker. Por supuesto. Pero me anticipa que el tesoro del sargento se

redujo considerablemente. Corro con el hombro el cristalero para la vajilla; encuentro el pestillo plateado, tiro y abro la trampa, y me agacho para encender la luz inmediata del sótano. Crujen los escalones podridos cuando bajo. Prendo otra lámpara y también el sol de noche que cuelga de una viga.

Como no hay apuro acaricio el uniforme de combate y las medallas. Pruebo el Fal, que está trabado y arruinado por el óxido, y me paso un rato examinando las fotos de Monte Longdon. Me encuentro a mí mismo en una, junto al sargento y siete pibes más. Casi no reconozco aquella expresión imberbe y aquella figura flaca y larga. Parecía un adolescente disfrazado de soldado.

Más tarde meto en un bolso Adidas el AK-47S, los cargadores curvos, todos los cartuchos que entran y algunas balas de punta hueca para el Magnum 357. Dentro del maletín me reencuentro con los fajos de euros y dólares. Menguaron pero todavía hay algo. Me llevo también los tres pasaportes, y aparto especialmente el que pertenece al falso profesor Conde para echarle un vistazo: mi foto tiene barba y el pelo cortado al ras. Alcanzar esa barba me va a llevar siete días; tal vez Rosita tenga la máquina para el corte militar, porque el sargento siguió rapado hasta su muerte. Cierro todo, apago las luces y subo el equipaje. Luego bajo la trampa, que es muy difícil de detectar, y corro el cristalero. Llevo el bolso al garaje y lo cambio por el traje de neoprene, el *snorkel* y las patas de rana. No voy a poder nadar en el río durante esta primavera. De la caja de herramientas saco un destornillador y cambio la placa actual, que igualmente es trucha, por otra que pertenece a la camioneta de un constitucionalista. Hay que preparar la 4x4 como si fuera una casa rodante porque no sé cuándo tendré que moverme, pero sé que cuando llegue el momento será todo rápido y no habrá mucho tiempo para andar juntando los petates. Los tres pasaportes van a parar a la guantera.

Pongo el despertador a las cuatro y media de la mañana y duermo intranquilo. Cuando por fin caigo en el pozo del sueño no me disparo con la policía ni vago por las trincheras de Monte Longdon, ni siquiera charlo en el «polvorín» con el fantasma de mi sargento mayor. Sueño con Nuria, y son escenas domésticas, sin ningún significado. Pero al despertar tengo una angustia nueva. Una vez escuché en un documental dedicado al funcionamiento del cerebro que en ocasiones recordamos para olvidar. Pasamos una y otra vez sobre los surcos del mismo disco para borrarlos. Como si la repetición eliminara la memoria en lugar de preservarla. A lo mejor estoy tratando de olvidar a la Gioconda para siempre, haciendo una especie de duelo interior y obsesionándome con aquellos días.

Cargo una mochila y salgo a trotar en zapatillas y en jogging. Corro diez kilómetros de ida y diez de vuelta entre la oscuridad y los primeros rayos. Casi no me cruzo con nadie a esa hora, y compro cuatro diarios en un kiosco. Me detengo a trescientos metros y avanzo con cuidado vigilando que no haya ortivas y que la entrada al chalet sea lo más rápida y discreta posible. Rosita me espera con un café de filtro y unos bizcochitos de grasa.

Desayunamos repasando las noticias. No hay ninguna referencia a la Operación Dama Blanca. Siempre un tren descarrila y se producen muertos, o se habla de las trágicas secuelas de las inundaciones o se revelan casos de corrupción, y entonces unas calamidades tapan a las otras, para que la vida nacional siga su curso.

Leo horas y horas los periódicos, como si escondieran una verdad oculta, y por la tarde me dedico a los abdominales y a las flexiones. Quedo exhausto. Y Rosita me prepara un baño de inmersión. Dentro del agua y del vapor, a puertas cerradas, floto en una tercera hipótesis. Belisario descubrió que Nuria lo traicionaba conmigo, enloqueció de venganza, la asesinó y canceló todo el negocio. Salgo de la bañera con la certeza de que eso es una pavada. Pero me quedo despierto hasta tarde dándole vueltas. «Todos nosotros estamos implicados por razones personales de distinto orden —pensaba Roldán—. Nuria necesita lealtades que vayan más allá de los negocios». La filosofía wakashudo: los grandes *shogunes* y sus jóvenes amantes dispuestos a dar la vida por los señores en el campo de batalla. Mientras vuelvo a correr en la oscura madrugada me pregunto si no estaba en los planes de todos, incluso en la cabeza de su viejo amante, el hecho de que el guardaespaldas se enredara con la reina. Y si no fue una exhibición de rabia, celos y resignación aquel ruidoso espectáculo que el jefe máximo me dedicó en la casa vacía del Cantábrico. Sabe que ella tendrá que meterme entre las sábanas, él mismo se lo ha ordenado, pero no puede permitir que lo haga sin antes marcarla con su pija. Como lo hace un macho o un cafiolo.

Al regresar estoy tan distraído que no puedo leer bien los diarios. ¿Nuria simuló su pasión? ¿Para ella todo fue un asunto de lealtades y billetes? La duda me duele lo suficiente como para que me castigue como nunca con la gimnasia. Le digo a Rosita que no tengo hambre cuando viene a anunciarme que la mesa está servida, y sigo de nuevo hasta la extenuación. Resollando me acuesto en la hamaca y pienso, envuelto en sudor y endorfinas, que los tipos como Belisario Ruiz Moreno jamás cancelan un emprendimiento millonario a raíz de un impulso hormonal. No, no. Pensemos todo otra vez. Es posible que Nuria cumpliera con la misión de colonizarme con su cuerpo, y que luego el jugueto se le fuera de las manos. Pero lo único cierto es que la secuestraron y que simultáneamente delataron a la organización.

Duchado y razonablemente cuerdo, vigilo la calle con los binoculares y después le entrego a Rosa todos los fajos del subsuelo. Le pido que guarde la mitad que le corresponde y que mañana mismo me cambie el resto en una financiera. Que trate de operar en el mercado ilegal para que ni siquiera quede registrado su documento. La viuda acepta el pedido con sumisión y me llena el plato de fideos. Hace días que no tengo apetito, que me duele el estómago, pero lo devoro por cortesía y también por conveniencias nutritivas. Esa noche me llevo los diarios a la cama y me desmayo sin haberlos leído. Ni ese día ni en los siguientes vienen noticias de interés. Solo se menciona, en una breve nota de chismografía, que Elena Parisi viajó con su marido a Australia, a recibir una condecoración por su larga y continua labor para fortalecer la amistad entre las dos naciones.



El viernes la viuda no sale de la cocina. Y a la nohcecita me informa, sacándose los guantes de goma, que me deja en la heladera raciones para los tres días de ausencia. Tomará un micro en la mañana y estará de regreso el martes. Supongo que sería justo agradecerle todas las molestias, pero no estoy hecho para eso. Cenamos con la televisión de fondo, llenos de muchas voces que no son las nuestras. Cuando en la madrugada regreso de mi maratón, ya se ha marchado. Es extraño el silencio de la casa. Después de los ejercicios, pruebo leer un libro sobre Nefertiti, pero sigo sin la paz interior necesaria. Ando por el chalet como un tigre encerrado, revisando cajones y acariciando objetos. Descubro que en el armario de su dormitorio, Rosita atesora el reloj Omega del sargento y la libreta con su última voluntad. También veo por primera vez, en un cuarto de trastos, la silla de ruedas plegada. Algo, a lo mejor el aburrimiento o la nostalgia, me devuelve al sótano. Estoy toda la tarde sentado, leyendo diarios viejos sobre Malvinas. También recortes periodísticos sobre la batalla de Monte Longdon. El mayor Carrizo Salvadores se comunica con sus jefes de Puerto Argentino: «La situación es crítica. Ordeno al teniente Hugo Quiroga un contraataque. Otra lucha cuerpo a cuerpo. Hay bajas de ambos lados. Se logra estabilizar el frente de ataque inglés, pero el fuego de la artillería enemiga continúa. Los proyectiles estallan por todas partes, a metros de donde teníamos el comando. Los ingleses nos están envolviendo. Pido refuerzos y llega tropa al mando del teniente Raúl Castañeda. Realiza un contraataque por el sector noroeste. Son las tres de la madrugada. Castañeda tiene éxito. Hace retroceder a los ingleses».

Repaso cada día, cada evolución y cada muerto como si el sargento estuviera a mi lado reclamando que recitara la vieja lección. Más tarde vuelvo a la realidad: si la Casa no logra digitar la investigación judicial ni bloquear la influencia de los federales pueden descubrir con cierta facilidad este chalet. ¿Qué pasará con este arsenal si lo allanan? Rosita, para empezar, estaría hasta las tetas por posesión de armas de guerra.

Comprendo de pronto lo que debo hacer. Y el propósito es tan pesado que me distrae durante cuatro horas y me llena de un raro entusiasmo. Laborterapia para un preso. Envuelvo las armas, las municiones y los explosivos en bolsas de consorcio y los sello al vacío con cinta aisladora. Traslado la mercadería hasta la camioneta en varios viajes, y busco picos y palas en el quincho. Ceno algo liviano esperando que sea noche cerrada, y abro las puertas. Manejo con extrema cautela y salgo a la ruta. Hago treinta kilómetros y me desvío por un camino secundario y por otro más, atravieso una vieja tranquera y estaciono bajo un árbol. Es el descampado que tantas veces usamos de polígono. Solo se escuchan los grillos bajo la luna menguante. Busco un área de tierra blanda, me quito el gabán, el pulóver y la camisa, y alumbro el lugar con un pequeño farol de *camping*. Comienzo entonces a cavar la tumba. Un considerable pozo de zorro que me lleva tres horas de pico y pala. Cuando termino estoy todo transpirado y dolorido. Me insulto en voz alta al sentir la sed arrasadora y darme cuenta de que no traje ni una botellita de agua. Meto las bolsas, que a esa

altura pesan una tonelada, y también el *attaché* con los *pendrive* y los discos del zócalo y de la caja de seguridad; allí quedan dentro de un nailon negro y con un Smith & Wesson cargado por puta pudiera. Un tipo como yo nunca sabe cuándo necesitará una segunda opción. Solo sabe que debe estar listo para cuando eso pase.

Me lleva otras dos horas tapar el foso rectangular y largo, apisonar el terreno y llenar siete bolsas con la tierra sobrante. Miro con cierta objetividad y desde distintos ángulos el trabajo, y me convengo, tal vez erróneamente, de que si a alguien se le ocurriera andar por ese campo intransitable no notaría nada extraño. Es un lugar sumamente inhóspito, con ondulaciones y de relieve irregular; tendría que tener el dato preciso para saber dónde cavar y eso solo se me puede arrancar bajo tortura.

Todavía me quedo un rato contando mis pasos desde una hondonada y hasta un ceibo inclinado. Trato de memorizar esas coordenadas con la esperanza de regresar alguna vez y desenterrarlo. Me seco el torso y los brazos con una toalla, y me visto. Luego avanzo cuatrocientos metros con la camioneta y espolvoreo la tierra de la primera bolsa. Y sigo adelante. Cada tanto freno y repito la acción: voy diseminando los restos a lo largo de varios kilómetros de serranías y de nada. Polvo que vuelve al polvo. Cuando entro en la ciudad freno en un container y me deshago de las bolsas. Es casi de día y me siento despedazado, sin energía ni tiempo para correr ni para flexiones ni para abdominales. Me ducho y duermo hasta las seis de la tarde. Y recién el domingo retomo la rutina. Los diarios no publican una sola línea de la dama blanca. Pienso en Nuria. Hora tras hora, incluso cuando duermo. No me la puedo sacar de la cabeza. Ceno una carne con papas que me hace acordar a sus experimentos gastronómicos. Y me cae tan mal que tengo una pesadilla: sueño que alguien está parado en el vano de la puerta observando cómo sueño con ella. Y que al sentarme en la cama, con el 357 amartillado, descubro que se trata de mi sargento. Un espectro cadavérico y enfundado en su apolillado uniforme de combate. Despierto envuelto en sudor frío, y miro con aprensión de niño hacia la puerta. El corazón me late a mil por hora.

Esa sombra, ese mal agüero, ese episodio infantil me pisa los talones hasta el lunes, cuando descubro en los diarios que hubo un asalto violento en casa de Javier Pico.

La novedad viene en un texto escueto ubicado en el pie de una página par, y solo la registra el diario más conservador de todos. Crímenes, accidentes y salvajadas de mayor espectacularidad lo sepultan con su peso del día. Al fin y al cabo, esto fue apenas una desgracia con suerte: nadie estiró la pata ni salió herido y para la agencia que escribió el cable con información oficiosa esa mujer que fue asaltada es apenas una vecina anónima de San Isidro. Tres sujetos que portaban armas largas tocaron el timbre, redujeron a las empleadas y las encerraron en el baño; luego encañonaron a la patrona y la obligaron a entregarles joyas y efectivo. Escaparon con el botín en una *coupé* Alfa Romero y en un Bugatti descapotable, que pertenecen a la familia. Un jardinero de la cuadra vio maniobras extrañas y avisó a un vigilador, que dio parte a

la policía. Del marido de la dueña de casa solo se consigna que está de viaje: nadie vincula a la valquiria con Pico. Se ve que la Bonaerense fue instruida especialmente para bajarle el perfil al tema. Y es bastante improbable que crezca, a menos que un editor con gran olfato intuya algo o un sabueso de la prensa escrita se tropiece con el dato preciso. Pero de nuevo: están demasiado ocupados con los tiburones como para prestar atención a las mojarritas.

Medito largamente sobre el episodio y sobre el destino de la rubia. Antes se decía «que parezca un accidente», pero en una sociedad con semejantes niveles de violencia callejera hoy es más práctico decir: «Que parezca un robo». Trato de adivinar quién ordenó el apriete. Se me ocurren varias alternativas, pero ninguna tan segura como Elena Parisi. Me siento tentado a hacer una estupidez, y estoy seis horas rumiando e intentando no cometerla. Pero finalmente recuerdo la voz de la rubia: «No espero que un hombre como usted me entienda». Y entonces me pongo el gabán y me calzo el revólver, y después de revisar si hay vecinos o desconocidos en las veredas, saco la 4x4 marcha atrás, cierro la puerta del garaje y agarro la ruta en sentido contrario, hacia la Capital.

Es un día nublado, pero como la clandestinidad suele ser sorda y monocromática, la ciudad me parece ahora chillona y colorida. Varias veces creo ver a Nuria cruzando una calle, o en la cola de un colectivo. Morochas elegantes que ni se le acercan un poco, pero que a primera ojeada son la morocha única, la chica perdida. Rodeo Parque Lezama y paro en una calle de San Telmo, frente a un *ciber*. Desde su locutorio llamo al celular de Fierrito. Como no atiende le planto un mensaje amable: «Atendé, boludo, porque te corto los huevos». Sé que va a reconocer mi voz, no se olvida fácil. Sigo marcando su número, con paciencia de estadista, hasta que aprieta la tecla correcta y escucho su aliento. «Remil, querido», saluda. «Dame un fijo», le ordeno. No se lo acuerda, está en un hotel seis estrellas; me da el número de habitación. Cuelgo y busco en Google los datos que necesito; vuelvo al locutorio y vuelvo a escuchar su vacilación aflautada. «Agarrá el auto y subí a la Panamericana por Acceso Norte —le indico—. Bajás en Uruguay, y luego le pegas derecho hasta el cementerio. Enfrente vas a ver un baldío ferroviario lleno de vagones oxidados. Me esperás ahí un rato, haciéndote el jeropa». Se escandaliza: «¿Tiene que ser ya mismo?». Le respondo con brusquedad: «Dejá el celular en la habitación y no tardes. Te lo digo por tu bien». Me pide que le repita el camino, está tomando nota. Le corto para reforzarle la angustia.

Evito los peajes y las cámaras, y le meto pata por el Bajo, cruzo la General Paz y recién en Olivos subo hasta Maipú. Es un trayecto más lento, pero más seguro. La avenida va cambiando de nombre hasta Victoria, giro a la izquierda y cruzo las vías, paso por delante de los dos cementerios de almas y trenes, y sigo viaje hasta una estación de servicio que hay en el cruce de la ruta. Voy al baño, compro un sándwich de salame y una botella de agua saborizada, y espero adentro de la 4x4 explorando el tráfico con los binoculares. No sé en qué auto vendrá Fierrito. Que en su miserable

vida tuvo guita para procurarse uno. Pero deduzco que la senadora no lo ha dejado de a pie, ahora que es un colaborador tan importante. Así que chequeo cada conductor que hace el giro y me entretengo media hora con esa ruleta rusa. Ya me está entrando una especie de inquietud violenta, cuando lo individualizo dentro de 1111 Toyota color crema que pasa de largo. Constato que no lo sigue nadie y que no hay movimientos furtivos, y doblo en U para pisarle las huellas. Al llegar al predio donde me fajé con Jean Claude Van Damme, descubro el Toyota estacionado a la sombra. La cucaracha perfumada fuma un Benson apoyado en su capot. Viste su ridículo saco blanco y juega con su cigarrera de metal: parece calmo, pero tiene los huevos en la garganta. Me pongo a su lado y bajo el vidrio de la ventanilla. «Vamos», le ordeno. Se encoge de hombros: «¿No podemos hablar acá?», resiste. «Vamos», le repito, tira el Benson, se guarda la cigarrera, acciona la alarma del auto y sube a la camioneta resignado. Salgo en zigzag hacia Tigre y hacia el río, mientras lo palpo de arriba abajo con una mano. «Eh, pelotudo —reacciona—. No estoy cableado, ¿qué te pensás?». No miente, pero me quedo con su encendedor. Miro por los espejos retrovisores, decido no perder el tiempo.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—Que estás jodido —contesta—. Pero yo no tengo la culpa.

—¿Qué sabés de mi patrona?

—No mucho. Parece que piden más de lo que vale.

—¿Quiénes?

—¿Los colombianos? —Se encoge de hombros—. No tienen apuro. Acordate de las FARC. Pero en eso realmente toco de oído.

—¿Y la Tana?

—Va a tener que bajarse, porque la Rosada la tiene en un arco.

—¿Maneja o no maneja al juez?

—Por más que lo maneje si el gobierno presiona, el tipo va contra la senadora con bombos y platillos. No le queda otra.

—Rada decía que la candidatura no funcaba.

—Y no funca. Pero el gobierno no está tranquilo. La Tana va a tener que tranquilizarlo y bajarse por las suyas. Y ella lo sabe. Perdió. A otra cosa.

—¿Y la mina de Pico?

—Ni la más pálida idea.

Le atrapo los pobres pelos de la nuca y le rompo el tabique nasal contra la guantera. El petiso sangra como un chancho. Aúlla de dolor, sorpresa y furia. Manejo por calles semivacías. Comienzo a jugar con el Zippo de oro. Abriendo y cerrando. Clic, clac, clic, clac. Fierrito se lleva un pañuelo a la nariz y tira la cabeza hacia atrás, tratando de drenar la hemorragia. Los hilitos colorados le chorrean como lágrimas por la jeta y le manchan el saco blanco. Lloro un poco.

—Puedo llevarte a un lugar oscuro y darte máquina seis días —le digo—. También puedo rociarte con gasoil y quemarte vivo. ¿Te acordás?

Prendo el encendedor y le acerco la llama a un ojo. Me aparta la mano con un gemido. Cierro el Zippo adentro del puño y le doy dos o tres piñas para ablandarle la voluntad. Me ensucia el vidrio, el tapizado y la alfombra de goma. No me detengo, sigo paseando por Tigre y San Fernando de ida y de vuelta, arriba y abajo, eludiendo a los uniformados y las cuadras más populosas. Me extraña un poco el silencio terco de Fierrito. No es un muchacho de convicciones ni de resistencias firmes. Y sin embargo, está mudo, tragándose los mocos sanguinolentos. De repente me doy cuenta de todo.

—¿Bragoni? —le pregunto.

Sigue sin responder. Le atrapo de nuevo la nuca y le astillo el hocico contra la guantera. Ahora llora a los gritos, tapándose la boca con el brazo doblado.

—¿Fue Bragoni? —le insisto.

Asiente como puede, mareado y confuso.

—¡Hablá, puto! —le grito—. ¡Habla!

La cucaracha se limpia la sangre con la manga, cerca del síncope cardíaco y la hiperventilación. Traga saliva, sangre, orgullo. «Volvió a ponerse nerviosa —dice haciendo un esfuerzo entrecortado y loable—. Quiso llamar a la Departamental». Reincidente, loca e inmanejable. Le dieron un correctivo para que se rescatara. Ahora marchamos calladitos. Parisi y Bragoni: se ha formado una pareja. Claro, claro, los cabos sueltos. No sé a qué temerle más, si a Bragoni o a la justicia argentina.

Fierrito lanza otro estornudo ensangrentado. Lo dejo en un hospital municipal: «Bajate, puto», lo invito, y de paso le devuelvo el encendedor. Se queda en la vereda, hablando con un enfermero. Regreso de norte a sur por Libertador, con la cabeza hirviendo de ideas. Me cuesta dos horas llegar a La Plata, meter la camioneta y darle manguera por dentro para limpiar los jugos de la paliza.

No puedo esperar a que amanezca y Rosita vuelva a casa. Le dejo en los imanes de la heladera un papel con una sola oración: «Tuve que irme rápido». Me visto con jogging, buzo y zapatillas; selecciono las prendas más rústicas de la valija y las paso a un bolso mediano que Rosita compró en La Salada. Y reviso el Adidas donde guardo el Kalashnikov, los cargadores curvos, las cajas de cartuchos y los proyectiles sueltos de punta hueca. En un sobre interno meto los fajos que me trajo de la financiera y los pasaportes falsos. Coloco todo en el asiento del acompañante, pego un vistazo general al chalet para ver si me olvido de algo y apago todas las luces. Antes echo un meo largo y espumoso en el baño grande, y descubro dentro del botiquín los viejos remedios del sargento y un objeto inesperado: la máquina de cortar al ras. Me la guardo en el bolsillo y salgo. No son las diez cuando llego a Barracas y freno la 4x4 en el estacionamiento. Bajo con los bolsos y negocio con el viejo empleado, a quien tengo convencido de que soy cana. A veces incluso me he presentado con la campera y el gorro azul de la PFA. Le pago en efectivo un mes por adelantado y le doy una propina suculenta. No voy a dejarle la llave porque no quiero que me anden husmeando la camioneta, así que necesito ubicarla en un lugar discreto

y que no moleste a nadie. El viejo mueve varios autos del fondo y me señala un ángulo privilegiado. La estaciono entre dos coches polvorientos y le doy las gracias.

Entro caminando en la villa con los bolsos, mirando para los cuatro costados, y oyendo una cumbia lejana. Paso por delante de la capilla y sigo por la calle de la muerte hasta el almacén del Huesero, que está por cerrar. Al verme llegar abre una cerveza fría y se sienta conmigo a la mesa de fórmica. Hay dos borrachos atrasados que animan el ambiente. Le doy unos billetes y le digo en voz muy baja lo que necesito. Que avise al Cerrajero y que me consiga un celular con carga. Está acostumbrado a no meterse donde no lo llaman, retrocede hasta el mostrador y hace una llamada mientras me prepara un especial de jamón y queso. Ya me lo comí todo cuando irrumpe el Cerrajero, que está más gordo y menos arrugado. Lanza una risita y me toma un sorbo.

—¿Qué hacés por acá tan tarde? —me pregunta con alegría. Siempre tuvo olfato para los negocios.

—Tengo que esconderme.

—«Decí, por Dios, qué me has dao, que estoy tan cambiao, que no sé más quién soy» —se divierte, y desafina—: «El malevaje extrañado me mira sin comprender».

—Por unos días.

—Hay alquileres baratos —sigue.

Niego con la cabeza; me come los maníes con voracidad.

—Un aguantadero, algo que no llame la atención.

Parece pensarlo con seriedad inmobiliaria.

—No puedo guardarte porque mi jermu me caga a tiros —dice al fin, mientras el Huesero le trae otra botella y otro vaso—. Pero la Vieja te puede orientar.

Le sirvo hasta arriba y la espuma desborda. Se apura y le quedan los labios blancos. Eructa ruidosamente.

—Eso sí —dice limpiándose con el dorso—, vas a tener que ponerles peaje a los paraguayos, porque acá quieras que no, los chismes corren rápido y esa gente se pone fastidiosa.

—¿Aceptarán un plan canje?

—Siempre se necesita un caño —dice—. Dejame hablar con ellos y vemos.

Lo sigo por pasillos estrechos y miserables, donde espían y esperan chismosos y pirañas, hasta la mansión de chapa y madera que custodian las momias de morro quemado. El zorro bate palmas y entra sin permiso en la choza de la rata, que está mateando alrededor de un calentador, rodeada de otros turrillos. Más atrás, el compadre tuerto a quien le han rebanado media oreja juega cartas con una res que parece una mujer. Un olor más repugnante que el tufo de la cárcel y que el sudor de las fieras humanas, una cosa nauseabunda del cuerpo y del alma se concentra en esa pieza donde lo único que brilla es la televisión. Un plasma recién saqueado que a todo volumen transmite un desfile *fashion* en Punta del Este. «Mirá quién cayó por el barrio, Vieja», saluda el Cerrajero, y ella se pone de pie con dificultad. La veo por

primera vez sin sus pantalones de lona y sus zapatillas. Está en batón y ojotas, y las piernas son una cartografía completa de várices, cicatrices, escaras y sarpullidos.

Los turrillos de la lata miran con codicia mis dos bolsos. El Cerrajero toma del brazo a su socia, la aparta y la conversa en voz bajísima, como si no confiara en los presentes. De vez en cuando la Vieja me echa vistazos como si estuviera asimilando la novedad. Al final, acerca la boca al oído derecho del Cerrajero y le derrama cuatro o cinco frases en jerga. Entonces el zorro le palmea el hombro y lanza una de sus carcajadas. «Te dije que la Vieja te podía orientar, chango —me anuncia—. Pero me quedé corto». La rata renguea hasta una cómoda desvencijada y rebusca en un cajón. Interrogo con los ojos al Cerrajero: «La casilla de acá atrás es de un tío que está en cafúa —revela—. Sus hijos también, y su mujer murió hace dos meses. La Vieja quedó al cuidado de todo. Hay que pagarle a ella el alquiler, y por adelantado. El tío se caga de hambre en el penal de José C. Paz». La Vieja vuelve con unas llaves, junta los dedos de la mano, hace un gesto de comer y se acaricia la panza. «Para morfi», me dice y se sonríe con su cara regordeta: le veo las encías oscuras y raleadas. Me froto el pulgar y el índice: ¿cuánto? Se encoge de hombros y me tira una cifra. Con esa guita podría alquilar un departamento de dos ambientes en Santa Fe y Callao, pero no puedo regatear. También tengo que comprar su silencio. Meto la mano en el bolsillo y le pago tres meses para que no me rompa las pelotas. La Vieja cuenta de nuevo los billetes y se guarda el fajo en la bombacha. Por una puerta trasera salimos al jardín, un cuadrado chamuscado donde duermen su carro de cartonera y tres perros sarnosos. Pocos metros más allá se esconde una habitación de ladrillo y chapa, cerrada con candado y cadenas. La Vieja nos abre camino y entramos para ver mi nuevo hogar: un cuarto mediano, un baño diminuto y una cocina a garrafa. El ambiente es asfixiante y deprimente, y está lleno de ropa y de baratijas inútiles. Hay una cama matrimonial y dos camastros. Estoy seguro de que las sábanas están sucias y tienen pulgas. «Te conviene apurarte con las compras, el Huesero no espera ni a Dios», me aconseja el zorro entregándome la llave, las cadenas y el candado: sugiere que cierre bien todo cada vez que salga. Le hago caso. El material que guardo dentro del Adidas vale oro en Villa Costal. Retrocedemos juntos por los pasillos y en un recodo el Cerrajero se despide. Yo sigo de largo y compro en el almacén detergente y desinfectantes, y provisiones para varios días. También dos botellas de ginebra barata, una caja de cervezas y tres cartones de cigarrillos. El Huesero saca de un cajoncito un celular y un cargador: «Llévate el mío, realmente no lo prendo nunca —me dice sin emoción en la voz—. Le queda algo de crédito y tiene grabado el número de mi casa. Pero usalo solamente para una emergencia». Quiero pagarle también ese favor, pero se niega: solo me cobra los productos de limpieza, la bebida y los comestibles. Paso dos horas limpiando y tratando de adecentar el cuchitril del tío de la rata, y pongo la radio mientras lavo a mano las sábanas y la colcha, y las tiendo frente a la única ventana, un buraco enmarcado por rejas de presidio.

No tengo hambre, sino un cierto bajón anímico, así que me sirvo un vaso de

ginebra y me lo voy tomando de a sorbitos sobre el colchón desnudo. Antes de la medianoche reaparece el Cerrajero, lo dejo pasar y se toma dos vasos para recuperar aplomo. Nunca es grato visitar a los porongas de la villa. «Al paraguayo le dicen el Guitarrista —me pone al tanto—. Tiene cinco hermanos, todos igualitos. Parecen retrasados mentales pero no te vayas a confiar. Te cortan en pedacitos y hacen empanadas».

Es una noche encapotada, nos cuesta acostumbrarnos a la oscuridad más completa. Penetramos el centro del laberinto, más allá de las casas decentes y limpias, y también de las primitivas y malolientes. Vamos a un barrio inexpugnable, en el corazón de la villa. No hay mucha gente afuera, y llegan los ecos de cumbias y polcas desde todos los puntos cardinales. En el interior de las casuchas y ranchos parpadean los televisores y los veladores rojos del Gauchito Gil.

Le pido al zorro que me avise cuando falten doscientos o trescientos metros. No puedo entrar armado en el cuartel general. Me avisa justo al pasar por adelante de un edificio de tres pisos que está en plena construcción. Oculto el 357 detrás de una columna, y seguimos a paso vivo, sabiendo que nos exponemos a la peor. Cinco minutos más tarde nos paran dos flaquitos que portan ametralladoras. El Cerrajero los saluda y nos palpan de armas. Uno se pone la mano en la boca como bocina y grita algo en guaraní. Viene a buscarnos desde las tinieblas un urso en cueros y nos introduce por una puertita a una casa chorizo de techos bajos y de habitaciones improvisadas y sucesivas. En la penúltima hay mujeres y chicos con barbijos cortando y envolviendo merca detrás de una cortina de plástico transparente, y en la última chupan whisky y fuman porros diez o quince tipos despatarrados. En el centro del despacho de ladrillos, el Guitarrista hace cuentas bajo una luz agónica. Es un pendejo avejentado que tiene un par de dientes de metal y uñas muy largas. Sus cinco hermanos, idénticos y bovinos, son reconocibles: están echados sobre sillones rasgados y le cuidan las espaldas con pistolas metidas en el cinto. El Guitarrista no levanta los ojos ni cuando el Cerrajero me presenta con tono inseguro. Lo único que oigo es una música machacona: «No sé qué voy a hacer sin vino ni mujer». Aprovecho para adelantarme y colocar sobre la mesa cuatro paquetes de billetes de cien. Veo de paso que el Guitarrista tiene a mano una pistola Beretta 92 para tiradores de elite. ¿A quién se la habrá afanado? Retrocedo y espero, sin transmitir sumisión ni insolencia. La canción del escabio sigue y el teclado suena como gallina que la están acogotando. Me pregunto cómo un guitarrista de uñas tan largas puede tolerar semejante afrenta a la música.

El tipo mira la guita, rompe el nailon y repasa los billetes. Los huele. Después los deja a un lado y sigue con su calculadora. «Una vez, hace cuatro años, casi me rompés la gamba en la canchita —dice solamente, sin apartar la vista de los números. Tiene voz de cantante melódico arruinado por el faso—. Parece que tenés huevos, cobani». Los hermanos están muy serios, mirándome de arriba abajo, pero dos o tres socios se ríen desde el fondo, donde corre el alcohol y todo lo tapa el humo. El



Guitarrista chasquea los dedos, como diciendo «rajá que estoy ocupado», y el Cerrajero me agarra del brazo y me saca por el hueco por donde nos metimos. Regresamos por los mismos pasillos, seguidos de lejos por el urso, que nos abandona un poco después. Justo a tiempo para que me meta en el edificio en construcción y recupere el 357. El zorrillo resopla como si hubiera contenido la respiración durante una hora. Y se despide rápido en un baldío, cuando se da cuenta de que ya puedo encontrar solo el hotel cinco estrellas del tío de la rata. Lo encuentro y me encierro por dentro con la cadena y el candado, pero también con la mesa ruinosa, que doy vuelta y coloco contra la puerta. Saco del bolso el Kalashnikov y lo paro junto a la mesa de luz, y hago una pila con los cargadores curvos al pie de la cama. «Nada de fútbol ni de paseos porque me tienen bien junado —pienso—. Tengo que encanutarme y no sacar ni la pija». Apago la luz y trato de dormir, pero es imposible no comparar esta angustia con la que sentí aquella primera noche en la UP 63, y entonces el insomnio me acosa. Siento resquemor y pesadumbre. Trato de adelantarme a los acontecimientos e imaginar los posibles desenlaces de esta gran caída. Trato también de no echarles la culpa a Cálgaris y a Nuria. Oigo la palabra «ven» de manera intermitente, como si me estuviera atacando la fiebre, y de pronto me levanto de un salto y me digo que su secuestro tiene que ser una burda mentira. Más tarde ya no estoy tan seguro. Bebo del pico de la botella un trago largo de ginebra y me pregunto qué puedo hacer para descargar energías y mantener mi mente ocupada. Reviso las prendas de los honorables dueños de casa y encuentro un bolso largo y perforado por las polillas y el uso. Si lo lleno de ropa puede servir a modo de saco. Encuentro una soga y una cajita donde solo hay unos clavos gruesos y una tenaza. Busco el lugar adecuado, que queda en la puerta del baño, me subo a la única silla y doy unos golpes para clavar tres pedacitos de fierro en el techo. Después paso la soga y me hamaco con ella para ver si resiste. Como la viga no se viene abajo, aprieto la ropa dentro del bolso, lo cierro y lo cuelgo con un nudo marinero. Es un saco tosco, pero yo no soy un púgil de grandes pretensiones. Me paso una hora golpeándolo a ciegas, como si estuviera en el gimnasio de Saavedra, y después hago una larga sesión de flexiones y de abdominales. Termino demasiado rápido, y no tengo mucho más que hacer. Entonces pienso. Otra vez me la paso pensando en todo lo que ocurrió, a veces dormito, otras enciendo el viejo televisor y vuelo por los canales abiertos y lluviosos donde solo se perciben las voces de los actores, de los esperpentos y finalmente de los periodistas, que dan noticias triviales. Me traje conmigo dos libros de historia sobre las guerras púnicas, pero no tengo ganas, y no me atrevo a pedirle a la Vieja que me compre los diarios: llamaría mucho la atención que los pendejitos fueran cada día a buscarlos al kiosco de la avenida. Esos cretinos son un peligro potencial, porque la latita los pierde y porque ni siquiera la Vieja puede controlarlos.

A medida que transcurren los días idénticos aumenta mi paranoia. De vez en cuando viene a tomar unos mates el Cerrajero y hablamos de burros y de chismes de

la villa. Me trae provisiones innecesarias y unas revistas sobadas para que no me aburra. Todo contacto humano se reduce a esas cortas visitas. El resto es abulia, fastidio, pena, rabia, especulación, gimnasia, ruido televisivo y lejanos tiros que se oyen sobre el amanecer. El encierro y la tristeza te vuelven inapetente. Me da una enorme fiaca cocinar, y cuando lo hago casi no pruebo bocado. Sé que estoy adelgazando, y experimento una extraña sensación de abandono personal. Hasta los ejercicios empiezan a pesarme. Acuso una nueva debilidad; no tengo fuerzas ni para darme una ducha fría. Me engripo y paso cuatro días acostado, delirando secuencias monstruosas y sentimientos contradictorios. Cuando recupero la vertical cometo una osadía: salgo a las tres de la mañana, camino con sigilo por la villa dormida, saludo al sereno del estacionamiento y me subo a la 4x4. El olor a limpio me produce el efecto de un saque de cocaína: los asientos confortables, el brillo de los espejos, la música de Troilo, el ronroneo del motor que responde después de dos o tres intentos, y que luego se queda jadeando como un caballo fiel. Mi antigua vida. Un toque de irrealidad que me arranca por unas horas de la celda.

Repito ese pequeño recreo como quien se ha vuelto un adicto: no conviene lo que hago y hasta puede liquidarme, pero soy incapaz de soltar esa pequeña felicidad provisoria. De tarde en tarde me despierto de una siesta pesada con la falsa idea de que Cálgaris ha vigilado mi sueño y que ahora está sentado a mi lado: «Se arregló todo, Remil, volvemos a casa». Como aquella mañana en el Hospital Churruca. Pero esta vez no es más que una alucinación. Quién sabe dónde está el coronel, quién sabe si volveré a verlo alguna vez. Hay momentos en los que la última esperanza me hace fantasear con que soy como aquellos soldados japoneses que permanecían ocultos en la jungla durante décadas, sin saber que la guerra había terminado. Pero luego razono y llego a la conclusión de que si pudiera salir a la superficie Cálgaris ya se habría puesto en contacto. Habría colegido que me escondí en el submundo de la villa y localizaría al Cerrajero. Nada de eso sucedió; la sentencia de muerte no ha sido anulada.

Como pierdo la noción de los días que llevo escondido, no sé con seguridad si es jueves o sábado cuando el zorro me avisa que los guitarristas me necesitan esta noche. Con cierta morosidad me pongo el gamulán y me miro en el espejo: pelo largo y sucio, barba mal crecida y grasienta, un esqueleto de ojos inyectados y asesinos. Un tipo irreconocible. Hasta el revólver pesa una tonelada.

Esta vez la cita es en una pobre vivienda de puertas abiertas que funciona como centro vecinal. El Cerrajero señala al puntero y al Guitarrista, que toman vino codo a codo y tejen negocios, mientras atruena el ensayo general de una murga. De inmediato me reconoce uno de sus hermanos y lo pone en alerta. Están los cinco, en un radio de veinte metros, apostados como si fueran guardaespaldas presidenciales. El Guitarrista me tiene juntando orina un rato, y después aplasta el pucho y se viene caminando despacio, como gallo sobrador. Antes de llegar me arroja un llavero, que no alcanzo a atrapar en el aire. Me alarma esa fugaz disfunción, señal de que estoy

embotado y lento. Tengo que agacharme a recoger las llaves y cuando me levanto siento un leve mareo. El Guitarrista parece avivarse de que algo no funciona bien. «¿Estás fumado, cobani? —me azuza con una sonrisa de metal—. Acá no es como en la canchita, eh. No te salva el bombero. Acá al que se duerme lo velan». Asiento sin responderle: no se me ocurre nada; estoy perdiendo mi capacidad para elaborar una oración y pronunciarla sin balbuceos. Paso días enteros sin hablar con nadie, y hoy me siento enfermo. Pero no puedo permitir que este matarife se dé cuenta. «Sobre la avenida vas a encontrar un Fiat, lo levantamos esta mañana —me informa, y sigue mirándome fijo. Atruená la murga y me cuesta oír bien su voz—. Hay que traer a un guacho». Me da un papel. «No pueden ir mis hermanos porque les conoce la trucha —dice balanceándose—. Tenés que mandarte de cliente. ¿Me entendés?». Muevo de nuevo la cabeza y me duele. Me pregunto por un instante si no me estarán poniendo veneno en la comida. Por encima de la batucada alguien copia un recitado: «Si la timba y la fiesta es de unos pocos, para este murgón de locos las penas se han acabado». En el papel alcanzo a leer, de manera borrosa, un nombre (Alcides) y dos apellidos, y la dirección de un departamento en la avenida Garay. El pendejo avejentado se toca el Rolex: «Atiende hasta tarde, vas de parte de doña Tula, y vas despacito porque es del palo». Sonríe ahora el Guitarrista y lanza un gargajo amarillento. Me meto el papel en el bolsillo y encaro por una diagonal: siento en mi espalda los ojos burlones y desconfiados de los seis.

Varias veces tengo que frotarme los párpados para tener una visión más clara. Es un gran riesgo salir de la tumba y manejar de noche con un auto robado, y más en este estado de anestesia general. Pero no queda alternativa. Últimamente, todos deciden por mí: he perdido, entre muchas otras cosas, la facultad de tomar las riendas. Me caí en el fondo del pozo.

El Fiat Uno está bastante baqueteado. Manejo como si fuera un alumno de la academia Oscar, totalmente inseguro de mis reflejos, por la noche iluminada. La clandestinidad, insisto, es siempre monocorde; la calle entonces está plagada de colores rabiosos. Pero el paseo no me devuelve la confianza. El departamento de Alcides es un viejo edificio húmedo con rajaduras a la vista. Pulso el portero eléctrico y pronuncio la contraseña. ¿Quién será doña Tula? Me abren de inmediato. Es el segundo piso por escalera, y bien al fondo. No anda la luz del corredor y espero sinceramente que la pinta no lo espante. Por la mirilla me observa una mina y abre sin tomar recaudos. Es una secretaria de sexo ambiguo. Y este lugar parece un pequeño consultorio: un escritorio con fichas y computadora, y ocho sillas vacías. Tengo que llenar un formulario elemental con dos preguntas enigmáticas: creencia religiosa y signo zodiacal. Relleno los espacios en blanco con camelos y disparates utilizando un nombre falso y una letra de imprenta capaz de desorientar a cualquier perito. Después me dejo caer en un asiento con un cansancio insólito, como si hubiera venido a pie desde Luján. Contemplo las paredes y descubro que hay varios cuadros con dibujos del Tarot, y que la mesita está llena de revistas sobre ocultismo y fenómenos

paranormales. Miro el techo. Ajá. Un vidente. El chamán de los narcos. Algunos colombianos y paraguayos se los traen de sus tierras para «protegerse» y para saber cuáles son los días adecuados: cuándo los hados estarán de mejor humor para mover la merca y para rescatarlos de los enemigos, del azar y del desastre. Cobran bien y saben mucho, pero a veces el truco falla, o los capos descubren que el «maestro» se dio vuelta y le pasa datos a la cana o directamente a un competidor. No hay entonces brujería que los salve del degüello. Alcides mejicaneó o metió la pata, y el guitarrista de Villa Costal quiere hacerle unas preguntitas.

La deducción me devuelve un poco del vigor perdido, pero resulta solo una ilusión pasajera. Sigo esperando y hundiéndome en el agotamiento. Me pican los ojos y no me responden las piernas; tengo palpitaciones. No estoy seguro de que pueda hacer hoy lo que siempre hago sin despeinarme. Soy un viejito de ochenta y cinco años simulando que soy un joven *killer* sin sentimientos.

La secretaria me relojea con curiosidad por encima de sus anteojos. Pienso qué hacer con ella; tal vez encerrarla en el baño. De repente hay ruidos tras la puerta, y finalmente se abre: veo primero a una dama apergaminada que sale haciéndose la señal de la cruz y detrás un pelado en remera negra y deportiva, con joyas doradas en el cogote y anillos en los diez dedos: Alcides en persona. Como la dama camina con lentitud, el chamán le pide a su asistente que la acompañe hasta abajo. Luego me pega una mirada en redondo, penetrante e incisiva. Tiene mucha intuición, quién sabe qué detecta en este cliente barbudo y andrajoso que hace antesala. Alcides es más bien retacón, pero tiene bíceps y una buena caja torácica, y además reconozco en los antebrazos varios tatuajes místicos y tumberos. Recoge mi ficha del escritorio, mientras la dama y la asistente cruzan el umbral, y le pega una leída rápida. Yo intento presentarme, pero no me acepta la mano. «¿Cómo anda doña Tula?», pregunta levantando el mentón. Es un tono supuestamente cordial, pero transpira recelo. Contesto con una evasiva: sarasa porque me puedo meter en un lío. De golpe me pone la palma izquierda en la frente y parpadea: «Un hombre abatido». Intento sacar el revólver pero se me traba. En un segundo Alcides se da cuenta del engaño: empuja gritando y retrocede hasta su cueva. Yo pierdo el equilibrio y me caigo sobre las sillas, y ruedo por el piso haciendo un ruido espantoso. Es como si el chamán tuviera la fuerza de diez hombres. Trato de incorporarme lo más rápido posible pero siento que estoy tremendamente lento. Cuando lo consigo resulta que perdí el revólver. Lo busco como un viejo boludo que ha extraviado su dentadura postiza en una orgía, y en esa faena ando cuando el brujo se me viene como tromba. Tiene una cachiporra o un bastón, y me aplasta un minuto contra la pared y me da con furia en el cuerpo. Por suerte no se detiene a terminar la pelea, abre la puerta y echa a correr. Los garrotazos me duelen en las costillas y en la cintura. Recupero el 357 y trato de seguirlo por el pasillo oscuro y bajar las escaleras. Me siento torpe y fuera de forma, y oigo gritos que suben desde la planta baja. La asistente y la dama sostienen la puerta de vidrio y están pálidas. Las empujo y salgo a Garay y troto por la avenida. El pelado raja con

pasión, y calculo que no va a ser fácil alcanzarlo. Corremos uno detrás del otro sesenta metros y doblamos a todo lo que da en una esquina. Alcides corre ahora entre los coches y yo le apunto con el Magnum. Un chabón que viene en una moto se asusta y da el volantazo, el chamán se lo traga de costado y se come una patinada. Cae y se levanta como resorte, y trata de retomar la carrera, pero ya me tiene más cerca. «¡Soy policía!», grito para que lo intercepten, pero no queda un puto héroe solidario en todo el barrio de Monserrat. Llegamos casi juntos a la otra esquina, y entonces pasan dos cosas al mismo tiempo. Lo primero es que tomo conciencia que en este estado jamás voy a darle alcance. Lo segundo es que un aprendiz de la Metropolitana lo frena en seco. El chamán vacila un instante y se revuelve para soltarse. Le pega incluso un bastonazo al imberbe, que está en estado de conmoción y aturdimiento. Siguen todavía absurdamente agarrados cuando le pego al brujo del guitarrista un culatazo. Pero necesito propinarle dos o tres mamporros más para que afloje. Hace quince días lo habría dejado fuera de combate con una cachetada, pero ahora tengo puños de algodón y plomada en las piernas. No me queda otra que noquear también al chico de la gorra, porque no estoy para dar explicaciones oficiales. Le pego en el hígado con el caño y lo dejo sin aire, arrodillado en el cordón. Somos un desparramo en la vereda impar, a la vista de los noctámbulos. Pateo el bastón como si fuera una pelota y lo levanto a Alcides de la remera: está más grogui que yo; lo agarro de un brazo y le pongo el 357 en la espalda. Caminamos juntos como dos borrachos cien metros, y otros cien hasta el Fiat Uno. Lo aprieto sin energía ni paciencia en el asiento trasero y le doy un poco más de tranquilizante: tiene la remera manchada y le brota un río rojo del oído. Cuando arranco veo en el espejo retrovisor que el imberbe sin gorra se me viene corriendo y revoleando el arma reglamentaria. Ruego que no tenga pelotas para disparar y salgo arando. Diez cuadras más adelante, aminoro la velocidad y manejo como si fuera una jubilada: hasta me tocan bocina para que me apure en los semáforos. Entro con el Fiat por la calle de la muerte y doy mil vueltas hasta encontrar el centro vecinal. Ya no quedan ni los murgueros. Pero un «soldado» entiende lo que pasa, y se va corriendo a dar la noticia. Examino al chamán, que se queja boca abajo. Me apoyo en el capot y busco un Parisienne: los encuentro todos aplastados y rotos. Enderezo el más entero y trato de prenderlo con el único fósforo que me queda. Es inaudito que no se encienda, y que termine quebrándolo en el intento. Estoy rendido, doblado por la fatiga y la soñolencia. Huelo a sucio y a calas; soy el tipo más pesimista del continente americano.

El Guitarrista y tres de sus hermanos llegan con paso lerdo. Hay mosquitos y polillas en la noche, pero parecen eludirlos. El pendejo avejentado se acerca y echa un vistazo dentro del coche. Después me contempla con objetividad y me da fuego con un mechero de plata. Los dos sabemos todo. Que pagué el salvoconducto y que estoy acabado. Regreso caminando por los pasillos y meo en un descampado entre dos conventillos. Después me encierro en mi calabozo y me tomo medio litro de

ginebra. Paso otros tres días en la cama, sin deseos de comer ni de bañarme. Me convence el Cerrajero de cenar unos fideos a la manteca. Esa madrugada me ataca una bandada de cucarachas, lucho con ellas y me siento picado y alérgico: me estoy pudriendo en este rectángulo de olvido. Ando con la mente confusa. Se me mezclan las ansias de Nuria, los ratos vividos, y cada una de las ventajas de haber sido alguien. Ahora que volví a ser nadie. En las islas era dueño de una identidad y de una torva ilusión, y en los pabellones cumplía una misión secreta, pero en estos días de sombra ruedo por esta barranca absolutamente solo y a ciegas, sin porvenir ni orgullo. Sin tranquilidad de espíritu.

Transcurren dos o tres días más en que me lleno de ronchas y picazones, y durante los que me autocompadezco. Hasta que una noche, sentado en la 4x4 y escuchando bajito a Pugliese, me encuentro con la punta de un nuevo sentimiento. No tiene nada de altruista ni de profesional. Necesito resarcirme de esta cadena perpetua. Saber qué pasó en realidad y quiénes son los responsables. Hacerlos pagar cueste lo que cueste, y que me indemnicen. Es un momento interesante porque en seguida me restituye el apetito, y acaso como consecuencia de eso, las ganas de hacer flexiones y de aporrear el saco. Aporrearlo día y noche como si no hubiera otra cosa en este planeta.

Me asaltan toda clase de pensamientos infantiles durante ese despertar, y me cuesta una semana entera recuperar cierto nivel energético. Es una nueva temporada de encierro de la que no podré recordar casi ningún detalle, porque se parecerá mucho a nadar como lunático cincuenta horas en el río, sin otra intención que seguir y seguir, y no perder el impulso. Con el mismo convencimiento con que braceo hacia la playa, sabiendo que si aflojo me sepultan las olas.

Uno de esos anocheceres imprecisos, los perros ladran y alguien toca a la puerta. Me acerco y veo por una rendija que es la Vieja. Aparto la mesa, meto la llave en el candado, retiro la cadena y le abro. Nos miramos unos segundos de frente: ella está vestida de cartonera y yo estoy todavía resoplando. La suya es una extraña forma de mirar, para mí completamente desconocida, como si quisiera congraciarse. Estimo con torpeza que trae un mensaje o pretende renegociar el alquiler. Pero súbitamente descubro algo más grave: lleva una torta en las manos. Un bizcochuelo cubierto de chocolate, una ofrenda de buena vecindad. Parpadeo tres veces antes de entender, y entonces le pego una patada en el pecho y le grito: «¡Hija de puta!». Y trato de cerrar la puerta.

Ya me están ametrallando el rancho.

## XII

### La larga marcha

Las ráfagas llueven de frente y de perfil. Los vidrios se astillan, las paredes retumban y los objetos cobran vida: vuelan en pedazos y bailan por toda la habitación. Se abren agujeros en los ladrillos y la puerta de latón se hunde con el picoteo violento de los proyectiles. Sé que suena un tanto extravagante, pero en este momento límite lo único que siento es una especie de alegría. Corro agachado hasta el Kalashnikov y giro disparando sobre la entrada para cerrarles el paso y entretenerlos. Arranco el celular del enchufe, arrojo los cargadores curvos en el Adidas y me cuelgo el bolso en bandolera. Lo imaginé a lo largo de muchos insomnios: ellos van a esperar que me atrinchere y que me quede rápidamente sin municiones. No pueden concebir que me suicide. Que yo esté dispuesto a tanto con tal de salir de esta ratonera y quemarlos vivos. Detrás de la torta de chocolate entraban de arrebató uno o dos para darme la leche, y ahora deben estar repartidos por los alrededores, parapetados en el carro de cartonero, ubicados en los laterales y en la medianera. No estoy al ciento por ciento, pero la adrenalina es una droga potente. Cambio el cargador, empujo la puerta agujereada y me cubro: llegan treinta obuses desde la oscuridad. Cómo se ve que nunca estuvieron en una batalla verdadera; no se gasta pólvora en chimangos.

Apenas se detiene un segundo la balacera, me asomo y barro la noche. El AK-47S es mortífero a esa distancia. Doy tres pasos y me tiro al suelo, porque calculo que rociarán el área a la altura del pecho. No me decepcionan: parece un fusilamiento. Avanzo cuerpo a tierra dos metros y por el resplandor de los disparos localizo al primer francotirador: lo tengo cerca, veo su silueta. Saco el 357 y le gatillo. Una, dos, tres veces. La penúltima lo deja sin futuro.

Oigo gritos y puteadas, órdenes nerviosas. Todos los tiroteos son un tiroteo largo e idéntico a sí mismo. Sigo arrastrándome por la negrura, escapando del haz de luz de la ventana de la Vieja, y entonces la diviso agazapada en un rincón, con el bufoso en la mano como si además de ser una buchona malparida estuviera haciendo méritos especiales. Me da gusto matarla de un corchazo. Estoy eufórico. Inexplicablemente me río mientras me meto en su casa y ruedo a la derecha por precaución. Escucho que un turrító me da la cana, y por un escrúpulo pequeño burgués no le reviento la cabeza. Los derechos de los niños que establecieron Naciones Unidas le han causado mucho daño a mi oficio. Uno de los hermanos del Guitarrista, que acompañaba al francotirador, entra corriendo por donde yo entré reptando, y lo hace sin ton ni son, abusando de la metralla. El Kalashnikov lo parte al medio. Supongo que el pendejo avejentado no me va a perdonar nunca este ensañamiento.

Recambio el cargador y vuelvo a tirar de la corredera. Ahora me paro y atravieso la choza con seis zancadas, y salgo por la parte delantera a los tiros, por las dudas. En medio del barullo siento un pinchazo en el pellejo, pero no le doy importancia: cruzo

hasta un pasillo entre tinieblas, corro diez metros y me doy vuelta para disparar. Percibo el trazado de las balas que me buscan, y el rebote de los plomos por los ladrillos y las chapas. Giro para perderlos a la derecha y después a la izquierda, pero es un paso en falso porque alguien me caga a balazos. No me destrozan porque adivino una fracción de segundo antes por dónde vienen los tiros y porque alcanzo a ocultarme detrás de un muro esquinado. De día, con el sol a pleno, ya me habrían limpiado. Los combates nocturnos no son para cualquiera.

Camino en cuclillas por la penumbra, tratando de no hacer ruido y yendo en reversa por un pasillo oblicuo que sale a otro. Como no hay moros en la costa, corro de nuevo, me agacho y vigilo. Una sombra furtiva se agita a lo lejos, y yo le apunto y la levanto por el aire. En cinco segundos estoy a sus pies: otro hermanito del muchacho de los dientes de metal. Una familia arrasada. Me atacan por el otro flanco y me obligan a moverme y a recambiar el cargador. Me quedan dos curvos, luego que Dios me ayude. Salgo a una calle perseguido por pasos y tiros, y me resguardo detrás de un coche sin ruedas. De pronto me doy cuenta de que vienen dos por ese pasillo y un tercero por una diagonal. Me dan ganas de reírme. Todo esto es muy gracioso. Vení, Guitarrista, tengo una verga para vos y tus hermanitos. Los cohetazos conmueven la carcasa del coche y le sacan chispas. Yo aprovecho para recargar el 357 y meterme más balas de punta hueca en el bolsillo del pantalón. Estoy en esa operación menuda cuando me avivo de que sangro copiosamente, y que me arde la cintura. No tengo tiempo de ver el buraco, pero intuyo que pronto me va a dejar sin combustible. Me la dieron varias veces: uno al principio no sabe exactamente la gravedad que tiene el asunto, pero aprende a evaluar en seguida cuánta autonomía de vuelo le queda. Vamos juntos al infierno, Guitarrista puto, a ver quién arde primero y quién es más gallito. Vuelvo a asomarme, pero esta vez voy tiro a tiro, cuidando el parque. Me reparto entre la diagonal y la boca del pasillo. Me devuelven gentilezas como si tuvieran proyectiles para regalar. El muchacho de la diagonal se juega incluso a cambiar de posición, y esa imprudencia de aficionado me permite barrerle las piernas con la última ráfaga. Se acabó. A largarse nomás. Dejo caer el Kalashnikov, me arrastro diez metros y disparo con el Magnum sin otra intención que asegurar la retirada. Me cuesta un poco levantarme y seguir corriendo: por fin me duele ese plomo que llevo en el cuerpo y que me obliga a renguear. Las casas y casillas están cerradas, y los vecinos metidos adentro rezan un rosario. La villa es una ciudad fantasma, interrumpida por los disparos, que se vuelven más esporádicos. Ya no hay gritos: mis perseguidores toman ahora el cuidado de no anticipar a viva voz sus miedos y estrategias. La muerte enseña, es muy didáctica. Vienen calladitos. Llenos de miedo, incredulidad y bronca. Nos metemos juntos en otro descampado sin un hilo de luz, una boca de lobo donde chapoteamos en agua y barro, ralentizados por la vegetación crecida. Andamos tanto en ese pantano sin rumbo que de repente estamos en medio de la ceguera total. No hay ni siquiera una estrella que nos salve ni oriente. Me detengo y trato de aguzar el oído. Al principio no capto nada, un espeso



silencio nos rodea. Pero después de un lapso más o menos corto, oigo llorar. Es un llanto desgarrado y varonil. Un fenómeno que me toma por sorpresa. Me quedo quieto un rato sintiendo ese sollozo inusitado en este campito impiadoso, y de pronto entreveo el fogonazo de la primera detonación. Respondo y me muevo, y me vuelven a tirar. Vacío el tambor y recurro a las últimas balas del bolsillo. Mi asesino también gatilla y se mueve; a veces hacia un lado y a veces hacia otro. Me paso la manga por el rostro sudado y disparo al bulto, especulando con los movimientos del rival. Que acepta el juego de la ruleta y que me imita. Erramos nuestros últimos cartuchos, y nos quedamos a oscuras y sin palabras. Corre un viento malsano que doblega los arbustos. No sé si acerté o si mi enemigo sigue allí clavado, suspendiendo la respiración. Reculo cuidadosamente, como si pudiera acallar por completo la maniobra. Sospecho que puede ser una trampa y que al tipo todavía le queda una bala en la recámara, pero no me dejo suggestionar. Retrocedo y me tropiezo, y me levanto y sigo marcha atrás, y salgo a la calle y me confundo con la sombra de un árbol. Puede que se trate del Guitarrista, y que ya esté muerto. También que sea muy astuto y me esté tendiendo una emboscada. El corazón me martilla y tengo que apoyarme la mano en la lastimadura a modo de compresa porque me sigue saliendo sangre y me duele como la puta que lo parió. Pasan cinco o diez minutos, y el muerto no da señales de vida. Entonces dejo el 357 vacío a los pies del árbol y camino pegado a un muro. El Guitarrista no aparece y tomo algo de confianza: desemboco en un pasillo y después de unas vueltas, salgo a la calle de la muerte. Tengo la boca reseca y ya no me tienta tanto la situación. Paro frente a la capilla para recuperar el aliento, me persigno involuntariamente y sigo mi marcha desalentada hasta la avenida. Cada veinte metros vuelvo la cabeza para constatar que no me siguen. Me la dieron y estoy desarmado, y no sé muy bien adónde me dirijo. Supongo que al estacionamiento. Si hay que morir es mejor hacerlo a bordo, con ese aroma a decencia y esos tangos.

No me asombra que el sereno no se encuentre en su puesto de vigía; a lo mejor se fue a dormir a la oficina trasera. Arrastro los pies y compruebo que voy dejando una pequeña estela sanguínea. Se me caen los párpados y la sed se hace insoportable. Al llegar a la camioneta, me apoyo y rebusco torpemente la llave en los sobres interiores del Adidas. Parece que voy a encontrarla cuando alguien sale del fondo y me sacude un trompazo. Es tan violento y certero que me golpeo contra el capot y caigo de rodillas. Apenas levanto los ojos y ya me están pateando el mentón. Veo literalmente las estrellas; me quedo tendido boca arriba, inerme y boleado, y trato de enfocar la cara pero no lo consigo. Por suerte mi verdugo habla y puedo reconocerlo: «Le dije al Guitarrista que no se equivocara con vos, Pájaro —dice Bragoni—. Pero veo que no me llevó el apunte». Es difícil entender por qué me da risa de nuevo. Supongo que son los nervios, o la ironía de morir sin gloria, como un perro rematado en este lugar insignificante. Siento ahora en la lengua y en el paladar el sabor de la sangre nueva. Todavía soy incapaz de constatar las facciones de ese barrigón inmundo, porque aparece a contraluz y porque desde el suelo es un gigante. Un luchador de catch con

un arma corta en el puño, y la feliz convicción de que las negras dan mate en una sola jugada. Recuerdo difusamente el río, las olas, la playa, el traje de neoprene. Y entonces junto los últimos vestigios de esta pila sulfatada, me pongo de costado, como si acometiera el estilo *over* que tantas veces me salvó de morir ahogado, y me arrastro con desesperación. Ahora es Bragoni quien se ríe, porque parece una fuga sin destino. Avanzo dificultosamente como si fuera un paralítico sin silla y me clava un borceguí en el cuerpo. No le hago caso al dolor, porque estoy braceando en el agua y allí todo es una cuestión mental: nadar hacia la orilla negándome a la fatiga, luchando contra esos demonios internos que siempre quieren persuadirme de que está todo perdido y de que lo mejor es rendirse. Me arrastro veinte, treinta centímetros más. Cada centímetro es un triunfo infinito, y al final me agarro de la carrocería y me impulso hacia la camioneta para usar el piso de techo y protegerme del último borceguí, que esta vez me sacude la pierna derecha. El comisario me da en esta ocasión con toda su alma; no sé si no me rompió el peroné. Pero no puedo permitirme el lujo de detenerme en esa pavada que me arranca un alarido: estiro el brazo y trato de alcanzar el compartimento invisible que se abre a presión, el sitio donde pegué tantas veces el llavero imantado. Estoy a punto de tocarlo cuando siendo las manos del luchador de catch en los pantalones: tira con fuerza para sacarme del refugio y para terminar la tarea. Y la potencia de sus manazas me catapulta hacia atrás, me hace retroceder varias casillas en el juego de la Oca. No consigue sacarme de abajo de la camioneta porque me aferró y porque tengo mucha masa muscular en los brazos. Vuelvo a recuperar distancia y araño la caja secreta, pero en ese momento siento que Bragoni me da un tirón de tiburón blanco y que el próximo no podré resistirlo. Grito como si fuera a herniarme y como si me estuvieran por reventar todas las venas del cuello, y aprieto al fin la tapa que salta y se abre. La pequeña Walther P99 cae en el mismo instante en que los dedos de mi otra mano ceden a la presión del comisario, que va a sacarme a la rastra de ese refugio. Lo hace en un santiamén, y por primera vez le veo la cara achinada y triunfal, y las ranuras negras y extasiadas. Está tan contento que no se da cuenta de que quito el seguro, tiro de la corredera y le meto una bala en la nuez de Adán. Todo sucede con rapidez y en un solo movimiento irreflexivo, como me enseñaron en los entrenamientos. Bragoni abre los ojos como quien descubre que su mejor amigo va a matarlo, se lleva una mano a la garganta y comienza tragar y a tragar como si tuviera un plomo atorado en el garguero. Y como si pudiera deshacerse con la saliva del proyectil, a la manera en que intentamos desembarazarnos patéticamente de una espina de pescado. Retrocede incluso unos pasos, lleno de estupor y de zozobra, y cae finalmente de culo. Yo trato como puedo de sentarme y de utilizar un punto de apoyo en la 4x4, pero no le quito los ojos de encima. Ahora estamos frente a frente, separados por cuatro o cinco metros, transpirados y sangrantes, sin otra actividad que vernos las jetas por última vez en la vida. Escucho a lo lejos las sirenas de los patrulleros y también de las ambulancias del SAME, pero en el garaje todo está a media luz y en recoleto silencio. Bragoni

entonces levanta las cejas, como preguntando y ahora qué. Y yo le meto un tiro en la frente, porque no me gusta dejar a un hombre sin respuestas.

Lo contemplo con orgullo sin encontrar un sentimiento unificador, en un charco de agotamiento dichoso. Luego intento mirarme a mí mismo, hecho una piltrafa humana, y como por arte de magia comienzan a volverme paulatinamente todos y cada uno de los dolores: la pierna, la cintura, el mentón, la nuca, los dedos de la mano izquierda. Soy un solo dolor masivo y ambulante. Me cuesta un Perú incorporarme en medio de esa laceración múltiple, cansado y vaciado como me encuentro; resbalo al menos dos veces hasta que logro pararme frente a la camioneta. Y después estoy todo un minuto buscando el maldito llavero dentro del bolso, creyendo sinceramente que se ha perdido durante la carrera y el tiroteo. Pero lo encuentro; estaba donde lo había dejado. Trepar y colocarme detrás del volante se vuelve un tormento en etapas. Pruebo a ver si el pie de la pierna golpeada me funciona y constato que todavía me obedece, aunque me suben calambres hasta la ingle. El motor se resiste y otra vez sospecho, en versión derrotista, que no podré encenderlo. Pero no se ahoga, se enciende. Así que pongo primera y aprieto prudentemente el acelerador hasta que el morro choca contra el costado de un auto que bloquea la salida. Es un coche japonés nuevito; va a quedar abollado. La 4x4 hace fuerza y las gomas producen chirridos, y el pobre auto se deja empujar contra natura. Freno y maniobro con dificultad para salir de ese atasco, y me llevo por delante otros dos autos para librarme, bajar la rampa y salir a la calle. Siguen atronando las sirenas, y entiendo con máxima lucidez que mi única chance consiste en eludir los patrulleros y en buscar la salida más rápida de la ciudad. Durante los días de insomnio pensé muchas veces a quién recurrir si quedaba a la deriva. Sé qué hacer, pero también sé que corro el riesgo de morir desangrado antes de llegar. No suelto el acelerador ni un solo instante, pero cruzo con mucho esmero las bocacalles. Solo me detengo contra un cordón en un pasaje ignoto cuando me baja el sudor frío, los ruidos se desvanecen y la visión se me vuelve opaca. Apago todas las luces y saco el celular. Me tiemblan las manos. No sé cómo desbloquear el teclado y tengo miedo de desmayarme antes de poder hacer la última llamada. Alguna tecla aprieto porque de pronto quedo en posición de marcar. El Huesero tiene pocos contactos. Uno de ellos se llama «Hogar». Me atiende de una: «¿Dónde estás?». Voy a confiar en el Huesero, también esto lo tengo decidido de antemano. Si me equivoco y el amigo resolvió entregarme por guita o defensa propia, estoy frito. Pero ¿qué le voy a hacer? Me quedé sin cartas, no puedo elegir. Le revelo la altura de la calle principal y el cruce del pasaje. Dice que lo conoce, adivina de inmediato el problema: «No te desmayes». Trato de acatar esa orden, pero es realmente muy difícil. Ni los dolores pueden mantenerme despierto. Me entran ganas de dormir para siempre, de terminar con tanto sufrimiento. Respiro hondo y pienso en Monte Longdon. Hasta me parece oír sus voces: «La situación es crítica. Ordeno al teniente Hugo Quiroga un contraataque. Otra lucha cuerpo a cuerpo. Hay bajas de ambos lados». El cielo de Puerto Argentino está cubierto de fuegos artificiales y

recuerdo las caras tiznadas de mis compañeros. «¡Replegate, hijo de remil putas!», ordena mi sargento mayor y se queda afónico. Estoy casi dormido cuando alguien golpea el vidrio de la camioneta, y el susto me despabila. Es el Huesero, que mira para todos lados y me pide con ademanes que le abra. Al abrir se enciende la luz interna, y el almacenero de Villa Costal sube por la puerta del acompañante y examina rápidamente el descalabro. Lo que más le preocupa es el agujero de la cintura. Me levanta la camisa empapada de sangre y me toca: duele como si me quemaran con un soplete. Cierra la puerta y nos quedamos de nuevo a oscuras. Noto que trajo su propio bolso de deportes y que saca una pequeña linterna elemental. Miro por los espejos retrovisores: no se mueven ni los árboles. Prende la linterna y me revisa de arriba abajo, tocando aquí y allá. Vuelve a concentrarse en la herida madre: saca algodón y alcohol y trata de limpiarla para conocer su dimensión exacta. Me muerdo los labios para no gritar. El Huesero palpa, presiona, sacude el pellejo, y me saltan las lágrimas. Me explica entre susurros que es superficial, un flotador con entrada y salida, parece que me rozó y nada más. Pero la sutura viene sin anestesia. Y tiene que coserme ahora mismo porque de lo contrario no cuento el cuento. Doy vuelta la cara y dejo que manipule y que me meta su aguja de colchonero. Estoy en carne viva, al borde de un ataque cardíaco. El Huesero es un carnicero pulcro, pero un carnicero al fin: no pasa una semana sin que un fugitivo toque de noche a su puerta y le pida una reparación clandestina. Sabe lo que hace, aunque lo haga sin remilgos ni concesiones. Como dice el chiste, hay una buena y una mala noticia. La buena es que no voy a morir todavía, la mala es que me meterán en la sala de torturas. Naturalmente, me desvanezco. Perdón por la flojedad, volverse viejo en esta profesión es algo obscuro e indigno. Dejo que las olas me devoren y que me lleven hasta el fondo arenoso. Cuando vuelvo en mí está por amanecer, y el Huesero se lava con agua oxigenada. El interior de la camioneta es un chiquero de sangre, sudor y lágrimas. Me dio diez puntos de cada lado, me puso una doble gasa gorda y me ató a la cintura una venda larga y fuerte. Estoy en cueros y no me atrevo a verme en el espejo. «No te rompieron la gamba de pedo —me anuncia—. En situaciones normales, tendrías que ir directo a radiografía. Pero yo creo que se arregla con reposo, y con ajo y agua». Lo miro sin entender: ¿Ajo y agua? «A joderse y aguantarse», dice sin reírse. Y me pide que mueva el pie, y me hace varias preguntas: es un traumatólogo amateur, pero tiene más experiencia que un veterano de hospital público. «Se te va a poner negra y vas a andar como burro rengo —dice acomodando sus cosas—. La sacaste barata, guachito. La villa está incendiada. Canas por todos lados. Hasta vinieron con helicóptero. Vamos a salir en la tele». Quiere irse antes de que el sol nos pesque en este pasaje sospechoso. Distingue el martirio en mi rostro amoratado. «No tengo pichicata —se excusa—. Ni pastillas. Tenes que esconderte, y conseguir antibióticos. Y si podes, que te metan la antitetánica». Me hunde los ojos: «Vas a zafar —dictamina—. Pero hasta acá llegó mi amor». Está claro, son las reglas. Le devuelvo el celular, que está manchado de sangre reseca, y trato de darle unos

cuantos billetes que me quedan. Pero no le interesa la paga. «Son muchos años, guachito —me dice y abre la puerta. Ahora habla sin mirarme—. Suerte. La vas a necesitar». Se baja de la 4x4 y camina con su bolso al hombro y da vuelta en la esquina. Lo veo partir hecho una llaga, pensando con lo que me queda de razón que en mi mundo los ángeles son tan infames y misteriosos como los héroes.

Más tarde hago un esfuerzo de atención y me acomodo como puedo frente al comando. Cualquier posición es desgarradora. Manejo en un grito a través de la primera mañana, salgo a Libertador y sigo derecho, protegido de la curiosidad ajena por los vidrios polarizados. En un semáforo comparto segunda fila con un patrullero de la Federal, pero los dos agentes parecen indiferentes a todo, como si se hubieran fumado un porro con el café con leche. Llego a Acassuso antes de las siete, cuando ya hay cierto movimiento en la cuadra donde vive Holguín. Pego la camioneta detrás del auto oficial, que está recién lavado, y toco bocina. Sale el viejo policía bonaerense que hace las veces de guardaespaldas y de chofer. Trae gesto solícito cuando debería traer desconfianza. Se acerca y bajo levemente el vidrio de la ventana: me queda a la altura de la nariz. «Necesito hablar con el jefe —lo saludo—. Es un asunto de urgencia». Está viejo y choto pero advierte que algo anda mal. Subo el vidrio para que no pueda oír el interior, que es un verdadero desastre. Y el culata se queda un momento en la vereda, tal vez confundido. Se toca pensativamente el costado, donde lleva la pistola inservible, y después entra en la casona.

Me quejo en voz alta, ahora que nadie puede verme ni oírme. Es un gemido largo, el bufido de un toro, y me quedo resoplando, pasándome la lengua por los labios cuarteados. Sed y suplicio, y una inseguridad extrema. Holguín aparece en camisa y corbata, y se me acerca sin prevenciones, secundado por su Remil de la tercera edad. Vuelvo a bajar el vidrio, pero ahora lo hago de manera completa, para mostrarle el triste espectáculo. El barón se espanta, pero no pierde la línea. Asiente, porque es más vivo que el hambre, y le ordena al anciano de la pistola que abra el portón. Meto la camioneta por un sendero que bordea la casa y que termina en una caseta de herramientas. Me ayudan a bajar entre tres, porque se suma una empleada doméstica. Holguín ordena que todo se haga *sotto voce*. Estoy tan nublado por las heridas y la conmoción que no puedo retener la expresión de esa gente. Puedo sí imaginarme el rictus de la sorpresa y del cagazo. Me llevan hasta un cuarto de servicio que está lleno de trastos y me acomodan en una camita. La empleada me trae un vaso de agua y me ayuda a bebérmelo de un largo trago. Después me descalza e intenta acondicionar el lugar para que yo me sienta cómodo. Holguín sale a la cocina y hace un llamado desde su móvil. El guardaespaldas me custodia con intranquilidad. Cuando el barón regresa tenemos una breve conversación. El médico del partido es su compadre. Sanitarista, pero de una discreción absoluta. Qué remedio, estoy en sus manos. Holguín es un intendente vitalicio, tiene por lo tanto la lealtad de los mañosos. Confío más en esa clase de lealtades que en las fidelidades de la alta moral.

No me deja hasta que el médico se hace presente, y mientras tanto le ordena al

chofer que me saque los pantalones rasgados. Me duele hasta el último hueso cuando lo hace. El médico es un tipo atildado que pasaría por un locutor de los años cincuenta, salvo por la halitosis. El barón lo abaraja en el jardín y después lo hace pasar al cuartucho. Me saluda pero habla lo menos posible. Me gusta, porque no quiere saber nada. Cualquier dato lo compromete. Me revisa el buraco y la costura, y me vuelve a tapar. En seguida me ausculta y me mira el fondo de los ojos; también me toma la presión. Cuando toda esa vana rutina acaba, pide hielo en una bolsa de goma y me ordena que me lo aplique sobre la boca: debo tener el rostro deformado por el trompazo. Es menos expeditivo que el Huesero, pero al fin y al cabo repite más o menos las mismas inspecciones. Me interroga apenas lo justo para entender qué siento, cómo reaccionan los signos vitales y qué partes se han estropeado. Escribe cuatro recetas distintas, algunas con duplicado, y Holguín lo manda al guardaespaldas a la farmacia. «El costurero hizo un buen laburo», me confirma. Y le pide a la empleada un poco de té caliente. Escucho lejanamente su voz entrelazada con la voz de Holguín: charlan en la cocina. Estoy tan apaleado y los dolores son tan agresivos que no puedo pegar ojo. El guardaespaldas vuelve con un paquete. El médico prepara dos inyecciones con hipodérmicas de plástico y me pincha los glúteos. Recién entonces me retira la bolsa de hielo de la boca y me da dos comprimidos con un vaso de leche. «Trate ahora de dormir», me sugiere. Es un lugar común, pero caigo como un edificio en demolición. Sin sueños ni sobresaltos, voy hacia un coma inducido. La empleada me despierta en algún tramo de la tarde para pedirme que tome un caldo tibio, y me deja seguir de largo. Esa segunda parte tiene un primer lapso de unas ocho horas, con otros dos comprimidos y un nuevo vaso de leche en el medio, y a continuación, una larguísima duermevela que termina en la noche cerrada, cuando vuelvo a la cordura y me levanto lentamente a orinar en el bañito de al lado. Sé mientras meo que Holguín no me venderá, y que su amigo guardará el secreto médico unos días. Pero a su vez sé con claridad que debo salir de esa casa lo antes posible, porque me buscan y porque un mero chisme barrial puede desencadenar la hecatombe.

Regreso a la camita y pienso un poco en la mujer del barón. La señora del Mini Cooper y las siliconas. Recuerdo la última escena, en aquel sanatorio, cuando la muñecota me miró con miedo, burla, ira, sorpresa, aceptación. ¿Cómo habrá digerido mi actuación de entonces? ¿Me guardará algo de agradecimiento o necesitará todavía vengarse de mí? En todo caso no podrá dedicarse a la revancha mientras su marido me refugie en su propio hogar. Salvo que fuera capaz de incinerar también a Holguín. No, esta señora no tolera un escándalo. Se va a quedar calladita hasta que yo me mande a mudar.

Los dolores disminuyeron bastante, y eso me autoriza a pensar en Nuria. Pasaron varias semanas desde que la despedí en Ezeiza, pero me parece que pasó una década. Hay veces en que tengo su cara y su piel desnuda en primer plano, con una nitidez fabulosa, y en otras ocasiones no puedo recordar la tonalidad exacta de su pelo rojizo,

ni algunos detalles de su cuerpo lleno de lunares. Es extraña la memoria. No consigo tragarme que la hayan secuestrado, me parece un cuento chino. Y el asunto me intriga tanto que daría cualquier cosa por desentrañar el enigma. Ya parezco uno de esos esposos cornudos que a toda costa quieren regodearse con los videos porno del adulterio. Nuria. Camel y anís. «No llames, no escribas, no vengas. Solo espérame». Y su mano agarrándome la pija, y su boca diciéndome que la va a echar mucho de menos. El morbo de la verdad pierde al engañado.

Por la mañana llega puntual el médico de la halitosis para una revisión de rutina. Vendrá diez días seguidos, siempre callado y a las nueve en punto. Cada 48 horas, cauterizará la herida y cambiará los vendajes, y controlará los progresos de la pierna, que muestra un hematoma de medio metro. Al tercer día me permitirá una ducha rápida pero concienzuda para sacarme la costra de mugre que traigo de lejos. E irá variando la frecuencia de los comprimidos, que son antiinflamatorios y analgésicos, y que debo alternar con antibióticos de última generación. Al principio mastico sin apetito los platos que me prepara la mucama, para recuperar energías y para que tanta pildora no me perfore el estómago, pero confieso que poco a poco me como todo lo que me ponen delante y que lo hago con inusual desenfreno. Ya puedo caminar pero prefiero no salir del cuartucho de servicio para no dejarme ver. Paso casi todo el día leyendo libros de historia que Holguín me ha comprado en Yenny: cruzado el Rubicón parece que he recuperado la capacidad de concentrarme. También leo con pereza y sin resaltador algunos diarios nacionales que me acerca. No hay la más mínima referencia a la Operación Dama Blanca, que el periodismo parece haber definitivamente olvidado, pero todavía quedan flecos de la sangrienta escaramuza entre narcos que hubo en Villa Costal. El lamentable deceso de Bragoni se publicó en una breve, sin conexión con la refriega y en relación con un presunto robo de autos seguido de muerte.

El barón pernocta en la casona, pero su señora se queda esta temporada en la residencia oficial, donde cuida los rosales, juega con los perros y supongo que recibe a sus nuevos amantes. El intendente le ha explicado la delicada emergencia que hay en Acassuso, y la conveniencia de que no se mezcle con ella. Algunas noches Holguín me invita al living y me ofrece una coca light mientras se sirve un whisky. Hablamos en voz baja del país y de la vida, pero jamás bajamos las cartas. La penúltima noche me ve recuperado y pregunta si me atrevo a subir a su habitación. Subo con cuidado la gran escalera, con esta renguera crónica que me ha quedado, y entonces mi benefactor me abre su placard y me pide que elija y me pruebe camperas, camisas, pantalones y zapatos. Se ha convertido en un hombre barrigudo y encorvado, pero tiene mi misma estatura y alguna vez tuvo una complexión similar. También baja una valija Samsonite, y me la obsequia. No es difícil darse cuenta lo que eso significa. Aprovecho para pedirle que pregunte, a través de algún compañero de la política, por el destino de Cálgaris y con mucho cuidado por Nuria Menéndez Lugo. Me promete que lo hará mañana mismo, y me aclara innecesariamente que su

chofer lavó la camioneta y llenó el tanque.

A la hora de siempre y en una mañana de lluvia, llega el médico, me quita los puntos y me entrega un botiquín con los apósitos que necesito y con una ración importante de analgésicos. También me da algunos consejos clínicos y se despide estrechándome ceremoniosamente la mano. En la hora de la siesta, oigo que entra un coche y que lo estacionan detrás de la 4x4, y en seguida veo aparecer por el hueco a la señora de Holguín. Elegante y sugerente, con su eficaz escote lleno de pecas y una pizca de ironía en los ojos claros. «¿Me haría un último favor?», le pregunto sin moverme. «Si puedo», responde en suspenso, divertida. Saco de mi bolso el pasaporte falso y la máquina de cortar a cero de mi sargento mayor. Ella toma el documento abierto, lee el apellido y mira la foto. «¿Me parezco al profesor Conde?», le pregunto, retóricamente. La dama recoge la máquina, la sopesa y se sonríe: «¿Tengo cara de *coiffeur*?». Me encojo de hombros, y noto que me echa una mirada apreciativa, como si estuviera calculando qué pasaría si probara sábanas con ese personaje patibulario. Pero es solamente un pensamiento fugaz, al segundo siguiente le da vueltas a la máquina y pone manos a la obra. El profesor Conde tiene el pelo cortado al rape en la nuca y una barba cuidada. La peluquera de Acassuso le pide a la empleada unas tijeras, un cepillo y un peine. Le divierte rasurarme la nuca y rebajarme el pelo de la testa. También adecentarme la barba a golpe de tijeretazos. Cuando acaba con la tarea me trae un espejo para que me compare con la foto. Me miro sin reconocerme; me atropella el cansancio de mis ojos. «Dice mi marido que llegará temprano y que le encantaría compartir un lomo a la mostaza», me informa en el umbral. La última cena, pienso.

Dos horas después compartimos mesa con mantel azul y vino de San Juan. Estoy vestido con las viejas y atildadas ropas del anfitrión. La dama de las siliconas muestra sus atributos con un escote adornado de esmeraldas. Holguín no se ha quitado el saco ni la corbata oficial. «Cálgaris sigue fuera del país —me anoticia—. Y la agencia permanece cerrada. Corre el rumor de que le bajaron el pulgar en Balcarce 50. Pero mi fuente no pudo averiguar más». La carne está roja en el centro y se deshace en la boca. Pregunto por Nuria, y la esposa me mira con mayor atención. Las mujeres tienen un radar infalible para estas cosas; a veces pienso que pueden detectar un interés masculino a muchos kilómetros de distancia, como esos rastreadores que huelen a su presa cuando cambia el viento o predicen la llegada de un remoto depredador por los sonidos íntimos de la tierra. Holguín se remueve ahora en la silla, como si le picara el traste. Bebe un sorbo de vino y se concentra en la cucharita de plata que espera el postre. La mira sin verla, la manosea, por un instante parece como si quisiera contemplarse en su brillante reflejo. «Se habla de un problema con gente de Colombia —rezonga—. De un secuestro y de alguien que no acepta pagar el rescate. No sé, parece una novela». Trato de ayudarlo: «Es un invento para boludos». Me devuelve la mirada y alza las cejas. Su mujer interpretó correctamente mis sentimientos. Me llena de nuevo la copa, que yo dejaré intacta. «¿Puedo?», pregunto.



Me acercan un cenicero. Prendo el Parisienne y convido. Solo ella acepta uno. De repente no hay más hambre ni sed. La cena terminó. Fumamos con los codos sobre la mesa, pensativos. Holguín suelta la cucharita y se excusa. Sube las escaleras como si le pesara el corazón. La esposa me pregunta si yo probaría el tiramisú. Me niego con un gesto, y entonces ella le pide a la empleada que traiga solamente una porción. Está paladeando esa delicia cuando el barón regresa a la planta baja. Trae consigo un *attaché* engordado. Lo coloca en la cuarta silla. Pone los nudillos sobre la mesa y me dice con suave autoridad: «Es todo lo que puedo hacer por vos». No voy a su encuentro, me quedo mirando cómo se apaga la última ceniza. Después me levanto, dejo la servilleta y recojo el *attaché*. «Estamos a mano», digo. Y no intento despedirme ni saludarlos.

Termino de hacer la valija y escucho que el guardaespaldas abre el portón, saca el Mini Cooper y corre el auto oficial. De nuevo es noche cerrada. Dejó de llover, pero el jardín está mojado. La 4x4 huele en exceso a lavandina y a detergente aromático: acomodo la maleta, el *attaché* y el botiquín. Luego me pongo el cinturón de seguridad y ruedo en reversa hasta la vereda. El chofer de Holguín se acerca hasta la ventanilla baja y me da un regalo. «Buen viaje», me desea. Conduzco otra vez como un caballero, gambeteando los cruces vigilados y los peajes, y buscando carreteras secundarias. Manejo toda la noche, perfectamente despierto y enfocado, escuchando tangos de Pugliese y Salgán, y de vez en cuando algún informativo. En medio de la llanura negra, freno sobre un puente y apago las luces: escucho que debajo corre un río caudaloso. Rompo el papel y la caja del regalo, saco la querida Walther P99: la desarmo y voy tirando pieza por pieza al agua rápida y profunda. Es un arma homicida y adonde voy no puedo llevarla. Sigo camino hasta el alba, entro en una ciudad mediana y busco un garaje donde guardar la camioneta por un tiempo largo. Lo encuentro entre dos fábricas de maquinaria agrícola: el encargado es casi mudo; pago en efectivo. Aprovecho para preguntarle dónde queda la terminal de ómnibus y si sabe de algún micro que me lleve a Río Negro. Me da instrucciones un tanto vagas, que de verdad me importan muy poco. Lo relevante es que luego el muñeco sea capaz de repetir esa pista falsa.

Desayuno en la terminal y tomo un ómnibus hasta la capital de Córdoba, y desde allí otro a Salta la linda, y más tarde un tercero hasta el departamento de Orán. Duermo sentado, todavía algo dolorido, como pebetes de jamón y queso en las paradas y no me separo nunca del *attaché*. En Aguas Blancas eludo el control del paso fronterizo, que cualquier humano puede cruzar sin que los gendarmes se tomen el trabajo de registrarlo, y le pago cuatro mangos a un lanchero para que me acerque con su chalana hasta Bermejo. No me detengo en las ferias ni en las convocatorias al Festival Internacional del Lapacho: compro un neceser en una farmacia y voy a una casa de cambios para hacerme de algunos bolivianos. Contrato un taxi interprovincial y no regateo el precio: tiene que transportarme hasta Tarija Capital por abismos, montes, sembradíos y túneles, hasta ese valle final de clima templado. Pero no me

distrae el paisaje. Solo pienso en cómo acortar el trayecto sin levantar polvareda. Estoy siguiendo una hoja de ruta de emergencia, un protocolo clandestino ideado en las oficinas de la Casita. Solo puedo utilizar el pasaporte del profesor Conde desde la ciudad de La Paz porque luce un sellado apócrifo con el ingreso a Bolivia desde Buenos Aires. Sería muy fácil tomar un vuelo de cabotaje desde Tarija, pero eso duplica las chances de que algo salga mal y me pongan bajo arresto. Hasta que no atraviese Migraciones en Barajas no estaré completamente seguro si el pasaporte de Conde funciona y permanece activado. No puedo descartar que haya sido denunciado por mis jefes ni que Interpol haya pedido la captura internacional también bajo ese documento paralelo. Mis jefes. Es un eufemismo. Solo Cálgaris sabe con precisión que soy el profesor Conde, y que utilizaré en caso extremo esta salida. ¿Cálgaris podría traicionarme? Le doy vueltas a esa gran duda. Sí, podría hacerlo. Juega al ajedrez con personas, y está acostumbrado a sacrificar un peón cuando es imprescindible. ¿Dónde se habrá escondido ese viejo hijo de puta?

En Tarija encuentro un hotel barato y me quedo a pasar la noche. Como no consigo conciliar el sueño, cuento los dólares del *attaché*: son ochenta mil, la generosa caja chica del barón de Acassuso. Debo ser también muy cuidadoso a la hora de cambiarlos: tiene que hacerse en La Paz y, de ser posible, en la misma agencia de viajes donde compraré el pasaje de ida y vuelta. Presiento que será un periplo sin retorno porque moriré en el intento, pero en Madrid miran muy raro a los que entran con un pasaje simple.

A las siete de la mañana estoy en la estación de micros. Son ocho horas hasta Potosí, seis hasta Oruro y tres más hasta La Paz. Me sugieren que compre una manta y un frasco de Sorojchi Pills para el apunamiento. Soy obediente. El ómnibus sale a las ocho y media, y trato de leer un libro pero me duele la cabeza y me siento agotado. Es una travesía larga y aburrida, aunque sin sobresaltos, y arribo a La Paz en una noche calurosa. Me recomiendan un albergue decente, y no me resisto. Tengo el orto machucado por los vaivenes interminables de esa diligencia, y he vuelto a sentir dolores en la herida del costado. Uso el botiquín para sedarme, y duermo varias horas. Lo primero que hago al despertar es dirigirme a la mejor agencia turística, contratar el vuelo, pagar con dólares y forrarme de euros. A pesar de la medicación, siento los malestares del apunamiento, y por momentos lo confundo con la depresión.

Rengueo toda la tarde por el casco viejo para estirar las piernas, pero lo hago sin interés turístico y sin bríos. Ceno algo ligero, una trucha del lago Titicaca, y me aseguro un taxi temprano: tengo que estar en El Alto más o menos a las cinco. La habitación carece de radio y de plasma, así que miro el techo y pienso en Nuria. Recuerdo su sarcasmo y su énfasis sexual, aquellos días en que no nos podíamos bajar de la cama, los viajes donde todo parecía sospechosamente perfecto. Es inútil, la dicha no cuaja con los malditos. ¿Nuria podría traicionarme? Por supuesto que podría, y más rápido aún que el coronel. El sexo calienta pero no fideliza. No me creo que te hayan secuestrado, gallega. Ni un poquito me creo esta charada. Pero estoy

dispuesto a lo que sea para saber qué pasa y que buzón me metiste. Incluso a pasar el escáner de dos aeropuertos llenos de canas y milicos.

Me toca en El Alto una mujer cobriza y guapa que me escruta y que me hace posar para una fotografía. Esos segundos de espera, mientras chequea la pantalla de su ordenador, parecen dos noches y dos días. Al final, sella con condescendencia el pasaporte del profesor Conde y un avión de Iberia se lo lleva al otro lado del Atlántico. Resulta un vuelo con turbulencias y con oídos tapados, y un aterrizaje con aplausos en tierra española. Tampoco ponen reparos al profesor Conde en Migraciones, y me ocupo de ver si alguien me sigue al salir de Barajas. Nadie. Solo ecos y fantasmas, y la filosa excitación de la verdad.

No considero un gran riesgo regresar al hostel del barrio de Chueca. Pero la llamada a la oficina del Palacio de las Cortes la hago desde un teléfono de cabina. La señorita Luciana Flores está gozando de su licencia; le digo al recepcionista que vengo de la Argentina y que se trata de un asunto de vida o muerte. Me pide un móvil, pero le explico que soy fóbico: volveré a llamar en unas horas. Llamo pero el recepcionista fue reemplazado y el nuevo no tiene ninguna directiva. Son las siete de la noche, y me juego un pleno. Tomo un taxi hasta la Librería del Prado y desde allí camino tres cuadras hasta la cervecería. Paso un buen rato con cañas y pinchos, esperanzado en que la rubia oxigenada entre por la puerta con su peinado moderno y su ropa del Corte del Inglés. Pero esta vez no lo hace. A lo mejor incluso salió de Madrid. No tengo mi agenda y por orden de la Casita los agentes no deben figurar con su nombre verdadero en las guías telefónicas.

Deambulo con mi renguera y sonrío al verme reflejado en un escaparate de la calle de Alcalá. Soy otro hombre. Alguien mucho más cansado y vulnerable. Pasé del abatimiento a la convalecencia, y de allí directamente a la pena, al apunamiento y al *jet lag*. La fuga y la clandestinidad sostenidas en el tiempo desgastan mucho más que la cárcel. Fantaseo por un instante con revisar el departamento que Nuria tiene en el Paseo de la Castellana, pero lo descarto de inmediato. Es un disparate: debe estar más vigilado que el Palacio Real. Sigo rengueando por la ciudad iluminada. Y pienso de nuevo en la Flores, que se mantiene en su puesto a pesar de que se ha quedado desconectada y sin referentes. No puede haber salido de vacaciones en estas circunstancias. Me acuesto con esta fantástica certidumbre y me levanto con un toque de optimismo. Vuelvo a llamar al recepcionista del Palacio de las Cortes, pero me atiende como si nunca antes me hubiera escuchado. Vuelvo a explicarle que se trata de una emergencia, y es tal su indiferencia y mi exasperación que abandono la identidad del profesor Conde. «Dígale que soy Remil —le ordeno—. Ella va a entender». No me promete nada. Solo me cuelga. No puedo correr ni hacer ejercicios por el precario estado de salud en que me encuentro, así que compro un libro sobre las desventuras de Cola di Rienzo que comienza en Aviñón, cuando aquellos tres cardenales lo condenan a muerte. Llamo desde la Plaza Mayor al recepcionista del turno tarde únicamente para calmar la ansiedad, pero sigue sin tener noticias ni el más

ínfimo interés por las estúpidas urgencias de Luciana Flores. Mi optimismo se ha devaluado bastante: ceno en el Museo del Jamón y me emborracho con un Rioja. La mezcla de pastillas y alcohol me mata, y por la mañana me taladra la acidez. Es la tercera vez que llamaré a este analfabeto social que atiende en el sagrado templo de los legisladores españoles. Para mi sorpresa el analfabeto me avisa que la señorita Flores exige un teléfono de contacto. Vacilo puteando para adentro, pensando a gran velocidad en los riesgos. De nuevo me doy cuenta de que no me queda más opción que correrlos, y que encomendarme al destino. Cedo el número del hostel del barrio de Chueca. Y que vengan a buscarme. Le compro un bolso a un mantera africano y regreso a mi cuarto. Allí empaco los fajos, el pasaporte, el neceser, una camisa y una muda. Lo mínimo indispensable para escapar si se presenta la parca. Después estudio con detenimiento el jardín trasero del hostel, la altura de la medianera, la chance de huir por los fondos. Estoy listo y nervioso, pendiente del teléfono y de los movimientos de la calle y del corredor. Finalmente, el conserje me pasa la llamada: «¿Quién es usted?», pregunta la Flores al otro lado de la línea. «Ya sabés dónde vivo —le devuelvo con calma—. A cincuenta metros hay una sidrería con mesas en la vereda. No tardes». Está ubicada casi en la esquina, y tiene una visión tan amplia que permite anticipar una redada. Llevo el bolso conmigo y cierro la puerta como si me despidiera para siempre de la Samsonite y del pasado. La sidra aumenta mi acidez, y es por eso que la combato con un bocadillo. Los madrileños vienen y van, y ninguno me parece demasiado peligroso. Me relajo un poco al descubrir que la Flores acude a la cita con la Gorda Maca. Vienen del brazo, parecidas pero diferentes, empilchadas como dos señoronas de Madrid y con botas de taco alto. Me levanto para besarlas. Ellas también miran los alrededores, desconfiadas y tensas. No las alegra verme. Echo un vistazo detrás de sus espaldas con ojo experto y no logro detectar nada extraño. No aceptan la sidra, piden copas de vino y unos pinchos para no marearse. Les ofrezco un cigarrillo, pero las dos lo rechazan. Maca rompe el silencio embarazoso contándome que tienen orden de no tomar contacto con miembros de la Casita e incluso de mantenerse lejos la una de la otra. Me agradan su sinceridad y su insubordinación.

—¿Qué hacés acá? —murmura la Flores con ojos de gitana—. ¿Te volviste loco?

—Allá soy persona no grata —le respondo, expulsando el humo.

—Acá también.

—¿Hablan con el coronel?

—No sé si no está preso —se apura.

—Ponele la firma que no está.

—Fue todo muy complicado —dice apretando las muelas—. Y nosotras estamos limpias. No queremos quilombo.

—Estás en Madrid por Nuria, ¿no? —interviene Maca. Gorda conchuda.

—¿Qué saben de ella?

—Lo mismo que vos —interfiere la Flores.

—¿Su novio no quiere soltar la guita?

—Aparentemente.

—No me como ese caramelito —declaro, y me refresco la garganta—. ¿Dónde está García Roldán?

La Flores se sopla la mano como si hiciera desaparecer en el aire un objeto con un truco de prestidigitación. Fumo mientras el mozo les sirve las copas. Cuando se retira, veo que Flores intenta retomar el diálogo pero que Maca le pone una mano en el brazo.

—Interrogaron a su mujer y a su familia —dice—. Creen que salió de España y que está en algún lugar de Serbia. Pero Luciana tiene un pálpito.

—¿Por qué? —le pregunta Luciana, hecha una furia.

—Porque sí —le responde la Gorda con tranquila firmeza. Se sostienen la mirada y luego beben, cada una de cara hacia un lado distinto de la calle.

—Hasta los héroes infames merecemos una oportunidad —me río.

—Te metería esta copa por el culo —se enfurece la Flores.

—Se puede abandonar a la legítima, pero ¿resiste uno la tentación de cortar comunicación con una amante secreta? —se pregunta Maca, y me pide un cigarrillo. Se lo enciendo, agradecido y gustoso—. Nadie sabe quién es ella ni mucho menos que le puso un piso en Chamberí. Solo Luci fue capaz de descubrirla, y le llevó meses de trabajo duro, que ustedes no supieron valorar.

—Ay, por Dios —suspira la susodicha, que está incómoda y enojada. Ahora Maca le acaricia una mano.

—¿Y Balduin? —pregunto.

—Te apuesto a que está exiliado en Barcelona —dice de repente la Flores, desafiante—. Lo buscan pero no lo encuentran.

—De Balduin no tenemos data ni ideas —dice Maca agregándole limón a un calamar.

—Y de García Roldán tenemos un pelo de concha —digo.

—Que tira más que un motor Diesel. —Sonríe con los párpados caídos. Admiro su eficacia. Lamento mucho no haber leído a Lacan.

—Necesito algo más —admito.

—¡Te lo dije! —le reprocha la Flores.

Hubo mucha discusión en el hogar antes de venir a un encuentro tan importante, y la rubia sigue muy disgustada. La primera impresión es que Flores manda y Maca obedece. Pero si uno analiza las sutilezas de la relación percibe que resulta exactamente al revés.

—El coronel te pidió que escondieras la cabeza en un pozo, Remil —intenta razonar el macho alfa—. Y vos siempre fuiste leal a ese padre. ¿Sabes por qué lo estás desobedeciendo ahora?

—Lo único que sé es lo que vos creés saber —le contesto con afecto histórico—. No necesito tu interpretación psicológica. Necesito algo más concreto.

Las dos se quedan calladas. Como si oscilaran entre el deber y un sentimiento indefinible. Finalmente, Flores abre su cartera de Hermés y me extiende un bulto por debajo de la mesa. Lo agarro y lo meto en el bolso africano, y bebo los restos del vaso de sidra. Luego Maca abre su billetera y me entrega un papel. Lo leo antes de guardármelo en el bolsillo de la campera de cuero de Holguín. Les propongo brindar por el paraíso perdido, pero prefieren irse. Antes de hacerlo, Maca me aclara que Acuario debe vencer esta semana muchos obstáculos y que nunca debe dejarse seducir por las ensoñaciones. Lo dice con total seriedad, y yo estoy tan débil que no puedo devolverle una sonrisa.

Pago mi cuenta en la conserjería, retiro la Samsonite y busco en taxi otro hostel barato por el barrio del Pilar. Cuando me quedo solo, trabo la puerta y deshago el bulto. Reviso la Glock clonada y sin numeración, los dos cargadores repletos y la funda. Y al adherir todo eso a mi cuerpo siento recuperar de pronto un poquito de lo que fui.

## XIII

### Los hijos del dragón

«Con las mujeres nunca se sabe», deja caer el remisero, que no ha leído a Chase pero que tiene visto de todo en esta bendita tierra. Es gallego de Orense y hace treinta y cuatro años que trabaja en Vigo. Supone que soy víctima de una dama infiel, y que estoy buscando las pruebas del divorcio. Encontré su agencia en las páginas amarillas de la ciudad (coche de alquiler con conductor) y le pedí que estacionara su Mercedes Benz negro a doscientos metros de aquel restaurant de buen pulpo que queda en las cercanías del Ayuntamiento. Miro el reloj y echo un último vistazo al teléfono de Ojos Verdes para ver si ha entrado un nuevo mensaje a través del Whatsapp: nada desde que yo mismo aclaré, haciéndome pasar por ella, que estaba en zona. Los amigos de García Roldán no tardarán en llegar. El abogado es incapaz de dejar plantada a su querida.

Resultó ser una hembra superior. Una alemanota de ojos verdes y cuerpo espectacular que se parece vagamente a Wila, aunque en una versión mejorada al ciento por ciento. Ha sido muy fácil entrar en su piso de Chamberí. Los europeos son gente confiada e irresponsable: salen a la calle y sueltan la puerta sin detenerse a comprobar si ha quedado cerrada. Basta estar atento y ser rápido en esos segundos lentificados para detener a último momento la hoja y colarse en el vestíbulo. El departamento que Roldan le regaló a su amante queda en el último piso de un edificio castizo y señorial. Me atiende ella misma al primer timbrado, y percibo en seguida que es algo ingenua, que se ha tragado el verso de que soy policía y que está sola en casa. Lleva una camisa amplia y unos jeans ceñidos, y el pelo recogido en la nuca con un moño. Y anda descalza y libre por la alfombra.

Nos sentamos en el living y le explico que nos resultaría de vital importancia ubicar con premura al doctor García Roldán. Es una charla muy cómica: primero no sabe quién es, después no lo ve desde hace un año, al final no tiene idea de dónde está. El diálogo va subiendo de tono, y entonces ella por fin se aviva y me quiere echar. Le meto una hostia y la derribo. La agarro del pelo y la arrastro hasta su dormitorio, y le arranco la ropa a jirones. Como quiere gritar le meto su propia bombacha en la boca y le ato el corpiño alrededor de la cara como un bozal. Las lágrimas del rímel le manchan las mejillas: está segura de que voy a violarla. No es para tanto, madame. Saco la Glock y se la meto entre las piernas. Ojos Verdes está segura ahora de que voy a volarle la vagina. Tampoco es tan cierto. Le rodeo el cuello de cisne con una mano y la levanto hasta que quedamos a tres centímetros el uno del otro. Casi puedo oler la adrenalina del terror que respira por los huecos de la nariz. Todas son valientes hasta que la cucaracha vuela.

Rojísima y temblorosa, pide la palabra. Le quito las bragas un momento, y le apoyo el cañón de la pistola en el ojo izquierdo: amartillo para que escuche ese

sonido inconfundible. Si hacés batifondo te amasijo, bebé. Hablá. La alemanota canta en voz alta. Y canta que el abogado le regaló un celular nuevo y que se comunican a través de ese *chat*. Le pide máximo silencio, pero eso es innecesario: ella siempre ha sido muy discreta. Desde que dejó aquella secretaría ejecutiva (ahora es traductora clásica) en el estudio García Roldán y Asociados jamás se han mostrado juntos. Las geminianas pueden ser muy instrospectivas. Roldán está enamorado de ella, asegura Ojos Verdes con conmovedora candidez, pero él no puede darse el lujo por el momento de abrir un conflicto con su mujer ni con su madre. Y ahora tiene un lío gordo con un socio pesado; es por eso que apenas pueden verse. ¿Apenas? Se vieron dos veces. Pactan por Whatsapp y ella viaja en tren a Vigo, y espera a que la recojan en un restaurante cercano al Ayuntamiento. ¿Una taberna con boxes?, le pregunto. Asiente. Nunca va a buscarla García Roldán sino alguno de sus secretarios. ¿Dos muchachos serbios de chaqueta y barba candado?, pregunto. Mueve la cabeza como si todavía tuviera puesta la mordaza. ¿Adónde la llevan? A un pueblo cercano a Pontevedra, un área rural junto a un río, no está muy segura. Roldán vive solo en una casa antigua, bastante alejada de todo. ¿Puentecaldelas?, le pregunto: recuerdo que mencionó ese punto geográfico y una fábrica secreta cerca de un polígono industrial llamado «O Campiño», donde hacían el calentamiento y el filtrado del vino y la cocaína. Vuelve a decirme que no está segura: pasan el fin de semana solos y encerrados, y el lunes los serbios la conducen de nuevo a Vigo en el auto de su socio. Un BMW Essential Edition Serie 1.

Abro la garra que la sostiene por el cogote y dejo que se derrumbe sobre la almohada y el edredón. Carbuero un rato mientras busco unas cuerdas para atarla a la cama. La alemanota me pide en voz bajísima que le perdone la vida. Traigo del comedor el celular y reviso los mensajes. Quedaron todos registrados: son diálogos picaros y calientes; el anhelo de los amantes que se buscan y encuentran después de tantos días de soledad y abstinencia. Le pregunto si conoce a Nuria. Resulta que trabajó incluso alguna vez con ella. ¿Sabes algo sobre su paradero? Vive en la Argentina. ¿Tenés mucama o personal de limpieza? La muchacha viene al mediodía y entra con su propia llave. ¿Esperamos alguna visita, te esperan en algún sitio? Me jura que no.

Suspiro largamente y le dejo libre la mano derecha. Quiero que se ponga en contacto con Roldán. Que haga todos esos jueguitos de desesperación erótica y que le imponga una visita higiénica. Está tan cagada en las patas que no hace falta volver a mostrarle la Glock: lanza dos mensajes y se queda esperando. Es la hora de la siesta, tarda mucho el abogado en responder. Me da tiempo de ir hasta la cocina y cortar unas fetas de jamón. Las como frente a un programa de la televisión basura, sentado en la cama, mientras Ojos Verdes mira hacia el vacío. A las cinco me desperezo y me hago un café fuerte. A las cinco y media Roldán contesta con una línea sorpresiva. Vamos, aliento a su amante. Se escriben con frenesí; la alemanota sabe cómo complacerme: no aceptará un no por respuesta. Le jura que tiene hecha la maleta y



que ha comprado el billete de tren. Roldán trata de sofrenarla, pero no lo consigue. Termina, cerca de la hora de la cena, aceptando la presión. Donde siempre, al mediodía. Te quiero, te deseo, estoy aquí para follarte, mi amor, hasta mañana. Me guardo el móvil, le ato la mano libre y le encajo de nuevo el bozal. Apago todas las luces del departamento y antes de marcharme le informo al oído que si intenta escapar, avisarle a Roldán de algún modo o llamar a la policía voy a regresar y voy meterle un tiro en el chocho. Se lo advierto mientras le redondeo un pezón con la punta de la pistola. Ella se estremece como una criatura, con hipos y llantos entrecortados.

Cierro con doble llave y consigo un taxi que me lleve hasta el hostel del barrio de Pilar. Paso al bolso africano dos camisas más y dejo pagada en recepción una semana. Me ausentaré unos días, y no puedo cargar con la Samsonite ni abandonarla. Además, valoro la idea de dejar montada en Madrid una mínima base de operaciones. Compró un billete nocturno en Chamartín y viajo unas diez horas: me tomo una pastilla y me duermo profundamente. Encuentro a Vigo con nubes y precipitaciones. Me compro una gorra en la estación y pruebo un café con churros en un bar del puerto. El mozo me presta la guía y el teléfono. Contrato de palabra el Mercedes Benz y al baquiano de Orense, que pasa a buscarme. Le filtro con finura mis sospechas maritales. Pero es un gran hablador, y tiene muchas anécdotas de parejas rotas y desengañadas.

Aquí estoy con el paisano, frente al restaurante, aguardando que los serbios pasen a recoger la encomienda. Para reforzarles la cita acabo de mandarle a Roldán un nuevo whatsapp. Nada puedo hacer más que tener paciencia.

Caen lentamente los minutos y comienza a llover. Llegan primero unas gotas y más tarde se larga un chaparrón. El remisero pone en funcionamiento los limpiaparabrisas y baja un poco más la radio, que transmite hits melódicos de dudosa dignidad. Me inquieta un poco que el agua reduzca la visión de campo. De repente entra un mensaje en el celular de Ojos Verdes: «Estamos allí en un momento». No quiero abusar de esa prosa, puedo equivocarme y ponerlo sobre aviso. Me guardo el móvil y sigo atento al escenario. Gente corriendo, vendedores de paraguas chinos, congestión de tránsito. Me acaricio la pierna lastimada: parece que la humedad me tendrá a mal traer. Un auto se detiene frente al restaurante. Pero es una falsa alarma: una señora con un caniche en brazos que corre para entrar y no mojarse, y un marido deseoso de dejarla plantada y partir. Creo oír incluso un trueno. Y el remisero me dice: «Hace mucho que no llovía tanto, amigo. Usted ha traído la tormenta». Cuando el BMW Essential Edition Serie 1 color negro finalmente arriba a destino me parece una ilusión óptica. Pero no. Ahí están los serbios: uno que baja con pilotín y gestos rápidos, y otro que se queda detrás del volante.

Me concentro en el reloj para ver cómo avanza lentamente el minuterero. El serbio pasa media hora adentro: lo imagino sentado en un box, con los codos sobre la mesa y frente a un trago, consultando también su reloj, enviándole un mensaje a su hermano y después de un tiempo prudencial, también otro a Roldán. De golpe

escucho que el celular de Ojos Verdes suelta un pedo musical y reviso los textos: «¿Dónde estás?», quiere saber el abogado. No contesto, y al rato suena otro pedo con zumbido. Finalmente, Roldán pierde la paciencia y llama, pero tampoco atiende. El remisero me semblantea por encima del hombro. La lluvia no da respiro. Ahora la radio está apagada, y solo escucho el denodado espadeo de los limpiaparabrisas. ¿Qué estarán pensando? Lo obvio: ¿habrá tenido un accidente? ¿Por qué no atiende y se deja de joder? García Roldán no quiere llamarla al teléfono de línea, no puede dejar rastros. Pero tal vez corra el riesgo de ordenarle a su esbirro que le haga el favor. Bueno, supongamos que llama al piso de Chamberí. Falta, en teoría, una hora para que la mucama meta la llave y se encuentre con la novedad. Por lo tanto, suena largamente el *ring*, salta incluso la contestadora, pero la alemanota no se levanta. Oye todo eso con resignación, atada y amordaza; o a lo mejor hasta se ha dormido de tanto forcejeo y mala sangre. Como sea, a Roldán todo ese silencio lo intranquiliza. Les ordena a los gemelos de barba candado que aborten la misión. Algo no anda bien, chavales, levanten campamento. Y entonces el serbio paga y sale, escanea con sus ojos expertos el paisaje y después aborda el BMW. Salen presurosos y giran en la esquina. «Ahí vamos —anuncia el paisano y prende el motor—. Esos dos son aves de rapiña, señor. Conviene seguirlos de lejos». Le doy mi hipótesis: se dirigen a Puentecaldelas. El veterano se alegra del dato, conoce perfectamente el terreno y cómo acompañar sin delatarse. Esta seguridad obra como un milagro cuando los perdemos. No sé realmente si van a Puentecaldelas, solo es una deducción. Puede que la fábrica cerrada se encuentre en ese pueblo, y puede también que la cueva de Roldán se ubique en algún otro. Lo concreto es que los serbios son gente de avería, de hecho se nos acaban de escapar, y sin embargo permanecemos estaqueados en pensamientos positivos e ingenuos. Atravesamos municipios, comarcas verdes y parroquias rurales, y seguimos por carreteras con peajes, bifurcaciones y rotondas. Desde Pontevedra hasta Puentecaldelas por la PO-532, con agua fuerte y horizonte brumoso.

Entramos en la pequeña ciudad con la idea de dar vueltas sin apearnos, en busca del BMW negro. Es una comunidad tranquila, barrida por el aguacero, que vive en casas y edificios con calles arboladas, puentes y plazas nobles. La recorremos de punta a punta, y luego regresamos por los límites y volvemos a empezar. Pero no tenemos suerte. Los serbios pueden estar en cualquier rincón, tal vez nunca ingresaron siquiera en esas urbanizaciones.

El baquiano quiere cargar nafta en una estación de servicio y yo quiero echar una larga meada. De paso compramos unos bocadillos y los comemos mirando el tránsito lerdo y escaso, como vaqueros que buscan un caballo especial entre una tropilla escuálida. Dejó de llover pero el cielo sigue plomizo. Reviso el móvil de Ojos Verdes para ver si hay alguna actividad, pero compruebo que los whatsapp y los mensajes se murieron y que la batería agoniza. El remisero está cobrando por hora, y eso en mitad de la crisis económica es una bendición, pero hace rato que guarda silencio: no le

gusta ni medio verse mezclado con esos dos matones, y ya sospecha que mi aflicción por la deslealtad femenina es un invento. Trato de que no se me venga abajo justo en este momento de zozobra y empiezo una larga oración amistosa cuando noto que levanta la vista. Me vuelvo con medio sándwich en la mano y alcanzo a ver que un Peugeot 2008 pasa lentamente a cien metros, de izquierda a derecha, como saliendo de un camino que viene del monte. El Peugeot es blanco y radiante, y no tiene vidrios polarizados. Los gemelos van distraídos y meditabundos. Tiro el bocadillo y me apuro: cuando estamos de nuevo en el interior de nuestro auto el baquiano me advierte que no piensa seguir a esos dos gorilas. «He vivido lo suficiente para saber dónde acaban estas cosas —me anuncia sosteniéndome la mirada en el espejo—. Pero haré por usted algo razonable, amigo». Arranca el motor, maniobra y nos mete en la misma calle de espesura por donde surgió sorpresivamente el Peugeot blanco. La calle se transforma en una carretera menor. Y vemos entonces pasar varias fincas y casas de piedra a uno y otro lado del camino. Imprevistamente el remisero frena y pone marcha atrás: creyó ver algo con el rabillo del ojo. Los baquianos tienen un sexto sentido. Se detiene en la cuneta y me señala a la distancia un bulto negro que sobresale del verde. «¿Quiere ir a echar un vistazo? —me pregunta—. Si quiere hacerlo, tiene antes que pagarme porque me marchó. Tengo frío y estoy apurado por llegar a casa, amigo. No se ofenda». Acepto el trato: le pago en efectivo y le doy las gracias. Quedan algunos goterones esporádicos y un cielo oscuro. Estamos en medio de la campiña gallega, y no se ve un cristiano por ninguno de los cuatro puntos cardinales. El remisero parte sin alharacas y yo me meto en el follaje mojado y resbaloso. Saco la Glock y tiro de la corredera. Estoy cruzando transversalmente un terreno lleno de fango y arbustos. Me cuesta avanzar porque se trata de maleza trabada y salvaje, pero al final aparece un muro enano y al asomarme diviso el BMW. A su lado hay una huella reciente. Me agacho y pienso. Los serbios llegan al hogar de su amo, y este los envía a Vigo en el coche que a su amante le resulta familiar: ella puede reconocerlo hasta en una fábrica de autos idénticos porque parte del romance secreto ha transcurrido en esos asientos reclinables y detrás de esos vidrios polarizados. Patrón, qué pudo haberle sucedido, le preguntan al regresar con las manos vacías. Cavilan juntos, trazan algún plan. Ahora saben que cometieron un error: no conviene llamar al departamento de Ojos Verdes desde ninguno de los móviles, porque pueden rastrearlos con equipos tecnológicos. Habría que hacerlo a lo sumo desde un teléfono público de otra provincia, e insistir hasta que alguien levante el auricular. Es lo único que puede explicar la imprudencia de que el doctor García Roldán no haya sido movido todavía de su madriguera: si Ojos Verdes le hubiera narrado mi visita ya estaría en viaje al ostracismo. El abogado todavía no sabe con exactitud qué carajo le pasó a la alemanota que le chupa la pija. Se come las uñas y manda averiguar a los mastines, pero decide quedarse quieto y esperar noticias. Está ahí adentro, probablemente calentándose la bragueta con la estufa de leños y bebiéndose un coñac; quizás revisando las armas con las que cuenta por si pierde y

tiene que resistir a los tiros. Me pregunto de paso por qué la amante no le avisa: el reloj señala que ya está despierta y libre. Todavía no se atreve, está muerta de miedo. Teme reencontrarse con la voz del monstruo que prometió regresar a reventarle la concha de un balazo.

Ya no puedo avanzar acucillado a lo largo de la pared bajita, porque me duele la pierna y me tira la herida de la cintura, así que reculo una vez más hasta esa jungla de arbustos enmarañados y busco el modo más largo de circunvalar el terreno y alcanzar los fondos de la casa. Al llegar al objetivo me sorprende con un patio trasero que tiene una puerta corrediza: las cortinas impiden espiar el interior. Pero hay una escalera de granito que sube hasta una puerta protegida por un alero de tejas. Subo los peldaños como si tratara de no dejar huellas en la maicena, y pruebo el picaporte: estoy en una cocina estrecha y larga que huele a café. La supero con movimientos de gato, desemboco en un pasillo y me asomo a una baranda. Es un salón amplio con lina chimenea y unos sillones de lectura, tiene varias luces prendidas a pesar de que todavía ni siquiera llegó la hora de la siesta, y un aparato digital reproduce una bachata: «Dile a la mañana que se acerca mi sueño. Que lo que se espera con paciencia se logra. Nueve horas a París viajé sin saberlo y crucé por Rusia con escala en tu boca». ¿Dónde estará Roldán? Dudo entre bajar o mantenerme en ese mangrullo. Pero finalmente bajo porque me ataca la impaciencia. Uno, dos, tres, cuatro, cinco escalones, y desde el descanso obtengo un nuevo ángulo y una nueva perspectiva: la sombra del abogado va y viene por una habitación conexas. No alcanzo a comprender qué está haciendo. Sigo bajando hasta la alfombra y cruzo el salón. «Sueños de arena en las olas. Besos me daba tu boca. Tengo estrellas y rosas, niña, cantando en Fukuoka». Pego un hombro a la pared y trato de descifrar las sombras y los ruidos metálicos. Solo cuando estoy convencido de qué se trata verdaderamente aquel juego, giro en el vano y me dejo ver. El abogado tiene una sala de aparatos y está sudando con las pesas. Salta con un grito de pavor, suelta las mancuernas y se tropieza: detrás tiene una escopeta de caza. Por un segundo nos miramos a los ojos. En esa posición desventajosa y transpirada, García Roldán no parece un penalista infalible sino un pobre infeliz. Ha perdido el encanto y la sofisticación; le quedan los brazos y los dedos largos, la cara de caballo joven, la nariz vertical y el mentón prominente.

Ni siquiera le apunto, solo le muestro la Glock. No hagas boludeces, tordo, le aconsejo sin abrir la boca. Y él mira la escopeta, que duerme a un kilómetro y medio, y pestañea su claudicación. Aguanta hundido en sus pensamientos, y luego suspira larga y ruidosamente, como si retomara su papel de hombre cerebral y mundano.

—El famoso Remil —dice por fin, aunque le tiembla la voz—. Vaya, eras el último que esperaba, hijoputa. Me has metido un buen susto.

Recoge una toalla de mano y se la pasa por la cara y por el cogote. Me quedo en el molde, y él evalúa mi intención. Tantea:

—Hasta donde sé estamos del mismo lado, ¿no?

Me rasco una patilla con el cañón de la pistola. Le explico:

—A veces en el frente reina la confusión y los soldados cambian de bando.

Me observa como si estuviera calculando mi altura y mi peso; hace un bollo con la toalla y la deja caer. Me pregunta si puede fumar. Señala una estantería donde tiene tres móviles, una lata de cigarritos y un encendedor de oro. Le arrojó la lata y el Dupont, y le vigilo los movimientos como si tramara una osadía. Pero todo lo que consigue es prender el cigarrito y exhalar una bocanada maloliente.

—Te suponía desenchufado y escondido —se defiende, en tono más firme—. Nunca imaginé que volvería a verte, y mucho menos aquí.

—¿Dónde está Nuria?

Se ríe pero sin convicción. Sigue observándome como si tuviera que dilucidar un enigma: qué quiere este negro insignificante, para quién trabaja, qué está haciendo en Puentecaldelas.

—Si pudiera responder esa pregunta sería inmensamente rico —dice. Asustado y todo, tiene pelotas, no será nada sencillo sacarle la verdad.

—Los colombianos —sonrío, parpadeando fatiga.

Ahora arruga un poco la frente y acusa un tic rápido, como si le hubiera dado con un perdigón de telgopor en la jeta.

—Ah, pero entonces tú no le crees una palabra a Cálgaris, ¿verdad? —dice como si fuera todo un descubrimiento. Lo anima un poco mi suspicacia, tal vez cree haber detectado un error, y eso lo agranda—. Pues tengo una mala noticia para ti, Remil. A Nuria la tienen guardada los antiguos socios de mi jefe. He negociado día y noche con ellos, y son un hueso muy duro de roer. Al final me han pedido que me quitara del medio.

—Siempre es mejor tratar directamente con el patrón.

—Salvo cuando el patrón no suelta la pasta —me sorprende—. Es que no quieren una sola cosa, lo quieren todo, Remil. En Europa y en América. Quien fuerza demasiado la tanza corre el riesgo de romperla. ¿Te gusta la pesca de altura?

—Creí que era la hembra de su jefe —pruebo sin ironía—. Y que era un hombre enamorado.

Larga una carcajada y me apunta con el cigarrito. Luego asiente como si hubiera hecho un buen chiste. Una broma refinada.

—Entonces tanta insistencia con los vínculos y lealtades más allá del negocio, toda esa filosofía del *shogún* era pura garcha —le digo.

Ahora Roldán juega con la latita y el mechero sin apartar la vista.

—Vaya —dice de nuevo, y arrastra las sílabas—. De modo que estás solo en esto.

Me quedo callado. Trato de disimular la conmoción interna. No puede ser posible que Nuria permanezca secuestrada. Es inconcebible. Y a la vez si es cierto, ¿dónde quedo parado yo en todo este quilombo? García Roldán fuma y piensa: seducido y abandonado. Qué estúpido y primario debo parecerle. ¿De veras creíste por un momento que Nuria se había entregado por otra razón que la de volverte

incondicional, soldadito? Mírate desde afuera; qué patético has resultado. No se atreve a pronunciar esas reflexiones ofensivas, pero yo puedo deletrear su mente.

Me acerco y sin previo aviso le pego en la sien con la pistola. Lo agarro tan desprevenido que tiene una convulsión y cae de costado como una bolsa. Lo ato con las sogas del gimnasio a una máquina de musculación y lo dejo atontado. Llevo la escopeta al salón y subo las escaletas hasta la cocina. Me pongo los guantes de goma como si fuera a fregar la vajilla y en un armario ubicado junto a la heladera, encuentro una plancha a vapor. La enchufo y me preparo un vodka con hielo. Nuria. La puta madre. Bebo un vaso y me preparo otro. Después regreso al gimnasio y lo despejo a cachetada limpia. «¿Me oye bien?», lo llamo. Asiente, todavía *shockeado*. «¿Leyó a Séneca en la universidad, doctor? —le pregunto—. Yo leí una novela barata donde Séneca pronunciaba una frase inolvidable, tal vez sea falsa». A Roldán una ría de sangre le baja por las cejas y por la nariz. «Que no los espante el dolor: o tendrá fin o acabará con ustedes». A continuación le desgarró la remera. Queda al aire su torso delgadísimo y trabajado. Le aplico la plancha en la carne peluda y siento cómo el cuerpo se tensa en un alarido. Ya no quedan bachatas que ahoguen tanto sufrimiento. Me jura llorando que está dispuesto a darme todo lo que necesito, pero no quiero que me malentienda. Su situación no es negociable. Lo interrogo a fondo mientras voy quemándole el pecho, la barriga, los brazos y, después de arrancarle el pantalón de jogging, también los huevos. Nuria fue raptada y Belisario ha cortado toda comunicación. El abogado recibió la orden de no escribir ni llamar, de aislarse y esperar instrucciones: Belisario hizo con Roldán lo que el coronel hizo conmigo. Ahora el abogado no sabe dónde está su jefe, siempre ha sido escurridizo y paranoico. Había que hacerle señales de humo a través de la web para lograr una llamada o una cita inevitable en algún pueblito de España, de Francia o de Portugal. Vive desconfiado y perseguido, y ni sus más íntimos saben cómo localizarlo. Cada vez que Roldán o Nuria se vieron con el viejo tuvieron que pactar previamente paralelo y meridiano, y encontrarse antes con Manolo, el gordo centroamericano de la furgoneta y la Uzi. Balduin es otra cosa. El broker tiene acceso directo.

La plancha va perdiendo efectividad. Dejo que descanse un poco y busco unas pinzas. Encuentro, en cambio, unas tijeras de podar. Roldán está blanco como el mármol de carrara y tiritita como si estuviera desnudo en una pista de esquí. «¿Dónde está Balduin?», le pregunto. Tarda en responder, como si tuviera la lengua achicharrada. Balduin siguió el protocolo; en cuanto se enteró de la Operación Dama Blanca se rajó de Nueva York y se refugió en la Madre Patria. El manual de emergencias los obliga a no tocar teléfonos ni *mails*. En tiempos de paz, el abogado tenía forma de ubicar rápidamente al broker fuera de España, y de hecho frecuentaban un diálogo permanente. Se vieron en infinidad de ocasiones: siempre en países latinoamericanos o en Manhattan. Las veces que estuvieron cara a cara en Madrid, Balduin se alojó en el Ritz de la Plaza de la Lealtad. Pero el abogado no supo nunca dónde dormía fuera de la capital, aunque intuía que el broker tenía un bulo en

Barcelona. Dos veces se encontró con Balduin en esa ciudad, y las dos veces fue para comer en Casa Calvet. «Su familia era de Valencia», le recuerdo. «Sí, pero allí no queda nada ni nadie —se apresura, con voz gangosa—. Nuria metió la pata hace cuatro años, a poco de asociarnos, y contrató unos detectives de divorcios para que rastrearán a la familia de la madre. Unos murieron de viejos y otros emigraron. No quedó nada en pie, solo algunas tumbas. Balduin se enteró de la pesquisa y por poco la mata». Veo que en esta compañía nadie confía en sus socios, y que la clave es mantener un escondite a oscuras en la retaguardia y, a la primera de cambio, cortar de cuajo los eslabones de la cadena.

Medito un poco las respuestas. Tienen sentido, aunque son superficiales. Se nota que nunca fue torturado y que está cagado encima, pero presiento que igualmente trata de ganar tiempo tirándome carnaza. Los serbios pueden regresar de un momento a otro. A eso apuesta García Roldán, a que lo salve el gong. Si yo contara con dos días enteros de plancha y picana podría tener seguridad plena de que no miente. Pero eso es imposible. Estoy muy apurado. Le agarro la verga y le cierro el doble filo de la tijera de podar. Pero no corto, apenas la dejo en suspenso: un apretón y adiós masculinidad, tordo. *Bye, bye* a la alemana y a la vida bella. Roldán grita un «no» con todos los pulmones, pero ya está ronco de dolor y desconsuelo. «Cantá, tordo, o te juro que te rebano el choto», lo atropello con el vozarrón. Tiene espasmos, los ojos inflados y las venas a punto de explotar. Niega con la cabeza para que le saque la tijera de la verga, pero no le doy el gusto. Toma aire como un pez fuera del agua. Por segunda vez la lengua no le responde. Se la humedece y dice algo en un murmullo. Como no capto bien la onda le ordeno que no sea puto y que hable como un hombre. «Balduin es su hijo», dice el castrato asumiendo su futuro y echa la cabeza hacia atrás como si todo hubiera acabado. Me desconcierta esa confesión fortuita. ¿Osvaldo Balduin es hijo de Belisario Ruiz Moreno? Tal vez un bastardo con apellido materno, o con un nombre falso. Pero en todo caso, ¿qué relevancia tiene este dato? Retiro la tijera de la poronga ilesa y reviso los celulares de la estantería. Uno de los tres acusa varias llamadas. Los serbios llamaron a Ojos Verdes desde otra provincia, y ahora regresan a toda prisa temiendo lo peor. Suelto la tijera de podar, salgo al saloncito y abro la puerta del frente. El BMW tiene las llaves puestas. Vuelvo a la casa, recojo mi bolso y subo hasta la cocina para limpiar de huellas del picaporte, la heladera, la botella y el vaso. Bajo limpiando la baranda con una franela y sigo con la escopeta, la plancha, el encendedor, la latita, las cuerdas y la musculadora. Es una tarea exagerada, teniendo en cuenta que ni García Roldán ni sus socios pueden denunciarme a la policía. Pero lo hago metódicamente, como me enseñaron, para ser prolijo dentro de lo que cabe. Estoy en esos menesteres inútiles cuando siento un rayo en las vísceras. El abogado parece dormido, pero por intuición sé de repente que está muerto. Es apenas un presentimiento, el brusco reflejo de la experiencia. Me quito uno de los guantes y le tomo el pulso en la carótida. Pero qué pena, tordo, el bobo lo dejó en la banquina, y eso que usted se ha cuidado tanto con las ensaladas y el

gimnasio. Qué pena.

Limpio esas últimas huellas dactilares de la piel del cuello y vuelvo a calzarme el guante amarillo. Miro por última vez el cuerpo derrotado, las marcas de la plancha, el escroto marchito, y vuelvo a sentir el ronroneo del celular de la estantería. No hay tiempo para un responso, tordo, lo dejo con sus amigos. Me subo al BMW negro y ruedo hasta la carretera. Es una nave elegante y majestuosa. Me decido por la dirección segura, que consiste en cruzar la ciudad y seguir los carteles. Avanzo despacio porque el asfalto permanece húmedo, y porque temo cruzarme de un momento a otro con el Peugeot blanco. Atravieso en sentido contrario los mismos municipios y comarcas, y por la PO-532 llego a Pontevedra sin ser interceptado. Abandono el coche en una calle lejana, me deshago de los guantes y del móvil de Ojos Verdes, pregunto por la terminal y voy caminando hasta la avenida Calvo Sotelo. Sé que hay modos terrestres y aéreos más directos para llegar a Barcelona, pero prefiero dar un largo rodeo para borrar los rastros. Cien minutos después estoy comprando un billete de 39 euros en Vigo. Llevo la Glock en la funda de la cintura, así que los arcos de metales para el equipaje no la detectan. El tren de Renfe es moderno y confortable, y me relajo cuando parte y alcanza doscientos kilómetros por hora. Recién entonces vuelvo a pensar en García Roldán y en las implicancias de su confesión. Si Nuria fue realmente secuestrada el asunto toma un curso nuevo y delirante. Sería verosímil en Caracas o en el DE pero ¿puede estar sucediendo esto en el patio de Europa? Trato de imaginarla en cautiverio, y sencillamente no logro hacerme una fotografía convincente. Si me dieran a cumplir un único deseo en la vida, pediría verla frente a frente y arrebatarle la verdad. La suya y la nuestra. Después pienso en el broker. Gay elegante, pelado y reluciente, anteojos redondos, anillos de metal en los dedos, look informal. Labios rojísimos, barba rala, caminar felino, problemas de timidez y de expresión, tipo evasivo y peligroso. «Mi madre murió en el parto». Aquella cabalgata en «Siete alazanes». «Un gran ausente, aunque siempre ha estado presente como una sombra. Severo. Muy severo. Exigiéndomelo todo. Fíjate, todavía trabajo para que me quiera». Sobreimprimo sus facciones con la cara de Ruiz Moreno. Todo puede ser verdad y todo puede ser mentira.

Cabeceo unas horas y desayuno contemplando el amanecer y dándole vueltas al dilema de los serbios: qué hacer con el cadáver. Pueden llamar anónimamente a la policía y lavarse las manos. Pero no parece una buena opción: habrá una investigación y las balas les picarán muy cerca. Tal vez tengan que guardarlo hasta nuevo aviso, mientras me buscan por cielo y tierra. Aunque a lo mejor también tratan de olvidarme, una alternativa que a la larga les resultaría más sana y económica. Cuando la mañana se consolida, trazo una especie de plan para Barcelona. La única pista que tengo es Casa Calvet: si Balduin vive en la ciudad y sigue siendo un habitué quizá pueda atraparlo. ¿Pero qué pasa si el broker se mantiene escondido y no se asoma ni a tomar un sorbete? Descuento que su nombre no figurará en la guía telefónica, y ni siquiera tengo una foto para mostrar en los hoteles y los bares. ¿Cómo



encontrar a un hombre invisible en una ciudad de más de un millón y medio de habitantes?

En la estación doy con un taxista dispuesto y le pido que me recomiende dónde alquilar un cuarto en el barrio gótico. Me lleva hasta las inmediaciones de la plaza Real, a pocos metros de las Ramblas. Es un edificio con techos altos y balcones franceses; las habitaciones son privadas pero tienen baño compartido. Me tiro en la cama y siento que los músculos se relajan por primera vez en muchos días. Sin proponérmelo, hago una larga siesta. Después me reviso la herida, que de tanto en tanto me duele. Mudo la camisa y sopeso los fajos de dólares que todavía cargo en el bolso africano. Necesito dos cosas: cambiarlos definitivamente por euros y comprarme 1111 maletín para mejorar un poco la facha. Salgo a la tarde atestada de catalanes y turistas orientales, y busco un banco abierto. Hojean el pasaporte del profesor Conde y ponen los billetes bajo *scanners* y lupas, pero al final de todas esas maniobras burocráticas no surge ningún inconveniente: sus euros, señor, que tenga buenos días. Me bebo una caña en los bordes de Plaza Cataluña y entro en una marroquinería. El maletín negro hace juego con la campera de Holguín. Solicito en la oficina de Turismo un mapa y pregunto por Casa Calvet. Me avisan que no estoy lejos. Rengueo hasta Carrer de Casp: más que un restaurante es un museo. Entro en un cibercafé de la zona y me entero de que se trata de una obra de Gaudí. No sé mucho sobre su arte, pero recuerdo vagamente una novela policial que hacía conjeturas acerca de su vida. El libro no valía gran cosa, pero me quedó grabado en la mente el hecho de que el arquitecto había construido para unos ricachones unos departamentos inspirados en el Nautilus. No cometo la insensatez de meter el nombre de Osvaldo Balduin en Google porque alguna vez lo hice en Buenos Aires y todo fue en vano: no figura en ningún sitio. Y además, porque cualquier dato sensible podría ser rastreable por Palma o sus émulos. Pero le pido a la camarera una simple guía de papel y la chequeo contra toda lógica. Nada.

Mato el tiempo paseando por el centro histórico, pero no puedo concentrarme en los detalles arquitectónicos ni en el paisaje. Miro estúpidamente entre la multitud con la irracional esperanza de localizar a mi muchacho. Nadie siquiera se le parece. Entonces vago un rato más por el barrio gótico y luego subo a mi cuarto, me ducho en el baño común, coloco los fajos de euros en el maletín y dejo el bolso africano sobre una silla. Me enfrento con el espejo: parezco un civil, un caballero respetable y aproximadamente inofensivo. Puedo permitirme el lujo de una primera cena exploratoria, pero ya vi los precios y sé que a partir de mañana tendré que contentarme con montar guardia en la vereda.

La noche es fresca y bulliciosa. El laberinto gótico a esa hora ya está encendido, y me retrasa con sus callejuelas interminables. No puedo resistir la súbita tentación de entrar en una librería antigua, ni de hojear un libro de láminas que trata sobre el esoterismo de Gaudí y el culto del dragón. Pago con gusto por metérmelo en el maletín y apuro el paso. Llego a las nueve de la noche a Casa Calvet, y en el increíble

vestíbulo pregunto si hay mesa. Me conducen hasta una para dos que queda cerca de la entrada. Es un ambiente sensual e intimista, a media luz, plagado de detalles y relieves. Dejo el maletín en la silla de tapizado rojo y voy hasta el *toilette* solo para echar un vistazo general y comprobar si el hijo putativo del patrón cena hoy en el templo. Meo en un mingitorio que está empotrado en una pared decorada con mayólicas de colores y extrañas figuras, y al regresar termino de chequear que el broker brilla por su ausencia. Una mujer que parece una mezcla de *maître* y *sommelier* me ofrece una lista de vinos y me sugiere uno en especial. Acepto para darle el gusto y entrar en confianza, y luego elijo empezar con una ensalada tibia de langostinos, lechuga, espárragos, fondo de tomate y vinagreta de verduras. Como plato principal, me aconseja un cochinillo al horno, confitado y crujiente. Pero yo porfío con simpatía y me quedo con el carré de cordero con buñuelos de espinaca y ajo tierno, alioli de remolacha y una salsita de jerez y romero. De paso le dejo en claro que soy argentino y que me recomendó el lugar un viejo y querido amigo: Osvaldo Balduin. El nombre no le dice nada, así que no insisto. Saco el libro sobre Gaudí y me concentro en las imágenes. Busco claramente aquel monstruo apocalíptico que más se parezca al tatuaje del broker y al tosco sello de los panes de cocaína. Era el mismo dragón, y resulta que estamos en la ciudad de los dragones. Hay cientos de ellos y contruidos en toda clase de materiales: piedra, cerámica, trencadís, hierro forjado. Fieros y amistosos, los dos más célebres están ubicados en Pare Güel. Observo detenidamente a Ladón, el insobornable guardián de los jardines de las Hespérides, que fue asesinado por Hércules: fauces y dientes recortados, alas de murciélago y cola en espiral. Tiene un aire de familia con aquel tatuaje, pero no es un calco. Y si me apuran, no podría ponerle la firma ni asegurarlo bajo juramento.

El carré y el vino resultan, por supuesto, deliciosos. Me recuerdan los tiempos de prosperidad y la sonrisa de Nuria. Han entrado y salido muchas parejas en el transcurso de la cena, pero Balduin se hace rogar. No vendrá esta noche. La mujer trata de persuadirme de que pruebe un postre catalán pero yo me resisto y aprovecho para sacarle conversación. Hablamos del tango y del malbec, y de algunos clientes célebres que atiende. Aprovecho para insistir con mi hermano del alma: «Fuimos muy unidos, pero he perdido todo contacto desde que volvió de Nueva York —le explico en tren de confidencias—. Hasta se dio de baja en *Facebook*. Lo único que sé es que está en Barcelona y que solía venir seguido a Casa Calvet». La mujer me sirve la última copa y me responde: «Déjeme ver, ¿cómo dijo que se llamaba?». Busca y rebusca en un libro de la entrada, y luego en otro que quedó en la administración, para ver si lo tiene en la lista de reservas. Lamentablemente no lo tiene. Me tiro un último lance: le describo su aspecto. Pone cara de impotencia, está sinceramente apenada.

La noche no se ha apagado cuando regreso a ella. Todavía tengo tiempo de buscar un tatuador profesional y hacerle algunas preguntas. Encuentro uno cerca del Palau de la Música. Tiene un antro pequeño abierto al público, el pelo largo y blanco atado

en una colita y la figura de Bob Marley en su antebrazo derecho. Está dibujándole una calavera dentro de un corazón en llamas a una pibita de *piercings* y palidez mortuoria. Me cuenta que el oficio se ha masificado, que hay colegas y cursos por todos lados, y galerías que parecen clínicas privadas. Y que los dragones son un lugar común. Le muestro a Ladón y trato de describirle los trazos que recuerdo. Se quita los anteojos para verme mejor, y me explica que cualquier buen artesano pudo haber traducido a la piel esa imagen clásica. «La he visto en millones de ocasiones, primo, y cada vez es distinta —me aclara—. Depende de la mano y el concepto. Los guiris la piden mucho. Yo mismo la he tatuado y siempre lo he hecho con diseños simplificados y personales. Aun si tuvieras la foto del tatuaje sería difícil ubicar al autor de la obra».

Intento regresar a las flexiones en mi cuarto, pero todavía me duelen la cintura y la pierna, así que discurro por el insomnio boca arriba. Las chances de hallar al broker son bajas. Ya me figuro parado en la vereda de enfrente de Casa Calvet todos los mediodías y todas las noches, con la gorra encasquetada hasta las cejas, fumando cigarrillos negros y perdiendo el tiempo. De hecho es exactamente lo que hago dos días seguidos, con el resultado esperado, aunque durante el resto de las horas me lo paso caminando por barrios exclusivos y solitarios, o sentado en bares con vistas amplias y observando patéticamente la muchedumbre.

De paseo por las Ramblas, a la altura del Teatro Principal, veo las obras de un retratista sin clientela que come un churro junto a una estatua viviente. Exhibe sobre un panel aceptables versiones de Michael Douglas y Paul McCartney. Me acerco y le pregunto si sería capaz de hacer el retrato de mi hermano, que ha muerto en la guerra de Malvinas. No tengo fotos, pero puedo guiarlo como si fuera un *identikit*. Se encoge de hombros. No pierde nada con intentarlo, y me cobrará cincuenta euros salga como salga. Tiene un caballete, y una caja con lápices, carbones, óleos y pinturas de vinilo. Es un todoterreno, para lo que guste mandar. Me siento a su lado y comienzo a dictarle las características del pelado reluciente con labios rojísimos y anteojos redondos. Nos cuesta bastante llegar a la nariz adecuada, y tengo que pararme tres veces para ver el dibujo en perspectiva y descubrir que la forma del cráneo no es la misma, o que el mentón es demasiado saliente. Una y otra vez probamos con los pómulos y le lleva un buen rato dar con esa mirada gatuna. Cuando termina y le pago, un poco harto de impartir tantas instrucciones, evalúo el trabajo ladeando la cabeza y llego a la conclusión de que hemos alcanzado un sesenta por ciento del parecido original. Infinidad de hombres similares podrían sentirse representados por ese burdo bosquejo a mano alzada. De todas maneras, servirá para el modesto objetivo.

Me meto en un local que tiene fotocopiadora láser y ordeno seis reproducciones en papel oficio. Después robo una guía comercial de un bar y me siento en una plaza a marcar las direcciones de todos los hoteles de Barcelona. Es una tarea hercúlea y ridícula, pero no se me ocurre nada mejor. También redondeo con una birome los

anuncios de tatuajes. No abandono la vigilancia de Casa Calvet, pero me paso quince horas pateando la calle, preguntando por Osvaldo Balduin a los conserjes y enseñándole el retrato, y charlando con tatuadores de toda laya, que responden con ignorancia y en la mayoría de los casos con prevenciones o indiferencia. Les invento varias historias sobre hermanos separados por la vida, pero a ninguno parece conmoverlos. Lo mismo hago en restaurantes de lujo y en tabernas. A medida que avanzan los días iguales voy perdiendo la moral de combate. Una tarde entro en el Aquarium y me quedo largos minutos en el túnel subacuático viendo cómo los tiburones y las mantas rayas pasan a centímetros del cristal y me sobrevuelan. Nunca voy a encontrar a Balduin. Puedo quedarme hasta que se me acabe el último euro, y aun así fallar en la cacería. No hay manera de saber si sigue en Barcelona, ni si está cenando ahora mismo a cien metros de acá, protegido por millones turistas chinos, en un chiringuito de morondanga. Es más fácil buscar una presa única en un océano abierto.

Me siento tan entristecido, inapetente y falto de vigor como me sentía en el aguantadero de Villa Costal. Vagabundeo sin rumbo fijo por las avenidas y los recovecos del gótico, y a veces me pierdo en tiendas, casas de antigüedades y comercios de artesanías. Compró cada mañana los periódicos buscando alguna información útil, sobre todo acerca de un abogado asesinado en Galicia, y acudo a la web de los diarios argentinos para ver cómo sigue la Operación Dama Blanca, pero no encuentro ni una cosa ni la otra. Me obligo a comer algo, y entro en La Boquería tentado por el atún rojo. Lo saboreo despacio en unas mesas altas, y me entretengo con un ejemplar de La Vanguardia que alguien abandonó sobre la silla. Hay una página entera dedicada a la historia cultural del zueco. No me llama la atención el texto sino las fotos. La escena se me incrusta en la frente: un llavero vacío que cuelga de un clavo, dos figuras que parecen zuecos pequeños de plata, con una A microscópica tallada en los interiores. El único objeto extraño en una casa deliberadamente impersonal, aquel chalet ubicado a cien metros del mar adonde nos trasladaron a ciegas, dentro de la combi, para encontrarnos cara a cara con el señor misterio.

Leo ahora con avidez la lección de historia. Un calzado para trabajar en el barro que se usa en zonas rurales y que se fabrica con madera verde de aliso, haya, nogal, castaño, álamo o zalgatera. Un artesano explica entre comillas que en su tierra se llaman madreñas, que están hechas de una sola pieza y que llevan un tacón bien marcado y dos tacos delanteros en la suela. Admite que caminar con las madreñas es todo un arte: si no se manejan bien se corre el riesgo de una torcedura de tobillo. En otras localidades tiene otros nombres: albarca, abarca, galocha o zoca. ¿La A del llavero pertenece a Asturias o a Aragón? Estos zuecos se usan indistintamente en esas dos zonas, y también en Galicia, Cantabria y el País Vasco, y en las áreas montañosas de León, Castilla y Cataluña. Necesito consultar Google Maps así que apuro la cerveza y espero turno para ocupar una computadora en un *ciber* oscuro donde

atrueña la música de Iron Maiden. El asunto no puede ser más sencillo: Aragón se ubica en el valle del Ebro, entre los Pirineos centrales y las Sierras Ibéricas. No tiene una puta playa. En cambio, los asturianos disfrutan de una larga costa cantábrica, desde la fronteriza provincia de Lugo hasta el concejo de Llanes. Recuerdo a Manolo y su acento centroamericano, las joyas doradas en las muñecas y en el cuello de toro, y cómo nos condujo en aquella furgoneta que daba vueltas para despistarnos. ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Cinco, seis horas? Supongamos que adicionó dos o tres más de las necesarias para confundir. Exactamente eso es lo que yo habría hecho: un largo paseo tierra adentro y en zigzag para que perdiéramos la orientación y nos aburriéramos. De Vigo a Oviedo hay solo 265 kilómetros en línea recta, pero por carretera son más de cuatrocientos. Estudio la línea del Cantábrico: es razonable pensar que la casa podría ubicarse en algún punto entre Navia y Gijón. Más de cien kilómetros de costa irregular; tendría que rentar un coche y tomarme el asunto con mucha calma. Pero eso equivaldría a darme por vencido con Balduin. Busco un bar cerca del Museo de Cera y me encajo un vodka para pensar muy bien este intríngulis. Barcelona fue un error, otro callejón sin salida. Tal vez lo mejor sea seguir las huellas del patrón y dejar a su bienamado hijo en esta maraña de calles y de gente. ¿Pero qué pasa si no doy con la casa del mar, o si se trata simplemente de un chalet abandonado? Alejo esas dudas porque solo conducen al desaliento, y porque no tengo otra salida que llegar hasta el final. Hay una sola persona que puede llevarme a Nuria: aquel animal mofletudo con implantes de presentador televisivo que se la cogió en el piso de arriba y luego me dijo: «Ya sabes que en este *business* hay que tener cojones pero no hay que tener polla».

La decisión está tomada, pero hago una última prueba a las ocho de la noche, antes de que Casa Cavet abra sus puertas. Le llevo a la sommelier el retrato de Balduin con la esperanza de que el broker hubiera reservado mesa bajo nombre apócrifo y despliego el dibujo para ver cómo reacciona. No reconoce al sujeto en cuestión. Tampoco los mozos, que la asisten con cordialidad moderada: pasan demasiados clientes como para retener las facciones de uno en particular. Proceso esa última bola como un gesto definitivo: hay que abandonar la ruleta. Ya me deshice del maletín y del cuarto, y tengo un billete nocturno a Gijón. Me lleva un taxi a la estación y paso la noche en vela atravesando de nuevo la zona norte de España, rebotando por las vías férreas de un lado a otro de la península. Me siento un pelotudo.

Es un viaje larguísimo, y al llegar no me preocupa otra cosa que no sea alquilar un auto. Les juro a los operadores de las agencias que extravié el carnet de conducir, pero les ofrezco quedarse con una seña abultada y con el pasaporte del profesor Conde. Nadie quiere quebrantar las reglas. Un chofer me sugiere confidencialmente que llame a su cuñado, que está desempleado y tiene un Seat. Me cuesta quinientos euros por adelantado y una retahíla de advertencias. Finalmente, se queda con el pasaporte, me entrega las llaves y me da algunos consejos. Salgo lo más temprano

posible desde Gijón y hago el recorrido por las poblaciones litorales del Cantábrico. Me detengo en Avilés, que es una ciudad industrial, y pregunto en una inmobiliaria por una casa de dos plantas ubicada a unos cien metros de una playa solitaria: piedra, cemento y madera. Tienen un álbum digital de fotos. Hay varias en las afueras que cumplen los requisitos; algunas ya están vendidas. Las visito, las rodeo, me quedo un rato hablando con los vecinos, pregunto por un gordo con una combi. Sigo camino sin estar seguro de nada.

Castrillón es un concejo de tres ríos, siete playas y dieciocho kilómetros de mar. También frecuento las inmobiliarias y las casas apartadas, y pregunto por Manolo y su furgoneta. Almuerzo una fabada y un arroz con canela, y reemprendo el trayecto hasta Cudillero, que resulta un pequeño pueblo marinero que baja directamente de la ladera de la montaña a los acantilados y la arena. Dos o tres chalets cercanos encajan con la descripción, pero están habitados y los asturianos conocen a cincuenta Manolos pero ninguno con acento caribeño.

Voy y vuelvo por los tramos intermedios, buscando viviendas remotas, puntos geográficos que no figuran en el mapa y sitios abandonados a la naturaleza y al aislamiento. Una vieja con vestido negro, pañuelo en la cabeza y madreñas en los pies me recomienda no fiarme de la autovía, porque la velocidad y la altura impiden disfrutar del paisaje. Tomo el tortuoso tramo de la ruta nacional 632, que sigue un antiguo trazado y que pasa por veinte localidades. En algunas me detengo a cumplir la rutina; a otras las paso de largo. Hay pequeños caseríos sobre la carretera y poco ganado en los pastos. Me obsesionan las casas cerradas, pero las voy descartando una a una por pura intuición.

Por momentos la ruta corre paralela a la autovía, serpentea, entra en llanos y desciende siguiendo el límite del Cantábrico. Está haciéndose de noche, pero hay de todas maneras una rara luminosidad. Veo tierras de maíz al borde de precipicios, bandadas de gaviotas y ciclistas en grupo. Ya no tiene caso seguir. Hago noche en un pueblo de pescadores, que tiene un hotelito donde sirven corvina. Me pesa no haber pegado ojo durante el viaje en tren, y esta lenta jornada de marchas, contramarchas y avistajes me dejó de cama. Con una mano en el corazón debo admitir que pude haber pasado por delante del chalet de Belisario Ruiz Moreno sin haberme dado cuenta. A lo mejor efectivamente lo dejé atrás. Tengo que hacerme a la dolorosa idea de que llegaré a Navia y regresaré lentamente una y diez veces si es necesario. Estamos en zona, pero es un itinerario tan complejo y detallista que será como remar en dulce de leche. Duermo profundamente nueve horas y todavía tengo que tomarme tres tazas de café negro para recuperar la conciencia.

Me lleva cien minutos de preguntas y vanas entradas en aldeas vecinas llegar a Luarca y a su anfiteatro de antiguo puerto ballenero, con sus embarcaciones y sus flores. Estaciono el Seat en una calle estrecha y camino un rato buscando las inmobiliarias de rigor. Me entretengo en una vidriera y al levantar la vista veo por el cristal la combi. O una muy parecida. Permanece estacionada frente a un

autoservicio, en una acera de intenso movimiento. El corazón me pateaba la garganta y automáticamente retrocedo para protegerme detrás de un camión de obra que dejaron cerca de una esquina. ¿Es realmente la furgoneta? La puta que lo parió, todas las combis blancas parecen iguales. Por reflejo llevo la mano a la Glock, pero advierto con alarma que no está en su lugar: al salir la guardé en la guantera y no puedo caminar trescientos metros para recuperarla. Manolo no es una carmelita descalza. Si hay acción voy a necesitar la pistola.

Sin embargo, por cábala mantengo la chance de que el dueño de la combi termine siendo un campesino asturiano o un repartidor de jamones. Me preparo psicológicamente para otra decepción y me mantengo a cubierto, simulando que soy un turista a la espera de una dama o de un amigo.

Cerca de media hora dura el suspenso. Y al cabo de esa eternidad no es Manolo quien sale del autoservicio cargando bolsas. Tampoco es Manolo el hombre que abre la puerta trasera de la combi y mete la carga. Es Osvaldo Balduin.

Me pregunto si no será un espejismo en medio del desierto de frustraciones y la sed de novedades, puesto que el pelado lleva sombrero de ala ancha y una cazadora de cuero marrón, unos jeans azules y unas botas de gamuza, y oculta parte de su cara con unos anteojos de sol. Pero aunque llevara yelmo o escafandra no podría confundirme: camina y se mueve con la elegancia grácil y depredadora de los gatos. Es él.

Vacilo entre quedarme a ver cómo arranca y avanza por la callecita perpendicular, o echar ya mismo a correr. Supongo que debo permanecer en mi escondite hasta comprobar si dobla a izquierda o a derecha, un dato que es relevante. Pero en cuanto pone la luz de giro me lanzo a la carrera. Llevo varias semanas sin entrenarme y me siento fuera de forma, pero así y todo hago tres cuerdas en noventa segundos con la adrenalina a tope. Por suerte el Seat no me hace perradas. Maniobro a gran velocidad, para sorpresa de peatones, conductores y comerciantes, y tomo la callecita hasta el fondo, luego giro a la izquierda y subo buscándolo a babor y a estribor. Diviso a la furgoneta subiendo la cuesta de una vía empedrada y levanto el pie del acelerador: vamos despacio, Osvaldo. Muy despacio. Soy un luarqués camino a su laburo.

Es inusitada la satisfacción que me proporciona la conquista. Parece como si me hubieran dado una inyección de heroína pura. Si vos no tenes prisa, yo tampoco, pelado; es un día de puta madre para dar un paseo. La combi sale a la carretera y alcanza como mucho los sesenta kilómetros por hora. Me gusta que el broker resulte ser un chofer con tanta conciencia vial. Lo persigo detrás de un micro del ALSA, y adivino que pronto girará hacia el océano. Vamos en dirección a Navia, y Balduin se desvía para encontrarse con su hogar. Freno a prudente distancia para no importunarlo: está metiendo la furgoneta en el garaje de un chalet de piedra con techo a dos aguas que se parece a otros cientos, y que yo hubiera ignorado olímpicamente en este raid paranoico. Apago el motor del Seat y saco de la guantera la Glock dentro de la funda. Manolo es el guardaespaldas personal de Belisario, pero también es dable

pensar que Balduin está solo. Porque si el gordo pernoctara allí junto con el hijo del dragón habría hecho las compras o al menos lo habría acompañado hasta Luarca. De todas maneras no hay que confiarse. Abandono el Seat bajo un árbol y me aproximo a grandes zancadas. Corto camino por el césped de un terreno lindero y me dirijo hacia la parte trasera conteniendo el aliento. Noto con alegría que Balduin no cerró la puerta automática y que sigue en alto. También que en el apuro por llegar a la heladera con las bolsas del autoservicio dejó abierta la portezuela de la combi y subió la escalera interna hasta la cocina. Entro despacio con la Glock amartillada en ese taller lleno de herramientas y subo los escalones de perfil. Aquel salón con muebles de castaño y roble, que parecía tan desangelado, se ha convertido en una oficina llena planillas, revistas tiradas por el piso y desorden general. Aguzo el oído para chequear si Balduin tiene compañía: no hay otros ruidos que la callada labor del broker en la alacena y el lejano rumor de la playa. Aguanto todavía dos o tres minutos enteros para que Balduin termine su tarea y salga de la cocina, descienda los peldaños, cierre la portezuela de la dichosa furgoneta y baje la puerta automática del garaje. Estoy escondido en un pequeño baño de servicio que hay entre la cocina y el salón. Oigo que Balduin tararea una melodía y veo por una rendija que ahora cuelga el sombrero y la cazadora en un perchero abarrotado de ropa antes de bajar a cumplir su cometido. Paso mientras tanto del baño a la cocina, que parece la habitación de un adolescente, y lo espero apoyado en la mesada. Todavía cuelga de aquel clavo el llavero vacío con los zuecos de plata; me lo guardo en el bolsillo como si fuera un trofeo.

Balduin regresa con pasos pesados en los escalones y con un silbido despreocupado. Trae también una canasta de frascos con salsas y mermeladas, que se le cae de las manos al descubrirme. No, no, no, no grita y se agarra la cabeza. Tiene la piel tan blanca que los labios parecen pintados. No, repite y cierra los ojos, y empieza a pegarles puntapiés y puñetazos a los objetos, a los electrodomésticos y a las paredes. Por momentos parece un chico con un berrinche, o un enfermo con un brote psicótico. Dejo que se descargue porque es riesgoso detenerlo, pero mantengo por las dudas el índice en el gatillo. Poco tarda en lastimarse feo y en apoyar la espalda contra la pared, agarrándose la mano herida. Está llorando a moco tendido, se resbala hasta el zócalo y queda sentado en las baldosas ajedrezadas como un muñeco sin pila.

Levanto un tarro de miel que resultó intacto y lo pongo a trasluz. Trato internamente de comprender si ese ataque de llanto es sincero. Supongo que alguien capaz de confesarle a un extraño en una cabalgata que no resiste el dolor, necesariamente debe darse por perdido al primer revés. No soportará el tormento, cantará hasta la muerte de Sinatra, y será entonces doblemente culpable: por dejarse atrapar y por vender a su padre sin ofrecer resistencia. Por eso llora Osvaldo Balduin, porque es el principio del fin.

Trato de todos modos de que la euforia no me nuble los pensamientos. Pongo la miel sobre la mesada y le pego una patada en las costillas. Nada del otro mundo. Solo



para que se mueva. Grita como si le estuviera pasando electricidad. Lo agarro del codo, lo levanto como si fuera de cartón y lo arrastro hasta el baño de servicio. «Sentate», le ordeno. Se sienta llorando en el trono y lo encierro con la única llave. La puerta abre hacia adentro: ni en un millón de años podría tirarla abajo. Y parece bastante improbable que este insecto llorón se atreva a intentarlo en un arrebato de valentía.

Subo a la planta alta para revisar las habitaciones, que están vacías pero caóticas, y abro los cajones de la cómoda del dormitorio principal: ansiolíticos, un gel íntimo, vibradores y esposas. Aparto las esposas y paso a la mesa de luz: un teléfono satelital con antena plegable. Es un IsatPhone Pro de Inmarsat. No hay armas. Solo un pasaporte con su foto aunque con el nombre cambiado, y el típico desparramo de un hombre soltero.

Recién entonces devuelvo la Glock a su funda. Mientras Manolo no visite la casa de Luarca no hay peligro; a Balduin lo puedo manejar con el meñique de la mano izquierda. Me lleva un tiempo considerable encontrar una plancha, bajar y enchufarla. Saco de la heladera una cerveza y me premio con ella: está semicongelada y sabe a gloria.

Mucho más tarde abro la puerta del bañito y le ordeno a Balduin que salga. Sigue sentado y llorando, tiene toda la cara mojada y se mueve de atrás para adelante como si fuera un catatónico o estuviera acunándose la mano rota. Tengo que levantar la voz para que me haga caso. Sale como corderito y se sienta, a una indicación mía, en uno de los sillones.

—¿Hace mucho que no te planchan la pija, boludo? —le pregunto, y sé que me entiende.

Gira su cabeza hacia la cocina; desde ese ángulo ve la plancha enchufada. Me lanza una mirada de terror. Temo que también este cagón se quede seco. Es obvio que la plancha no hará falta, pero me gusta que la tenga siempre presente. Prendo un cigarrillo y me siento en un brazo del sofá. Balduin se seca las lágrimas pero le vuelven a brotar, trata de componer un pensamiento y cuando logra modular media frase lo hace con hipo y con baba, y con un tono de ruego: «Si supiera exactamente lo que necesitás».

—Necesito que llames a papá —lo corto.

Parpadea su sorpresa y consternación, pero no se atreve a negarme lo evidente. Está completamente desmoronado, cree que voy a torturarlo todo el santo día y que luego voy a meterle una bala en el cráneo. Y entonces, con toda su velocidad mental de broker, busca ahorrarse el suplicio sea como sea.

—No puedo comunicarme con Belisario —tartamudea atropelladamente—, pero puedo llamar a su guardaespaldas. Tengo un teléfono especial en mi cuarto.

—Manolo —asiento.

—Claro, Manolo, cierto que ya lo conocías —responde rápido, tratando en vano de sonreír. La mueca es tan tétrica y fugaz que no puede llamarse a eso sonrisa. Me

pregunto si los serbios pasaron la voz. Supongo que no tienen cómo. Decido hundir el bisturí:

—Puedo creer que el abogado del diablo no sepa dónde se esconde el patrón, pero no me cierra que su hijo también esté en Babia.

—No conoces a Belisario —se apura y estira, como si fuera un arquero atajando un penal—. Cuando desaparece solo hay alguien que puede ubicarlo. Y yo soy la única persona que puede llamar a esa persona, ¿me comprendes?

—Qué padre desconsiderado.

Hay una pausa, estamos calibrándonos mutuamente. Balduin vuelve a limpiarse las lágrimas con la manga húmeda de la camisa.

—¿Dónde está Nuria? —pregunto.

—¿Cómo vamos a saberlo? —dice—. Se cortaron todas las negociaciones.

Suspiro porque me empalaga esa patraña. Tal vez tenga que usar la plancha después de todo.

—¿No me crees? —se atropella, alarmado—. ¿Crees que todo esto es un embuste? ¿Para quién trabajas?

Balduin calca los razonamientos angustiantes de García Roldán. Se está dando cuenta de que ya no trabajo para nadie.

—Es la hembra de Belisario pero él no está dispuesto a perderlo todo por ella —se despacha, y parece sincero—. Te juro por lo que más quieras que estoy diciéndote la verdad.

La senda se abre en dos direcciones: puedo plancharle un rato largo la ropa, o puedo cortar por lo sano. Apago la colilla en un cenicero, le examino toscamente la mano hinchada y le pongo las esposas. Ahora cierra los ojos, como si adivinara mi elección, y veo que sus hombros se mueven al compás del llanto. Lo vuelvo a encerrar en el baño de servicio, desconecto la plancha y subo a buscar el IsatPhone, que tiene carga completa. Desde la ventana de la segunda planta inspecciono el parque trasero, que es amplio y se funde con la naturaleza. Es un lugar inhóspito, protegido por la casa de la curiosidad de los automovilistas, y también por una formación de pinos, que lo aísla de posibles paseantes. Esta clase de teléfonos necesita operarse a cielo abierto y en una zona con señal. Descuento que Balduin sale a ese parque para hablar con el gordo. Le abro el baño y lo obligo a bajar hasta el garaje y a levantar la puerta. En todo el trayecto, Balduin se comporta como si yo fuera a fusilarlo. Habla, gime, llora y argumenta mientras voy empujándolo hacia el sol pleno y la planicie. Le entrego el celular cuando creo que estamos bien orientados. Podría liberar a Balduin de las esposas, pero las tiene adelante y puede perfectamente activar el IsatPhone si se lo propone. Y no hay duda con respecto a ese propósito: le va la vida en el juego.

El broker se las arregla para sostener el teléfono verticalmente y levantar la antena. El aparato busca satélite y conecta con la red. En segundos se escucha un sonido acompasado y breve, y en la pantalla aparece la consigna «*ready for service*».

Entonces Balduin presiona el doble cero y marca los códigos de país y de área, y el resto del número. Aprieta el botón verde y se lo lleva a la oreja. Saco la Glock y me abro todos los botones de la camisa para que vea cada tatuaje y costura de mi torso. Balduin asiente mientras el celular llama: le estoy dando pruebas de que no llevo micrófonos ocultos. Cuando Manolo atiende le apoyo el cañón de la pistola entre las cejas. A Balduin le tiemblan las piernas, las manos y los labios rojísimos. Es una conversación telegráfica. El broker informa su condición de rehén, emite la convicción de que ando solo y por mi cuenta, y transmite la condición fundamental para ser devuelto sano y salvo: un encuentro *face to face* con Ruiz Moreno. Le arrebato el teléfono satelital y saludo a Manolo: «Escúchame bien, gordo pelotudo, decile a tu macho que no me importa cargarme al putito este, pero que antes de hacerlo le voy a quemar la poronga y el orto, y va a estar aullando tres días seguidos». El silencio se dilata tanto que hay una fracción de segundo en que realmente pienso que me colgó. Pero su voz caribeña y cavernosa regresa de improvisto: «¿Qué quieres?». Bueno, no es tan tarado como creí. «Ni guita ni laburo ni nada —le revelo con precisión—. Quiero a Nuria». Cada palabra encierra un significado oculto, y sé que el mensaje será transmitido fielmente a su amo. Apago el celular, pliego la antena y me lo guardo en el bolsillo interior de la campera. «Nos vamos de joda —le anuncio a Balduin, y vuelvo a empujarlo—. Tu amiguito puede hacer la heroica y tratar de salvarte. Ya no es una casa segura». Lo obligo a subir a la combi y lo encadeno al asiento. Sé por experiencia que ese ataúd blanco se cierra herméticamente por fuera y se convierte en un calabozo. Me abotono la camisa y saco la furgoneta en reversa. Luego meto el Seat en el garaje y recobro mi bolso africano. Reviso por última vez todo el chalet antes de cerrar y marcharme, y al final manejo la combi en silencio y retomo la ruta, aunque en sentido contrario. Kilómetros y kilómetros de alerta y reflexión. El código de país que marcó el broker es España y el código de área es Asturias. Manolo está cerca, y Belisario también. Si no llaman pronto voy a tener que rebanarle una oreja y ponérselos al teléfono para que aprendan. Me cruzo con muchos camiones y finalmente entro en Castrillón y elijo una sombra tranquila. Ya sé cómo usar el IsatPhone, camino buscando señal y aprieto el *redial* para saludar a mi amigo. Me encuentro de sopetón con la voz de Belisario Ruiz Moreno: «Esa rajita te ha fundido los sesos, soldado». No me interesan sus apreciaciones sexuales. «Que sea un intercambio de prisioneros —le respondo con sorna—. Una hembra por un hijo. Parece un trato justo». Oigo su risa; no la interrumpo. «Manolo te llamará en unas horas, pero déjame aclararte algo —manifiesta—. Si lo lastimas no habrá hoyo donde puedas esconderte, pedazo de mierda». Le corto. Trato de imaginar qué piensa: tanto si todo esto es una mascarada y Nuria está a su lado, como si la gallega fue efectivamente raptada, yo debo parecerle un agente de los colombianos o un extraterrestre. Me inclino por esta última posibilidad. La concha de la gallega me fundió los sesos. En cambio, el patrón es inmune a esas calenturas y sentimentalismos. Solo parece vulnerable a la posibilidad

de que caer en una tragedia griega: sacrificar al hijo en el altar de la fortuna.

Compro fiambre, pan y cervezas, y meriendo con Balduin en el calabozo. El broker dejó de llorar pero está inapetente, apenas le da besitos a la botella. Recuerdo que es vegetariano.

—¿Cómo has hecho para encontrarme? —quiere saber—. ¿En qué me he equivocado?

Le arrojo el llavero con los zuecos de plata. Lo observa extrañado; me hace un gesto de incompreensión sinuosa.

—Tu viejo te lo va reprochar siempre —le digo—. Pero me parece que esta vez Manolo tuvo la culpa. Limpió la casa de todo vestigio personal, y se olvidó este souvenir. A un hijo esas cosas se le pueden perdonar, pero a un profesional nunca, nunca.

Balduin no puede apartar la vista de los zuecos, acaricia con la uña esa letra mayúscula. De repente empieza a mover la cabeza, como si empezara a comprender. Al final toma otro sorbo y me dice:

—Belisario es inflexible con los errores. Y con los hijos.

—¿Tiene muchos?

—Varios —acepta de manera enigmática, y esta vez la sonrisa vence al pánico—. Pero todos son legítimos y respetables. En este negocio solo prosperamos los bastardos. Y de todos ellos, solo quedo yo vivo y coleando. Es un negocio muy desgastante.

—¿Y pensás que te va dejar morir? —le pregunto, y vuelve a ponerse tenso—. ¿Va a permitir que yo te mutile con una hojita de afeitar?

—Lo único que sé —empieza, vacilando— es que no puede entregarte a Nuria.

—¿Pero?

—Pero a lo mejor hay otra forma de canje.

—No hay ninguna otra forma.

—No entiendes nada —dice, y vuelve a quebrarse en llanto—. Nunca entiendes nada, Remil.

Cae la noche sobre Castrillón y me acomodo detrás del volante para dormir y vigilar. A las once se me ocurre hacer el último llamado. Avanzo por el descampado y levanto la antena. Le toca el turno a Manolo; habla rápido y no espera respuestas ni cuestionamientos: nos esperan mañana a las diez en La Pizarra, un café que queda junto a la Catedral de Oviedo. Es un sitio céntrico y concurrido; no podríamos baearnos ni aunque quisiéramos. Miro el cielo estrellado. Me gustaría saber sobre astros y constelaciones, pero nunca pasé de algunos documentales aburridos de Discovery Channel. Regreso a la cabina y trato de conciliar el sueño. No llego a soñar con Nuria, porque nunca logro alcanzar la fase profunda, pero me vienen al cerebro imágenes de los meses que pasamos juntos, palabras que yo no recordaba haberle oído, aromas de la intimidad.

A las ocho tanteo si el rehén sigue respirando, y le consigo un café de máquina.

Tiene los ojos rojos e hinchados, y la mano entumecida. Le anticipo la cita que tendremos en poco tiempo. No parece muy alegre ni ilusionado. Oviedo es una ciudad activa, aseada y elegante. Pregunto a un policía de tránsito por La Pizarra, y me da incluso sugerencias de dónde dejar estacionada la combi. Es en el epicentro del casco histórico y hay que llegar a pie. Libero a Balduin de las esposas y le advierto que caminaremos unos cuantos metros como dos amigos, tomados del brazo. Si intenta escapar o pegar un grito de auxilio le quiebro con dos dedos la clavícula. «Te aseguro que es muy doloroso, y que antes de largarme a correr por esas calles te meto un tiro en la cara —aderezo—. Puede ser que sobrevivas, pero vas a ser el Hombre Elefante». Innesariamente, el broker confiesa que no está para pavadas y que lo suyo no es el coraje. Habla de un modo frío, casi matemático. Es un asunto de sumas y restas. No conviene jugarse el pellejo en la recta final.

Cumplimos con lo prometido. Las campanas de la catedral saludan a los creyentes en la plaza empedrada. El café resulta ser un local largo y deliberadamente oscuro, lleno de fotografías de escritores. Un bar acogedor y discreto, que a esa hora está casi vacío. Nos ubicamos en una esquina alejada de la barra, en el fondo bajo fondo. Nos sentamos del mismo lado, como si fuéramos novios y quisiéramos tocarnos por debajo de la mesa. Pedimos capuchinos y rosquillas, y aguardamos sin cruzar comentarios. Tengo a Balduin contra la pared y la Glock en la mano por si se complica.

La familia del broker se retrasa cuarenta minutos. Quien entra por la puerta no es Belisario sino su centurión. El gordo enjoyado avanza entre las mesas y se nos sienta enfrente. El borde de la mesa se le clava en la cintura cósmica del sur. Sigue siendo una imprudencia viviente con su porte de sicario centroamericano, pero al menos no se le nota la Uzi, que esconde en una chaqueta marinera para obesos. «Está solo y está limpio —le avisa Balduin—. No vale la pena que vayamos al baño los tres juntos: no lleva cables ni aparatos. Y no nos siguen ni los perros». Valoro que el hijo del dragón allane el camino. Manolo no está muy convencido; tiene orden de despejar todas las sospechas. «No pienso dejarte esta vez la Glock, gordo puto —le digo muy suavemente—. Pero no tengo problemas con que requises tu furgoneta». Le entrego las llaves. Balduin le agrega el llavero de plata con los zuecos. «Es demasiado listo para ti, Manolo —le dice amablemente—. Encontró la casa de Luarca con tu inestimable ayuda». Manolo mira el souvenir de las madreñas con algo de estupor. Tengo la brusca sensación de que si Balduin recuperara autoestima y libertad ordenaría meterle de inmediato un tiro al sicario de su padre. Su debilidad es relativa y tiene que ver exclusivamente con su desventaja circunstancial. Llorar no te hace menos peligroso.

Manolo titubea unos instantes, pero al cabo se lleva los dos llaveros. No pregunta dónde abandoné la combi blanca. Eso quiere decir que nos ha estado espiando, y que antes ha inspeccionado los alrededores para comprobar si estoy solo: sabe exactamente donde duerme su furgoneta. Tarda otra media hora en regresar. Estoy

seguro de que la dio vuelta buscando chirimbolos y que llamó a Belisario para confirmarle que había hecho contacto y que el asunto no tenía aspecto de ser una trampa. «Te diré cómo lo haremos —me informa sentado de nuevo a la mesa—. Saldremos todos juntos y olvidaremos la furgoneta. Tengo un coche a trescientos metros. Y órdenes de llevarlos a Gijón. Yo conduzco y Osvaldo va en la butaca del acompañante. Tú te mantienes detrás con tu pistolita y sin ponerte nervioso. Y en el puerto abordamos un velero y salimos a aguas abiertas. El jefe no quiere testigos ni intromisiones». Me parece un plan razonable, en tanto y en cuanto el puerto sea populoso y yo pueda avanzar, como enamorado o borracho, pegadito a mi escudo humano. ¿Pudo haber contratado Belisario a un francotirador? Pudo. Y de hecho la idea me corroe brevemente la corteza cerebral. Pero parece algo sofisticado y fuera de lugar: no puede arriesgar a su propio hijo y encima producir un escándalo en un punto neurálgico. Me encojo de hombros, que sea lo que Dios quiera. Ya es demasiado tarde para recular.

Es un día soleado y ventoso de cielo azul. Y el coche del sicario es un Volkswagen Polo de un rojo vivaz y llantas nuevas. Tardamos veinticinco minutos de silencio de clausura en llegar a Gijón. La última parada es el puerto deportivo. Diques, dársenas, paseos, bordes marítimos y turistas. Decenas de embarcaciones amarradas y en tránsito. Y un velero blanco y verde de fibra de vidrio que cabecea orgulloso: Ladón. Me gustaría sonreír pero estoy demasiado ocupado en que no me madruguen con una mira telescópica. Subo a bordo abrazado a mi cariñoso y ardiente amante, y el gordo nos pide que descendamos a los interiores. Es un velero Sun Odyssey más pequeño y estrecho que el Aubrey del coronel. Me parece irónico que la historia de Nuria haya comenzado en un velero y culmine en otro, y que en una punta de la madeja se encuentre Cálgaris y en la otra Belisario Ruiz Moreno. Al destino le agradan las simetrías. Igualmente, percibo que este velero no sirve más que para traslados rápidos: las cabinas son demasiado estrechas; vivir varios días en esa lata de sardinas no parece cómodo ni factible. Las pobres dimensiones sugieren que la madriguera del dragón debe quedar en algún otro punto de estas costas, y que ese aguantadero debe ser apartado y paradisíaco.

Nos sentamos de nuevo juntos en la única mesa oval, en un diván circular y mullido instalado frente a un mueble completo con mesada, cocina, pileta y armarios. Saco la Glock, tiro de la corredera y la dejo a la vista y al alcance. Cuando abra la puerta del único camarote Belisario no podrá soslayarla. En nuestras circunstancias, embutidos en esta casita para enanos, la espera de aquella aparición fabulosa me parece totalmente forzada y teatral. Oigo ruidos e intuyo movimientos allá arriba: el timonel de la Uzi dispone todo para zarpar. Recién cuando arranca el motor se abre la puerta. El viejo hacendado del norte del Valle del Cauca sale en remera negra y bermudas. Lleva su anillo de oro y titanio y su Girard Perregaux Opera Three de quinientos mil dólares, pero dejó los zapatos italianos: ahora luce unas alpargatas deshilachadas e impropias. Los ojos negros no le caben en la cara. Y solo tiene ojos

para mí: ni siquiera le dedica un rápido vistazo a su hijo. Tal vez no pueda hacerlo sin pegarle un revés. Balduin está cabizbajo, ajeno definitivamente a la química del encuentro.

Cuando sonrío, Belisario se asemeja un poco a Armando Manzanero con paperas. Pero no habla con palabras de bolero: «Hijoeputa», me dice, y asiente de manera valorativa. Apoya un hombro en el marco y se cruza de brazos. Inclina levemente su cabeza hacia la izquierda. Mueve la pera:

—Puedes guardar ese fierro, sigo siendo tu patrón.

—Ya no tengo patrón, ni jefe, ni padre, ni patria —exagero.

—Cuánta razón —se complace—. Nunca pensé que el coronel te iba a abandonar en la mala.

—No hablemos del coronel —replico—. Hablemos de Nuria.

—No seguiste mi consejo, soldado.

—Puro verso. Usted contaba con que la mina me tuviera agarrado de la pija. Era una cuestión funcional para el *business*.

—Es cierto, para qué negarlo ahora. —Se encoge de hombros—. Aunque tampoco creas que me era indiferente. No soy de madera. Aquella tarde tragué aceite de ricino.

—¿Nuria sigue viva?

—¿Por qué no se lo preguntas a mis antiguos socios? —Se pone serio; reprime su ira—. Hace tres semanas que no dialogamos. Buscaban desgastarme con trucos de negociación.

Niego para obligarlo a mover sus piezas.

—Es triste y gracioso que no me creas —sonríe—. ¿Puedo ofrecerte un zumo de naranja? ¿Te molesta si me sirvo uno?

El velero se está moviendo lentamente, maniobrando entre lanchas y barquitos. Balduin se muerde las cutículas y no levanta la cabeza. Belisario saca del frigobar una jarra y sirve un vaso único. Ni siquiera le convida al broker. Si yo subiera a cubierta y los dejara solos, barrunto que el viejo se dedicaría a quebrarle las costillas a patadas en treinta segundos de locura.

—Cuando Manolo me avisó que pretendías un intercambio me enternecí —dice después de beber todo el vaso de un solo trago—. Me di cuenta de que eras realmente inofensivo. No habrías llegado tan lejos si no fuera por eso, Remil. Podrías haber matado a este perfecto inútil, y aun así no me hubieras alcanzado. Tampoco es que no me importa nada. Ya te dije que no soy de madera. Pero hubiera podido vivir incluso con ese remordimiento. Tengo una conciencia, cómo decirte, hospitalaria.

Ahora se nota que la lata de sardinas busca alcanzar su velocidad de crucero.

—¿Qué está tratando de explicarme?

—Soy capaz de sacrificar a un hijo, soldado. ¿Puedes entenderlo tú que entiendes tanto de la guerra? Imagínate que no voy entregarlo todo por una mujer. Por más buena y eficiente que sea.

—¿Cuántas Nurias hay por el mundo?

—Algunas, y todas son igualmente peligrosas. Saben demasiado, valen mucho.

—Pero no valen tanto.

—No, nadie vale tanto, soldado.

Ladón sigue su marcha, ligero y discreto. Abajo hay movimientos cautos y un torneo de miradas perdidas. El buitre del Cauca me semblantea.

—¿Qué van a hacer los colombianos cuando descubran que usted no piensa arriar las banderas? —le pregunto.

—Algo más destructivo que despacharla.

—Entregarla a la DEA.

—Nuria solo dirigía una de mis treinta empresas. Y es una empresa que ya está en crisis judicial. Puedo cortar esa mano y seguir adelante.

—¿Quiénes son?

—Viejos conocidos de Los Caballeros de Cali.

—No lo dejarán en paz.

—Puede ser —conviene, y se yergue como un gallo de riña—. ¿Sabes lo que más me envidian esos güevones? Que he aprendido a ser invisible. Todos ellos están fichados, siempre con la soga de la extradición al cuello. Y sus herederos son burdos y desprolijos, matones de segunda, sin sentido del management.

Mira por el ojo de buey y me explica que en unos minutos más podremos subir a tomar el fresco. Apoya media nalga en la mesada minúscula y mece la pierna. Se le forma una barriga de embarazo de siete meses. La digestión mental de toda esta información me deja mudo. ¿Por qué a pesar de tantas evidencias sigo sin creer en ese secuestro de película? ¿Por qué a la vez siento que Ruiz Moreno está siendo aproximadamente franco y veraz?

—Me intriga saber cómo has sido capaz de vulnerar nuestro cerco —confiesa—. ¿Qué facilidades te ha dado mi reverendísimo hijo?

—¿No hay alguna otra forma de rescatarla? —repregunto.

Ahora lanza una carcajada que lo deja tosiendo; tiene los mofletes colorados.

—Si serás cabrón —balbucea, quedándose provisoriamente sin voz y sin aliento.

Balduin alza por primera vez la mirada turbia: tiene un toque de atención y de asombro. Adivino lo que piensa. Estamos en manos de un psicópata; es capaz de intentar canjearnos por la dama. No se me había ocurrido.

Suena en ese instante el *ring* del teléfono interno. Belisario levanta el índice como pidiendo permiso. Después lo descuelga. Estamos tan cerca y el retorno es tan alto que el broker y yo escuchamos al gordo decir: «Suba, por favor, tenemos un problema». A Belisario la frente se le arruga. Pasan diez o quince segundos en los que no atinamos a movernos. Está esperando que mi Glock lo autorice. La agarro y me paro. El velero se bambolea por el oleaje. El padre sube primero por la escalerilla, yo lo sigo pero tomando algunas precauciones. Rodeo con el brazo el gajnate de su hijo y llevo la pistola en alto.



No me juegan una putada: Belisario y su timonel están cerca de la proa, usan binoculares y tienen una preocupación más grande que barrerme del mapa. El olor puro del mar y sus colores me azotan. Sigo la línea de los prismáticos. Hay en el horizonte un buque o una lancha patrullera, que viene levantando espuma. Su dirección es transversal y no despierta dudas sino certezas. Oigo voces que surgen de un equipo VHF instalado junto al timón. Ni Belisario ni Manolo responden a las órdenes metálicas. Percibo en medio del disturbio y la emoción que el broker gira la cabeza hacia la izquierda, tironeado por la intuición del ojo, y que está boquiabierto. Ahora sigo esa otra línea: por estribor también se aproxima una nave rápida. La diferencia es que, hacia ese lado, el sol no confunde y la visibilidad resulta completa. Es un patrullero de altura con lanchas de interdicción y abordaje. Operaciones Especiales, pienso instintivamente. Se me seca la boca.

Manolo recoge el micrófono-bocina y devuelve los saludos. Aquí Ladón, aquí Ladón. Cambio. A medida que se aproxima el segundo patrullero se puede leer con más precisión el rótulo ADUANAS, y el logotipo de la AEAT y de Vigilancia Aduanera. Belisario puede leerlo mejor que nosotros, dado que lo está repasando en detalle con sus binoculares de *turfman*. De repente los aparta y pega un puñetazo en el vacío. Está rojo y echa espuma. Se caga en su puta madre. «¡A toda máquina!», le ordena en un grito desesperado a su gorila, que arranca de un tirón la bocina y se afirma en el timón. Las velas no están desplegadas todavía, y ya no hay tiempo más que para inclinarse a babor y meter la palanca a fondo. No conozco mucho de náutica pero me parece que es una regata imposible. Y que debemos ponernos a cubierto, porque nuestros perseguidores abrirán fuego a discreción si desobedecemos la directiva.

El viento y la velocidad nos pegan de costado. Empujo a Balduin contra la barandilla y le ordeno que se arrodille. Se escucha, todavía amortiguado por la inmensidad, un altavoz en la distancia. Belisario se vuelve hacia mí, con las venas del cuello listas para reventarle, y me apunta con el dedo índice. «¡Judas hijueputa, me has entregado!».

Como no cuenta ni siquiera con un revólver, me concentro en el gordo, que puede girar y tratar de peinarme con una ráfaga.

Pero el timonel está tan pendiente de la fuga que no dispone de esa mínima distracción. Descubro entonces que el rubor violento de Ruiz Moreno cede a la palidez y que se le desvencijan los músculos. Está demudado, contemplando algo que se ubica justo detrás de mi espalda y por encima de mis hombros. No resisto la pulsión de girar medio cuerpo y de ver de qué se trata. Es un Eurocopter Dauphin, que vino a ras del mar y que está tomando altura.

## XIV

### Nada más que la verdad

No hay entrenamiento civil ni militar que te prepare para perder la guerra. Durante los cursos intensivos de comando te enseñan a manejar tu cabeza en caso de caer prisionero y también a resistir razonablemente la tortura física y psicológica. Pero no existe un método humano para el desastre total. Es por eso que a los soldados profesionales más curtidos de Malvinas les caían lagrimones de sangre después de la rendición. También ellos regresaban cabizbajos y deprimidos, escondiendo del resto su íntima desazón interminable. Recuerdo a aquellos camaradas rudos y tiznados tratando de ocultar ese sentimiento, y a la vez experimentando una cierta vergüenza por su debilidad. Los conscriptos, en cambio, no teníamos tanta reputación que defender y nos comíamos los mocos sin mucho recato.

No tengo testigos de qué ocultarme. Hace muchísimo que no hablo con nadie, y entonces sé que puedo llorar tranquilo. Fui confinado a un celda individual: tanto las cuatro paredes como el piso están revestidos en mortero reforzado por liga de acero, como en Guantánamo, y además de una litera hay un inodoro y un lavabo. Y una pesada puerta de hierro con un pasaplató y una mirilla. No recibo luz natural ni oigo ruidos, salvo cuando me dan de comer o me observan desde afuera después de cada cambio de guardia. Nadie me ha visitado ni me ha dirigido la palabra desde que me encerraron, y hubiera perdido la noción de los días y las noches si no fuera por las bandejas.

Supongo que llevo tres días encarcelado, y también que me encuentro en el subsuelo de un edificio oficial de Madrid, porque cuando abrieron las puertas del furgón en que me trajeron esposado capté de refilón el reloj de un milico: habían pasado cinco horas desde que emprendimos el viaje y estábamos en el interior de una especie de garaje circular; me obligaron a mantener la cabeza gacha y me bajaron por lo menos dos pisos más en un elevador para trasladar mercancía. Ya me habían despojado de todas mis pertenencias en Gijón, durante el arresto: lo único que hicieron antes de meterme en la celda fue quitarme el cinturón y los cordones de los zapatos. Durante todo ese trayecto mis guardianes se habían mantenido en silencio total.

Resulta algo extraño que no hayan dado comienzo a los interrogatorios y que no haya tenido hasta ahora que firmar alguna clase de declaración. Pero a lo mejor están interrogando primero a los peces gordos, y me dejan a mí que no valgo mucho para el final. Belisario y Balduin, hasta donde sé, viajaron en un vehículo aparte, custodiados por un ejército formado de diferentes fuerzas, y Manolo se quedó internado en un hospital de Asturias, rigurosamente vigilado, porque a último momento quiso hacerse el guapo con la Uzi y recibió dos impactos: uno en la cara y otro en el riñón.

En el mar no estaba actuando solamente Vigilancia Aduanera. Había gente de la

DEA y policías de distinto pelaje. Menudo festival. Ni siquiera habíamos dejado muy atrás el puerto deportivo cuando nos rodearon y se nos vinieron encima. Belisario estuvo a punto de armarse para resistir, o para pegarme un tiro, obsesionado como estaba con mi culpabilidad. Y de hecho el timonel quiso ser más papista que el Papa. Nos agachamos todos porque el tiroteo fue breve pero atronador. Y los tipos de Operaciones Especiales, que venían en el patrullero de estribor siguieron disparando al aire, haciendo sonar las sirenas y dando el ultimátum desde los megáfonos, mientras el helicóptero nos hostigaba. Agachado sobre el broker me di cuenta de que Ruiz Moreno evaluaba, histérico y desorbitado, arrojarse al mar. Pero fue únicamente un momento de duda y desesperación. Luego tiró de la palanca, apagó el motor y levantó las manos. Yo arrojé la Glock por la borda y lo imité. Balduin y Manolo estaban arrodillados, uno sangrando como una vaca y el otro, asolado y espástico. Pensé cientos de cosas distintas mientras nos abordaban y reducían. Cuando nos esposaron boca abajo vi la cara mofletuda del dragón: sus ojos habían perdido toda vida.

En tierra firme, cada cual tenía su verdugo. A mí me tocaron tres mastodontes en uniforme de SWAT que apenas gruñían. Por el camino, en tinieblas, traté de entender cómo habían logrado pescarnos. Todavía le sigo dando vueltas al acertijo. Es evidente que hubo un buchón y también que nos dejaron salir a aguas abiertas para no precipitar una balacera de órdago en ese recreo marítimo lleno de paisanos y turistas orientales. Lo seguía masticando cuando me trajeron por aquel pelotero de puertas y chasquidos hasta este cuadrado donde no tengo fuerzas ni para hacer flexiones. Prófugo de la justicia argentina, con captura internacional recomendada, sospechado de asociación ilícita, homicidio y contrabando de estupefacientes. Telón. Algo que empezó en Monte Longdon termina acá, en los subsuelos de Madrid. Es el fin de la representación, amigos. Telón, y que se prendan las luces.

Pienso una vez más en Nuria Menéndez Lugo. ¿Cómo saber si su secuestro es real? Por más que se apilen los testimonios algo me dice en el *cuore* que nada sucedió como lo cuentan. Pero ¿dónde está? ¿Qué estará haciendo? Por una rara asociación de ideas pienso también en Lali, que está muerta, en Wila que está presa y en Rosita, que tal vez haya sobrevivido a la pesquisa de Bragoni. Todas las mujeres parecen una, en ese mareo sin dimensión que confunde al convicto.

Llega la primera bandeja del día: un desayuno sobrio con un café tibio y abominable que igualmente me parece una bendición. Oigo chirridos y golpes de metal, y entonces creo que vienen a retirar el refrigerio antes de tiempo, pero me encuentro con la sorpresa de que abren la mirilla y que un vozarrón me ordena pararme en posición de firme junto a la litera. Obedezco como si fuera la orden de mi sargento. La puerta metálica gira en sus goznes y aparecen dos guardiacárceles vestidos de azul marino. Llevan únicamente garrotes antimotines, y uno de ellos blande el suyo por si yo quisiera retobarme.

No me retobo, y ellos me ordenan que salga al corredor. Uno me sujeta del brazo

y otro va un paso más atrás dispuesto a darme un golpe, pero aun así resulta curioso que no me pongan esposas ni cadenas en los pies. Avanzamos por un pasillo de celdas hasta un recodo, y al girar a la izquierda nos chocamos con una puerta de cristal blindado. Del otro lado monta guardia un agente que lleva una pistola eléctrica y un gas pimienta, y que a una indicación del pibe del garrote marca la clave digital. Suena un zumbido y la hoja de vidrio corrediza nos abre paso. Hay que marcar otra clave en el elevador para que nos suba hasta la superficie. Descubro en el espejo que estoy lívido y arrugado, y que la barba cuidada del profesor Conde es ahora un matorral salvaje y canoso. No me dieron mameluco anaranjado ni ninguna otra vestimenta penitenciaria; estoy metido todavía en la ropa de Holguín, aunque me arrebataron la campera de cuero en cuanto me bajaron del furgón. Me la encuentro ahora en el perchero una oficina vacía, en algún lugar de la planta baja. Nomás salimos del ascensor, a mano izquierda, hay un salón enorme con boxes y computadoras, y empleados en camisa y corbata que hablan por celular, discuten, escriben y mantienen reuniones. Algunos de ellos llevan en la cintura la funda con una pistola o un revólver de caño corto. Enfrente se encuentra esta oficina, que es un cuarto limpio y sin espejos, con una mesa, dos sillas y una fila de ficheros cerrados con llave. Me ordenan que tome asiento y espere, y me dejan a solas con mi ansiedad. ¿Van a indagarme? ¿Tengo algo para negociar?

Enseguida entra un veterano con acento andaluz y me ofrece lo que lleva en una canasta cuadrada de plástico. El pulso se me vuelve a acelerar. Son mis objetos personales: la billetera, el mapa, los cigarrillos, el encendedor, el cinturón y los cordones. «Falta su equipaje —anuncia, y me acerca una planilla para que estampe una firma—. No se preocupe, ya se lo traen». Tardo varios segundos en firmar, porque estoy estupefacto. Luego trago saliva y firmo, y le señalo el cinturón y le pregunto inocentemente si puedo. «Por supuesto», responde, y cierra la puerta al salir. Abro los brazos y me encojo de hombros, y permanezco en esa insólita posición durante algunos segundos más, como un pájaro abierto y encorvado, y con una increíble cara de boludo. Después me pongo el cinturón y me ato los cordones. Trato de dilucidar qué clase de sortilegio está aconteciendo, pero es tan grande la inyección de optimismo que no me deja recobrar la lucidez.

Finalmente, todo se aclara. Entra Leandro Cálgaris y arroja sobre la mesa el bolso africano. Llega ataviado con un ambo *british* y una corbata al tono, sus gemelos verdes, un sombrero de ala corta y un ejemplar de *El Mundo* bajo el brazo. «¡La concha de su honrosa madre!», exclamo levantando los ojos al cielo raso, y me paso las manos por la nuca y resoplo como una yegua agitada. La puta que lo parió. El coronel sonrío, pero solo con sus ojos acuosos. «Nos vamos», dice de manera cortante, y mueve la cabeza en dirección a la salida. No me puedo ni mover. Soy de hormigón. «Dale, pelotudo, antes de que se arrepientan», insiste, y se toca el bigote nevado.

Me pongo la campera y me cuelgo el bolso. Lo sigo de manera atolondrada por

otro pasillo. Ahora es Cálgaris quien debe firmar unos papeles. Se saluda afectuosamente en inglés con un gringo, y atravesamos varios umbrales hasta salir a una calle residencial. El aire de la mañana es magnífico, pero me agarro de un árbol y me pongo a boquear como si tuviera náuseas. Nada queda del tipo duro e impermeable que solía ser. Siento ganas de reír y de llorar, de abrazar al coronel y de ahorcarlo con un alambre de púas. Cálgaris me empuja hacia su coche, que estacionó en diagonal: es un Nissan de alta gama. Cuando estamos adentro y surge la música quiero hacerle la primera pregunta, pero me para el carro con la mano en alto. «Es Ben Webster», avisa. Le parece un pecado capital intercambiar oraciones sobre ese saxo tenor.

Me cruzo de brazos y miro con arrobamiento las avenidas y las escenas cotidianas de Madrid. No está muy lejos el sitio adonde nos dirigimos. Calle General Martínez Campos. Una residencia amarilla y antigua, con jardines y una taquilla para sacar las entradas. Una casa museo que a esa hora solo visita un grupo de chicos con sus dos maestras. «Sorolla», me dice, como si me estuviera proporcionando la contraseña que despierta a los muertos. Le sigo el juego porque estoy demasiado feliz y despistado como para rechistar. Se coloca los bifocales y me muestra una lámina que reproduce a una morena desnuda y recostada de espaldas sobre una sábana de raso rosado. «Clotilde, el mejor culo de la historia de la pintura clásica», me anuncia en voz baja. A continuación desliza sus dedos sobre las curvas ondulantes y me cuenta que se trata de la mismísima esposa del pintor, y que el óleo es un homenaje a la «Venus en el espejo», de Velázquez. «Aunque Clotilde es mucho mejor —agrega—. Clotilde termina de coger y está abandonada a esa plenitud del descanso. No tiene rostro pero tiene esa carne tersa y ese trasero redondo tan sublime». Miro sin ver la lámina una vez más, y Cálgaris me agarra de un codo y me lleva a través del patio de macetas y flores donde suena el agua de las fuentes y los pajaritos. «Siempre que paso por el Prado me demoro largo rato en ella, y después tarde o temprano tengo que venir a buscarla a esta casa, donde vivió con Joaquín y sus tres hijos —me dice buscando mi complicidad—. Tengo que ver las distintas caras de Clotilde. Es un viejo romance».

Se ríe entornando los ojos. Subimos una escalerita y entramos en una sala de paredes color carmesí. Hay un enorme óleo de un muchachito desnudo sacando del océano a un caballo blanco al que acaba de bañar. Pero el coronel va directamente a un retrato de Clotilde García del Castillo, esta vez vestida de negro. Ni siquiera me parece bella, pero el viejo la observa en detalle. Me pregunto si el asunto encierra algún truco o metáfora, si está queriendo decirme algo de un modo indirecto. Vamos de sala en sala, y yo tengo que armarme de tolerancia y entereza. Me habla didácticamente del blanco refulgente, de las medias tonalidades y los contrastes de la luz, del agua de azul tan fino y de la vibración lumínica. El regreso de la pesca, los pescadores, las velas, las barcas, los niños y esa mujer retratada desde el caballete clavado en la arena o desde el interior de estas mismas habitaciones. «Le importaba un carajo la vanguardia», señala Cálgaris, como para sí mismo. Y a mí me importa un

carajo Sorolla, pero no le contesto. Los ojos de Clotilde se multiplican y nos ven pasar y detenernos a lo largo de todo el recorrido.

El paseo es corto pero nos toma más de una hora. Al salir nos sentamos en un banco bajo una glorieta y cerca de otra fuente ruidosa y cristalina. Cálgaris saca su pipa, la llena y la enciende con refinada paciencia. «Qué mujer única», murmura. Me echo hacia delante, con los codos sobre los muslos, y espero que empiece de una vez.

—Mi relación con los yanquis ya lleva treinta años —empieza—. Cursos, viajes, viáticos, becas. Son buenos pagadores.

Exhala una bocanada de humo y siento el olor familiar del *cherry*. Esa combinación de Virginia suave con un toque de Burley.

—En fin, una cosa siempre lleva a la otra —sigue—. La colaboración es intensa y recíproca. Pero te diría que en ese toma y daca con ellos no conozco a nadie que reciba más de lo que dé. ¿Sabes cuándo empezó en realidad esta operación? Hace doce años. Me cuentan en Miami que Parisi hacía sus enjuagues con los brokers de Ruiz Moreno. Todavía no había metido a Balduin en la joda. Dicho sea de paso, no entiendo cómo conseguiste que Belisario aflojara la mano a cambio de devolverle a ese pendejo.

Le revelo escuetamente que Balduin es el bastardo del dragón. Se tira el sombrero hacia atrás y mueve la cabeza.

—Increíble, un dato fundamental —reconoce—. Cuando apareció en escena investigaron a su familia, pero la madre se había muerto hacía rato y nada indicaba una relación. Debió ser una relación clandestina que empezó y terminó cuando todavía Ruiz Moreno no figuraba en el mapa.

Se queda un momento con la vista nublada, y después reenciende su pipa, que se ha apagado en el transcurso de esta fenomenal sorpresa.

—El hijo del patrón, qué lo parió, Mendieta —retoma, y lanza el humo por la nariz—. Nunca lo hubiera imaginado. Belisario rompió con muchos moldes. Aprendió en Cali que los padrinos subían y bajaban, alcanzaban la cumbre y después se caían a pedazos: los mataban o los metían presos. Quiso manejar las cosas de otra manera. A la distancia y desde afuera. Un cártel de producción y traslado con células cerradas y a cargo de un padrino invisible. Los yanquis tardaron un poco en darse cuenta, y lo vienen siguiendo desde entonces.

—Le pidieron a usted que se acercara a Parisi.

—Para protegerla y para ganarme su confianza —confirma—. A la hora de la verdad, fue ella quien firmó las garantías ante Belisario. Ella y unos amigos que el dragón tenía en Estados Unidos.

—Más amigos de los yanquis que del colombiano.

—No hay amigos en este negocio, Remil.

—¿Quién sabía en el gobierno que íbamos a armar una red y que el objetivo final era llegar hasta la cabeza?

—Solo un contacto de máximo nivel en la Casa, y más tarde un funcionario de

Presidencia que se sienta en la mesa chica. Los yanquis se lo comunicaron personalmente a los dos. Porque no se podía confiar en los otros. Algunos protegen y lucran con los narcos paraguayos. Vos lo sabés bien. Durante todo este tiempo nos estuvieron espiondo, con ganas de cagarnos feo y cobrarnos peaje. Algo tuvimos que pagar. Pero si ampliábamos el círculo de información, corría riesgo el secreto.

—No es divertido ser un infiltrado sin saberlo —declaro, y saco un cigarrillo—. Al menos en la cárcel tenía alguna conciencia de mi situación.

—No voy a discutir eso con vos, Remil —tose, y parece como si fuera a escupir un pulmón entero—. Las tácticas no se discuten con los soldados.

Enciendo el cigarrillo y me pregunto si ese jardín legendario no será zona libre de humo. Ahora los ojos acuosos de Cálgaris me miran fijo:

—Después los rivales de Belisario en Medellín rompen la tregua y tratan de boletearse a su hembra. No tuvimos nada que ver con eso. Pero aprovechamos la volada. Belisario decide levantar a su socia del frente y ocultarla en Madrid un tiempo. Pero los yanquis no pierden la ocasión y la capturan.

Se me erizan todos los pelos del cuerpo. Contemplo mi silueta alargada en el piso de Sorolla. Es la sombra de una sombra.

—La DEA —susurro—. Dios mío.

—Desde un chalet civil de los suburbios y con ayuda de un capo que desciende del Valle del Cauca.

—¿Y eso?

—A veces hay que usar una fiera para cazar a otra —dice—. Será recompensado. Y además, es irresistible que te convoquen para destruir a tu principal competidor.

—¿Quién avisó a la Federal en Buenos Aires?

—¿Y a vos quién te parece?

—Nos mandó a todos en cana.

—A todos los que pude. Siempre con buchones y por interpósita persona.

—Pero Belisario no largaba prenda.

—Sí, algo relativamente inesperado. —Chasquea la lengua—. Y la presión no surtía efecto. Desaparece Roldán, no sabemos dónde está Balduin, se cortan los teléfonos. En fin, todo parece estancado. Cunde el desaliento.

—Hasta que aparece algún gil.

—El espía que surgió del frío —se ríe—. King Kong subiendo al Empire State para rescatar a Jessica Lange en medio de la metralla.

Supongo que hasta puede silabear mis pensamientos. Ponerme detrás, rodear su cuello y quebrárselo con un movimiento seco y preciso. Después dejarlo a Cálgaris allí sentado, como un jubilado en una plaza, con el sombrero bajo y la pinta de estar dormido.

—Te dije que te replegaras —mueve en su defensa—. Pero no me hiciste caso.

Quince o veinte pibes en uniforme de colegio privado bajan los escalones y cotorrean rumbo a la salida. Las maestras van detrás sonriendo y charlando entre ellas

sobre cuestiones muy alejadas de la pintura.

—No sabía qué dinámica tomaría la causa —confiesa—. Esas cosas se saben cómo empiezan pero nunca cómo terminan. No podía prever, por ejemplo, que la senadora te pondría entre ceja y ceja. No soy Moriarty. Algunos temas se planifican, otros se improvisan sobre la marcha. La Casa se asustó. No quería que la involucraran, y nuestro contacto no podía cambiar el curso de los acontecimientos sin deschavar todo. Por eso permitió que cerraran la Casita. Me pidieron que me tomara el pire, y eso encajaba con el mensaje que recibiría Ruiz Moreno y con la comedia general. Calculé que si vos te borrabas bien podría volver a rescatarte cuando solucionáramos el quilombo y limpiáramos el expediente.

—Calculó mal —digo—. Pero yo entraba desde el principio en la previsión de daños colaterales, ¿no?

—Eso siempre es así, con Nuria o sin ella —protesta—. Es así desde que te saqué de Campo de Mayo. Acordate. Cualquier soldado entiende que puede ser sacrificado en aras de una misión. Cualquiera es una baja inevitable en el campo de batalla. Vos también.

Sonrío con cierta tristeza. Sé que el coronel tiene razón, y aun así le estoy lanzando reproches de hijo. Se da cuenta, me palmea una pierna y limpia la cazoleta con el atacador.

—Roldán negocia y luego se esfuma —retomo.

—Teníamos la pista de la amante, pero no queríamos usarla nosotros por las dudas de que todo explotara, y además estábamos convencidos de que Roldán negociaba pero en un compartimento estanco: no nos iba a llevar a Belisario ni aunque quisiera. En eso llegás vos, llamás a la Flores. Y ella me llama a mí. Vivo cerca de la Cibeles.

—Ajá, la Flores.

—Convenzo a los yanquis de que no perdemos nada dándote vía libre. —No me lleva el apunte—. Lo que no podíamos hacer nosotros podrías hacerlo vos, que conocías muy bien a los personajes. Me piden garantías. Pienso en la Glock. Sé que vas a pedirla. Le implantan un chip de localización. Una tecnología que está muy por encima de la nuestra.

—La Flores parecía conflictuada —recuerdo.

—Eso fue una idea de Maca —se ríe—. Sabe exactamente qué botones internos tiene que tocar para sacarte bueno.

Gorda conchuda.

—Les pedí que te entregaran además el dato inicial, que era lo único que teníamos —insiste, y sigue con los ojos el vuelo rasante de un pájaro blanco—. Fue un plan audaz, pero ¿qué podíamos perder? Estábamos jodidos.

—Podían seguirme.

—Te hubieras dado cuenta.

—Me monitorearon día y noche con un rastreador. —Era fuerte, chocante y muy



difícil de asimilar esa idea.

—Veíamos por dónde te movías y luego los «callejeros» llegaban siguiendo tus huellas. Así fue en Puentecaldelas y en Barcelona.

—¿Encontraron el cadáver de Roldán?

—No había cadáver, solo revoltijo. Pero nos hicimos una idea aproximada de lo que habías hecho.

—¿Y los serbios?

—Me imagino que en la República de Serbia. No te preocupes. No vamos a cavar en ningún jardín para buscar el cuerpo del abogado. Oficialmente, se exilió.

—Barcelona siempre estuvo en el GPS.

—Es cierto, los yanquis habían fracasado antes que vos. Te dejamos dar vueltas y vueltas. Hubo un momento en que pensé: «Es al pedo, este pelotudo se metió en camisa de once varas». La verdad es que no sé por qué mierda cambiaste de dirección.

—Me acordé de una pavada.

—¿De qué?

—No tiene importancia —resisto.

—Bue, creí que estábamos bajando las cartas.

—Yo no tengo ninguna, coronel, usted se quedó con todo el mazo.

El pájaro puede ser una lavandera. Se posa en una baranda y se pone a observarnos con curiosidad.

—Asturias, patria querida, Asturias de mis amores —canta bajito, y vuelve a su catarro y a su pañuelo—. Recordé aquella vez que te llevaron tabicado. Tenía que ser eso.

—Era.

—Los yanquis hicieron base en Gijón y mandaron un equipo por la ruta. —Guarda la pipa y el encendedor en el bolsillo, y enrolla el diario como si fuera a propinarme un golpe cariñoso—. Mientras unos entraban en la casa de Luarca, los otros avistaban el velero Ladón.

—Manolo es muy farolero.

—Y lo tenían fichado. Manolo Herrera Sanchís, sicario principal y ayudante para todo servicio. Chiflaron a Operaciones Especiales y se mantuvieron a la expectativa, en silencio de radio y alerta máxima. Cuando estuvieron seguros pidieron apoyo de las policías. El resto ya lo sabés.

Una atmósfera de silencio y abstracción nos envuelve. Se terminaron las palabras, y a mí me atraviesan sentimientos encontrados: alivio, extrañeza, vejación, asombro, bronca, pena, agradecimiento. Hace un ratito nomás todo se había ido al infierno, nuestro ejército había capitulado y no había porvenir, y ahora estoy sano y salvo de nuevo en tierra firme, y entonces me debato en el vértigo de no saber cómo acomodarme a tantos giros. Necesito tiempo a solas para asimilar las informaciones, para poner cada pieza en su sitio, para examinar mi propio viaje bajo esta nueva

perspectiva. Fui engañado, y eso siempre resulta un palo a la autoestima y a la omnipotencia. Y además, la Gioconda es una luz que se apaga en el océano oscuro. En todos esos matices dramáticos pienso mientras nos quedamos solos en el jardín de Sorolla.

Deduzco que Cálgaris eligió este lugar público y a la vez sosegado para amortiguar las noticias y aventar el peligro de una reacción violenta. Cree que en ese ambiente ajeno e idílico no se me ocurrirá tener una crisis postraumática. «Leelo», me sugiere pegándome con el periódico. Lo desenrollo como un papiro y lo vuelvo a enrollar: el operativo conjunto de Gijón está en primera plana. Tengo las manos manchadas de tinta. «¿Nos vamos?», escucho que pregunta. El sombrero volvió a cubrirle por completo la frente roja y su pájaro blanco levantó vuelo.

Me lleva en el Nissan hasta el *hostel* de barrio del Pilar. Ben Webster con Billie Holiday y no sé qué filarmónica llenan la ausencia de conversación. El coronel estaciona en la puerta del *hostel* y me avisa que voy a tener que hacer varias declaraciones y también refrendar unos cuantos papeles delicados.

—Te vamos a guiar con un asesor jurídico para que no metas la pata —dice—. Va a llevar por lo menos dos semanas poner todo en regla y darle una puntada al bordado de Buenos Aires. Te tienen que levantar la interdicción, porque no podemos llegar a Ezeiza con el pescado sin vender. Quiero que descanses y disfrutes de la ciudad, y sobre todo que pases desapercibido y no te metas en despelotes de ninguna clase. Sé dónde ubicarte si te necesito.

—¿Cómo está Nuria? —pregunto mirando la acera. Un hombre con un pan bajo el brazo y un perro salchicha pasa papando moscas.

—Bien —responde con voz extraña—. Instaladísima en un chalet muy confortable, en La Navata. La vigila por fuera un batallón y tres agentes femeninos viven con ella en el interior y se turnan para hacerle compañía.

—¿Pero cómo está? —me empecino.

Suspira y se agarra del volante.

—Medicada; le dan clonazepam en dosis altas. No es fácil. Sabe lo que le espera.

—Pudrirse.

Me mira con suma agudeza:

—La extradición y probablemente una reclusión perpetua.

—¿Por más que colabore?

—No zafa, Remil. No hay forma de que zafe.

—¿Por más que se haya vuelto un testigo intrascendente?

—¿Me preguntás si con Belisario preso podrían prescindir de su testimonio? Podrían. Pero no van a hacerlo.

—¿Está al tanto de todo?

—Um, parcialmente, aunque es bastante imaginativa.

—¿Qué hace todo el día?

—Se le ofreció practicar deportes y hacer gimnasia, pero no quiso. Se distrae

cocinado. Picando cebolla y ajo, y preparando platos ibéricos. No le salen mal. Sus custodios está encantados, y ella está un poco más rellenita.

—No voy a irme sin verla, coronel —le advierto—. Tómelo como una indemnización.

Se queda reflexionando un buen rato sobre ese punto. Los pros y los contras. El costo que tendría para él esa visita.

—Vamos a ver —dice en el aire, y le sostengo la mirada.

Pero como sigue impasible, como no hay más que una promesa lejana de pensarlo, bajo y entro en el *hostel*. El cuarto está tal y como lo dejé, a pesar de que algunos detalles microscópicos confirman que fue requisado. Me desnudo y abro la ducha. No sé cuánto tiempo paso bajo el agua. Aprovecho el ruido, el vapor y la intimidad para quebrarme, y más tarde me dedico a meditar largamente sobre la cama. Los perfumes, el collar de perlas, la primera vez que escuché su voz grabada. «No me dejes morir sola». Me quedo frito. Duermo quince horas de un tirón y cuando despierto no puedo bajarme a la alfombra. Parezco alguien que ha revivido después de un largo estado de catalepsia.

En el transcurso de los días siguientes vuelvo a sentir esa debilidad somnífera que tanto se parece a la depresión. Un bajón anímico y energético, como si todavía estuviera escondido en Villa Costal o como si me hubiera alcanzado la radioactividad de Chernobyl. No puedo correr ni hacer fierros; cualquier entrenamiento físico me resulta intolerable. Camino por las veredas de Madrid con la cabeza volada y entro en librerías de viejo buscando una novela sobre Mesalina que leí alguna vez y que perdí hace años. Compró de paso otras que dejo por la mitad o que directamente no puedo abrir. Termino en Internet: hay un ejemplar un tanto amarillento, pero cuidadosamente restaurado por su propia dueña, una antigua maestra de historia a quien visito en su piso de Moratalaz. Hojeo con avidez los epílogos trágicos de la esposa de Claudio para comprobar si la memoria se ajusta a los recuerdos. «Mesalina, hija mía, necesitarás ese puñal que te traen». Un melodrama sin exactitud histórica pero con mucha teatralidad romana. Un cruce entre Robert Graves y Corín Tellado.

Mi único trabajo, durante quince días abúlicos, consiste en dejarme empujar por el coronel a dependencias y juzgados, y en narrar hechos con maña y con numerosos trucos de elusión penal. Me filman y me graban, y me dedico a ponerle el gancho a los versos del expediente y a los formularios confidenciales.

Una tarde, en el riñón del barrio Serrano, a espaldas de la Puerta de Alcalá, tengo la repetida impresión de ver a Nuria. Está parada en una esquina, a punto de cruzar por la línea de cebra. Nos miramos de frente, como si nos conociéramos, y avanzamos uno hacia el otro amparados por los semáforos en rojo y el tráfico provisoriamente detenido. Se le parece muchísimo. Al menos a la Nuria que yo conocí en Colonia, aquella noche que entró por la puerta del restaurante del Yatch Club de Pescadores con una falda de antílope que le llegaba hasta el empeine, y sus botas de cuero y su campera elegante. A medida que avanzamos, sin embargo, los

rasgos se alejan, y me doy cuenta de que a lo sumo es la Nuria que pudo haber sido y no la que realmente es. Seguimos de largo, cada uno hacia su orilla, y nos perdemos en el bullicio madrileño. Siento la necesidad de parar en un café y pedir en la barra dos vodkas para apaciguar el corazón.

Un martes de llovizna Cálgaris me cita en Casa Lucio. Es un mesón de Cava Baja donde el coronel pide huevos estrellados y yo despacho sin apetito una sabrosa lubina al horno. En medio de su disertación sobre Sorolla, el coronel me entrega el pasaporte del profesor Conde, rescatado de una comisaría de Gijón adonde fui denunciado por el dueño del Seat.

—¿Al menos le devolvieron el coche al buen hombre? —me intereso.

—Sin un raspón ni una mancha —responde triunfal, y me apunta con su tenedor—. Nos rajamos mañana mismo. Salimos de Barajas a la tardecita. Nos dieron luz verde.

En otra mesa hay dos diputados del PP, a quienes comensales trajeados acosan de vez en cuando para saludar o para deslizarles algún comentario sarcástico. Ambos comen corazones de alcauciles confitados con aceite y jamón, y conversan sobre los vientos huracanados de la Unión Europea.

—Sospecho que me dejará sin indemnización —digo sin dejar de espiarlos.

—Podría decirte que es imposible, que me lo negaron —devuelve Cálgaris limpiándose la comisura de los labios con la servilleta—. Pero no sería cierto. Ni justo.

El sentido de justicia nunca ha sido el fuerte de Leandro Cálgaris. No le creo nada hasta que después de un aburrido e inútil paseo por Madrid y sus cercanías, mientras enmudecemos bajo nuestros propios pensamientos y también bajo el piano de Oscar Peterson, arribamos a las proximidades del río Guadarrama. Todavía rueda un buen trecho hasta encontrar un alejado chalet de ladrillo a la vista y columnas de granito, que protegen varios coches de vidrios polarizados, un camión para tropas de asalto y una pequeña Kangoo con facha de microambulancia. No hay movimientos a la vista, pero me figuro que los nuevos guardianes de la Gioconda deben estar repartidos por el frente, los laterales y la parte trasera de la casa, que da a un parque y a una piscina. Y también me imagino que a ella no deben permitirle cruzar más de dos o tres estancias del centro del chalet: digamos el dormitorio con baño en suite, un living para ver televisión y la cocina para que se entretenga. Una jaula de oro dentro de un zoológico custodiado. Se me acelera el ritmo cardíaco al cruzar el primer umbral, que da efectivamente a un salón comedor copado por armas, radios, mochilas, y media docena de aburridos camaradas: algunos juegan cartas y se divierten con una *PlayStation*, y otros toman siestas disimuladas, repantigados en los sillones y sofás. Solo permanece alerta un técnico que nos obliga a pasar por un detector de metales. Y el oficial a cargo, que nos recibe en impecable saco y corbata, y con un castellano dubitativo. Parlamenta unos minutos con Cálgaris en voz baja y a continuación avisa por *handy*. Una mujer policía, o algo por el estilo, con un corbatín grotesco y un

rodete tirante, abre desde el interior una puerta y nos franquea el paso. El coronel se queda atrás en la última fracción de segundo. La mina me conduce a través de un pasillo y me presenta a una colega: una dama menos marcial y más flaca, pero igualmente estricta. Porta una Jericho plateada. Me ofrece entrar en un baño y quitarme toda la ropa. Hasta los calzoncillos. No opongo resistencia. Me pasa la yema de los dedos por el pelo y especialmente por la nuca; me obliga a que levante las pelotas y, por supuesto, me revisa el recto para ver si no llevo un arma blanca o una pastilla de cianuro. Luego, mientras me visto, no pierde el tiempo contemplando mis tatuajes y cicatrices. Examina página a página el libro de Mesalina buscando un subrayado, un mensaje o una anotación; lo da vuelta para ver si cae algo más que polen literario y polvillo de biblioteca. Lo abre una y otra vez como si fuera a destriparlo e incluso despega un poquito el lomo para ver bajo la luz cenital el pegamento y sus recovecos. «Es un regalo», le informo, y me mira con frialdad. Le importa tres soretes. La comprendo profundamente; el amor no es imprescindible. «Tiene una hora —me advierte en una especie de español de Bogotá—. Adentro está mi compañera, que escuchará todo y en todo momento. La señora Menéndez sabe que la visitará y está cocinando. Le advierto que a la mínima anomalía tengo orden de entrar y dispararle a la cabeza». Siempre es bueno ser bienvenido.

Seguimos hasta una puerta blanca y al trasponerla lo primero que me llama la atención es la luz fluorescente y las persianas bajas de los ventanales. Luego el aspecto de la tercera guardiana, una gigante desgarrada de casi dos metros, que está sentada en una banqueta y descansa un codo sobre la mesada de acero inoxidable. Lleva en su cintura una suerte de cachiporra, y el pelo corto y masculino. En el centro hay una isla para cocinar, y veo que Nuria está de espaldas, vestida con una blusa, unos vaqueros y un delantal blanco, y que lleva la cabellera negra y rojiza atada atrás como una cola de caballo. Se da vuelta al sentir el picaporte y los pasos, y yo al verla contengo la expresión y el aliento. No parece la misma persona. Parece una hermana melliza que hubiera llevado una vida campestre y ecológica, o acaso algo peor: una paciente que hubiera pasado por el electroshock de los neuropsiquiátricos.

Sonríe, por supuesto, pero sin gran entusiasmo, de una manera perezosa. Trato en mi conmoción cardíaca de comprender por qué ha perdido tanta belleza en tan poco tiempo, y entonces descubro que casi todo su encanto se refugiaba en su perversa mirada. Sin esa malicia, la cara de Nuria es menos sugestiva y sensual. Me toma de las dos manos y me da dos besos españoles en las mejillas. Las manos están frías y los labios no son húmedos. Se cae la novela que llevo bajo el brazo y cuando me agacho para recogerla pienso en aquella vez que cocinaba con su remera larga, escuchando a Diana Krall. El sabor a curry y nuez moscada que tenía su boca, y el modo en que se aferraba a los bordes para ser penetrada. «Es para que no te aburras», le digo y le entrego a Mesalina. Agarra el libro con cierta sorpresa, como si le estuviera obsequiando un castor embalsamado. Y rodeo la isla sin sacarle los ojos de encima: parece mentira que esta hembra domesticada sea todavía la gran dama

blanca. Comienza a dolerme la cabeza, justo acá entre los ojos, como si la flaca ya hubiera entrado y me hubiera disparado un balazo con su Jericho 941. Nuria parpadea un «gracias» de compromiso, con una nueva sonrisa pueril, y deja la novela a un costado.

—Estoy cocinando bacon con chucrut, ¿vale? —me informa, y el tono suena trascendental.

—Vale.

Sobre las tablas hay una panceta ahumada con cuero y un repollo colorado. Tiene a su alrededor especias y frascos, y las tres hojas afiladas que le enseñaron a usar en su curso de Palermo Hollywood.

—Progreso mucho —comenta, animada.

No necesita la sierra ni el pequeño cuchillo para pelar; solo la espada del chef. Corta en daditos la panceta y la mete al horno para que lentamente pierda la grasa y quede crujiente. A continuación se aboca al repollo, lo parte al medio y lo rebana en tiras finitas. Tac, tac, tac. Lo arroja a una cacerola con manteca y le agrega vino tinto, sal y azúcar. Y mientras lo hace no pronuncia ni siquiera mi nombre. Tampoco yo soy capaz de interrumpirla con una frase. ¿Qué decir, Nuria? ¿Acaso no está todo dicho? Salí del pozo, crucé el océano y te busqué por medio país para este único momento, ¿y ahora de pronto no hay nada? ¿Absolutamente nada? Buscaba una verdad, Nuria, pero ya me fue revelada en los jardines de Sorolla. ¿Hay otra verdad detrás de esa verdad? ¿Una verdad última? Sí, tus ojos nuevos, que ya no necesitan especulaciones ni malicia. Por primera vez puedo verte como en realidad sos, y no como necesitabas que te viera. Claro que te entiendo, nunca las cosas son tan lineales. A veces nos confundimos con el papel que representamos. A todo el mundo le pasa. Hasta el más insignificante tiene su papelito en esta obra.

Miro de reojo a la guardiana gigantesca que está bostezando, y me doy cuenta de que hablar íntima y sinceramente en esa cocina sería tan fácil como tener un orgasmo en un quirófano. Pero entiendo que aunque recobráramos de nuevo aquella libertad ni siquiera podríamos desnudarnos. Es una cagada contar con la felicidad. Es algo inadmisibles para gente como nosotros, Nuria. Un gran error.

—Podría haberlo apurado en una sartén, pero hubiera sido una pena —se queja, aunque sigue excesivamente atenta al horno y a la cocción—. Y también hubiera necesitado un buen malbec.

—Tienen quince minutos más —atruena el gigante desgarbado con voz de niña.

Es increíble lo rápido que pasa el tiempo adentro de esa cocina. Y a la vez me espanta tener que permanecer acá otro cuarto de hora acariciándome la barba del profesor Conde, mirándome los pies y sintiendo un huracán de emociones confusas. Supongo que de esto se trata la impotencia: desear desesperadamente a alguien, tenerlo tan cerca, y sentirte tan lejos, tan vacío, tan derrotado. Podría, por ejemplo, hacerle una broma con aquel malbec que trajimos a Vigo, pero intuyo que ella no quiere ni siquiera ser tocada por esos fantasmas. Si la tocaran, podría desequilibrarse,

revolverse en una rabieta, pegar gritos, tratar de matarme con su cuchillo de picar. Nuria ya no es Nuria, y me pregunto si alguna vez lo fue. En pocos días le quitarán todos estos privilegios y la conducirán a una cárcel de máxima seguridad, y después habrá un lento peregrinar por prisiones infectas, donde querrán violarla y matarla en los pabellones. Se volverá, en el peor de los casos, una vieja encanecida y desdentada, una rata desnutrida en el fondo de un corredor tétrico.

—Ya se tiene que marchar —anuncia la desgarrada.

—¡Diez minutos más, por favor! —salta Nuria, de repente alterada—. ¡Diez minutitos y lo sirvo!

Pide juntando las palmas hacia arriba, como en un ruego. Está pendiente de esa decisión como si fuera de vida o muerte, como si de eso dependiera su destino judicial.

—Lo siento, Nuria —niega la mujerota, inflexible—. Son órdenes.

Entonces Nuria abre sus manos y mete su cara en ellas. Está llorando. Es terrible que no pueda servir su panceta. Terrible. Rodeo lentamente la isla en sentido contrario y trato de abrazarla, y por un momento lo consigo. Pero rápidamente me empuja, saca un pañuelo del delantal y se seca las lágrimas. «Ya está, ya está, Remil. Ni ese bacon puedes comerte. Tienes que marcharte y dejarme en paz». Intento nuevamente consolarla, pero me grita: «¡Déjame en paz, hijoputa!», y me da la espalda de nuevo.

La flaca de la Jericho plateada y la gorda del corbatín bochornoso me acompañan hasta el salón principal. Tengo las muelas tan apretadas que me duele todo el maxilar, y las puntadas en el cráneo mutaron de la frente a la nuca. Cálgaris me escolta hasta el Nissan y se mantiene en silencio durante todo el regreso al hostel. No salgo de ese cuarto hasta que me pasa a buscar con un taxi al día siguiente, y todavía tengo resaca. Viajamos en primera. Cuando levantamos vuelo y nos traen un whisky, le formulo al coronel la única pregunta que me queda:

—¿A qué nos vamos a dedicar ahora?

—¿Ahora? —Es como si necesitara unos segundos. Se alza de hombros—. No sé, aprendimos mucho. Sería un desperdicio no usar todo ese *know how*.

Miro por la ventanilla sin poder ver nuestro futuro.

—Mesalina —oigo que dice—. Una gran pecadora. La guardia pretoriana la decapita por orden del César.

—Pero antes se le da la oportunidad de morir con honor.

—Sí, se le ofrece un puñal —acepta con un relincho—. Pero no es capaz, no tiene los ovarios.

Por encima de las nubes solo se ven algunas estrellas; la luna esta noche habrá que darla por perdida.

—Quién sabe, coronel —murmuro apenas—. Quién sabe.

## Agradecimientos

A Arturo Pérez-Reverte, mi amigo y maestro, que leyó en secreto el primer y el segundo borrador de esta novela. Y que un día, a punto de regresar a Madrid y para que no cayera en manos enemigas, mojó el original en la bañera de su cuarto del hotel Alvear, destrozó las páginas hasta dejarlas irreconocibles y las hizo desaparecer. Asegura no haberlo hecho por repugnancia sino por miedo al plagio, y también haber seguido así el procedimiento de los agentes secretos de la Guerra Fría.

A Oscar Conde, mi hermano, con quien soñamos estas novelas cuando teníamos quince años.

A Martín Fernández, mi hijo, que realizó una exhaustiva revisión técnica del texto y me salvó de muchos errores.





JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ (Buenos Aires, 8-6-1960). Es un periodista y escritor argentino. En sus novelas aborda temas cotidianos, donde los marginales, los perdedores, los humillados, en la mayoría de los casos, se convierten en protagonistas. Escribe ficciones desde 1972 y es periodista profesional desde 1981, cuando creó *Retruco*. Desarrolla sus dos vocaciones de un modo paralelo. Actualmente secretario de redacción de *La Nación*.

Durante muchos años fue cronista policial de *La Razón*. Fue además analista político, jefe de redacción de diarios y director de revistas, y realizó también periodismo de investigación. Durante el tiempo que vivió en la Patagonia, se desempeñó como jefe de redacción de *El Diario de Neuquén*. Fue miembro fundador y subdirector del diario *Perfil* y estuvo a cargo de la dirección de la revista *Noticias*. Fundador de la revista cultural *adnCultura* (suplemento del diario *La Nación*) junto con otro periodista y amigo, Tomás Eloy Martínez, revista reconocida en 2009 con el Premio Atlántida y que hoy en día él dirige. Es un gran amigo de Arturo Pérez-Reverte. Dice que «el periodismo no está acostumbrado a narrar el sentimiento de las personas».

Tiene un estilo muy personal, irónico y sentimental, claro y directo, con una prosa sobria y adecuada que va a lo profundo, al meollo del sentimiento. Es autor de novelas, cuentos, biografías y ensayos. Recibió la Medalla de la Hispanidad (2003), el Premio Konex Diploma al Mérito (2007) y la Cruz de la Orden Isabel la Católica por sus aportes a la cultura. Conoció un boom editorial con su libro *Mamá* que fue un *bestseller* en Argentina en 2002 con varias reediciones.